





JULIAN ZUGAZAGOITIA

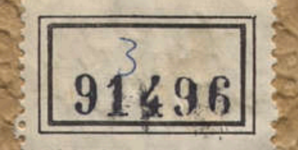
(Ex Ministro del Gobierno
Republicano Español)

•

HISTORIA DE LA GUERRA EN ESPAÑA

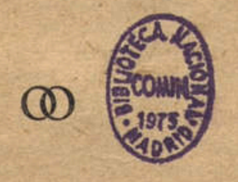


Editorial LA VANGUARDIA
RIVADAVIA 2150, B. AIRES
1940

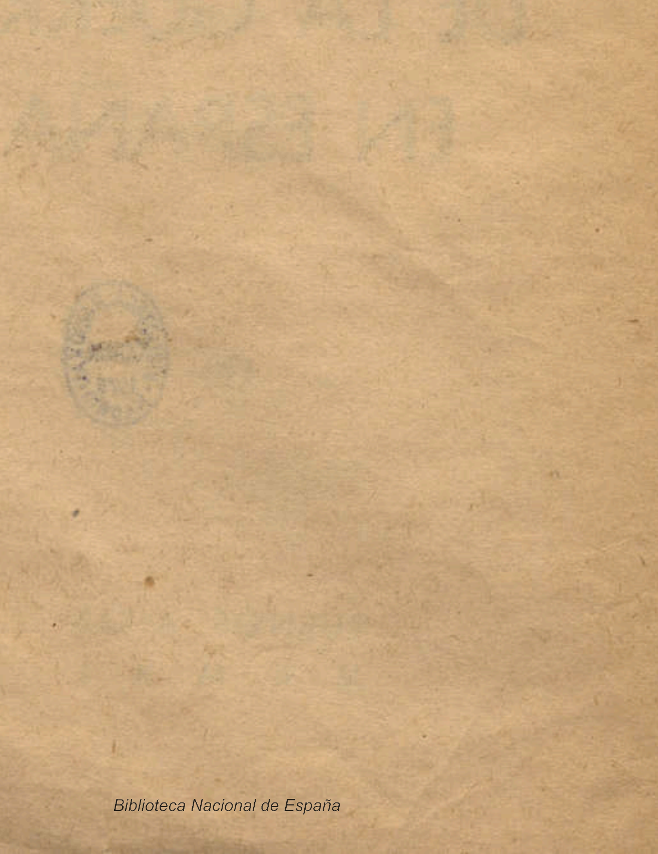

3
91496

JULIAN ZUGAZAGOITIA

HISTORIA DE LA GUERRA EN ESPAÑA



BUENOS AIRES
M C M X L





PROLOGO

La guerra de España no ha terminado. Conocemos el fin de las operaciones militares, pero el conflicto continúa. Guerra es también, según la Academia Española, "toda especie de lucha y combate, aunque sea en sentido moral". A estas luchas y combates me refiero al afirmar que no ha terminado la querella de los españoles. Lo que ha perdido en crueldad militar, lo ha ganado en virulencia política Victoriosos y derrotados continuamos odiándonos con la misma fuerza, pero rezumándonos la pasión y no queriendo dejar sin empleo el sobrante, unos y otros, respondiendo a la misma naturaleza, nos hemos dividido y subdividido enconadamente. Las banderas españolas son, por esa causa, múltiples. Enumerarlas, indicando el nombre de cada abanderado, sería abusar de la paciencia del lector y, por lo que a mí hace, renovar un sentimiento que participa, a partes iguales, de la tristeza y de la indignación. Tristeza por nuestra radical insolidaridad, indignación por la constancia con que la fomentamos. Todo hace presumir que ni los triunfadores fecundarán la victoria, ni los derrotados escarmentaremos en el descalabro. No hay peor enemigo del español —y de lo español— que el español mismo. Una parte de esta verdad nos era conocida antes de que la mayoría del Ejército se sublevase contra la República, pero los más agudos no la sospechaban en su integridad Si alguien escapa a ese reproche de invidencia es Don Miguel de Unamuno. La definitiva visión de ese maestro de mi juventud la localizó en una sesión de las Cortes Constituyentes, en la que como se debatiera ásperamente sobre unos sucesos sangrientos ocurridos en Bilbao, Don Miguel, irguiéndose en su escaño, interrumpió al orador con voz de profeta:

—Llegará un día en que nos asesinemos los unos a los otros en nombre de un crucifijo de piedra o por unas insignias de barro, con la quijada de un asno.

Nadie estaba aquella tarde, ni nunca, para escuchar profecías, y Don Miguel, asordado por los murmullos, se conformaba con agitar sus brazos, aspas del molino de su conciencia española. Asesinándonos hemos vivido los españoles todo este último periodo. Dispuestos a seguir matándonos, nos acechamos. ¿Cuántos años guardaremos esa pasión cainita? No cabe anticipar ninguna respuesta tranquilizadora.

Todas las conjeturas son pesimistas. ¿Vamos a continuar en el mismo escorzo violento más tiempo del que la propia vida nos acuerde, prolongando la desesperación a través de nuestros hijos? Entre los que contesten rotundamente no, me inscribo. Prefiero pagar a la maledicencia las alcabalas más penosas y ser cobarde para quienes me disciernan ese dicterio, renegado para los que por tal me tengan, escéptico, traidor, egoísta..., que todo me parecerá soportable antes de envenenar, con un legado de odio, la conciencia virgen de las nuevas generaciones españolas.

Encuentro preferible que ellas, a diferencia de la nuestra, se dén para su vida, como empresas únicas, las de la razón. Sería abusivo, para no decir criminal, comenzar equivocándolas por lo que se refiere a la guerra. Este hecho, brutal y desmesurado, llamará forzosamente su atención. Para una primera curiosidad quizá les sean útiles los libros que los protagonistas y testigos del drama nos aplicamos a escribir. Este que yo he compuesto a instancias del doctor Mario Bravo, a quien tanta gratitud debo, se aparta, deliberadamente, de todo propósito polémico y declina toda intención apologética. De haber acertado, una sola verdad resplandeciente se impondrá al lector: el sacrificio del pueblo. Este es quien, con atuendos diferentes, y a veces sin ellos, tributó su sangre. A la inversa de como nos había sido anunciado, en un fácil deslizamiento demagógico. Tómense, pues, estas páginas, no como una Historia de la guerra, sino como una contribución desinteresada para quienes, con el debido rigor, se propongan escribirla imparcialmente. Los sucesos, y los hombres que participan en ellos, están vistos, deliberadamente, a la mejor luz, pero con un enfoque personal, circunstancia que elimina toda pretensión de verdad absoluta. Confesada esa limitación, mantengo la veracidad de mis observaciones. Una gran parte de ellas fueron anotadas al día, con escrupulosa fidelidad. Variadas referencias verbales, a las que hay que añadir publicaciones e informes, me han permitido reconstruir las escenas que se refieren en los últimos capítulos.

Descuento que nadie agradecerá la ausencia de recodos polémicos con que este libro ha sido escrito. Ese que me parece su mérito, será su desgracia. No gustará a nadie. Según un amigo mío, es todavía temprano para permitirse el lujo de la imparcialidad. Pero ¿qué hacer si ese lujo es, para ciertas conciencias, necesidad biológica? A ellas, muchas o pocas, va este libro.

París, 1940. J. Z.

CAPITULO I

Las discrepancias de los socialistas y los cuentos de miedo de Prieto. — Cuando don Manuel Azaña se iba al cine con sus amigos. — Negrín defiende apasionadamente la necesidad de que gobierne Prieto. — Los falangistas trabajan por atraerse al ex ministro socialista. — Los militares obedecen disciplinadamente.

LA noticia de la insurrección militar la supimos en la redacción de "El Socialista" por conducto de Indalecio Prieto que, tan pronto como la conoció, se apresuró a comunicárnosla. Los informes de nuestro camarada eran firmes, aun cuando carecían de los detalles complementarios. Un comandante y unos capitanes, en una de las playas del protectorado de Marruecos habían enarbolado la bandera insurreccional, dando comienzo a un reparto de armas entre los hombres civiles y los moros adheridos al movimiento.

La noticia hubiera sido verosímil en todos los casos, pero notificada por Prieto, que disponía siempre de una información exacta, no nos ofreció la menor duda.

El ambiente, de otra parte, coincidía perfectamente con el desventurado suceso que se ponía en marcha en Marruecos.

Prieto no nos ocultó su inquietud. Temía lo peor. Estaba persuadido de que la insurrección no tardaría en extenderse rápidamente a la Península y reputaba difícil, a menos de proceder sin demora y con gran energía, descoyuntar el movimiento, o como entonces se decía, yugularlo. Los insurrectos traían, además de mucho impulso, un gran aliento, como no tardaríamos en llegar a conocer.

Las dudas de Prieto en cuanto a una reacción inmediata y enérgica de parte del Gobierno, que le asegurase la victoria, se iban a confirmar. En la presidencia del Consejo de Ministros, regenteando al mismo tiempo la cartera de Guerra, estaba un republicano sin reproche: Casares Quiroga. Destituído de la presidencia de la República don Niceto Alcalá Zamora y exaltado a ese puesto D. Manuel Azaña, acontecimientos políticos muy destacables en los que tuvo una participación personal grande Indalecio Prieto, el nuevo primer magistrado republicano, que comenzó su gestión sin las asistencias políticas a que tenía derecho, necesitó confiar la formación de su primer Ministerio a don Santiago Casares Quiroga, unido a su política y a su persona por una devoción que no será excesivo hacer ra-

yar en la idolatría. De ese ministerio, por propia y voluntaria decisión, quedaron ausentes los socialistas. Entonces se atribuír a este apartamiento no sé exactamente bien qué suerte de ventajas tranquilizadoras ante la opinión reaccionaria.

A su vez, los socialistas, en quienes estaba demasiado patente el recuerdo de las jornadas revolucionarias de octubre, y que fueron revolucionarias por el heroísmo de los mineros de Asturias y por la ejemplaridad de un pueblecito de Castilla, próximo a Valladolid, Ríoseco, se congratulaban de su posición, esperando derivar de ella una saludable acentuación de su valor como partido proletario y marxista.

Prieto, que operaba en política con una sagacidad innegable y con un pragmatismo conveniente, no pudo acceder al requerimiento de don Manuel Azaña, cuando éste, reputándolo hombre del momento, se propuso encargarle la formación del Gobierno. Sus camaradas no le consintieron admitir el encargo y él mismo, exuberante de escrúpulos, vacilaba en aceptarlo, recordando sus esfuerzos, que en lo sucesivo podían no parecer desinteresados, porque prevaleciese la candidatura de Azaña en la presidencia de la República. Sólo la unanimidad de sus camaradas podía exonerarle de esas morales y decidirle a aceptar un cometido en el que la victoria no se presentaba nada fácil ni asequible.

La unanimidad que apetecía no era posible. Las divergencias entre los socialistas eran de un volumen demasiado considerable para que se pudiese pensar en reducirlas. La polémica no iba a tardar en hacerse desapoderada y brutal, con agresiones personales, del tipo de la muy lamentable de Ecija de los Caballeros, en que la defensa de la vida de Prieto necesitaron hacerla unos cuantos amigos suyos, entre los que se encontraba el doctor Negrín, llegando al uso de las pistolas.

La polémica subía en aquellos días de temperatura. Los prestigios populares del Partido Socialista y de los sindicatos los reunía casi íntegramente Largo Caballero, cuya posición intransigente en orden a los republicanos, encontraba ecos de simpatía caliente entre los comunistas españoles. Se enfrentaban dos posiciones igualmente desinteresadas y honestas en el seno del Partido Socialista: la mayoría encabezada por Largo Caballero, que consideraba cancelada la experiencia republicana y defendía la constitución de la unidad obrera con vistas al ejercicio íntegro del poder, desde el cual desarrollar una política eminentemente socialista; la minoritaria, corporizada en Prieto, que tomaba en cuenta la realidad española, en la que operaban con fuerza los partidos conservadores y reputaba peligrosísimo separarse de los republicanos y de la República. El mismo sincero desinterés de las posiciones las hacía irreconciliables.

Conforme a la dolorosa observación de Ganivet, unos y otros polemistas pasaron pronto a arrojarse sus respectivas razones como si se tratase de cantos puntiagudos. Nada que procediese del con-

tradictor se escuchaba. Así, cuando Prieto, en quien la videncia era menos que la información, advirtió pública y solemnemente que se avecinaban días de gravedad extraordinaria, sus correligionarios, en contradicción, lo atajaron con una frase que, cualquiera que sea el tiempo que la empolve, quedará inolvidable: "¡Bah! Cuentos de miedo". La gravedad de ella es que era sincera. Por lo menos lo era en Largo Caballero que, obseso en su ideal, no podía comprender otras violencias que las que desencadenase, en busca de su victoria, la clase obrera. ¿Movimiento de carácter militar? Largo Caballero, y con él sus principales colaboradores, Araquistain y Alvarez del Vayo, creían saber que toda cuartelada estaba fatalmente condenada al fracaso. Tanto por la oposición que le hiciese el Estado, como por la intervención, mediante la huelga general de los trabajadores.

Carecían, como más tarde se vió, de intuición y de información. Lo primero no es sorprendente; era una consecuencia, no de la falta de dotes, sino de un dogmatismo marxista al que, por haberse adherido con algún retraso, ofrendaban una fidelidad ciega. De tal naturaleza era ese embeleso, que la interpretación de todos los signos sociales de aquel período de la vida española, lejos de producirles la menor inquietud, provocaba en ellos un secreto contentamiento, en cuanto las huelgas, los altercados y los encontronazos sangrientos representaban el fracaso gubernamental de los republicanos.

La opinión de Azaña

Las profecías de Prieto, catalogado como republicanoide, no alcanzaban a conmover sino a un número muy reducido de sus compañeros. El propio Ministerio Republicano no hacía gran caso de ellas. A este respecto recuerdo, como particularmente significativas, las palabras que me dijo Manuel Azaña, por entonces jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, al final de un almuerzo en un restaurante de la calle del Príncipe. Había yo comentado en "El Socialista", con visible inquietud, unas determinadas actividades militares, de cuyo hecho tenía seguridad por deber la información a militares amigos, y don Manuel, que había leído mi comentario, se dirigió a mí en presencia de Marcelino Pascua, para darme la seguridad de que en el Ejército la autoridad de la República y del Gobierno eran absolutas: "Esos comentarios públicos, cuya inspiración no queda en lo obscuro, perjudican más que benefician. Si Vd. conociese tan bien como yo a los militares, sabría el caso que debe hacerse de sus quejas y disgustos. ¿Es que yo no soy una garantía para "El Socialista"? Declaro que las palabras de Azaña me produjeron, más que contrariedad por lo que suponían de censura, inquietud manifiesta por lo que testimoniaban de confianza. La reacción del doctor Pascua fué más viva que la mía, pero se proyectaba sobre el mismo

fondo. La verdad es que Azaña, por aquellos días, tenía muy serios motivos para sentirse contrariado, no por los militares, que mantenían cuidadosamente tapados sus designios con el ejercicio de una perfecta disciplina, pero sí por la suma fabulosa de conflictos sociales y de orden público que le provocaban los electores que habían hecho triunfar las candidaturas del Frente Popular. El sobresalto de ese día estaba en Granada, donde se habían producido grandes disturbios que tenían irritado a Azaña, quien habiendo llegado a la hora del café al restaurante donde habíamos almorzado un grupo de socialistas —en homenaje a una amiga, Adoración García, que había tenido escondido en su casa a Prieto—, nos dió la noticia del nuevo barullo que amenazaba degenerar en otra huelga general, y dirigiéndose a Prieto, a quien había ido a ver creyendo encontrarlo con escaso número de amigos, le notificó su manera de obrar en tales casos:

—Invito a un par de amigos y me voy al cine, que hace mucho tiempo no frecuentaba.

Un poco más tarde, Prieto nos daba la explicación de esas palabras con estas otras:

—Cuando Azaña tiene esas efusiones y afecta despreocupación por los problemas, es cuando más grande es su irritación y su disgusto. No me sorprendería nada que hubiese pensado en dimitir.

Desconozco si Azaña pensó en dimitir. Motivos le sobraban. No bien el Gobierno había conseguido salir difícilmente de una perturbación, cuando ya se le había presentado otra. En Madrid tenía, con carácter grave, la huelga del ramo de la construcción, donde la organización sindicalista había conseguido imponerse a los obreros de la U. G. T. La victoria electoral, que no había sido tan rotunda como para menospreciar la fuerza de las derechas, quiso ser aprovechada sobre la marcha y de esta prisa se siguió una pérdida evidente de autoridad. Una parte de la opinión que había concedido el sufragio a las izquierdas se sintió arrepentida de su acto. Lamentaba no habérselo dado a la C. E. D. A. Este estado social, que podríamos llamar coloide, sirvió a maravilla para que la juventud encuadrada en Falange Española se moviese con una actividad extraordinaria. Las ideas de José Antonio Primo de Rivera y las de sus colaboradores más directos, distaban mucho de ser claras y más que un cuerpo de doctrina eran un código de conducta en cuya observancia ponían una fe extraordinaria y apasionada. Una parte de la juventud universitaria se sintió fuertemente atraída por el movimiento falangista, en el que si no las ideas, la literatura, unas veces buena, otras regular y en ocasiones bastante mala, contaba con mucho. Algunos de aquellos estudiantes aprendieron a jugarse la vida saliendo al paso de la del adversario. No recusaban el diálogo de las pistolas y a decir verdad, se complacían en él. Tenían un sentido heroico de su papel y tanto matar como morir se les antojaba cosa natural. Su tác-

tica guardaba una gran analogía con la que en diferentes épocas de su vida colectiva habían puesto en práctica los sindicalistas, movimiento proletario al que los falangistas trataban de atraerse. Si de la C. N. T. les interesaba la masa de los militantes, del Partido Socialista les hubiera gustado captar algunas personalidades, a una de las cuales se manifestaban dispuestas a concederle la jefatura nacional. Esa persona, que Primo de Rivera cortejaba a distancia, era Indalecio Prieto. No conocía ese dato, que nos lo reveló a un grupo de diputados socialistas, con ocasión de una reunión que celebráramos en uno de los nuevos comedores del primer piso del viejo café Colonial, el doctor Negrín, pue defendía, con apasionamiento al rojo blanco, la necesidad de que el Partido autorizase a Prieto a formar Gobierno y en caso de que la autorización le fuese negada, nos recomendaba que tomásemos a nuestro cargo esa responsabilidad, en razón del inmenso servicio que rendiríamos al país. ¿En qué noticias fundamentaba Negrín su pasión apremiante e incluso escisionista? Parece que él había sido la persona a quien los falangistas, utilizando como vehículo a una discípula suya, se habían dirigido tratando de conquistarle y conquistar a Prieto para su movimiento. Esa misma discípula de nuestro camarada, a quien él profesaba un sincero afecto, le tuvo avisado de que existía el propósito de atentar contra su vida, lo que indujo a Negrín a proveerse de una pistola inverosímilmente pequeña, que ocultaba en el bolsillo de su chaleco. Recordando aquellos esfuerzos suyos para que Prieto se hubiese hecho cargo del poder, le he oído decir varias veces, siempre coincidiendo con momentos apurados de la guerra, expresiones de esta naturaleza:

—Si me toca perder la guerra, se podrá decir de mí todo, menos que soy yo quien tiene responsabilidades en su desencadenamiento. Esto es de la cuenta de otras personas. ¡Allá los que no supieron ver lo que estaba a la vista!

Informes, avisos y rumores

Siempre he creído que el apasionamiento de Negrín, la tarde en que cambiábamos nuestros pensamientos en el comedor del Colonial, procedía de los informes más o menos concretos que pudo obtener de aquella discípula suya, que habiendo figurado en los cuadros más liberales de los estudiantes de medicina, se había unido, inmediatamente después de su casamiento, a las ideas falangistas de su marido, que habían de ocasionarle luto de viudez y prisión de sospechosa. Me consta de ella que sigue conservando por su profesor la mismo devoción de siempre, lo que es bien lícito, ya que él le testimonió, durante el tiempo de su cautiverio, un afecto por encima de toda molestia. Ese tipo de confidencias no eran, en

la víspera de la insurrección militar, nada difíciles. Un amanecer en que regrasaba a mi casa después de haber cerrado el periódico, coincidí, en la calle Ancha de San Bernardo, con un escritor que, terminada su jornada, gustaba pasear y hablar sin cansancio. Viejos amigos, hacía tiempo que no habíamos coincidido. Reconozco que tengo por la persona a que me refiero una estimación cordial —y literaria— casi ilimitada. No sé de nadie que tenga un precio más alto para la amistad. Los amigos de este escritor, aun cuando tengan el mismo oficio, están siempre justificados a sus ojos, cualquiera que sea la falta en que se encuentren incursos. Sólo él, con bondad y talento suficientes para encontrar y publicar la disculpa adecuada. Recuerdo que como se hablase, en la tertulia que por entonces frecuentábamos en Bilbao, del embarazo de una muchacha soltera a la que él conocía en amistad, se creyó en el caso de atenuar el efecto que la noticia de la palabra embarazo nos había producido y corrigió: "Embarazada, embarazada... Un poco nada más". Este amigo no tardó en llevar la conversación al tema político.

—¿Han descontado ustedes la posibilidad de una sacudida de las derechas? Hace tiempo que no he tenido ocasión de conversar con Primo de Rivera. La última vez que lo vi se quejaba de la falta de medios con que se debatía Falange. Parece que con mucho esfuerzo habían llegado a reunir unas pocas pistolas roñosas. Pero no me pareció verle tan pesimista cuando hacía referencia al proselitismo que desarrollaba en los cuarteles. No creo que las izquierdas puedan confiarse demasiado. Existe un disgusto evidente que puede determinar las reacciones más inesperadas. Deben tener presente que ahora hay una juventud, más o menos numerosa, es pueril ponerse a contarla, que actúa como fermento entre las zonas conservadoras. Yo, que tengo ocasión de frecuentar a sus jefes, puedo medir bien el grado de su alucinación. Su fanatismo llega hasta considerar ventajoso el empleo de la violencia. Como las izquierdas se equivoquen, su pérdida se me antoja irremediable.

No desdeñé ese aviso, que coincidía con otros muchos. Di noticia de él a mis amigos, pero éstos, tan convencidos como yo de la proximidad de acontecimientos graves, eran impotentes para modificar la posición del Partido, que creía, o afectaba creer, lo que en definitiva daba el mismo resultado, que informes, avisos y rumores, formaban un tapiz de embustes, los famosos cuentos de miedo, con el que unos cuantos tratábamos de hacer posible la exaltación de Prieto a la presidencia del Gobierno, suceso político que, en lo personal, podía tenernos sin cuidado como la transustanciación del verbo. Llegaron a ser inútiles las más solemnes, aun cuando veladas notificaciones parlamentarias, una de las cuales corrió de cuenta de Gil Robles, conductor de las fuerzas políticas adscriptas a la C. E. D. A., muy numerosas y respaldadas por la

doble edición "El Debate". La tarde de ese discurso fué uno de los días en que mayor preocupación observé en Prieto. A su inquietud se mezclaba una suerte de sorda irritación.

—Esta es una Cámara sin sensibilidad. No sé si es que estamos sordos o que lo fingimos. El discurso que ha pronunciado Gil Robles esta tarde es de una gravedad inmensa. Usted ha tenido ocasión de oírlo como yo. Cuando detrás de mi banco oía risotadas o interrupciones estúpidas, no podía evitar el sentirme abochornado. Gil Robles, que tenía conciencia de lo que estaba diciendo, debía considerarnos con mezcla de piedad y desprecio. Recuerde que el jefe de la C. E. D. A. nos ha dicho que su fuerza política, después de madurado examen, había venido desarrollando su actividad en el área de la República y que él personalmente no sabía si había cometido una ligereza culpable al aconsejar a sus amigos esa conducta, pero que en todo caso, cada día era menor su autoridad para convencerlos de que no se debía romper con ella. Esa merma de mi autoridad procede —decía— de la conducta de la República y de la disminución de mi propia fe en que pueda acabar siendo un cauce legal y una voluntad nacional". Y todavía ha añadido: "Condeno la violencia, de la que ningún bien me prometo, y deploro que amigos muy queridos y numerosos, se acojan a esa esperanza como última solución". La interpretación de estas palabras no puede ser más diáfana. La propia C. E. D. A. está siendo absorbida por el movimiento que, en connivencia con los militares, están preparando los monárquicos. Con una suerte de desánimo fatalista, Prieto añadió:

—Una sola cosa está clara; que nos vamos a merecer por estupidez la catástrofe.

Yo me decidí a preguntarle:

—¿Cree usted que aun estamos en tiempo de evitarla? ¿Se considera usted con fuerzas para impedirla?

Su respuesta fué categórica:

—¡Sí! Creo que hemos perdido mucho tiempo y que la tarea es más difícil cada día; pero a la pregunta que me formula le contesto afirmativamente. Aun existen posibilidades de acción, lo que no se puede asegurar que suceda la semana que viene. El medio se va enrareciendo de hora en hora.

—Mi opinión —le dije— es que estamos en la obligación de poner a la minoría parlamentaria ante su responsabilidad, y si no alcanza a comprenderla, seguir el consejo de Negrín y proceder por nuestra cuenta. Todo menos resignarnos a acatamientos que nos pueden costar caros.

Prieto se calló su juicio y yo me volví al periódico a hacer un artículo más de la serie de los cuentos de miedo. Casares Quiroga, que ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros y era ministro de Guerra, debía leerlos, si como supongo, los leía, con un frío e irónico escepticismo. En Buenavista la disciplina protocolaria de

los militares seguía siendo de lo más exquisita. Si se ordenaba el traslado de Goded a las Baleares, el general Goded, en quien hacía tiempo se presentía un general de golpe de Estado, se iba sin rechistar a las Baleares. El general Franco, trasladado a su vez a Canarias, rubricaba la obediencia con un taconazo y tomaba el avión para su nuevo destino. Del general Mola, de los tres el más capaz políticamente, con viejos antecedentes republicanos que abandonó al encomendarle el general Berenguer la Dirección General de Seguridad, seguía confinado, ésa es la palabra que oí emplear al referirse a él, en Navarra. Esta obediencia falaz y no mal calculada, que tuvo su exponente máximo en el coronel Aranda, daba respiros de tranquilidad al ministro de la Guerra. Sus colaboradores inmediatos debían contribuir en mucho a su sosiego, explicándole con arreglo a un patrón absurdo la psicología de los militares, según la cual nada era lícito temer de ellos. Una noche en que salimos a cenar al campo, en la sucursal veraniega de un restaurante acreditado, coincidimos con Azaña, a quien sus antiguos ayudantes militares obsequiaban con una cena. Nos reunimos a tomar el café y uno de los militares, notorio republicano y más notorio panglosiano, me tranquilizaba con respecto a todo temor militar refiriéndome una anécdota según la cual, en cierta ocasión que decidieron sublevarse, demoraron la fecha del alzamiento hasta haber cobrado, y una vez que lo hubieron hecho cayeron en la cuenta de que, con dinero fresco, resultaba inconcebible aventurarse en una empresa dudosa. Me parece recordar que mi amable narrador de aquella noche estaba entre los que rodeaban a Casares Quiroga, que en trance de sentirse inquieto, tenía mayores motivos para mirar con hostilidad a la Casa del Pueblo y a los sindicatos obreros.

Prieto, a quien ningún deber perentorio retenía aquel verano en Madrid, se fué a Bilbao, donde pocos días después hube de buscarle, telefónicamente, para darle un recado urgente, una grave noticia, y con ello mi consejo de que abandonase inmediatamente su descanso de Pedernales, donde se encontraba en vacaciones, para trasladarse a Madrid.

CAPITULO II

El atentado contra Calvo Sotelo. — "Dentro de poco habré vuelto, a menos que estos señores no me maten". — Naranjo Limón, ayudante del general Pozas. — Una declaración de guerra de Goicoechea. — La irritación de Maura y la confidencia de Gil Robles. — "Su señoría morirá con los zapatos puestos".

EL domingo trastornaba mi ritmo. Sin obligación periodística, no sabía cómo llenar las horas hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, en que podía pretender, con algún éxito, el sueño. Con pereza de escribir, usaba de este gracioso remanente de tiempo para tener mis lecturas al día y releer las preferidas. En mi casa todos cuidaban de respetar mi sueño contra los visitantes inoportunos, circunstancia que me permitió conocer que algo grave sucedía al sentirme llamado a las ocho de la mañana del lunes. La persona a cuyo requerimiento se me había despertado me esperaba en el despacho, mirando por la ventana el desperazarse de la calle popular. Su rostro tenía una expresión de cansancio, el ajamiento de quien ha perdido la noche. No muchos días más tarde había de tocarle perder la vida en los chanchales de la sierra del Guadarrama. Me parece una prueba de respeto a su muerte no asociar su nombre a la relación que me hizo. Dados los presagios de aquel tiempo, pensé en una nueva desventura irreparable, mientras le preguntaba:

—¿Qué sucede?

—Vengo a decirte, porque acaso convenga que lo conozcas, que anoche han matado a Calvo Sotelo.

No tengo por qué ocultar mi impresión. Fué enorme. La noticia acabó por desvelarme e instintivamente miré hacia la calle, sorprendiéndome encontrarla sin un indicio que denunciase agitación extraordinaria.

—Ese atentado es la guerra — declaré a mi visitante.

—El cadáver —siguió sin pararse en mi observación—, ha sido encontrado esta madrugada en el depósito del cementerio. Tenía unos balazos en la cabeza.

Sentía miedo de preguntar y curiosidad de saber. Mi visitante conocía la historia en sus detalles y yo tenía la íntima convicción

de que había participado en ella, sin que pudiese suponer en qué grado. Esa sospecha me cortaba la palabra. La propia gravedad de la noticia me tenía desconcertado y sin una posición moral ante mi interlocutor. Pensaba, preferentemente, en las consecuencias políticas del atentado. Este parecía haberse discurrido por los militares como réplica a la agresión que un día antes costó la vida a un oficial republicano: Castillo. Alrededor de esta muerte se dijo, no sé con qué veracidad, que la U. M. E. —Unión Militar Española— organización castrense de naturaleza fascista, se disponía a ejecutar a toda la oficialidad republicana que, a su vez, se había organizado en la U. M. R. A. —Unión Militar Republicana Antifascista—. Militantes de esta segunda entidad fueron los que organizaron la represalia, tomando como centro operatorio el cuartel de los Guardias de Asalto de la calle de Pontejos, muy próxima al Ministerio de la Gobernación. Su tejemaneje previo debió ser bastante complicado, haciendo intervenir en la expedición a buen golpe de personas, lo que dió como resultado que los amigos del muerto no tardasen en tener una información casi puntual de todo lo sucedido, que fué realmente mostruoso, ya que a Calvo Sotelo, en presencia de su mujer, con violencia se le sacó de su casa, pretextando una orden de detención dada contra él por el Gobierno. Lo intempestivo de la hora y la prisa nerviosa de quienes llevaban a cabo el plan discurrido, indujeron a sospecha a la mujer del diputado monárquico, que quiso utilizar el teléfono para comprobar en el Ministerio de la Gobernación si efectivamente la detención estaba dispuesta por el Gobierno. Uno de los conjurados se interpuso entre ella y el aparato y lo inutilizó después de unas palabras rudas. Vió ella claro lo que iba a suceder y llorando se abrazó a su marido. Calvo Sotelo, que no había perdido la presencia de ánimo, intentó tranquilizarla.

—No te aflijas. Si es verdad que es una orden del Gobierno, dentro de una hora estaré de vuelta. Soy un diputado de la Nación y el Gobierno, eso me consta, no cometerá ningún atropello contra mi inmunidad.

Un comandante de la Guardia Civil que intervenía como jefe en la expedición, acudió también a tranquilizar a la esposa afligida. Esta, que no debió perder el presentimiento de la desgracia inminente, los ojos húmedos, la voz congojosa, intentó una última defensa:

—Sólo el uniforme que usted viste me da confianza. En él pongo toda mi esperanza. Tengo fe en la caballerosidad de cuantos pertenecen a la Guardia Civil.

La escena, que se desarrollaba en el hall de la casa, se había prolongado peligrosamente. Los conjurados acortaron los trámites. Necesitaban ganar tiempo o se les haría muy tarde, con riesgo de comprometer la partida. Calvo Sotelo, que debió hacer deliberadamente ese gasto de tiempo, se consideró perdido. A punto de to-

mar la escalera, volvió a decir a su mujer unas palabras tranquilizadoras, cuyo final exacto fué éste:

—Dentro de poco tiempo habré vuelto, a menos que estos señores me maten.

Cómo salvó Gil Robles

En la calle, todavía silenciosa y obscura de noche, esperaba un carro de Guardias de Asalto. Montaron los conjurados y obligaron a montar a Calvo Sotelo. La camioneta se puso en marcha. Calvo Sotelo no formuló ni una palabra de queja o protesta. ¿Rezaba? En el banco de su espalda, dos hombres llevaban sus pistolas montadas. Uno de ellos dió un codazo a su compañero, éste levantó su arma, la colocó a la altura de la cabeza de Calvo Sotelo e hizo fuego por dos veces. La muerte debió ser instantánea. La cabeza del muerto se dobló sobre el pecho y el cuerpo, en un viraje del vehículo, se recostó contra el custodio de la derecha. Como todo estaba previsto, el conductor tomó la dirección del cementerio y allí, en el depósito de cadáveres, dejaron el cuerpo de la víctima, donde pocas horas después había de ser descubierto por sus amigos, conturbados con la pérdida que les privaba, a la vez, de un afecto y de un caudillo. Con ser impresionante el relato que mi interlocutor me había hecho, aun me impresionó más, sin que supiera decir por qué, la aclaración con que terminó la entrevista:

—Antes de decidirnos a ejecutar la represalia estuvimos vacilando si ir a casa de Gil Robles o a la de Calvo Sotelo. Nos decidimos por el segundo con el propósito de volver por Gil Robles si terminábamos pronto en casa de Calvo Sotelo.

Después que se hubo marchado mi confidente, una sensación de repugnancia y malestar me ganó el cuerpo. Me interrogaba sobre las coincidencias que me pudieran correligionar a quienes se autorizaban un proceder semejante, y confieso que no descubría ninguna. Pero estos análisis estaban fuera de ocasión. Creía que mi deber era avisar lo sucedido a mis compañeros dando como supuesto que las derechas, que no se negaban a practicar el atentado personal, replicarían con agresiones a los más calificados hombres de izquierda. Temí, además, que la muerte de Calvo Sotelo fuera la señal de ataque para las fuerzas que acechaban el momento de lanzarse contra la República. Telefoneé a Prieto e hice telefonear a otros camaradas para que cerrasen su guardia. Prieto me preguntó desde Pedernales:

—¿Qué cree que debo hacer?

—A mi juicio, tomar el primer tren para Madrid, donde puede hacer usted falta.

La noticia del atentado y muerte de Calvo Sotelo se difundió por Madrid rapidísimamente, produciendo extraordinaria consternación en muchas zonas políticas. Los propios republicanos la condenaban considerándola peor que un crimen, una torpeza. El Gobierno conoció con ella un embarazo más y no de los pequeños. Le era inexcusable proceder, "incontinenti", a la busca de los autores del atentado, para no verse acusado de complicidad. Aun cuando la averiguación se manifestó bastante enmarañada, el secreto de la conjura, por el número realmente excesivo de los conjurados, se iba deshilachando. Aquella misma tarde, en el bar del Palacio de las Cortes, donde seguían reuniéndose periodistas y diputados, oí diferentes versiones del atentado y comprobé que la impresión general no podía ser más desconsoladora. Diputados y periodistas, a algunos de los cuales no habíamos de volver a ver más, estaban a la espera de lo más grave. Las conjeturas eran en todos los grupos catastróficas. Los redactores de "El Socialista" se multiplicaban para reunir todas las opiniones y preferentemente las de los diputados de matiz distinto al nuestro y las de los redactores de los diarios de derecha. Angulo, el redactor político, me llamó aparte.

—La situación se ha hecho muy tirante. Esto no puede prolongarse mucho tiempo. El atentado se lo imputan las derechas al Gobierno y no parece que piensen en represalias de tipo individual, lo que me hace suponer que se disponen a quemar las etapas preparatorias de su movimiento. Tal es mi impresión después de haber hablado con uno de los redactores de "El Debate", que no está menos asustado de lo que podamos estarlo nosotros. Otra cosa: Tienen conocimiento de las personas que han realizado el atentado. A lo que parece, uno de los que han intervenido en el hecho, no sé bien si el chofer del carro, ha declarado ampliamente. A estas horas debe haber varios detenidos, guardias de asalto de una misma compañía.

Le pedí que siguiese inquiriendo el mayor número de noticias posible, de preferencia aquellas que nos permitiesen conocer las reacciones de las derechas y las analogías de pensamiento que existiesen entre la C. E. D. A. y los monárquicos. En mis compañeros no había unanimidad para juzgar el atentado. Escuché de uno de ellos la siguiente opinión:

—La muerte de Calvo Sotelo no me produce ni pena ni alegría. Para poder condenar ese atentado sería menester que no se hubiesen producido los que abatieron a Faraudo y a Castillo. En cuanto a las consecuencias de que ahora se habla, no creo que debamos temerlas. La República tiene de su parte al proletariado, y esa adhesión la hace, sino inatacable, sí invencible. Si las derechas levantan bandera de rebeldía, será llegado el momento de ejemplarizarlas con una lección implacable.

Los "hombres de confianza" del Gobierno

El diputado que así hablaba no publicaba una jactancia, divulgaba una convicción. Su convencimiento sólo hubiera podido ser rectificado con una buena información; pero esa información no la tenía ni el propio ministro de la Gobernación, general Pozas, de cuyo ayudante, capitán o comandante Naranjo, se nos aconsejaba desconfiar. Ese ayudante había tenido una conversación imprudente con una persona implicada en el movimiento, conversación que nos fué transmitida por el chofer que le daba servicio. Hombre de bastante inteligencia y muy cauteloso hacía, como ayudante y hombre de confianza de Pozas, juego doble. Quería conservar abiertas sus posibilidades hasta el momento preciso en que, sin error, pudiese elegir la de la ganancia. Fallida la insurrección en Madrid, su cálculo no le sirvió de gran cosa. Se puso, ignoro con qué ánimo, a servir a la República, y fué uno de los militares que se mandaron al Norte. Cuando los días de Bilbao se hicieron difíciles, desertó. Embarcó en una lancha de pescadores y se fué a Francia con su familia. Al cabo de bastantes meses de silencio, y promoviendo el recurso desde el pueblecito francés donde había buscado refugio, intentó su rehabilitación, que le fué denegada. En el momento de negársela, un oficial que había sido subordinado suyo refirió la misma conversación imprudente que yo había tenido ocasión de registrar unas horas después de haber sido pronunciada. Si me he entretenido en contar este caso, que por entonces no pasaba de ser uno entre millares, es para que se advierta bien hasta qué punto podían merecer confianza los informes oficiales. Dos días antes de que Naranjo adquiriese condición de sospechoso en mi concepto, el general Pozas, a quien yo no tenía tiempo de ir a ver al Ministerio y al que tenía necesidad urgente de hacer llegar un documento grave que uno de los varios informantes de nuestro periódico nos había remitido, encareciéndonos la autenticidad de los datos y su importancia, me envió a la redacción a su ayudante. Al anunciarme que me lo enviaba, recuerdo que me dijo por teléfono:

—Es como si fuese yo mismo.

No había ministro que no descansara en confianzas de esta naturaleza. Todo alto cargo tenía, a su vez, un funcionario que era su "alter ego". Pero donde ese régimen de confianza excedía a todo cálculo era en la Dirección General de Seguridad. Está bien demostrado que un hombre, por experimentado que con justo título se repute, no pierde fácilmente su candor. Mis presunciones sobre la irregularidad y anomalía del funcionamiento de la máquina policíaca, resultaban siendo muchas, insuficientes. La desorganización y el barullo que el visitante apreciaba con los ojos

al ponerse en relación con la Dirección General de Seguridad era algo más que un simple efecto visual. Pretender su remedio no podía ser obra de una buena voluntad. Acaso un hombre frío, duro, severo, del tipo Andrés Casaus, a quien unos desconocidos mataron a tiros en San Sebastián, hubiese, con tiempo, dado un sentido moderno y eficaz al aparato policíaco. En aquellas horas difíciles el atasco y la irregularidad consentían, con su impunidad, toda suerte de infidentes. Una gran parte de las palancas de mando estaban en manos de los rebeldes. ¿Cómo sorprenderse de que el Gobierno careciese de información? En un libro del general Mola, en que recuerda su paso por la Dirección General de Seguridad, se refiere el detalle, bien significativo, de que algunos de los confidentes que mejor le sirvieron, con daño para los republicanos, siguieron después del advenimiento de la República en destinos oficiales que representaban una mayor confianza. Prieto no tuvo necesidad de hacer el menor esfuerzo para descubrir a uno de ellos, que había sido recompensado en su traición con un puesto cerca del alto comisario en Marruecos.

Una declaración de guerra

El entierro de Calvo Sotelo fué, prácticamente, una declaración de güerra al Estado. El ex ministro Goicoechea, que de primer jefe de los monárquicos había pasado a segundo tan pronto como dictada la amnistía que propició Lerroux, Calvo Sotelo se incorporó a la vida política, para la que se había preparado cuidadosamente en París, pronunció una arenga llena de invectivas contra la República, para acabar, entre los clamores de la numerosa asistencia, jurando a Dios y a la Patria que el crimen sería rápidamente vengado: "Ante esa bandera, colocada como una reliquia sobre tu pecho; ante Dios que nos oye y nos ve, empeñamos solemne juramento de consagrar nuestras vidas a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte y salvar a España".

Las fuerzas conservadoras y militares, organizadas desde hacía mucho tiempo para sublevarse, habían sido heridas en lo vivo. Calvo Sotelo era el jefe civil del movimiento. Se había impuesto a todos los hombres de la monarquía, sobre los que tenía la superioridad de su preparación y de su talento. Su paso por el Ministerio de Hacienda, como colaborador del general Primo de Rivera, le había dado una experiencia de gobernante nada menospreciable. Aquella dictadura a la que tantas agresiones periodísticas le hicimos, circunstancia que prueba bastante bien el tono liberal y un tanto paternal con que era ejercida por Primo de Rivera, cometió atropellos y consintió concusiones, pero a la vez realizó algu-

nas empresas bien dignas de loanza: el monopolio de petróleos es una de ellas. Esa entidad se elaboró en el Ministerio de Hacienda y sin tomar en cuenta, porque ello es ya anécdota, cómo se hiciese la concesión, es lo cierto que la obra, andando el tiempo, había de quedar perfecta. No sé si sabiéndolo o ignorándolo, Calvo Sotelo había iniciado una corriente socialista de la que no pocos socialistas habíamos de admirarnos. Antes de verle y oírle en los pasillos y el salón del Congreso, le conocí y oí en el despacho pequeño del Ministerio de Hacienda, discutiendo yo con él, en nombre de determinados intereses pesqueros, un nuevo tributo que acababa de crear. A los ministros de Primo de Rivera les llamábamos por entonces, despectivamente, secretarios de despacho. A mí, aquel hombre que razonaba frío, escuchaba atentamente la impugnación y conocía, sin necesidad de apuntadores, el problema discutido, me hizo una impresión excelente. Cuando mucho más tarde comprobé que otras personas, igualmente alejadas que yo de su manera de pensar, compartían mi juicio, saqué gusto de la confirmación. Sus admiradores, que luego se convirtieron en idólatras para abdicar rápidamente ese culto y adscribirse al de José Antonio Primo de Rivera, le atribuían un don de simpatía que, a los que no le tratábamos, nos era punto menos que imposible descubrirle. Valiente, sí; valiente parecía serlo. Desde su escaño parlamentario se producía sin ninguna clase de reservas, desdeñando las increpaciones y las desaprobaciones. Pretendiendo del Gobierno energía para rescatar el orden público, se decidió a pedir medidas drásticas contra las masas obreras, pero de modo preferente contra los que las incitaban a una política de destrucción y desorden, afirmando: "Si el decir esto es declararse fascista, como me indica alguno de mis interruptores, yo confieso que soy un fascista". Tenía, lo demostró su última noche, presencia de ánimo. Sabía el juego a que jugaba y los riesgos de la partida. Al reino de la fantasía pertenece el inquirir cómo hubiesen discurrido los sucesos de haber capitaneado él la sublevación. Su segundo en autoridad monárquica, Goicoechea, que sólo dispone para operar, de su oratoria meliflua, se les ha perdido a los militares entre el polvo de los combates. Lo seguro es que Calvo Sotelo no se hubiese extraviado en el camino. Concretaba en su persona la confianza no sólo de los monárquicos, sino también de más de la mitad de los diputados de la C. E. D. A., que sentían enfriarse su devoción por la táctica de Gil Robles, a quien reprochaban el no haber utilizado su paso por el Ministerio de la Guerra para abatir, tomando como pretexto el alzamiento socialista de octubre, al régimen, e imponer una dictadura del tipo de la de Portugal. Entendían que eso se hubiese hecho sin sangre o, a lo sumo, lo que les tenía sin cuidado, con sangre republicana. ¿ Por qué no se decidió Gil Robles? Miguel Maura recibió del propio Gil Robles la respuesta. Fué una de aquellas tardes en que, con fundamento o sin

él, algunas personas de las que, como funcionarios y amigos rodeaban a don Niceto Alcalá Zamora, entre ellas Queipo de Llano, nos ponían con urgencia en el aviso de que el presidente de la República iba a ser secuestrado como primer paso, inexcusable, para producir el golpe de Estado con que a diario nos veíamos amagados, tanto por el ministro de la Guerra, Gil Robles, como por su ingrato subsecretario, don Francisco Franco. En la ocasión a que aludo, el rumor coincidía con unas sospechosas combinaciones militares de que Maura tenía noticia. Su temperamento impulsivo no le consintió conservar el secreto. Entró en el Palacio de las Cortes levantando polvo con su iracundia. Su republicanismo conservador estaba encoraginado. Se mostraba decidido a plantear el problema en el salón de sesiones, arriesgando el escándalo consiguiente, y buscando que el "viejo chocho de Lerroux", expresión que prodigaba variando un poco escatológicamente los adjetivos acabara por enterarse. Un redactor de "El Debate" puso en conocimiento de Gil Robles las intenciones de Maura. Este recibió un recado para que pasase al salón de ministros, donde le esperaba el ministro de la Guerra. La conferencia no fué breve. Al salir de ella, Maura se vió rodeado de la curiosidad de los periodistas. Su rostro traducía bien su contento.

—No tengo nada que decir a ustedes.

—¿Interpelará usted al Gobierno esta tarde?

—No; desde luego, no; pero es perfectamente ocioso que quieran saber más.

El ministro de la Guerra fué menos expresivo ante los informadores. Su mutismo no impidió que yo pudiese publicar la conversación mantenida por los dos políticos, con bastante retraso a cuando se celebró, porque por entonces "El Socialista" padecía una suspensión, no decretada por autoridad ninguna, que se prolongó durante 14 meses. Maura dió conocimiento de la entrevista a Sánchez Román, y éste, cuya devoción por Prieto es pública, se la confió a mi compañero, que por entonces vivía oculto en Madrid, quien a su vez, y con fines periodísticos, me la refirió a mí. Al día siguiente estaba en el diario, se transmitía por las agencias a provincias y la reproducían algunos colegas de la capital. La seguridad que Gil Robles había dado a Miguel Maura no podía ser más categórica:

—En tanto yo esté al frente de la cartera de Guerra —le dijo —deseche todo temor de un golpe de Estado. No haga aprecio de ningún rumor. Crea en la palabra que le da un caballero cristiano. Y ahora, escúcheme unas confidencias que sólo he hecho en el seno de la más absoluta intimidad y que le repito a usted. He ido a la cartera de Guerra por mi iniciativa y mi terquedad. Llegué al Palacio de Buenavista lleno de ilusiones, creyendo que me se-

ría posible hacer una obra que me retribuyese el esfuerzo. Actualmente me he despedido de toda esperanza. No hay nada que fiar ni que confiar a los militares. Los que no son unos incapaces son, además de incapaces, ladrones. ¡No lo hubiese creído! Tengo manifiesta repugnancia al tratar con ellos. Establezcamos las excepciones que desee, a condición de que no sean muchas. ¿Cree usted que puede intentarse algo con personas a las que por razones tan elementales de sanidad moral es necesario descalificar? Yo, si alguna vez lo he creído, hoy no lo creo. Tranquilícese, pues, y no provoque, sin necesidad, un debate que no creo le pudiese tranquilizar tanto como estas palabras dichas en el recato de estas cuatro paredes.

Gil Robles se atuvo a su palabra. Actualmente, reducido a expatriación, no es presumible que haya rectificado su juicio sobre los militares, incluyendo en ellos al generalísimo y jefe del Estado, don Francisco Franco, subsecretario suyo por el tiempo de la confidencia a Maura. Pero si él no encontró —ni continúa encontrando— razones que le indujesen a rectificar, está bien demostrado que no les sucedió lo mismo a sus correligionarios, subscriptos desde el primer momento a los planes y a las ideas de Calvo Sotelo y con más firmeza y encono a partir del instante en que le perdieron. Gil Robles debió sentir un estremecimiento en la carne al conocer la muerte de su más implacable develador, con el que, en razón de las buenas maneras, entretenía una amistad bastante más cortés que cordial. Hacía tiempo que el jefe de la C. E. D. A., por acuerdo de sus amigos y gusto propio, se hacía acompañar de una nutrida escolta de jóvenes "japistas"; pero ello no debió impedirle recordar el vaticinio que le hiciese desde su escaño parlamentario, en una sesión memorable por sus escándalos, José Díaz, secretario general del Partido Comunista:

—Su señoría morirá con los zapatos puestos.

Vaticinio que hubiera llegado a cumplirse el amanecer del 14 de julio, si el grupo de conjurados que puso término a la vida de Calvo Sotelo, hubiese iniciado su revancha por el jefe de la C. E. D. A., a quien Prieto, involuntariamente, iba a dar ocasión de nuevos estremecimientos.

CAPITULO III

Casares Quiroga rehusa las visitas de Prieto. — A la novia no se le debe llamar fea en vísperas de boda. — La ignorancia de Casares Quiroga. — Una apasionante reunión de la diputación permanente de las Cortes. — Una equivocación de Prieto que sobresalta a Gil Robles. — El conde de Vallellano declara que se ha hecho tarde para toda avenencia. — El éxodo de la burguesía madrileña. — Una promesa de Azaña que Casares Quiroga no tiene fuerza para cumplir.

SUSPENDIDAS las sesiones de Cortes por un decreto que no se estimaba por todos constitucional, el Gobierno se vió en la necesidad de reunir la Diputación Permanente de las Cortes para hacer aprobar la prórroga del estado de alarma. La reunión, convocada y celebrada el día 16 de julio, despertó un interés extraordinario. Se esperaba que los diputados monárquicos, con la colaboración de todos los grupos conservadores de la Cámara, planteasen en términos de excepcional crudeza un debate sobre el atentado que había costado la vida a su jefe parlamentario y nacional. El discurso de Goicoechea, delante del cadáver de su correligionario, dejaba presentir el fondo de la acusación monárquica: el atentado era un crimen de Estado, del que la responsabilidad gravitaba íntegramente sobre el Gobierno y de un modo más lato sobre el régimen. Esta era, ya se comprende, una posición polémica que adoptaban los monárquicos para mejor propiciar el movimiento que, tras laboriosa gestación, estaba recibiendo los últimos toques. El Gobierno seguía mal de información y confiaba en poder destruir la acusación de los monárquicos presentando las pruebas de su extraordinario interés para descubrir y castigar a los autores del atentado. La reunión tenía mucho de solemne y la espectación estaba bien justificada. Las noticias que se tenían de muchas partes no podían ser más alarmantes. De Pamplona, preferentemente, el noticiario, extraordinariamente fidedigno, como que procedía de un militar que había conseguido tomar el tren para Madrid, uno de los últimos trenes que llegaron a Madrid, era dramático. Un jefe de la Guardia Civil, a quien habían invitado a sumarse al movimiento insurreccional, se negó, argumentando con la tradición del cuerpo y lo sagrado del juramento prestado. La réplica de los que le hacían la invitación fué inmediata: desenfundaron sus pis-

tolas y lo mataron a tiros. La fidelidad al juramento militar tenía ese riesgo. ¿Llegaban oficialmente al Gobierno esos datos? ¿Podía confiar en que le llegasen oficialmente? Los socialistas, desde luego, disponíamos de ellos, sin marchamo oficial ninguno, pero con una impronta terrible: la de la verdad. Sin los necesarios requisitos administrativos, que no los podíamos inventar ni suplantar, como más tarde hicieron nuestros correligionarios de Santander, con manifiesta fortuna, nuestros informes pasaban a conocimiento del presidente del Consejo de Ministros, señor Casares Quiroga, a quien acabó por molestarle considerablemente la reiterada asiduidad de la comisión ejecutiva de nuestro partido, de la que Prieto era el miembro más destacado políticamente. A tal punto llegó el incomodo del jefe del Gobierno que no se recató en manifestarlo con las siguientes palabras:

—Si Prieto continúa viniendo aquí, será él quien gobierne y no yo.

Casares Quiroga tenía motivos para hacerse perdonar la irritabilidad. En otro momento cualquiera se hubiese abstenido, con justificación mayor, de pronunciar una frase que había de llegar muy derecha a la sensibilidad de Prieto, por quien sentía sincera estimación y al que profesa amistad no sospechosa. Las circunstancias políticas eran superiores con mucho a las posibilidades temperamentales de Casares Quiroga. Este se había apartado del pensamiento de Prieto cuando señaló a Azaña como presidente de la República, por entender que la principal función de Azaña estaba a la cabeza del banco azul y no en el Palacio Nacional; pero habiéndose impuesto el criterio de Prieto, defendió apasionadamente la candidatura del ex ministro socialista para suceder a Azaña en la jefatura del ministerio. A quienes le insinuaban que debía ser él mismo quien presidiese el nuevo Gobierno, trató de disuadirles alegando, entre otras razones, lo precario de su salud, que le imponía muchos cuidados, y sus no muy abundantes dotes parlamentarias. Esas disminuciones que el propio señor Casares Quiroga publicaba, las teníamos nosotros por justas, tanto más cuanto que el panorama social de España se presentaba muy inquietante e inspirándonos en ellas, "El Socialista" publicó un artículo aconsejando una solución ministerial distinta a la que pudiera formarse tomando como jefe de la misma a don Santiago Casares. Este me hizo conocer el disgusto que el artículo le había producido, por conducto de un amigo común: don Carlos Esplá, director de "Político".

—Casares me ha preguntado sobre quién es el autor del artículo de esta mañana en "El Socialista" y le he contestado, creo que sin equivocarme, que era usted. Eso le ha tranquilizado con respecto a la buena fe, pero me ha encargado que le diga que "está bien que la novia diga que no es guapa, pero que ya no está tan

bien que los amigos la llamen públicamente fea la víspera de la boda".

El recado me dió a entender que Casares Quiroga se disponía a aceptar el encargo de constituir Gobierno, pero su aviso no modificó mi criterio en cuanto a lo desproporcionado del peso que aceptaba en relación con sus fuerzas. El cariz de la política reclamaba un hombre de mayor energía. Obturada por los propios socialistas la solución Prieto, y no deseada ni aconsejada la solución Largo Caballero, que se hubiese estimado como un desafío a las derechas, el presidente de la República no tenía muchos hombres para elegir. Eligió a Casares Quiroga. Personas de buen juicio, que habían colaborado con él a su paso por el Ministerio de la Gobernación, me aconsejaban desconfiar de su aparencial enérgico. Sostenían que su energía, como la del propio don Manuel Azaña, no pasaba de ser una energía verbal y sin consecuencias una vez terminada la polémica parlamentaria. Este raro conjunto de circunstancias, que a ninguno de cuantos teníamos la obligación de comentar la vida política podía escapársenos, por demasiado notorio, indujeron a Casares Quiroga a querer subrayar una personalidad propia, autónoma, libre de toda influencia en su nuevo y difícil cargo. Falló la mayor al asumir, con la presidencia, la responsabilidad de la cartera de Guerra. Se anotó el detalle como un indicio claro de la subordinación de su criterio al pensamiento del jefe del Estado. El pensamiento de Azaña no podía parecernos desdeñable a quienes le habíamos elegido presidente, pero aun con todo y valorarlo en mucho, la personalidad de Casares Quiroga se nos amenguaba, empequeñecimiento que las oposiciones hacían llegar a su último término, pretendiendo desconocer la existencia del jefe del Gobierno.

"Con estos arreglos —me decía un diputado tradicionalista— nos han hecho ustedes, de la noche a la mañana, una república presidencialista. Azaña gobierna con persona interpuesta".

Estas desestimaciones necesariamente habían de producir lesión en el orgullo legítimo de un gobernante y la causaban, en grado que no me atrevo a medir, en el de Casares Quiroga. La frecuencia con que la Ejecutiva Socialista, asistida de la autoridad de Prieto, le visitaba en reclamación de medidas que sirviesen para retrasar y amenguar el estallido que se reputaba inminente, le dió injusta y tardía ocasión para afirmar su condición de jefe del Gobierno. El retraimiento en que se encerró Prieto no había de poder prolongarse.

—Lo lamentable del incidente —me confesaba Prieto en el salón de su casa—, no es el incidente en sí mismo, sino la absoluta ignorancia de las cosas en que está viviendo Casares. Su confianza en la obediencia de los militares es lo único que me preocupa.

Con esa cándida ignorancia, el Gobierno se presentó ante la

Diputación Permanente de las Cortes, persuadido de que haría prorrogar el Estado de alarma y de que confundiría a sus acusadores, demostrándoles que nada podía reprochársele, ni siquiera negligencia en la persecución de los autores, en orden al atentado contra Calvo Sotelo. A la reunión asistió Vallellano en representación de los monárquicos. Su discurso es el que se esperaba con mayor espectación. No llegó a pronunciarlo. Prieto dijo el suyo. Un discurso político de acentos muy sinceros, con el que intentaba conjurar la contienda sangrienta que veía venir y sobre cuyo final se mostraba particularmente pesimista. Todas sus antenas, variadísimas, le venían señalando la extensión e importancia de la conjura. En el transcurso de su oración se equivocó tres veces al referirse al atentado, trastrocando el nombre de la víctima y pronunciando, en vez del de Calvo Sotelo, el de Gil Robles. El jefe de la C. E. D. A., presente en la reunión, se sintió afectado por la equivocación de Prieto y su rostro denunció un sentimiento de malestar, como el de quien nota que ha escapado, por azar, a un gravísimo riesgo. Portela Valladares incurrió en la misma confusión nominativa que Prieto. Freud nos proporcionaría una explicación, probablemente nada tranquilizadora para Gil Robles, de esas equivocaciones que el jefe de la C. E. D. A. no necesitó hacerse explicar para interpretarlas prudentemente, partiendo de Madrid, así que hubo pronunciado su discurso, con dirección a Portugal. Las invocaciones de Prieto a la convivencia no fueron escuchadas por Vallellano, representante de los monárquicos. Su discurso, escrito, lo puso en manos de la presidencia. Cumplido ese deber que le habían confiado sus correligionarios, abandonó el salón. Antes de que la puerta se cerrase tras él, se le requirió para que ayudase con su presencia a encontrar una avenencia que ahorrase a España las horas amargas que le estaban prometidas por un destino adverso. El conde de Vallellano se volvió hacia los reunidos y cortésmente, pero con firmeza, contestó:

—Ya es tarde; no se puede intentar avenencia ninguna.

La puerta se cerró tras él y la reunión continuó sin objeto ninguno. Las palabras definitivas habían sido pronunciadas. Gil Robles no podía hacer otra cosa que comentarlas. Su discurso fué una glosa, matizada con invectivas propias, del documento de los monárquicos, en el que éstos, siguiendo la línea de la arenga pronunciada por Goicoechea en el cementerio, declaraban abierto el período de la guerra civil, haciendo responsable a la República de la resolución que se veían obligados a adoptar. Ventosa, en nombre de los regionalistas catalanes, y Cid, en el de los agrarios de Martínez de Celasco, que no debía tener noticias claras de la importancia y alcance de la conspiración militar, se mostraron más conciliadores. Supeditaban la posibilidad de una colectiva renuncia de rencores a la substitución inmediata del gobierno del señor

Casares Quiroga, por otro que, con colaboraciones diversas, constituyese una garantía de respeto legal y tranquilidad social. La conciliación a que los señores Cid y Ventosa se sentían inclinados, por muy bondadosamente que se valorase, carecía de todo precio y era imposible especular con ella. La única voz que interesaba escuchar se había pronunciado y había cerrado todos los caminos a la esperanza. Las soluciones políticas, inválidas por inaceptables para izquierdas y derechas —que dudo mucho que la opinión contenida en el discurso de Prieto hubiese sido compartida por la mayoría de sus compañeros y, desde luego, hubiera sido recusada como una capitulación por los comunistas—, resignaban su poder ante las soluciones de fuerza. Al medir la suya está bien demostrado que se equivocaron las izquierdas, estimándola en más de lo prudente; pero, ¿cuál es la conclusión a que han llegado los correligionarios del conde de Vallellanos con respecto a la de ellos? No parece que les haya llegado la hora de su pública epifanía y los signos externos de una nueva actividad clandestina, arguyen un tácito arrepentimiento que no tiene, a lo que parece, perspectivas halagüeñas. El conde de Vallellano, cerrando tras de sí la puerta del salón donde se reunía la Diputación Permanente de las Cortes, abría conscientemente un ciclo inusitadamente dramático de la historia de España, en el que, entre unos y otros banderizos, íbamos a dilapidar la sangre, la energía y el dinero que no hubiésemos necesitado para hacerla nueva de un confín al otro. En estas consideraciones puede ahondar el lector por su cuenta, en la seguridad —pienso— de que si es español lo hará con la profunda congoja de quien ha perdido algo más importante y fundamental que bienes personales y comodidades egoístas: la confianza en conceptos que antes de la guerra imaginaba imperecederos.

Gil Robles inició el éxodo de las personas de derechas de Madrid. Fueron muchas las familias que hicieron precipitadamente sus maletas y se pusieron en camino hacia climas seguros. Navarra atraía la preferencia de los más. Aquellos a quienes sus recursos económicos se lo consentían, no conformándose con la garantía de Navarra, la buscaron en las playas portuguesas, que agregaban a la seguridad los suaves encantos veraniegos. La aristocracia madrileña adornó con su presencia los casinos lusitanos desde donde, con toda suerte de rumores, falsas noticias y victorias anticipadas, creían de la mejor buena fe que ayudaban a la victoria de los militares sublevados. Muchos aristócratas, bastante bien informados, se ocuparon, además de su seguridad personal, de la de sus pinturas y joyas. Fueron bastantes los Goyas que, en regulares condiciones de embalaje, pasaron la frontera. Otros testimonios extraordinarios de nuestro pasado artístico se ocultaron cuidadosamente, tapizando puertas, en los desvanes más elevados de los edificios, como si lienzos y esculturas, incunables y autógrafos valiosos, se brindasen a la furia luterana de los aviadores alema-

nes. El tiempo nos consentiría conocer las más inverosímiles previsiones, junto a los descuidos más lamentables que, de no ser imputados al desconocimiento, habían de serlo a la confianza. La época del año, plena canícula madrileña, consentía los desplazamientos públicos sin sospecha. Algunos diputados gubernamentales pagaron el veraneo con la cuota de su vida y a muchos de los que no les sucedió tamaña desgracia no fué, en el primer momento, sin contrariedad por su parte. La familia de un ex presidente del Consejo de Ministros de la época monárquica, el mismo que se viera desplazado del poder por la primera dictadura militar, cuya esposa e hijas se vestían en casa de una modista casada con un camarada mío, apresuró su salida veraniega al punto de no tener tiempo de pagar a su modista los vestidos que la obligaron a hacer con una prisa extremada, prisa que la modista pudo explicarse unos pocos días más tarde al de la entrega de la labor, que a estas fechas, las clientas considerarán suficientemente pagada, en atención a la significación política del marido de su proveedora, con la ejecución ilegal del mismo, realizada por las gloriosas tropas libertadoras del general Franco a las contadas horas de su entrada en la capital de España. Es natural que las damas del imperio azul no quieran tener vínculo de relación alguno con familias sospechosas en las que los verdugos imperiales fueron a elegir sus víctimas. La cuenta de los vestidos puede considerarse saldada que, quien no reclama por lo grande, no irá a querellarse por lo pequeño. El tole-tole de los acontecimientos que se avecinaban apresuró la salida de las familias que, por una u otra razón, podían considerarse en apuros y compromisos, supuesto que el movimiento militar no triunfase, a pesar de la sorpresa, en las 24 o 48 horas primeras, como esperaban los comprometidos. La carretera de la Coruña tenía un tráfico más abundante que el normal en ese mismo período del año y los vehículos iban excesivamente lastrados, sin una plaza libre y sin lugar en sus portamaletas ni en sus estribos para recibir un kilo de peso más. A los coches les pedían sus propietarios el máximo rendimiento. La carretera, que no había de tardar en quedar cerrada al tráfico por los cañones y las descargas de fusilería, estaba todavía limpia de obstáculos. El Gobierno no se creyó en el caso de tomar ninguna iniciativa, un poco por temor a precipitar los acontecimientos. Esperaba la agresión, quizás creyendo íntimamente que no llegaría a producirse y confiando que las irritaciones monárquicas quedasen en un aumento del repertorio de las invectivas, más agrias que las habituales, contra la República y sus hombres. El Palacio de Buenavista permanecía, en apariencia, inmune al nerviosismo general. La burocracia castrense, suscripta en sus tres cuartas partes a los periódicos monárquicos o conservadores, seguía acudiendo con el tradicional retraso a la oficina, discutiendo, entre oficio

y copia, las probabilidades de éxito del movimiento y en caso de fracaso, la dificultad en que se encontraría el régimen para ser riguroso con los jefes del pronunciamiento. En cuanto a ellos mismos descontaban que nada tenían que temer. Le eran indispensables, con sus periódicos monárquicos y su odio republicano, a la República. Sólo ellos poseían el hilo de Ariadna para aventurarse, sin riesgo de pérdida, en la manigua de nuestra legislación militar. Tenían la confianza natural de los que, en los frontones, juegan a ganar. Todo el sacrificio que se les pedía es que afectasen, más que nunca, ocultando su menosprecio, un sentido de la disciplina, para fomentar la confianza del ministro. Evacuaban las más espinosas consultas con el aplomo más insospechable:

—El ejército es obediencia y lealtad y no arruinarán esas virtudes fundamentales los manejos de quienes le quieren hacer perder y deshonrar.

Respuestas tan caballerescas eran susceptibles de muy variadas interpretaciones. ¿A quién obedecía el Ejército? ¿Quiénes lo manejaban con fines deshonrosos? Si se personalizaban las preguntas: ¿Qué hará el general X? ¿El coronel Z? ¿El jefe de tal aeródromo? — igual respuesta difícilmente tranquilizadora:

—Obedecer. Mantenerse en su puesto. Cumplir, hasta la renuncia de la vida, su juramento.

El que jura en colectividad es un conjurado. Y para entonces, una inmensa mayoría de los militares españoles lo eran. Algunos de estos conjurados habían de faltar a su compromiso como consecuencia del fracaso que se apuntaron los insurrectos en algunas plazas, quedando al servicio de la República, con mejor o peor gana, según que confiasen o no en su victoria, y a éstos, entre los cuales se afirmaba que se encontraban altos jefes llamados a tener la más extraordinaria popularidad, popularidad casual en su comienzo y merecida por sus servicios después, se les vino a llamar, por acuerdo popular, "leales geográficos". Estos, juramentados en los cuartos de bandera para llegar en obediciencia al juramento hasta el sacrificio de la vida, acaparaban con preferencia el odio de sus compañeros insurrectos. La captura de uno de estos "leales geográficos" iba seguida del fusilamiento inmediato. Esta circunstancia, bien conocida de ellos, no impidió algunos arrepentimientos tardíos. Recuerdo, al respecto, el caso de un jefe de caballería a quien, en vísperas de una operación militar de la que se esperaban considerables ventajas estratégicas para develar una plaza aragonesa se le encomendaron varios servicios. El éxito de la maniobra estaba confiado a la sorpresa. La acumulación de los elementos y los hombres necesarios se había logrado con el mayor sigilo. El enemigo no manifestaba el menor conocimiento de nuestra actitud. El jefe de referencia, pretextando un paseo de reconocimiento, consiguió evadirse a las líneas enemigas, siendo por-

tador de los planes de la operación, con los detalles de las concentraciones y los puntos de ataque. De su documentación personal debió preocuparse de hacer desaparecer su carnet político, testimonio de cargo ante los militares rebeldes. El jefe evadido de las filas republicanas rindió el servicio: entregó los planos de la operación en proyecto, los aclaró con sus explicaciones y unas horas después, las indispensables para las formalidades de rigor, rendía su vida ante un piquete de ejecución. Su arrepentimiento tardío no le sirvió de nada. La vida que él no había tenido la gallardía de ofrendar al compromiso jurado, se la quitaron sus compañeros de armas sin computarle el servicio que les prestó. Los ataques nocturnos de aviación a los puntos donde habíamos hecho las concentraciones de fuerza nos obligaron a desistir de la operación preparada, cuyo fracaso podía computarse seguro una vez perdida la ventaja de la sorpresa. Entre la burocracia castrense del Ministerio de la Guerra hubo varias personas a quienes los rebeldes aplicaron el mismo arancel que al jefe de referencia. El compromiso a que se habían ligado era particularmente severo y exigente, y el incumplimiento cualquiera que fuesen las razones que se alegasen, no encontraba clemencia. El ministro de la Guerra, a quien los servicios le proveían de noticias tranquilizadoras y de seguridades republicanas, no podía adivinar el grado de dureza dogmática en que estaba fraguada la conjura. Su tranquilidad, y mucho más que ésta, su escepticismo para las versiones catastróficas, descorazonaban a términos de desesperación a quienes se le acercaban con el propósito de inducirlo a tomar medidas de previsión que supusiesen alguna ventaja. Casares Quiroga no entendía de esa manera su deber. Creía preferible esperar los acontecimientos, persuadido de que los dioses propicios conservarían la República y le preservarían a él, que tenía la responsabilidad de gobernarla, de un tan terrible disgusto como el que augurábamos los socialistas. Sostenía, entre sonrisas de buen humor, ideas que había recibido, probablemente en contagio, y decía "que no había que agrandar los ecos ni multiplicar los rumores". Como Azaña, de quien no tenía la intuición, creía saber lo que se podía y no podía temer de los militares. Presumía de saber lo que no sabía. Sólo nos quedaba por esperar que si le tiraban la silla, él arrojase la mesa, dando efectividad a una vieja promesa que los diputados gubernamentales habíamos oído enunciar, pero no cumplir. Casares Quiroga, de naturaleza enfermiza, cansado por las emociones y las decepciones de los días violentos, no iba a tener fuerza física para volcar la mesa. Ese cometido había de corresponder a otro hombre.

CAPITULO IV

El cuartel general socialista de la calle Carranza. — Al diputado Maestro le fué suficiente con su personalidad. — La confianza de Casares Quiroga y la desconfianza de Pozas. — Aranda, general de la República. — La columna minera que iba en ayuda de Madrid. — El comandante militar de Salamanca necesita una orden escrita para resignar el mando.

LA guarnición militar de Marruecos se sublevó el 17 de julio. La noticia la conocimos en Madrid por la tarde. A partir de su conocimiento, quedamos a la espera de su repercusión en la Península y de preferencia en Madrid. Si el movimiento tenía fuerza bastante para adueñarse de la capital, y eso era justamente lo que temíamos, nuestra derrota sería casi fulminante. Poco importaba el resultado final de la lucha que se abría, el que algunas provincias hiciesen victoriosamente cara a los sublevados, si caían en manos de aquéllos con los ministerios, los ministros y, en definitiva, todo el aparato del Estado. Esta inquietud, bien natural, no había entrado por las puertas del Palacio de Buenavista, donde, no diré el optimismo, pero sí la más indomeñable confianza seguía prevaleciendo: el pronunciamiento de los militares de guarnición en el Protectorado, era obra de unos cuantos visionarios a los que no iba a tardar en imponérseles un correctivo sangriento. Se tomaban, en efecto, las medidas adecuadas. Es decir, se escribían papeles, con el correspondiente margen, los sellos precisos y las firmas reglamentarias. En las calles de Madrid el nerviosismo, pusilánime en unos, corajudo en otros, desbordaba las marcas conocidas. Las fuerzas en colisión se acechaban mutuamente, sin que una de ellas, la popular y republicana, pudiera hacer cosa distinta que acechar, inerme como en aquellos momentos se encontraba. La Ejecutiva de nuestro partido se reunió e inició sus primeras actividades encaminadas a hacer frente a los acontecimientos. Los diputados que no habían ido a sus distritos, recibieron órdenes diferentes para trasladarse a las provincias y ponerse en contacto con las organizaciones socialistas y sindicales a fin de organizar la resistencia, de acuerdo con las autoridades, a las que pedirían las armas necesarias en el caso de que los militares se dispusiesen a secundar a sus compañeros de Marruecos. Maestro, diputado por Ciudad Real, recibió la comisión de ir a Valladolid para alentar

preferentemente a los camaradas ferroviarios. Estos debían prepararse para impedir por todos los medios la posible progresión de fuerzas sublevadas contra Madrid. En el viaje le iban a acompañar, por decisión propia que les dictaba el afecto, otros dos camaradas. Antes de partir, Maestro se decidió a preguntar:

—¿No nos dáis un pedacito de credencial?

Le contestaron que con su personalidad era suficiente. Lo fué. Su llegada a Valladolid debió coincidir con el levantamiento de aquella guarnición, a la que se adhirieron, con una pasión sanguinaria que no iba a tardar en hacerse famosa, los grupos falangistas que acaudillaba Onésimo Redondo. De Maestro y sus acompañantes no volvimos a saber nada. Alternativamente nos llegaban versiones de su fusilamiento y de su ocultación por pequeños pueblos castellanos, donde eran acogidos por campesinos que se apiadaban de su suerte y tenían motivos para desconfiar de la victoria de los militares. En Valladolid, el movimiento insurreccional encontró la resistencia de los ferroviarios que, faltos de armas, no pudieron hacer más de lo que hicieron, siendo duramente castigados después de su rendimiento. Los talleres y la estación fueron tomados militarmente. Los trenes a quienes los acontecimientos habían sorprendido en marcha, eran recibidos, al entrar en agujas, con clamorosos vivas al fascismo y saludados a la manera romana. El maquinista de un tren ascendente, sorprendido por aquella acogida inesperada e incapaz de reprimir su reacción, dió un viva a la República y replicó al saludo fascista con el saludo proletario; un grupo de falangistas, contra el que el maquinista se defendió a puntapiés, le arrió de la máquina, lo empujó contra el costado de la locomotora y, entrevías, a pistoletazos, le quitó la vida. Los camaradas llegados de Madrid para organizar la resistencia, debieron tener ocasión de conocer el primer uso que los militares hacían de su victoria. Otro de nuestros diputados, Landrove, fué detenido y ejecutado. Su padre, ex diputado socialista, y a causa de una lesión mental retirado de toda actividad política, fué detenido a su vez, y después de un calvario de vejaciones, remitido al fuerte de San Cristóbal, bien conocido de muchos militantes obreros, a quienes se mandó a él a cumplir condena por los sucesos de octubre del 34, y que más adelante, como se convirtiese en prisión de falangistas opositores de la política de Franco, había de adquirir extraordinaria popularidad a consecuencia de una evasión masiva que terminó mal para casi todos los evadidos, que fueron capturados o muertos. De los contados presos que consiguieron ganar la frontera francesa, hay tres que la alcanzaron cuando, extenuados de cansancio, de sed y de hambre, se detuvieron ante un casero vasco solicitándole un vaso de agua, que el casero les aportó, preguntándole por el puesto más próximo de la guardia civil, al que proyectaban entregarse. El casero les miró bien mirados y

tardó en hablar, como quien vacila sobre las consecuencias de sus palabras. Les preguntó:

—¿Sois vosotros de esos del fuerte de San Cristóbal?

Los derrotados fugitivos contestaron afirmativamente. El casero, guardando silencio, se puso a caminar hacia su casa y haciendo un inequívoco movimiento de cabeza, dijo para que le oyesen los hombres a quienes había servido el agua:

—Al otro lado de esas jaras comienza Francia.

La casa de Carranza 20, domicilio oficial del partido y a la vez redacción del periódico, no tardó en convertirse en un inmenso cuartel general, al que los militantes y los simpatizantes llevaban noticias y pedían órdenes. La demanda más apremiante, común a cuantos nos visitaban y nos llamaban por teléfono, afectaba a las armas. Los sindicatos, los centros socialistas de barriada, las juventudes, los comunistas, los anarquistas, pedían armas. Los poseedores de pistolas, que no dejaban de inspirarnos algún cuidado, dado los manejos a que se entregaban, las miraban con manifiesto desdén y menosprecio. Por armas se entendía, entonces, buenos fusiles máuser. Sobre las ametralladoras no se formulaba todavía, la menor aspiración, en cuanto no se estimaba como arma de manejo individual. Parecía como si cada voluntario deseara establecerse por su cuenta, cosa que sólo podía lograr con la posesión de un fusil. Aquella apariencia no dejó de confirmarse en cierta manera. Los vecinos de nuestra casa, entre los que el número de simpatizantes era muy escaso, debieron pasar horas muy amargas, oyendo gritar constantemente: "¡Armas! ¡Armas! Antes de que sea tarde, ¡armas!" Vecindad de tan escasa confianza, se decidió que fuese desalojada, pudiendo disponer de los pisos, una vez libres, para las necesidades que fuesen surgiendo. La notificación a los inquilinos se encargó de hacerla uno de nuestros redactores, Federico Angulo, que ya manifestaba unas dotes admirables para el mando militar y al que no íbamos a tardar en descernir el título de Capitán Kalaka. Los vecinos, complacidos en el fondo, se decidieron a abandonar aquella casa que se había hecho peligrosa y sobre la que los militares podían descargar, de un momento a otro, su furia. Pero la fuerza de la revolución que comenzaba, era todavía demasiado incipiente y feble y fué bastante que la señora María, la portera, se opusiera a su cumplimiento, para que los vecinos continuasen perturbándonos con su presencia. Nos resignamos a la lección con bastante humildad y filosofía, reconociendo que el episodio no pronosticaba nada bueno. Pensando en que no se nos incomodase la portera con tantas voces, aconsejamos sordina a nuestros amigos. Después de todo, más procedía ir a darlas al Ministerio de Guerra, donde el presidente y ministro intentaban inútilmente comprobar la efectividad de la obediencia y de la disciplina militares. A sus llamadas apremiantes, transidas de una angustia imaginable, co-

rrespondían las autoridades interpeladas con manifestaciones equívocas, cuando no con el silencio o la negativa descarada, teñida de humorismo. En el Ministerio de la Gobernación eran más afortunados. Los gobernadores civiles, a quienes el general Pozas pedía la novedad, se la proporcionaban, por lo común, perfectamente eufóricas y tranquilizadoras. La intranquilidad de los obreros, a quienes el presentimiento de ser víctimas les daba aguda videncia, coincidentes con los de Madrid en la reclamación de armas, no tenía en dictamen de los gobernadores, justificación ninguna. Ellos habían podido comprobar, en una reunión de autoridades, la excelente disposición de los jefes de las fuerzas de orden público y la voluntad de conservarse fieles al poder constituído del comandante militar de la plaza. El general Pozas, no por agudeza, de la que los dioses no creyeron prudente dotarle con exceso, sino por conocimiento de sus compañeros de milicia, recibía esos informes gubernativos con patentes muestras de incredulidad.

—¡Pataratas! ¡Se están dejando engañar como unos pipiolos!

Y dictaba por teléfono, para que se perdieran en los tristes despachos de provincias, instrucciones de desconfianza y previsión. El general Pozas, que conocía el paño del que los militares se proponían vestir a España, era partidario de que se accediese inmediatamente al armamento del pueblo. Casares Quiroga seguía entendiendo que eso no era posible sin arriesgar, por la derecha y por la izquierda, la existencia de la República. Si subsisten a tanta mudanza los teletipos, caso de que los cursase, del gobernador de Oviedo, sería curioso contrastarlo con lo sucedido. Yo los busqué, sin tener la fortuna de descubrirlos, en los archivos de Gobernación, a título de curiosidad histórica. El comandante militar de la plaza de Oviedo, en cuya resistencia verdaderamente heroica había de hacerse famoso y ganar, merecidamente, un ascenso a general, era el coronel Aranda. Este militar había participado, de cierta manera, en la represión brutal de los sucesos de octubre. Es materia discutible que contrajese responsabilidades por acción, pero es evidente que las adquirió por omisión. De los militares que Gil Robles envió a reducir a los mineros asturianos, uno de ellos, el general López Ochoa, había de tener trágica muerte en Madrid, y el otro, Yagüe, que se emocionaba al hablar del heroísmo de los mineros, iba a conocer alternativas de privanza y desgracia en el cuartel general de Franco, a causa de su desestimación por los italianos y su independencia de juicio para honrar el heroísmo de los republicanos. Aranda dejó hacer. A su conocimiento no llegó ninguna de las sevicias que se pusieron en práctica por los pueblos de la cuenca minera, ni escuchó los gemidos de las víctimas, quizá por imitar en eso la conducta del emperador ruso, de quien se dijo que se acostaba del lado derecho, ya que no oía bien del izquierdo, a fin de que no le desvelasen los gritos de los prisioneros que apaleaban en la

fortaleza de San Pedro y San Pablo, separada por el río del Palacio de Invierno. El coronel Aranda no supo nada, no escuchó nada, no vió nada. Era inmaculado como la Concepción. Esta pureza iba a servirle a maravilla para su política. Esta consistía en aproximarse a los trabajadores. Referencias, que supongo parciales, aseguran que hizo acto de presencia en algunos mítines socialistas y que, a semejanza de los obreros, saludaba a los oradores con el puño cerrado. Dudo mucho que esto sea verdad. Para entonces, como "El Socialista" tuvo ocasión de demostrar después, publicando una carta suya dirigida a otro militar comprometido, Aranda participaba en la preparación del movimiento y se organizaba para alcanzar con éxito los objetivos que se le hubiesen de señalar. Su aproximación a los obreros era un puro cálculo estratégico. En zona tan densa y potente de obrerismo como la de Asturias, la fuerza de que Aranda disponía, podía no ser suficiente, y en previsión de ello acudió a la astucia. Se puso una piel de cordero y se decidió a engañar a Caperucita Roja. La fábula iba a tener esta vez un desenlace trágico para la confiada e inocente niña. Los avisos y recomendaciones de la prudencia que, como en la parábola, los daba una mujer —Matilde de la Torre, que en su calidad de diputada es la persona que vivió más intensamente el drama de la represión asturiana, de la que luego, por mi estímulo, escribió páginas inolvidables, que yo tengo, con otras que más tarde dedicó a la guerra, por las más delicadas y emocionantes que se han publicado en la prensa española—, no fueron escuchados. En el coronel Aranda identificaban muchos hombres de Asturias, "el general de la República". Tenía, para que nada le faltase a juicio de sus ofuscados panegiristas, antecedentes populares que, siendo como era hombre de grandes dotes intelectuales y de capacidad y con bravura militar, testificada en Africa, le habían dificultado los ascensos, en tanto que otros compañeros suyos, Franco entre ellos, pudieron hacer una carrera de relumbrón merced preferentemente a su palatinismo.

—Aranda, el tiempo lo dirá, es la auténtica espada de la República —he oído decir a más de un amigo asturiano.

El interesado fomentó bien esa creencia. Nadie, como no fuese Matilde de la Torre, que no dejaba de tener sus cosas —¡cuentos de miedo!, ¡cosas de Matilde de la Torre!, estúpidas equivalencias de aquel tiempo—, ponía a discusión el republicanismo del coronel Aranda. ¡El general de la República! Con esta aureola es natural que el gobernador civil le hiciese confianza. Con la noticia del movimiento a la vista le convocó a su despacho. Llamó también a los diputados que se encontraban en la ciudad. Aranda concurrió puntualmente. Su talante dejaba ver la más perfecta calma. Lejos de su ánimo la menor inquietud. El gobernador y los diputados podían desechar todo temor. El estaba seguro de la obediencia unánime

de toda la guarnición. Se podía dar a Madrid cuantas seguridades necesitase. La guarnición entera y las propias fuerzas de orden público, le obedecerían sin una sola excepción.

—Sin embargo, coronel, creemos —argumentaron los parlamentarios— que se debe armar al pueblo. Eso nos consentiría, en caso de necesidad, ir con nuestros hombres en apoyo de la plaza que nos necesite.

—Por mi parte, si el gobernador aprueba, no veo inconveniente en acceder a lo que solicitan.

El coronel Aranda daba toda toda suerte de facilidades. El cambio de pareceres se prolongaba. Para la distribución del armamento se recomendó que los obreros se concentrasen en un edificio capaz. Consultadas las existencias, el coronel manifestó no poder prescindir de un sólo fusil, pero afirmó que había armamento sobrado en León, donde era seguro que les sería entregado con una orden suya. Se organizó una expedición de camiones que, con hombres de la cuenca minera, partió hacia León, en busca especialmente de municiones, de la que los hombres de las minas no tenían un sólo cartucho. Era la columna que se destinaba a ir en ayuda de Madrid. Los asturianos acariciaban la idea, confiando en el republicanismo de Aranda, de avanzar como una tromba, arrollando las resistencias del camino, hasta tomar contacto con la capital. En Madrid, de donde se hizo a los mineros requerimientos apremiantes, los esperábamos, anhelando el momento de verlos irrumpir victoriosos por las calles de la villa. Como no llegasen en el plazo previsto, arrugamos con mano nerviosa la esperanza y la dimos de lado para atenernos pura y simplemente a lo que dieran de sí nuestra capacidad defensiva y el azar. La defección de los mineros asturianos estaba sobradamente explicada. La columna que se puso en marcha hacia León, en cuyos cuarteles debía recibir municiones, fué remitida por aquellos militares a Ponferrada, en cuya plaza se le proveería de lo necesario. El comandante militar de León, no carecía de las instrucciones de su colega de Oviedo.

Le había recomendado hacer perder la mayor cantidad de horas a los mineros, antes de sacarles del error en que vivían, para disponer de tiempo suficiente a fin de organizarles la derrota. En tanto, la columna rodaba por las carreteras leonesas, persuadida de que en Ponferrada se arreglaría su necesidad y podría comenzar a ser útil. En Oviedo los acontecimientos se habían precipitado. La reunión del gobierno civil, más confiada que alegre, terminó precipitadamente, con el ruido de las tropas que invadían las calles. El coronel Aranda había ido al cuartel de Pelayo para decidir personalmente lo que hacía a la ocasión y ver si existía la posibilidad de entregar a los obreros algún armamento. Ratificó, al despedirse de los reunidos, su absoluta lealtad. Nada tenían que temer. Minutos más tarde, los soldados invadían las calles y comenzaban a ha-

cer las primeras detenciones. Los obreros que se habían congregado en el patio del cuartel de los guardias de asalto, en espera de la distribución de las armas, vieron abrirse las ventanas del edificio y asomar los fusiles de parte de la tropa, que comenzaron a hacer fuego sobre la confiada masa humana que se precipitó hacia la salida, venciendo la resistencia de la puerta y gritando la noticia de la traición. Los diputados se pusieron rápidamente a salvo, encaminándose hacia las salidas de la ciudad, para ganar los caminos de la cuenca minera, donde se hacía urgente organizar la resistencia. Uno de los diputados, Graciano Antuña, que perdió unos minutos en avisar a su familia, fué hecho prisionero por los soldados de Aranda. Sobre su último destino, las noticias fueron, durante bastante tiempo, contradictorias. Cada evadido de Oviedo nos refería una historia distinta. Para unos, estaba preso y respetado; para otros, preso y torturado, y no faltaba la versión de los que habían visto su fusilamiento. Las atribuciones de crueldad que se le hicieron a Aranda, no parece que llegaron a comprobarse. Más bien fué humano y respetuoso su comportamiento. Es posible que esa conducta suya se derivase de una circunstancia para él inquietante: la estancia de sus padres en Madrid, sobre los que nadie ejerció ninguna clase de represalias. Hay quien supone que el proceder de Aranda fué debido a un movimiento espontáneo de su ánimo, independiente del temor que, lógicamente, podía sentir por la suerte de sus padres en un período de tan estremecedoras violencias.

La noticia de lo sucedido en Oviedo sacudió violentamente a toda la cuenca minera, pero su reacción viril no podía tener, con carácter inmediato, la fortaleza necesaria. Los hombres más resueltos de las minas se habían incorporado a la columna que se mandó en auxilio de Madrid, columna de la que no se tenía ninguna noticia. ¿Qué era de ella? ¿En qué sangrientos combates estaban metidos los mineros? En formación las nuevas levas que se disponían a discutirle a Aranda su victoria sobre Oviedo, se vieron llegar a Mieres los camiones de la primera expedición. No volvían todos los combatientes. Los que faltaban habían quedado, tumbados y sin vida, en la plaza de Ponferrada, donde la guardia civil, preparada al efecto, había repetido el episodio sangriento de los guardias de asalto en su cuartel de Oviedo. Los mineros se habían trasladado, de acuerdo con las indicaciones que se les hicieron en León, a la plaza del pueblo, donde iban a ser municionados. En los viajes y las conversaciones, gastaron la noche. En la plaza de Ponferrada, amanecía. El bulto obscuro de los edificios iba adquiriendo contorno y fisonomía. El ruido de los motores y las voces de los mineros, que se defendían del sueño con ellas, suscitaron en las personas curiosidad sobresaltada. Algunas ventanucas, cegadas de ropas lavadas la víspera, se abrieron y cerraron, sin descubrir el secreto de aquella animación estemporánea y desacostumbrada.

Ya los mineros en la plaza, desmontados de los camiones, los fusiles que los acechaban comenzaron a hacerles un fuego implacable. En las mismas condiciones de angustia se volvió a gritar la misma palabra: ¡Traición! Los hombres se apresuraron a saltar sobre los vehículos y éstos se pusieron en marcha, cargados con más iracundia que susto, camino de las minas. En la plaza de Ponferrada quedaban, entre charcos de sangre, las bajas de la columna que iba en ayuda de Madrid. Entre los muertos quedó prisionero, para ser fusilado poco después, uno de los jefes, hombre por razones diferentes excepcional, el teniente de asalto Menéndez. El general de la República, Aranda, había sabido hacer las cosas. En su ascensión al generalato cabe presumir que le han sido computados estos servicios.

Para encontrar un episodio similar, en el que sólo juega la astucia, sin dejar intervenir la traición sangrienta, es preciso recurrir a Santander. En la Montaña, las cosas sucedieron de manera distinta. El gobernador civil, a quien instaron los socialistas, sentía, como todos, los mismos escrúpulos constitucionales para adoptar resoluciones extremas. Sus conversaciones con la autoridad militar habían resultado sobremanera confortables. Como en todas partes, los militares se atendrían a la lealtad jurada y defenderían con sus armas, en caso llegado, la legalidad constituída. Estas manifestaciones no pasaban de ser conversaciones de puerta de tierra para los dirigentes del Frente Popular, que tenían motivos sobrados para desconfiar. Sabían, mejor que el gobernador civil, el crédito que se podía conceder al comandante militar de la plaza. Hombre débil y pusilánime, le juzgaban fácilmente influenciable por la opinión de sus subordinados, y a varios de éstos los sabían en relaciones de íntima amistad con los falangistas santanderinos que, en varias ocasiones, habían actuado con sus pistolas, la última para atentar contra la vida de un periodista socialista. Malumbres, cuando se distraía con varios amigos en un café del que era habitual concurrente; Malumbres, que había sido objeto de varios atentados menos graves, fué muerto de varios tiros por el tremendo delito de haber ironizado a expensas del aviador montañés Pombo, que hizo un "raid" de indigente por algunos países de América. Nuestros compañeros que habían necesitado batirse a tiros contra los fascistas santanderinos, entre los que había un hombre de gran temperamento, Manuel Hedilla, a quien en Salamanca, con oposición de Sancho Dávila, iban a entregar la jefatura del movimiento, lo que dió lugar a unos incidentes graves, tenían de qué estar recelosos. Para sentirse seguros de que la guarnición no secundaría el movimiento iniciado en Marruecos, consideraban indispensable que la autoridad militar de la plaza pasase a otras manos, a las de un comandante que ya en Santoña, siendo capitán, se había significado por sus ideas republicanas. Lo que no se les alcanzaba era

el procedimiento que debían de seguir para lograr su propósito. Simularon una orden telefónica, pero el comandante militar contestó que no resignaría el mando sin un mandato escrito. Lo que nuestros amigos habían hecho era trasladarle verbalmente una orden que decían haber recibido del ministro de la Guerra. A la reserva del comandante militar, que estimaron lógica, contestaron satisfactoriamente: "Pediremos la orden telegráfica a Madrid". Abandonaron la cabina telefónica y se fueron a la Central de Telégrafos. Hablaron con un oficial de ese cuerpo, afiliado al partido y le expusieron la situación embarazosa en que se encontraban, para acabar, pidiéndole que les proveyese de un telegrama ordenando al comandante militar, por decisión del ministro de la Guerra, que resignase el mando en la persona del comandante Vayas. El telegrafista midió la responsabilidad que iba a contraer, pero se decidió, participando de las inquietudes generales, a confeccionar el telegrama apócrifo. A la vista de la orden escrita, el comandante militar, que no se tomó la molestia de intentar la menor comprobación por su parte, declinó su autoridad en el subordinado que le indicaron. La situación, por lo que hacía a la capital, quedó despejada en gran parte. Faltaba la incógnita de Santoña, el arruinado Gibraltar del Norte, que conservaba, de su abundante pasado militar, una pequeña guarnición a la que estaba atribuída la guardia del penal del Dueso. Santoña, que hacía poco había despertado para las ideas sindicales tenía de antiguo, un movimiento republicano de consideración y hombres que servían esas ideas con un calor innegable y con un desinterés por nadie puesto en duda. Interpretando la situación como los hombres de la capital, se movieron con rapidez y consiguieron sofocar el designio de los militares que, sin su intervención, hubiera sido seguro y sangriento. Villarías, que mandó la columna que remontando el puerto de los Tornos, pretendió avanzar hacia Burgos, fué voluntad decisiva en la feliz solución de la incógnita de Santoña. En Santander reveló sus dotes de inteligencia, serenidad y mando, el que había de ser gobernador civil de la plaza hasta la entrada de los italianos: Ruiz Olazarán. Suyo fué el telegrama que conservó Santander para la República.

CAPITULO V

Las culpas de Casares Quiroga. — En qué consistía la defensa de Madrid. — La República pierde las provincias. — Vacilaciones inexplicables del general Fanjul en el Cuartel de la Montaña. — Casares Quiroga se declara derrotado. — Martínez Barrio es recibido con hostilidad y deja paso a Giral.

CASARES Quiroga, impotente para dominar la situación, derrotado en todas sus esperanzas y confianzas, continuaba resistiéndose a autorizar el armamento del pueblo. Se mantenía en esa negativa contra el consejo de sus colaboradores y contra el mandato urgente de la necesidad. Posiblemente se trataba de un acuerdo irreflexivo con el que trataba de imponer su voluntad de gobernante desacatado, al que muy contados subalternos obedecían. Hasta ese último resto de poder, ejercitado con daño para lo que trataba de defender, estaba a punto de escapársele de sus manos, de enfermo con fiebre. Su resistencia a facilitar las armas, había trascendido y su nombre provocaba estallidos de cólera. Su impopularidad se agigantaba entre sus propios correligionarios, a los que los oí negarle todas las virtudes y atribuirle todos los defectos. Para los que buscaban ser justos con él, era un frívolo que había disimulado, con bromas y chanzas, la debilidad de su carácter, merecedor, en un Estado de exigencias elementales, de un castigo ejemplar. Esta opinión, bastante generalizada por entonces, no ha conseguido atenuarla el tiempo, y Casares Quiroga, temperamento sensible, ha sufrido incontables desdenes y copiosas amarguras, incluso de quienes podían pararse a meditar si se encontraban en condiciones morales de arrojar la primera piedra. Hay un tipo de injusticia histórica difícilmente reparable, que es el que hace que Casares Quiroga resuma en sí mismo, personificando culpas colectivas, a cuantos, por acción o por abandono, contribuyeron a facilitar a los generales el ambiente y el pretexto de la insurrección. Esa misma injusticia histórica vendrá a encarnizarse cuando la guerra se haya perdido, con Negrín. Sus culpas, que tendremos ocasión de saber en qué consisten, harán olvidar, en concepto de sus críticos más implacables, las del propio Casares Quiroga. Este pasó por unas crisis rayanas en la pérdida del juicio. Sus reacciones ante la noticia de nuevas adversidades estaban tan faltas de serenidad como sobradas de violencia. La persona que me propor-

cionaba los informes de lo que sucedía en el Palacio de Buenavista estaba atribulada:

—Aquel Ministerio —me decía— es una casa de locos, y el más furioso de todos es el ministro. No duerme, no come. Grita y vocifera como un poseído. Su aspecto da miedo, y no me sorprendería que en uno de los muchos accesos de furor, se cayese muerto con el rostro crispado por una última rabia no manifestada. No quiere oír nada en relación con el armamento del pueblo y ha dicho en los términos más enérgicos, que quien se propase a armarlo por su cuenta será fusilado. Como no vaya a aquella casa un hombre frío, capaz de hacerse obedecer y de poner las armas al alcance de cuantos se dispongan a manejarlas, será bien contado el tiempo que tardemos en perecer sin remedio. La impresión de conjunto no puede ser más desconsoladora.

En nuestra casa de Carranza, un representante del Partido Comunista, Mitje, era invitado por Prieto a que su Partido dispusiese lo necesario para contribuir a hacer una resistencia al levantamiento de los militares madrileños, que se sospechaba inminente. Mitje, que había visto completada su información con nuevas noticias descorazonadoras, afirmó que los comunistas movilizarían inmediatamente todos sus equipos de acción, algunos de los cuales disponían, aunque insuficiente, de armamento. La Ejecutiva Socialista, por su parte, había ordenado a sus militantes que componían el grupo llamado "La Motorizada", que abandonasen sus trabajos y se constituyesen en milicia. Un oficial de carrera, secundado por varios militares, se ocupó de instruirlos en el manejo de las armas largas, sustraídas de diferentes centros oficiales con la complicidad de sus custodios, y de iniciarles en los deberes de la obediencia militar. La Motorizada, que en su vida civil no pasaba de ser una pequeña organización socialista que participaba en la manera de ver los problemas de Prieto, se convirtió, con las nuevas aportaciones, en un batallón de choque, equipado con las armas más inverosímiles —fusiles, mosquetones, carabinas de caza y naranjeros, aquellos primeros naranjeros cuya vista imponía y cuya eficacia combativa distaba mucho de ser satisfactoria — y vestido a la buena de Dios, más como cazadores furtivos que como soldados regulares. Toda la primera defensa de Madrid fueron esos pocos hombres, adelantados en la sierra de Guadarrama, donde, al tomar contacto con el enemigo, dejaron, con la de su jefe militar, las bajas más sensibles. Condés, a quien las balas habían abierto tremendos boquetes, fué hospitalizado sin esperanza de remedio. Cuando los doctores que le asistían manifestaban un optimismo reservado, el corazón del herido dejó de marchar. Su entierro fué uno de los que iniciaron la costumbre, que iba a tardar en abolirse, de las manifestaciones cívico-militares. Con la defensa que podíamos poner en pie los partidos marxistas, tenía-

mos derecho a todas las satisfacciones menos a la de la confianza. Y no es que dejase de existir la voluntad de defensa, que seguía aumentando en el pueblo madrileño. Faltaban las armas para que esa voluntad se manifestase, el caso llegado, en obras. ¡Armas!, ¡armas!, era un grito angustioso que se escuchaba en todas partes. La orden de Casares Quiroga era terminante: "Quien las facilite sin mi consentimiento, será fusilado".

En este duelo, entre la necesidad de defensa y la concepción del ministro de la Guerra, el Cuartel de la Montaña del Príncipe Pío, provocó las primeras inquietudes. Llegaban noticias de que se habían advertido movimientos sospechosos durante el transcurso de la noche. Observaciones posteriores las confirmaban. La tropa estaba acuartelada y todos los oficiales en su puesto. Había motivo para el desasosiego. Era esa la primera manifestación de actividad de los militares de Madrid, manifestación extremadamente tímida, a la que se temía, con fundamento, que se sumasen otros cuarteles y preferentemente las tropas de la Guardia Civil, cuyos jefes, desafectos a la República y arrepentidos de no haberse opuesto a su proclamación, era lógico pensar que estuviesen comprometidos en el movimiento. Su pasividad podía romperse de un momento a otro. Cada instante que nos contaba el reloj podía ser definitivo. La sensación de peligro se iba haciendo sofocante.

*
* *

EN provincias las cosas marchaban mal. Galicia había quedado dominada rápidamente, después de una resistencia, romántica y desesperada, de los trabajadores. Burgos y Navarra, con el ambiente preparado por varios siglos para toda empresa antirepublicana, se habían adherido a la insurrección, cayendo en tromba los adalides del fascismo sobre socialistas y republicanos. En Andalucía, Málaga, Jaen, Almería y Huelva, ésta por poco tiempo, eran las únicas provincias que seguían arbolando pabellón republicano. Sevilla, luchaba. El barrio de Triana y las concentraciones populares se oponían con furia a la dominación militar. Queipo de Llano llegó a la capital andaluza con un extremado pesimismo en cuanto al final de la aventura, en que no por gusto de ella, sino por encono y despecho acumulado, único motor de su vida y de su personalidad mediocres, se había embarcado.

El mismo ha referido que su desconfianza era tanta que, en previsión de ser hecho prisionero tenía la pistola montada y en la mesa, al alcance de la mano, dato que no por inexacto, que inexacto es, deja de ilustrarnos sobre su incredulidad en cuanto al éxito de la rebelión. Su victoria sobre Sevilla le iba a reportar una popularidad, entre familiar y pintoresca, sobradamente fuerte, para inquietar en algún momento al caudillo. La burguesía sevi-

llana, suceso que no tiene explicación fácil, haría el descubrimiento del "buen ángel" de Queipo de Llano. Los propios falangistas, quizá con intenciones proselitistas, le vinieron discerniendo, hasta el momento de su disgusto, los títulos más halagüeños y la amistad más entrañable. Con esa facilidad para la hipérbole que caracteriza a los hombres de Andalucía, los admiradores del general decidieron, ya que no podían santificarlo, erigir una iglesia al santo de su nombre, Gonzalo. Rendidas Salamanca, Zamora, Avila, Segovia... Rendidas las provincias insulares. ¿Qué faltaba? Las dos grandes ciudades de la península: Madrid y Barcelona. Las derrotas de la República no eran ignoradas por casi nadie. Las estaciones emisoras de las capitales perdidas divulgaban de cien maneras la victoria de los militares. Estos esperaban el movimiento decisivo en Madrid. Apoderarse de él era sojuzgar toda resistencia e instaurar la victoria nacional de la insurrección. Lo contrario... Un falangista que realizó el viaje desde el Japón, donde se encontraba al producirse la rebelión, para incorporarse a ella como soldado de filas, publicó su opinión sincera después de una serie de dolorosas y no personales decepciones: "**Nuestro movimiento** —respeto los subrayados del autor— no fué concebido, ni podía serlo, como una guerra, sino como una **revolución**, que es cosa harto distinta. Y una revolución prolongada es una revolución fracasada. Deja de ser medida de higiene social para convertirse en desorganización y en decadencia. La guerra civil es la confesión del fracaso de quienes no supieron aprovechar la fuerza que el pueblo puso en sus manos". La valoración de la capital la hacíamos los dos adversarios colectivos con idéntica exactitud, y del mismo modo que las fuerzas populares solicitaban con apremio armas para organizar la defensa de la plaza, los militares insistían cerca de sus compañeros de Madrid y de su cantón, para que cubriesen rápidamente el objetivo que en el plan del levantamiento se les había señalado.

La misma apelación angustiosa por las dos partes; igual indecisión en los encargados de escucharla y ponerla por obra. Casares Quiroga, sin dominio sobre sus reacciones, perturbado su juicio por temor a nuevas y fantásticas desgracias, que en caso de que sucedieran podía con derecho reputar inevitables, seguía aferrado a su única orden, sólo en parte obedecida. El general Fanjul, jerarquía mayor en el Cuartel de la Montaña, teniéndolo todo dispuesto y a punto, no acababa de producir el mandato preciso para que la tropa invadiese la ciudad. Esta vacilación, única causa en aquellos momentos del fracaso de la rebelión, no tiene, al menos para mí, explicación razonable.

Quizá existan datos que la aclaren satisfactoriamente, pero los interesados encontraron preferible callárselos y ser enterrados con ellos. Se limitaron, tanto el general Fanjul como el coronel

García de la Herran, a declarar ante el Consejo de Guerra su absoluta y total identificación con el movimiento rebelde, persuadidos de que no les era lícito esperar ninguna clemencia. Ese misterio no deja de atraer fuertemente nuestro interés, y quizá andando el tiempo, cuando haya la posibilidad de trabajar teniendo a la vista todos los testimonios de la rebelión, sea hacedero aclararlo. Nada hace pensar que el móvil de la vacilación fuese la cobardía o el arrepentimiento. Tampoco es racional atribuirlo a desconocimiento de la situación de Madrid. En el cuartel debían saber que los obreros carecían de armas, y se debatían por conseguirlas. Las fuerzas de asalto leales al Gobierno, que observaban el edificio, eran demasiado escasas para que coaccionasen ninguna resolución con su presencia. El propósito insurreccional no podía ser más firme.

El general Fanjul, que hacía tiempo había dejado de estar en activo, vistió su uniforme y, a favor de la noche, se introdujo en el cuartel para tomar su mando. Su conducta la imitaron bastantes muchachos falangistas, que, una vez dentro, cambiaron sus trajes civiles por el uniforme de oficiales de complemento. Una parte de la oficialidad consiguió, con engaños, tal es al menos la versión no desmentida, atraer al interior del cuartel al hijo de Cruz Bullosa, subsecretario de Guerra, que había de resultar muerto en la refriega del asalto. El secuestro de este muchacho ¿implica un propósito de resistencia en el interior, para cuyo mejor éxito se buscaban rehenes de algún precio? En el ejército se tiene por buena la sentencia, que los militares españoles iban a desmentir heroicamente en Oviedo y en el Alcázar de Toledo, aun cuando no en Santa María de la Cabeza ni en Teruel, según la cual "Plaza sitiada es plaza tomada".

No es admisible que el general Fanjul se autositiase, por deliberación y después de tomar consejo de los oficiales, en el Cuartel de la Montaña. ¿Esperaban algo que no llegó? ¿Aguardaban escuchar los primeros cañonazos contra la ciudad de los artilleros suscritos a la insurrección? Nada nos dió aclarado el sumarísimo que se siguió al general Fanjul y al coronel García de la Herrán. La espera, en el supuesto de que su vacilación en dar las órdenes fuese producto de ella, iba a determinar su fracaso y a cambiar, por dos veces, el sentido de la rebelión, que de movimiento revolucionario se transformaría en guerra civil y, poco después, con la presencia de alemanes e italianos, en guerra de invasión por parte de Burgos y en guerra de independencia del lado de Madrid. Ahora que la polémica de ayer comienza a ser histórica, esa verdad puede resplandecer sin mácula, al punto de que, en plena guerra, Mussolini, pudo leer en un memorándum que le dirigía desde España un afiliado de Falange, las siguientes palabras: "Hoy, y cada día con mayor intensidad, las gentes aquellas ya no se consideran más o tan republicanas, cenetistas, comunistas, etc.,

como antes; simplemente se sienten españoles víctimas de una fatalidad ciega que les obliga a luchar para defenderse de la invasión italiana y les llega la voz de que sus compatriotas de la zona nacionalista consideran también que ya no luchan por la implantación de su ideal totalitario, sino constreñidos por la soberbia de una familia y de un grupo a encuadrarse dentro de ejércitos extranjeros, armados del material guerrero más perfeccionado y convincente. Y bajo el comando y alta dirección de un generalato también extraño". Ni en Alemania ni en Italia hacen ya misterio de una realidad que a Europa le interesaba ignorar, y que a los españoles nos la imponían actuando al unísono, cañones, tanques y aviones.

Esperando el Cuartel de la Montaña señales humanas o inspiraciones divinas, a Casares Quiroga, que no podía prolongar por más tiempo la figuración de su autoridad, se le escapó el poder de entre las manos. No se trata de una metáfora. Materialmente la responsabilidad que tenía a su cargo el jefe de Gobierno y ministro de la Guerra, responsabilidad que se volvía contra él y le hería muy gravemente, se le fué de las manos en uno de sus frecuentes desvanecimientos, producto, más que de dolencias físicas, de pesadumbres morales. La intimidad profunda de Casares Quiroga estaba conturbada en su raíz. Es posible que ninguno de sus numerosos fiscales le aventajase en crueldad para consigo mismo. Si se revolvía iracundo contra los otros, más parece que fuese como medio de dar salida a las potencias violentas que se le habían desencadenado en la conciencia y crecían hasta producir momentos de asfixia en los que, por voluntad propia, hubiera deseado perecer, y de los que salía con el paladar amargo y una debilidad de ánimo que inducía a sus colaboradores, tanto como a la piedad, al perdón.

Las últimas horas de gobernante de Casares Quiroga, fueron para cuantos las vivieron con él o en su proximidad, de una angustia indecible. El espectáculo de aquella voluntad vencida y de aquella conciencia en extenuadora agonía, no dejaba de imponerse con su fuerza dramática; pero, a la vez, la consideración de la tremenda lucha abierta en la patria, que comenzaba a asumir proporciones ingentes, consentía menospreciar lo personal para valorar la tragedia colectiva de centenares y centenares de españoles, con nombre público o sin él, militantes de todas las organizaciones republicanas, que en sus casos, delante de sus hijos o de sus padres, en el taller, con las manos calientes de la obra terminada, recibían, inesperada, la visita de la muerte. Había la obligación imperiosa, de recoger, apresuradamente el poder que las manos de Casares Quiroga no tenían fuerza para sostener. Agotada su capacidad de reacción ante la adversidad, que no se fatigaba en asaltarle, Casares Quiroga se declaró vencido, sin pa-

labras, dejándose hundir en un derrumbamiento de todas sus ya débiles potencias físicas y anímicas. Ese momento de postración se fué viendo llegar. A las reacciones furiosas había de suceder fatalmente un colapso sin remedio.

El drama de Casares Quiroga podía considerarse terminado. Su propia conciencia, gastada por una actividad sin freno de muchas horas, se ocultaba en una oscuridad bienhechora, para reaparecer cuando el quebranto físico había pasado. Faltaba correr la cortina detrás del protagonista sin ventura, contra el que el destino se había encarnizado, y encomendar a otra persona que recogiese el poder insuflándole vitalidad y restituyéndole la fuerza que había perdido. No había tiempo para pararse a escuchar ni anatemas ni condolencias. La crisis se resolvió en unas pocas horas de la noche. Unas consultas evacuadas con celeridad y un encargo discernido, según el dictamen mayoritario, con precipitación. Azaña eligió para suceder a don Santiago Casares Quiroga a un republicano de temperatura más baja, aun cuando no menos sincera: Don Diego Martínez Barrio, presidente de la Cámara de Diputados. El interesado, acogió el encargo y formó con igual celeridad su equipo de colaboradores, llamado a no actuar bajo su presidencia. La noticia de que Martínez Barrio se encargaba de la jefatura del Gobierno fué recibida con manifiesta hostilidad. A la hora, bastante avanzada de la mañana, que la recibimos los periodistas, determinó en ls redacciones infinidad de comentarios hostiles. En "El Socialista" los redactores me proponían que escribiese un artículo de tonos violentos.

En apoyo de su opinión llegó, por teléfono, el juicio del director de "Política", Isaac Abeytua, que no menos irritado que mis compañeros, afirmaba que la solución representaba un propósito de transacción con los rebeldes que era necesario combatir con energía para impedir que prosperase.

—Martínez Barrio seguirá, como Casares Quiroga, negándose a facilitar armas al pueblo y esta negativa nos conducirá a la catástrofe. ¿Usted qué va a hacer?

—Limitarme — contesté— a dar la noticia de la crisis y su solución. No creo que debamos producir ningún comentario violento. Causaríamos más daño que beneficio. "El Socialista" será de ahora en adelante, por todo el tiempo que dure la guerra, y salvo que el partido disponga cosa diferente, un órgano escrupulosamente gubernamental. Lo que necesite corrección y remedio deberá ser corregido y remediado sin que se abra debate sobre ello en los periódicos. Los nuevos deberes son demasiado grandes y pesados para que les apliquemos un periodismo de viejo estilo. Esto mismo he dicho a mis redactores. En consecuencia, Martínez Barrio no se desayunará mañana con una impugnación, ni clara ni velada, de "El Socialista". Haga usted lo mismo en "Política" ya que me parece el único modo de acertar.

¿Se proponía Martínez Barrio desarrollar una política conciliadora? ¿Era esa la condicionante del encargo recibido y aceptado? ¿Fueron voces que se hicieron circular con el propósito deliberado de imponer una nueva crisis y otra solución más conforme con los deseos de la masa popular, ambiciosa de soluciones radicales y esperanzada por una rápida victoria tan pronto dispusiese de armamento? Están sin respuesta autorizada estas preguntas que no tardarán, según es fácil presumir, en quedar aclaradas. Con la condicionante aludida o sin ella, tenía yo por evidente que el señor Martínez Barrio consentía, al aceptar el encargo que Azaña le había hecho, un sacrificio considerable. Ni la ambición de poder, ni mucho menos la vanidad de ejercerlo, podían hacer olvidar, en aquellos momentos de tremenda convulsión, los riesgos inmensos del dificilísimo cometido. No presumo de conocer al señor Martínez Barrio, a quien casi siempre he necesitado juzgar desde lejos, y con un partido previo propicio a toda suerte de deformaciones apasionadas e injustas; pero con mis escasos elementos de juicio podía afirmar entonces, y ratifico ahora, que, antes de dar su conformidad al encargo, conocía mejor que nadie los inconvenientes de su cometido y las exiguas posibilidades de remontar con éxito la asperísima prueba. Probablemente, a despecho de un análisis pesimista, encontró que no podía negarse al requerimiento y por sí solo, este gesto de subordinación al deber republicano le hacía acreedor, cuando menos, al respeto de todos. Otra consideración movió mi ánimo: la de no consumir con una agresión virulenta, un hombre del que la República podía tener necesidad en aquel o en otro momento, ya que la guerra, de prolongarse, los iba a gastar rápidamente. Tenía la agresión periodística otro aspecto: el de atentar contra la autoridad del presidente de la República en ocasión en que esa autoridad necesitaba ser reforzada.

Mis compañeros de redacción acabaron por congraciarse con mi manera de entender el problema, y aun cuando seguía inquietándoles Martínez Barrio, reconocieron que era más político limitarse a publicar la noticia del cambio del Ministerio. A quien no conseguía atraer mi posición periodística fué al director de "Política", órgano del Partido de Izquierda Republicana, quien no había de tardar en volver a telefonearme indicándome que se había formado una manifestación en la Puerta del Sol, bastante nutrida, que protestaba con gritos de la solución de la crisis. Finalmente, una última llamada de Abeytúa me ponía en conocimiento de la dimisión de Martínez Barrio. Azaña iba a descansar de parte de sus preocupaciones en un viejo amigo de fidelidad absoluta: Don José Giral. Sin hacer mérito de su conducta, requerimiento y aceptación fueron para Giral sucesos automáticos. Conocía toda la dureza de la responsabilidad que asumía.

CAPITULO VI

Goded derrotado en Barcelona por las masas. — La incierta situación de Madrid. — Nuestro redactor político se constituye en capitán de cien fusileros sin balas. — El asedio del Cuartel de la Montaña del príncipe Pío. — Los diálogos diplomáticos de Berlín con su Embajada en Madrid. — La aviación, ¿qué hará la aviación?

LA situación en Madrid se había hecho caótica. El poder público, pulverizado, estaba en la calle, y un fragmento del mismo en las manos y a la disposición de cada ciudadano incorporado al antifascismo, que usaba de él a la manera que mejor cuadraba a su temperamento. Las arbitrariedades no iban a tardar en presentarse, escoltadas de violencias fatales. El Gobierno carecía de autoridad para corregirlas. Sus vacilaciones anteriores habían contribuído, en mucha medida, a esta exaltación y disloque de la iniciativa privada, que al generalizarse y asumir formas dramáticas, iba a causarnos un daño moral considerable, ya que el cuerpo diplomático registraba con particular encono, y sin la menor benevolencia, los menores actos de aquellos grupos de delirantes, difíciles de clasificar con un nombre político o sindical, que consideraban llegado el momento de una justicia rápida y sin formalidades, que afectó a las cosas y a las personas. El Gobierno tenía mayores preocupaciones a las que atender. Las noticias de las provincias continuaban siendo malas. Los cuarteles de Valencia amagaban con sublevarse y en Barcelona la lucha se había iniciado en las calles, con fortuna para la República. Los hombres de los sindicatos de la C. N. T., que perdieron en la refriega a Ascaso, uno de los capitanes más populares, con Durruti, del anarquismo activo, derrotaron a los militares, consiguiendo con su victoria que uno de los jefes de la insurrección, el general Goded, fuese hecho prisionero. El valor de esa victoria fué importantísimo. Goded era, en la estimación de sus compañeros, figura militar superior a la de Franco. Un general de golpe de Estado, conocedor de su oficio y frío calculador de posibilidades que, por la experiencia liberal se tenía el dato, gustaba de tener las dos puertas abiertas, para en caso de derrota hacer una retirada que le garantizase la impunidad. Presionado por Companys, presidente de Cataluña, que le recordó su conducta personal al ser detenido el año 34, Goded

se acercó al micrófono para invitar a los sublevados a deponer las armas, ya que el movimiento, fracasado en Madrid y Barcelona, podía coniderarse perdido, sin que cupiese confiar una rectificación a la suerte incierta de una guerra civil que arruinaría a España. Posteriormente, uno de sus amigos ha presentado esas palabras como un acto sincero del general y no como resultado de una coacción. Según este amigo de Goded, que celebró con él entrevistas y recibió el encargo de varias gestiones, la posición política de Goded se contraía pura y simplemente a consolidar una República de orden, que rechazase por igual las imposiciones de las derechas y las demagogias de las izquierdas. Estos alegatos póstumos de un amigo del general no hubieran beneficiado en nada a Goded que concretaba, en aquellos momentos, la terrible hostilidad popular que en Barcelona reclamaba, en términos apremiantes, la ejecución del detenido.

La situación en Madrid era incierta. Se daba como seguro el levantamiento de varios cuarteles, pero la defensa de la capital había adelantado considerablemente con la resolución del nuevo Gobierno de facilitar el armamento popular. El dispositivo para la batalla de Madrid iba a quedar montado de la manera más inquietante a juzgar por el sector que alcanzaba mi sentido crítico. Un oficial de Estado Mayor, Ciutat, a quien yo conocía de Bilbao, me entregó unos estudios que acababa de parir, entre la baraúnda de las visitas y los equipos de guardia, en una de las habitaciones de nuestra casa de Carranza. Yo no sabía qué empleo dar a aquel primer documento de carácter estratégico que cayó en mis manos, y como si presumiese su futura responsabilidad, lo puse en manos de Prieto que, en aquellas horas, multiplicaba su dinamismo y era solicitado por mil apremios diferentes, sin dejar de atender a ninguno. Del Ministerio de la Guerra, donde se había instalado el general Castelló, y cerca de quien se movía su sobrino, nuestro compañero Vidarte, recibimos el encargo de disponer de cien hombres, a quienes se facilitaría el armamento correspondiente, para establecerse en la glorieta de San Bernardo, como complemento, y cierto modo contrapartida, de los cien guardias civiles que iban a situarse en la misma plaza en previsión de que el cuartel de Conde Duque intentase una salida. Los fuegos de esos doscientos fusiles cerrarían a los militares su progresión hacia los bulevares. En la calle de Blasco Ibáñez, antigua de la Princesa, se habían adoptado idénticas previsiones, poniendo en pie de guerra a los afiliados del Círculo Socialista del Oeste. Mis compañeros de redacción hacían de todo menos periodismo, y tenía que ser yo, eficacísimamente secundado por Fernando Vázquez, a quien la tarea de escribir mucho y bien no le afligía, quien sacase adelante el periódico. La recluta y educación de los cien combatientes que se nos pedían con urgencia corrió de cuenta, con inmenso júbilo por su parte, de nuestro redactor político, Federico Angulo. Recibió y

distribuyó las armas tan pronto como llegaron, acompañando la distribución de toda suerte de consejos técnicos a los novatos. Eran más los que conocían el mecanismo que los que lo ignoraban. La saleta donde trabajaban los redactores y la propia escalera de la casa se llenó de ruidos de cerrojos y estrépito de culatazos.

Jefe de fusileros sin balas

Dominando tanta estridencia, más ingrata que reconfortante, las voces de mando de Angulo, que se había instituído, sin que nadie produjese la menor querella, en jefe de cien fusiles, eligiendo sus colaboradores entre los hombres que mostraban mayores aptitudes y sabían hacerse obedecer. A las dos horas de ese dominio Angulo se había quedado sin voz. Hube de ser yo quien le sirviera de intermediario para las comunicaciones telefónicas con el Ministerio de la Guerra, quien le había facilitado los cien fusiles prometidos, pero no la munición necesaria para que pudiesen ser usados en caso de necesidad. ¿Ocurría lo mismo con los demás equipos de cien hombres formados aquella noche bajo los apremios urgentes de la necesidad? Casi seguro. Vidarte, desde Guerra, prometía para cada media hora el envío de las municiones solicitadas. Como no cumpliese lo prometido, Angulo me pedía que le gritase toda suerte de violencias y anatemas feroces. Los cien guardias civiles, negros de noche y probablemente de dudas, estaban formados, en su puesto. Recelábamos, si no de la lealtad de ellos, de la de sus jefes. Este recelo es el que movía a Angulo a injuriar a Vidarte, haciéndole personalmente responsable de la falta de municiones de la unidad de combate que había tomado el nombre de nuestro periódico y de la que, con fundados motivos, habíamos de poder mostrarnos orgullosos; de la milicia, que no así de sus servicios administrativos de retaguardia que iban a tener, por obra de la capacidad arbitrista de Egoechaga, unas formas fantásticas y pintorescas. Vidarte no podía facilitar lo que no tenía; en cambio dió lo que pudo: un papel de oficio, con una orden y un sello del ministro, para que en el cuartel del Pacífico se nos facilitasen dos cajas de cartuchos de máuser. Los portadores de la comunicación no tuvieron tiempo de hacerla valer. Los centinelas tenían orden de disparar sobre toda persona que intentase acercárseles, y así vieron llegar a los emisarios de Angulo, entre los que estaba otro de nuestros redactores, Manolo Pastor, abrieron fuego contra ellos, obligándoles a volverse con las manos vacías y con un susto más que mediano en el cuerpo. Los cuarteles que tenían municiones se negaban a facilitarlas, cualquiera que fuese la autoridad que se las pidiese. Otros grupos de milicia fueron más afortunados y recibieron la dotación reglamentaria, o una parte de ella, de diferentes depósitos y reservas. El capitán de la milicia de Ca-

rranza no tuvo suerte en el reparto, quizás porque la zona que se le asignó fuese reputada más tranquila y menos expuesta a sorpresas. En un último intento desesperado, pidió a los jefes de la Guardia Civil, con quienes compartía la responsabilidad de la velada que le proporcionasen algunas municiones para sus hombres, que no tenían, les dijo, las necesarias; pero los rogados le contestaron negativamente, aduciendo que la tropa sólo contaba con la cantidad de tiros prescripta por el reglamento. Angulo tenía a sus milicianos distribuidos y apelotonados estratégicamente por el boulevard de Carranza y de su cuenta corría la detención y el registro de cuantos vehículos transitaban, algunos de cuyos conductores y viajeros, como se negasen a obedecer, eran intimados con los fusiles, intimación que les volvía de su acuerdo. Aquellos fusiles nuevos operaban, en esas necesidades, el mismo efecto que los cargados. Entre los milicianos se llamaban los "kalakas", y a Angulo dimos en llamarle, al menos por aquella noche, el capitán Kalaka. Este guardaba todos los insultos para Vidarte y las personas que andaban por el Ministerio de la Guerra escribiendo comunicaciones y poniendo sellos.

Asedio al Cuartel de la Montaña

Lejos de la zona de Carranza y los boulevares, la noche tenía extraordinaria actividad. Se preparaba el asedio y asalto del cuartel de la Montaña del Príncipe Pío. Los militares que lo gobernaban habían sido comunicados telefónicamente para que abandonasen su posición pasiva y se pusiesen al servicio de la ley y del Gobierno. Las respuestas que daban eran incongruentes, evasivas con las que pretendían ganar tiempo en espera de algún suceso al que habían prometido sumarse. Las tropas de asalto que vigilaban el cuartel fueron incrementadas con otras fuerzas de seguridad y a la vez, con paisanos armados que acudieron en gran número. Fué una fortuna poder disponer de dos pequeñas piezas de artillería para las que se pudieron reunir menos de cien disparos. Antes de que el fuego fuese roto, el cuartel recibió la última conminación telefónica. La barahunda que lavantaban los sitiadores, por la que podían tener aviso de la resolución del Gobierno de dar la orden de ataque, no modificó la respuesta. Fué una última incongruencia de los militares la que determinó la ruptura de las hostilidades. El general Fanjul, que debía conservar esperanzas, iba a necesitar muy pocas horas para perderlas y renunciar a la defensa. Con sus dos piezas de artillería, los sitiadores se sentían seguros de la victoria. Los artilleros Vidal, padre e hijo, que tenían fama de serlo buenos, dieron comienzo a su trabajo, que no dejaba de presentar aspectos tragicómicos. A cada serie de disparos, hechos con bastante intermitencia para no consumir rápidamente las municio-

nes, se variaba el emplazamiento de los cañones, como argucia que hiciese creer a los sitiados que eran más las piezas de artillería que les castigaban. Los milicianos, a quienes se les calentaba el dedo con alegría, disparaban sobre el bulto del edificio, tomando como punto de referencia las ventanas. La recomendación de economizar municiones no rezaba con ellos, que no alcanzaban a explicarse en razón de qué habían de ser economizadas. Con esa facilidad para el entusiasmo de las muchedumbres, subrayaban con júbilo cada cañonazo, suponiendo que causaba en el interior del cuartel unos tremendos estragos.

¿Qué harán los aviadores?

LA noticia de esta actividad, al extenderse por la villa, llevó al escenario de la contienda a la mayor parte de los hombre armados y a muchos de los que esperaban turno para recibir armas. Angulo mismo se fué allí con la mayor parte de sus hombres, con la esperanza que iba a ver realizada, de adquirír las municiones que precisaba para dar comienzo a su actividad de militar. Por una orden urgente se nos pidió que redactásemos e imprimiésemos unas octavillas, invitando a los soldados del Cuartel de la Montaña a rendirse, papeles que al despuntar el día habían de ser arrojados por los aviones. Entre Vázquez, Albar y yo hicimos aquellos textos, que tenían, a juicio de nuestros amigos, poca fiebre. Nos dieron a entender que no habíamos acertado. El dictamen, que nos supo mal entonces, lo encuentro bastante justificado hoy. Recuerdo bien nuestro estado de ánimo de toda aquella noche y del amanacer del día siguiente. Rafael Méndez, que nos acompañaba en la redacción y hacía cuantos servicios podía, gustaba de recordarme unas palabras que me oyó: "Antes de que se les ocurra venir a detenernos, tendrán otras muchas cosas en qué pensar". Cuando redactábamos las octavillas, al entregarme la suya Albar, que como miembro de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista disponía de una información más puntual, me susurró al oído:

—El Gobierno se dispone a mover la aviación; pero lo que a estos horas no sabe el Gobierno es qué harán los aviadores: si arrojarán las bombas en el cuartel de la Montaña o fuera de él, sobre los sitiadores. La duda, desgraciadamente, parace estar bastante justificada.

La más leve falla de un resorte cualquiera determinaría, a mi juicio, la catástrofe. Así, no es sorprendente que el ruido de unas descargas, que al repercutir entre las calles, en el silencio de la noche, multiplicaban sus ecos, se me antojase el comienzo del fin. Me tranquilizó la noticia de que la Guardia Civil, de la que yo lo temía todo, se mantenía en su puesto, sin volver siquiera la cabeza en la dirección donde sonaban las descargas. Eran cien hom-

bres de piedra, que no movían un músculo ni acusaban la menor fatiga, y esperaban la señal de sus jefes para ponerse en movimiento. Los jefes tampoco acusaban la menor curiosidad. Conversaban entre ellos —¿de qué podían conversar?— con manifiesta indiferencia para cuanto ocurría en su torno. Su desdén para los milicianos me parecía demasiado manifiesto y patente. El ruido de las descargas pasó. Pero seguía nuestra desasosegada espera del amanecer. ¿Qué iban a hacer los aviadores? No se sabía. Todo lo que podíamos hacer era temer. En periodismo se iniciaba, con la mejor buena fe, el período de las mentiras heroicas. Recibíamos como noticia confirmada el rumor más absurdo. Necesitamos montar una aduana, bastante rigurosa, contra aquel optimismo caudaloso que se nos metía por los teléfonos y que podía resultar contraproducente. Una dosis exagerada de confianza podía matarnos con la misma rapidez que una caída en el pesimismo.

Aduana de rumores

Nosotros tuvimos la suerte de poder establecer nuestra aduana, que era, al mismo tiempo, centro seguro de información. Uno de los primeros redactores del periódico, Cruz Salido, había recibido una delicada encomienda en la Compañía Telefónica, en la que el Gobierno estaba interesado en ejercer una fiscalización cuidadosa. Las personas que la ejercían eran varias y Cruz Salido estaba entre ellas. Por él conocíamos, de una manera exacta, los avances y retrocesos en las provincias. Otro camarada nuestro, que no tardaría en asumir responsabilidad de embajador, tenía a su cargo un segundo servicio telefónico especialmente importante: el registro de las conversaciones de las embajadas. Este camarada hacía su trabajo, abrumador por las horas que necesitaba dedicarle, con la exquisita discreción que pone siempre en los cometidos más sencillos. Transmitía directamente sus informaciones al ministro de Estado, que entonces era don Augusto Barcia, recalcándole, por lo general, la gravedad de las mismas. El ministro, por las confidencias que debo a su informador y a varios miembros de la Comisión Ejecutiva que le veían en el Ministerio de Marina, donde el Gobierno había establecido su sede, y donde por haberse radicado Prieto se reunía la Ejecutiva socialista, estaba colocado por encima, o por debajo, del bien y del mal. La consideración de la inmensa desventura a que se veía mezclado con una responsabilidad ministerial que no alcanzaba a medir, le había anulado la capacidad de reacción y no encontrando la línea de conducta que pudiera convenir en aquellos momentos a nuestra política internacional, se limitaba a recoger los informes, haciendo partícipes de su contenido amenazador a los miembros de Consejo. La embajada del Reich recibía apremiantes instrucciones para evacuar de España, con la

máxima celeridad a todos los alemanes. Berlín insistía en que la evacuación quedase hecha en el plazo más perentorio y la embajada de Madrid le daba seguridades de que todo quedaría listo sin demora sensible. La interpretación de las instrucciones de Berlín era fácil de hacer. No se trataba de una previsión desinteresada. Los matices de esos diálogos diplomáticos inclinaban a la peor de las sospechas y nuestro camarada creyó de su deber, sin incurrir en incorrección, indicarnos la conveniencia de que influyésemos por medio del periódico para que las vidas y los bienes de los súbditos alemanes fuesen en todos los casos escrupulosamente respetadas. Temía que un incidente cualquiera sirviese de pretexto a Hitler para ejercer una represalia de consecuencias insospechadas o para llegar, con un acto de audacia, que quizás no fuese replicado en Europa, a declararnos la guerra. La misma política de respetos aconsejaba para los italianos. Las noticias de Cruz Salido y las orientaciones, en materia de peligros internacionales, del observador telefónico de las embajadas, nos consentían ir haciendo un periodismo lo suficientemente fidedigno al que nosotros éramos los encargados de ponerle serenidad. No sólo por gusto personal, sino por responder a la tradición de nuestro diario, proscribimos de sus páginas injurias que otros colegas se complacían en aplicar a los militares rebeldes, y con mayor razón, aquellos feos señalamientos personales que, en varios casos, terminaron con la ejecución arbitraria de los señalados. Ningún bochorno moral de esa especie nos aflige a los periodistas que hacíamos "El Socialista", que teníamos títulos sobrados, que ningún fiscal hubiera necesitado glosarnos, para ser pasados por las armas supuesta la pérdida de Madrid en aquellos días, o en los todavía más dramáticos que íbamos a conocer sin dejar de escribir con la misma norma moral y con el mismo concepto de nuestro oficio. Trabajábamos para calentar la confianza popular y para robustecer la autoridad del Gobierno, condiciones inexcusables, a nuestro juicio, de la victoria. Para creer en ella necesitábamos saber qué haría la aviación que en aquellos momentos, en tanto de la imprenta nos pedían original y Angulo nos mandaba emisarios para que volviésemos a reclamar de Guerra las municiones ofrecidas, debía estar preparándose para volar sobre Madrid. En una camioneta, los soldados del aeródromo acababan de llevarse los paquetes de las octavillas. El asedio del cuartel seguía llevando hacia sus inmediaciones a los hombres de Madrid.

Verbena de nuevo cuño

Los cañones racionaban el fuego para no acabar quedándose con la boca abierta en cosa de minutos. Los curiosos eran más que los actores. Esta circunstancia daba al acontecimiento, en cierto modo, un aire de verbena, inherente a los sucesos en que

participaba colectivamente el pueblo madrileño. En el cuartel había un general, un coronel y una plantilla bastante numerosa de jefes y oficiales, pero no creo que entre tantos militares de oficio se encontrase un solo soldado de vocación. Una salida audaz de su parte hubiera sido fatal para la causa de la República. La masa humana de los sitiadores, con sus milicianos inermes, aun cuando se ufanasen de su fusil nuevo, al que habían necesitado limpiar de la grasa, se hubiese visto en la necesidad de abandonar el campo, estorbados por los curiosos que se tenían a distancia, en espera de un desenlace de cuyo conocimiento, y en cuya participación, iban a presumir sin cansancio. Los dos cañones, cuyos estampidos intermitentes y en lugar distinto aspiraban a simular una batería completa, se les hubiese rendido a pesar del heroísmo de que les creo capaces al teniente coronel y al teniente Vidal. La resistencia a una salida no podía ser ni fuerte ni larga. Para hacerla, las personas encargadas de mantener el sitio hubiesen necesitado unos elementos materiales de que carecían, porque la República no podía dárselos. El general era general, claro que parlamentario, esto es, con más aptitudes para el tejemaneje de los pasillos de las Cortes que para la elaboración de un plan militar congruente con las necesidades; el coronel, coronel, y los jefes y oficiales, pundonorosos militares acreditados en el escalafón de su arma respectiva a virtud de unos estudios previos y de unas formalidades burocráticas, pero sin que en ninguna de las mochilas que les pertenecían Marte se hubiese complacido en esconder bastón alguno de mariscal. Es seguro que, además de la toga de legislador que en la proclividad de su vida se había encontrado en la suya el general Fanjul, se descubriese en las pertenecientes a sus compañeros, los símbolos de los oficios más dispares y pacíficos, y con preferencia a todos, el caduceo de Mercurio.

Victoria del pueblo madrileño

La cláridad del día, que adelantaba rápida en el cielo de Madrid, nos mantenía a la espera del ruido de los motores de la aviación. No tardaron en escucharse sus zumbidos inequívocos. ¿Qué iba a suceder? Acodados en los balcones intentábamos interpretar toda suerte de señales y rumores. Creíamos oír, no estoy seguro de que los oyésemos, reventonazos de bombas de aviación, estampidos de cañonazos. Los paréntesis de silencio, muy largos, los reputábamos de buen augurio. Un ataque de la aviación a los sitiadores hubiese determinado su dispersión y el despecho de la sorpresa, al extenderse por las calles en algarabía alocada, se nos hubiese impuesto con rapidez. A ratos volvíamos a oír el resuello de los motores. La prueba difícil parecía haberse resuelto satisfactoriamente. El cuartel atacado desde el exterior y batido por los avio-

nes, acabaría rindiéndose. La disciplina no podría reprimir el movimiento de pánico de los reclutas que habían sido constreñidos por sus jefes a participar en un movimiento que no sentían y que les condenaba, por el modo como había sido planeado en su cuartel, a una muerte sin defensa. La participación activa de los soldados del aire encoraginó a los sitiadores, que aumentaron sus esfuerzos por imponerse a los sitiados. Los dos cañones, a los que ya iban quedando pocos disparos, se esmeraban más en su trabajo. Los aparatos hacían vuelos del aeródromo al cuartel, dejando caer sus bombas y sus octavillas en el patio del edificio militar. Se calculaba con optimismo los destrozos que causaban. Una de las bombas destruyó el cuarto de banderas, donde una parte de la oficialidad trataba de penetrar el secreto de su destino inminente, en tanto que sus compañeros, pistola en mano, secundados en esa ocupación por los jóvenes falangistas que se les habían sumado, se imponían a los soldados que comenzaban a insubordinarse y manifestaban deseos de evacuar el edificio para sumarse a las fuerzas atacantes. Dos o tres de los soldados más vehementes fueron muertos a pistoletazos. Pero la disciplina no ganó nada con esos sacrificios tardíos. La protesta se hizo más sorda y rabiosa, y aun cuando estaba prohibido, con pena de muerte, leer las octavillas que en su primer vuelo habían arrojado los aviadores, los soldados conocían su texto y lo comentaban entre ellos. La canción de la vida se hacía oír con fuerza en los propios oficiales, que reculaban a la idea de morir. Todavía estaban a tiempo de burlarla. La mañana había avanzado mucho. El sol iba alto cuando la resistencia del cuartel de la Montaña se vino a tierra y los sitiadores irrumpieron en él con una furia enloquecida. A los cañones les quedaban media docena de tiros que consumir. La noticia de esta rendición corrió por toda la ciudad, determinando una alegría inmensa. Los más escépticos y desmoralizados pasaron a creer en la victoria popular. Ignoraban los diálogos telefónicos de la diplomacia alemana. Tenían, en cambio, al alcance de la vista, para comprobación inmediata, la victoria inverosímil sobre el cuartel más inquietante de la capital. Victoria de muy largas consecuencias por lo que tocaba a la seguridad de Madrid. Las milicias hicieron una provisión copiosa de fusiles, cartuchería y arreos militares. El parque era riquísimo y abundante en ametralladoras y morteros de trinchera, de las que se iba a hacer gran consumo en los combates de la Sierra. Los madrileños afectados a la defensa de la República exultaban de júbilo y de seguridad. Se consideraban, con menos derecho del que habían de poder considerarse meses más tarde, invencibles. La verdad obliga a decir que lo han sido hasta última hora. El general Yagüe no se negó a hacerles esta misma justicia. El 20 de julio se les rendía el primer cuartel; los demás se les iban a entregar sin lucha o con poca lucha. Casi como dice la Biblia, por añadidura.

CAPITULO VII

En el patio del Cuartel de la Montaña. — La queja, el aislamiento y la indiferencia de los anarquistas de Madrid. — La campaña de "El Socialista" contra los actos de crueldad. — Dos historias de la época de los "paseos". — Nuevas lecciones del sentimiento trágico de la vida en lo español.

EN el patio del cuartel de la Montaña, se desarrollaron numerosas escenas de violencia. Varios cadáveres de oficiales lo atestiguaban. Se dijo que algunos de ellos se habían suicidado y que otros habían sido muertos al intentar resistir a los asaltantes. Esas versiones se aceptaron sin ninguna convicción. La verdad es que los oficiales fueron ejecutados por los más violentos de los milicianos que no creían llegada la hora de la piedad. De entre los oficiales muertos, bastantes fueron acusados por los soldados como autores de castigos y violencias. Fanjul y el coronel García de la Herrán, a quien en Sevilla conocían por el sobrenombre de "El Loco Dios", se entregaron a las fuerzas regulares. Su conducta la imitaron varios de sus subordinados, que salían, las manos en alto, con el semblante desencajado, de la noche pasada y de las escenas de que habían sido testigos. El grupo de milicianos anarquistas que se habían lanzado sin una vacilación al asalto del cuartel, desconfiando de la justicia oficial y de sus trámites, la establecieron por su cuenta, íntimamente convencidos de que su conducta era irreprochable. De los anarquistas que participaron en aquel episodio, serán muy contados los que sobrevivan. De la misma manera que mataban, estaban resueltos a hacerse matar. No eran ellos los moralmente recusables, sino aquellos otros grupos, a los que se llamó incontrolados, que habían puesto a rédito el valor frío e implacable de los que, sin serlo, llamaban compañeros. La crueldad de los primeros tenía un móvil revolucionario; la de los segundos, con formas más brutales y recusables, se inspiraba, las más de las veces, en venganzas personales y en motivos de lucro. Cuando se pensó en volar varios puentes de la Sierra para dificultar el acceso de la columna de Mola a Madrid, Prieto me confirió el encargo de que buscase el mayor número de paquetes de dinamita. Supuse que en la secretaría de la C. N. T. pudieran facilitar los que necesitaban, y me puse al habla con ella. Supuse bien. Uno de los anarquistas

más iluminados, accedió a venir a verme, y después de conceder lo que de él se pedía, me declaró:

—Debéis tener más confianza en nosotros. Estamos de todo corazón, dispuestos a ayudaros a ganar. Nos haremos matar por la victoria del pueblo, pero no sufriremos la menor debilidad de vuestra parte. Creemos que es la ocasión de llegar hasta el fin. Os daremos toda la dinamita que tenemos si no olvidáis que necesitamos armas.

Los anarquistas se precaven

Estos anarquistas no tenían nada de común, aun cuando a veces se confundiesen, con aquellas bandas de irresponsables que asolaron Madrid y le arruinaron, en unas semanas de despilfarros, todas las posibilidades de organización. Se sentían temidos y espiados y esto les llevaba a encerrarse en sí mismos, constituyendo cuarteles como el del Cine Europa, en Cuatro Caminos, en que todas las previsiones defensivas estaban tomadas con un celo militar insuperable. En sus edificios ocultaron varias de lás ametralladoras cogidas en el cuartel de La Montaña. Las provisiones alimenticias, que se adelantaron a hacer antes que nadie, ascendían a cantidades de mucha consideración. Se preocupaban de los menores detalles, como si temiesen una asechanza de parte de sus ocasionales compañeros. Tenían presente, al proceder así, la hostilidad que les profesaban los comunistas, a la que ellos correspondían con el mayor entusiasmo. Recordando episodios de la revolución rusa, afirmaban que a ellos no les sucedería lo que a sus correligionarios de Leningrado y Moscú. La polémica seguía siendo agria. Las dos fuerzas se menospreciaban mutuamente. Los comunistas ejercían cerca de ellos, una táctica disociadora. Se congraciaban con la masa e impugnaban a sus dirigentes. A éstos los reputaban perniciosos y contrarrevolucionarios, si bien se abstenían de haber pública esa opinión. La infección de Madrid era, en aquellos días, más anarquista que comunista. La disciplina y subordinación, que ese partido impone a sus militantes, señalándoles las tareas a realizar como norte político y unidad de concepto, eran inconciliables con aquel momento en que cada individualidad proclamaba su derecho a hacer lo que mejor acomodaba a su voluntad o a su conveniencia, desde instalarse en la casa soñada a quitarle la vida al enemigo de la víspera. El anarquista teórico vacaba a sus preocupaciones y, no tenía una palabra de censura para aquella nefasta desorganización colectiva que entendía ser consecuencia irremediable de la sublevación de los militares. Conceptos como el de autodisciplina y libre obediencia, de los que había de despedirse con dolor, eran defendidos por él con sincero entusiasmo. El problema exterior no contaba con su estimativa. La lucha estaba en España e iba a ser resuelta por fuerzas exclusivamente españolas.

Este anarquismo, con capacidad de contagio, es el que entró victorioso en el cuartel de La Montaña e impuso a los oficiales vencidos su justicia de guerra.

Resistí cuantos requerimientos se me hicieron para visitar el patio donde el sol de Madrid calentaba, descomponiéndolos, los cadáveres de los vencidos. La curiosidad macabra no me ha mortificado nunca, y a todo lo largo de la guerra me iba a dejar en paz. Tenía suficiente con el conocimiento y las confidencias que me depara mi oficio. Con ello tenía bastante para perder el apetito y caer en períodos de hipocondria aguda. Si digo que en Madrid ejecutaron a muchas personas, no me atraeré el odio de nadie, ni confesaré nada que no se sepa. Esta afirmación la hacía de un modo oficial, con todos los marchamos de la veracidad, la propia "Gaceta de Madrid", publicando a diario unas listas inacabables en que, determinados jueces, reseñaban los datos de los cadáveres de desconocidos encontrados en sus jurisdicciones para facilitar la identificación: "En el término municipal X se ha encontrado, en el lugar denominado Z, el cadáver de un hombre de unos cincuenta años, con traje azul, zapatos rojos, calcetines verdes...". La "Gaceta de Madrid" por inercia burocrática, era la encargada de difundir oficialmente el testimonio de nuestra barbarie. En tanto, nos esforzábamos por corregirla, me encargué de gestionar que se omitiesen aquellas inserciones que no servían para cosa mejor que para pregonar la impotencia del Gobierno. Supe, más tarde, que había un procedimiento mucho más bárbaro de identificación de los muertos encontrados en la vía pública. La oficina había sido establecida en un despacho de la Dirección General de Seguridad. Los cadáveres correspondientes a las víctimas no identificadas, eran fotografiados y estas fotografías macabras, reunidas en la oficina a que me refiero, se ponían a la disposición de cuantos ciudadanos nos decían no tener noticias de algún miembro de su familia. Variadas manos nerviosas registraban en las cajas de las pruebas fotográficas, que en la acumulación de los días alcanzaban un número alto. Cuando en esa rebusca dramática alguna de las personas descubría la efigie del familiar desaparecido, se producía la escena de desesperación que cabe imaginar. Se conocieron infinidad de errores. Mujeres que habían llorado a la vista de una fotografía que creían ser la de su esposo, quien días más tarde, después de una detención llena de riesgos en uno de los varios Ateneos libertarios, regresaba a su domicilio. Los que no sufrieron error, y a los que aquella oficina servía perfectamente, eran las personas que se acercaban a ella para registrar el índice de una crueldad que ellos multiplicaban, tomando por multiplicador su pasión antirepublicana. No recuerdo el tiempo que funcionó esa oficina. Es posible que no se cerrase hasta que el Gobierno decidió su traslado a Valencia. La publicación, pues, de las extralimitaciones que se cometieron en Madrid, no es una novedad que pueda sorprender

Nuestro periódico las condenó desde el primer instante y llevó contra ellas una campaña que había de culminar en un artículo violento en que las cosas se llamaban por su nombre, artículo que tenía como justificación uno de los episodios más bochornosos y dramáticos que se produjeron en la capital. Era la nuestra una sinceridad que nos auguraba peligrosa y que no tuvo otra consecuencia, de la que nos envanecimos, que la de recibir la visita de tres secretarios de Embajada, de misiones distintas, que, después de adquirir varios ejemplares del periódico en la administración, interesaron ser recibidos por mí para felicitarme y conocer el nombre del autor del editorial. Más que esos testimonios de estimación, nos confortaban los que llegaban de nuestros camaradas, principalmente de los veteranos, que nos honraron con una correspondencia copiosa en la que nos alentaban a seguir por el mismo camino, asegurándonos que Pablo Iglesias mismo no hubiese hecho cosa diferente a la que hacíamos nosotros. El que nos explicásemos, como nos explicábamos, la reacción pública, no podía eximirnos del deber moral, que casaba con el interés material de la victoria de la República, de corregir y serenar esa reacción en lo que tenía de equivocado y delirante. Poseíamos otro punto de referencia para juzgar de nuestro trabajo: la tirada del diario y su influencia moral en el pueblo madrileño. Las noticias de nuestros progresos militares no eran tan creídas hasta que no las publicábamos en "El Socialista", crédito que se explica con sólo recordar que fué el único periódico de la capital que no registró en sus columnas la toma del Alcázar de Toledo. La aduana contra las mentiras funcionó hasta el último momento.

Deuda saldada

ENTRE las confidencias que por aquellos días me hicieron, recuerdo dos que por razones diferentes me impresionaron. De una de ellas se desprende hasta qué grado se habían desatado las pasiones innobles y mezquinas. El episodio no deja de tener un epílogo de moral saludable. Quede en la incógnita, para que no se sospeche un propósito proselitista, la significación política de la milicia que interviene en la historia. En su oficina de mando se presenta un señor, que identifica su persona y manifiesta ser simpatizante de un partido de izquierda, acusando de fascista peligroso a una persona de su conocimiento, "de la que se puede temer todo". La denuncia da pormenores muy precisos y concretos. El nombre y el domicilio del denunciante quedan registrados. Ya de noche, un piquete procede a la detención del denunciado. Se le somete a un interrogatorio muy sumario y el acusado, que padece descontando el final que le aguarda, se cierra en una negativa que sus fiscales consideran insuficiente.

—Están equivocados... Yo no soy el que ustedes suponen.

El acusado repite esas palabras hasta el cansancio. Nadie les presta oído. No hay error en la detención: es la persona denunciada. Todo lo que queda por hacer es... ejecutarla. El mismo piquete que ha hecho la detención, se lo lleva a uno de los extremos de Madrid. La escena promete ser corta y vulgar. La víctima renuncia a todo esfuerzo, y con el presentimiento de la muerte, recobra una calma extraordinaria. Cuando el coche se para y descienden los milicianos, se apea tras de ellos y con otro tono de voz, repite lo que ya les ha dicho:

—Están equivocados. Van a cometer una injusticia que no les aprovechará.

Tampoco le oyen. Si algo les interesa, es terminar pronto para volverse al cuartel, donde les aguarda la cama. Su nuevo oficio tiene fatigas que ellos no suponían. El jefe del piquete, después de disponer las cosas para la ejecución, pregunta al reo si tiene algún encargo que hacerle, en la seguridad de que será cumplido.

—Sí, y si lo hace, le perdonaré la injusticia que va a cometer. (Buscando entre los papeles de su cartera, extrae uno que ofrece al miliciano): Es el recibo de un préstamo. Le agradeceré que lo haga llegar a mi familia, ya que en lo sucesivo no tendrá otra cosa de qué vivir. Gracias, porque confío que me hará esta comisión.

El miliciano tuvo curiosidad por leer lo que decía aquel papel. Encendió su mechero y lo deletreó. Se quedó un rato perplejo, como quien hace un esfuerzo de memoria, y guardándose el recibo en el bolsillo, dió una orden a sus hombres:

—Vengan, todos al coche. ¡Rápido!

—¿Qué pasa? —preguntó un miliciano, alarmado.

—Que volvemos al cuartel.

Un nuevo y más minucioso interrogatorio del detenido, mientras el recibo de la deuda pasaba de mano en mano. El crédito del detenido sobre la persona que lo había denunciado, era de diez mil pesetas. El jefe de aquella milicia se volvió hacia el hombre, que había perdido de nuevo su calma, y le dijo:

—Está usted en libertad, y, si lo desea, uno de nuestros coches le puede llevar a su casa, a menos que prefiera pasar la noche entre nosotros e irse mañana por la mañana. A su elección.

Decidió, los ojos llenos de lágrimas, volver a su casa. A sus espaldas, los milicianos cuchichearon. Nuevas órdenes. El mismo coche que transportó a su domicilio al acusado, sacó del suyo al acusador. Se entendió que no hacía falta interrogatorio. En el mismo extremo de Madrid que habían elegido en el viaje anterior, los fusiles del piquete liberaron del pago de su deuda al denunciante. Por el camino de la muerte había conseguido lo que se proponía: no pagar.

Los móviles rencorosos y egoístas cobraban las formas más diferentes y extrañas. Entre las víctimas de ese período turbulento, hubo muchas que no fueron creídas cuando afirmaron ser militantes

de partidos de izquierda y, sin embargo, decían verdad. Tal debió ser el caso de un oficial madrileño, miembro del sindicato de su oficio, al que sus compañeros lograron identificar, consiguiendo poner en claro el por qué de su muerte. La milicia que le quitó la vida, le detuvo por denuncia de una mujer, que decía conocerle bien y que previno a los aprehensores que el denunciado trataría de defenderse con un nombre falso, detrás del que ocultaba, cuando así le convenía, su verdadera personalidad y su filiación de falangista. Todo sucedió como la mujer había previsto. El detenido afirmaba con fuerza la personalidad que se le computaba como falsa, pero no proporcionaba la menor explicación para los documentos que se le habían encontrado sobre sí, y entre los que figuraba un carnet de Falange Española con su fotografía. El primer sorprendido era él mismo. ¿Quién había puesto en sus bolsillos aquel documento que iba a resultarle fatal? Propuso varias pruebas, pero sus fiscales no estaban para perder el tiempo. Si en un caso tan claro vacilaban, ¿qué conducta seguir en lo sucesivo? Es seguro que el detenido tenía cuidadosamente dispuesta la coartada. Lo entregaron al piquete y no se volvieron a ocupar del asunto. Hasta que los compañeros del muerto, reforzando lo que el detenido había declarado y rechazando como falso el carnet de Falange, que más cuidadosamente examinado ofrecía algunas irregularidades, les inquietaron la conciencia y les estimularon a abrir una investigación. La mujer que había producido la denuncia no fué molestada hasta el último momento. Se consiguió saber que el fusilado lo había sido bajo un nombre que no era el suyo. El carnet de Falange correspondía a otra persona, cuyo retrato se había substituído por el del denunciado. Se buscó al verdadero militante de Falange, alegando una razón distinta a la verdadera. Lo encerraron en una prisión diferente y se preocuparon de saber quién se interesaba por él. La mujer que había hecho la denuncia no tardó mucho tiempo en hacerse notar mediante el envío de víveres y tabaco. El secreto de la venganza quedó pronto descubierto. Los compañeros de la víctima reconocieron en la denunciante a la mujer de su camarada y en el fascista detenido al amante de la acusadora. Ella era la que había cambiado la fotografía al carnet y la que lo había escondido en la ropa de su marido. En cambio, para proteger la vida de su amigo, le había proporcionado el título sindical de su esposo. El epílogo de estos esclarecimientos, aumentó en dos la relación de los ejecutados.

La tranquilidad frente a la muerte

Ejecuciones solemnes y legales fueron las del general Fanjul y del coronel García de la Herrán, acusados por el ministerio fiscal de la insurrección del cuartel de La Montaña. El código militar

prevé para juicios de esa naturaleza, una serie de formalidades que había interés en cumplir y que, dado el estado revuelto en que se encontraban todas las cosas, no era fácil llenar. La ejemplaridad del acto de justicia, que se descontaba conocido, se hacía depender de la rapidez. Siempre, al parecer, es así, pero entonces con mayor motivo. Cuando la República, después del 10 de agosto, indultó al general Sanjurjo, nadie le computó su clemencia como acto loable. El pueblo se le enfurruñó, afirmando que España seguía siendo un país en que sólo se ejecutaban las penas de muerte que se dictaban contra los soldados, y las derechas, que tenían más motivos para ser sensibles a la conmutación de la pena, atribuyeron la medida a temor y cobardía. Quedaban, cuando más, algunos testimonios de comprensión que llegaban del extranjero, entre ellos uno del Dr. Alfredo L. Palacios, de la Argentina, concebido en términos vigorosos y dirigido a Fernando de los Ríos, ministro a la sazón, que nos lo iba dando a leer a todos los diputados socialistas.

Ossorio y Gallardo, de quien las derechas abominaban ya entonces con más violencia que de los socialistas, fué una de las personas que con mayor interés trabajaron porque la pena acordada contra el general Sanjurjo fuese conmutada. El general Fanjul y el coronel García de la Herrán, no podían hacerse la menor ilusión. Sus compañeros de armas continuaban en rebeldía, y la justicia, aun cuando sólo fuese por esa circunstancia, tenía que presentárseles con sus aristas más implacables. Se mantuvieron tranquilos ante sus jueces, negándose a repudiar el movimiento y sin arrepentirse de su participación en el mismo, proyectado, según dijeron, para la grandeza de España. Firmaron la sentencia que les condenaba a muerte. El general manifestó necesidad de casarse. Celebrado el matrimonio, recibieron los auxilios espirituales, formalizaron su última voluntad, y al romper el día fueron entregados al pelotón encargado de hacer efectiva la sentencia. El general Fanjul compareció deprimido, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido sin ayuda ajena. Su espíritu orgulloso luchaba contra la carne, que le traicionaba. El coronel García de la Herrán no acusaba ninguna debilidad. Volviéndose a su compañero, sin poner jactancia en las palabras, dijo:

—Es como si se nos hubiese declarado una pulmonía.

Murieron vitoreando a España. Esta aceptación serena de la muerte, que referida a los mexicanos no había dejado de causar en mi espíritu una profunda admiración, acaso por creerme incapaz de una templanza semejante, iba a ser, a lo largo de la guerra, rasgo común a los dos bandos. El español se tenía cara a la muerte con una tranquilidad indiferente, de naturaleza excepcional. Cuando al general Goded le llegó el momento de ser fusilado, fusilamiento que no pudieron evitar las gestiones políticas, inferiores en fuerza coactiva a las presiones de las masas catalanas, que urgían el cumplimiento de la sentencia, el reo se presentó ante los soldados

perfectamente vestido y afeitado. Había dedicado a su última compostura cuidados minuciosos. Con un cigarrillo en la mano, bien pegada la ceniza al fuego, asistió a los preparativos del pelotón y cuando todo estuvo listo, aspiró una bocanada de humo, arrojó la punta del pitillo y afirmando los pies en la tierra, miró cómo los fusiles le enviaban la muerte a clavársele en el pecho. La trompetería de la tropa presente, alborotó la mañana con la notificación de que la justicia estaba hecha. Versiones como éstas, que por los días de la guerra eran frecuentes, me volvían al gusto, fuerte y español, de las lecciones de Unamuno en "El sentimiento trágico de la vida". Muertes, como ahincadamente soñaba la suya don Miguel, con resurrección de la carne, que vive quien sabe morir.

CAPITULO VIII

Los "Paseos" y la "Reforma Agraria". — Sangre y sexualidad. — Muerte y resurrección de Unamuno. — El Tribunal Revolucionario del Círculo de Bellas Artes. — Una sentencia castrense. — Los médicos madrileños de San Cosme y San Damián. — Don José Ortega y Gasset. — Referencias de la muerte de Elorza.

LO que en las ciudades, como Madrid y Barcelona, se conocía por el nombre de "paseos" —paseos que desembocaban en la muerte—, en los pueblos campesinos, y en esta denominación incluímos a capitales como Burgos, Valladolid y Cáceres, se llamaba "la reforma graria". A los afectados por ella se les daba tierra, ¡poca!, sin renta y para siempre. Esa siniestra modalidad de la reforma agraria conoció una extensión dolorosísima. La supresión del adversario o del sospechoso, adversario o sospechoso a juicio de los que portaban armas, no fué monopolio de uno de los bandos, sino tacha común a los dos. La crueldad fanática tendía al exterminio del discrepante y del desafecto. Las tierras burgalesas, navarras, gallegas, andaluzas, extremeñas, empaparon mucha sangre de ejecutados sin causa. A una mujer castellana, cargada de lutos familiares, le he oído referir, con una naturalidad escalofriante, los extremos de furor a que se entregaron las escuadras falangistas en los primeros días de su victoria.

—La tierra que antes daba trigo —me decía— está sembrada de cuchillos que un día serán desenterrados para realizar la venganza soñada, única razón de vida de infinidad de viudas como yo y de madres que se han quedado sin sus hijos.

Los testimonios de esas crueldades fueron anotados en libros y publicaciones que se acogieron por los lectores con diferentes grados de credulidad. La propaganda inspira siempre recelos. No convence plenamente. Deja un resquicio abierto a la duda. Yo mismo no estoy convencido de que aquel infortunado compañero mío de grupo parlamentario, diputado por Salamanca, fuese ejecutado en la plaza de Toros, en razón de su apellido, Manso, remedando las diferentes suertes de la lidia que se reserva para los toros que carecen de bravura. Me resistí entonces y sigo resistiéndome hoy a admitir como exacta una versión tan monstruosa. El odio, por muy cainita que se manifieste, no es admisible que alcance esas

marcas. Pienso que quienes se hicieron eco de la noticia, tomaron al pie de la letra la broma macabra de algún desalmado que, antes o después de la ejecución, encontró chistoso un parecido taurino. La ferocidad de los tiempos convertía en elegantes y distinguidos, juegos de palabras, símiles y gracias que en otros días hubiesen estremecido las carnes fofas y cansadas de las mujeres confinadas en las más groseras mancebías de los puertos sucios. La sangre vertida en las ejecuciones de los republicanos, espectáculo para el que en algunos casos llegaron a repartirse invitaciones, despertó furiosamente la líbido de las espectadoras, enloqueciéndolas hasta el punto de provocar en obispos y sacerdotes que bendecían la cruzada antimarxista, anatemas de entonación y acentos bíblicos. El olor de la sangre obraba como espolique de la sexualidad y ésta, sojuzgada y contrariada por una educación gazmoña, buscaba su desquite derrotando las viejas formas y traduciendo en palabra y costumbres su insatisfacción. La concurrencia a los "garden party" de la muerte era, en lo femenino, todo lo escogido que los extranjeros, en ojeo sexual permanente, podían apetecer. Zuluaga para su musa negra y Solana para la suya siniestra, tendrán, para muchos años, material de trabajo. Ocurriría lo mismo con Marañón si algún día se reputase capaz de empresas originales y sinceras en relación con ese tremendo tema eterno, más español que forastero, de la crueldad y de la sexualidad, del odio en su obra de sangre y muerte, despertando con urgencias angustiosas el instinto de la maternidad.

"Mira, padre, que vivimos
haciendo de odio amor,
y por amor atizando,
hogueras de Inquisición".

Unamuno, que pudo haber hincado más hondo su palabra, sonora de encinares castellanos, en ese aspecto de nuestra agonía nacional, fué muerto por los gritos de Millay Astray, general recompuesto de garfios, maderas, cuerdas y vidrios, que blasfemaban de la inteligencia en el paraninfo de la universidad salmaticense. Mejor está muerto que desacatado. Su cacho de reforma agraria, pesando sobre aquél, su cuerpo robusto de vascongado recio, no le impedirá la resurrección convocada para el mismo día que resucite España, su madre y su hija. (Recuérdense estas palabras de don Miguel: "Escribo estas líneas, lejos de mi España, mi madre y mi hija —sí, mi hija, porque soy uno de sus padres". Y léanse despacio dos de sus versos de la obra última y de su manera permanente: "Ya pasó la pobre Muerte. Despierta en eterna aurora!"

Isabel II y Franco

Los libros y folletos de la propaganda decían verdad. La insanía asumía las formas demenciales que en aquéllos se denunciaban. Isabel II pudo temer un día que la sangre que se vertía en su nombre le anegase el trono. Franco, sin trono por cuya pureza inquietarse, no parecía tener problema. Si se le presentó en algún momento, el padre I. Menéndez Reigada, con impecable y risueña doctrina teológica, se lo resolvió a satisfacción. El crédito religioso de este padre no soportaba competencia en la estimación de la esposa del generalísimo, capaz de alto discernimiento en materia de autoridades eclesiásticas, trátese de padres confesores o predicadores. Este Menéndez Reigada era personalidad sospechosa para los falangistas, en razón de su afecto y amistad por la política y la persona de Gil Robles de quien ellos, aun más que los monárquicos, aborrecían la obra. Temían, al parecer, con algún fundamento, que por su influencia en el hogar de Franco se les siguiesen daños de consideración. A título de católicos sabían, mejor que los ateos, que "lo del cura, dura". Tranquilo de conciencia, no se conoce un solo dato por el que se sepa que Franco luchó, como lo hacía el gobierno de la República, contra la crueldad. Este llegó a desconocer que un organismo oficial, la Dirección General de Seguridad, aceptaba una responsabilidad considerabilísima en las ejecuciones arbitrarias, al no impedir, y en cierto modo participar, en el funcionamiento de aquella especie de tribunal revolucionario del Círculo de Bellas Artes. Este tribunal, todo lo arbitrario e ilegal que se quiera, representaba, sobre los Ateneos libertarios y sobre los cuarteles de milicias en que se comenzó a disponer de la vida de los sospechosos, una ventaja, si se puede hablar así, de cierta consideración. Dado a examinar el caso a los juristas, quizás encuentren preferible, para que la letra escrita no padezca, que la arbitrariedad se refugiase, como en el amanacer de todas las pasiones obscuras, en clubs y cuarteles, en vez de hacerlo en un tribunal conocido de los jefes de la policía y consentido por ella. Le impide a uno ser de esa opinión, de tipo farisaico, la circunstancia de haberse hecho con el funcionamiento del tribunal la salvación de muchas vidas que, de otro modo, hubiesen perecido. Eramos bastantes, quizás, los primeros, los ministros, a interesarnos por la clausura de aquel tribunal y a pasar, de una vez, a la tercera etapa, a la prohibición tajante de producir toda suerte de detenciones domiciliarias y callejeras, cometido que debía reservarse exclusivamente a los agentes de la autoridad. La respuesta que cosechábamos era que todavia no se podía. Estoy especialmente facultado, por razón del cargo gubernativo que más tarde había de corresponderme —sin que se consultase mi voluntad, que hubiese llegado hasta romperse en

la negativa—, para creer sincera la respuesta. Aparte de la hostilidad con que por razones morales miraba yo a aquel tribunal, me impresionaba y me predisponía contra él la circunstancia de que el jefe de la policía, un republicano sin discernimiento juicioso, se afligiese de continuo pensando en la suerte de familiares muy queridos, de quienes decía que habían sido asesinados en represalia por su cargo. Cuando hacía referencia a esta noticia, que no se sabía por qué conducto había llegado a su conocimiento, el rostro le cambiaba de color y su mirada tenía un brillo metálico y violento. ¿Esa fuerza trágica y enloquecedora no se estaría proyectando sobre inocentes detenidos sin más delito que el de haber concedido su sufragio a las derechas, haberlas representado en las mesas electorales o preferir, a ninguna otra, la tipografía y el repertorio fotográfico del "A B C"? No lo sé.

* *
*

Los rebeldes trabajan por la grandeza de España

Lo que me es conocido me permite afirmar que los familiares del jefe de Policía fueron canjeados y él separado, en uno de los caminos gubernativos, de toda función de responsabilidad, injusticia contra la que se querellaba ante cuantos mostraban la menor debilidad en escucharle.

No alcanzaba a comprender que le había correspondido un período turbio en el que, con razón o sin ella, salpicado de sangre que él no había vertido, quedaba anulado políticamente. El duelo por esta, su muerte política, lo sacaba a los ojos cada vez que se acercaba a un centro oficial, donde recibía un trato cortés, pero despegado. Como es caso frecuente, sus más implacables debeladores eran sus correligionarios.

No descubro ventaja ninguna en atenuar una verdad que, sin demasiado esfuerzo, podrá ser establecida en todos sus matices. La cantidad de protagonistas y de testigos que han vivido y visto vivir los más tenebrosos episodios del tiempo de los "paseos" y la "reforma agraria" ,aseguran a los historiadores que se propongan trabajar en serio y honradamente, el conocimiento de lo sucedido en las dos zonas, sin acudir a los textos de la propaganda ni a los informes tendenciosos y parciales de los diplomáticos que, salvo raras excepciones, tenían partido contra la República y sus hombres y por Fra[illegible] y los militares. He creído siempre, sin que haya tenido ocasión de corregir esa creencia, que las violencias fueron mayores del lado de la facción que en el territorio del Gobierno. A ese convencimiento me han conducido los testimonios imparciales de personas que estaban en condiciones de emitir un jui-

cio autorizado. Una dama extranjera, de notoria posición social y acendrado catolicismo, que no ocultaba su repugnancia por los excesos republicanos, declaraba que, en la zona franquista, el tipo de represalia era el mismo, sólo que más constantemente practicado. Contaba, con referencia a familiares suyos, que la palabra usual era la de "exterminio", proferida con un acento capaz de escalofriar a las piedras. Esta noticia general la ilustraba con el relato de algunos casos aislados que habían ocurrido en un pueblecito de Soria, donde por poseer una finca, se había instalado buscando huir de la crueldad. La montería, organizada con la participación de todos los mozos, armados de escopetas y hierros, para cazar al maestro de escuela, que se había refugiado en la espesura del monte, hacía recordar, por los detalles del relato, las peores cóleras colectivas de la edad media y los furores de los clanes salvajes contra los misioneros católicos. La sorpresa de la dama comenzaba al no escuchar una sola voz reprobadora de tamañas brutalidades. En este punto de sus confidencias, yo me inclinaba a suponer que esas voces, que sin duda en alguna parte debían sonar, no llegaron a su conocimiento. Esa suposición mía, a la que no he renunciado por entero, sufrió un rudísimo golpe con una sentencia, dictada contra un médico interno del Hospital de Bilbao, hecho prisionero, al perderse aquella villa, por las fuerzas de Franco. La pena que se le impuso al doctor Lozano, pena que cumple en la actualidad, es, después de la de muerte, una de las mayores. El texto de la sentencia es una noble biografía del condenado. Requeridos sus servicios por el gobierno vasco, se consideró obligado a concedérselos. No entraba ni salía en la contienda. Nada hizo, a parte de curar criaturas dolientes, que permitiese conocer su pensamiento, como no fuese el más íntimo y puro, el religioso, que manifestaba con la práctica diaria de sus oraciones. Su capacidad profesional se acreditó y fué recibiendo encomiendas difíciles, en las que su propia vida quedaba en litigio. Con ayuda de Dios, según su acendrado catolicismo, esperaba salvarla. La salvó del terrible bombardeo de Durango, sin que él hiciese otra cosa que preocuparse de poner a salvo los heridos confiados a su cuidado que, ateos y católicos, le profesaban idéntica devoción y le respetaban en todas sus determinaciones, no produciendo los ateos la menor queja porque los hospitales fuesen, además, templos cristianos. Este esquema de biografía, ampliado con mayores detalles, consta en la sentencia que, teniendo como perniciosos para la victoria de las fuerzas nacionalistas los trabajos del médico de referencia, en cuanto tendían a producir la impresión de que en la zona rojo-separatista la normalidad era perfecta y el respeto a la religión absoluto, le condena a una pena grave. Ni siquiera el sentido brutal de esta sentencia, que si no es única puede figurar entre las más originales de la justicia cas-

trense, justifica la conducta de aquellos médicos madrileños, antiguos militantes del estandarte de San Cosme y San Damián, que habiendo improvisado, para su seguridad personal, las más extremas convicciones revolucionarias, dedicaron sus conocimientos profesionales a aligerar de combatientes los cuadros de la República, amputando miembros recuperables y cegando ojos que hubieran podido seguir viviendo, servicios de que no podrán pasar la cuenta, como sería su deseo, a los victoriosos, por el justificado temor de tropezar entre ellos con alguna sensibilidad capaz de sublevarse al conocimiento de su abyección. De esta se dijo, sin que se consiguiese comprobarla, comprobación que por otra parte resultaba particularmente difícil, que llegó hasta cavar la tumba de hombres que pudieron haber curado. En alguno de los sanatorios madrileños, de los de rótulo seráfico, cabría encontrar ampliación, y quizás confirmación, a estas que fueron sospechas fundadísimas y sobre las que en más de una ocasión hubo de trabajar la policía republicana, sin demasiado éxito, que la medicina tarda y trabajosa para curar, sabe ser rápida y discreta para matar.

De la biografía de Marañón

Fuera de litigio está que San Cosme y San Damián, al convertirse a la fe revolucionaria, recorriendo a la inversa el camino de Damasco, nos fueron funestos. El caso de Marañón, que ya se había retractado de sus errores republicanos, aun cuando persistiese en la simulación científica, consiente juzgar de la inocencia y el candor de los que, por no creer en Dios, creen a pies juntos en la ciencia..., aunque sea falsa. Marañón, que es un traductor en medicina, no se creyó seguro. Temió, sin ningún motivo, las iras populares. Se amparó contra ese peligro inexistente ingresando en el sindicato de Sanidad de la C. N. T. sin que Isaac Puente, el médico anarquista vitoriano, que ya para entonces había sido fusilado, pudiese denunciar la trampa. Firmó manifiestos y escribió papeles. Los comunistas le ofrecieron el micrófono de su estación emisora y don Gregorio hizo desde él la apología del pueblo. Convivió después con el Quinto Regimiento, milicia de combate de filiación comunista que, reputando conveniente alejar a los intelectuales de Madrid, donde los riesgos no les consentían atender a sus ocupaciones, que interesaba al prestigio de la República, que continuasen, los trasladó, con bibliotecas y talleres, a Valencia. Otros serán los que lamenten ese rasgo de generosidad. En mi concepto, resultó inmejorable, incluso porque Marañón, que continuaba siendo un hombre con crédito moral comenzó, en el intento de hacer odiosa a la República, a escribir por lo crudo, tan pronto se vió en Francia, como su más implacable enemigo no se hu-

biese atrevido a hacerlo, su personal biografía, que tiene fuerza suficiente para merecer, con el menosprecio de los cándidos frustrados, la repulsa inmodificable de los falangistas, compañeros de su hijo. Es esta, de las sentencias colectivas que conozco, la única inspirada en la ecuanimidad. Con decisiones unánimes de esa naturaleza quizás la guerra hubiera podido evitarse. Y si no la guerra, la crueldad de las retaguardias.

Otro de los arrepentidos de la República a quien los acontecimientos sorprendieron, felizmente, en Madrid, fué don José Ortega y Gasset. Debió sentir, en algún momento, inquietud personal, ajena al curso de la enfermedad que padecía. Un amigo común me lo hizo saber y por el mismo conducto quise que le llegase un mensaje tranquilizador. Por sobre lo que había disminuído mi consideración a sus empresas políticas, inolvidablemente decisivas en un período ya lejano, me quedaba íntegra la admiración por su obra de escritor y de editor. A poco que considerase mi sensibilidad podía descubrir, como casi todos los hombres de mi edad aficionados al papel impreso, huellas claras de la doble actividad de don José. Esa admiración se reforzaba con la estima por su conducta, que le prohibía celebrar con regocijo los actos reprobables. Su silencio de entonces ha persistido después, lo que demuestra que cuantos le hicimos confianza no nos equivocamos.

El liberalismo de Martínez Anido

Previendo que Ortega y Gasset nos llamara en su ayuda, para lo que, según le notifiqué, bastaba una simple llamada telefónica, hablé con el jefe de los milicianos que hacían guardia en nuestra redacción. Se manifestó dispuesto a todo. Me recordó que hacía tiempo había leído un artículo de don José sobre Pablo Iglesias que le había gustado mucho, y que se sentiría honrado con el encargo de protegerle si surgía esa necesidad. En cuanto al éxito con que hubiere realizado su comisión, don Angel Ossorio y Gallardo daría fe con sólo recordarle que se trataba de la misma persona que envié a rescatar familiares suyos, amenazados de muerte, cerca de Cubas de la Sagra. Por fortuna, don José Ortega y Gasset no necesitó de ayuda nuestra y pudo salir de España, todavía afligido por su dolencia, en las mejores condiciones de seguridad y en relativas de comodidad, dado lo precario de su salud. Su comportamiento en el extranjero no ha dado ocasión a arrepentimientos. Sus simpatías por una tercer España no tienen nada de recusables y yo las he visto compartidas, enunciadas de otra forma, pero sin variación en el fondo, por dos de mis camaradas de gobierno: Negrín y Prieto. Ortega y Gasset, que necesitó someterse

en París a delicadas intervenciones quirúrgicas, sintió la necesidad, una vez acabada la guerra, de explorar su posible regreso a España. A ese fin se trasladó a Portugal. Sus averiguaciones han sido, a lo que conozco, desconsoladoras. De retorno a París, en el círculo siempre corto de sus verdaderos afectos, ha emitido una opinión pesimista, coincidente con la que ya emitiese Baroja al declarar, sin hacer humorismo, que es lo que hacía de su declaración un aviso estremecedor, que la única persona liberal que quedaba en la España de Franco era el general Martínez Anido, el mismo a quien el novelista, en una de sus últimas trilogías, había presentado como un epigono de aquel siniestro y falso Conde de España, soldado de Don Carlos, que ilustró su apellido con los resplandores más sangrientos y al que estaba deparada una muerte llena de cobardes convulsiones en uno de los caminos del Pirineo catalán. Que el trágico general que discurrió la expedición de Vera del Bidasoa, atrayendo a la frontera española a un grupo de visionarios para entregarlos al verdugo y presidió, estimulándolas, las cacerías que de obreros sindicalistas organizaba, con la cooperación de los pistoleros de los sindicatos libres, el teniente coronel Arlegui, hubiese pasado a ser una personalidad liberal, indica, mejor que otra referencia cualquiera, el desarrollo que la crueldad llegó a adquirir en las provincias gobernadas por los militares en lo político y por los eclesiásticos en lo moral.

De los días cándidos en que republicanos y socialistas conspirábamos contra la paternal y liberal dictadura de Primo de Rivera, conozco yo, sólo de visita, la cárcel de Valladolid; como más tarde, por una menos cándida, pero igualmente fracasada revolución socialista, hube de conocer, también de visita, el nuevo penal burgalés y establecer trato con su director, un hombre pequeño, de ideas correspondientes a su jefatura, a quien sólo parecía animar a seguir viviendo su seguridad de que el resurgimiento de la vida nacional y la felicidad de los españoles dependían íntegramente de la repoblación forestal, razón por la que ocupaba a los presos entregados a su cuidado en ese trabajo, del que se sentía más ufano que de la disciplina del establecimiento, donde pese a sus esfuerzos repobladores, los presos comunes le produjeron un plante violento que la guardia tuvo necesidad de reprimir usando las armas. Ese conocimiento mío de la cárcel y del penal, conocimiento puramente plástico, no me hubiese consentido imaginar las escenas que en tales lugares hubieron de desarrollarse sin los preciosos informes —preciosos por las dotes de observador y de narrador de quien los aportaba— que necesito acreditar a quien habiendo hecho periodismo político, grato a don Miguel Maura, desde la dirección de "Luz" y luego desde las columnas de "El Heraldo de Aragón", lo hace ahora, muy apretado, pero no demasiado convincente, en beneficio de Serrano Suñer,

con quien parece haber ligado un entrañable afecto, sobre cuya duración no es prudente hacer conjeturas. Este periodista que se inició, con buena fortuna, en la redacción de "Euzkadi", en Bilbao, había de venir a parar, por méritos de su amistad con Ruis Senén, capitalista de quien se decía que era uno de los hombres interpuestos de la Compañía de Jesús, en la secretaría general de la Compañía de Tranvías de Madrid, donde le sorprendió el movimiento. Los obreros tranviarios, siguiendo la costumbre, colectivizaron la empresa. Encontraron para ello todo género de facilidades. Mi colega de periodismo fué respetado en su puesto. Los obreros le dieron toda clase de seguridades. Fueron con él de una probidad exquisita. Entre ellos había un hombre admirable, cuyas excepcionales condiciones me eran conocidas de la Cárcel de Madrid, por haber delegado en él, para la galería quinta, la autoridad que yo, por acuerdo de mis compañeros, ejercía en la primera. Este obrero, Pérez de apellido, a quien yo pregunté por el periodista de referencia, me hizo su elogio y me informó de que lo habían comisionado para ir a Bruselas, juntamente con varios camaradas del consejo de la empresa, a resolver no recuerdo qué problemas de carácter financiero.

—¿Cree usted que volverá?

Mi pregunta le alarmó.

—Pienso que sí. De haber tenido alguna duda, no le hubiésemos otorgado esa confianza.

—Aun cuando yo tenía un concepto muy acendrado de la inteligencia de mi interlocutor, pensé que en aquel momento se había abandonado a una confianza excesiva y prematura. Mi colega, de quien sabía que había hecho alguna visita rogatoria al domicilio de Prieto, estaba al acecho de una oportunidad para ganar la frontera. Lo que no imaginaba es que proyectase utilizar su viaje para incorporarse, como cronista de guerra, al movimiento militar. Fué lo que hizo. Con su facilidad para el transformismo, compareció en Valladolid, representando al "Heraldo de Aragón", ataviado con el uniforme falangista de campaña. La audacia estuvo a pique de costarle la vida. Fué a parar a la cárcel, donde coincidió con otra persona de su amistad, Elorza, director de la cárcel modelo de Madrid, al que esperaba una muerte trágica. Lo que el periodista vivió en la cárcel lo ha referido él mismo.

Las noches en San Juan de Luz

De sus conversaciones con Miguel Maura en San Juan de Luz tengo yo los datos con que escribo. Todas las noches, piquetes de falangistas y tradicionalistas extraían de las celdas, mediante listas, determinado número de presos. Cuando tenían un buen racimo, se los llevaban, empujando a los renuentes a culatazos y la

historia tenía su desenlace sangriento en uno de los arrabales de la ciudad, camino del cementerio, entre las admiraciones quietas de los cipreses del camposanto. El periodista vivió la escena de la despedida de Elorza. La noche que leyeron su nombre, el director de la Cárcel de Madrid, agitado por un nerviosismo explicable, inició ante los que habían de ser sus ejecutores una serie de súplicas conmovidas a las que mezclaba sus lágrimas. El piquete, todo él, era de piedra: duro y frío. No se podía contar con su sensibilidad para la angustia ajena. La leche humana que habían recibido de sus madres aquellos hombres se les había cambiado en rejalgar.

Elorza debió percibir esa realidad y cambió la dirección de sus demandas angustiosas de clemencia. Se volvió hacia el periodista, se arrodilló ante él, le cogió las manos y besándoselas y llorándoselas le pidió lo que el periodista no podía concederle: piedad para su vida, defensa contra la muerte. El jefe del piquete cortó la escena. Como Elorza se resistiese a abandonar la celda, fué arrastrado hacia la puerta y enderezado a empellones y golpazos. El periodista sintió resecársele la boca y temblarle las carnes. Temió por él mismo. Escribió mensajes apretados a cuantas personas podían serle de alguna ayuda. La suerte le fué más favorable. Le notificaron la orden de libertad con el mandato expreso de abandonar España, que incumplido de su parte determinaría, en caso de ser detenido nuevamente, su fusilamiento automático.

No ha sucedido así, sin que yo lo lamente. Excelentes servicios periodísticos a Serrano Suñer parecen haberle concedido una especialísima inmunidad. Si su conciencia, después de lo que le fué dado presenciar en Valladolid, está en regla, su dicha temporal, que no hay dulzura eterna entre los hombres, puede reputarla perfecta. No es ese el caso de Elorza, quieto de reposo eterno, ni el de aquel otro infortunado funcionario de prisiones, adalid de la repoblación forestal, que pereció una noche a título, supuesto por sus ejecutores, de fracmasón. El Cabildo catedralicio burgalés debió sentirse liberado de atroces sufrimientos, que un masón proliferando a la sombra de la catedral era, en su estimativa, peor que una blasfemia en el credo. Su muerte llevaba la calma a sus espíritus. La juventud católica reparaba, sin equivocarse en la justicia, los olvidos del señor A.M.D.G.

CAPITULO IX

Los Cuarteles del Cinturón de Madrid se rinden. — Un gobierno de sombras. — El pesimismo de Indalecio Prieto y el optimismo de Martínez Aragón. — Oraa de la Torre, padre e hijo. — El hijo de Largo Caballero. — El heroísmo de los aviadores de la L. A. P. E. — Alejandro Otero. — Un discurso de Indalecio Prieto.

LOS cuarteles del cantón militar de Madrid —Carabanchel, Getafe, El Pardo— dieron señales de insubordinación, coincidentes, o poco menos, con la insurrección pasiva de los militares del Cuartel de la Montaña. Estos episodios, con diferentes grados de intensidad y dramatismo, fueron sofocados por las milicias populares que entonces no eran otra cosa que un conjunto de hombres, de ideas heterogéneas, resueltos a impedir que en la capital prosperase la agresión contra la República, proyectada con largos meses de preparación, en los cuartos de banderas y en las oficinas civiles de monárquicos y falangistas. La facilidad con que los cuarteles del cinturón de Madrid rindieron sus armas constituía, comparándola con lo que venía ocurriendo en las provincias, una sorpresa grata para la que nos costaba algún esfuerzo encontrar explicación satisfactoria. El conjunto de esos cuarteles, con su potencia artillera, tenía fuerza suficiente para crear una situación angustiosa a la población madrileña. Con información deficiente sobre los movimientos que realizaban, uno de mis redactores, juzgando que la realidad se hacía desesperada y que todo estaba a punto de perderse, se presentó en mi casa substrayéndome de ella a las dos horas de un sueño que tenía muy bien ganado después de tres días de no dormir, con el pretexto de redactar un manifiesto, mentira que discurrió para no alarmar a mi familia. Ya en la calle, como le interrogase sobre lo que sucedía, confirmó mis temores:

—La situación es más crítica que nunca. Los artilleros de Carabanchel han montado sus piezas contra nosotros y los soldados vienen por la carretera con el propósito de apoderarse de la ciudad. Se han mandado todos los grupos armados posibles para que les salgan al encuentro.

Gobierno de sombras

El tono de mi camarada dejaba lugar a pocas esperanzas. Mi puesto seguía siendo el periódico, donde debía esperar las noticias que me irían facilitando del Ministerio de Marina los camaradas de la Ejecutiva. En ese edificio oficial estaba instalado el Gobierno y tenía un despacho nuestro compañero Prieto, que a juzgar por su actividad, de naturaleza excepcional y particularmente dominadora, era, por sí mismo, otro Gobierno, acaso el único Gobierno. Giral, a quien no conocí para emitir un juicio sobre él hasta bastantes meses después, era de su formación ministerial el más arrecho, como se dice en Viscaya y no había perdido la confianza. Sus compañeros de responsabilidad gubernativa se habían como deshumanizado a fuerza de angustias y temores, y eran sombras huidizas con las que se hacía imposible contar a las horas de las determinaciones. El deporte de los mejor templados y animosos consistía en afligirlos más. Al ministro de Justicia, Blasco Garzón, que coleccionaba condolencias por la suerte que habían corrido sus familiares y su biblioteca, allá en Sevilla, se complacía en desmoronarle los últimos vestigios de la voluntad el subsecretario de su departamento, Gomariz, mezclándole al desayuno, con constancia que suscitaba risas, sin que yo haya alcanzado el motivo de aquella hilaridad, la noticia exacta del número de cadáveres recogidos y no identificados. Prieto, que no iba a su casa sino cada cuatro o cinco días me daba, en esas ocasiones, las noticias más descorazonadoras. El desbarajuste interior alcanzaba proporciones insuperables. El aparato del Estado se mantenía en pie por inercia, y quienes lo veíamos desde fuera, con su fachada enlucida, sin más que unos pocos desconchados, creíamos en él con una suerte de candor muy próximo a la tontería. Si habíamos de seguir teniendo confianza y, sobre todo, si habíamos de seguir calentando la fe de los demás en la victoria, el candor y la tontería nos eran útiles. Con las noticias de Prieto tenía yo más que suficiente para que me acometiese la idea de visitar el Ministerio de Marina, fácil de acceso a todos los arbitrismos, donde no me esperaba nada bueno. El noticiario del ex ministro socialista abatía a sus oyentes, con excepción de uno, que nunca supe por qué procedimiento de destilación, obtenía las conclusiones más optimistas. No era un vulgar falsificador, sino un hombre eminentemente sincero. Creía a pies juntos en lo que decía. Este hombre excepcional, excepcional como todos los de su mismo apellido, fué Martínez de Aragón. Era igual que Prieto nos duchase en frío con las desventuras más inesperadas, poniendo en fila india todos nuestros males derivados de la insuficiencia de armas y de la abundancia de desorden. Martínez de Aragón, que como todos,

escuchaba en silencio, terminado el relato, se beneficiaba del silencio para hacernos conocer su opinión fortalecedora.

—Con todo y con eso, que no deja de ser grave, venceremos. Lo que importa es que no quede un conjurado sin manifestarse y enseñarnos su rebeldía. ¡Descuento tan segura la victoria, que estos contagios de la insurrección sirven para alegrarme!

El optimismo de Martínez Aragón

La primera vez que sucedió esto le miramos como a un enajenado. ¿No era de verdad que estaba loco? Es posible que lo estuviese, pero de fe. De una fe ardiente y avasalladora que acabó, entre risas cordiales, por comunicarnos. Nos servía de antídoto, contra el pesimismo de los relatos de Prieto y aún este mismo, terminó encontrando la cosa graciosa, resultándole agradable la contradicción que latía, contra sus versiones, en los optimismos de Martínez de Aragón, al punto de buscar, sin más preferencia que la de Víctor Salazar, su compañía. Sin la separación que se produjo, al emplearse Martínez de Aragón como capitán de una milicia que se puso a operar en Sigüenza, el carácter de Prieto hubiese sufrido alguna modificación. Lo supuse a raíz de un acceso de cólera suyo que dió de plano contra Vidarte. Este, que refería minuciosamente no sé qué historias ingratas, alteró los nervios, que debían estar muy cargados, de Prieto.

—¿Es que no va a terminar de contarnos de mil modos distintos las mismas tontadas irritantes? Entre ese estirar de dedos en que se complace y el repertorio de sus insulseces pone usted o cocer la sangre del más frío. Cállese de una vez, se lo ruego.

Una tal violencia, aun cuando se justificase por el estado general de nervios que padecíamos por aquellos días, me produjo una sensación penosa, que debió reflejarse en mi rostro. Prieto se dió cuenta y se sinceró conmigo.

—Perdóneme, pero llevo cinco horas aguantando el mismo sonsonete agobiador, ¡y ya no puedo más!

Lo que le pesaba, eso creí entender, era el pesimismo de las historias de Vidarte, con mayor motivo cuanto que Martínez de Aragón no estaba entre nosotros para disipárselo. Nuestro alquimista dedicaba su tiempo a instruir a sus soldados y a recoger, de donde podía y como podía, el material necesario para equiparles convenientemente.

Optimismo y pesimismo eran, en determinados momentos, reacciones que no contaban. El ánimo se dejaba invadir por una suerte de fatalismo que nos consentía, bajo la amenaza más aparatosa, proseguir nuestras ocupaciones. Los cañones de Carabanchel..., quizá no resultasen tan terribles como se los representaba nuestra

imaginación los cañones de Carabanchel. Se contaba entonces, y el dato era exacto, que en Barcelona los obreros se habían lanzado a las piezas de artillería, sin atemorizarse por la negrura de su boca, consiguiendo apoderarse de ellas. ¿Había algo que se opusiera a que en Madrid ocurriese lo mismo? Y en último caso, y por este razonamiento íbamos a parar al fatalismo, ¿no estábamos viviendo por el regalo de la vida que nos habían hecho los militares madrileños al no secundar el movimiento en la hora marcada por las instrucciones de los jefes rebeldes? Esta convicción era muy constante en muchos de nosotros. Sin las indecisiones que destruyeron la eficacia del plan rebelde en Madrid, estaba claro que la República hubiera necesitado arriar su pabellón y mucho más clara la suerte trágica de sus más conocidos mentores políticos. No había por qué mirar con demasiada inquietud a los cañones de Carabanchel. Era suficiente con que no descuidásemos la guardia. Los grupos armados que habían salido de los barrios populares para hacer cara a los artilleros compensaban con un coraje ardoroso su incompetencia militar. Eran hombres de un solo libro, rebautizados en arena. De convicciones recias, de entusiasmo robusto. La espuma de las organizaciones obreras. Conocían bien a qué carta ponían la vida e iban hacia los cañones sin un temblor en la carne y con una esperanza que no les iba a defraudar: que se les unieran los soldados. El encontronazo fué rápido y menos violento de lo que se podía temer.

Unos disparos rasos de algunas piezas y sin demasiado intervalo, el cuartel fué invadido por los grupos que se iban hacia los cañones, disparando sobre sus servidores y determinando, con la fusilada y los gritos, un tremendo desconcierto que fué aprovechado por muchos soldados para emanciparse de la obediencia a sus jefes. Victoria de la fe sobre la duda, este puede ser el resumen. Y sólo así cabe tener una explicación lógica de rendiciones que en lo militar no alcanzan a justificarse. Creo recordar que fué en esta contienda donde perdieron su vida Oraa de la Torre, el padre y el hijo. El padre, ingeniero del Ministerio de Obras Públicas, tenía un temperamento fuerte, al que solía ponerle la rienda de su inteligencia. Había sido candidato socialista por Logroño en las primeras elecciones de la República, la de las Cortes Constituyentes, y le conocí por primera vez informando al grupo parlamentario de aquella legislatura sobre unos sucesos sangrientos ocurridos en Arnedo, donde la guardia civil causó la muerte de varios huelguistas de la fábrica de zapatos del señor Muro. Las palabras le hervían en la boca y su relato produjo una hondísima impresión en cuantos se lo escuchamos. Esa impresión determinó algunas manifestaciones, a las que no fuí ajeno. Largo Caballero, entonces ministro de Trabajo, nos contestó. Su respuesta sobria, dió a entender que el Gobierno había conocido el caso y se disponía, con-

siderando la reiteración del mismo, a proceder en consecuencia. En suma: no convenía llevar al Salón de Sesiones temas agrios que sirviesen a las oposiciones para hacer demagogia en defensa de los Institutos armados. Los diputados socialistas quedamos convencidos de que el Gobierno se proponía ir a la disolución del cuerpo de la Guardia Civil y fortalecidos con esa confianza nos limitamos a enviar una numerosa comisión de camaradas al entierro de las víctimas, entre las que había alguna mujer y un niño de pocos años.

Después de este conocimiento ví a Oraa de la Torre en diferentes ocasiones, confirmándome en el concepto que de él había formado. La noticia de su muerte me produjo pena, pero no sorpresa. Con un fusil entre manos y una pistola al bolsillo, Oraa de la Torre tomó la jefatura de los asaltantes, entre los que eran más los que no le conocían, imponiéndose fácilmente a ellos por la frialdad de su coraje y la exuberancia de su temperamento. Debió pensar, acertando, que sólo por una resolución audaz, dado lo precario de los hombres a su mando y la levedad de su armamento en relación con los militares, podían éstos quedar subyugados. El vocerío, entusiasta unas veces, irritado otras, violento siempre, que provocó con intuición psicológica entre los asaltantes, contribuyó en igual medida que las descargas, a desarzonar a los artilleros. Su muerte, sin que sepa cómo sucedió, fué seguida de la del teniente coronel Ortiz de Landazuri, militar de inclinaciones republicanas, que se encontraba en el cuartel, no se sabe bien si coaccionado o comprometido. He oído las dos versiones, sin que pueda pronunciarme sobre ninguna de ellas. Con la merma, para nosotros, de Oraa de la Torre, padre e hijo, publicamos alborozados la noticia de la nueva victoria popular, a la que no tardando habían de seguir otras, como la del cuartel de El Pardo, donde no hubo necesidad de reñir combate. Se trataba de un cuartel leal, según manifestaron sus jefes, que inmediatamente de asegurarse la tranquilidad, convencidos de que permaneciendo en él tendrían que probar su lealtad de algún modo, tomaron, haciéndose acompañar de sus soldados, el camino de La Granja, antiguo sitio real en poder de los facciosos.

El hijo de Largo Caballero

Entre los soldados, especialmente custodiado como rehén precioso, iba Paquito Largo, hijo del que no iba a tardar en ser presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero. No debió ser más que uno el soldado que pudo escapar a la vigilancia de sus jefes, y éste fué un discípulo del doctor Negrín, que sólo por un milagro de serenidad persuasiva escapó con bien de las manos del piquete de control que le

detuvo y se dispuso a fusilarlo. Por este evadido se conoció la defección del cuartel de El Prado y la vigilancia que se ejercía sobre el hijo de Largo Caballero, Sin que se violente demasiado el relato consignaré aquí que cuando los diarios republicanos se apresuraron a dar la noticia del fusilamiento del hijo de mi camarada, fusilamiento con el que Franco respondía, por presión de Falange, a la ejecución de Primo de Rivera, efectuada por sentencia del Tribunal que le juzgó en Alicante, "El Socialista" se abstuvo de publicarla. No me constaba su exactitud y por olfato profesional la tenía por falsa de la cruz a la fecha. Eso no impidió a nuestros colegas escribir unas necrologías en las que dolor e ira se confundían y se mezclaban. A algunos de los lectores les resultó chocante nuestro silencio, pero su sorpresa vivió pocas horas. Salamanca, que conoció la noticia al difundirla en el extranjero las agencias telegráficas, se apresuró a desmentirla de la manera más categórica. Son pocos los que saben que en vez de la necrología pública que insertaron los periódicos, los de "El Socialista" le escribimos una carta privada a nuestro correligionario. No tuvimos respuesta; pero estoy seguro de que entre los millares de las que con ese motivo recibió no había otra que se le pareciese. Le decíamos en ella que, además de no habernos hecho eco de la noticia que le afligía, no le dábamos el pésame a que de ser cierta tenía derecho, porque estábamos en la convicción de que su hijo no había sido fusilado. Sólo cuando los facciosos rectificaron el infundio dije a mis compañeros del periódico lo que había escrito. Ni lo raro de la carta, ni la confirmación que después recibiera, mereció respuesta. Imaginé que se había perdido, sin abrir, en la secretaría del Palacio de Benicarló. Eso si no sufrió el airado menosprecio de algún secretario, más celoso que el propio celo, que vió en la carta una atrevida maniobra —la palabra estaba llena de ecos polémicos— de los centristas de "El Socialista", para amenguar el homenaje de simpatía emocionada a que tenía derecho, por su dolor de padre, Largo Caballero. Con una u otra explicación, lo satisfactorio fué que no nos engañó el instinto del oficio y que Paquito Largo seguía en Sevilla, donde se le hicieron varias fotografías, una de las cuales circuló por los periódicos.

El sojuzgamiento de los cuarteles próximos a Madrid justificó un crecimiento considerable de la moral, que si de una parte ocasionaba beneficios, de otra no dejó de ocasionarnos pérdidas. Se hizo tópica la afirmación absoluta de que "pueblo que se defiende es pueblo victorioso". Como todas las sentencias, esta también tenía sus costados débiles. No se trataba tanto de organizar la defensa como de prepararse para el ataque. El exceso de seguridad comenzó a hacernos daño. En el descuido de la ciudad y su gobierno prendieron, con los calores del verano, los morbos más peligrosos. Los fusiles, absolutamente indispensables en la Sierra, se afi-

cionaron a hacer tertulia. La fiebre del automóvil y del lujo adquirió proporciones aterradoras. Quemar gasolina y destruir coches fueron dos inconsciencias contra las que nadie pensaba en reaccionar, entre otras razones, aparte del déficit, de valentía cívica, porque se daba de barato el rápido sojuzgamiento de la insurrección con la victoria, como consecuencia, del más paradisíaco de los regímenes colectivistas: socialismo o comunismo, a secas, o comunismo libertario; en uno u otro supuesto, un paraíso mahometano, en el que los despistados se suponían exentos de todo esfuerzo, reposando sobre los laureles inmarchitables de su triunfo. Ninguna ley les prohibía substraer algo, en anticipo, al futuro cercano. Y rodaban los automóviles, en carreras locas y sin sentido, oreando los ocios de micilianos que repugnaban la milicia. Estos, que eran los menos, tenían estupefacta a la villa, que llegaba hasta olvidar, por el ofuscamiento de la irritación, que en las breñas del Guadarrama, los mismos que habían rendido los cuarteles, seguían batiéndose a la desesperada, cediendo muy escaso terreno a una fuerza superior en número, en armamento y en mandos. Esas eran las pérdidas, de las que los mismos que las ocasionaban no tardarían en arrepentirse. Los beneficios, considerables, es indispensable comenzar a contarlos por nuestra propia vida. Estaba calro, y sigue estándolo, que habíamos escapado con bien de un trance en que las probabilidades de fortuna eran muy escasas.

Los éxitos de los obreros, improvisados soldados, generalizaron un optimismo similar al de Martínez de Aragón. La victoria, a poco que adelantásemos en los problemas de organización, no se presentaba excesivamente costosa. La experiencia de la capital, a la que había que sumar la capitulación de Goded en Barcelona; el sitio de Aranda en Oviedo; el encierro de los militares en el cuartel de Simancas de Gijón, después de una infructuosa intentona por apoderarse de la plaza; la victoria republicana en Cartagena, con la posesión de la mejor y más grande parte de la escuadra, justificaban bien una confianza popular de muchas atmósferas. Había que trabajar sin ocio ni pausa en la organización y disciplina de ese bien legítimo entusiasmo, buscando reunir, al mismo tiempo, los elementos materiales, de los que se notaba gran penuria, para colocar a los trabajadores en condiciones de seguir siendo soldados combatientes. Los sujetos, por edad, a obligación militar, una vez rescatados de los cuarteles por los milicianos, se liberaban por su cuenta, y salvo excepciones contadas, se iban a sus casas, entendiendo que la guerra no iba con ellos. No es inaceptable pensar que tropezasen, en sus paseos por Madrid, con personas que les aconsejasen una cómoda neutralidad. Las fórmulas de agresión a la República eran variadísimas y ésta que apunto me consta de manera positiva que no se descuidó, practicándose sola-

padamente. Prosperaba, como otras tantas, a favor del desconcierto general.

Las preocupaciones mayores las proporcionaba el material. La penuria era abrumadora y las demandas aumentaban de volumen cada día. De Asturias, particularmente, las reclamaciones eran muy constantes y urgentes. Se encarnizaban pidiendo, de preferencia, estopines. Con estopines, pero bien entendido, en abundancia, acabarían con la resistencia de Aranda en Oviedo y avasallarían definitivamente el "Simancas" de Gijón, quedándose en condiciones de preparar un cuerpo expedicionario que tomaría la dirección que se le señalase. Asturias conservaba en Madrid todo su prestigio, legítimo, de las duras jornadas de octubre de 1934. A sus peticiones, formuladas por radio, no tardaron en seguir los enviados especiales, que hacían para llegar a Madrid un viaje aéreo, frecuentemente inverosímil.

Heroísmo de los aviadores

La primer embajadora fué Matilde de la Torre, escritora de extraordinario vigor, que puso en el cumplimiento de sus deberes ciudadanos y republicanos una emoción y un escrúpulo que hubiese ido bien a infinidad de varones. Si como es presumible, y deseable, se editan algún día sus crónicas de guerra, recomiendo al lector que las busque, en la seguridad de que se sentirá largamente retribuído por la lectura de lo más fino y emotivo que se ha escrito, mientras las armas de todos los calibres hacían la polémica de muerte. También Matilde de la Torre pedía estopines y salía fiadora de que con ellos, los asturianos abatirían la soberbia de Aranda, de cuyo doble juego fué ella la única en avisar. La necesidad no era exclusivamente de estopines. Se necesitan ametralladoras, fusiles, municiones, y con urgencia, que podía esperar, aun cuando no demasiado, artillería y aviación. En estas dos armas especiales nuestra pobreza llegaba a límites de angustia. A tal punto, que sin temor a querella por parte de nadie, cabe poner en el primer rango de los valores heroicos al personal civil de los servicios aéreos de la LAPE. Su elogio puede hacerse en piedra y con bronce. Cuanto se les pidió lo dieron y se les pidió, tanto al comienzo de la insurrección, como al final de la guerra, lo que humanamente no podía ser pedido. Los vuelos, transformados los aparatos comerciales en aviones de bombardeo, sin otro expediente que el haberles desprovisto de los asientos y de las puertas, por las que con algún esfuerzo, y sin ninguna seguridad personal, había que arrojar, a ojo de buen cubero, los proyectiles, sorprendieron a los propios ingenieros de la casa constructora del material, que no hubieran admitido, sin el conocimiento del hecho práctico, ni seme-

jante resistencia en los aparatos ni un tan insuperable desprecio del riesgo por parte de quienes los tripulaban. Aquellas prácticas destruyeron muchos cálculos y anularon muchas leyes teóricas tenidas en la fábrica por inmutables. Semejante progreso derivaba directamente del heroísmo humano.

Los aviones postales de la LAPE dieron de sí los extraordinarios que sus pilotos les reclamaron. Ellos hicieron todos los servicios que, adelantándose al que había de ser su futuro cometido, les sugería Prieto. Este había de concentrar en una frase el valor de la aviación: "La guerra la ganará quien domine con sus aparatos el aire". Momentáneamente importaban más los fusiles y las ametralladoras, las municiones y aquellos endemoniados estopines que reclamaban los asturianos y sobre cuya figura y cometido teníamos, los más, una ignorancia perfecta.

Era en el exterior donde necesitábamos proveernos de armas. El mercado, cuando menos teóricamente, era abundante y la República disponía de dinero para satisfacer sus precios. Lógicamente todo debían de ser facilidades. El centro de esa actividad mercantil fué París. Los primeros compradores, hombres de la más absoluta candidez, sin próxima ni lejana relación con Marte ni Mercurio, proporcionaron ocasión de pingües negocios, sin lucro ni beneficio por su parte, en líneas generales al menos, a la inmensa plaga de los bandidos internacionales a quienes la guerra de España daba ocasiones de negocio y granjería.

Alejandro Otero

En el grupo de esos hombres, en los tratos y contratos más disparatados, hacía su aprendizaje de compras de armamento y de técnico de esa rama, fundamental al Ejército, un tocólogo de gran prestigio y de señalada rectitud moral. Se preparaba, con tal aprendizaje, para ser uno de los hombres más eficaces que he conocido. En efecto, Alejandro Otero, subsecretario de Armamento, es, sin disputa, de los trabajadores más eficientes de que ha dispuesto el Ministerio de la Guerra en todas sus variadas escalas. Prieto, en sus días de responsable de la cartera de Defensa, me decía aludiendo a Otero:

—¡Qué magnífico ejemplo de sacrificio y de anonimato! Venciendo de su salud se multiplica y se aferra al trabajo sin producir una queja ni dejar ver un cansancio. A su lado, créame, me siento conmovido.

Su sucesor, Negrín, con motivo de una reforma ministerial, como se barajasen nombres y alguien se detuviese intencionadamente en el de Otero, exclamó: "¡Imposible! Otero es insubstituible en armamento. Nadie le podría reemplazar. ¡Ah, si pudiéramos dis-

poner de una docena de hombres de sus condiciones!". Desde las Cortes Constituyentes, donde le conocí, era yo su amigo, pero no podía sospechar que lo fuese tanto, hasta que sentí, en las dos ocasiones que cito, cómo me alegraban los elogios que, bien merecidamente, le eran prodigados por los dos hombres a quienes prestaba una colaboración apasionada y silenciosa. Otero, que se enriqueció de experiencia en los mercados de armas, se empobreció de dinero con la guerra. Él, que merced a su prestigio médico, había vivido en el París de los grandes hoteles y en la Suiza de los mejores climas y sanatorios, estaba destinado a conocer, sin pérdida de su alegría ni nostalgia de su pasado, el extranjero de los expatriados pobres.

Un discurso de Prieto

En tanto llegaban las armas necesarias, el optimismo del pueblo madrileño era fomentado por la radio y los periódicos. El propio Prieto, haciendo un hueco en sus ocupaciones, se acercó al micrófono para pronunciar un discurso de confianza. Su tesis, enderezada a los rebeldes, se concretaba a preguntarles a qué bueno prolongar una lucha que tenían perdida irremisiblemente al no disponer de reservas económicas, todas en poder del Estado; al carecer de zonas industriales y de riquezas exportables. Oviedo, les auguró, sitiado con encono, se rendirá a la dinamita de los mineros. El tono de máxima corrección dejaba ver bien el esfuerzo del orador por buscar un punto de sutura a lo que estaba roto a balazos. Sus invocaciones a España, gritadas más que pronunciadas, hacían zumbar los altavoces con una vibración metálica. Buscando que los militares depusieran su ilusión y con ella sus armas, les anunció que otra plaza de la que se habían adueñado, Albacete, sería inmediatamente libertada por las fuerzas republicanas. Su voz no fué escuchada en Burgos. El único con capacidad y emoción para entenderla, Primo de Rivera, estaba en la cárcel. La repercusión de ese discurso de Prieto fué en Madrid enorme. El pesimismo del orador, con circulación de tópico, daba a sus afirmaciones optimistas un brillo cegador. Había que conocer bien su pensamiento para juzgar del discurso, que tenía en su esfuerzo pacificador, una almendra amarga: el temor a los peligros exteriores.

CAPITULO X

La toma de Guadalajara. — Apostasía de Cabanellas y muerte de Núñez Prado. — La revolución antes y la revolución después. — Una confidencia de Mr. Eden. — Los carlistas camino de Irún. — San Sebastián y los cuarteles de Loyola. — Cómo ocurrieron las cosas en Bilbao. — Paulino Gómez y Juan Colina.

EN el aprecio popular, la guerra estaba ganada. La fuerza de esta convicción colectiva tuvo su origen en la rendición de los cuarteles madrileños y también, en una deficiente información, de lo que ocurría en las provincias donde los militares sublevados habrán conseguido la victoria. No se sabía, o se sabía a medias, forma de mayor ignorancia, el material humano que los rebeldes habían comenzado a transportar a la Península, de la zona del Protectorado. Estos tiradores marroquíes, de fusil certero y grandes condiciones guerreras, vendrían a ser, con los muchachos navarros, los mejores soldados de Franco. Su capacidad para la pelea se acreditará una vez más, con la ventaja de su parte que, bien encuadrados por mandos idóneos, aun queriendo retroceder no podrían hacerlo. La disciplina, confiada a las pistolas de la oficialidad, era implacable. Un episodio, elegido entre muchos, puede demostrarlo. En los encuentros de la Sierra de Guadarrama fué hecho prisionero un combatiente que, interrogado, confesó su condición de afiliado sindical de la U. G. T. Se trataba de un obrero de una capital castellana. El mismo se adelantó a la sentencia, diciendo a quienes le interrogaban: "Procede que me fusiléis". Como le preguntasen si era fascista, contestó negativamente. "Soy lo contrario —dijo— pero he disparado contra vosotros, que sois mis compañeros. Mi delito es de cobardía y debo pagarlo". El interrogatorio se hizo más amplio. El prisionero confesó que había sido compelido a tomar las armas, única manera de escapar a la muerte. "Me pusieron frente a vosotros y comencé a disparar en falso: contra las nubes, a los árboles, sobre las peñas... Me consideraba en paz con mi conciencia; pero el oficial que me espiaba debió darse cuenta de mi proceder y encañonándome con su arma, me conminó: **"Un disparo más como los anteriores y te mato"**. Desde ese momento, conociendo mi pecado, pero temiendo a la muerte que me acechaba a la espalda, he disparado contra vosotros. Es justo que me fusiléis. Os pido que lo hagáis para pagaros mi mie-

do". Rompió en una congoja convulsiva. Sus jueces se sintieron tocados de una noble emoción y le absolvieron. La muerte, no; la muerte se adueñó de él cuando luchaba, en la misma sierra, con sus camaradas. Las pistolas de los oficiales de Franco eran implacables. Vigilaban los desfallecimientos de los soldados y los corregían con un golpe seco en uno de los parietales, imponiendo una moral de guerra que les proporcionó ventajas incuestionables. Esa sistematización del terror coactivo les fué favorable. Lo nuestro era, por entonces, improvisación y autodisciplina. El combatiente que se cansaba de hacer fuego, se concedía un descanso cuya duración era él mismo el encargado de medir.

Cuando se sentía en vena de aceptar una disciplina, la aceptaba únicamente del compañero de su grupo que, casi siempre en razón de un ascendiente moral, se había puesto unos galones. Fuera de esos, no reconocían otros y todas las jerarquías le molestaban por pretenciosas. Eran muchos los que haciendo la guerra con pasión vehementísima, la desarrollaban, sin embargo, con tarifa y jornada sindicales. Es posible que ese criterio fuese una consecuencia de la seguridad en el triunfo y de la creencia en la rapidez con que sería alcanzado. Difícilmente se hubiese encontrado una persona que supusiese al conflicto la duración que había de tener. Todo era confianza. En Madrid se habían ido cumpliendo los vaticinios optimistas de Martínez Aragón. La cuartelada había sido abortada. Las milicias victoriosas, que se otorgaban nombres de sabor romántico, se extendieron ambiciosamente y cayeron como tromba sobre Guadalajara, después de poseer Alcalá de Henares, donde los militares encerrados en prisión por la República, se habían adueñado del pueblo en colaboración con los cadetes de intendencia. La lucha fué recia. Los militares sublevados, bien preparados, hicieron una defensa valerosa, resistiéndose en los edificios públicos y en la propia prisión. Más que hubiesen sido sus elementos, y mayor su tenacidad, la derrota era inmodificable. Las fuerzas que los atacaban valían, mucho más que por su número y por sus armas, por su fe arrolladora. Cuando salieron de Madrid, sembrados adelante, llevaban en el puño la victoria, como el cetrero su alcotán obediente. Guadalajara se les rindió entre resplandores de incendios y descargas de fusilería, con las que se consumaban justicias sin misericordia.

Allí murió, por pocos días, un general sin gloria y con veneno, Barrera, de quien yo poseía, en Madrid quedó, la más distinguida colección de fotografías, que a decir verdad, no he lamentado perder, ya que no eran, en modo alguno, testimonio de buen gusto. Quizá hubiesen servido para ilustrar aquella campaña de moderación y buenas costumbres en la que se hizo participar, acaso por el obispo de la diócesis, al general aludido, a quien tan prematuradamente se le dió por muerto. La señora que cooperaba con él

en las escenas y posturas habrá podido aprovechar, en mucha medida, la cruzada por la moralidad; tanto, cuando menos, como aquellas damas y señores, de sangre real, que pertenecían a la llamada "Orden de María Luisa" —lindo homenaje a la esposa de Carlos IV— y que, también en diversas fotografías, variadas y movidas, desarrollaban adánicamente juegos voluptuosos. Sin mi resuelta negativa, aquellas pruebas hubiesen sido expuestas en una vitrina, que alguno de los redactores me proponían hacer construir.

Victorias republicanas

Contra todas las certezas que se dieron, el general no murió en Guadalajara, donde se hizo matar otro militar, Ortiz de Zárate, asperamente monárquico. El encuentro fué decisivo, pero breve. Si los defensores de la plaza no escatimaron la bravura, los atacantes alcanzaron a domeñarla con la suya. Esta victoria, conseguida con víctimas, ganada por la alianza de las armas con el coraje, exaltó hasta el paroxismo el entusiasmo de los republicanos que esperaban, de una hora para la otra, la buena noticia de la toma de Oviedo. La confianza en los asturianos era firme y no conociendo bien las particularidades de la lucha en el Norte, se cotizaba como inminente la caída de la capital del principado, donde Aranda había hecho una preparación material y moral invencible. La espera no se hacía demasiado ingrata. Los esfuerzos populares iban siendo renumeradores para el régimen. Albacete, que se había perdido para la República, volvió a ser rescatado. El optimismo estaba a nivel de los sucesos.

En Valencia, donde los cuarteles tenían una posición parecida a los de Madrid, la cirugía para reducirlos, después de varios días de vacilaciones por las dos partes, resultó más sencilla. Barcelona mandaba sus primeras columnas a la conquista de Aragón, con la esperanza de alcanzar fácilmente la meta de Zaragoza, donde Cabanellas, antiguo republicano, había encabezado el movimiento militar, que pudo triunfar por la ventaja de la sorpresa. El general Núñez del Prado, hombre resuelto y militar de absoluta confianza, fué enviado de Madrid a Zaragoza con la esperanza de que, influyendo en el republicanismo de su colega Cabanellas, consiguiese sofocar la cuartelada. Núñez del Prado obedeció a cierra ojos y ya en Zaragoza, donde llegó en avión, se presentó a Cabanellas que lo recibió normalmente, comunicándole que quedaba detenido. No debió haber ocasión a conferencia. Cabanellas, según una referencia que no está falta de fundamento, era el general, pero no el dueño de la situación. Sus subordinados, conociéndole las afecciones republicanas, aun cuando éstas habían evolucionado hacia el lerrouxismo, que ya desde el 10 de agosto, en la intentona que abanderó Sanjurjo, andaba en complicidades culpables con los

militares; desconfiaban de él y le montaban la guardia para prohibirle toda debilidad. Lo que queda por descubrir es hasta qué punto complacía a Cabanellas ese estado de cosas del que, en caso de perder los militares, podía sacar atenuantes para su comportamiento con la República. A este general le oí yo, en los pasillos del Congreso, al final de un debate parlamentario, decirle a Largo Caballero que impugnaba la conducta de los radicales.

—Si lo que Vd. pronostica llegase a suceder, Vd. sabe, Don Francisco, que nos encontraremos juntos en el monte defendiendo la misma República.

Largo Caballero sí anduvo por el monte en esa defensa, pero no así el general que se limitó a presidir, no se si con remordimientos o sin ellos, las crueldades de los falangistas, en las que perecieron innumerables militantes de las organizaciones sindicales y políticas de Aragón. Las formas de la crueldad fueron, en esa región española, particularmente insufribles.

Los suplicados pedían ser muertos y no pocos de ellos se mataron por su mano o mediante ataques rabiosos a sus verdugos. Núñez del Prado, retenido en rehenes durante los primeros días, fué fusilado. Por los días en que su muerte era incierta, su mujer me llamó al teléfono del periódico para reprocharme el crimen que se había cometido con su marido enviándole a morir a una plaza sublevada. Su voz rota y llena de lágrimas me impresionó profundamente. El dolor le había asordado para las condolencias y todo su deseo era hablar a Prieto, gran amigo de su marido, en quien fiaba no se bien qué última esperanza.

De los frentes y de la retaguardia

Para las columnas confederales que se pusieron en marcha desde Barcelona, Zaragoza era, por muchos motivos, plaza codiciada. Empezaba por ser ciudad en que su movimiento sindical predominaba. Iban, pues, tanto como en defensa de la República, en ayuda de sus compañeros. El camino, juzgando por las primeras jornadas, se les antojó llano. Creían poder avanzar sin inconveniente hasta el término de su empresa, más sentimental que estratégica. Esto segundo era, sin embargo, lo importante y lo que valoraban, de preferencia, los militares, que no a mucha costa establecieron la defensa, deteniendo en seco la progresión de los catalanes, que hubieron de establecer sus líneas a mucha distancia de Zaragoza, con un frente al que más tarde había de llamarse estático y perezoso, con profunda indignación de los anarquistas, que defendían de esa imputación a sus correligionarios, argumentando con la falta de materiales para atacar, falta que atribuyeron a una conjura de tipo político puesta en práctica con objeto de desacreditarles. Para el tiempo, primeras semanas de la contienda,

su camino era bueno y las noticias de los pueblos rescatados contribuían a fortalecer la confianza en la victoria. Madrid levantaba sus gallardetes más azules. Todo iba bien. La República había pasado a la ofensiva con evidente éxito. Seguía haciéndole daño la incontinencia de los desorbitados y los energúmenos; pero aun en ese dominio moral, las mejores voluntades hacían tímidos ensayos de organización. Los obreros de las artes del hierro fueron los primeros en considerar su caso y resolverlo conforme a la conveniencia de la guerra. Necesitaban replantear su trabajo y aumentarlo. Había que fundir, estampar, tornear, ajustar y pulir, más y mejor, lo que necesitaban las milicias. También para el trabajo daban entusiasmo las victorias. Ese sentimiento colectivo de triunfo no dejó de ofrecernos la contrapartida. Beneficio tan seguro e importante exigió la preocupación de quién y cómo había de administrarlo. Los anarquistas, profundamente desconfiados, tomaban posiciones. Querían simultanear, cuando menos simultanear, la guerra y la revolución, esto es, ir creando en la retaguardia los nuevos órganos de la futura sociedad. En Barcelona, esa posición no era compartida por el P.O.U.M. —Partido Obrero de Unificación Marxista— que, en su órgano de prensa "La Batalla", propugnaba la victoria de la revolución como único medio seguro de ganar la guerra. El P.O.U.M., que llegó a tener representación propia en la Generalidad de Cataluña, concretaba aún más que los anarquistas, el odio de los comunistas, que lo tenían en concepto de **trosquista** y lo trataban con menosprecio y violencia. Fuera de Cataluña y Valencia y muy poco en Madrid, el P.O.U.M., no arraigó; pero en Cataluña tenían, por opositores del comunismo oficial, la simpatía y la defensa de la C.N.T. El P.O.U.M. había llegado hasta sentarse en las Cortes, donde envió a su principal caudillo Maurín, al que el movimiento había sorprendido en zona rebelde y de quien se llegó a decir que estaba escondido, siendo posible concertar un canje al que los ministros comunistas, después de hacer unas observaciones, no negaron su aprobación. Seguro que cuando se habló de ese canje, el diputado del P.O.U.M. había pagado con su vida la fidelidad a sus convicciones revolucionarias. Esas polémicas, que llegarían a manifestarse violenta y dramáticamente, causaban profundas lesiones a los intereses generales de la victoria. No es disparatado suponer que el adversario arrimaba combustibles a esa hoguera, si bien los que la alimentaban con mayor pasión lo hacían con un dogmatismo revolucionario al que no se le podía hacer el reproche de venal. Siempre escribiré lo mismo, porque esa es mi fe. Ninguno de los que anteponían la revolución a la guerra se hacían cargo, sin embargo, del quebranto que nos inferían y se inferían. Necesitando del auxilio del exterior, tanto por lo menos como de la bravura del interior, esas campañas y las consecuencias que las seguían, nos presentaban

ante las democracias como indeseables, señaladamente en Inglaterra, donde la divulgación exclusiva de nuestras crueldades había determinado un movimiento de hostilidad contra todo lo republicano, que exigiría muchos meses y muchos esfuerzos, a los que no ha sido ajena la pluma fecunda de Ramos Oliveira, apretada de estilo y suelta de arrojo, para ser modificado. Y no solamente nos era adversa la gran masa, protestante y sentimental, del pueblo inglés, sino que por otras razones de naturaleza menos vagarosa, nos repudiaban los gobernantes del Reino Unido. El anarquismo español seguía menospreciando esos factores y creyendo que la contienda se ventilaba exclusivamente entre fuerzas españolas. Para nuestro daño, la política internacional de Francia estaba supeditada a la iniciativa inglesa.

La "no intervención"

CUANDO Blum reivindica la partenidad de la "no intervención" comete, evidentemente, una falsedad. El engendro es de confección inglesa e inglés es todo el esfuerzo porque la ficción, aun después de descubierta, no se fuese al suelo con estrépito. Esa verdad, demasiado evidente para que necesitase confirmación, la tuvo, sin embargo, en una entrevista privada que celebraron en Ginebra Mr. Eden, en la ocasión ministro del Goreign Office, y el doctor Negrín, jefe del gobierno español. Como éste se doliese del mal trato que los republicanos españoles recibíamos de las potencias democráticas, Mr. Eden, aludiendo a la intervención de alemanes e italianos en España, se limitó a decir:

—Son muchas las indignidades porque Inglaterra está pasando. ¡Demasiadas!

Aun había de pasar por muchas más, aun cuando Mr. Eden eludiese toda responsabilidad en ellas separándose del Gobierno. El era la sola voluntad dispuesta a venir en nuestra ayuda, arruinando o dando eficacia rigurosa al Comité de no Intervención. Poco hicimos por ayudarle a triunfar. Discutíamos demasiado con sobrecarga de palabras estridentes. En dictamen diplomático, la República, con triunfo o derrota de los militares, podía considerarse perdida. La abundancia y variedad de las incautaciones, así como de los incautadores, daba fuerza a la conclusión que esgrimían contra nosotros las cancillerías. Los soldados propios de la República, ¿dónde estaban? No digo que no existiesen, "lo que afirmo es que no se hacían notar por sus querellas ni por sus depredaciones. En ese mismo silencio, que no será excesivo llamar eficaz, se sumergían los soldados socialistas. Su único ruido era el de los combates en lo alto de la sierra madrileña y con mayor dramatismo y angustia en Irún. La más recia de las batallas primeras es la que se riñó por la posesión de la pequeña villa fronteriza. Con

abolengo republicano y tradición socialista, Irún se batió heroicamente por la República. La intuición militar del general Mola, que proyectaba adueñarse del Norte, partiendo de Pamplona y acaudillando tropas navarras, idénticas ambiciones que un siglo antes no consiguiera realizar Zumalacarregui, único, auténtico general de don Carlos, le indujo a aconsejar un ataque contra Irún, al solo efecto de poder dejar a la zona gubernamental de las Vascongadas, Santander y Asturias sin la comunicación con Franría por mar, cuya posesión estaba, pese a la superioridad marítiría por mar, cuya posesión estaba, peso a la superioridad marítima de la República, en perpetuo litigio. Nuestros marinos que no dieron tan poco de sí como algunos creen, aun cuando no rindieran, por razones diversas, cuanto hubiera sido de desear, quedaron sin crédito en el Norte, cuyos nautas civiles, tripulando bous artillados reverdecieron lejanas aventuras de los intérpidos mareantes vascongados. Estoy muy cerca en el afecto de todos ellos para que olvide decirles, ahora que es ocasión, en cuánto se estimó la bravura de su comportamiento y la audacia de su confrontación con fuerzas superiores a las que no temían. Su historia, por marina tentadora para mí, tendrá que ser contada con amor de vientos y nostalgia de mares, siguiendo los datos de los cuadernos de bitácora. Mola quiso poner por obra la que en la guerra carlista fué iniciativa de Córdoba: aislar el enemigo. Lo que no alcanzó a lograr el general Cristino, por estorbárselo como disparatado la política, lo iba a conseguir, a precio de mucha sangre, el general franquista, transformado, ¡mudanza del tiempo!, de republicano, en caudillo de la Navarra carlista.

Los carlistas

El nuevo juego estratégico era infinitamente más sencillo que el del siglo pasado. Ahora se reducía a rendir a las fuerzas, en su mayor parte civiles, de improvisados soldados que guarnecían a Irún. Oficiales de todos los oficios que en el apremio de las horas dramáticas se consideraban con bravura suficiente para impedir la victoria de Mola. No se conformaron con esperarle, sino que, por entre vaguadas y desfiladeros, le salieron al encuentro, riñendo en las mismas campas donde habían festejado a la vida con romerías jocundas, las primeras batallas desiguales. Los encinares y castaños, que habían retenido bajo sus copas los sones de los chistus, se estremecieron por las descargas, y los arroyos, que dieron su agua a la sed de los contrabandistas, aliviaron heridas y se mancharon de sangre. Del lado de Navarra, las gargantas vibraban por última vez con el **Oriamendi**; de lado de Guipuzcoa, con la "Marsellesa" o la "Internacional". Los carlistas pisaban más recio. Dueños de la iniciativa, habían podido elegir con calma, sin

más que dejarse guiar por el instinto, que el navarro no necesitaba para ello de instrucciones militares, las cotas más altas y los pasos más ventajosos. Esa ciencia la aprendieron con Zamalacarregui en las dos Amezcuas. Es un bien mostrenco que los carlistas navarros reciben, con la boina del abuelo y el retrato del pretendiente, en la cuna. Batían a sus adversarios, pero no con facilidad. Cada pedazo de monte les era disputado, y entre los helechos, quedaban mojones de la muerte, víctimas definitivas y temporales. Los "¡Detente, bala!", de los requetés, no surtían el menor efecto. El plomo republicano no sabía leer en los amuletos religiosos que las madres navarras, fieles a la tradición, pero inquietas por el nuevo sacrificio que en nombre de ella se les exigía, colgaban del pecho de sus hijos. Los días tenían sus alternativas, Carlistas y republicanos se hacían sus emboscadas y quienes caían en ellas se abstenían, por inútil, de pedir clemencia. La guerra se llevaba con el tren del cura de Santa Cruz y no con las debilidades del general Lizarraga: a vida o muerte. Sin piedad para el vencido. La rudeza de esas batallas no tenían eco en Madrid. ¡Se reñían tan lejos! ¡Eran tan deficientes las comunicaciones! Además, la disputa de los montes no se pensaba que afectase tan en lo vivo al resultado final de la guerra. La clave de ella estaba en las ciudades.

Los cuarteles de Loyola

Rendir y rescatar ciudades. Eso era lo importante. No se vió lo suficientemente pronto que el camino de monte que hacían los soldados navarros, reforzados por tropas extrañas, les conducía al objetivo de Irún. La plaza ambicionada no parecía correr peligro. Acontecimientos saludables, ocurridos en San Sebastián, permitían respiros a la esperanza. El hotel María Cristina, donde los militares rebeldes se habían hecho fuertes, fué tomado por los republicanos después de varios asaltos violentos. Quedaban terqueando, en posición similar al cuartel de la Montaña, los cuarteles de Loyola. Atrincherados en los nuevos edificios, capaces por su fortaleza para una resistencia larga, la oficialidad no se mostraba propicia a ceder, pero no tenía el suficiente ánimo para iniciar una salida que, dada la escasez de recursos de los sitiadores, hubiese significado el final del asedio y la victoria sobre San Sebastián, donde el gobernador, un militar de historia republicana, Ortega, pedía continuamente a Bilbao que le enviasen recursos, recursos que Bilbao no podía enviarle porque carecía de ellos. Bilbao le dió una primera columna de hombres, todos ellos excepcionales, que le consintió vencer. Pero municiones, que es lo que necesitaba, no podía dárselas, porque no las tenía. A pique de quedarse sin ellas, el que gobernaba la defensa militar de Vizcaya, Paulino Gómez,

le mandó unas pocas cajas, determinando la exigüedad del envío un violento diálogo telefónico, en el que el hombre civil tenía razón sobre el militar. Los cuarteles de Loyola, tremendamente inquietantes por la atracción sentimental y militar que ejercían sobre los militares vencedores en Navarra, acabaron rindiéndose, después de un parlamento en el que intervinieron varios de los diputados a Cortes por Guipuzcoa. La capitulación comportaba unos deberes que no fueron respetados por los republicanos donostiarras. Ese incumplimiento de una cláusula sagrada, que afectaba a la vida de los rendidos, no es atribuíble a la autoridad. Y menos a los diputados, alguno de los cuales arriesgó su prestigio y su propia seguridad defendiendo la intangibilidad del compromiso en el que él había puesto su firma. La pasión lo desconoció todo y sacó adelante su pobre venganza. En el propio Irún, en cuyo fuerte existian detenidos varios hombres políticos, de significación derechista, se realizaron violencias fatales.

En Bilbao

Pradera fué una de las personas que perdieron la vida; el conde de Romanones —para quien las capas populares españolas han reservado siempre un resto de simpatía, quizás en homenaje al gracejo que adorna su política monárquica—, de las que la salvó. El conde dejó escrito un papel de reconocimiento en el que daba fe de haber sido tratado con toda suerte de respetos y consideraciones. Los carlistas tuvieron una conducta de parecida generosidad con Pío Baroja, en cuyas novelas se sentían tan agraviados, al detener al escritor cuando en un rapto de invencible curiosidad abandonó su casa de Vera para ver la repetición viva de las campañas de que durante tantos años había sido apasionado historiador. Se pudo temer por su suerte, pero el hombre malo de Iztea, a quien los buenos católicos hacían la cruz como al diablo, se salvó de las venganzas rencorosas, y más tarde, después de aventuras de las que salió bien con su astucia aldeana, pudo ganar la frontera merced a la estimación literaria de un hijo de Martínez Anido, general al que el escritor había dedicado páginas de una crueldad inaudita. El novelista tiene de qué felicitarse. Su reserva prudente, que entre los republicanos se juzgaba con aspereza está, a mi juicio, bien justificada.

Por Bilbao las cosas ocurrieron de modo más sencillo. El regimiento de Garellano, en cuya historia hay antecedentes revolucionarios, estaba complicado, como todos los regimientos, en la insurrección. Su actividad interior y su estado de ánimo eran bien conocidos de los republicanos, gracias, preferentemente, a las confidencias del herrero de un batallón, que cuidaba de conocer toda la clandestinidad del cuarto de banderas a fin de tener informados

a los republicanos. Su concurso fué precioso. Permitió, con ayuda del jefe de los Guardias de Asalto, Aizpurúa, que tenía absoluta confianza en su tropa, rodear el cuartel Basurto y hacer abortar el movimiento. Entre las pocas personas que jugaron papel predominante en aquellos momentos debe citarse al teniente coronel Colina, de la Guardia Civil. Este hombre, como algunos otros militares del mismo cuerpo, se atenían, sin entrar a discernir sus simpatías y diferencias, a la fuerza de obediencia del juramento prestado. Para saber lo que tenían que hacer les sobraba con preguntar qué mandaba el Gobierno. Lo que él mandase, eso se haría. Eso hizo este don Juan Colina, hombre de poco discurso, pero de acrisolada lealtad. Ponerse a la disposición de la República. Necesitaba órdenes claras y sin complicación, cosa que en lo sucesivo, con el barullo de las reformas y las disoluciones de los cuerpos armados, le iba a resultar difícil poseer. Tenía ascendiente y autoridad moral sobre la tropa a sus órdenes y la Guardia Civil sirvió lo que él servía.

Paulino Gómez y Juan Colina

Garellano no pudo intentar nada. Simultáneamente a esas previsiones, una movilización civil unánime, que comenzaba en los nacionalistas vascos y acababa en los anarquistas, disuadió a los militares de todo alboroto. Habían perdido la partida y se resignaron, ocultando en el silencio de la resignación un encono corrosivo. Toda la fuerza militar de la plaza quedó a las órdenes del director general de Defensa, Paulino Gómez, ejemplar en su dureza y hombre de una sola dirección y de un solo metro. Algo así como un calvinista de fuego que no consitiéndose ninguna debilidad, no se la toleraba a nadie. No era un discursivo, era un hombre de acción, que se pega al deber con la alegría de su moral rígida. Su gestión, en aquellos momentos confusos, fué ejemplar. Lo veía y lo ordenaba todo, desde su despacho de la Sociedad Bilbaína, del que no le separaron las primeras bombas de aviación que destruyeron la casa de enfrente, el edificio de la Caja de Ahorros, entidad en la que había trabajado con un amor que no supieron agradecer. Decir que comía y dormía en su puesto sería metafórico, porque no le daba el tiempo ni para comer ni para dormir. El adversario golpeaba por Ochandiano y su afán era, no sólo detenerlo, sino derrotarlo. Aspiraba a mejor fortuna que el conde de Mirasol, a impedir que Bilbao llegase a ser sitiado. Disponía de Colina y de Aizpurúa y de una masa de combatientes civiles selecta por su bravura, deficiente por su armamento. Colina le secundaba con una fidelidad absoluta. De secreto, le admiraba. Podía hacerlo. Cuando fué acusado y llevado ante un tribunal, Paulino Gómez le defendió calurosamente y consiguió de sus jueces

no sólo la absolución, sino también la declaración de "ciudadano meritísimo que merecía bien de la República". Acusación que, bajo otra forma, resucitó en Barcelona, conduciéndole injustamente a la cárcel, de donde le sacaron las tropas de Franco para fusilarle. En su último instante pudo pensar con desprecio en quienes, constándonos su inocencia, no hicimos más, por encima de la tontuna de un juez desconocedor de aquella vida torpe y leal, por salvarle de la acusación que le sonrojaba y de la muerte que le amenazaba. Su hoja de servicios que afirma su permanencia en el Norte hasta el último instante y su traslado, sin descanso en Francia, a la zona leal, no le fué computada. De cuenta de Bilbao queda, si la libertad se reconquista, la tardía reparación.



CAPITULO XI

Los combates de la Sierra. — La columna Mangada. — El Alto del León y el Puerto de Somosierra. — ¡Aviones! ¡Aviones! — Una lección de honor. — La Guardia Civil. — Las tres obediencias de un subalterno. — ¿Quiere hacerse matar Casares Quiroga? — La paternidad de Largo Caballero. — Negrín, subalterno de Sabio. — Cornetas y tambores en una tumba.

MADRID había trasladado sus afectos a la que fué, por algún tiempo, famosa columna Mangada. Este militar tenía pública historia de soldado republicano. Era un hombre original, amigo de una musa paticoja que le dictaba versos hasta en esperanto, idioma auxiliar del que era activo adalid. Su producción poética en castellano se resentía de la misma graciosa originalidad. En la masonería abierta de los esperantistas se referían anécdotas simpáticas de este militar, con el que no he tenido ocasión de hacer relación de amistad. Sus andanzas por un sector de las sierras de Guadarrama tenían en los diarios madrileños una estupenda repercusión ditirámbica. Con domicilio próximo al mío, cuando el general del pueblo, que este fué el título que le discernieron sus soldados, y del que él se sentía ufano, ganaba su casa por algunas horas, en descanso merecido, los vecinos de la calle, a los que se asociaban los transeúntes, le hacían unas ovaciones extraordinarias, bien saladas de vivas antifascistas y personales. Sus hombres sentían por él idéntica idolatría simplona e inocente. Le computaban su rebeldía en una solemnidad militar, en la que habiendo pronunciado el general Goded un discurso de intenciones equívocas, se despojó de la guerrera delante de sus compañeros, la arrojó al suelo y la pisoteó con furia, lo que le valió un cautiverio de varias semanas. Los combates en que se metió con sus hombres no tuvieron, ni podían tener, nada de decisivos. Adelantó con ellos hasta donde pudo y su progresión terminó en el límite en que los rebeldes decidieron, después de acumular elementos, hacerse fuertes.

Guerra cruel y violenta

La estrella del general del pueblo comenzó entonces a palidecer. Daba, de cuando en cuando, algunos parpadeos brillantes: era una operación envolvente que había iniciado para batir a los re-

beldes por la espalda, cortándoles la carretera del Espinar. La toma de este pueblecito, y la de Villacastín, se dió varias veces por segura. Creo que cuando más, que el régimen de exageración estaba entonces en todo su vigor, se riñeron batallas que exigieron replegarse a las fuerzas de Mangada a sus posiciones de Navalperal de Pinares, pueblo por cuya posesión se quemó mucha pólvora. Donde la guerra, violenta y cruel, se hacía sin descanso, era en los dos puertos, el del León y el de Guadarrama. Los rebeldes se adueñaron de aquellas alturas —donde se construyeron, por el tiempo de Gil Robles, obras de fábrica con vistas a su aprovechamiento guerrero—, convirtiéndolas en inexpugnables. Contra sus posiciones del Alto del León se desencadenaron, una tras otras, innumerables arremetidas, que en ningún caso prosperaron. Se les arrebataba un pedazo de tierra, del que por el fuego de las ametralladoras acababan expulsando a los republicanos. En cada una de esas acometidas los madrileños necesitaban hacer intervenir el heroísmo en proporciones altísimas. Las máquinas de los rebeldes batían todos los accesos posibles. Sus fusiles completaban el encarnizamiento.

Valor y disciplina

Los milicianos, sin ninguna educación militar previa, les facilitaban imprudentemente los blancos. Tardaron en aprender a cubrirse. Creían que podían arreglarlo todo con valor personal y se equivocaban. La muerte les fué enseñando disciplina y estrategia. De la vertiente segoviana todo estaba estudiado y sometido a obediencia, los hombres y el terreno; en la vertiente madrileña el régimen seguía siendo de pura improvisación; cada grupo se gobernaba por su libro, sin considerarse obligado al de los demás. En aquellos combates asoma por primera vez como guerrillero intuitivo y valiente, que no como soldado, el Campesino. Bravo como el que más de sus hombres, se preparaba, sin saberlo, para una popularidad que sería la causa de su anulación posterior. En la sierra, sin otro cometido que el de ser constante y tenaz, estaba en su elemento. Lo suyo era la guerrilla, y quien le metió en otros dibujos, que no iban con su mentalidad, lo invalidó como fuerza de provecho. Sus primeras hazañas se encargó de comentarlas, en "El Socialista", el redactor que, por haber hecho como cronista de guerra una de las campañas de Marruecos, se encargó de referir a nuestros lectores lo que sucedía en la sierra. Este periodista, cuyo nombre no me decido a divulgar, conocía con alguna intimidad al general Franco y al militar que en nombre de la República, Asensio, había de hacerle cara. Su juicio sobre la capacidad profesional del generalísimo era buena; pero era mejor el que emitía con respecto a Asensio. Mi compañero de periodismo se dejó llevar pronto por su vocación de soldado y sin insignias ni uniforme, aconsejaba a los

milicianos y participaba como un jefe más en la organización de aquellos frentes inciertos de la sierra. No había de tardar mucho en vestirse el uniforme y en aceptar, en momentos difíciles, con plena conciencia, su responsabilidad de soldado. En torno a su nombre nadie puso interés en hacer ruido; pero su sector, allá en Madrid, tenía la seguridad y la firmeza de quien lo mandaba.

Posiciones rebeldes

Las versiones de este periodista sobre los combates del Alto de León eran impresionantes. Supimos por él que no se tomaría. No se equivocó en su vaticinio. El adversario, que se había preparado con tiempo, disponía de todas las ventajas. En Somosierra sucedía lo mismo. Las posiciones rebeldes eran sólidas y firmes, en tanto que las nuestras —matas, rastrojos y jaras— no consentían la defensa. En los dos puertos, nuestros milicianos retrocedieron. Ocurrió que lo que cedían por un susto inmotivado, lo recuperaban, horas o días más tarde, con unos ataques hombrunos en que, ni el fuego de las ametralladoras ni el cañoneo de la artillería, diestramente manejada, tenían potencia para hacerles desistir de su empeño. Aquellos combates tienen mérito para ingresar, no en la historia, en la leyenda de Madrid. Sus hombres más corajudos perecieron en ellos. Las alturas de que se ampararon los rebeldes eran las dos puertas por donde la columna de Mola debía penetrar, sin mayor tardanza, en la capital de España. Su valor estratégico era justamente eso: Tener a disposición de Vallodolid, Burgos y Navarra, para cuando los necesitasen, dos accesos a la ciudad ambicionada, cuyo posesión les garantizaba la victoria y se la daba reconocida en el extranjero. Para eso morían, entre los canchales de la sierra, los cadetes de Segovia; sólo por eso se aguantaban aquella sangría que se hace difícil valorar. Semejante sacrificio no pudo ser aprovechado. Por las dos puertas de las sierras no pasó nadie. Abiertas en las alturas, estaban cerradas en las vertientes madrileñas.

Pánico colectivo

El miliciano que corrió mucho, corrió mucho porque lo hizo en dos direcciones: hacia atrás y hacia adelante. Huyendo de las tormentas de fuego, a veces; y haciendo retroceder ese mismo fuego, otras. Pegujaleros y artesanos que no se habían preparado para la guerra, de la que no tenían una referencia exacta, ni aun habiendo leído el libro de Remarque, no es chocante que le volviesen la espalda en los primeros días de tomar contacto con ella. Tenían, para escaparse, libertad de obediencia y automóviles rápidos que, en pocos minutos, los situaban en la Puerta del Sol o en los cafés de la calle de Alcalá donde podían aplacar la sed y quitarse el sus-

to de la muerte. Ese mismo susto les hacía ver traidores que no existían y traiciones que sólo su fantasía desconfiada podía justificar. Esas olas de pánico colectivo que envolvían a milicias enteras, se conocieron también en la vertiente contraria, y las padecieron, con características similares, soldados, cadetes y oficiales, que no por educandos de Marte, dejaban de ser de carne y hueso. Fuera de sus posesiones de ventaja, inaccesibles a los disparos, su heroísmo para la resistencia desaparecía. Prueba irrefutable de esa verdad es que su victoria inicial no tuvo consecuencias y que los frentes, después de combates reiterados, llegaron a estabilizarse y caer en el marasmo de los frentes perezosos. En lo sucesivo, los ataques a la capital no se harían por la sierra. ¿Qué mejor confesión de fracaso? La victoria en ese punto fué netamente republicana. Los combates se reñían por nuestra iniciativa, buscando destruir una superioridad de emplazamiento que nos impedía extendernos hacia Segovia y La Granja. Siempre que se abordaba a un intento de esa naturaleza me venía al recuerdo la angustia y el apremio con que un camarada de Segovia buscaba por Madrid unas docenas de fusiles con los qué armar a un grupo de trabajadores, leñadores en su mayoría, que se comprometían a impedir el acceso de los rebeldes a las alturas de Guadarrama.

—La operación es para nosotros sencilla. Conocemos la sierra mejor que ellos y con unos cuantos fusiles y muchos pinos les cerramos el paso. El problema es de horas. Perder un día será perder el Alto del León.

¡Aviones!

Desgraciadamente no teníamos fusiles que darles y cuando, fugitivos de Segovia pudieron disponer de ellos, desde las alturas del puerto se nos hacía ya un fuego violento. Fuego en el que perecieron los cuadros más selectos de las organizaciones sindicales y políticas que habían asumido, en la capital, la defensa de la República. Podría citar los nombres de aquellos compañeros míos que, brillantes los ojos de pasión, montaban en los camiones que les conducían a la muerte, convencidos de una victoria fácil y segura. Sus fisonomías me andan en la memoria visual y todavía creo percibir el calor de sus manos. Pero esos compañeros míos no estuvieron solos. A su sangre se mezcló otra sangre. A su sacrificio se unieron otros sacrificios. Todo era, en aquel esfuerzo gigante, anónimo. El ministro de la Guerra, que ahora lo era Hernández Saravia —su antecesor, el general Castelló, se había vuelto loco y fué preciso recluirle—, podía, en sus viajes a los frentes del Guadarrama, discernir ascensos sin error. El miliciano que tropezaba con su vista lo merecía. Podía no ser un soldado; pero, desde luego, era un valiente, y con este solo mérito habían hecho en Marruecos su carrera muchos de los sublevados. No eran, sin embargo, as-

censos lo que los milicianos pedían al ministro, que la fiebre de estrellas no había prendido todavía en ellos, sino aviación, que ya los primeros aparatos rebeldes castigaban nuestras líneas con impunidad. Aviones que se fijaban como moscas sobre los objetivos sin defensa antiaérea y los pulverizaban. ¡Aviones! ¡Aviones! La reclamación, como en otro período la de ¡armas! ¡armas!, se hacía constante y violenta. Más que con fines militares, con designios psicológicos, se enviaron a la sierra algunos aparatos que, después de una fugaz demostración, volvían a sus bases para enderezar sus vuelos hacia las ciudades que convenía bombardear. El efecto psicológico que se buscaba se producía en sentido inverso. Los milicianos que habían visto los aparatos republicanos, y que con ayuda de su fantasía los multiplicaban, no acertaban a explicarse cómo dejaban el cielo libre a los que les atacaban con enconada reiteración. Las quejas se hacían irritadas y las demandas intemperantes. La verdad de nuestra pobreza en alas y motores estaba cuidadosamente tapada y esto, unido al fetichismo a que la aviación dió origen, provocaba en la sierra reacciones peligrosas, de las que los más ecuánimes llegaron a contagiarse. Con aviación se podía osar a todo; sin aviación, a nada. Uno de nuestros mejores pilotos civiles, Mellado, hombre de serenidad y de calma poco comunes, se enfadaba cuando hacía memoria de las exigencias que los infantes tenían para con el trabajo de los aviadores.

—Nos piden que hagamos puntería sobre los objetivos más minúsculos. Si no la conseguimos, y no la conseguiremos nunca, a menos que intervenga la casualidad, nos arman unas chillerías en las que deslizan puntas hirientes de sospecha. He reñido muchas veces con González Peña. Éste quiere que le rindamos Asturias y entrar él a la cabeza de sus hombres, como en un paseo militar.

Compras de armamento

Hernández Saravia prometía que, a su hora, tendríamos aviación. Esa hora iba a tardar mucho tiempo en sonar. La adquisición de aparatos era difícil y complicada. El Comité de no Intervención, discurrido en nuestro daño, nos lo hacía en abundancia. Nuestros compradores, inexpertos en esa clase de negocios, caían en las más absurdas celadas, discurridas contra nuestro dinero por una turbamulta de simuladores y tramposos. Materiales viejos, retirados de servicio por otros ejércitos, nos eran cobrados a precios altísimos. ¿Aviones? No malo que pudiéramos ir recibiendo fusiles, variados de tipos y calibres, lo que introducía un nuevo motivo de enredo en nuestros defectuosos sistemas de organización. Así ocurría que, en los trances más apurados, las municiones consignadadas a un batallón llegasen a otro que, por la diferencia del calibre, no podía utilizarlas. Para esto y otros contratiempos de mayor im-

portancia nadie tenía, ni el propio ministro de la Guerra, otro remedio que el de la esperanza de días mejores, esperanza que se concretaba en promesas diferidas para cuando se pudiese cumplirlas.

—Llegará la aviación. Tendremos armamento en abundancia. Necesitamos cubrir esta etapa difícil ¡Animo! ¡Fortaleza!

Masticando invectivas, sudando rabias inconcretas, los milicianos se hacían piedra en el granito, madera en el árbol, tierra en la selva, y resistían. El turismo militar de los inconscientes que hacían la guerra con jornada de linotipista pudo ser cortado en seco. Fusil que subía a la sierra, en la sierra se quedaba. Se le asignaba puesto fijo del que no podía desertar hasta que le llegase el relevo.

La disciplina iba ganando cuerpo. Se abolió la temeridad de cuantos, y fueron muchos, consideraban vergonzoso ocultarse y se ofrecían a la puntería del adversario. Esos caudales de valor personal que no aceptaban consejo, comenzaron a administrarse. Se arañó la tierra para hacer trincheras. La técnica empezó a ser tenida en cuenta. El concepto anarquista de la autodisciplina se batía en retirada. Sin violencia, rindiéndose ellos mismos a la experiencia. Los jefes militares podían hacerse escuchar. Quedaba sin vencer una última reserva; suscitaban dudas por profesionales. En otra parte he referido el caso del infortunado teniente coronel Cuervo, militante del Partido Socialista y contradictor por tierras de Salamanca de la política de Gil Robles, a quien por sospechoso de comunicación con el adversario, los soldados de Galán le formaron juicio sumarísimo y a pesar de sus poderosas alegaciones, le condenaron a muerte y, sobre la marcha, ejecutaron la sentencia. Cuervo murió vitoreando a la República. Sus objetos particulares vinieron a parar a mis manos: una cartera con papeles y un reloj de oro, que tardamos un tiempo en hacer seguir a su viuda, ignorante de la tragedia.

El derecho a la desconfianza

En ese ambiente de desconfianza, que se fomentaba intencionadamente, y con buen éxito por la defección de muchos leales geográficos, los militares no podían desarrollar todo su juego. La mala interpretación de una orden podía costarles, sin apelación, que la justicia era expedita, la vida. Este era el principal inconveniente de un mal deslinde de campos. El derecho a la desconfianza era legítimo en unos milicianos que habían visto evadirse a muchos oficiales y habían presenciado cómo un coronel de la Guardia Civil, de cara a sus tropas y rodeado de oficiales, antes de darles orden de entrar en fuego, desenfundó su pistola, se la arrimó al parietal y se quitó la vida. Sin una palabra, sin un gesto, con la sobriedad

de quien cumple un rito conocido y habitual. Aquella lección de honor de un conjurado arrepentido de no haber correspondido al juramento, prendió entre los suyos, que, aprovechando las horas de la noche, se trasladaban en masa a las posiciones rebeldes. Y siendo perjudiciales estas evasiones colectivas, nos ocasionaban menos quebranto que la permanencia en nuestras líneas de los que se nos mostraban adictos, constantes consumidores de municiones y acechadores de oportunidades para causarnos bajas. Esta conducta de la mayoría de la Guardia Civil, aumentó el odio popular contra ese instituto, odio del que fueron víctimas combatientes que se habían adscripto de la mejor buena fe a la defensa de la República, y que no pudiendo soportar reticencias, desdenes y humillaciones, acabaron por pasarse a las filas de Franco, donde por el hecho de ser guardias civiles eran aceptados con júbilo. Siendo ministro, los oficiales de ese cuerpo, que habían pasado a formar parte del de Seguridad, me refirieron el caso de un sargento que, antes de abandonar nuestras líneas, había enviado una carta a su superior en la que hacía constar que a pesar de sus convicciones republicanas, a las que había sido fiel en todo tiempo, se pasaba a las trincheras de Franco porque le era imposible soportar las vejaciones de que le hacían objeto los guardias de asalto en cuya compañía venía luchando desde hacía varios meses. Según el juicio de las personas que me informaban, el caso de ese sargento se había generalizado de un modo alarmante, y ellos mismos —me dijeron— no acababan de encontrar en el nuevo instituto a que pertenecían la cordialidad y el trato a que se creían con derecho. De su conducta podía responder yo, que los conocía de nuestra insurrección de octubre, garantía que me era difícil dar para sus debeladores a quienes necesitaba creer por su palabra, que dejaba de serme grata cuando, sin que viniese a cuento, se jactaban de su participación personal en el atentado que costó la vida a Calvo Sotelo.

Anacronismo ejemplar

Uno de los que con mayor frecuencia creía adornarse con ese mérito, lo aducía ante mí en tantas ocasiones como me fué preciso significarle una censura o criticarle la conducta. Este mismo oficial, al ponerse por primera vez a mis órdenes, me hizo conocer que sus disciplinas eran tres: **—Obedezco al Gobierno, a mi partido y a la Masonería.** Esta última fué la que intentó apuntalar su prestigio, que se vino ruidosamente al suelo, sin que haya podido hacer nada por evitar su ejecución, ocurrida al perderse la guerra. De entre los jefes y oficiales que traté en función de mi cargo, nadie me dió tan cabal prueba de disciplinada obediencia como el coronel de la Guardia Civil, señor Escobar, que, sin que le estorbase su catolicismo, se puso a las órdenes incondicionales de la República, aceptando sin la más tenue vacilación, a pesar de su edad,

las comisiones más ásperas, en la primera de las cuales recibió dos balazos, que le pusieron al borde de la tumba y determinaron su ascenso a general, y la segunda, la muerte, que le fué dada por el enemigo al hacerle prisionero. Siempre que me visitó lo hizo para pedirme un destino activo y su palabra, correcta y medida, tenía todos los acentos reglamentarios. No omitía el tratamiento y se conservaba en posición militar. Para las horas que vivíamos, era un anacronismo ejemplar. Con muchos anacronismos como el suyo, la guerra hubiese seguido derroteros distintos. Desde luego, la evasión colectiva de los guardias civiles, no se hubiese producido. El suicidio de su colega de jerarquía y cuerpo no nos hubiese sido tan nefasto.

Casares Quiroga en el frente

A las batallas de la sierra —que costaron muchas vidas y entre ellas la del ayudante de don José Giral, Ristori, que se desplomó en los brazos de nuestro cronista de guerra— asomaron su curiosidad muchos hombres públicos. La presencia de Casares Quiroga se hizo notar rápidamente y suscitó un justificado temor. Se pensó que el ex presidente del Consejo subía a la sierra con el deliberado propósito de hacerse matar. No sé si Prieto, que estaba en esa creencia, avisó a los republicanos para que hiciesen desistir a su correligionario de aquellas aproximaciones al frente. Otro de los hombres que visitaron a los milicianos, entre los que gozaba de prestigio considerable, que tendrían ocasión de poner de relieve, fué Largo Caballero, ál que acompañaban varios amigos íntimos. El líder obrero se informaba por los combatientes del curso de las operaciones y recogía sus quejas en cuanto a la escasez de material. No creo equivocarme si pienso que en sus visitas a la sierra entraba por mucho un sentimiento paternal, extremadamente acusado en él, después de la detención de su hijo, por el que tenía una evidente pasión. Desde la sierra acortaba la distancia que le separaba del muchacho, preso en La Granja, según entonces se decía. Si nuestros ataques alcanzaban fortuna, el prisionero podía ser recuperado. Con acierto, o con error, yo enjuiciaba así los viajes de Largo Caballero y la que yo suponía razón de ellos no dejaba de conmoverme.

Negrín y Sabio

El que subía a la sierra con un sentido estrictamente militar era Negrín. Se había adherido a la columna que mandaba Sabio, y participó con ese militar, que desde entonces fué su amigo, en diversas acciones de guerra que, partiendo de Peguerinos, les permitieron llegar hasta la carretera de San Rafael. Cuando bajaba a

Madrid, venía convertido en el recadista de la columna. Pedía teléfonos para los puestos de mando. Reclamaba municiones, armas, mantas... Se sentaba a descansar en mi despacho del periódico y con la última palabra del diálogo, caía en un sueño profundo. Cuando despertaba se marchaba a su casa a bañarse y por la mañana se incorporaba a la columna, cuidadosamente cepillado y con el nudo de la corbata bien hecho. Esa atención por la indumentaria pudo costarle la vida. Más de dos veces la tuvo en litigio entre los propios soldados de que se preocupaba. Y otras tantas la arriesgó, caballero en un caballejo que difícilmente podía con su humanidad, al aventurarse en la noche por caminos que no se sabía adónde iban a dar. Sabio no le cedía en materia de pulimento. Su gran capacidad, bastante mal aprovechada por los mandos, como tuviese necesidad de emplearla, la dedicaba, en lo que le sobraba para sus deberes, a diseñar sus propios capotes, de un corte militar irreprochable. Pude apreciar que tal cuidado personal tenía una saludable repercusión en la oficialidad y en la tropa. Los oficiales de Sabio, en cuya compañía viví en Arganda en varias ocasiones, obedecían con la misma puntualidad que se hacían obedecer. Ello puede explicar el que, en la operación combinada que se discurrió para cortar la espalda a los rebeldes del Alto del León, los soldados de Sabio alcanzasen el objetivo que se les había señalado, en tanto que lo que mandaban Enciso, de un lado, y Mangada, de otro, no consiguieron los suyos. En esta ocasión, el general del pueblo vino a tropezar con las fuerzas que mandaba el comandante Doval, conocido por su crueldad, atasco del que le sacó la aviación, que deshizo la columna facciosa, y permitió a Mangada recoger un botín excelente, lo que le valió una rama más del laurel popular, con el peso de las cuales había de ser retirado a una plaza de la retaguardia, donde se puso a cultivar su musa cojitranca, a dar recetas para fabricar jabón sin sosa y a descubrir yacimientos petrolíferos. Ignoro cuál ha sido el destino último de este general, que se nos perdió en la facilidad por la literatura y en su pasión por el esperanto. Si ha muerto fusilado, su último vítor ha sido para la República, a la que amaba entrañablemente y a la que sirvió lo mejor que pudo. En su honor pueden redoblar los tambores y sonar las trompetas de aquellos sus últimos versos: Tararí-tararí... Rataplán-plán-rataplán... El pueblo madrileño que no tiene más metro que el de su emoción, le quería. Y tenía razón para quererle.

CAPITULO XII

La matanza de la Plaza de Toros de Badajoz. — La conducta de las autoridades portuguesas. — El primero de los Juicios de Dios. — El peor momento del Gabinete Giral. — Ruiz de Alda y Amelia Azarola. — La toga de don Mariano Gómez.

EL Ministerio que presidía don José Giral conoció terribles apreturas, en la última de las cuales estuvo a punto de perecer el régimen. No era lo peor que el enemigo avanzase con relativa facilidad, desde sus bases del Sur hacia el centro. Las fuerzas que se enviaron a hacerle oposición no tenían la necesaria fortaleza. Eran débiles y su debilidad, como sucede con los enfermos, les hacía ver visiones. Varias plazas, abandonadas por nuestros tropas, tardaron muchas horas en ser invadidas por el enemigo, que en el momento de nuestro abandono se encontraba a bastantes kilómetros de distancia. La resistencia de Badajoz, capital que había sufrido varias alternativas, resultó débil. A la rendición de los republicanos siguió una represalia colectiva de la que se hizo personalmente responsable, no sé bien con qué fundamento, al general Yagüe. Las ejecuciones se llevaron a cabo en la Plaza de Toros, habiéndose distribuido invitaciones para el espectáculo. Dudo mucho, conociendo la posición política de Yagüe, que le alcance responsabilidad en semejante carnicería humana. Ella pudo haber sido obra de la exclusiva iniciativa de algunos jefes de la Guardia Civil que, derrotados por los republicanos y perdonadas sus vidas, se dedicaron a madurar un odio monstruoso que había de fructificar en las matanzas del coso taurino. Grupos de hombres, atraíllados como perros de caza, eran empujados al ruedo para blanco de las ametralladoras que, bien emplazadas, los destruían con ráfagas implacables.

Monstruosa injusticia

En los tendidos, los invitados registraban con comodidad las angustias y las muecas de la inválida masa humana que, saliendo de su espanto, intentaba escapar a la condena, sin descubrir cómo ni por dónde, que la velocidad de los proyectiles era mayor que la de sus piernas endurecidas por el instinto. Su rebeldía al

destino no servía para cosa mejor que para dar movimiento al macabro espectáculo. Detenidos en su carrera por unos disparos certeros, la fuerza de inercia les hacía dar unos saltos inverosímiles antes de quedar tendidos en la arena. Esos saltos agónicos, con su parábola de sangre, movían a entusiasmo a los espectadores que aplaudían o reían, como si la escena fuese de regocijo y alegría. Desde el que corría la plaza malherido, sin otra atención que la del dolor de sus entrañas abiertas, hasta el que se plantaba, con el puño en alto, frente a las ametralladoras, gritando su pasión, en forma de vítor o de blasfemia soberbia, todos dejaban en las retinas impasibles de los ejecutores y de los invitados la imagen permanente de su tortura, sin que yo conozca ácido lo bastante corrosivo que pueda hacerla desaparecer. Mirándoles a los ojos se podrá saber quiénes fueron. Y Yagüe, de quien yo no sospecho culpa, deberá ayudar al esclarecimiento de un crimen que se encarnizó con hombres que, año tras año, nos habían dado a todos el trigo para nuestro pan. Campesinos atenidos a la disciplina de la tierra, hambreados por las malas cosechas y la usura, humillados por el cacique y la Guardia Civil, castigados por las cóleras de Dios y el orgullo de los señoritos. ¡Qué tremenda y monstruosa injusticia! Nada conozco que la iguale. Los pinceles de Goya, los sólo aptos para retener una brutalidad de esas proporciones, no hubiesen encontrado los colores ni los escorzos para tema de tanto horror.

Complicidad abyecta

El fariseísmo de las embajadas ignoró este episodio. Su denuncia por la propaganda no surtió efecto. Se tuvo por impostura lo que era referencia insuficiente, que las palabras, como no las concierte el genio de un Dostoiewski, no alcanzan a transmitir los matices increíbles de un clima de horror como el que en plenitud de melodía desarrollaron todas las potencias obscuras del hombre en la Plaza de Toros de Badajoz. Tantas y tantas muertes como he conocido, se borran y desdibujan cuando evoco el drama colectivo de los prisioneros extremeños. ¡Qué verbena de sangre y de horror homicida! Hay que dejar a la imaginación del lector, para no perecer en la angustia de cada detalle, que reconstruya ese teatro de muerte, variada y distinta en cada víctima, según su temperamento y su genio, hasta el momento de aumentar con su cabeza y su tronco, con sus brazos y con sus piernas, el inmenso montón de cadáveres sin paz, al que las ametralladoras, en sus equivocaciones de tiro seguían asestando abanicos de plomo. ¿A qué númen sanguinario se ofrendó ese sacrificio? La respuesta debe deducirse de los silencios. Silencio de la voz católica. Silen-

cio de la voz diplomática. Silencio de la voz militar. Silencio de la voz civil. ¿Cobardía? La cobardía es una forma de la complicidad. La complicidad más abyecta.

Responsabilidad de Portugal

Las autoridades portuguesas hicieron todo lo posible porque aumentasen los dolores de los republicanos. No les otorgaron derecho de asilo. Cerraron la frontera y los que ganaban tierra portuguesa por los caminos del contrabando, una vez detenidos eran entregados a las autoridades de Franco. Fué muy reducido el número de personas que forman la excepción, entre las que se contó el coronel Puigdengolas, de acentuado republicanismo, a quien una vez en Madrid, como hubiese de emplearse en nuevos combates difíciles y tratase de corregir, pistola en mano, una deserción injustificada y colectiva, uno de los fugitivos contrariados, se echó el fusil a la cara y lo mató. ¿Qué sabía el matador de aquella vida de militar republicano? Lo hubiera sabido, y el miedo que le impulsaba a correr, le hubiese impedido toda reflexión. Puigdengolas dió unas referencias sombrías de lo sucedido en Badajoz y de la conducta de las autoridades portuguesas, que ayudaban por todos los medios a la victoria de los rebeldes. La hostilidad de Portugal por nuestra causa nos era sobradamente conocida. Días después del alzamiento militar, nuestro embajador en Lisboa había quedado prácticamente secuestrado en el edificio de la embajada. El señor Sánchez Albornoz no podía recibir visitas, y todo español que acudía a él en demanda de consejo o de ayuda era sometido a minuciosos interrogatorios policíacos, cuando no era compelido a regresar a España por una de las provincias de las que eran dueños los sublevados.

Sanjurjo y Lerroux

La protección que dispensaban en Portugal a los militares se manifestó de diferentes formas eficaces, aun cuando una de ellas, el consentimiento para que el general Sanjurjo se trasladase a Sevilla en un avión pilotado por uno de los Ansaldo, terminó malamente, con el incendio del aparato y la muerte del general, que quedó, entre hierros retorcidos, carbonizado. El extraño accidente, que no dejó de atribuirse a un atentado, iniciaba, en la guerra, la serie de los juicios de Dios. En la víspera de hacer armas contra la República que le había perdonado la vida primero, e indultado después, el arrebatado general se convertía en cenizas y el piloto encargado de transportarle quedaba malherido. Al cuidado de los católicos queda el descubrir la filosofía del caso. Sanjurjo pagó, con algún retraso, su contumacia de rebelde, en tanto que su cóm-

plice del diez de agosto, don Alejandro Lerroux, a quien caballerosamente había tapado, pero al que descubrió otra persona puntualmente informada del proyecto de la sublevación, acordaba sus lamentaciones con las de los aristócratas acogidos a la bondad climática de las playas lusitanas, no se si, como en otros tiempos, y a despecho de la edad, "preparándose para gobernar". Toda ilusión es posible en don Alejandro, a quien Maura llamaba, con fundamento, "viejo chocho".

Olivera Salazar

Portugal, que fué puerta cerrada para los evadidos que llamaban a ella con la muerte a los alcances, se abrió con reiteración para facilitar material y combatientes a los militares. Oliveira Salazar contribuyó en la medida de sus fuerzas a la victoria de Franco. Su actual reserva en cuanto a la política española, debe producir pesares y contriciones. Su contrafigura española, que pensó sería Gil Robles, está por ahora tan alejada de toda influencia en España como puede estarlo don Manuel Azaña. Ese tipo de arrepentimiento no parece que sea exclusivo del dictador portugués. Son muchos los países que dieron a Franco más de lo que les pedía y que tienen motivo para lamentar su generosidad. El gobierno que presidía el señor Giral no podía hacer, en materia internacional, grandes cosas. No malo que fuera capeando la situación interior. Sus colaboradores carecían de aliento para la menor empresa. El Ministerio de Marina estaba lleno de las voces y de las órdenes de Prieto, que con complacencia unánime cuidaba de las más variadas atenciones y de modo preferente de la marcha de las cosas en el Norte, donde, por nacimiento en Asturias y aclimatación en Bilbao, tenía fijos sus afectos más profundos. Los titulares de cada cartera le dejaban hacer y le agradecían lo que hacía. Ellos estaban sin aliento, y si la palabra no es fuerte, añadiré que estaban asustados. Cierto que eran bastantes los que, ignoro con qué graciosos destinos, se dedicaban a destruírles la moral, la muy escasa moral que registrándoles mucho se les podía descubrir. El único acto atrevido que puede computárseles es el restablecimiento de nuestras relaciones diplomáticas con Rusia. ¡Al fin! Esas relaciones habían comenzado a estudiarse poco después de que Prieto, desde Hacienda, con notable economía y ventaja para ella, subscribiese el primer contrato de petróleo ruso, eliminando toda suerte de intermediarios.

Relaciones con Rusia

Por unas y otras causas, las negociaciones se frustraban cuando más a punto parecían de lograrse. Creo recordar que era a don Niceto Alcalá Zamora a quien esas relaciones no hacían ninguna

gracia. En puridad, excluídos los socialistas, los demás grupos políticos ministeriales se desinteresaban del problema y encontraban bien todos los retrasos. La guerra modificó los criterios. Claras ya las ayudas importantes que el enemigo recibía de Italia y Alemania, que le facilitaban material y hombres; negados los apoyos que teníamos derecho a esperar de los potencias democráticas, con una de las cuales habíamos subscripto un tratado de comercio por el que nos obligábamos a comprarle material de guerra, que en el momento en que nos era más necesario se negaba a vendernos, se hacía forzoso, como último recurso, pensar en Rusia, para tratar con la cual lo primero que necesitábamos era tener relaciones diplomáticas que no las teníamos. A no pocos críticos de Rusia se les ha traspapelado ese detalle. Acudimos a su amistad cuando nos sentimos deshauciados de las que con más intensidad habíamos cultivado. La República Española no se había hecho de la noche a la mañana, comunista. Mucho más simple: el instinto de conservación la empujaba inexorablemente hacia la U. R. S. S. Rusia es un país de límites geográficos, con diplomacia propia y con unos conceptos políticos, nacionales e internacionales muy precisos y concretos, que agradan a unos y desplacen a otros. Lo que Rusia no es, es un hada madrina dispuesta a arriesgar su integridad por acudir en auxilio de países que sufren un apuro y que la víspera de sufrido se cuidaban mucho, por una u otra razón, de no dirigirle la palabra. Rusia era, de ahí el restablecimiento de relaciones, nuestro único asidero. La tabla del náufrago. Su primer embajador en Madrid, Rosemberg, presentó sus cartas credenciales en momentos bien apurados. Sus colaboradores eran preferentemente, militares, personas que se pusieron a trabajar con la meticulosidad de los rusos, para tener una idea clara de la situación. La cosa, después de todo, no resultaba nada fácil. Yo no traté a ninguna persona de la embajada rusa, con la que no tenía ocasión de relacionarme; pero conozco por amigos íntimos que trabajaron para ella, la aplicación y el esfuerzo que los agregados militares rusos pusieron en su cometido. Sus visitas a los frentes eran diarias y de duración. No hacían turismo. El acto político de las nuevas relaciones fué un balón de oxígeno para nuestras esperanzas que habían sufrido rudos golpes con el progreso de los rebeldes, que encaminaban sus pasos hacia Madrid, que ya había tenido ocasión de estremecerse con los primeros ataques aéreos, enderezados a destruirle la moral de que iba a sacar su capacidad de resistencia.

En la Cárcel Modelo

En uno de estos bombardeos, doloroso e inesperado, el Ministerio de Giral conoció una de las apreturas a que me he referido. La más brava de todas. Estábamos haciendo el periódico, ajenos

a esa circunstancia, cuando Prieto, que había abandonado el Ministerio de Marina para recogerse en su casa, nos dió la noticia en los términos más violentos:

—Hemos entrado en la última fase de la guerra. El cuerpo diplomático se ha presentado al señor Giral y le ha comunicado que, o cesan inmediatamente las represalias que se están cometiendo en la cárcel o se retiran todas las misiones, recomendando a sus gobiernos una rápida intervención que restablezca el derecho de gentes. No creo que el Gobierno tenga fuerza coactiva para imponerse.

Esta comunicación de Prieto nos llenó de estupefacción. Ignorábamos lo que sucedía en la cárcel Modelo. Salieron varios redactores a informarse. Cuando regresaron al periódico, su emoción y su indignación eran vivísimas. Con sus datos hicimos un artículo tajante y condenatorio al que dimos mucho relieve tipográfico. Después de juzgar la situación entendimos que no había más remedio que coger al toro por los cuernos y humillarle la cabeza. El precio de lo que a muchos pareció una temeridad no lo tuvimos en cuenta. Había que ayudar al Gobierno a salir del atasco en que le habían metido los energúmenos, poniéndose por su cuenta a hacer justicias brutales y equivocadas en los presos. El interior de la cárcel, cuando la visitaron nuestros redactores, admitidos en ella a título excepcional, trascendía a matadero. En uno de los patios había varios cadáveres, algunos de personalidades políticas conocidas.

Melquíades Alvarez y Martínez de Velasco, jefe de los agrarios y aquél de los reformistas, se habían arrugado antes de morir, implorando con las palabras más temblorosas piedad para sus vidas. No se les escuchó. La represalia les alcanzó de lleno, cuando sus súplicas se hacían más vehementes y apasionadas. De los dos, fué Melquíades Alvarez quien más rogó a la compasión de sus ejecutores. Martínez Velasco hacía las peticiones con la mirada, desorbitados los ojos por el horror. La furia de los que se habían adueñado de la prisión no escuchaba ni veía. Ruiz de Alda fué otra de las víctimas. A este lo ejecutaron en el patio. Durante el trayecto, no escatimó su opinión. Abrumó con invectivas a los que lo conducían. Repelió alguna agresión, y ya en el patio, mientras los fusileros corrían sus cerrojos, siguió gritándoles su desprecio. La escena impresionó a cuantos la vivieron. Fuerte, buen tipo, arrogante siempre, pero más arrogante en aquel momento, su figura imponía respeto. Antes de que la muerte se le fuese encima, tuvo tiempo de gritar su nombre y su filiación. Con las descargas, el furor le envió unos epítetos más groseros que injuriosos. No los merecía. Su mujer, Amelia Azarola, conoció la muerte de su marido estando ella, a su vez, prisionera. He oído decir, sin que responda de la ve-

racidad del dato, que como quien le hiciese la notificación pusiera en ella cierta complacencia, la mujer se hizo de esparto, y seca, sin una lágrima, respondió:

"Ruiz de Alda tiene un hijo, que será digno de él y le sabrá vengar".

Solución política

La respuesta no es inverosímil en Amelia Azarola, que tiene una fortaleza moral envidiable, que le prohibió, por el tiempo que estuvo en la cárcel, producir la menor queja cerca de sus amigos, que los tenía, y en la oportunidad, poderosos. Uno de sus valedores más constantes fué Irujo, que acabó consiguiendo para ella un canje, después de haber logrado su libertad. Casi afirmaría que, a pesar de la herida inmensa que se le abrió con la muerte de su marido, su juicio de la República y de los hombres que la gobernaron durante la guerra no es malo. Tiene motivos para saber los esfuerzos que hicieron por corregir las injusticias y derrotar la brutalidad. Pudo saber que el Gobierno mandó a la cárcel el batallón de la motorizada, con el encargo de restablecer el orden. La empresa no era fácil y la violencia no era probable que arreglase lo desarreglado. La solución no estaba en las armas y sí en la política. La noche siguió siendo trágica. Los jefes de la prisión no tenían la menor autoridad. Se les habían impuesto los nuevos custodios que, pistola en mano, hacían y deshacían en los ficheros, buscando nuevas víctimas. Los socialistas que habían conseguido penetrar en la Modelo, se pasaron la noche pidiendo en los términos más angustiosos ayuda para ellos y remedio para la situación creada. Al amanecer, el nerviosismo y la violencia habían decrecido bastante. Fernando Vázquez y Manolo Pastor, resolvieron volver por la prisión para ver cómo marchaban las cosas. Su condición de redactores de "El Socialista" les franqueó la entrada, que estaba muy difícil. El corredor del edificio coincidió con una conducción de dos presos, joven uno, viejo el otro. Los custodiaban cinco hombres con pistolas ametralladoras. Uno de los custodios, un molzabete, profirió una palabrota contra el preso joven y éste se abalanzó contra su injuriador, que dió un traspiés. Se rehizo y, sin una palabra, disparó varias veces su arma. El preso se tambaleó unos momentos, quiso sostenerse y no pudo; cayendo pesadamente. El viejo había buscado refugio en la pared, y, pálido y temblón, invocaba a Dios. El mismo custodio le encañonó. Dijo:

"A tí también, ¡c...! ¡Cuanto antes terminemos será mejor".

Tribunal extraordinario

Hizo fuego. La víctima dió un gemido, que prolongaba, ya en tierra las sacudidas de su cuerpo. Otro hombre, ¿más caritativo?, le disparó el tiro de gracia, que terminó la agonía.

Fueron los dos últimos cadáveres de las represalias de la cárcel. La designación de un tribunal extraordinario y de urgencia permitió poner término al episodio más bochornoso que padecimos. Un hombre que por esa sola razón merece todos los respetos, se decidió a presidirlo: Don Mariano Gómez. Apoyado en los vocales socialistas, que eran los más exorables, consiguió hacer que la justicia, dura justicia de tiempos de guerra, no fuese ni brutal ni rencorosa. Don Mariano Gómez, que es posible que pase por ser bestia negra para los insurrectos, aplacó con su toga la insanía de los que enfurecidos por el bombardeo buscaron el desquite en la carne de los detenidos, eliminando previamente a los presos de derecho común y a los extranjeros, permitiendo la salida, en una de estas clasificaciones, a un capitán de la Falange granadina, Sancho Dávila, que, al amparo de un sanatorio, de los de San Cosme y San Damián, y con otras protecciones posteriores, quizá la del señor Morla, consiguió volver a Andalucía para conocer, en el ejercicio de su pasión falangista, riesgos más directos que el que pudo sentir en la Cárcel Modelo de Madrid.

CAPITULO XIII

Un gobernador que se va al cine. — Cascajo, dueño de Córdoba. — Muerte de García Hidalgo. — Aparición y fracaso de Miaja. — José Piqueras en Despeñaperros y en Jaén. — ¿Qué pasa que no se toma Oviedo? — Matilde de la Torre. — Los estopines y la difícil facilidad. — Frente a Oviedo. — Belarmino Tomás.

LAS armas de la República que acosaban en el Norte, Oviedo; en el centro, el Alcázar toledano, y en el Sur, Córdoba, apuntábanse pequeñas victorias parciales que eran acogidas con excesivas muestras de regocijo, fomentadas por los alardes tipográficos de los periódicos y los noticiarios, desmesurados en los adjetivos, de las emisoras de radio. Esas victorias locales que frecuentemente eran neutralizadas por los contraataques del adversario, dejaban de confesarse para que no padeciese rebaja la moral de nadie. El sistema era absurdo, pero era un sistema, y por si fuese poco, intangible. A los periodistas nos creaba situaciones enojosas. No podíamos valorar, como se merecían, acciones en que nuestras milicias, sobreponiéndose al cansancio y a la escasez de medios, habían conseguido éxitos brillantes, ya que las aldeas y las posiciones conquistadas por ellas no las habíamos perdido nunca a partir del día en que, por primera vez, le fueron tomadas al enemigo. Este, después de todo, era el lado menos flaco de la historia. Sucedía con la ocultación de la verdad, que el madrileño al que se le encomiaban los progresos, reputaba más que próxima, inminente, la entrada de nuestros soldados en Córdoba. Hacíamos la guerra sin dirección alguna. A la buena de Dios. Dejando que cada cual discurriese por su parte y obrase por su iniciativa. Nos empeñábamos, y la desorganización no nos dejaba hacer otra cosa distinta, en sofocar una insurrección que, al persistir, se había transformado, de movimiento revolucionario, en guerra civil. Por los cortijos de Sierra Morena, milicianos y moros reñían encuentros violentos, ganando y perdiendo terreno alternativamente. Tantas fueron las muertes de marroquíes que pueden pretender, por aquellas tierras, una almacabra, un cementeric propio. Su instinto guerrero, acentuado quizás por las nostalgias del califato, no les defendía lo bastante de las acechanzas de los labrantines y plateros cordobeses, que habían empuñado las armas por la República y les sacaban la ventaja del conocimiento del terreno. Dispa-

ros salidos no se sabía de dónde, desarzonaban a los jinetes más apuestos, que al subir de Africa no habían omitido traer a la Península sus buenos cordobanes y sus sillas primorosas, de las que los cronistas de guerra hacían seguir a Madrid los mejores ejemplares, testimonios de unos éxitos militares de que nos enorgullecíamos más de la cuenta. Con esas victorias, Córdoba se nos iba haciendo inasequible. Se mandaron contra ella nuestros aparatos de aviación. La bombardearon. Inútil, todo inútil.

Cascajo, dueño de Córdoba

El militar que la defendía, el teniente coronel Cascajo, con cuyo apellido se hacían toda suerte de bromas, no parecía decidido a dejarse amedrentar, cualquiera que fuese nuestra acometividad bélica o nuestra violencia lírica, atribuída a Antonio Jaén, a quien toda Córdoba le resonaba en el pecho y le dictaba unos anatemas terribles contra los responsables de su destrucción. Cascajo era un rencoroso —su nombre se ha perdido y esa es la fortuna de su vida o de su muerte— que puso por obra venganzas sombrías tan pronto como se sintió dueño de la situación. La victoria no le costó el menor esfuerzo. Se la dió hecha un gobernador lerrouxista, aficionado a la crítica de teatros, que ejerció en "El Sol", de Madrid; que se separó de Lerroux y se adscribió a Martínez Anido, único mérito conocido por el que conservaba el cargo. Los diputados socialistas, a uno de los cuales los militares le cobraron la gestión con la vida, le hicieron observar los peligros que amenazaban a la República, indicándole la conveniencia de proceder a un reparto de armas entre los obreros, garantizándole ellos que irían a parar a manos seguras y firmes. Tomó a broma, con su engreimiento de periodista, los avisos de la prudencia, y para que no quedase la menor duda en cuanto a su seguridad, notificó a sus visitantes que en aquel mismo momento pensaba trasladarse al cinematógrafo, donde proyectaban una película de su agrado. Como lo dijo, lo hizo. Terminada la entrevista, se fué al espectáculo, del que no pudo disfrutar por entero. Mediada la proyección, un funcionario se acercó a su butaba comunicándole que ocurrían sucesos graves que exigían su presencia. La tropa, a las órdenes de Cascajo, se había adueñado de la ciudad y realizaba las primeras detenciones. El propio gobernador pasó a la cárcel, si bien se afirmó entonces que su detención era cosa convenida, sin otro alcance que el borrar toda sospecha de complicidad.

García Hidalgo, muerto a palos

No sé que el aserto llegara a confirmarse, ni se sabe que haya sido de este amigo de Martínez Barrio, sobre el que pesa una responsabilidad abrumadora. Cascajo, que repito, era un rencoro-

so, consintió las más crueles venganzas. Un ex diputado socialista —extraño a esa disciplina política y tipo extraordinariamente curioso— García Hidalgo, fué muerto a palos en la celda que ocupaba en la prisión. Concretaba en su figura odios muy antiguos. Fuerte y temerario, tenía incomodados constantemente a los militares, a quienes se jactaba de ganar en caballerosidad y en valor. Muchos de ellos habían sido desafiados por él a duelos de condiciones terribles. Su bastón había golpeado muchas espaldas y roto bastantes cabezas. Fué generoso de su dinero. Escribía, y cuando lo hacía para el periódico que fundó, "Política". su desenfado para usar de las palabras no conocía límite. Córdoba estaba, por la exhuberancia de su vida disparatada, llena de su presencia. Ejemplar último de una estirpe de varones audaces y poco escrupulosos, salvo en piques atañederos a la masculinidad, absorbió todo el rencor de señoritos y capitanes. Antes de que la insurrección se lo entregase atado de pies y manos, una enfermedad lo había derrotado en todos sus orgullos presencia, fuerza, energía... Era la sombra de aquel mosquetero que en otros días, con su capa de maestre de Santiago y los adjetivos de Cervantes, les había corrido. En esas condiciones pudieron atreverse y se atrevieron. No padecían riesgo. Pero no creo que quienes participaron en la venganza hayan pretendido derivar gloria de su acto. Con el recuerdo de sus anécdotas, que son múltiples, no puedo eludir mi simpatía a quien no dispuso de ella en vida. Todavía me hace sonreir su invectiva, mitad iracunda, mitad piadosa, dedicada a un señor que habiendo recibido grave ofensa, recusaba el batirse y perdonaba al ofensor: "¡Vamos!, que es usted un campeón del reposo legal". Y sin una palabra más, despreciativo, le volvió la espalda. Su desventuroso final forzosamente causó una impresión dolorosa en quienes le conocimos. Cascajo no puso reparos a sentencias tan bárbaras, que afectaron a cuantas personas, con alguna notoriedad, eran conocidas por sus ideas liberales.

Aparece el General Miaja

La República puso enfrente de Cascajo, para dirigir las operaciones contra Córdoba, a un general cuyo nombre no tenía, por entonces, ninguna popularidad: José Miaja. Era uno de los varios generales de que disponía el Gobierno y de los que no se sabía, a ciencia cierta, qué uso hacer. Los generales, por el hecho de serlo, resultaban sospechosos. ¿Qué grados de fidelidad segura podían concedérsele a Miaja? No había termómetro para esa medida. En el cumplimiento de su cometido se iría viendo la fortaleza de su adhesión y, a la vez, el mérito de su capacidad militar. El encargo dado a Miaja, como todos cuantos podía dar la República, no era envidiable. No se le ponía al frente de un ejército, sino de unas

milicias que carecían de cuadros de mando y sobre no notar su falta, se sentían más dispuestos a rechazarlos que a admitirlos. El nombre de milicias no les correspondía; eran guerrillas y como tales, operaban, aun cuando en ocasiones resultasen demasiado numerosas. Sacaban gusto a descubrir, con su instinto de cazadores furtivos, las formas más elementales de la guerra. Para poder manejar aquella masa humana, en la que intervenían mucho los campesinos de Jaén, resultaba necesario transformarla, hacer de ella, hasta donde eso fuese posible, un ejército. En este esfuerzo es en el que la República iba a fracasar, no por indocilidad de sus combatientes, sí por carencia de mandos subalternos, conocedores de su responsabilidad y de su significado. Es forzoso referirse a la facilidad con que incontable número de hombres civiles acudían a mí en demanda de mandos superiores, causando ellos mi admiración y yo su asombro, al notificarles que ello no estaba en mi poder. Aquellos ciudadanos se habían planteado el problema personal en los términos más ambiciosos: César o nada. Son, reconozco, las dos reacciones absolutas del español: ¡Todo! ¡nada! Miaja tropezó, como todos los militares profesionales, en esos inconvenientes que le llevaban a trances de desesperación. Las unidades a sus órdenes avanzaban o retrocedían siguiendo las reacciones más primarias, con independencia de planes y objetivos. Para estas contrariedades Miaja disponía de una filosofía asturiana, cazurra y sólida, cuyas mejores sentencias le estaban reservadas a Madrid. Quien pudiera hacer más, que le reemplazase. Siempre que se abocaba a una situación parecida, sobre todo en aquellos días, se planteaba, subsidiariamente, el problema de la lealtad.

¿Era leal Miaja?

¿Era leal Miaja? Todavía más disparatada la pregunta: ¿Podía serlo algún general? Miaja, que de lo obscuro de su escalafón había ido a que le diese de plano el sol de Andalucía, sin conseguir adueñarse de Córdoba, que la habíamos tenido a poco más de un tiro de fusil, suscitaba toda suerte de sospechas. Se llegó a afirmar que era, como la totalidad de los generales, afiliado de la organización militar monárquica y adversario manifiesto de la República, por cuya ruina trabajaba. Se buscaban, con alguna dificultad, noticias de su pasado que confirmasen esa tesis, y si no se descubrían, lo de siempre, se inventaban. Cuando cesó en el mando de las tropas que iban sobre Córdoba, sus detractores celebraron el suceso. Creían, probablemente de buena fe, que con eso era suficiente para derrotar a Cascajo, en lo que se equivocaron. Este militar recibió refuerzos de Sevilla; dispuso de tropas escogidas, siendo las mejores africanas, y de varios aviones que habían de producirnos daños considerables. Córdoba, que quizás en algún

momento pudo llegar a ser nuestra, y en cuyo interior los trabajadores se atrevieron a organizar una resistencia a la desesperada, se nos había ido de la mano. En lo sucesivo, Cascajo se atrevería a hacer salidas, adueñándose de cortijos y de pueblos que habían estado en nuestro poder y en los que el comunismo libertario, con sus manifestaciones más originales, que no hay cosa ni idea en la que el campesino andaluz no influya con su personalidad, había hecho su entrada. En previsión de mayores males, los mineros de La Carolina se plantaron con sus paquetes de dinamita en los riscos de Despeñaperros.

La energía de Piqueras

La iniciativa correspondía por entero a José Piqueras, viejo militante socialista, que ejercía sobre los trabajadores de La Carolina un ascendiente moral insuperable. Todo su mérito —no era orador, no sabía sino escribir deficientemente—, surgía de la nobleza y de la pureza de su vida. Rendía culto apasionado a las clásicas virtudes de los primeros socialistas: adhesión profunda a la verdad y reciedumbre para padecer persecución por ella. Su palabra, sin otros acentos que los populares, entraba derecha, como saeta, en el corazón de los mineros. De Vizcaya conocía yo un tipo humano como el suyo, aun cuando no tan decantado y perfecto: Perezagua. José Piqueras llegó, como me sucedió a mí, con algún retraso a las Cortes Constituyentes. Fué elegido en unas elecciones parciales. El retraso no fué tanto que no le consintiese asistir al encumbramiento de Alcalá Zamora a la presidencia de la República. Eran muchas las campañas que Piqueras había reñido contra el presidente electo, en los tiempos en que don Niceto, como monárquico, asumía al cacicazgo de Jáen. Ambos hombres se conocían y se conocían bien. Cuando los socialistas examinamos la procedencia de votar la candidatura de Alcalá Zamora para cargo tan elevado, dos diputados consignaron su oposición: Piqueras y el doctor Pascua. El primero dió razones pragmáticas; el segundo, científicas. Sus razones no prevalecieron. Los tres ministros —Largo Caballero, Prieto y Fernando de los Ríos— garantizaban la bondad de la elección. Esa garantía no nos resultó suficiente al grupo, pequeño, de parlamentarios socialistas que, aprovechándonos del sistema de sufragio secreto, con lo que no quebrantábamos públicamente la disciplina, votamos en blanco. Elegido Alcalá Zamora hubo de organizarse el acto de la promesa. Una comisión de diputados de las minorías gubernamentales, con una representación de la mesa de la Cámara, que presidía Julián Besteiro, debía acompañar a don Niceto desde su domicilio al Parlamento. Concertando esos detalles, Alcalá Zamora formuló su deseo de que en la representación de los socialistas figurase José

Piqueras. Nuestro camarada oyó, cejijunto, erizados los grandes bigotes, que todavía no había sacrificado, el deseo de su excelencia y opuso a él una negativa tajante. Como alguien pretendiese hacerlo volver de su acuerdo, mirándole bien mirado, le contestó: "Ni a rastras, ¿comprende? ni a rastras. Preferiría cien veces darme de baja del partido". Este hombre fué el que subió a Despeñaperros con una selección de mineros y barrenó todos aquellos riscos. Al interrogarle por su obra, un domingo que habiéndonos invitado a comer con él, le llevamos la noticia de su próxima designación de gobernador civil de su provincia, Jaen, nos dijo señalando alternativamente a la carretera y a la línea férrea:

—Ni por aquí ni por ahí podrá circular una persona sin permiso nuestro. Dos cerillas y los caminos quedarán cerrados con muchas toneladas de piedra.

Sus escopeteros, los mismos que habían cazado los conejos para nuestro almuerzo, cuidaban día y noche de la red de barrenos y ejercían una escrupulosa vigilancia en la carretera. Por aquel desfiladero abrupto, portal de Andalucía hacia la Mancha, el paso estaba cerrado y nadie, a lo largo de la guerra, intentó franquearlo.

El camino de Madrid

El camino de Madrid era otro. Daba la vuelta por Extremadura, donde la República no consiguió descubrir su Piqueras, acaso porque la empresa exigía otras condiciones y más méritos. Hubo en ese otro camino esfuerzos aislados. Los que yo conozco mejor, sin que niegue que hubiese otros, son los de Federico Angulo, que consiguió victorias silenciosas hasta el momento en que una ametralladora, manejada por los regulares, le hirió en la pierna, imposibilitándolo para tenerse en pie y obligándole a hospitalizarse. De su herida, que no era la primera, supimos sus amigos después de curada. Nuestro cronista de guerra decía de él que tenía genio para el servicio de armas y sus soldados, algo todavía más diáfano: que era un jefe. De familia de militares, habiendo hecho la guerra de Marruecos como soldados de la Legión, el descubrimiento de su temple y capacidad me parecía natural. Lo postizo en él era su vocación periodística. La guerra había venido a encajarle en lo suyo. Le augurábamos: Tú serás general; tú serás general..." Después de un amanacer frío de Burgos, hace tiempo que no lo es. Ya diré cómo. Despeñaperros tenía la seguridad que no habíamos de conseguir en Mérida. Piqueras, a quien ayudaba el paisaje, bueno para dibujos románticos de Gustavo Doré, sabía hacer las cosas bien. Su obra no fué puesta a prueba. La siguió vigilando desde su despacho de gobernador civil, cometido en el que le dieron no poca guerra sus propios compañeros, distancia-

dos de él en la manera de entender los problemas. Piqueras los enfocaba con su rectitud de hombre honrado. Sus contradictores, que habían de venir a rectificar, ¡y de qué modo!, hacían con ellos contabilidad política.

Algunos atropellos

En Jaén se cometieron algunos atropellos contra diferentes personas. Pensando en salvar a otras muchas, igualmente comprometidas por sus ideas, entre ellas el obispo, se las embarcó en un tren y se las trasladó a Madrid, donde no llegaron. En una estación próxima a la capital... obra de locos furiosos, insania de enajenados de que hubimos de avergonzarnos profundamente. Al querer ir en defensa de los viajeros ,era tarde. La más estúpida de las crueldades se había consumado, contrariando la previsión humana de los que en Jaén quisieron poner a cubierto de muerte unas vidas que nada tenían que ver con la victoria. Recordando ese trágico episodio, cuando me correspondió a mí confirmar o negar la autoridad de los gobernadores, al confirmar la de Piqueras le hice recomendación expresa de que atendiese a la seguridad de las personas y de manera especial a la seguridad de los presos. Me dió su palabra de que podía quedar tranquilo. Conociéndole, no necesitaba más. Pero, con esa facilidad que hay en España para el cambio de reacciones, los presos que antes vivían aterrorizados por toda suerte de presagios siniestros, pasaron, con la complicidad de sus carceleros, a desarrollar una vida colectiva de licencias y de abusos. Jugaban con el mayor desenfado la carta de la victoria de Franco y dándola por segura, dispensaban protecciones y discernían castigos, según que los encargados de la cárcel fuesen más o menos tolerantes. Un abandono de autoridad como aquel no podía ser consentido y Piqueras intervino. A un minero de La Carolina no se le pueden pedir diplomacias que, de tenerlas, no podían gastarlas en la cárcel. Entró en ella y la arregló. Sin una víctima. Con varias palabras secas, rudas, imperiosas. Sobró eso para que sus develadores acudiesen con nuevas quejas contra su gestión. Persuadidos de que su destitución no la conseguirían en gobernación, acudieron ante el ministro de Justicia, Manuel Irujo, que impresionado por las referencias que le daban apeló a mí, con su particular exuberancia, interesándome que le substituyese "al bárbaro gobernador que mantenía en Jaén". El "bárbaro" estaba en mi despacho. Contesté a mi colega que se lo mandaba, que lo recibiese, le escuchase y que, después, haría lo que él juzgase que se debía hacer. Una hora más tarde, Irujo me telefoneaba:

—El gobernador a quien he llamado bárbaro es una persona honrada y cabal. Un poco bronco, pero una persona honrada.

—¿Le quito o le dejo?

—No le quite usted. Si acaso, dígale que no me perturbe demasiado a los jueces.

Aquellas personas que en Jaén no acertaban a saber cómo José Piqueras tenía más fuerza que todos los sellos y las firmas de las organizaciones más diversas, lo saben ya. Su única fuerza era la de su honradez acrisolada. Cuando se le substituyó fué a iniciativa propia, que su suerte estaba ligada, oficialmente, a la del ministro que le ratificó el mando. Acertó en lo principal. Pero llegó un momento en que añoró con fuerza lo suyo: La Carolina, con sus minas y sus mineros. Y se fué a su casa.No sé si en ella o lejos de ella, abrió y cerró los ojos con último parpadeo. Por las canteras de su pueblo de origen y entre las piedras de Despeñaperros andará, como una niebla negra, el luto de su muerte varonil y, como una luz de esperanza, el recuerdo de su vida honrada, atacada con más saña con sellos y firmas que después con fusiles y balas.

¿Por qué no se toma Oviedo?

¿A qué especial fuero podía acogerse Miaja para no levantar sospechas y congregar enemistades? En la medida que nos habíamos alejado de Córdoba, se le hacía responsable del fracaso. Un nuevo silencio se abatió sobre su nombre. El general no nos era útil. Su apellido desapareció de las crónicas y su fotografía se esfumó de los periódicos. La ilusión de Córdoba se nos había muerto. Era la ciudad que borrábamos de la nómina de las victorias inminentes. Quedaba Oviedo, que había de ser, en razón de la mitología revolucionaria, ilusión permanente. En las cercanías de Oviedo, con sus prestigios sin merma, estaban Ramón González Peña y Belarmino Tomás. Así como otras reclamaciones habian acabado por hacérsenos fatigosas, las suyas, no; lo que desde Asturias se reclamaba a Madrid estaba bien justificado, porque era ¡para tomar Oviedo! Y Oviedo, difícilmente se encontraría una persona que lo dudase, se tomaría. No recuerdo de una seguridad más absoluta, de un convencimiento más firme. Una tarde, como me hablase por teléfono Ossorio y Gallardo, preguntándome:

—¿Qué pasa que no se toma Oviedo? — me incomodé. Un poco irritado, le dije:

—No se les han enviado, porque no se puede, los estopines que necesitan los asturianos. — Aun añadió el embajador en potencia algún comentario que implicaba desconfianza. ¡Qué lamentable falta de fe! Quiza cobra aquella reacción mía un cierto retintín humorístico ahora que se conoce el desenlace; pero, en la ocasión a que aludo, la exclamación era compartida por mis compañeros del periódico.

Matilde de la Torre y los estopines

¡Qué tremenda fuerza de sugestión la de Asturias y los asturianos! Merecida, que su fracaso no sobrevino por falta de pasión ni de heroísmo, sino por culpa de..., pongamos de los estopines. Malhadados estopines, ¡cuánto daño nos causaron! No lo sabíamos bien cuando por primera vez, sin saber lo que representaba, conocimos la palabra. Sin la seriedad trágica de aquellas primeras horas, hubiésemos pensado que la tal palabra era una invención lírica de Matilde de la Torre, que iba y venía, por alturas de cuatro y cinco mil metros, en aviones dudosos, de Asturias a Madrid y de Madrid a Asturias. Oviedo, Oviedo, ¡qué nombre obsesivo! Todo era secundario a su lado. ¿Valía tanto militarmente? No sé de nadie que se hiciese esa pregunta. Ni los militares. La proyección era puramente sentimental. La guerra no era menos cruel, pero sí más decisiva en Irún, y de esa plaza difícilmente nos acordábamos. Sus combates los teníamos por anécdota y episodio menudo. Oviedo fué para nosotros, con resultado diferente, lo que el Alcázar de Toledo para las tropas rebeldes.

Una profunda apelación sentimental que en definitiva, a insurrectos y leales había de costarnos cara. A ellos Toledo, porque les consumió el tiempo que hubieran necesitado para entrar en Madrid; a nosotros Oviedo, porque nos absorvió toda la atención. Tomarlo era pique de amor propio. Desde los emplazamientos del asedio engañaba a los sitiadores con su difícil facilidad; tan al alcance del primer impulso parecía estar. Ignoro cuál sería la impresión que Madrid producía en los que lo contemplaban desde las líneas nacionalistas, pero estoy seguro de que no era tan extraordinaria como la que a mí me produjo Oviedo visto desde una de las carreteras de acceso, sobre la que zumbaban las balas de los pacos. Había que hacer un violento esfuerzo de discreción para no preguntar: ¿Por qué no entramos? No entrábamos, ya lo he dicho, por los estopines. Aquel espejismo ¡nos costó tanta sangre!

Frente a Oviedo

La ciudad, toda la ciudad, se nos mostraba como una presa fácil. Aranda, a quien el oficio que ejerce le es bien conocido, supo atrincherarse. Las colinas estaban guardadas por ametralladoras que, sensibilizadas para el peligro, rompían a ladrar furiosas en cuanto lo olían. En aquella visita a nuestras líneas de Oviedo, silenciosamente, enterré yo la esperanza de su conquista. Belarmino Tomás no me calentaría el entusiasmo aun cuando volviese a repetir, como ya le había oído, su jactancia de parlamentario, que no de militar.

—La semana que viene tomamos café en Oviedo. ¿Quieres venir? Estás invitado.

Como pidiese el testimonio de otros diputados que con él habían llegado en avión a Madrid para asistir a la Sesión de Cortes, aquella en que se votó la autonomía de las Vascongadas, sus colegas confirmaron el aserto.

—Es verdad; le invitamos a café y copa.

Entonces miramos a aquellos hombres como a héroes, y sus palabras nos inundaban de alegría. ¡Oviedo! ¡Oviedo! ¡Qué pena que no hubiésemos de tener estopines bastantes para tomarlo! Uno de los que más hicieron por vencer de la tenacidad de Aranda, llevando sus trabajos con silenciosa discreción, fué Amador Fernández. Veló, ¿cuántas veces?, para bombardear la ciudad, donde estaban prisioneros sus mayores afectos: su mujer y una parte de sus hijos. Nadie le oyó jamás hacer mérito de su conducta. Cumplía, encerrado en una sobriedad absoluta, los más ásperos deberes. Subía al cielo en los aviones y bajaba al mar en los submarinos.

CAPITULO XIV

La aflicción de Azaña. — En busca de una espada arcangélica para un dragón infernal. — El miedo físico del presidente de la República. — Un Consejo de Ministros en Palacio que pudo terminar mal. — El soñador sin ventura.

¿QUE era, entre tanto ruido de armas y excepcional violencia, de don Manuel Azaña? Siempre que me acordaba del presidente de la República me lo imaginaba hundido en una desesperación infinita. El destino se ha cebado en él, poniéndole a presenciar, cruzado de brazos, desde la silla más alta del régimen, la enconada pelea de unos españoles con otros, en la que se iban muriendo pedazos enteros de España. Su responsabilidad por lo sucedido es inmensa, se oye; su inocencia es absoluta, aseveran personas de opinión minoritaria. No tengo encargo de decidir en materia tan vidriosa. Esta, como otras tantas sentencias, están remitidas al tiempo. El será quien falle y lo hará con exactitud sino le faltan elementos de juicio limpios y desapasionados. La única verdad, sobre la que yo no necesito ilustraciones ajenas, es la que me decido a difundir, a saber: que el de Azaña era uno de los corazones más sensibles a la tragedia. No se resolvió a creer en la victoria ni un solo momento, aun cuando admitiese el triunfo de nuestras armas. Podía haber vencimiento del adversario; pero victoria, no. ¿Cómo designar con esa palabra la ventaja conseguida, con daño de la tierra común, sobre otros connacionales? Esa confianza quedaba reservada a los que, dándose a soñar, pensaban en obtener de la guerra la ventaja incalculable de nuevos y mejores regímenes sociales. Azaña, que no es más que republicano, que había declarado reiteradamente su sentimiento por no poder ser colectivista, estaba a falta de aquel sueño compensador.

Enjuiciaba la guerra como un estrago sin victoria para nadie, cualquiera que fuese quien se apuntase el triunfo: "Durante cincuenta años los españoles están condenados a pobreza estrecha y a trabajos forzados, si no quieren verse en la necesidad de sustentarse de la corteza de los árboles". ¿Qué era del hombre que así pensaba? ¿ En qué combates, dolorosos por íntimos, estaba metido? Siempre me ha parecido mezquina su talla de gobernante cuando la comparaba con su talla de español. El gobernante quizás se haya equivocado mucho; el español que hay en Azaña,

contadas veces o ninguna. ¿Una España grande? Nadie le ha ganado, a ese respecto, a tener la ensoñación larga. Pocas ambiciones habrán rayado a la altura de la ambición de Azaña. Y siendo, como es, hombre excepcionalmente dotado para convencer y conmover, escasamente ha convencido y conmovido. Media España, cuando menos media España, había hecho de él un monstruo, capaz de los más terribles delitos. Era la última encarnación del dragón demoníaco, contra el que se postulaba en los cuarteles un brazo robusto y una espada arcangélica. Este odio y horror, que en el manadero era falso, trampa de adversarios políticos, embuste de sicofantes, al difundirse se hacía sincero y apretado, sentimiento auténtico, que se manifestaba con las reacciones más inesperadas. Entre sus propios correligionarios, correligionarios hasta donde lo consentía la diferencia moral, había prendido la leyenda, y así Lerroux, tan resentido por tantas cosas contra los socialistas, les acordaba, en la persona de Prieto, consideraciones que no podía tener para con la "serpiente", y ésta era, de suyo va dicho, don Manuel Azaña. ¡Qué tremenda e injusta polarización del odio! La exaltación de Azaña a la presidencia de la República lo exacerbó, haciéndolo más violento por más silencioso. Quien alcanzaba a medirlo se escalofriaba. El más liviano acto de contricción garantiza a los hombres de la República el perdón de sus culpas, sin que basten todas las aguas del Jordán para purificar a Azaña. Para con éste se necesitan del fuego y de la muerte. Y aun así es expuesto afirmar que los odios abdiquen unánimes.

El odio contra Azaña

Esa hostilidad implacable que se difunde y toma vuelo con motivo de los sucesos sangrientos y siniestros de Casas Viejas, en los que es injusticia pensar que quepa la menor responsabilidad a Azaña, tenía, de antiguo, un cultivo minucioso. De otro modo hubiera resultado imposible tamaña explosión de rencor, tan violento que, quienes más regaban con lágrimas los cadáveres de los infortunados campesinos, trataban de ocultar con ellas la figura del capitán Rojas, único culpable de la tragedia, buscando con esa ocultación que la descarga hiriese, de muerte ministerial cuando menos, a don Manuel. Al rencor político se mezcló el horror religioso y de la suma de esos elementos afloró, sin continencia, el odio fanático que busca ocasión de matar. Muchas veces he oído decir que Azaña sufre de miedo físico. Si el dato es exacto, y yo no lo he contrastado, pienso si el miedo de don Manuel, físico o anímico, no le vendrá de saberse tan ferozmente odiado, de intuirse soñado por tanto asesino en potencia, como víctima deseable en la que descargar los peores golpes. Ignoro si la carne del más templado conservaría su natural reposo sintiéndose tan múltiplemen-

te solicitado por los deseos homicidas del sacerdote que dice la misa, del cadete que jura la bandera, del magistrado que casa una sentencia, del periodista que escribe su artículo, del cómico que recita su papel... hombres todos de comercio agradable, de finura de trato, de bondades sinceras que, inopinadamente, al oír sonar las cinco letras de un apellido, como los negros del tambor de la guerra, se erizan furiosos y cometen, mentalmente, el crimen anhelado. No es suficiente que el corazón no nos desfallezca, hace falta que la inteligencia no caiga en fallo para que el miedo no nos invada y nos haga su víctima, y aún así, inteligencia y corazón de acuerdo, ¿cómo vencer del tiritón de la carne, de su estremecimiento y sobresalto? Tener miedo no significa, necesariamente, ser cobarde. En la estimativa del español la confusión es demasiado frecuente y determina, casi siempre, una disminución afectiva por la persona aquejada de miedo o de cobardía. De quien el español dice que es un cobarde o miedoso, cree que lo ha dicho todo y que no vale la pena de abundar en su menosprecio: "¡Lo que te digo es que es un cobarde!". Y no hay apelación contra esa sentencia. Como sirve para salvar de condenación definitiva de aquel de quien se dice: "¡Sí, pero es un valiente!". Sin embargo, todos sabemos cómo son de desiguales y azarientas las pruebas del valor y de la cobardía. Si no resultase crueldad excusable por innecesaria, ilustraría la anterior afirmación con diferentes ejemplos de que en la guerra me tocó ser testigo. Personas que, habiendo llevado con ánimo sereno pruebas difíciles, se arrugaban y se engurruñían, con angustias mortales, al pedirles un nuevo servicio que reputaban peligroso. Azaña, con su miedo que decían físico, no cobardeaba en su puesto, a menos de computarle como cobardía su legítima angustia por la desventura de su patria. ¿Tampoco tenía derecho a ese desasosiego moral? ¿Debía ser, ahora, en la guerra, el monstruo de insensibilidad que en la paz habían pintado sus enemigos? Yo me imagino a don Manuel como un hombre profundamente afligido, al que ya nadie podrá quitar "el dolorido sentir". ¡Triste de quien no haya salvado del naufragio de tantas cosas, materiales y morales, ese sentir dolorido que podrá correligionarnos mañana, con lazos más fuertes que los de la política, porque son lazos de amor, a los españoles! Esa huella indeleble de sufrimiento la tendrán quienes hayan vivido la guerra como una tragedia y no como una verbena de atracciones violentas y emociones fuertes. Don Manuel, repito, la tiene. Esa huella es su única condecoración válida. Placa, medalla o cinta de una nueva orden de españoles, legión, por lo abundante, que, en su gran mayoría, bajo adelfas o cardos, dan al barro de que fueron hechos, la sal de su sangre y la cal de sus huesos. Compañía innumerable y anónima de la que habrá que rodearse de continuo, siquiera sea con el recuerdo, en las horas dedicadas a replantear una España sin odios políticos ni furores teológicos. Una España que no haga de

la cruz martillo para reducir discrepantes, ni de la bigornia tajo de ejecutor de la edad media.

Azaña y la reacción de español

Las culpas de Azaña, que las ajuste la historia; que no se pongan a pesárselas quienes le obligaron a cometerlas negándole soluciones que pudieron haber sido buenas, que hubieran sido buenas, pero que se deseó que no se ensayasen para que se desacreditase "la Republiquita parlamentaria de los republicanos". El proceso de ese delito dogmático tendrá que ser abierto algún día y el propio Casares Quiroga, sobre cuya cabeza se acumularon tantas violencias, podrá proclamar su verdad: "Resistí lo que pude a una responsabilidad que no me consideraba con suficientes fuerzas para aceptar. Y ni mis protestas, ni mi enfermedad, ni los augurios de tormenta, os indujeron a ser clementes. ¿Cuál es vuestro título de acusadores?" La ventaja del proceso es que, en su gran parte, está escrito. No podían ser, pues, las culpas de Azaña las que me preocupasen. Me preocupaba su estado de ánimo, su pensamiento frente a los acontecimientos, su reacción de español. ¿Qué era de él entre tanto estrépito de guerra y tanto ruido de muerte? Me lo imaginaba, con poco esfuerzo, abatido por meditaciones dolorosas. Una frase suya, que yo comenté en "El Socialista" después de haberla conocido por una persona que le visitó en su despacho oficial, me dió a entender que pensaba en las guerras carlistas, de las que tiene un conocimiento circunstanciado y profundo, que nada de lo sucedido en su patria es extraño a Don Manuel y menos que extraño, indiferente, y en la inanidad, que las hacía más dolorosas, de sus estragos, no menos terribles para el tiempo que lo eran para el nuestro las batallas de artillería y aviación en que no íbamos a tardar en entrar. Me lo representaba, también, como un solitario, sin más compañía que sus familiares, perdido en la hostilidad del Palacio Nacional, no congraciado todavía con los usos y costumbres de la República. Las reformas proyectadas en él, pensadas para vencer de aquella hostilidad y derrotar el mal gusto que el último monarca introdujo en su casa, fueron interrumpidas por la guerra. El presidente, que se había instalado provisionalmente en el palacete de El Pardo, el mismo que albergara al príncipe de Asturias para que pudiese desarrollar, en los terrenos anejos, sus aficiones de avicultor, hubo de trasladarse apresuradamente a la capital, estableciéndose en Palacio.

El General Goded y el protocolo

Azaña, que se sabe cuidar de los detalles, sin perderse en ellos, se informó bien de todo el protocolo de su nuevo cargo. Acabó sabiendo en esa disciplina más que todos sus preceptores, si es que los tuvo. No creo que fuese por vanidad personal, sino más bien por dignidad de la representación que le estaba conferida, y de la que le era forzoso cuidar, por lo que extremó las exigencias en ese punto. Ello es que, pocos días antes de los sucesos, cuando por la cargazón del ambiente podían barruntarse, llegó a Madrid, de paso, podemos suponer a qué graves asuntos, el general Goded, militar con mando. ¿Era protocolaria su presentación, además de al ministro de la Guerra, al presidente de la República? El general debió afectar porque así le convenía, ignorancia. Se cuadró y puso a las órdenes del ministro con aquella exquisita corrección con que los militares de todas las armas y grados aparentaban un riguroso acatamiento de la disciplina, pero no hizo lo mismo ante el presidente de la República que, habiendo tenido conocimiento de la duda del general, falló que además de cortés era obligatorio que el general pidiese audiencia a su secretaría general y esperase, para hacer su presentación, a que le fuera acordada. Temo que en esa ocasión el excesivo conocimiento del protocolo nos reportase daño. Goded, a quien todos los asuntos acuciaban con prisa por aquellos días, desapareció de Madrid sin hacer la visita protocolaria al jefe de Estado. Se perdió un diálogo, que pudo ser provechoso, y del que Azaña no debió prescindir. El general Goded, a quien nadie que yo conozca le ha negado talento, estaba en una particular disposición de ánimo y representaba un matiz especial dentro del movimiento militar. Su adhesión a la monarquía se le había extinguido, sin que hubiera podido sustituirla con una viva afección por la República. Parece que para que esto último ocurriera exigía a la República una línea política de mayor severidad contra el desorden público y la explosión inmoderada de todos los apetitos. Esto es lo que han publicado, después de su fusilamiento, los albaceas testamentarios de su política, publicación que debe ser sincera cuanto que en ella el general, que en razón de su muerte quedaba como un héroe para los sublevados, veía disminuída esa categoría. No otra cosa temieron los albaceas de Goded al hacer, desde el extranjero, una notificación pública que, por no ser grata a Franco, les exponía a sus represalias.

La fatalidad de la guerra

CON estos factores, conocidos tarde, pero existentes, cabe atribuir al diálogo que no se celebró, y debió celebrarse, una importancia capital. Es posible que hubiesen chocado dos orgullos

fríos, en cuyo caso la entrevista no hubiese salido de los cumplidos y formulismos obligados en tales circunstancias; pero, ¿por qué no pensar, con el mismo fundamento incierto, que una chispa de la tormenta española hubiese dado calor y sinceridad a las palabras del presidente y a las respuestas del general? Si Azaña no es, por mucho que se esfuercen sus adversarios, un monstruo de maldad y de vileza, tampoco el general era un malvado nato, dado a discurrir desventuras para España.

Se interpuso entre esos dos hombres lo seco del protocolo y se malogró un minuto que pudo haber contado mucho en la historia de España. El general se fué hacia su destino, que era ir hacia la muerte, y el presidente quedó en su Palacio, a cuyas paredes había de confiar los acentos más hondos de su congoja de español. Se dijera que la fatalidad, cortando todos los caminos, con cuchillos demagógicos o tijeras diplomáticas, nos empujaba a los españoles a una guerra sin piedad. Como ese diálogo frustrado, ¡cuántas ocasiones fallidas! Desconozco quién pueda erguirse limpio de delito. No serán los que cerraron, con la masa de sus pasiones, las posibilidades del régimen, que las buscaba angustiosamente allí donde suponía que existían. Para escapar a la responsabilidad, los hombres siempre dispondremos de esos comodines perfectos que se llaman fatalidad, destino, consecuencia, una y otro, de los errores que tratamos de encubrir. Palabras faltas de sentido las más de las veces, y detrás de las que se ve, en esta ocasión, todo un pueblo en la cruz de su martirio, después de haber andado durante dos años y medio una estrecha y empinada calle de la Amargura. ¿No discurrían por estos cauces los pensamientos de Azaña? Conjeturo con benevolencia. La soledad forzosa, el aislamiento frecuente, exacerban, poniéndolo al golpe, el sentido crítico. Y el de Azaña, cuando se pone en movimiento, no acostumbra a detenerse sin haber alcanzado su presa. ¿Cuántas y cuáles son? Sin mucho esfuerzo de imaginación me las represento a todas. Las veo adornando, como trofeos de montería, el zaguán de su casa, expuestas a la curiosidad compasiva de visitantes. El monstruo va a serlo, por esta vez, para sus amigos de la víspera.

Un golpe de audacia...

Un momento hubo en que los adversarios creyeron tenerlo en sus manos. Fué, víspera de la insurrección en la península, con ocasión de un consejo de ministros en el Palacio Nacional. La guardia militar del edificio correspondía al regimiento albergado en el Cuartel de la Montaña, principal corresponsal en Madrid de los rebeldes. Llegaron los ministros y se constituyó el Consejo bajo la presidencia del jefe de Estado. Los jefes de la guardia

militar pensaron en aprovechar la oportunidad que se les deparaba. Un golpe de audacia de su parte les convertiría en dueños de la situación como carceleros del presidente de la República y del gobierno en pleno. La operación era clara como la luz. Sus ventajas para el movimiento en que estaban comprometidos, inmensas. Los oficiales conversaban. Iban y venían los recados. El mismo problema del cuartel: indecisión. Consultas, diálogos, parlamentarismo La policía entró en sospechas. Eran aquellos de los oficiales demasiados cabildeos. La desconfianza de los agentes, personas de agudeza, se hizo activa, y su actividad, que no pasó de varios avisos y muy leves precauciones, fué suficiente para que los militares, que no debían creer en su éxito, se abstuvieran de producir el golpe. A don Manuel debió de inquietar aquel peligro, que pudo, más que a nadie, serle fatal. El ministro de la Guerra, contrariamente, debió tomar el dato como síntoma favorable para su optimismo. Pudo pensar que con media docena de policías sobraría para destruir los planes de los militares. Así era lógico que pensase quien jugaba con pólvora y decía a sus amigos:

—Me voy a la cama, no sea que se levanten los militares". Su incredulidad, de la que se arrepintió tarde, nos fué cobrada con tarifa onerosa. El suceso de Palacio se aprovechó para confiar la guardia de la persona del jefe del Estado a fuerzas de confianza segura. Desconozco cuáles podían merecer entonces semejante estimación. Los propios guardias de asalto, creación de la República, no inspiraban plena garantía. Por el tiempo en que su mando se confió a Muñoz Grande la admisión de los nuevos militantes se reservó a los elementos patrocinados por las derechas, lo que unido a la presión de los mandos, de antecedentes y pasión monárquicos, hizo que la primera significación del cuerpo sufriese considerable merma, circunstancia que explica bien la variada conducta que siguieron sus componentes, adscribiéndose con igual denuedo a los dos bandos en lucha. Cuerpos enteros, incondicionalmente al servicio de la República, no había ninguno. Los que podían pasar por más republicanos estaban escindidos, como sucedía con el Instituto de Carabineros, soldados del resguardo, dependientes del Ministerio de Hacienda, a los que Prieto, a su paso por aquella cartera, había mejorado en condición, no ciertamente en todo cuanto tenían derecho, que su trabajo, sobre ser el más ingrato y abrumador, por las horas de servicio, resultaba, a veces, el más expuesto, que los contrabandistas, salvo los que pagaban patente por serlo, acostumbraban a defender sus alijos con bastante buena puntería, puntería de cazadores montaraces. Y de la patente que pagaban los defraudadores del Fisco en gran escala, no había quiñón para los soldados, que todo era poco para ciertos jefes. El régimen no tenía fuerzas compactas a su devoción y al Gobierno debió costarle bastante apuro preservar de nuevas acechanzas al presidente

de la República, atendido el desorden de los primeros días, en que todas las armas de Madrid estaban en manos de los sublevados a los que, una duda última, no dejaba salir de su pasividad, causa de su derrota y de su muerte. Sin más, pues, que mirar en su derredor, Azaña tenía suficiente para que sus pensamientos fuesen sombríos. Para que reputase dificilísimo el vencimiento de los sublevados y para que no creyese, como español, en la victoria de nadie. Unos y otros combatientes nos habíamos puesto, deliberadamente, a perder, porque todos éramos "hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo". Lo trágico del caso es que Azaña, personalmente él, don Manuel Azaña, era un motor inconsciente de odio. Las primeras ferocidades se dijeron en los cuartos de bandera en contra suya. Sus reformas del Ejército, discurridas con la intención de sacarlo de su marasmo burocrático y dotarlo de vitalidad y fuerza, le acarrearon una hostilidad inmensa, pero ya no sólo entre los militares de devoción monárquica, sino igualmente entre los republicanos, que le acusaban de versatilidad y ligereza. Para unos y para otros soldados, las reformas eran un dislate notorio, del que sólo su autor no alcanzaba a darse cuenta. Los más exorables se las imputaban a sus asesores y lamentaban la escasa fortuna con que don Manuel los había seleccionado. La redacción de "El Socialista" estaba llena de quejas y de reclamaciones a ese respecto. No pudiendo penetrar, por falta de elementos de juicio, en la exactitud de las denuncias, nos abstuvimos de darlas a publicidad.

Una nómina de indeseables

No ocultaré, sin embargo, que me impresionó el relato que me hicieron aviadores amigos, limpios de toda malevolencia, según el cual, después de constantes advertencias por su parte, se tomó en cuenta la conveniencia de alejar de los aeródromos a los jefes monárquicos que los mandaban y de cuya fidelidad había más de una razón para sospechar, por sus conversaciones, lecturas y antecedentes. Se les pidió que hicieran una lista de todos ellos y se resistieron a aceptar la comisión, fundándose en que no les parecía correcto, tratándose de compañeros de profesión con los que convivían a diario, delatarios. Ese trabajo debía corresponder a la policía. Se les reprochó el no querer ayudar a la República y haciendo de tripas corazón, teniendo que acallar muy fuertes escrúpulos morales, aceptaron el cometido e hicieron la nómina de los indeseables con toda clase de datos. Al hacer entrega de ella advirtieron, muy insistentemente, la necesidad de que aquel trabajo se conservase secreto. Se les aseguró la máxima discreción:

Todo iba a quedar entre el ministro y ellos. Primera sorpresa: no se hizo la remoción de mandos que aconsejaban como perento-

ría. Segunda: sus compañeros sabían que habían sido denunciados y quiénes eran sus denunciadores. Estos necesitaban hacer las guardias, cerrándose con llave por dentro y teniendo al alcance de la mano la pistola de reglamento. Se sentían espiados en sus vidas, y uno de ellos, que cultivaba en particular cuidado el afecto de la tropa, pudo conservar la suya, para perderla más tarde, gracias a la adhesión personal con que le distinguían los soldados. La irritación de estos hombres, que no había forma de aplacar, se proyectaba íntegramente sobre Azaña.

Azaña, Motor de Odio

Era, repito, inconscientemente, motor de odio. Lo iba a experimentar más de cerca al intervenir, contra mi gusto y contrariando mi vocación, en la vida ministerial. ¿Qué extraño conjuro hicieron sobre la vida de este hombre, al nacer, los dioses adversos? No conozco a nadie que encrespe como él las potencias siniestras. Su antecesor en la Presidencia de la República, que también le guarda rencor, se fué de ella herido de desdenes y de invectivas, pero no perseguido por el odio de nadie. Aquella ola iracunda hace tiempo que murió en la playa del tiempo. Es difícil encontrar quien no recuerde a don Niceto piadosamente y fácil descubrir arrepentidos. Azaña es caso aparte. Allá donde levanta una irritación, despierta un odio, sobre el que no se sabe quién sopla, pero del que se sabe que no cancela. Un odio que, ignorando cómo emplearse, busca en los detritus de los arrabales inmundos la palabra obscena y mortificante. Como defensa contra esas agresiones, Azaña ha ido ampliando su capacidad de desprecio y abroquelándose en un orgullo que casi no parece humano. La lista de los que le han agredido, de frente unos, por la espalda los más, es muy larga. Para unos, hizo una república agria; para otros, sectaria; en concepto de este grupo, bobalicona; en el de más allá, rencorosa... Durante su cautiverio en el puerto de Barcelona, se le infieren toda suerte de agravios públicos y una racha de cobardía colectiva hace el silencio. Ni la gravedad de la infamia que con él se comete, ni la indefensión en que se encuentra, son razones para sacar de un mutismo culpable a quienes en algún momento se dijeron sus amigos. Los que de verdad lo son y se aplican a la tarea de postular firmas para una protesta circunspecta y medida, cosechan desdenes y registran prudencias excesivas. En los pechos que el rencor torna gélidos, la injusticia no arbola tempestades. ¡Terrible deshonor! Tan notorio es el desvío de los amigos de ayer, tan abultada la injusticia, que en el buque —siempre un barco es cátedra de solidaridad humana y si es de guerra, escuela de honor—, los marinos hacen al cautivo, sin daño para la ordenanza, el homenaje de su respeto. Azaña, que no es de pie-

dra, que tiene la veta humana más indefensa de lo que se supone, se conmoverá siempre al recuerdo de aquel homenaje que le fué discernido sin él solicitarlo.

Se piensa si este hombre necesitará asentar su vida sobre otro elemento para conjurar el odio que despierta en la tierra. ¿Qué es lo que no se le perdona? ¿El orgullo o el talento? ¿Su republicanismo o su españolismo? Por todo se le escarnece Por el defecto y por la virtud. Si se hace el análisis de sus taras y de sus excelencias, se vendrá a conocer que son taras y excelencias de español, y que quien se las denosta se hiere por su propia mano en la medida que se reputa español, de la monarquía, de la República o del Imperio. Pero la malquerencia cuando razona lo hace a redropelo y con saña. Contraproducente polemizar con ella, que contradecirla es exaltarla. Hacerla más hiriente y brutal. De nada le sirvió a Azaña soñar, cara a la anchurosa Cstilla ascética, un risueño porvenir para España. El poeta tenía razón: no fué por Castilla el bíblico jardín. Tierra de águilas, Caín acechaba a Abel. El soñador sin ventura, negado por el odio, arrollado por las pasiones más brutales, era llamado a presidir, desde su encumbrado asiento, la guerra y los infortunios de los españoles todos. ¿Para qué imprecar al destino si al fin había de cumplirse inexorablemente?

CAPITULO XV

Largo Caballero en el poder. — Algunos de sus ministros. — Salafranca en Talavera. — "Peor que si hubiésemos perdido Jetafe". — Renacimiento del entusiasmo. — El asedio del Alcázar de Toledo. — La misa de Vázquez Camarasa a los sitiados. — Tamborrada de sangre y caída de Irún. — Asensio.

El cuatro de septiembre, don José Giral transfiere la presidencia del Gobierno a Largo Caballero. Las cosas van mal, muy mal. El enemigo está en Talavera de la Reina. La presencia de Largo Caballero en el Gobierno, es acogida con entusiasmo indescriptible. Las milicias desfilan delante de él, vitoreándole y prometiéndole hacerse matar antes que retroceder. La remoción del Gobierno rehace la moral que andaba alicaída. Largo Caballero tiene fe en sí mismo. Se considera con ánimo para vencer de la situación, que es muy difícil. Con la presidencia del Consejo, toma sobre sí la responsabilidad de la cartera de la Guerra. Encomienda a Prieto la de Marina y Aviación; a Negrín, Hacienda; a Alvarez del Vayo, cuya fidelidad a la posición política del nuevo presidente es absoluta, Estado, y a Angel Galarza, Gobernación. Los tres últimos ensayan por primera vez sus capacidades ministeriales. Prieto, con quien tengo ocasión de cambiar unas palabras, me hace saber que teme la actividad de Vayo en Estado. La gestión en ese Ministerio la reputa ardua y delicada, desconfiando del tacto de Alvarez del Vayo, a quien tiene en concepto de ligero. Esa estimación es corriente. Son muchos los que auguran mal de nuestros negocios diplomáticos. Mi personal opinión sobre Alvarez del Vayo es puramente periodística. Le conozco y le juzgo como hombre del oficio, sin decidirme a adelantar ninguna opinión como ministro. Recuerdo únicamente que su conducta como embajador en México fué generalmente alabada, si bien entonces entre los socialistas no se habían producido las disensiones que nos iban a llevar a descalificarnos mutuamente. Más chocante es todavía el nombre que Caballero ha elegido para Gobernación. Galarza es un republicano de ayer, que como tal desempeñó la Dirección General de Seguridad, y que por una de aquellas basculadas de la política republicana, no fué ministro después de darse como segura su designación y de haber recibido el interesado anticipadas felicitaciones de sus amigos. Entre los veteranos madrileños, Galarza no contaba ninguna

simpatía; antes bien, se le miraba con malos ojos. Faltaba la explicación de por qué lo había elegido Largo Caballero. Todas las suposiciones eran feas; pero por lo mismo, falsas. Era más legítimo admitir que Largo Caballero, que ambicionaba triunfar de las inmensas dificultades que le cerraban el paso a la victoria, elegía sus colaboradores con tino, prescindiendo de consideraciones accesorias. Para el periódico, aún sin contar la preponderancia de los socialistas en el Gobierno, el punto de vista no podía cambiar: gubernamental. Las diferencias pasadas, cualquiera que hubiese sido su violencia, estaban canceladas por la guerra. Todo lo que podíamos desear es que los triunfos del nuevo ministerio nos proporcionasen ocasión de hacer una corona de laurel a su presidente. ¿Por qué no habíamos de alcanzar esa dicha? Después de todo, Largo Caballero, sobre la sinceridad de cuya pasión jamás se podrá abrir debate, conservaba ante las masas sus calidades de mito y su "pathos" había comenzado por operar el milagro de un renacimiento difícil del entusiasmo colectivo. Era, en el interior, un buen comienzo. ¿Cómo se veía desde fuera su ascensión al poder, dada su etiqueta de socialista de izquierda? Las reacciones del exterior, sin sernos indiferentes, contaban menos para nosotros que los problemas del interior. La moderación del gabinete republicano de Giral, no nos había aportado el menor beneficio en materia internacional. No teníamos, pues, ningún motivo para olvidar, por esperanzas extranjeras, las conveniencias nacionales. La fuerza que Largo Caballero representaba, era legítimo que fuese aprovechada.

El Enemigo en Talavera

El enemigo estaba, el dato es importante, entrando en Talavera, evacuado por nuestras tropas antes de tiempo, a causa de las terribles confusiones que determinaban las tormentas de miedo. En una de las habitaciones del Ministerio de Marina, dormía su cansancio de la carretera de Talavera, por donde había andado la noche, arriesgando la vida, don Juan Negrín. Había ido, como intérprete de un agregado militar, que ocultaba esa condición bajo tarjeta de periodista, al cuartel de Salafranca. Con los viajeros participó en la excursión el comandante La Iglesia. Negrín llevaba una orden para Salafranca, del ministro de la Guerra, Saravia. El periodista debía ser cuidadosamente informado de la situación del frente. Los viajeros encontraron a Salafranca agotado y deshecho. No sabía dónde estaban sus tropas, ni dónde las del enemigo. Carecía de enlaces. Daba una penosa impresión de hombre que, no sabiendo qué hacer, se entrega sin disputa ni resistencia a la fatalidad.

Negrín, Oficial de Enlace

Negrín, que iba acreditado como oficial de enlace, se dirigió a Salafranca y le hizo conocer la orden del ministro. El militar, en el cénit de su asombro, irritado porque al ministro se le ocurriera mandarle un periodista extranjero a quien informar en aquel trance apurado, respondió con cierta sequedad:

—No tengo tiempo de explicar la situación.

Negrín lo tomó aparte y, violando la orden, que era de guardar absoluto secreto en cuanto a la naturaleza y calidad del periodista, aclaró:

—Se trata de un oficial de Estado Mayor de una nación amiga.

Salafranca comprendió; pero nada podía hacer por ilustrar al visitante. Estaba sin enlaces, en una confusión inmensa, que aumentó con un bombardeo terrible que había iniciado el enemigo. Se presentó un motorista y anunció que la carretera a Madrid había sido cortada por la caballería mora. Las fuerzas propias retrocedían sin orden, arrojando al suelo los fusiles. Se mandó de nuevo al motorista a comprobar si la noticia era exacta. Cuando regresó, el informe era más tranquilizador. La carretera estaba expedita. Era una milicia en retirada la que había hecho correr la noticia, aumentando con ella el pánico de las demás. Renunciando a ser informados, los viajeros se volvieron a Madrid. En el camino, necesitaron defender el coche contra los que, aspeados de sus caminatas, trataban de asaltarlo. Llegaron a la capital a las 5 de la mañana. Negrín se fué a dormir al Ministerio de Marina. No vió a nadie, no pudo hablar con nadie. Se acostó, con más fatiga moral que cansancio físico. De seguir las cosas como iban, preveía para pronto la presencia del adversario en Madrid. Se durmió para un sueño breve. Varios amigos, que le buscaban afanosamente, dando al fin con su paradero, le despertaron. Eran Jerónimo Bugeda, Ramón Lamoneda y Manuel Cordero. Le dieron la noticia de la crisis y de la formación del Gobierno de Largo Caballero, en el que se le reservaba la cartera de Hacienda. Negrín reaccionó con viveza:

—La constitución de ese gobierno es peor que si hubiese caído Jetafe en poder de Franco. No conozco mayor disparate, considerado nacional e internacionalmente. ¿Es que se busca resueltamente que se pierda la guerra? ¿Se trata de un desafío a Europa? Con mi personal colaboración que no se cuente. No me considero con ninguna competencia para dirigir la Hacienda.

Negrín, Ministro

Apelaciones de los amigos al patriotismo.

—Es un momento difícil, y todos estamos en la obligación de ayudar a superarlo. No le queda más remedio que aceptar la designación. La lista del Gabinete está a punto de hacerse pública, si es que ya no ha sido divulgada. Desde luego, la conocen muchas personas. Es forzoso que acepte. ¡Forzoso!

—Es el partido quien ha dado su nombre. La disciplina le obliga.

—¡Cuernos! No se pueden hacer las cosas peor. ¡Un ministerio de socialistas y comunistas! ¿Es que nos negamos a darnos cuenta de que nuestra guerra no es puramente nacional, sino que tiene un carácter eminentemente internacional?

La conversación se alarga y al final Negrín, rendido, acepta, y pasa a regentear un ministerio para el que tiene más preparación de la que podía suponérsele, y en el que hará operaciones que le valdrán, ya presidente, en la Lonja de Valencia, momentos antes de la sesión de Cortes —Vicente Uribe y yo, testigos— la felicitación entusiasta de Prieto. Negrín, por este tiempo de su iniciación ministerial, pasa por ser un secuaz de Prieto, y a ese título parece admitido a la responsabilidad de ministro. Su personalidad, superior en muchas órdenes a la de sus nuevos colegas, no es conocida de casi nadie. No se hace necesario explicarla. Es un subalterno. La figura preponderante es la del nuevo presidente, Largo Caballero, quien por mutaciones sucesivas ha pasado de un clima sindical moderado a una crepitante y extrema temperatura política, grata a los comunistas. Con limitaciones y defectos, el antiguo obrero estuquista es una fuerza positiva y, por lo común, imperiosa. Recuerdo que como hubiese de pronunciar un discurso en el cine Pardiñas, un día que estaba en Madrid, Ostrovski, que gestionaba el reconocimiento de los Soviets, invité al gestor ruso a que acudiese a escuchar a Largo Caballero. Lo hizo con gusto, y como le preguntase su impresión, la concretó en dos palabras: "Una fuerza". Más antiguo es el juicio de García Quejido, tipógrafo, parigual de Iglesias en bastantes aspectos, que se incorporó al movimiento comunista cuando se produjo la escisión en el socialismo español, quien siempre que necesitaba buscar a Largo Caballero en la Mutualidad Obrera, interrogaba a los funcionarios con la misma frase: "¿Está el sargento?" La fuerza de Largo Caballero, con su don de mando, convenía bien al momento.

El Alcázar de Toledo

Todo iba a la deriva. En materia de organización, poco era lo que se había adelantado. El enemigo progresaba por el centro sin encontrar resistencia. El abandono de Talavera representaba una catástrofe. El Alcázar de Toledo, donde los sitiados seguían resistiendo nuestros ataques, suponía para los militares insurrectos una llamada sentimental que no podían desoír. Se esforzaban por acudir con tiempo en su auxilio, tanto por el heroísmo de sus colegas como por la significación de casa solariega que para todo militar tiene el Alcázar toledano, domicilio de la Academia de Infantería. Renovado el entusiasmo de las milicias, se endurecieron los ataques contra el edificio que construyese Covarrubias, secundado por González de Lara y Villalpando, en el que la artillería, reforzada, hacía menos daño del que deseaban los artilleros. Sin embargo, sufrió mucho. El fuego y los disparos abatieron las torres, desde una de las cuales los sitiados hacían mortal fuego de ametralladora. La plaza de Zocodóver quedó arruinada. El espectáculo era tristísimo. Todas las consideraciones sentimentales quedaban olvidadas ante la imperiosa necesidad de acabar con aquel foco de terca y demencial resistencia. Largo Caballero fué, personalmente, a Toledo, animando con su presencia a los combatientes de la República. Al comienzo de su gestión le hubiese ido bien aquella primer victoria que, desgraciadamente, no le sería acordada. El Alcázar estaba todos los días para caer. Los sitiados, que se habían encerrado con mujeres y niños, se reducían al lugar más angosto y disminuían su ración alimenticia, pero no abdicaban su voluntad de defensa. El gobernador de la plaza, Moscardó, recordaba en los trazos fundamentales, a ser cierto lo que refiere Pérez Galdós, al defensor de Gerona. Sin piedad para los desfallecidos, se negaba a atender las súplicas de las mujeres y los niños, muchas de ellas atraídas al Alcázar con engaños y todas retenidas contra su voluntad. La debilidad de los varones, la corregía a tiros. Algunos guardias civiles que, enloquecidos por la idea de morir, intentaron ganar la salida, decididos a entregarse a los asaltantes, fueron muertos al poner por obra su proyecto. El espíritu del Alcázar tenía exaltadas las virtudes militares de Moscardó y de cuantos prolongaban su autoridad. Recios, indiferentes al final, con muy escasa confianza de ser socorridos, resistían. Se hizo intervenir a dos diplomáticos para invitarles a la rendición. En la breve calma acordada a las armas, se pudo oír la voz débil, pero no vacilante, del jefe de los sitiados:

—Para tratar de la rendición, diríjanse al gobierno de Burgos.

Cómo vencerlos

LA respuesta tenía una dignidad caballeresca. Los soldados del Alcázar no eran libres de rendirse ni con unas ni con otras condiciones. Su deber de obediencia les imponía el de seguir resistiendo. Allá su gobierno, el suyo y no otro, si juzgando de lo estéril de su sacrificio pactaba su rendición. Siendo orden, la obedecerían, pechando con las consecuencias. Se cerró la pausa y las armas reanudaron el fuego. La réplica del interior era pobre. Se avivaba, sin embargo, al menor intento de asalto. La situación privilegiada del Alcázar consentía una defensa eficaz. La reciedumbre de su fábrica lo hacía inexpugnable. ¿De dónde sacan para subsistir?, nos preguntábamos. Las respuestas eran muy variadas. Se suministraban —se dijo— por pasadizos secretos que daban a la ciudad. Vivían de los grandes depósitos que en previsión del asedio habían hecho. En uno y otro caso, la existencia de agua y víveres tocaba a su fin. El hambre, en alianza con el horror, causaba víctimas que, para que no pudriesen el aire, eran arrojadas, por la noche, al Tajo. Todo cierto o todo fantástico, los sitiados prolongaban indefinidamente su resistencia. Las piedras se resquebrajaban; algunos sillares se iban al suelo, y la entereza de los hombres seguía incólume. Por encima de todo rencor, por sobre la catástrofe de la guerra, el espectáculo de aquella resistencia tenía una grandeza épica, de la que como españoles podíamos ufanarnos. Ese reconocimiento se hacía en secreto o en intimidades muy cerradas, que con descaro y en público era peligroso confesarlo. ¿Cómo vencer de aquella tenacidad? Se pensó en minar el edificio y en hacerlo volar, pero el Alcázar no es un edificio para ser minado. Había que aplicar las minas con un sentido estratégico. Víspera de estas operaciones extremas, se accedió a que los sitiados pudiesen oír una misa y comulgar. El padre Vázquez Camarasa, con un pañuelo blanco, entró en el edificio. En medio de un silencio solemne, dramático, dijo la misa más angustiosa que ha celebrado sacerdote alguno.

A sus rodillas, las mujeres, mostrándole sus hijos, le pedían la vida. Un clamor de súplicas y de quejumbres derrumbaba las fuerzas de su alma. Intercedió por esas vidas cerca de Moscardó, pero el militar se negó a escuchar al religioso. No podía hacer nada. Tenía que cumplir hasta el último instante con su deber. El sacerdote, autorizado para hacerlo, garantizaba que las mujeres y los niños serían respetados, sin que existiese el temor de que les alcanzara represalia alguna. Moscardó, a presencia de sus oficiales, negaba que estuviese en su mano acceder a lo que se le pedía. Como la pugna se prolongase, uno de los oficiales le cortó en seco:

—Todo está dicho, padre. No habrá una sola persona que abandone el edificio como no sea muerta o vencedora.

El Alcázar, una Pesadilla

Las palabras del oficial tenían un acento áspero y tajante. Quien las había pronunciado, como Moscardó y sus compañeros, tenía ojos de fiebre en un rostro sucio de pólvora. El uniforme roto por muchos lados, estaba en la mayor pobreza. El padre Vázquez Camarasa se hizo cargo, mirando a aquellos hombres, abrazados a su causa con fortaleza de titanes, de que su capacidad de convicción era nula. Rezó por las mujeres, por los niños y por los hombres, lleno el pecho de hervor de congojas, y el pañuelo blanco en los ojos, guiado por un oficial, abandonó el Alcázar. Cuando salió era unos años más viejo. No dijo nada. No habló con nadie. Se encerró en sí mismo y en la intimidad de su cuarto, las rodillas en las baldosas, siguió rezando por aquellas criaturas sobre las que, de un momento a otro, la muerte iba a caer en tromba. Los reventonazos de las minas comenzaron a conmover la ciudad, sin que sus efectos sobre el Alcázar fuesen los esperados. Por tan seguros se tenían, que los diarios de la noche, sabedores de que las mechas serían encendidas, dieron en firme, con alardes tipográficos y la indicación periodística de "última hora", la noticia de la toma del edificio, con extinción de toda resistencia. La tal victoria no pasaba por ser una victoria de redacción.

En Toledo, capital, la situación seguía siendo la misma, y donde acaso era diferente, con daño para los republicanos, era en Toledo, provincia. Asensio, a quien Largo Caballero confió la jefatura militar de las fuerzas del centro, luchaba en condiciones de inmensa desventaja contra el adversario, a quien daba audacia e ímpetu una moral de victoria. El general "organizador de derrotas", como más tarde le llamaron los comunistas, no podía hacer más de lo que hacía: disminuir el paso de avance de los sublevados, dando tiempo para que terminase el asedio de Toledo, que entretenía una masa considerable de combatientes, y se organizase, en lo posible, la defensa de Madrid, que necesitaría resistir. Los defensores del Alcázar seguían tiesos. Se proyectaba el asalto de la fortaleza. Para realizarlo había que entrar en ella a la brava, desafiando un fuego de ametralladoras y yendo a embestir a quienes las servían para apoderarse de las máquinas. Cubierto este primer riesgo, en el que forzosamente había de perecer medio centenar de hombres, la lucha en el interior de los sótanos se reduciría mucho y no podría prolongarse demasiado. Dada la orden de asalto, los voluntarios que se ofrecieron para hacerlo, remontaban los primeros inconvenientes hurtando el cuerpo a las balas; pero se detenían, como por la mano del espanto, ante la primer dificultad seria, hasta que, demudado el color, regresaban a los parapetos, aquellos parapetos toledanos, abigarrados y extraños, hechos con veladores de café, sillas y colchones. Tantas veces como se re-

comenzó la operación, se quedó a medio camino. Algunos voluntarios que tenían más ánimo, al avanzar solos, caían acribillados a tiros. Como si se tratase de encubrir aquellos fracasos, los cañones tronaban más violentos y las descargas de fusilería se hacían más espesas. Pero ya estaba claro que con esas agresiones a las paredes del edificio los sitiados no estaban dispuestos a rendirse. El Alcázar de Toledo fué una pesadilla de muchos días. En él habían encallado los impulsos de la República, sin que el esfuerzo de Largo Caballero, que interesaba con apremio aquella victoria, fuese suficiente a ponerlos en franquía. Las cosas seguían mal, mal. Ahora la indecisión corría de nuestra cuenta. El Alcázar nos tenía subyugados y más parecíamos los sitiados que los sitiadores. Aquel mismo periodista que Negrín había acompañado como traductor al cuartel de Salafranca, asistido ahora, para los mismos oficios, por Marcelino Pascua, no acertaba a explicarse la pusilanimidad de nuestras armas.

—Como este asedio no termine pronto, seguirá haciendo la ventosa sobre las fuerzas del centro y no tardarán en tener al enemigo a las puertas de Madrid, después de haber conquistado Toledo.

Largo Caballero y Asensio

El periodista, sobradamente especializado en cuestiones militares, sabía lo que se decía. En sus palabras iba implícito un consejo, que o no se pudo o no se quiso poner en obra. Con Largo Caballero el asedio se había formalizado. La indisciplina había sido atada corta y ya nadie abandonaba el parapeto porque esa era su comodidad y su gusto. El cerco era un cerco. Fuera de él, en la ciudad, las cosas marchaban de diferente manera, y aun cuando Toledo, por su situación geográfica, con la hoz tremenda del Tajo, consentía una defensa perfecta el avisado recibía la impresión de que no sería defendido. El turismo militar y la inconsciencia que habíamos conocido en Madrid se habían trasladado a la ciudad imperial, y seguía haciéndonos de las suyas.

Había para desesperarse. Con tanta mayor razón cuanto que en el Norte habíamos perdido Irún. Muy lejos de Madrid estaba la villa guipúzcoana, pero no por eso era menos aflictiva una derrota que nos disminuía la frontera con Francia. Largo Caballero recibió esa plaza, muerta. Se perdió, aun cuando su pérdida se conociese después, el mismo día que tomó posesión de sus cargos. La contienda, de muchos días, fué durísima y la plaza hubiese resistido en su defensa, si no se hubiese agotado, materialmente agotado, la munición. La que pudo llegar por Francia, no llegó. A la victoria de Mola contribuyeron, en larga medida, los aduaneros franceses, que con unas y con otras artes interceptaron la llegada del vagón ferroviario que las contenía, consintiendo en cambio

que arribase a su destino cuando los rebeldes eran dueños de Irún. Los republicanos agotaron hasta el último cartucho. Soportaron los ataques de la aviación que, después de bombardear la villa, ponía en juego las ametralladoras. Mientras se disponía de cartuchería conllevaban con el menor temple todas las vicisitudes. El heroísmo báquico de las tamborradas de San Marcial, con los fusiles de madera, se había cambiado por la verdad trágica de aquella tamborrada de sangre, de la que se sentían satisfechos teniendo a raya a los carlistas. A sus gritos respondían con gritos, a sus descargas con descargas e Irún, tan alegre en la fiesta, como grave en el combate, seguía ondeando bandera republicana. Hasta que hueros los fusiles, los irundarras no tuvieron más que sus gritos para replicar al fuego de los carlistas y necesitaron abandonar su pueblo, de magnífica tradición liberal y volteriana, replegándose hacia el puente internacional, arrojando las armas al agua, y buscando asilo contra la muerte en tierra francesa. Irún, pieza clave del Norte, clausuraba el comercio con Francia. En lo sucesivo, el abastecimiento de las Vascongadas, de Santander y de Asturias necesitaría ser hecho por mar, por un mar discutido, donde el "España", vejestorio macizo, acechaba sus presas fáciles. La conducta de los republicanos de Irún no ha tenido las loas que merece. Se tomará por metáfora lo que es verdad rigurosa: que no rindieron la plaza hasta que los fusiles se les quedaron vacíos y las pistolas, de no poder hacer fuego, frías.

¡Aquellas descargas inútiles de Toledo! Pena y disgusto daba su recuerdo con la emoción fresca de cuanto nos habían relatado los supervivientes de las batallas de Irún. Cuando esos amigos llegaron a Madrid, nuestras descargas continuaban golpeando las paredes del Alcázar. Su toma, reiteradamente notificada por los periódicos, no influía, pese a la buena intención de los periodistas, en la marcha de los sucesos. Esa marcha seguía siéndonos desfavorable. Largo Caballero estaba parado frente al Alcázar toledano que era en la zona de Franco, un norte luminoso hacia el que, con el ejército, se habían puesto en peregrinación conmovida todas las voluntades facciosas. Esplendente y luminosa, aquella fortaleza en peligro les atraía con magnetismo poderoso. Para hacer frente a todo ese movimiento, físico y moral, Asensio sólo disponía de su pistola reglamentaria y de unas milicias que, sin transición, por rachas, pasaban del heroísmo al susto y del susto al heroísmo, abandonando el terreno cuando tenía defensa y pegándose a él, cabeza y cuerpo al descubierto, en las planicies indefendibles. Y con su pistola, que en más de un momento pensó llevarse a la frente y hacer fuego, Asensio respondía a la confianza que Largo Caballero le había hecho, para no retirársela en ningún momento. Unidos abandonarían el Ministerio de la Guerra; unidos y con el mismo mal sabor de boca.

CAPITULO XVI

Pérdida de Toledo y liberación de los defensores del Alcázar. — Un pájaro de hierro para un corazón de piedra. — La cartera de Guerra, caja de Pandora. — Amigos y adversarios de Asencio. — Al general Varela no le entran los planos. — Pascua debe mandarnos la victoria, certificada y urgente.

El día 28 de septiembre, los defensores del Alcázar fueron liberados por las tropas de Franco, que entraron en Toledo sin que necesitasen hacer demasiado uso de sus armas. Pequeños núcleos de resistencia, que se replegaban por los caminos de Madrid, les hicieron las salvas de ordenanza. No parece que hubo más. La escalada de la ciudad fué tan rápida que bastantes milicianos no llegaron a darse cuenta de ello, y se vieron envueltos por el enemigo cuando descansaban de la guardia de la noche. En uno de los edificios, los combatientes sorprendidos iniciaron una resistencia desesperada; pero las fuerzas y las municiones se les agotaron pronto, y, una vez rendidos, fueron pasados por las armas, desatendiéndose las súplicas de una comunidad religiosa, que había recibido de los soldados republicanos pruebas de consideración y respeto. Los regulares no se dejaban enternecer. Despojaban a los prisioneros de sus efectos y a continuación los fusilaban. Todo varón, por serlo, era sospechoso, y para saber si había participado en la contienda, sus aprehensores le obligaban a mostrar el hombro derecho. Si estaba enrojecido, quedaba condenado a muerte y la sentencia se cumplía sobre la marcha. Estos trabajos los hacían los regulares sin la menor emoción, con absoluta indiferencia. Su insensibilidad para la muerte ajena, que no para la propia, que ellos sabían suplicar, arrodillarse y llorar, no tenía parecido con nada. Se les dió, por muchas horas, el reino de la ciudad imperial. Registraban en las casas, buscaban en los sótanos, husmeaban en los patios, salpicando con mucha sangre las blancas paredes de los edificios toledanos. Donde no descubrían víctimas para su crueldad, encontraban objetos para su codicia. El botín les estaba autorizado por un corto período de tiempo. Era éste, antes que otro estímulo, que no podían sentir, el aliciente que les empujaba a ser los primeros en tomar por asalto los pueblos. Las leyendas sobre su ferocidad habían hecho mella entre nuestros milicianos, que les huían, desafiando en la huída peligros mayores, como el paso del

Tajo, en cuyas aguas fueron muchos los que encontraron la muerte. Mientras los regulares hacían la operación de "limpieza", en el Alcázar se rescataba a sus defensores, que asomaron a la luz, en un estado de extrema postración física. Indiferentes al homenaje de vítores de sus compañeros, sin la ayuda de brazos ajenos, se hubiesen derrumbado; tan agotados estaban. El resorte heroico que los mantuvo tiesos en tanto necesitaron resistir, se había inhibido, al faltar la necesidad, y aquellos que salían de los sótanos del edificio eran débiles criaturas humanas, sin vergüenza de sus flaquezas y de sus miserias. Los héroes habían quedado dentro, dueños de una casa que con mayor razón que nunca, será sagrada para los infantes españoles. No les discutamos ese título, que sería mezquindad tonta Su derecho a él no puede ser más legítimo. La proeza cumplida allí por los soldados a las órdenes de Moscardó, tiene toda la fuerza de la mejor página histórica. Puede que en la estimativa profesional de los militares, sea la más fácil; pero en la humana es, inequívocamente, la más difícil. Se exige saber mirar a la muerte horas y horas, días y días, semanas y semanas, cara a cara. Sostenerle la mirada sin una debilidad; soportando su macabro regocijo, desoyendo sus carcajadas de victoria. Vencedores de esa prueba, al encararse con la vida todos aquellos hombres recibían en el pecho el golpe seco de todos los miedos a que se habían hurtado y temblaban, escalofriados, de lo que no habían temblado. Sufrían de lo que no habían sufrido. Lloraban de lo que no habían llorado. Brazos fraternales tenían necesidad de soportar la carga de aquellos cuerpos a quienes la conciencia de su victoria increíble ponía en trance de sufrimiento y de regocijo, de angustia y de dicha. Y es que la pesadilla conservaba su fuerza y ésta era más grande que la de verdad, presente en el calor del sol, en el aire puro. en los colores de los uniformes y en los gritos entusiastas de los soldados.

Moscardó, Corazón de Piedra

En su grandeza impresionante y dramática, sólo consiguió verlos el padre Vázquez Camarasa, cuando se acercó a ellos para encomendar sus almas a Dios. El sacerdote vive con la huella de aquella escena; acusado, por otra parte, de haber intentado debilitar la resistencia. Esas cosas rencorosas que los rebeldes acostumbran a poner a sus mejores páginas, las desfiguran y empequeñecen. El caso de Vázquez Camarasa, que aceptó ir en cristiana ayuda de unas conciencias religiosas atormentadas por la falta del sacrificio de la misa, se repite en el defensor de Goded, condenado a una pena severa por haber defendido a quien no necesitaba defensa alguna, según el concepto jurídico, bastante pintoresco, de un Tribunal Militar a quien la fuerza, que no el derecho, con-

fiere títulos para juzgar y sentenciar. Es posible que los jueces de ese defensor no hubiesen descubierto en sí mismos el necesario valor para asumir la defensa del general, en los días en que los anatemas se pronunciaban con facilidad, y eran seguidos, muchas veces, de castigos crueles. Vázquez Camarasa no fué emisario del gobierno republicano, sino vicario de Cristo, que llevó a los sitiados el consuelo de la religión, y que, cediendo a las súplicas de las criaturas más débiles, mujeres y niños, intercedió por ellas cerca de Moscardó. No se alcanza a saber cuál es su delito. Menos alcanzarán a conocerlo quienes vieron la procesión de madres escuálidas y niños tarados por el hambre y los sufrimientos que, al liberarse el Alcázar, salía por su puerta. Este segundo grupo de sitiados no habían sido héroes en ningún momento, ni tenían por qué serlo. Eran, si acaso, las víctimas de los héroes. Sus acusadores. Cuentan que, a su vista, el entusiasmo de los vítores se apagó súbitamente. El espectáculo no tenía nada de glorioso. Rostros demacrados, con los estigmas de padecimiento capaces de anonadar la razón; cuerpos prematuramente envejecidos, a los que se hizo necesario transportar en camillas; ojos turbios y mortecinos, bocas con un rictus amargo... ¿Cautivos liberados? ¿Criaturas en cautiverio? Juzgando por sus trazas, lo segundo. Mujeres sin gusto para la vida; niños atemorizados por la hora siguiente. A los sollozos de los más, se mezclaban los gritos de los que habían enloquecido. Por la ciudad rodaba el ruido de las descargas con que los regulares hacían su operación de limpieza. El horror de los locos tenía en qué apoyarse. Los héroes iban a ser izados a pedestal; sus compañeros de la España franquista cortaban laureles para sus cabezas, sin pensar en conmoverse con el sufrimiento de aquella carne anónima, con el dolor de los huesos femeninos e infantiles, utilizados como empalizada y trinchera. La página del Alcázar, cuidadosamente miniada y caligrafiada, tiene esa mancha imborrable. Moscardó se nos aparecerá siempre a los españoles como un héroe atrincherado en hijos que no son suyos, en mujeres que no son su madre, su esposa ni sus hermanas. Su heroísmo andará, por eso, muy cerca de la infamia. El laurel que ciñe sus sienes se pudrirá, y para su corazón de piedra no dejará de haber, en la leyenda, un pájaro de acero. Sol y sombra del heroísmo. Contradicción insoluble sobre la que únicamente aciertan a saltar los héroes de la gran estirpe. Moscardó no se decide a dar ese salto ni cuando se lo imploran en nombre de la religión. Siente que necesita el parapeto que forman aquellas criaturas desvalidas y libres de toda disciplina militar. Intuye que son su defensa y amparo, los verdaderos muros en que se detiene el impulso de los atacantes. Sólo se equivoca a medias, pero aun cuando se equivocase por entero, ¿no es su intuición un homenaje valioso a la República y a sus soldados? Estos han gritado muchas veces, sus-

pendiendo el fuego: "¡Dejad salir a las mujeres y a los niños!" Sabían que era aumentar la despensa escasa de los sitiados, pero, por encima de esa consideración, los sentimientos humanos les aconsejaban pedir a voces la liberación de los inermes. Dada nuestra indecisión para un ataque a fondo, el epílogo hubiera sido el mismo, y la página del Alcázar no estaría emborronada en sangre infantil y femenina, ni el romance exigiría un pájaro de hierro para un corazón de piedra. El silencio que se opera en la plaza escombrada del Alcázar, al aparecer el grupo doliente de los cautivos civiles, anticipa un juicio histórico que la retórica imperial no podrá borrar.

¡Hemos Perdido Toledo!

La victoria de Toledo y la liberación de los héroes del Alcázar determinó un bien justificado regocijo en la zona nacionalista. Las campanas de las iglesias repicaron alegres. Las radios difundían la noticia con las promesas más halagüeñas: la próxima etapa del recorrido victorioso de las tropas nacionales era Madrid. La guerra, que estaba comenzando, se aproximaba, según los augures de las estaciones emisoras, a su fin. La conquista de Madrid, que ningún poder humano evitaría, sería el punto final de las operaciones. El optimismo de los rebeldes tenía su razón. El avance de las tropas no encontraba resistencia. El ejército de la República seguía siendo una montonera, que se gobernaba por sus instintos. Para someterla a las leyes militares hubiera necesitado lo que no tenían: mandos. Los que había improvisado no eran aptos sino a la hora del valor personal y del sacrificio. Pero esto no resolvía la cuestión de fondo. Se necesitaban buenos cabos, buenos sargentos, buenos oficiales, buenos capitanes..., la pequeña cuadrícula jerárquica. No la tenía la República y esta falta daba origen a su inferioridad, y su inferioridad a las derrotas que, silenciadas al producirse, venían a conocerse con retraso y sorpresa. "¡Cómo!, ¿hemos perdido Toledo?" Sí, aun cuando no lo supiese el presidente de la República, habíamos perdido Toledo. Y la noticia, que no tenía confirmación oficial, mejor, que se desmentía burocráticamente, la difundían los milicianos que acababan de abandonar la plaza al enemigo. Azaña, que la tenía por el conducto callejero, la ignoraba oficialmente. De las dos versiones se quedaba con la peor, que era, desgraciadamente, la cierta, y proyectaba, con buen sentido, abandonar Madrid. No él, nadie podía sospechar que los fusiles que habían dejado sin defensa Toledo, hubieran de sublimarse en la defensa de la capital, ciudad abierta, de defensa casi imposible, y desde luego, mucho más difícil y laboriosa que la plaza que, cedida de barato, tenía en su poder el enemigo. Largo Caballero, que acudió aquella tarde a despachar con el presi-

dente, carecía, a su vez, de una información que en las redacciones de los diarios se estaba enfriando y en las calles había deprimido el ánimo público. ¿Qué pensaba el Gobierno? ¿Qué esperanzas había? ¿Qué hacía Asencio? Se podía notar perfectamente cómo el pueblo buscaba una razón mesiánica para alivio de su desconsuelo. Era frecuente que se nos preguntase: "Ustedes que tendrán información, ¿cómo ve las cosas Largo Caballero?" Mentíamos confianzas en que no creíamos. Teníamos temor de que se derrumbase el potencial mítico que representaba nuestro camarada.

El ministro Largo Caballero necesitaba, cuando menos, cubrir su etapa, que no había hecho sino comenzar y comenzar con desgracia. Esta no hubiese sido fortuna para otro hombre. El gobernante, por serlo, es responsable de la desgracia, aun cuando no le quepa en ella culpa personal y sea resultado de una imprevisión o laxitud colectiva. Los triunfos y las derrotas se personificaban en él y esta ley de siempre no parece que haya de modificarse en lo porvenir. Desde luego, en el tiempo de la guerra no estaba derogada. Nos fulminó a todos cuantos ejercíamos autoridad, pero con mayor violencia y dureza a quienes en trance tan apretado habían pechado con la cartera militar, especie de caja de Pandora sin secreto, que no contenía sino desventuras e infortunios de un peso anonador, sin fondo ninguno de esperanza. Largo Caballero era el cuarto hombre que, en breve período de tiempo, la llevaba a su cargo. De sus antecesores, el primero, Casares Quiroga, se había hundido en una crisis de desesperación que le indujo a buscar la muerte, propósito del que le hicieron desistir sus amigos; el segundo, Castelló, perdió la razón y hubo de ser recluído en un manicomio, y sólo el tercero, Hernández Saravia, quizá por su formación militar y su temperamento ecuánime, salió indemne de la durísima prueba, y aun se empleó en otras con un buen ánimo inalterable y resuelto, que nos hizo concebir, una noche trágica, a media docena de personas, esperanzas que no se realizaron y que disminuyeron nuestro crédito a límites insospechados. La historia de ese episodio está al final y tendrá que ser contada despacio. Del dolor del servicio que deseó hacer y que no se le dejó que hiciese, pudo volverse loco. No lo está. Tiene una herida abierta, pero cuida pudorosamente de tenerla tapada. Es un soldado que sabe obedecer y callar.

Horas Amargas de Largo Caballero

LARGO Caballero, cuarto ministro de la Guerra a partir del momento de la insurrección, había de conocer sus horas amargas, sus noches tristes. El enemigo proyectaba, para plazo corto, hacerle desalojar el Palacio de Buenavista. Su fácil victoria sobre To-

ledo le confería títulos para escribir los calendarios más optimistas. Urguía levantar diques en su camino. Había que poner en juego todas las potencias capaces de ofrecerle resistencia. El ministro llamó a consejo a todas las principales autoridades militares. ¿Qué se debía hacer? ¿Qué se podía hacer? La respuesta correspondía a los técnicos. Al ministro, mandar. Su orden no necesitaba ser pronunciada. Se podía leer en sus ojos fríos y claros: cerrar el camino de Madrid a los soldados de Franco. Y secundariamente, preparar a la capital para una defensa victoriosa. La reunión, muy solemne, muy numerosa, fué abundante en palabras y en promesas. El general Asensio, el primero en vivir las angustias de aquella campaña desgraciada, se ofreció sin reservas. Dijo cuál era la situación, cómo se desarrollaban las cosas y en qué trances difíciles, por la defección de los soldados, en los que el miedo a los regulares era superior a todo adjetivo, se encontraba metido cada dos horas. Llegó a decir que su vida la ponía a la disposición del ministro. En aquel salón ministerial el ofrecimiento de Asensio suscitó más de una sonrisa. Pareció un mal recurso parlamentario. El general Asensio, como todos los militares de alguna significación y relieve, tenía sus simpatizantes y sus debeladores. La campaña de los elogios era contrarrestada por la de los denuestos.

Para sus adversarios, Asensio era un militar intrigante, aficionado a hacer política y muy poco serio en sus costumbres. A la noche tenía preocupaciones distintas de las del día, y en satisfacerlas gastaba todo el tiempo que necesitaba para pensar en sus soldados. Sólo un ignorante de las necesidades militares podía darle confianza.

El que Largo Caballero hubiese abdicado su voluntad en él explicaba la desventurada marcha de los sucesos. Estas opiniones que los comunistas hicieron suyas, con un clarísimo propósito político, abandonadas que fueron por ellos, o cuando menos relegadas al olvido, continúan circulando entre los hijos de Marte. Igual pasión en los admiradores. Para éstos, Asensio ve más con los ojos cerrados que X. y Z. con los suyos abiertos. Un coronel que secundó a Asensio en sus trabajos del centro, que acreditó coraje y capacidad de mando, extremando la defensa de Olías del Rey y causando al enemigo muchas bajas, el coronel Mena, que llevaba su temeridad hasta seguir afeitándose en plena calle del pueblo mientras la aviación lo bombardeaba, me decía con su voz ronca:

—Yendo a las órdenes de Asensio yo no pongo reparo en nada. Voy donde él quiera y hago lo que él quiera. Es un jefe, un gran jefe.

En cambio, otro coronel, éste de estado mayor, sobre cuya laboriosidad y aplicación puedo dar fe y la darían igualmente Prieto y Negrín, como fuese indicado para formar parte del estado mayor de Asensio, pidió que se le relevase de la obligación de acep-

tar. Cuando me razonaba discretamente su negativa, aclaraba:

—No es porque sea de promociones más jóvenes, no. Resulta imposible que se establezca la necesaria identificación entre él y yo, cuando esa identificación no se da, el trabajo, por no hacerse gustoso, sale mal.

Simpatías y Diferencias

Estas simpatías y diferencias no son exclusivas del general Asensio. Acompañan, a lo que pude aprender, a todo militar con alguna notoriedad. Además de las querellas de arma contra arma, existen estas otras dentro de los mismos cuerpos. Se puede afirmar, sin error, que Franco es un cretino para Jordana, y éste un majadero para el generalísimo y caudillo. Son los celos y las banderías de cada oficio. Cuando Asensio ofreció poner su vida a la disposición del ministro, no decía nada que se asemejase a una hipérbole jactanciosa. Eran ya muchos los días que la tenía puesta al tablero, con más probabilidades de perderla que de ganarla. Esa circunstancia no me era conocida por él, a quien no saludaba, sino por el redactor militar del periódico que estaba viviendo la campaña del centro muy en la proximidad del general. Este redactor, con el que solía estar incomodado, aparecía por la redacción de higos a brevas, y cuando esperábamos de su capacidad un trabajo que nos proporcionase material en abundancia para informar a nuestros lectores sobre las operaciones, se sentaba a su mesa y comenzaba el largo relato de nuestras desventuras. En medio de la negra pintura, las explosiones luminosas de algunos actos heroicos, suscitados por la propia desgracia.

Cuando terminaba el informe se me quedaba mirando, preguntándome con los ojos si valía la pena comunicárselo a los lectores. Yo le mostraba ejemplares de los demás diarios madrileños, exuberantes de noticias estupendas y orgullosos de sus boletines de victoria. Se encogía de hombros. No se sentía con fuerza para falsear la verdad y si a nuestras insistencias nos deja, antes de volver al campo, alguna crónica defendía su prestigio de periodista veraz refiriendo líricamente los episodios heroicos. "¿Cómo ve las cosas Asensio?". "Como podemos verlas todos: muy mal". Y añadía: "Nuestra inferioridad con respecto al adversario es excesiva. Necesitaríamos disponer de un material de que carecemos, de unos mandos que no tenemos y de una disciplina que ignoro cuándo vamos a poder instaurar. El general se juega constantemente el "tipo", pero esos alardes de valor no nos sacan del atasco. En uno de sus frecuentes desplantes ante la tropa que le abandona, castigada por las espuelas del miedo, le quitarán de en medio con dos tiros. Tendremos que fingir que lo ha matado el enemigo. Se le enterrará con unas cuantas coronas y quien le suceda en su actual responsa-

bilidad, caerá en desgracia porque no podrá impedir que el adversario, persiguiéndonos, que no combatiéndonos, se establezca a las puertas de Madrid, necesitado de algún descanso antes de resolverse a tomarlo. Con ser todo malo en esta historia, lo peor de ella es que no combatimos. Lo hacen algunos pequeños núcleos, pero aún éstos, abandonados del grueso de nuestros hombres, cuando el viento les lleva olor de moros, abandonan el terreno, replegándose arbitrariamente donde mejor les parece. Psicológicamente ha sido un gran acierto de los mandos rebeldes el colocar a los moros en vanguardia. El miliciano les tiene horror y los ve, sin verlos, en todas partes. No se sabe bien qué suerte de fiereza les atribuye. Se creería en un miedo ancestral y atávico contra el que nada pueden ni los razonamientos ni las coacciones. Es un miedo que salta sobre las mismas ametralladoras amenazantes, que desafía a los fusiles correctores de debilidades, que avasalla a los jefes... Increíble y desesperante. ¿Qué se le puede pedir en esas condiciones a un general? Su táctica se limita a ganar el mayor tiempo posible. Contraataques recomendados por la más elemental matemática militar, concebidos con justeza, tan pronto iniciados, tan pronto fracasados. El enemigo avanza desdeñando las previsiones, con una audacia que debería costarle cara y que le resulta gratis; entra en cuña con flancos descubiertos y no es él quien perece, sino nosotros, quienes nos retiramos. La desesperación de Asensio no proviene tanto de lo que se hace mal, como de lo que ni siquiera se intenta.

Burla del Destino

El enemigo le suministra constantes ocasiones de victoria que él no puede aprovechar. Es como una burla que le hace el destino: despliega ante su vista el panorama de un golpe maestro que le haría dueño de la situación y cuando el general dispone las cosas para realizarlo, el grito de un atemorizado —"¡Estamos copados!"—, la defección súbita de una milicia cansada, el viento que trae olores de morisma o el espejismo de un peligro, destruyen su esfuerzo y borra, con un retroceso alocado, toda huella de posibilidad victoriosa. El destino no se cansa de hacerles estas jugarretas, capaces de arruinar la voluntad más segura y el ánimo mejor templado. Es un misterio cómo Asensio, que tiene la pasión de su oficio y una ambición legítima, no se ha dado, en un rapto de desesperación, muerte por su propia mano. Debe confiar en que habrá un momento en que pueda, venciendo la presente desmoralización, conseguir que sus planes se ejecuten. Si su esperanza adquiere confirmación dichosa, podré escribir las crónicas que ahora me es imposible redactar. "No le dueña, director, no competir en victorias con los demás colegas, que eso irá ganando nuestro crédito". Este redactor de "El Socialista" no era un incondicional de Asensio. Le

conocía de Africa, donde le había visto desarrollar un trabajo eficaz, y donde había podido identificarle aficiones, que no defectos, inherentes a toda juventud cabal, de las que hace mérito el Arcipreste de Hita. Reputándole muy excelente militar, el periodista confiaba en que se le deparase ocasión de comentar su victoria. Cuidaba de no perderle de vista en el campo y para no ser un sujeto pasivo, se prestaba a los más variados oficios, desde el de oficial de enlace hasta el de capitán de milicia. Era depositario de confianzas del Estado Mayor y ejecutor de cometidos difíciles. Desventuradamente, la crónica que esperábamos de nuestro compañero no llegaba. Su silencio era para nosotros la prueba evidente de que las cosas marchaban mal; de que el destino seguía embromando a Asensio. Infinitamente más capaz que Varela, que había sucedido en el mando a las tropas rebeldes a Yagüe, substituído por Salamanca después de la toma de Toledo, se veía arrollado por él. "Varela —ha escrito de éste un falangista— posee valor personal, pero los planos y la táctica no le han entrado y se hace un lío con los contingentes a su mando. Fracasó estrepitosamente en todas cuantas tentativas dirigió hasta que, ante la imposibilidad de lograr su cometido, el cuartel general varió de rumbo las operaciones en busca de éxitos más fáciles que calmaran la inquietud de la opinión defraudada". Este general de fracasos estrepitosos, a quienes los planos y la táctica no entraban en la cabeza, derrotaba, en los caminos que conducían a Madrid, a Asensio. En condiciones de igualdad, y sin ésta, con un mediano equilibrio de armas y disciplinas, el general Varela no hubiese podido dar un paso con fortuna. Salamanca le regaló con un mando que, a partir de Talavera, y mucho más después de Toledo, no tenía pérdida. El esfuerzo se limitaba a perseguir tropas en derrota, infligiéndolas toda suerte de castigos para evitar que pudiesen ser recuperadas por sus mandos y se capacitaran para una resistencia eficaz. La vanguardia de Varela llevaba iniciativa libre. Podía osar a todo con impunidad. La aviación, que ya comenzaba a tener volumen, le facilitaba, con bombardeos feroces, un avance tranquilo.

Los aparatos que nosotros oponíamos a los suyos, eran insuficientes. Nuestros pilotos se embarcaban en ellos a morir. La táctica del vuelo rasante que les estaba recomendada la usaban sin demasiada convicción. No creían en su eficacia. El más reacio a su empleo era Mellado. Una noche en que cenábamos con él, nos explicaba su resistencia al vuelo rasante. Marcelino Pascua, que era el anfitrión y que había fracasado en su proyecto de llevarse a Mellado a Rusia como agregado aéreo, por haber negado Prieto la autorización, alegando que no podía prescindir de un elemento tan valioso, razonaba las ventajas del nuevo sistema de ataque aéreo. Mellado las reconocía, y con él los otros dos pilotos que nos acompañaban a la mesa, pero no manifestaba entusiasmo ninguno

por la novedad. La impugnaba por demasiada expuesta a peligros. Era un piloto experimentado que se atenía para combatir, cosa que no había soñado hacer nunca, a las normas clásicas. Dos días después de aquella cena, despedimos a Pascua que partía para Moscú. El ambiente era pesimista y todos nuestros ojos estaban fijos en la ayuda que pudiese llegarnos de la otra punta de Europa. El embajador, no más llegar, tenía que mandarnos, certificada y urgente, la victoria, en forma de inmensos cargamentos que cubriesen, en un abrir y cerrar de ojos, todas nuestras necesidades civiles y militares. Partió Pascua, despedido por la algarabía de todos los vecinos, adultos y párvulos, de la casa de Velázquez, y por la cordialidad de sus amigos. Entre ellos no estaba Mellado; ni estaba ni volvería a estar. Volando sobre el enemigo, su aparato se fué a tierra, sin que sus camaradas volviéramos a saber más de él. Nuestros aparatos, con sus pilotos dentro, mermaban y eran muy contados los que podíamos oponer al adversario, que, con pocas jornadas más, daría vista a Madrid, al que no simultaneaban la fortuna de verlo con la suerte de tomarlo.

CAPITULO XVII

El presidente de la República sale de Madrid en visita de frentes. — Las autonomías: Política de Companys en Cataluña y concesión del estatuto al País Vasco. — Ataques a Prieto. — Disminución de la autoridad del Gobierno. — Una consulta de Galarza.

EN el Palacio Nacional se hacían preparativos de viaje. El Gobierno dió una nota para tranquilizar a la opinión: por acuerdo del Consejo de Ministros el presidente se trasladaba, en visita de frentes, a las zonas levantina y catalana. La verdad, inocultable para el pueblo de Madrid, es que el presidente abandonaba la capital del Estado porque la situación comenzaba a hacerse crítica. La determinación pareció razonable y no solamente no fué censurada, sino que se alabó Don Manuel se fué, con su séquito, a Barcelona, donde había de pasar momentos apurados y sufrir no pocas contrariedades. Barcelona, con abundancia de todo, hervía de pasiones revolucionarias, que se manifestaban de muchos modos y maneras. Prácticamente la autoridad estaba en manos de los sindicatos de la C. N. T., que la ejercían por medio de las llamadas "Patrullas de contról". El gobierno de la Generalidad, que presidía Companys, litigaba con el gobierno central sobre materias del Estatuto autonómico, y conllevaba la situación que le habían creado los sindicatos, a cuya fuerza expansiva no tenía posibilidad de poner límites.

Companys no quería reñir ninguna batalla cuyo éxito no estuviese previamente asegurado. Daba tiempo al tiempo, confiando en que parte de aquella fiebre remitiría y entonces le sería hacedero recuperar resortes de autoridad que, como sucedió en Madrid habían dejado de responder Hacía esa política y la hacía con la natural cautela, apoyándose preferentemente en la emoción autonómica del pueblo catalán de la que él era, desaparecido Maciá, el paladín más visible. La guerra había venido a consagrar la política autonomista de la República. Reunidas las Cortes, el primero de octubre, votaron el Estatuto del País Vasco, que iba para dos años que venía siendo estudiado por la comisión parlamentaria correspondiente, sin que lo dictaminase, por oposiciones diferentes, para su inserción en el orden del día de la Cámara. La guerra dió a los nacionalistas vascos ese triunfo retrasado, en cuyo retraso a

nadie sino a ellos les cabía culpa, por haberse enfrentado, con motivo de la política religiosa, con las izquierdas, prefiriendo a la victoria de republicanos y socialistas, la de la Ceda y los agrarios, fuerzas ambas cerradamente centralistas. Instaurada la autonomía vascongada, se constituyó con representación de todas las fuerzas políticas de las Vascongadas el gobierno de Euzkadi, bajo la presidencia de José Antonio de Aguirre, entre cuyas cualidades destaca como inapreciable una· la lealtad. Hombre de firme fe religiosa y de inquebrantable pasión nacionalista, ha encontrado la manera de conservarse finamente liberal y tolerante. Diríase de él, después de que los historiadores católicos se dieron maña para meterlos en la ortodoxia, que es un Caballerito de Azcoitia, grato para dialogar con él, sobre materias de gobierno y de fe, bajo los arcos de la Casa Consistorial, en tanto en la plaza, húmeda de lluvia y verde de árboles, el chistu toca solemnemente con aire de pavana... En vez de esos diálogos de paz le correspondía hacer disputas militares. Sus afanes en el Norte no eran distintos a los de Largo Caballero en Madrid. Este habia dicho a los diputados de la Nación: En tanto nos quede un pedazo de la patria en que afirmar nuestros pies, la lucha por la victoria no se interrumpirá. Largo Caballero no habló a los parlamentarios para emocionarles. Su palabra enjuta jamás se propone esos efectos. Habla friamente para manifestar un propósito, para decir lo que ambiciona, para anticipar lo que va a hacer En la ocasión todo el discurso le cabia en tres palabras: Forzar la victoria. Largo Caballero no es, por supuesto, infalible. Menos es un simulador. Cree, con error o con acierto, en lo que dice y cuando lo que afirma es un propósito de su voluntad, ese propósito está servido en él por la pasión más robusta y sistemática. Largo Caballero creía en la victoria porque poseía una seguridad ciega en sí mismo. Se equivocará quien le clasifique como vanidoso o ególatra. No es un problema de vanidad, sino de mística política. Si se le hizo alguna sugestión para que el Gobierno, a semejanza del presidente de la República, trasladase su residencia oficial, la rechazó de plano, sin tomarla en consideración. No pasaba a creer que la gravedad se acentuase tanto que exigiera el traslado del ministerio. Su alucinación de visionario le prohibía las previsiones catastróficas. Operaban con la noticia de cada día, sin desconfiar del triunfo. Su crédito público había disminuído. Su potencial mesiánico se esfumaba. El milagro que de él se esperó no se produjo y esto era suficiente para que el escepticismo clavase arpones en su popularidad. En todas las esquinas podian leerse carteles en que la C. N. T., en nombre de un millón de combatientes, pedía estar representada en el Gobierno. Los diarios confederales razonaban extensamente esa necesidad, enzarzándose en polémicas agrias con sus impugnadores. Esa petición representaba una forma de la impopularidad del Gobierno. Por ese

tiempo, los sindicalistas estaban terriblemente enfadados con Prieto, cuya gestión en orden a la escuadra criticaban con terrible violencia, sobre todo desde las páginas de "Solidaridad Obrera", de Barcelona. El problema de la escuadra, que era a la vez el de Cartagena, tenía importancia gravísima Los anarquistas temían perder el predominio que aseguraban tener sobre ella, y acusaban al ministro socialista de favorecer la actividad de los comunistas. Concretaban en Prieto, las culpas de la inactividad de los buques; le censuraban como nocivas sus órdenes y le impugnaban con aspereza sus nombramientos. Con semejante ministro, tan dócil al mandato de Moscú, no era sorprendente que la guerra en el mar fuese para la República una cadena de fracasos. La versión del titular de la cartera difería de la de sus impugnadores. Si los buques no navegaban o lo hacían tímidamente, las causas debían buscarse en motivos más dramáticos que los aducidos por sus censores: en la falta de oficialidad competente. El grupo de oficiales que había sobrevivido a las violencias dependía de unos comités, nombrados por la marinería, que hacían y deshacían a su antojo. En la base de Cartagena y en el arsenal, dependiente de ella, la situación de la disciplina no era mejor. La baraja de hombres con que el ministro podía jugar era muy escasa, si bien eran gentes de temple y de carácter: Ubieta, Buiza, Ruiz, Játiva, Cortazar, Bruno Alonso. Andando el tiempo, la versión que yo había escuchado a Prieto, me la confirmaría, con gran copia de detalles descorazonadores, Játiva, persona de absoluta veracidad y de unas condiciones morales extraordinarias. Pero el ministro no podía polemizar; ni nosotros, periodistas ministeriales, podíamos usar de sus informes, que hubiesen causado una lesión al régimen y un resquemor en los marinos.

Disminución de la Autoridad

Ello es que la autoridad del Gobierno se había resquebrajado, coincidiendo la disminución de su autoridad con el acercamiento de los rebeldes a Madrid. En algunas zonas de los alrededores de la capital, equipos de hombres cavaban trincheras. Era la última pasión: cavar trincheras. De los ministerios, de las oficinas públicas, de los establecimientos y comercios, oficinistas y dependientes, embarcados en camiones, eran enviados a hacer fortificaciones. Fortificaciones llamábamos los periodistas a unas zanjas de medio cuerpo que no tendrían posibilidad de utilizar los soldados. ¡A fortificar! ¡A fortificar!, gritaban los diarios comunistas. Y añadían: "Madrid será la tumba del fascismo". Este "slogan" se había pronunciado con anticipación, y a los socialistas se nos ocurrió objetar, ¿por qué no hacérsela un poco más lejos? Otro tema comunista fué Petrogrado. Recordaban minuciosamente el riesgo que

corrió la capital de la revolución rusa, sin aludir a todas las figuras que intervinieron en su defensa. De corregir el olvido se encargaron los secuaces de Trotsky. También la Oficina de Propaganda de la Generalidad envió a Madrid unos carteles en que, con el plano de Barcelona, se ilustraba a los madrileños sobre la invencible fortaleza de todo pueblo que desea defenderse. El madrileño no paraba demasiada atención en tales curiosidades históricas. Pensaba, más que en la guerra, en el invierno que se le avecinaba. Las apelaciones al heroísmo no le interesaban. Los batallones fortificadores no hacían trabajo útil. En dictamen de ingenieros y de arquitectos, las trincheras que se construían no servirían para nada. Eran una pérdida de tiempo. Argumentaban largamente sus puntos de vista, para acabar sosteniendo la necesidad de un método y un plan, que según ellos no había. Aquellas personas a las que se compelía, con menos violencia que malos modos, a tomar la pala y el pico, estorbaban y no ayudaban. Los tajos se escombraban de trabajadores teóricos, tanto más entusiastas, cuanto más inútiles. Las fortificaciones de la capital eran modestísimas zanjas, sin profundidad, de las que la aviación enemiga expulsaría a nuestros combatientes tan pronto como se lo propusiera. Donde las cosas se hacían con más conciencia, empleando en la medida que se podía, el cemento, la obra no adelantaba con la prisa que se requería. Observando aquel trasciego de camiones, cargados de fortificadores de todas las edades, Madrid recibía la impresión de que le estaban haciendo una cintura amurallada, infranqueable para los ejércitos mejor pertrechados de ingenios demoledores. La verdad era mucho más modesta que da vergüenza confesarla. Nadie pasaba a creer que Madrid pudiera defenderse. Ese tema espinoso estaba descartado de todas las conversaciones. No recuerdo que lo tratásemos, ni una sola vez, los directores de los periódicos de la capital que, a instancias del ministro de la Gobernación, Angel Galarza, nos reuníamos con él todas las tardes para ser informados de la marcha de los sucesos militares, al objeto de que poseyéramos una base firme para nuestros comentarios. Galarza, que había ejercido como periodista en Madrid, era con sus antiguos colegas todo lo amable y atento que podíamos apetecer. En relación directa con Largo Caballero, nos proporcionaba las noticias del frente y nos hacía sugestiones que discutíamos con él. No necesito decir que las sugestiones eran mejores que las noticias, de las que el ministro no era responsable. A mí me reprendió cordialmente por un artículo, del que era autor, y en el que reclamábamos coraje para una semana, afirmando que transcurridos esos siete días, la defensa de Madrid estaría perfectamente garantizada. Atendido el crédito de nuestro diario, el artículo produjo muy honda impresión, dato que podíamos medir por la considerable correspondencia que determinó. Todas las cartas respiraban

entusiasmo, y quienes las escribían se brindaban para hacer cuanto se les pidiese. Nuestras indicaciones tenían una repercusión inmensa. Así, cuando aseguramos que cinco mil hombres resueltos salvarían Madrid, las más sorprendentes filiaciones nos llegaron de todas partes. Fernando Vázquez, que abría el correo, deseaba que constituyésemos aquel regimiento de los cinco mil hombres, dándole un apellido socialista. Pero yo me mostraba partidario de la división del trabajo y entendía que el nuestro se limitaba a suscitar el entusiasmo, correspondiendo a otros su canalización y aprovechamiento.

Los Periodistas Madrileños

El artículo de "El Socialista" en el que pedíamos coraje, sin desfallecimientos, para una semana, fué estimado en el Gobierno, y en la propia Presidencia de la República, como una confesión paladina de indefensión por falta de elementos. Galarza, finalmente, sin acrimonia, me censuró delante de los demás compañeros. Acepté la reconvención, sin oponer más que una tímida defensa No la voy a intentar ahora. Sólo diré que todavía hay madrileños que recuerdan aquel artículo, que les avivó el entusiasmo y les sacó de un estado de pasividad que nada bueno prometía. Alguna vez he encomiado lo que los periodistas hicimos por la defensa de Madrid, y lo que hicimos fué romper un estado de marasmo que no dejaba hacer al heroísmo. La constante ocultación de la verdad, nos hacía daño. Fuerte debió ser la contribución de los periodistas a la defensa de Madrid, cuando en el cuartel general de Salamanca decidieron —decisión que han cumplido— condenarnos a muerte. Treinta y cinco son los ajusticiados en Madrid Entre ellos están, según noticias que no parecen desmentirse, Javier Bueno —el mejor de todos nosotros en hombría y sabiduría, excepcional de carácter e insuperable de compañerismo—, al que han ahorcado con soga; Salado, de "La Voz", una pluma fina y delicada, prometida a grandes éxitos; Hermosilla, de "La Libertad", que pudo esperar todo del periodismo menos ese final infausto, y quizá, quizá porque no tengo noticias de él, un muchacho cuya vocación apasionada estimulé yo y de cuyo futuro podían hacerse los mejores vaticinios: Mendieta. Fuerte fué nuestra contribución y cara ha sido la cuota. Aparte de esa reconvención, que recuerdo sin la menor molestia, en aquellas reuniones con el ministro de la Gobernación se trató, a su iniciativa, de un tema que tiene una cierta curiosidad. Prácticamente la entrevista de aquella tarde había terminado. Conversábamos de pie, cuando Galarza, pidiéndonos promesa de discreción, se resolvió a consultarnos una duda. Aclaró: "El jefe del Gobierno es absolutamente ajeno a lo que me propongo decirles y esa es la razón por la que les pido la más absoluta reserva". "Se trata —siguió— de la posibilidad de un canje que se me ha

indicado y sobre el que no me resuelvo a decir una sola palabra. Las personas a canjear serían el hijo de Largo Caballero, que como saben lo tienen en rehenes los rebeldes, y José Antonio Primo de Rivera". Copio de mi nota de aquel día: "La repulsa fué general: "¡Imposible!" "¡Ni hablar de eso!". Yo me callé. Tenía la sensación de que acababa de dictarse, en aquel momento, la pena de muerte contra Primo de Rivera. Como la conversación se prolongase sobre el mismo tema, hice algunas insinuaciones que se rechazaron con sorpresa: "¡Sería peor! Lo arrastrarían". "Se reputaría una traición". Necesité defender lo que consideraba justo. ¿Se quería una muerte simbólica? ¿No acabaríamos arrepintiéndonos tarde de una torpeza irremediable? ¿No lo sería igualmente consentir que la represalia alcanzase a un hijo de Largo Caballero? El ambiente era cerrado y hostil. Galarza temía que la represalia se produjese, pero su gestión había fracasado. Insistió en que la silenciásemos". Presumo que a Galarza le era indiferente la vida de Primo de Rivera, interesándole mucho, en cambio, la de Paquito Largo, interés al que tenía derecho, ya que debía conocer el torcedor de conciencia que la inseguridad de su hijo representaba para Largo Caballero, incapaz de declarar a ningún confidente, por alta que fuese la confianza, sus sentimientos a ese respecto. En mi juicio influyó el temor de cometer algo peor que una injusticia, un error. Primo de Rivera, preso en Alicante, había dejado transparentar su pensamiento sobre la guerra y llegó a soñar con la idea de poner fin a la misma mediante un gobierno de unión nacional, que discurrió en la soledad de su celda y en que la cartera, creo que de Obras Públicas, estaba reservada a Indalecio Prieto. Este, que se interesó mucho por conocer los papeles últimos de Primo de Rivera, y por leer el proceso, que había de serme reclamado a mí, que no lo había visto ni leído, cuando la evacuación de Barcelona, explicará, si alguna vez escribe sus memorias, quiénes componían aquel Gobierno y a qué declaración de principios tenían que ajustar sus actos. Si la consulta que se nos hizo a los periodistas encerraba una intención humanitaria, el fracaso, previsible, debió descorazonar a Galarza. Fracaso presumible porque los tiempos no eran favorables ni a la justicia ni a la piedad. No habían acabado para Madrid los amaneceres bochornosos. Galarza no conseguía dominar la situación, aun cuando había logrado mejorarla. El problema policíaco era dificilísimo de resolver. La arbitrariedad tenía mucho vicio.

CAPITULO XVIII

Los sindicalistas. — El gobierno se traslada a Barcelona. — La guardia de Tarancón niega el paso a varios ministros. — "Dentro de tres días los rebeldes estarán en la "Puerta del sol". — Un pasaje en avión. — En el ministerio de Guerra no se entiende nadie. — Madrid comienza a defenderse. — La población escindida. — Los "ojalateros". — Los juicios de Margarita Nelken. — Los amigos de Largo Caballero. — La mudanza del ministerio de la Guerra. — Los periódicos en Madrid. — Vísperas de epopeya.

SE renovó el Gobierno. Los sindicalistas entraron a formar parte en él. Con ocasión de esta renovación, Largo Caballero indicó a Prieto que se hiciese cargo de la cartera de Guerra; pero Prieto se negó a aceptar esa nueva responsabilidad. Como yo impugnase su resolución, indicándole las razones por las que a mi juicio debía comprometerse a dirigir la lucha, me declaró que ello no era posible después del ingreso de los sindicalistas en el ministerio.

—Si tenemos que abandonar Madrid, la culpa será íntegramente mía, y si conseguimos salvarlo, el éxito corresponderá a los sindicalistas.

La reacción, que puede tenerse por excesivamente personal y censurable como agoísta, estaba justificada en Prieto, a quien los anarquistas seguían ofendiendo con sus imputaciones faltas de toda razón y sobradas de inconveniencias. Largo Caballero no abordó muy de cara el problema. Dijo a Prieto que había pensado fundir en un solo ministerio el del Ejército, que llevaba él, con el de Marina y Aire, que regía su compañero. Este encontró acertado el propósito y se avino a facilitar la refundición, mas como Largo Caballero le diese a entender que había pensado en él, le dió con su negativa las razones de ella. La refundición de los ministerios no se hizo y las carteras quedaron en las mismas manos. ¿Había perdido Largo Caballero la fe en sí mismo? Debió pasar por un momento de crisis. Eso creía Prieto. Eso debía ser. Motivos tenía. El adversario estaba llegando a las puertos de la capital. La defensa de la ciudad no acababa de verse clara. Por Levante, en preparación, marcando el paso y haciendo ejercicios, andaban los pri-

meros reclutas de carabineros que Negrín, desde el Ministerio de Hacienda había estimulado. No teníamos armamento. El encargo de la defensa era forzoso confiarlo a las milicias que, desde Talavera, no hacían otra cosa que retroceder desmoralizadas. En esas condiciones, por mucho que diese de sí el heroísmo de la ciudad, ¿qué cabía prometerse? Nada bueno. ¿De qué seno recóndito, de qué cárcava profunda podía hacer brotar Madrid la fortaleza heroica que le iba a ser necesaria? De ninguno. La ciudad acabaría perdiéndose, desasistida de los milicianos y extenuada por el hambre y el frío. El Gobierno acabó planteándose el problema de evacuar Madrid. Era, por su parte, una temeridad prolongar la permanencia en la capital. Resolvió trasladarse a Barcelona, donde había fijado su residencia el presidente de la República y donde las gestiones que anticipadamente se hicieron habían sido cordialmente acogidas por la Generalidad. Esta albergaría con el mejor gusto al gobierno central. El Consejo de Ministros en que se tomó esta grave resolución se prolongó más allá de la hora habitual.

Un Histórico Consejo de Ministros

Como algún ministro preguntase al presidente cuándo debía iniciarse la marcha, Largo Caballero contestó que cada ministro debía emprender el viaje a la hora que le conviniese, sin formar una caravana que llamase la atención a su paso. El traslado del Gobierno a Barcelona no se haría público en los primeros momentos. Acabada la reunión, Largo Caballero, que lo tenía todo dispuesto, emprendió la marcha hacia Valencia, donde resolvió quedarse y donde, sin explicación posterior a los ministros, instaló el Gobierno. Las intrucciones con respecto a la defensa de Madrid quedaron en dos sobres, dirigidos a dos generales: Miaja y Pozas. Largo Caballero reservó llevarse a Valencia al general Asensio. Los periodistas no tuvimos referencia ninguna de ese histórico Consejo de Ministros. Galarza debió de dársela a los directores de periódicos que aquella tarde acudieron, por última vez, a su despacho del edificio de la Puerta del Sol. A mí me fué imposible asistir. Ignoro lo que Galarza dijo. Sólo recuerdo que parte de aquellos colegas míos, dando por segura la pérdida de Madrid, abandonaron sus puestos y tomaron el camino de Levante. Poco después de la reunión con los periodistas, Galarza partió de Madrid y en su despacho se instaló, prometiendo no abandonarlo, Wenceslao Carrillo. La evacuación de los ministerios se hizo discretamente. Fueron muy contadas las personas que la conocieron. En algunos periódicos, tal "La Voz" y "Política", todavía al día siguiente ignoraban que el Gobierno había trasladado su residencia a Valencia. Yo tuve referencia del acuerdo ministerial por los camaradas de la comisión ejecutiva, que habían acordado, a su vez, imitar la con-

ducta del Gobierno, añadiendo que yo, como director del periódico, debía irme con ellos. El acuerdo suponía, de cumplirse al pie de la letra, la suspensión de "El Socialista". Discutiendo el tema, se nos hizo la hora de cenar. Había que resolver. A la puerta de la redacción tres autos, bien abastecidos de gasolina, esperaban nuestra palabra. La mía era ya firme.

La noche del día 7 de noviembre Prieto la pasó en Madrid. Había decidido salir para Valencia, utilizando un avión, al amanecer del día siguiente. Dos de sus colegas de ministerio, conociendo su propósito, le habían pedido que les reservase un asiento. Esos ministros, entre los que estaba Alvarez del Vayo, salieron el mismo día siete en sus automóviles; pero al llegar a la jurisdicción municipal de Tarancón, los militares que montaban la guardia se negaron a dejarles continuar el viaje, faltándoles al respeto y llegando en su osadía a amenazarles con las puntas de las bayonetas. Fué peor que alegasen su condición de ministros. Las imprecaciones y los insultos subieron de tono y el racimo de bayonetas se hizo más espeso. Según la referencia que me daba Prieto, algún ministro debió sentir en la carne, sino la punta de las armas, la presión de las mismas. Los milicianos del puesto de Tarancón pertenecían a la columna del Rosal, que operaba en Cuenca y de la que se contaban las historias más abracadabrantes. Vivía sobre los pueblos donde acampaba y sus justicias tenían ensombrecida a la provincia entera, donde la República, que dispuso de pocos amigos, no debía tener ninguno. Andando el tiempo, un hijo del jefe de la columna había de ser acusado de varios delitos graves, y no recuerdo exactamente si identificado como fascista, condenado a muerte y ejecutado. En el tiempo en que su padre operaba en Cuenca, que es donde el hijo había cometido los delitos, la sentencia no hubiera podido cumplirse. El destacamento que envió a Tarancón, pese a sus pañuelos rojinegros, no hizo diferencia con los ministros confederales, a los que trató de la misma forma desconsiderada que a Alvarez del Vayo, motejándoles de cobardes y de traidores e indicándoles, imperativamente, que su puesto estaba en Madrid, a donde les obligaron a regresar. Esa es la razón por la que habían solicitado del ministro del Aire una plaza en el avión que se proponía utilizar para trasladarse a Valencia. Ese violento desacato a los ministros era un indicio para juzgar de la autoridad del Gobierno. A un tiro de fusil de la capital, su autoridad se extinguía y la suplantaban, con la suya de militares en libertad, los jefes de columna o los sargentos de piquete, resumiendo en ellos todos los poderes, que ejercían, según su personal discreción o arbitrariedad, con mesura o con furia. En Valencia, la famosa columna de hierro se disponía a hacer al Gobierno un recibimiento de anatemas, violencias y conflictos públicos. Prieto que hizo un

rato de tertulia en nuestra redacción, no recataba su pesimismo. Estaba afligido por la suerte de la capital. La consideraba perdida. Entendía que el traslado del Gobierno, mucho más realizado de un modo clandestino, iba a repercutir desfavorablemente en la opinión. El acuerdo, a su juicio, debió haberse adoptado mucho antes, razonándolo públicamente y llevándolo a la práctica escalonadamente, sin la prisa ni las angustias que imponían la gravedad de los sucesos militares.

La Marcha del Gobierno

—La noticia de la marcha del Gobierno se conocerá mañana y no habrá quien no crea que se trata de una fuga. El silencio de que se ha rodeado el traslado le da esa apariencia de deserción. En la guerra las previsiones son inexcusables y es equivocado esperar el último momento porque en la precipitación se hacen malas cosas que importan mucho que se hagan bien. ¿Usted qué piensa hacer?

—Quedarme —le respondí—. Nuestro periódico no puede dejar de publicarse. Una suspensión en estas circunstancias supondría el acabamiento de nuestro partido. Además que las cosas que hayan de suceder no irán tan rápidas como para que necesitemos salir esta misma noche a uña de caballo.

—Mañana ni pasado, en efecto, no creo que suceda nada; pero al siguiente día, no se haga usted ilusiones, las tropas de Franco estarán en la Puerta del Sol.

—¿De verdad cree usted eso que dice?

—Sí, de verdad. ¿Piensa usted otra cosa? Lo que le digo: dentro de tres días estarán en la Puerta del Sol. Creo que debería usted dejar una persona en su puesto y marcharse. Si no quiere irse a Valencia váyase a Alcalá, donde está instalado Pozas y desde allí atiende cómo se desarrollan los acontecimientos.

—No puedo. Necesito quedarme. ¿A qué compañero le digo que me substituya en mi puesto, y cómo se lo digo sin exponerme a que me replique que su vida no es menos valiosa que la mía? Tengo que quedarme. Es una obligación de mi cargo.

Prieto reconoció que ese era, en efecto, mi deber, y sin que yo le pidiera me mandó con Víctor Zalazar, su secretario, una orden autorizándome a tomar una plaza en cualquier avión, militar o civil, que saliese de Madrid después del día ocho. Acogiéndome a aquella prueba de amistad, que le agradecí profundamente, le pedí dos autorizaciones iguales a la mía para dos de mis redactores: Albar y Cruz Salido. Me las concedió y se despidió de mí. Los redactores conocían la situación tan exactamente como la conocía yo. Estaban en libertad de resolver lo que creyeran más justo. Cruz Salido salió de los apuros de Madrid,

a los no menos graves apuros del Norte, siendo de las últimas personas que abandonaron Bilbao, donde ni supieron comprenderle ni le hicieron la justicia a que tenía derecho. No se qué raro destino se encarniza con Cruz Salido que es, entre los hombres bondadosos y finos, uno de los mejores que conozco. Volvió a Madrid; en otro momento apretado a interceder, cerca de Besteiro, para que se trasladase a Barcelona, comisión humana en la que, con profundo sentimiento por su parte, fracasó. Se quedó Albar, y él y yo habíamos de correr, mano a mano, con el trabajo de redactar, de una a otra punta, el periódico. Angulo y Pastor estaban haciendo la guerra; Vázquez Ocaña ayudaba a los secretarios de Negrín en ocupaciones de extraordinaria confianza; Cruz Patricio y Serra Crespo, se habían ausentado, los dos por poco tiempo, y nuestro redactor militar seguía, desventuradamente, sin ningún tema útil para escribir de la guerra, aplicándose a la recluta de milicianos, telefoneando a los Círculos Socialistas de Barriada a fin de que facilitasen hombres para la defensa de Madrid. ¡La defensa de Madrid! ¿De verdad no estábamos todos locos? Nuestro cronista de guerra no lo estaba, desde luego. No nos mandaba una línea, pero trabajaba con una pasión incansable, sin descorazonarse por el espectáculo desmoralizador del Ministerio de la Guerra, donde se había introducido el más sorprendente desconcierto. Lo cordura de nuestro compañero era perfecta. Nos llamaba al teléfono a las horas más inverosímiles, que él trabajaba a todas, para decir:

—Aquí no se entiende nadie. Esto es una casa de orates furiosos. No quiero saber lo que se dice del Gobierno. Da miedo andar por estos pasillos. Todo el mundo se va y los que se quedan, ¡qué caras tienen! No se incomode conmigo si no le mando nada. Es que no puedo. Materialmente no puedo. Pero usted siga escribiendo con calma. Si tenemos que levantar el campo lo sabremos los primeros. Que eso no le de cuidado. A cualquier hora del día o de la noche sabrá si tiene que hacer la maleta. Es bueno que siempre tengan un coche dispuesto y las pistolas para defenderlo en la carretera.

Madrid Comienza a Defenderse

Esa confianza no era pequeña. Nos quitaba toda preocupación personal, sin aliviarnos de la colectiva. Podíamos dedicarnos al trabajo. Para empezar había que impedir que la noticia del traslado del Gobierno influyese en sentido desfavorable sobre la moral de la ciudad. La medida, por bien justificada, se prestaba a buena defensa. El caso es que nos la dejasen hacer; que la prolongación de la contienda consintiese nuestro esfuerzo, mucho más cómodo y prometido a victoria, que el que se pedía a los mi-

licianos. Lo que nos quedaba de noche se llenó de malas noticias. El teléfono nos inquietaba con sus avisos infaustos. En todos nuestros comunicantes, la misma angustia, más advertida por el tono de la voz que por sus propias palabras. "¿Se ha ido el Gobierno? ¿Qué me recomiendan que haga?" "No tenemos noticia oficial de que el Gobierno se haya trasladado. En cuanto a su caso personal, ¿qué podemos decirle? Nosotros nos quedamos". "¿Se quedan ustedes? Eso es que la situación no es grave, grave". Un poco orgullosos, más diciendo un deseo que expresando una convicción, añadíamos: "¡Madrid se va a defender!". Lo que no sospechábamos es que Madrid había comenzado a defenderse. De Levante, donde se entrenaba una brigada en la que predominaban nuestros amigos, preguntaron: "¿Qué pasa ahí?". "¿Aquí? Nada Que como no os déis prisa no vamos a necesitar de vosotros". Esa brigada iba a empaparse de sangre, con los internacionales, por los encinares de la Casa de Campo, en las márgenes del río, en tierras de Arganda... La noche, allá por las bases de instrucción de Levante, estaba llena de voces de mando, de formaciones militares, de muchachos españoles y extranjeros arrancados al sueño, que iban a ser encaminados con prisa al frente de Madrid Nos encontrábamos en vísperas de realizar lo increíble, ¡pero qué vísperas! La primera noche dormimos unas horas, en Cuatro Caminos, en la casa de Albar. De mañana estábamos en la redacción. Conté los periódicos. Estaban todos, sin faltar ninguno. Se notaba el esfuerzo con que se habían hecho. Se advertía el nerviosismo de la noche en sus informaciones, en sus comentarios. Por el cambio de los estilos comprendimos que había habido defecciones. Estas no contaban a condición de que nuestros colegas pudieran seguir publicándose. Las diferencias que los del oficio podíamos apreciar no eran visibles para la mayoría de los lectores. De las colas, formadas por hombres y mujeres que pretendían con escasa a nula fortuna artículos alimenticios, llegaban los rumores más disparatados, pero de los que no podíamos prescindir si queríamos saber cuáles eran los rumbos del pensamiento popular. Se sabía, desde luego, que el Gobierno había evacuado la capital. Este dato no lo tenían nuestros compañeros de "La Voz". Su director, Enrique Fajardo, me lo preguntó por teléfono. Cometí el engaño de decirle que ignoraba lo que me preguntaba, que yo mismo iba a tratar de averiguar la noticia, que reputaba inverosímil y a la que no concedía importancia mayor. El siguió inquiriendo por teléfono y cuando conoció la verdad, me llamó nuevamente.

—El gobierno se ha fugado ayer. Eso es la derrota de Madrid, sin remedio. Cuando la noticia se conozca en las trincheras, los soldados no van a tener fuerzas para sostener los fusiles. Los tirarán y harán bien. Un Gobierno que se fuga tan cobardemen-

te no tiene derecho a pedir a los ciudadanos que se sacrifiquen.

Intenté apaciguar su irritación. Sin escuchar mis palabras me preguntó:

—¿Qué han pensado ustedes? ¿Qué se proponen hacer? ¿Cómo ven la situación?

—Nosotros no tenemos problema; seguiremos haciendo el periódico y justificando la determinación del Gobierno. En cuanto a la situación no nos anestesiamos con un optimismo falso. Es grave, gravísima si lo desea; pero no deja de tener remedio si nos disponemos a buscárselo entre todos. Nuestro servicio de periodistas puede ser valiosísimo.

—Eso quiere decir que se quedan, ¿no es eso?

—Sí. Nos quedamos. Y en tanto tengamos un pedazo de papel intentaremos sacar nuestro diario.

—Eso es lo que me interesaba saber. Gracias.

Las Retiradas

Enrique Fajardo, "Fabián Vidal" en periodismo, acabó dejando la dirección de "La Voz", para seguir escribiendo en Valencia sus crónicas militares, que los lectores buscaban con avidez. Su retirada estaba bien justificada. Con un doble padecimiento crónico, aquel Madrid lleno de sobresaltos y vacío de medicamentos, le tasaba los días con avaricia implacable. De haber continuado en él no hubiera necesitado de bala ni de bomba para morirse. Se fué a Levante —al "Levante feliz", que había de escribir su continuador en "La Voz"—, y le sucedió en la dirección José Luis Salado quien, con su caligrafía diminuta y perfecta, mejoró los primitivos prestigios del peridódico y le dió una elegancia y una precisión envidiables. Cometió algunas injusticias al ensañarse con los antifascistas que habían montado sus trincheras irreductibles en los cafés de Valencia y discernían a Madrid, separándolos cuidadosamente de sus platos, los laureles de los buenos estofados de casa de la Marcelina. Sus ironías —recuerdo su crónica "El placer antifascista de ahorcar el seis doble"— irritaban la piel, particularmente sensible, de tanto y tanto madrileño como había ido a instalarse en las proximidades del Gobierno, para cooperar con él, con el más robusto de los entusiasmos, a la defensa del régimen y de la que ya comenzaba a llamarse independencia nacional. En disculpa de Salado cabe decir que su injusticia —en donde y cuando lo fué— era la injusticia de Madrid que vió con pasmo, cómo quienes se habían cansado de estimular heroísmos, trayendo a actualidad, con fácil erudición, los versos de Bernardo López García: "Oigo, patria, tu aflicción...", se iban, en la hora del riesgo, carretera adelante, tan urgidos y apretados.

"que a los sus paños menores
fué menester labandera",

como sucedió al obispo de Siguenza, según las coplas de Juan de Mena. ¡Cuánta evasión y qué sin decoro! En Madrid se quedaban, sin otra seguridad que la del hambre y el dolor, dos clases de personas: las que se disponían a intentar a la desesperada la defensa de la capital y las que, considerando suceso feliz la entrada de las fuerzas de Franco, disponían lo necesario para recibirlas con júbilo: cosían banderas, ensayaban vítores y corregían la deformación del brazo, hecho a saludar con estilo proletario.

"Ojalateros"

Estaban a la espera de su desquite. Miraban torcido y cuidaban de ocultar, lo que les era muy difícil, su regocijo siniestro. Cada uno de aquellos hombres, con la disculpa de un luto en su familia, con la justificación de una herida en su honor, entendido a lo calderoniano, o con la explicación de una avería gorda en sus intereses, había hecho la elección de los cuellos a que se disponía a saltar furiosamente, tan pronto como la ciudad se rindiese. Esa escisión de los madrileños me la descubrió una muchacha de servicio, socialista, que trabajaba en una casa de la calle de Carranza. A sus "señores" les habíamos hecho dos favores señalados, del que el más importante era haberles facilitado la oportunidad de rescatar a un hijo que, a título de funcionario del Ayuntamiento de Guadalajara, le habían sorprendido los sucesos en la capital de la Alcarria. El llanto de su madre me impresionó. El padre nos brindaba, para todo, la casa entera de que era propietario. Podíamos establecer en ella un hospitalillo para los heridos de nuestra milicia. Ellos estaban a ayudar al Gobierno y de preferencia a los socialistas. Le di las gracias y decliné su ofrecimiento. Le razoné por qué no lo aceptaba y se quedó admirado, sin saber cómo agradecer la que él llamaba mi bondad. Los extremos de reconocimientos de su mujer, por lo que tocaba al rescate de su hijo, que se hizo con un coche del periódico, fueron todavía mayores. Tuve que hacerle violencia para que no me besara las manos. ¿Era todo teatro? Pienso que no; pero la emoción, pasajera, no tardó en ser obscurecida por la verdad de un odio viejo. Según mi confidente, en aquella casa se rezaba porque Franco se adueñase de Madrid e hiciese un escarmiento ejemplar a nuestras expensas. Desde entonces puse cuidado en conocer, juzgando por las miradas, qué manos se engarabitaban en los bolsillos ensayando en papeles lo que proyectaban para nuestras gargantas. El balance diario no era nada tranquilizador. Una parte considerable de las personas con que, por una u otra razón, tratábamos, deseaban apasionadamente nuestra derrota. Afortunadamente, no pasaban de ser, por el miedo que guarda la viña, "ojalateros", como se les llamó en la última guerra carlista a los tradicionalistas que viendo marchar a los sol-

dados, exclamaban: "¡Ojalá ataquen y ganemos!". "Ojalateros" que, como el mirón del juego decía a su amigo, podían repetirnos a nosotros, según las alternativas de la guerra: "Ganamos; seguimos ganando... Pierdes; sigues perdiendo... Parece que volvemos a ganar; no, sigues perdiendo...". Bien se notaba que perdíamos. En el Ministerio de la Guerra las defecciones eran constantes. El setenta por ciento de los jefes de Estado Mayor se pasaron al adversario, sin que nadie pudiese hacer nada por impedirlo, dado el desconcierto que se había introducido en aquella casa. Entre los militares evadidos, los había de filiación republicana, personas de absoluta confianza para el régimen, para las que la guerra ya no tenía color. ¿Qué fué de ellas? Lo más probable es que les aplicasen, al llegar a las filas de Franco, el trágico arancel de la muerte. Margarita Nelken, según mis informes, se había convertido en una autoridad en el Palacio de Buenavista, donde permanecía horas y horas, ordenando y disponiendo con un tono menos insinuante que el de su manera habitual. Censuraba acremente la conducta de Largo Caballero, en cuya línea política se había mantenido, reprochándole torpezas y apresuramientos culpables. Difícilmente escapaba alguna persona a su juicio crítico. Sus víctimas decían de ella que estaba iracunda por no haber sido designada embajadora en Moscú, puesto que apetecía y para el que se consideraba en las mejores condiciones. Inteligente y sutil como es, no había alcanzado a darse cuenta de la desestimación en que la tenían sus compañeros de línea revolucionaria. Su exclusión de todo puesto gubernativo debió revelárselo y sintiéndose herida por personas a las que menospreciaba en secreto, se sirvió de la ocasión para pincharles los alfileres de su ironía sarcástica. Yo pude medir su irritación en una visita que nos hizo al periódico, domicilio que hacía muchos meses que no había pisado, considerándolo indigno de su planta severamente revolucionaria. Para facilitar una inteligencia, puso en orden de revista todas sus indignaciones más recientes, creyendo regalarme el oído con ellas. Le faltó darse cuenta de que hablaba con un periodista gubernamental que, con el mejor gusto, había olvidado el pasado.

Las Preocupaciones de Maragarita Nelken

—Marcho mañana mismo para Valencia —me dijo— y Barcelona. Voy a decir a Largo Caballero lo que pasa, con la esperanza de que se decida a poner remedio a este desbarajuste, si no quiere que Madrid se pierda irremediablemente. Los comunistas se están apoderando de todo, sin que nadie se cuide de irles a la mano. Están causando un daño inmenso. Y nosotros, ¡cruzados de brazos! Estoy yo sola en el Ministerio de la Guerra y me es imposible hacerlo todo. Sería menester que alguien me ayudase, que re-

gresaran los que tan precipitadamente se han ido. Todo eso es lo que proyecto decirle a Largo Caballero en cuanto llegue, y si sus secretarios me cierran la puerta, iré a decírselo a Azaña, a quien también le interesa saberlo. Cumplido con ese deber, me volveré a Madrid, a correr la suerte de los milicianos, que yo no soy de las que se retratan mucho, simulando que han estado en la primera línea, cuando la verdad es que no han pasado nunca de la retaguardia.

Para subrayar la alusión, por si no la había captado, hizo un mohín inequívoco y aun añadió, con palabra desvaída, pero con acento mortificante, el nombre de una diputada que gozaba de amplia popularidad, y sobre la que, por inteligencia y heroísmo, se consideraba a mucha altura. No le computaba, por no convenirle, el don de simpatía que en su competidora es muy grande, y algo que vale más que la simpatía y la atracción cordial: todo el curso heroico y rectilíneo de su vida desde que se adscribió a las ideas que defendía; vida que por haberse desarrollado en un pueblecito de Vizcaya, me es bien conocida. La entrevista a que me refiero terminó como había empezado, sin cordialidad. Las últimas invectivas de Margarita Nelken fueron para algunos colaboradores de Prieto: Camacho, Hidalgo de Cisneros... y para el propio ministro del Aire, que tenía tan mala mano para elegir las personas de su confianza. Albar, con quien Margarita Nelken había conversado un momento antes, vino a mi despacho y me dió su impresión:

—Tiene razón en mucho de lo que dice; pero le falta autoridad moral para decirlo.

Me limité a recordarle una vieja profecía mía, según la cual llegaría un momento en que necesitaríamos ser nosotros quienes defendiésemos a Largo Caballero de los ataques de sus íntimos amigos. La visita de Margarita Nelken venía a probar que no me había equivocado. Tres días más tarde de nuestra conversación, "Mundo Obrero" nos sorprendió con la noticia de que Margarita Nelken había solicitado y obtenido el ingreso en el Partido Comunista. El desenlace me produjo un cierto regocijo. ¿Qué había sucedido a la diputada ex socialista en Valencia? ¿Qué nuevos desdenes le aconsejaron subscribirse al Partido Comunista? Quizá una negativa de la secretaría de Caballero o acaso una aspereza del propio ministro. En uno u otro caso, Margarita Nelken, mal acostumbrada entre los socialistas a edificar cismas y cuando se los daban creados a subdividirlos, iba a tener ocasión de conocer los rigores de una disciplina férrea, cuyos escalafones no pueden ser forzados con ninguna audacia. En la base hay siempre puestos de honor, aun cuando no reciban la luz del proscenio.

Esta mujer es la que distribuía órdenes, advertencias y avisos en el Ministerio de la Guerra, en tanto los ordenanzas, con tráfago enloquecido, vaciaban archivos, cargaban cajones, movían me-

sas y se asustaban con las noticias, malas y peores que llegaban del frente. Temían que el enemigo les sorprendiese en su trabajo y se daban prisa, confundiéndolo todo, olvidándose lo principal, para poder emprender el viaje hacia Valencia. Tropezaban con Margarita Nelken, que los fulminaba con la mirada, tratando de descubrir por dónde andaban los traidores. Su presencia fiscal y su palabra hiriente, pronunciada sin prudencia, irritaban.

—Director —me pedía el redactor militar por teléfono— haga que se llevan a Margarita de aquí o acabaremos por tener un disgusto. Está cometiendo unas incorrecciones que nos pueden costar caras. No encuentro a nadie que no diga perrerías de ella. Empiezan a sospechar que es una espía.

—Allá el general con ella —le contestaba—; yo no puedo hacer nada, más que lamentar lo que sucede. ¿Cómo vamos?

—Tan mal como siempre; pero por ahora puede seguir escribiendo. Tenemos algunas horas de respiro.

—¿Qué piensa de todo esto el general?

—Ya iré a contárselo. Por teléfono no me atrevo a decírselo.

Lejos de los centros oficiales —¡aquel Ministerio de la Guerra! Aquella Dirección de Seguridad!— la calma era excesiva. Se hacía difícil interpretarla con acierto. ¿Era indiferencia? ¿Respiro y descanso para lanzarse al combate? Por los periódicos motorizábamos nuestra primeras planas, buscando despertar en el pueblo madrileño sus energías más potentes. Necesitábamos llevarlo a la Casa de Campo, no como era costumbre en él, con niños y meriendas, para un día de regocijo, sino con fusiles y ametralladoras, para semanas de sacrificio. Madrid, tan calumniado como pueblo ligero y frívolo, recogido en sí mismo, la víspera de su más grande epopeya. De Levante le enviaban refuerzos. Madrileños adoptivos, que se iban a bautizar de sangre en San Antonio de la Florida y nos harían olvidar a los desertores

"que a los sus paños menores
fué menester labandera".

CAPITULO XIX

Cambia la fisonomía de Madrid. — Un general que se convierte en profesor. — Un factor con el que Varela con contó. — "Madrid se nos ha escapado". — La Capital en línea de combate. — No hay municiones y se inventan. — Falta artillería y se sueña. — Locura heroica.

CON la noción del peligro, la fisonomía de Madrid cambió radicalmente. Terminaron viejas licencias y comenzaron nuevos deberes. El propósito de la defensa se hizo patente y voluntarioso en los madrileños. Su recogimiento de los primeros instantes se resolvió en una actividad, no dirigida, espontánea, en que se manifestaba la resolución de resistir. El plazo máximo de tres días que se nos había concedido para evacuar la ciudad, cediéndosela al adversario, no había expirado Esta comprobación no motivó el menor optimismo. Había que guardarse de poner colgaduras en los balcones, porque la situación militar no había cambiado. El peligro era cierto y visible. Los soldados que conducía el general Varela, reponían fuerzas a la vista de Madrid. Merecían ese descanso. El general Yagüe les había marcado un tren extenuante y ahora Varela, heredero de la victoria de Toledo, les acordaba un reposo merecido antes de pedirles un supremo esfuerzo: el asalto de Madrid, que, tomado, consagraría para siempre su carrera militar. ¿Tan cansada estaba su tropa para no poder vencer de la fatiga con la ambición única de adueñarse de la capital? ¿Tanto era el desfallecimiento? Ignoro si el juicio emitido sobre Varela es justo. Desconozco si es verdad que los planos no le son accesibles intelectualmente y si es torpe, como de él han escrito, en el manejo de los contingentes a sus órdenes. Pero aún admitiendo que esas no pasen de ser opiniones mezquinas de personas peor intencionadas que informadas, me inclino a creer que a Varela le faltó, al dar vista a la capital, el talento necesario para hacerse cargo de la situación. Le fallaron las voces interiores, para no decir que la intuición del genio Acaso, midiendo por su fatiga la fatiga de los soldados, prefirió, considerando la victoria segura, esperar. ¿Qué resistencia podían ofrecerle los que desde Talavera, y aún antes, desde Oropesa y Puente del Arzobispo, no habían hecho cosa distinta que retroceder sin orden, abandonando plazas

defendibles antes de que fuesen atacadas? ¿Se iban a hacer fuertes en Madrid cuando el Gobierno, al abandonarlo, les anticipaba con ese acto la noticia de que lo consideraba perdido por indefendible? ¿Qué resistencia podía esperarse de una ciudad cuyo abastecimiento requería, tanto en el aspecto militar como civil, cantidades inmensas, que difícilmente podían llegarle de unas bases de aprovisionamiento lejanas? Madrid, ciudad abierta y duramente castigada por la aviación, ¿qué moral podía oponer a soldados vencedores sobre los que actuaba el estímulo del triunfo más redondo y valioso?

La Lógica de Varela

Si el general Varela se hizo éstas o parecidas reflexiones, ¿cómo negar que le acompañaba la lógica? Ante una asamblea delirante, donde la lógica acostumbra a ser entidad indiscutible, es difícil que el general Varela no se hubiese hecho aplaudir su razonamiento.

Madrid por primo, segundo y tercio, no sacaría fuerzas de su extrema flaqueza para hacer cara a la primera arremetida de unos soldados en buena forma, después de un reposo merecido; ricos en moral de victoria y más ricos en material de guerra. El descanso, por otra parte, consentiría el reagrupamiento de todas las fuerzas y su empleo unánime, fracturando de un sólo golpe, con una agresión fulgurante, la resistencia mediocre que los gubernamentales hubiesen discurrido. ¡Cuánta lógica y qué pocas voces interiores! El exceso de razón mató en Varela toda intuición profesional, todo atisbo guerrero. El militar había pasado a ser un profesor. Ganaba el discurso y perdía la batalla.

Madrid, efectivamente, no podía oponer a los soldados de Varela otra cosa que su desconcierto y su sorpresa. La guerra se le había echado encima de una manera increíble. Estaba a la espera de la victoria y de modo súbito se despertaba del sueño de una noche, rodeado de enemigos, encerrado o poco menos en un círculo de fuego. Lo que conocía de su situación no era, ciertamente, para aumentarle el coraje: pocas armas y pocos víveres. Tan escasas como el azúcar, las municiones para los fusiles. ¿Qué le cumplía hacer? ¿Enarbolar pabellón blanco? ¿Inmolarse en el Manzanares? Madrid también se acordó una tregua para decidir. Su primer silencio fué impresionante. Varias horas solemnes en que ventilaba una duda legítima. Quienes las vivieron conscientemente recordarán su gravedad inmensa. Las calles desiertas. Las palabras de los hombres, desconfiadas. Un temor justificado: ¿qué fusiles están en manos de la quinta columna? En los hogares, sin fuego, ceños preocupados. Evocación dolorosa, fábula e historia mezcladas, de las crueldades de los vencedores:

plaza de toros de Badajoz; calles y sótanos de Toledo; amaneceres de Burgos; corralizas de Navarra... Sombra de cadalsos ruines en la cal de las paredes. Esas horas decisivas, que Varela gastaba en acuerdos y órdenes lógicos, no le volverían a ser computadas. Las había menospreciado razonando, y aun cuando razonar no sea ocupación desdeñable, ni bajo la tienda de lona de un general en campaña, el minuto estelar que ellas contenían estaba perdido para él. Soñando los detalles de su entrada victoriosa en la capital, ésta decidía no dejarle pasar. Sobraban los preparativos. El ordenanza podía desensillarle el caballo. La banda de trompetas y tambores ensayaba inútilmente estruendos de victoria para un desfile de liberadores apócritos. Ese cuadro de pintura de historia, para el que se preparaban los tenientes, sacando el pecho, endureciendo el paso y encendiendo los ojos con fuegos napoleónicos, lo había destruído la humedad del Manzanares, en cuya orilla se daban cita los hombres de Madrid. Piedra en el río, encima en la Casa de Campo, roble en el Parque del Oeste, el soldado de la capital se mostraba resuelto a responder a la petición que le había hecho Madrid.

Lo que no Supuso el General Rebelde

¡Qué cambio profundo en su fisonomía! Una fuerza nueva, de la que Varela había prescindido en sus cálculos, entraba en juego: la pasión del pueblo madrileño. Esa fuerza la identificaba el curioso, tanto como en los diálogos de las mujeres que hacían cola a las puertas de los establecimientos, en la actividad de los hombres. Mientras unos grupos se educaban militarmente, recibiendo enseñanza de instructores que en tiempos olvidados fueron sargentos, otros levantaban los adoquines de las calles y formaban barricadas románticas, técnicamente disparatadas; psicológicamente, como expresión de un estado de ánimo, admirables. Valer, naturalmente, no valían. Un simple cañonazo podía convertir aquellas piedras en otros tantos proyectiles mortales; pero sin esos adoquines arrancados al pavimento y amontonados conforme a la tradición revolucionaria que conserva el instinto popular, los artilleros de Franco no hubieran necesitado hacer fuego. Aquel esfuerzo, nulo militarmente, valía por lo que representaba como decisión heroica. La laxitud de la víspera era ahora nerviosismo.

Madrid no Capitula

La capital no quería ser cedida de barato. Prefería la guerra, con toda su secuela de padecimientos, a una capitulación bochornosa. Los ataques de la aviación, contrariamente a los cálculos de

Salamanca, le aumentaban la moral. Los forasteros que la agredían desde los aires iban a tener de qué admirarse. Madrid, plaza abierta por el suelo y por el cielo, quería ser defendido. Y lo fué, sin que haya nadie que pueda apuntarse la gloria de haberlo derrotado. El general Miaja, en quien se personifica esa defensa, puede seguir en su orgullo indiscutible. Madrid no capituló. Su pasión de defensa estaba, en el momento de ser cedida al adversario, en pleno mediodía. Ahora mismo vive y ejercita esa pasión. El ataque fulgurante que proyectaba Varela se estrelló contra una resistencia inesperada para él. Repuestas del cansancio las tropas, reunidos los efectivos, concentrada la artillería, abundante la aviación, Varela dió orden de atacar. Centro director de todas las fuerzas puestas en movimiento, quedó a la espera de los partes optimistas, mirando con sus prismáticos la silueta goyesca de la villa ambicionada. Cabe presumir, descontada su seguridad, el secreto regocijo de la víspera. Franco le había hecho el regalo inapreciable de un mando ambicionado por todos los generales. ¡Tomar Madrid! Unir al apellido propio el nombre de la capital. Terminar, de hecho, la guerra. Entre los subordinados de Varela hay un coronel que, sin dejar de obedecer, considera baldío el esfuerzo que se pide a los soldados. En una confidencia que hace a una persona de su amistad, dice estas palabras proféticas: "Madrid se nos ha escapado". Ese coronel es, probablemente, el único militar que, en el conjunto de la masa humana que ataca la capital, se ha dado cuenta de que ha pasado la ocasión. "El día seis —dice ese coronel— pudo entrarse en Madrid con la misma facilidad con que ocupamos Leganés y Carabanchel. Perdida esta oportunidad ya no hay nada que hacer. Madrid se nos ha escapado. Por este lado es intomable. Tácticamente la ofensiva por esta parte es un absurdo. Sólo la moral de nuestras tropas, la desmoralización de los rojos y el espíritu que reinaba tanto en nuestro pueblo como en la misma población madrileña podían, aprovechando el factor psicológico, decisivo en toda guerra, salvar la aberración cometida por el mando al decidirse a la ofensiva en este sector".

Rudos Ataques

El ataque está lanzado y no queda sino forzarlo para alcanzar los objetivos previstos. El general no ha perdido la confianza en el éxito. No es posible que las milicias que defienden la capital puedan soportar un empujón de tanta violencia. Su moral quebrantadísima, tanto como la dureza con que se les ataca, les obligarán a replegarse. Será suficiente que una unidad cualquiera ceda terreno para que automáticamente se produzca una desmoralización colectiva y el débil artilugio de la defensa de Madrid se vaya a tierra con el estrépito de lo que ya no puede ser

levantado. Varela sigue ateniéndose a principios lógicos. Ignora lo que ha sucedido en Madrid, desconoce la reacción a que ha dado origen su presencia. Los informes que le llegan de su estado mayor son puramente estadísticos: débiles concentraciones en la Ciudad Universitaria; movimiento de vehículos en la carretera X; declaraciones de un evadido que confirma la impotencia de los efectivos rojos... No tiene la menor razón para desconfiar. Sus previsiones son buenas y no dejarán de verse confirmadas por un triunfo neto y decisivo. Madrid será, de una hora para la otra, domicilio de sus tropas. ¿Qué dicen los primeros partes? ¿Qué noticias aportan los oficiales de enlace? No son buenas esas noticias, no son gratos esos partes. El adversario ofrece resistencia desacostumbrada. No se va del terreno. Es tenaz. Si se repliega, vuelve sobre lo perdido en contraataques sucesivos hasta que lo recupera. Tiene moral. El cambio operado en él dicen los oficiales, ha desconcertado a nuestros soldados que esperaban una empresa fácil, por el estilo de las de Talavera y Toledo. Solución al conflicto: más artillería. Los cañones de Varela hacían el gasto. Un disparo para cada mata. Fuego, más fuego. Sin pausa. Ordenes imperiosas: Que revienten las piezas, pero que no cese el fuego. Del lado de Madrid la tierra se llenaba de viruelas. Era igual; allí seguían los hombres, preservándose contra los disparos con lo que podían y como podían. Después de la preparación artillera, remedo afortunado de una cólera bíblica, el ataque recomenzaba violentísimo: un coro de ametralladoras y de fusiles, con el contracanto de las bombas de mano. Un panorama incierto de avances y retrocesos mutuos; otro, más cierto, de bajas y una verdad soberbia a la que el estado mayor rebelde cerraba sus puertas: Madrid en pie de guerra, la capital en línea de combate. Sin defecciones. Todos improvisados soldados, todos trabajando para la defensa de la ciudad. El viejo y el joven, la mujer y el niño. Un sacrificio estéril, refunfuñaban los pesimistas, como si existiese un caso, uno solo, de sacrificio infecundo. ¿No hay munición? ¡Se inventa! Y la inventaron los metalúrgicos, acudiendo al expediente de recargar los cartuchos disparados y a completar su fabricación con nuevos materiales que los técnicos recusaban. Ignoro si esa cartuchería que inventaron los obreros del hierro tiene o deja de tener defectos; lo que conozco es que sirvió a maravilla para defender a la capital. La disputa de los técnicos y de los obreros se resolvió a favor de los obreros y gracias a esa dichosa circunstancia nuestros fusiles pudieron seguir disparando. ¿No era todo una ardiente locura? Pues a las locuras colectivas les va bien esas incongruencias, que las califican y las subrayan, ya que de otro modo no serían locuras, sino lo intermedio entre la enajenación y la cordura: tonterías.

Madrid, inventa sus armas

El loco inventa el cetro y la corona, la tiara y la capa pluvial y es, en plenitud, rey o papa. Eso mismo hizo Madrid: inventar sus armas y ser, cuando nadie lo esperaba, plaza fuerte, inexpugnable para los mejores artistas de la poliercética. Con un solo cañón, "el abuelo", tenía suficiente para su defensa. Valía, en la estimación de los madrileños, por todas las baterías de que disponía Varela. Era uno, uno solo, porque los seres de excepción no se fabrican en serie. "El abuelo" fué el cañón indiscutible, el que nos proporcionó seguridad de defensa, pero no estaba solo. ¿Qué madrileño no soñó con la batería que en la proximidad de su casa, cuando hacía fuego, ponía a tintinear los cristales de las ventanas? Cañones imaginarios que le velaban el sueño y le fortalecían para continuar resistiendo. Madrid forjó sus armas, de verdad unas, de locura otras. De papel y tinta de litografía, hizo sus soldados. Aquellos que, pintados por los cartelistas, se decoloraban lentamente en las esquinas de las paredes, influyeron en los de carne y hueso, transmitiéndoles pasión y reciedumbre. Locura, todo locura y sólo locura. Enajenación que creía en lo increíble, desarrollando fuerzas insuperables; que rechazaba lo prudente y menospreciaba lo razonable; que ignoraba la medida y se abroquelaba en una nueva geometría; que lanzaba a los hombres contra los carros de asalto, fortalezas de acero, con una bomba en cada mano, permitiéndoles realizar la proeza de vencerlos e introduciendo en los cálculos y en las reglas de la guerra rectificaciones fundamentales. ¿A qué cuerdo pedirle que se ponga en marcha hacia esas metas alucinadas? La empresa era de orates y para orates. Los cuerdos se habían ido con la virtud de su cordura a Valencia. Por una sencilla regla de tres supieron lo que había de suceder en Madrid. Sus matemáticas eran exactas; las operaciones estaban bien hechas. Si la cuenta no salió no fué por su culpa, sino porque Madrid, sin noción ni respeto por las ciencias exactas, se resolvió a resistir. Seguro que cometió la misma torpeza que los doctores alemanes en ciencia marxista reprochaban a Lenin, quien hizo y ganó la revolución rusa sin reparar en que la victoria del proletariado sólo es posible en la plenitud del desarrollo capitalista. Un reproche semejante se le hizo a Madrid. Si le falta de todo para defenderse, ¿por qué se defendía? No sospecho que fuese por dejar mal a los que, sin explicación para las defecciones de las milicias, descubrieron tantas y tan inatacables para la suya. Si el trance no hubiese sido tan apurado, lo probable es que la capital, archivo de la cortesía, se hubiese avenido a respetar el resultado de la sencilla regla de tres. Perdió la razón y acometió la difícil experiencia de defenderse, teniéndolo que improvisar todo: solda-

dos, armas, barricadas, organización. Pero a un loco, recuérdese, le basta una caña para hacer un cetro y un papel de periódico para construir una corona con más pedrería que la de los zares. El cuerpo se le ríe a las barbas. Ahora que el tonto puede estar en el cuerdo; donde no está nunca es en el loco. Este, sólo es eso: loco; y el cuerdo, además de cuerdo, ocurre que sea tonto.

Y la Sinrazón se Impone a la Razón

Un tonto razonador era Varela. Tenía todo lo que podía apetecer: soldados, aviación, artillería, ametralladoras. Y por si fuese poco, tenía razón. Una razón que era compartida por todos sus subordinados, a excepción de un coronel que se negaba a aceptar, como de victoria la lógica. La lógica, dama dócil y complaciente para los curiales, no tiene la menor aplicación en los campamentos militares. El coronel de referencia le pedía al general menos argumentos y más intuición. El general daba lo que poseía: razones. La plaza por tomar al alcance de la vista, amagada por los cañones, era para Varela sujeto pasivo de su especulación. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía esperar? Lo iba a conocer cuando la cosa careciese de remedio para su fuerza. Podía, y es lo que hizo, levantar una muralla de pechos, infinitamente más recia que las paredes del Alcázar de Toledo. Podía superar todas las marcas de heroísmo conocidas. Podía ser, sin fortalezas, Verdún. Podía ser, y para eso se preparó, sin nieve, pero con incendios, Moscú. Todo podía serlo, menos una cosa: cantidad residual de la que el matemático puede prescindir sin que sufra alteración su cálculo. ¿Cuántas veces se arrepintió de su conducta y renegó de su razón el general Varela? Pudo, en un momento, haber realizado el encargo que en Salamanca le habían atribuído. Le hubiera sido suficiente con aprovechar el instante de incertidumbre de Madrid, lanzando contra la capital sus tropas. El encontronazo no lo hubieran sabido resistir las milicias, que no habían recibido refuerzos, ni se habían contagiado de la moral de la ciudad, donde aquélla todavía no había nacido en su forma heroica. Un soldado de raza hubiese comprendido, con una sola mirada, que perder una hora era, en el mejor de los casos, comprometer la victoria. Y sin una vacilación, con ademán fanático y palabra ruda, la orden de ataque hubiera electrizado a todos. Varela miró y no vió. Quienes tenían la obligación de ver por él, tampoco vieron. El espionaje —¿qué clase de espionaje fué el espionaje rebelde? — no supo o no pudo informarle. El aplanamiento de Madrid, aplanamiento de horas, fué visible. Se pudo fotografiar. Todas las cosas de la calle rezumaban angustia y resignación. En los interiores, rabias desesperadas o alegrías intensas, estados de ánimo contradictorios, según la filiación de unos y otros madri-

leños. El espionaje, si lo hubo, se dedicaba a atar las hojas al árbol, contando si había o dejaba de haber fuerzas y armamento, y en caso afirmativo, cuántas y de qué clase. El agua no le dejaba ver el río. Y gracias a esa miopía, Madrid pudo, al día siguiente, amanecer con el tirso de su locura heroica, resuelto a vencer todas las dificultades y a ilustrar su nombre con una epopeya que iba a conmover al mundo. Lo imposible no existe para él. Uno tras otro irá superando todos los combates y derrotando todas las asechanzas. Allá por Burgos, cada tres por dos, habrá revuelo de colgaduras y los sacristanes, la mano en las sogas, esperarán el momento, que no había de llegar, de echar las campanas a vuelo por la toma de la capital. Los verdes arcos triunfales, levantados en la plaza de los pueblos, se tornaban amarillos de cólera y los carros de la limpieza necesitaban hacerse cargo de aquellos inútiles preparativos que, al perder su lozanía y empolvarse, eran como una mueca irónica, garabato burlesco de una esperanza frustrada una, dos tres..., muchas veces. En una capital de provincia, Zaragoza, donde esas previsiones se habían hecho con gusto artístico de cuarto de banderas, y al follaje se había preferido una Fama aupada en un pedestal, teniéndose sobre un pie, como es costumbre en estas ruidosas adolescentes, un chusco dió voz clandestinamente a la desairada muchacha y en el zócalo podía leerse: "O tomáis Madrid o me apeo". En evitación de que la insolente realizase su amenaza, fué enviada a cumplir arresto al calabozo de un cuartel.

CAPITULO XX

Un general viejo y un sobre equivocado. — Miaja tiene voces interiores. — El general no es un militar de la "Semana del Duro". — "Para ir a morir a nadie se le cuenta la edad". — De Valencia piden la vajilla del ministro. — La orden general de ataque para el día D. — Miaja tensa resortes y busca municiones.

EL general Varela tenía en frente, acaudillando la defensa de Madrid, al general Miaja. "Un pobre viejo cobarde", en la definición estúpida de Queipo de Llano. Este pobre viejo cobarde, recibio, al abandonar el Gobierno su residencia de Madrid, el encargo de Largo Caballero de correr con el mando de la capital y ocuparse de su defensa. Le entregaron, como todo recurso para desempeñar su cometido, una carta... equivocada, con la orden expresa de no abrirla antes de las seis de la mañana. Nadie en el Gobierno podía admitir que Madrid se defendiese, pero menos que los ministros el presidente, que conocía demasiado exactamente el estado de confusión y abandono en que se encontraban todas las cosas militares. Al menor atisbo de lo que había de suceder, Largo Caballero, y con él el Gobierno, se hubiese quedado en Madrid, reforzando con su presencia la pasión popular. Un acuerdo de esa naturaleza está dentro del carácter de Largo Caballero, en quien la tenacidad es rasgo muy acusado. El ministro de la Guerra se fué de Madrid a su pesar, persuadido, como lo estaba Prieto, de que a los tres o a los seis días, el enemigo lo habría tomado. En tanto no lo creyó así, se abstuvo de plantear a los ministros el problema del traslado del Gobierno, movimiento que, con carácter de previsión, estaba recomendado hacía tiempo. Decidió tratar el caso cuando se quedó sin esperanza. Adoptada la resolución del traslado, la marcha la inició él, personalmente, sin pérdida de momento. Todo lo tenía dispuesto. Incluso las dos cartas, una para Miaja, otra para Pozas, que, confundidas, recibieron los dos generales. Miaja rasgó el sobre y leyó: Debía hacerse cargo del mando de las fuerzas del Centro e instalarse en Tarancón. Esa encomienda era para Pozas. La suya era más difícil: defensa de la capital, con repliegue sobre Cuenca para en caso de derrota. Miaja no necesitó de reflexión ajena para comprender, de un solo golpe, que se le había elegido como víctima. ¿Por qué a él? ¿Por qué no a

Pozas? ¿Quién había pronunciado su nombre? Quien lo hubiese hecho, no lo hizo de buena fe, reconociéndole virtudes y talentos militares para superar el atasco, sino de mala, reputándole sin precio, general burocrático, al que se podía sacrificar sin dolor. ¿Miaja? ¿Quién sabía algo de él y quién se conmovería con su drama obscuro?

La Energía Juvenil de un Pretenso Valetudinario

De un empellón, inseguro y tropezando, Miaja se encontró en el primer plano le la guerra. La curiosidad del mundo iba a enfocarle con sus luces. De momento, las radios facciosas le abrumaban con sus ironías. Sevilla: "Un pobre viejo cobarde..."; Salamanca: "Un general que no usa fagín y gasta cincha"; Burgos: "Mola tomará café, dentro de dos días, en la Puerta del Sol"; Pamplona: "El gobierno rojo opone a la juventud espléndida del caudillo un pobre valetudinario". El general valetudinario, afirmó sus pies en tierra, y se resolvió a lo único que podía resolverse: a inmolar su vida. Se habían acabado los sueños venturosos de una vejez tranquila, cuidando, allá en su tierra natal, Asturias, el terciopelo verde de un campín, los manzanos de una pomareda y los picos de un corral. Como en el cuento de "Clarín", la milicia le ordenaba decir adiós a su "Cordera". Todo estaba dicho. El militar se puso al trabajo. Eligió con tino sus colaboradores. El teniente coronel Vicente Rojo, fué uno de ellos; el más caracterizado, el mejor. ¿Dónde andaba y qué hacía Rojo antes de que Miaja lo descubriera, entregándole una responsabilidad pesada? Perdido, olvidado en una de las innumerables dependencias del Ministerio, hacía su labor paciente y anónima. Rojo fué nombrado jefe del Estado Mayor de Miaja. "Los sabios", como les llamaba el general; "los que lo saben todo y no se equivocan". Tuvo sus altercados con ellos, pero, por lo común, les era dócil. Conocía su mérito y sabía, mejor que nadie, el ardor y la inteligencia que ponían en su trabajo. Le aconsejaban fielmente y le ayudaban a salir de todos los malos pasos.

—Mi general, es menester que regañe a tal jefe. Tiene que estar enérgico con él. No ha hecho lo que debía.

El general descendía de su coche, se encaraba con el negligente y le increpaba a presencia de sus compañeros, con palabras durísimas, o lo destituía del mando. Después, interrogaba a los de su Estado Mayor: —"¿He estado fuerte?" Cuando la respuesta era afirmativa, el general se sentía satisfecho. Uno de sus colaboradores, que había de serlo más tarde de Rojo, hombre extremadamente puntual en el cumplimiento de sus deberes, trabajador escrupuloso y militar competente, el coronel Fontán, me declaró: "Nos resultaba agradable trabajar con él. Tenía un humor cambiante; pero sus irritaciones le duraban poco tiempo. Recaía en

lo paternal, que era su vena auténtica". La compenetración del general con sus colaboradores, fué perfecta. A esa unidad de pensamiento contribuyó, de manera poderosa, el instante en que la establecieron. El pequeño núcleo de militares profesionales que presidía Miaja necesitaba imponerse a la adversidad, y para ese trabajo, duro como uno de los doce de Hércules, las fuerzas de un solo hombre no eran suficientes. El general, elegido que hubo sus colaboradores, dió comienzo a la transmisión de órdenes. Se encaró con los jefes de las milicias y, con expresiones violentas, con mandatos imperativos, les sacó de su abatimiento. La consigna era una: no ceder terreno al enemigo. Las puertas de Madrid tenían que estar aseguradas contra todo asalto. Cuando los hombres no puedan materialmente más, que se empotren en la tierra. Cuando alguien preguntase ¿dónde debo retirarme, en caso de necesitarlo?, el general, valetudinario y cobarde, como le motejaban las radios rebeldes, tuvo una respuesta de acento numantino:

—¡Al cementerio !

Miaja se puso al margen de la razón y de la lógica. Hacía justamente lo contrario que el general Varela. Razonar con lógica no podía servirle sino para una de estas dos cosas: darse un tiro o preparar la retirada. No tenía soldados, carecía de municiones, estaba sin artillería, ignoraba por modo cierto dónde se encontraba el enemigo. Lo que tenía y lo que sabía daba mayor relieve a las dificultades: una ciudad defraudada por la defección del Gobierno y un adversario exultando en deseos por apoderarse de ella. Forzosamente tenía que dejar fuera de cuenta lo razonable. Había que tenerse a la inspiración, a la corazonada, a las voces interiores. Miaja necesitó creer en los sueños, y siendo como es, un pragmático, filosóficamente aldeano, se transformó en un iluminado. El tránsito del realismo más pesimista a la ensoñación optimista se opera en Miaja bruscamente, sin gradación alguna. Quien pronunció su nombre, vaciándolo de méritos, como el más adecuado para dejarlo oprobiosamente enterrado en el desastre de la ciudad, se había equivocado. Tocado en su orgullo, se impuso la obligación de demostrar que era él, y solo él, el general capaz de remediar lo que para ningún otro tenía remedio: la pérdida de la ciudad. "Yo no soy un militar de la semana del duro", iba a decir con jactancia. Quienes en la retaguardia franquista lo menospreciaban con risas, iban a sufrir un rudo desengaño. Eran precisamente esos desdenes lo que habían contribuído a que Miaja pasese del estado de razón al de iluminación.

La Aurora de una Resistencia Heroica

Marenco, ayudado por nuestro crítico militar, le reclutaba soldados en los sindicatos y en los círculos le los partidos marxistas. ¿Soldados? Le buscaba hombres, que un soldado puede no

serlo, y aun siéndolo, necesita prolongar sus brazos con un fusil. Estos eran hombres, ya que, por el momento no existía posibililad ninguna de proporcionarles armamentos. Se concentraron, por oficios, en lugares diferentes, en espera de una orden para lanzarse a los puestos más vulnerables. Ni la profesión, ni la edad contaban. Los metalúrgicos, que se habían congregado en un teatro, hicieron esfuerzos para que un viejo obrero se retirase a su casa, confiando a los jóvenes el deber de la defensa de Madrid; como un discípulo de Séneca, el viejo les contestó:

—"Para ir a morir a nadie se le cuenta la edad". — se arrellanó en su butaca, intentando quedarse dormido.

Miaja disponía de hombres de ese temple. Viejos y jóvenes obreros que sabían que les había llegado la hora de morir por Madrid, y que preferían hacerlo en las trincheras, aun presentándose en ellas sin armas, a ser izados en los cadalsos que les había de levantar el vencedor. Clemenceau, elogiando la bravura de los campesinos de su tierra, recordaba a un colaborador que, cuando las luchas contra la revolución, los inermes seguían a los armados, y se ponían a su espalda, durante los combates, rezando por ellos, sucediéndoles, tan pronto como caían muertos o heridos, en el manejo de las armas. Este episodio, que tenía orgulloso a Clemenceau, se repitió en la defensa de Madrid. Los inermes espiaban el momento de heredar los fusiles, todavía calientes, de los camaradas a quienes el fuego enemigo ponía fuera de servicio. En la razón lógica de Varela no entraban esos datos, que son ilógicos y disparatados; pero en la fe de Miaja esos y otros despropósitos, igualmente heroicos, estaban confusamente contenidos. Miaja no podía decir qué iba a suceder; pero confiaba en que sucediese algo. Miaja, general de ateos, esperaba el milagro. Varela, caudillo de católicos, lo descartaba como contrario a la razón. En la guerra, como en la paz, la paradoja española. Sólo aparentemente Miaja era un escéptico. Su caudal humorístico, hecho de cuentos y anécdotas, lo utilizaba, la explicación deberíamos buscarla en el psicoanálisis— para descargar la tensión heroica en que vivía— demasiado alta para que pudiese soportarla, sin perecer en ella, un hombre que le doblase en fortaleza. Con las anécdotas descendía a lo humano y descansaba de sus esfuerzos y de sus pasiones de soldado que se ha enfrentado con la adversidad y quiere vencer de ella al precio que la adversidad imponga. En los ratos más efusivos echaba una mirada sobre sus ilusiones muertas y refería, con la mayor ternura, cómo había hecho nacer, acompañando en ese esfuerzo a su mujer, una pollada, sirviéndose de un sombrero viejo, que había utilizado de incubadora. "Mi mujer —contaba— no ponía mayor cuidado que yo. Las chitas aquellas nos costaron pasar la noche sin dormir. Hicimos lo que parecía imposible, un poco como me ha pasado ahora. Sólo que entonces, yo era un salvador

mucho más modesto. Tenía menos quebraderos de cabeza. La gallina no me sospechaba intenciones de dictador". La reticencia la subrayaba con unas carcajadas rotundas y contagiosas. Reía con la misma fuerza que ordenaba. Sin maneras, rudamente, que siendo soldado de Academia, no era un académico, sino un hombre con raíces en el pueblo y por eso mismo sencillo y sincero. Esa condición, muy visible, le dió una inmensa popularidad. Era un mito accesible, de los que no deslumbraban ni hieren a quienes se les aproximan. Un mito eficaz. En Madrid, indiscutiblemente; en Valencia, sometido a descuento. Los que se habían equivocado se cobraban en Miaja su equivocación, aun antes de que Madrid se ofreciese al mundo como un prodigio inesperado de fortaleza. La victoria de la capital se la computaban a Juan, a Pedro y a Antonio; pero no al general que ellos habían elegido para defender a Madrid. Contra estas lesiones el general disponía de un remedio infalible: su risa. Cuando se incomodaba, su irritación se extinguía antes que sus carcajadas, si reía. Como cicatriz de los malos momentos le quedaba una anécdota más, que incorporaba a su repertorio. Así contaba que, en una ocasión, le habían pedido de Valencia que remitiese con la mayor urgencia —¿qué podía pedir Valencia al general que defendía Madrid? ¿Podría adivinarlo el lector?; cuando Miaja nos proponía ese acertijo se reía esperando las respuestas que eran, por lo común, atañederas a la guerra—, ¡la vajilla del Ministerio!, que en la precipitación del traslado había sido olvidada. Ciertamente, en Valencia no estaban en lo que celebraban. Pedir a Madrid una vajilla, cuando el Museo del Prado estaba amenazado, el Palacio de Liria se hundía bajo las bombas y cada madrileño arriesgaba en cada hora la intimidad de su hogar, la cama en que nacieron sus hijos, la silla en que se sentaba la madre, el azahar que llevó la esposa a la iglesia el día de la boda, era exponerse a una negativa colérica y, a la vez, despreciativa. ¿Era una vajilla y unos cubiertos todo lo que el Ministerio de la Guerra aspiraba a salvar de Madrid? No podía ser el ministro quien discurriese tamaña estupidez. Son preocupaciones de escaleras abajo. Me acuerdo de Valsalobre, camarero de la mesa de Prieto, en el Ministerio de Marina y Aire, y después de la del Ministerio de Defensa Nacional, que vivía afligido porque del juego de cubiertos le había desaparecido una cuchara. Tenía el temor de que alguien pudiese sospechar que él era el responsable de aquella pérdida, y por más que le argumentábamos, no conseguíamos tranquilizarle. Todo lo estúpido que se desee, pero aquella simplicidad, por contraste con tanta irresponsabilidad, resultaba emocionante. ¿Qué habrá sido de aquel funcionario humilde, a quien la mujer se le quedó en Barcelona y otros le contagiaron el miedo en uno de aquellos días dramáticos de Figueras? Donde quiera que esté, que la suerte le sea propicia, que bien se lo me-

rece, por su sencillez y su aplicación al deber de cada día, quien, como tantos otros, sólo cargaba con las amarguras de la contienda.

Los Planes de Varela

Miaja tenía esas válvulas para sus cóleras, que eran, por esa razón, pasajeras. Las transformaba en chascarrillos y los reía en la mesa, con sus oficiales, desarrugándoles el ceño cuando lo tenían prieto, porque los momentos eran difíciles, y descansando él mismo de un esfuerzo superior a la resistencia del hombre.

El general Varela antes de atacar a la capital, había arrancado tiras azules al cielo y se las había dado a sus columnas: tan segura contaba la victoria La agresión estaba cuidadosamente prevista. Las tropas descansadas y en forma, iban a dar su rendimiento más alto. Se les hizo comprender que de su empuje dependía, con la toma de Madrid, el final de la guerra. Razonamiento sobre razonamiento. ¿Estamos dentro del plazo de los tres días famosos? ¿Se cumpliría la predicción de Prieto? ¿Vencería la razón sobre la fe? ¿Derrotaría la fe a la razón? Madrid estaba en línea de combate. Había salido de su estupor. Quería batirse por su libertad. Verdad es que no tenía con qué; pero quería batirse: con las uñas, con los dientes, con lo más elemental y lo más animal. En el peor de los casos, cabía poner fuego a la ciudad, hacer de ella un inmenso brasero que deslumbrase al mundo. Nadie rechazaba esta hipótesis bárbara. La fe de Miaja recibió un refuerzo inesperado, que le llevó en persona el teniente coronel Trucharte, un carabinero viejo, sobrio, discreto, buen militar, que en la carretera de Extremadura, mandaba un batallón de nuevos soldados de su Instituto. Sus tropas habían inmovilizado un tanque adversario. Cuando se acercaron a él, todos sus servidores estaban muertos, entre ellos un comandante, en cuyas ropas se había encontrado una orden general de operaciones, la número quince, discurrida para el "D". El documento era precioso. Permitía conocer, en detalle, los designios del adversario. Este se proponía hacer un ataque demostrativo, con las columnas dos y cinco, en dirección al puente de Segovia y al de Toledo, en tanto que las columnas uno, tres y cuatro, moviéndose hacia el Noroeste, penetrarían por la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, con ánimo, la cuarta, de instalarse en el Hospital Clínico; la uno, de subir a Madrid por el paseo de Moret y el de Rosales, haciéndose fuerte en la cárcel Modelo y en el cuartel del Infante Don Jaime; la tercera, siguiendo las calles Marqués de Urquijo, Ferraz, Princesa y plaza de España, adueñarse del Palacio Nacional y del cuartel de la Montaña. Dos columnas quedaban en reserva, repartidas entre Alcorcón, Villaverde, Jetafe y Leganés, para ir en auxilio de los puntos débiles. Las bases de arranque eran el campamento de Ingenieros,

el de Carabanchel, pueblo de Carabanchel alto y Villaverde. Los efectivos movilizados, de treinta a cuarenta mil hombres. El general y su Estado Mayor se pusieron al trabajo con esas noticias. Operaron rápidamente, como si el misterioso día "D" fuese el siguiente. Reforzaron los puntos amenazados, retirando la fuerza de aquellos en que Varela iba a hacer su demostración. Miaja reduplicó sus voces y endureció sus órdenes. Borró del caudal de sus palabras una: retirada. Se lo hizo saber así a los mandos. Quien cediese una pulgada de terreno sería fusilado. El miliciano que intentase replegarse debía ser muerto en el campo. De las debilidades de los milicianos eran responsables sus jefes y él, Miaja, se proponía ser inmisericorde. ¡Que se entendiese bien! ¡Inmisericorde! Aun cuando necesitase llorar sobre sus cadáveres, los jefes que retrocediesen serían degradados y fusilados. ¿Entendido? ¡Degradados! ¡Fusilados! Si tenían miedo, aun estaban a tiempo para decirlo y retirarse. Iniciado el combate, ya no había lugar. Los increpados, rígidos, gravemente serios, se mostraron dispuestos a obedecer hasta la muerte.

Al ganar sus puestos de mando, se encararon con sus soldados:

—Me he comprometido con la vida a que no deserte nadie. He respondido por vosotros: La batalla va a ser dura. Y no podemos retroceder. Eso quiere decir que no lo vamos a contar. Si creéis que me he comprometido demasiado, decirlo. Os váis a vuestras casas y después que se haya ido el último, me pegaré un tiro. Si queréis quedaros conmigo, a morir juntos, habremos salvado Madrid, y ya que no nosotros, nuestros hijos serán libres. ¿Os quedáis?

David y Goliat

La respuesta afirmativa sonó seca y tajante. Sin una jactancia, sin un grito literario, aquellos hombres, ni treinta ni cuarenta mil, centenares, millares a lo sumo, pero pocos millares, se quedaron a morir, a morir por Madrid y por sus hijos. Acicalaban sus armas, contaban sus cartuchos, para no hablar con el compañero, para pensar en sus cosas, para proyectar, en la pantalla de los recuerdos, emociones y rostros de los días apacibles. Miaja, desde su despacho, tensaba resortes, allegaba medios, calentaba resistencias y rompía debilidades. Atrincherado en su fe, confiaba. Todas las probabilidades le condenaban a fracasar. Varela operaba con demasiada ventaja. Lo tenía todo: hombres, armas, moral; en cambio él, sólo tenía, además de la fe, unos cuantos gritos enérgicos en la garganta y el conocimiento anticipado de lo que su adversario se proponía ejecutar, a menos que hubiese variado de pensamiento por sospecha de que él conociese su secreto. Miaja manejaba imponderables.

Varela, una gran masa de hombres y de material. ¿No fué abatido Goliat con una piedra? ¿Y no es la esperanza lo último que se pierde?. Miaja, que se había hecho oír, se hacía obedecer. El mando no era una superchería. El subalterno obedecía. A punto de abrirse el ataque, se rebañaba en las fábricas la munición recargada, y en los cuarteles de milicias, los últimos hombres disponibles. Roto el fuego, la batalla dió comienzo con una violencia inusitada. Las columnas enemigas se pusieron en marcha con el resuelto propósito de entrar en Madrid sin ningún retraso sobre los planes. Cada columna golpeaba sobre la resistencia que le cerraba el paso a los objetivos con dureza y tenacidad nuevas. Vomitaba sobre las líneas republicanas fuego y acero en cantidades fabulosas. El eje de marcha no había cambiado en un centímetro. La orden general de operaciones se desarrollaba conforme a las instrucciones que Miaja conocía. En el Puente de Segovia el ataque demostrativo, discurrido para inducir a confusión a los militares republicanos, tenía una reciedumbre de ejército superdotado que puede hacer las cosas con riqueza de hombres y de elementos. Como era nuestro costado débil, se voló una parte de su calzada, en previsión de que los atacantes se decidiesen a pasarlo. Teniendo que vadear el río, la operación les resultaría más expuesta y renunciarían a una empresa que no entraba en sus cálculos. El Manzanares, tan burlado y reído, garantizaba a Madrid, con su foso, una buena defensa. La guerra en esta parte de la capital, sin dejar de tener crudeza, quedaba reducida a un divertimiento estratégico; el drama andaba por la Casa de Campo y las cercanías de la Ciudad Universitaria. El general Varela tenía en juego todos los recursos de que disponía: aviación, artillería, tanques...

"¡Son Valientes!"

Los jefes de columna habían recibido órdenes severísimas. La cuadrícula de mandos subalternos, a su vez, sabía que no estaban consentidas las vacilaciones. Tenían que avanzar con la tropa, dejando las bajas a la espalda, hasta los objetivos señalados. Entrar en Madrid era un compromiso de honor. El generalísimo, en su despacho de Salamanca, estaba a la espera de la noticia. Había, pues, que economizar tiempo, sin considerar el precio de esa economía. Arrollar al adversario, anonadándole, a fin de que no pudiera pensar en rehacerse, era la aspiración de Varela. Resistir con buen espíritu todos los ataques, la de Miaja. Este invocaba, como recurso supremo, el numen heroico de la capital. El duelo, pues, estaba establecido entre una potencia espiritual y otra material. Los hombres de Madrid, petrificados en sus trincheras, recibieron a los asaltantes con fuego cerrado. A las dos horas del ataque, salpicados de hierro por todas partes, continuaban en sus pues-

tos, renovando las bajas con los hombres que esperaban la oportunidad de empuñar un fusil. Todas las armas calientes, la batalla en su plenitud, y las posiciones de Madrid no acusaban debilidad. El mismo coronel que sabía que Madrid se les había escapado, jefe de una de las columnas que atacaba la capital, sorprendido por aquella resistencia, admirado por la tenacidad de los madrileños, exclamó: "¡Son valientes!". No lo sabía bien del todo. Veía la resistencia desde fuera y hubiese necesitado verla desde dentro de una de aquellas trincheras republicanas donde los hombres morían sin dar un grito, sin producir una queja, mordiendo la tierra que habían estado defendiendo. Cada jefe un fusilero más, animando a sus soldados con palabras de romance, cuyo sentido profundo se ha perdido para quienes no las oyeron en los parapetos, entre camaradas muertos y heridos, que no había tiempo de retirar, que no convenía retirar porque la trinchera se hubiese quedado vacía. Muertos, muy muertos, fríos de muchas horas, seguían defendiendo con su presencia corporal, a Madrid. Muertos en quienes seguían clavándose las balas. Heridos que taponaban sus heridas con pañuelos, sucios de sudor y de barro, y recostados contra el suelo, disparaban con la rabia concreta de su dolor, hasta que las fuerzas les abandonaban y jadeando, se arrugaban, en posturas inverosímiles, pidiendo ser muertos por la pistola del oficial. Este pedía refuerzos con qué substituir las bajas. La respuesta era siempre optimista: "Van; ahora mismo salen. Están sobre los camiones". Pero no llegaban. La Casa de Campo, crujía en la madera de todas sus encinas. Los corazones que el amor había labrado en sus cortezas los desfiguraban las balas. El combate en ella era más duro que en parte alguna. Horas y horas de fuego cerrado, sin descanso para fusiles y ametralladoras, para morteros y cañones. ¿Cómo no se hundió la defensa de Madrid? ¿Quién daba a sus defensores aquella fortaleza insuperable? ¿La invocación de Miaja al espíritu heroico del gran pueblo? El general seguía el curso de los acontecimientos con una ansiedad creciente. Todo nervios en aquellas horas, trataba de no traducir su pensamiento. ¿Qué hacía él allí? Mentir. Prometer refuerzos que no podían llegar porque no los había. Mirar, sobre el plano, las zonas en que la batalla se desarrollaba.

El General en la Zona de Fuego

Eso es lo que cumple hacer a un general que dispone de los medios indispensables; pero el suyo era un caso aparte. Hacía la guerra sin recursos materiales, con sólo fuerzas espirituales, con resortes morales, con intuiciones dislocadas, mediante corazonadas. ¿Por qué no presentarse él mismo en el lugar del combate y reforzar con su presencia la moral de las tropas, inyec-

tarles fe, exaltar su entusiasmo, forzosamente consumido en gran parte? Normalmente, el propósito tenía que ser combatido por disparatado. El general en jefe no debe correr los riesgos de sus soldados, pues desaparecido él, la derrota es fulminante. Está en el abc de la cartilla militar; pero en esa misma cartilla puede leerse, en las condiciones en que se defiende Madrid, su derrota segura. Para vencer había que sacar fuerzas de los depósitos más inverosímiles, ya que los parques militares estaban vacíos. El viejo general, tonto y cobarde, según la clasificación burgalesa, volvió a oír las voces interiores y, guiándose de la intuición, montó en su automóvil y se presentó en la plaza de la Moncloa, eligiendo como observatorio para explorar el campo de batalla, el edificio de la cárcel Modelo. Le interesaba hacerse visible, que su presencia física fuese conocida de los soldados. Llegó, pues, con su custodia de motoristas y sus colaboradores: su jefe de E. M., Rojo; su ayudante, Pérez Martínez, y su secretario, López. Su llegada coincidió con un ataque de la aviación enemiga que bombardeaba la cárcel. El general, que había reclamado a sus hombres reciedumbre de ánimo, no podía vacilar. Sofocado por el polvo del bombardeo, penetró en la prisión, subió al observatorio elegido y se entretuvo en conocerlo. Volvió la aviación y descargó nuevas bombas, que derrumbaron paredes y destruyeron vidas. Los gritos de los moribundos subían más alto que la columna de humo. El espectáculo era escalofriante. Entre los cascotes asomaban fragmentos sanguinolentos de cuerpos humanos. Un detalle impresionó al general. Desenfundó su pistola pensando hacer una obra de caridad. Un hombre, con las dos piernas seccionadas, el torso abierto con diez fuentes de sangre, se incorporó y dió, rugiendo, varios pasos, para derrumbarse muerto... Al salir, Miaja, cegado por esas visiones de sangre, no vió un hoyo profundo, inundado de agua, que habían hecho las bombas y cayó en él. Mojado, sucio de polvo, transido de dolor, al abocar de nuevo la Moncloa se encontró con un espectáculo sombrío: la derrota. Sus soldados huían. ¡La derrota! Se fué a los fugitivos pistola en mano y se encaró con ellos: "¡Atrás, cobardes! ¡A vuestros puestos! Al que dé un paso hacia la ciudad lo mato. ¡Atrás!" Y fué empujando a los huídos hacia sus puestos abandonados. Le miraban con aire de inconscientes, sin reconocerle, sin saber si hundirle la cabeza de un culatazo, para seguir corriendo, u obedecerle; pero retrocediendo hacia los puestos de que habían desertado.

—¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡A morir a vuestra trinchera! ¡A morir conmigo! ¡Con el general Miaja!

La luz se hizo en aquellas cabezas obscurecidas por el miedo a la muerte y un nuevo golpe de su resorte moral enderezó a aquellos hombres en derrota. Bien asido el fusil con las manos, caliente otra vez el corazón que se les había quedado frío, se incor-

poraron a sus puestos, pregonando la noticia: "Está aquí el general Miaja. Viene a morir con nosotros". Fué como una sacudida eléctrica que vigorizó a los extenuados. El general estaba con ellos. Miaja, el propio Miaja, pistola en mano, estaba en las trincheras. El general quería ver de lo que eran capaces sus hombres. No pudo verlo. Rojo, respetuoso, pero categórico, se encaró con su superior:

—Mi general, este no es su puesto. Está corriendo un peligro que nos expone al peor de los contratiempos.

Miaja con su docilidad, hecha de comprensión y de afecto, montó en su automóvil y se volvió a su despacho. Para los soldados seguía estando, la pistola en la mano, en la plaza de la Moncloa. Y la batalla, un poco con esa ilusión, seguía, seguía, seguía. Violenta y encarnizada. Con alternativas de incertidumbre y de seguridad para los madrileños. Era pronto para saber que estaba ganada; pero el valetudinario general tenía la intuición de su victoria. A poco que se les ayudase, sus hombres vencerían. ¡No pasarán!, se dijo él también. Y no, no pasaron. ¡Qué inmensa la inmensa victoria de Madrid! Victoria de la fe sobre la lógica, del espíritu sobre la materia. No es a Goya, sino al Greco a quien correspondería su exaltación pictórica.

CAPITULO XXI

Garabitas. — Muerte de Durruti, caudillo anarquista. — Varela se revuelve contra su destino. — Miaja teme a los golpes que le dan en Valencia. — Su popularidad en Madrid. — Historias y biografías de Kleber. — "Aquí estamos, dispuestos a morir". — "Director, hay que prepararse". — Miaja pide un supremo esfuerzo. — Los internacionales de Kleber.

EL combate seguía con redoblada violencia. Varela apremiaba a sus huestes. "¡No es posible, no es posible! Eso es que os falta resolución para atacar. ¡No se comprende de otro modo!" No lo comprendía él. No podía comprenderlo. ¿Era admisible que sus cálculos hubiesen fracasado? Seco como un esparto, hacía crepitar sus órdenes, imprecaba a los jefes, los hería con sus reproches... Les pedía más pasión, más calor. Era absolutamente imposible que el enemigo resistiese un ataque llevado a buen tren: ¡si no tenía armas! ¡Si eran unos grupos sin mandos! El general Varela se exasperaba y en su exasperación dejaba escapar palabras y juicios mortificantes. Pedía más servicios a la aviación que, sin riesgo, se fijaba en el cielo de Madrid y concienzudamente destruía observatorios, trincheras, casas; mataba hombres y animales. La Ciudad Universitaria y el Barrio de Argüelles iban saltando a pedazos. Los artilleros secundaban a los aviadores, y los infantes creyendo tener expedito el camino, intentaban reanudar un avance que nuestras escasas ametralladoras hacían lo posible por impedir. Nuestra masa de fuego era, comparativamente, pequeña. Como las municiones iban caras, los hombres se habían disciplinado, administrándolas con avaricia, buscando que cada disparo conociese su blanco. Varela no quería explicarse lo que sucedía. Sabía sobradamente que todo el andamiaje de su discurso se había ido al suelo por haber prescindido del factor psicológico, y no teniendo valor para culparse, culpaba a los demás. Gritaba sus órdenes, modificándolas en un "crescendo" violento. La obediencia de sus subordinados era absoluta; pedían a sus soldados, con el mismo tono irritado, lo que el general les pedía a ellos, y los soldados, negros de pólvora, sudados de cansancio y de miedo, se erguían para avanzar y a mitad de su movimiento, caían muertos. Una punta de la vanguardia consiguió vadear el Manzanares. Hacia ese paso, que suponía un progreso considerable para los rebeldes, se

envió todo el fuego de Madrid. Pero todo el fuego de Madrid ¡era tan poco! La columna enemiga que había conseguido esa ventaja, tenía por objetivo alcanzar el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria y hacerse fuerte en él. Iba, por grados, ganando terreno.

¡No Pasarán!

La empresa más difícil, saltar el río, la había cubierto. Desde uno de los edificios de la Ciudad Universitaria, uno de nuestros camaradas, Egoecheaga, nos telefoneó al periódico: "Aquí estamos, dispuestos a morir. ¿No oís los estampidos? ¡Esto es terrible! Pero no os apuréis que no pasan. Antes moriremos todos". Nuestro camarada se dedicó a gastarnos bromas y a hacer humorismo a cuenta de su cadáver. No debía estar en su juicio. Pero sólo así cabía que no hubiese evacuado un edificio que, dos horas más tarde, servía de albergue —cuartel y fortín— a los regulares. Todavía nos volvió a llamar nuestro amigo: "¿Oís ahora mejor? Nos ordenan evacuar. El enemigo está a doce metros de nosotros y nos hace un fuego brutal. Si no nos volvemos a ver ¡viva la República!" El teléfono recogía el estrépito de la batalla; pero no necesitábamos de él para oírlo. Llegaba perfectamente, en aquella hora de la noche, hasta nuestra redacción de la calle Carranza. Del cuartel de nuestros camaradas al Clínico la distancia no era mucha. La noticia de la evacuación nos alarmó. Juzgábamos: las cosas van mal. Oíamos, sin dejar de trabajar, ruido de camiones, voces de hombres que le decían a la noche sus doctrinas con un viva rotundo, vigoroso. Miramos. Los camiones cargados de nuevos combatientes, iban, bulevares abajo, hacia la línea de fuego. ¡Refuerzos! Viejos y jóvenes enronquecían gritando: "¡No pasarán! ¡No pasarán! ¡No pasarán!" Barberos, dependientes, carpinteros, metalúrgicos, panaderos, hombres de todos los oficios que partían de sus casas, sin vacilación, para encararse con el combate y morir en él sin renegar de su convicción: ¡No pasarán! Nuestro redactor militar avisó: "Director, hay que prepararse. Las cosas parece que se precipitan. La catástrofe puede producirse de un momento a otro". Con la cabeza nos explicábamos la desventura; con el corazón, no. Aquélla nos decía que era natural que perdiésemos: sin armas, sin aviación, sin artillería, ¿cómo íbamos a ganar? El corazón, en cambio, siempre irrazonable, seguía conservando esperanza. ¿No estaba la capital resuelta al sacrificio? Miaja, como Varela, pedía a sus colaboradores un supremo esfuerzo. Lo prometía todo para un plazo corto. La aviación republicana estaba para llegar y con ella venía artillería antiaérea. Resistiendo dos días, un día, unas horas, íbamos a ser fuertes. Tendríamos hasta comida. Víveres y armas estaban en camino. Un esfuerzo más, sólo un esfuerzo más. "Mis hombres no se tie-

nen de pie, se quedan dormidos con el fusil en la mano". "No puedo más, me faltan soldados. Tengo un ochenta por ciento de bajas". "Mi general: dentro de una hora estaré sin municiones". "El enemigo está a veinte metros de mi posición, mi gente no puede más. Necesito refuerzos o una orden de repliegue". Las comunicaciones que llegaban a Miaja tenían, todas, el mismo acento desesperado de las transcriptas. El general, que seguía creyendo en sus voces interiores, persistía en las palabras falsas: "Envío refuerzos". "Salen municiones". "No hay zonas de repliegue. Si tiene miedo voy yo mismo a hacerme cargo de la posición". "Resistir de firme; está a llegar lo que espero. Mañana, antes de la noche, habremos vencido". El jefe sin municiones, el capitán sin hombres, el comandante derrengado, se ponían nuevamente en pie, se encaraban con sus milicianos y mediante otro remalazo de locura lograban prolongar el combate. El ánimo caído renacía, la posición perdida se recuperaba y los asaltantes recibían en pleno pecho, antes que la bala, la noción de que la presa que reputaban segura se les había ido de la mano. Otra vez a empezar. De nuevo la artillería, durante horas y horas, para reducir la terquedad de los defensores de Madrid. Y cuando a la mañana, la aviación mordía implacable en la Ciudad Universitaria, a paso de viejos soldados, los refuerzos tomaban posesión de sus puestos. ¿Quiénes eran y de dónde venían? Llegaban de todos los pueblos de Europa y eran... Eran los internacionales de Kleber, de Luckas, de Hans Beimler: polacos, alemanes, franceses, austríacos, checos, experimentados en la guerra europea y disciplinados con una moral de victoria. Rebeldes expulsados de su patria, trabajadores sin nacionalidad oficial, hombres con un pasado lleno de dolor y con un porvenir incierto. Cabezas firmes y brazos robustos; corazones sin miedo y ánimos tiesos. Tres mil quinientos fusiles. Se desparramaron por la Casa de Campo y por la Ciudad Universitaria. La guerra los acogió con toda pirotecnia mortal. Al cabo de una hora, ya eran menos. Era la cuota de ingreso: unas docenas de muertos. No se inmutaron, habían subido a Madrid justamente a eso: a hacerse matar defendiéndolo. De la capital sólo sabían una cosa: que los necesitaba. Su presencia en las posiciones discutidas reavivó la pasión de los madrileños. ¿Luego era verdad que llegaban refuerzos? El miliciano se insolentó con la muerte y volvió a despreciarla; pero sus nuevos compañeros, encerrados por la experiencia y la disciplina en su condición de soldados, le resultaban extraños. Se interponían violentos cuando el miliciano intentaba una temeridad. Le enseñaron precauciones y defensas elementales y, a la vez, le ilustraron sobre la manera de combatir con mayor eficacia. El miliciano aprendía. Adquiría hábitos de soldados. Cada internacional se convirtió, sin darse cuenta, en un maestro. Como los discípulos eran agudos, el aprendizaje fué rápido. A esos maestros, Kleber los movía con una precisión mecánica, mediante unas

Brig Inte

órdenes concisas, tajantes, que mandaba por los enlaces a los jefes de grupo, y que se cumplían sin la menor vacilación. Ordenes escritas a lápiz, firmadas con su inicial, que circulaban nerviosamente, levantando temperatura y fiebre en quienes las recibían; órdenes escritas en medio del combate, sin una vacilación, de un solo trazo seguro. "Resista". — K." "Avance sobre su izquierda. — K." "Firme en su puesto. — K.". En la casa de Velázquez, uno de los edificios más notables de la Ciudad Universitaria, en cuya fachada creo recordar que se incrustó la muy bella del Palacio de Oñate, se había instalado una compañía de internacionales polacos. Su jefe recibió, cuando más recia era la arremetida de los rebeldes, una de esas órdenes: "¡Resista! — K.". Sus hombres iban cayendo muertos y heridos. El fuego les entraba por la derecha y por la izquierda. Los fusileros que le quedaban seguían disparando sin preguntar nada, sin apartar los ojos del adversario. El capitán diría. El capitán sabría.

Los Internacionales

EL capitán, tieso ante una ventana, hacía fuego con un fusil. Era, entre todos, el único que no preservaba su cuerpo. Y como si estuviese defendido por un poder sobrenatural, las balas le respetaban. Los heridos le miraban con ojos incrédulos, conteniendo los lamentos, dejándose desangrar. Después de cinco horas, llegó un relevo. De la compañía sólo quedaban en pie seis hombres y el capitán. Sus soldados contaron que, en un acceso de furor, había intentado quitarse la vida, habiéndose ellos visto en la necesidad de desarmarle. Del furor había caído en una depresión nerviosa. La presencia de sus camaradas muertos le resultaba acusadora. Se sentía responsable de su desgracia. Creía que no había sabido defenderlos. Le llamaron al puesto de mando y Kleber lo fortificó con una palabra y un abrazo. Como los polacos, los alemanes, los franceses, los belgas... Todos. La orden los plantaba en el terreno, igual que a encinas añosas y sólo la muerte tenía poder suficiente para abatirlos. No eran hombres, eran soldados. El enemigo fué forzoso que notase su presencia. Cambiaron la fisonomía de la batalla. Se endureció la resistencia de Madrid. Aumentaron sus fuegos. El coro de las ametralladoras subió de tono. Había dos técnicas en su manejo. Unas trabajaban mejor que otras. El general Varela se resistía a acusar el golpe. Le constaba su superioridad y persistía en sacar adelante sus planes. Rugía las órdenes. Le irritaban los partes acusando impotencia. Se debatía, contrariado, contra su destino. Proyectaba atarlo a la cola de su caballo y humillarlo como a un cautivo indócil. Nada tan lejos de su poder. Su antagonista, Miaja, prodigaba, sin nerviosismo, cachazudamente, por intuición psicológica, sus mentiras heroicas. Si se

irritaba era recordando la facilidad con que en Valencia olvidaban la responsabilidad con que le habían abrumado. No parecía sino que les molestaba que Madrid se defendiese. Contra los disgustos que le producían los hombres a su mando, Miaja operaba extremando verbalmente su autoridad. ¿Que en el Banco no pagan los dineros que hacen falta para las nóminas de fortificación porque hacen semana inglesa? Miaja escuchaba la queja impávido: "¿Semana inglesa? Que busquen ahora mismo a los jefes del Banco y me los traigan aquí. El tiempo que tarden en llegar a la Ciudad Universitaria será todo lo que les queda de semana inglesa. ¡Se van a enterar esos señoritos de lo que es la guerra!". Contra los serretazos que procedían de Valencia, el general no podía nada y la cólera le rezumaba por los poros, en sudor; por la boca, en violencias llenas de erres y de eñes. Un día en que solicitaba con apuro medios para resistir, declinando la responsabilidad de la catástrofe si dejaban de enviárselos con el apremio y la urgencia con que eran solicitados, la cinta del teletipo que le trasmitía la respuesta, le sacudió como una descarga eléctrica. Se le vió congestionarse, los ojos desorbitados e iracundos, y luchar contra un adversario invisible que le agarraba de firme. Era, por raro que parezca, la respuesta que subía del Levante opulento y sereno, al Madrid dramático y famélico; la respuesta decía: "Usted trata de cubrirse con la pinta". El agredido general bramó: "No lo tolero. Me voy ahora mismo. No aguanto más. Esa infamia excede a mi resistencia". La cólera se mezclaba a los sollozos. El general avanzó hacia la puerta, dispuesto a realizar su amenaza. Uno de sus subordinados le cerró el paso. "Mi general, me mata si quiere, pero no le doy paso. Si se va, el frente se hunde. No puede irse". Rojo reforzó esa resistencia y el general vacilando sobre sus pies, ebrio de dolor, se dejó caer en una butaca. Esta fué una de sus grandes victorias. Su desaparición de Madrid, donde ya no era general, sino algo más raro y valioso, un mito y un oráculo en que la ciudad creía; hubiera representado, efectivamente, la catástrofe. La substitución del general podía ser fácil y acaso ventajosa; pero el nuevo defensor, sin potencia mesiánica ninguna, hubiera resultado un impotente para contener la caída del ánimo público. Miaja, que en Valencia, traído y llevado por la crítica, no era nada, en Madrid lo era todo. Cuanto más humildes y sencillas las capas sociales, más grande la devoción por él. Acaparaba toda la luz, absorbía todos los efectos, concentraba todas las adhesiones. El gustaba de esa popularidad.

—Cuando paso con mi coche —me explicaba, a mí que lo había visto—, las mujeres me gritan: ¡Miaja! ¡Miaja!, y se gritan entre ellas: ¡Ahí va Miaja! ¡Ahí va Miaja! Nunca dicen: ¡Ahí va el general! Las saludo y me saludan. Ellas quedan contentas y yo también. Soy para ellas lo que más me gusta ser: Miaja.

Al confesar esa vanidad, sonreía con todo su rostro. No especulaba con la popularidad, gozaba de ella con una maravillosa simplicidad de corazón, con idéntica simplicidad cordial que las mujeres madrileñas, arquetipos de un heroísmo silencioso y diario, mucho más castigado por la adversidad que el heroísmo de los combatientes. El general alimentaba ese heroísmo colectivo con la promesa de los refuerzos y su fe en la victoria. Con los internacionales habían subido a Madrid fuerzas de carabineros. Soldados que, después de un aprendizaje truncado, con una pequeña prueba de fuego en Valdemoro, entraron en el horno de la Casa de Campo. Los refuerzos iban llegando en la medida que se podían esperar. No llegaba el material. Sobre todo no llegaba la aviación. De momento con los hombres era suficiente. Los internacionales, con Kleber, que adquirió una popularidad rapidísima, significaron una inyección de seguridad para los madrileños. Las biografías populares de Kleber fueron variadísimas y particularmente románticas. Era un general de la gran guerra a quien la victoria de Hitler había dejado cesante. Para otros, la personalidad de militar la había adquirido en China. Entre los militares corría la versión de que era un comunista alemán, especializado en revoluciones, es decir, conocedor de la lucha en las calles, técnica, en cuyo estudio y práctica había gastado muchos años. Por uno de esos arranques madrileños, que acostumbraban a tener por base y origen los detalles más desconcertantes, Kleber se benefició de una simpatía unánime. El madrileño, que encontró agradable su rostro, se familiarizó con el apellido, sin ninguna complicación fonética. Pronunciándolo se autosugestionó y regaló a Kleber la máxima virtud y la máxima capacidad. Ese nombre anulaba a todos los demás Todavía vive en Madrid el recuerdo de Kleber y cuando se habla de los internacionales, éstos son, por antomasía, los hombres de aquél. ¿Cuál es su verdadera biografía? No lo sé, y aun cuando haya quien la conozca, aseguro que no serán muchos. He visto escritas sobre él algunas noticias que se dan como exactas. Puede que lo sean, pero, en la duda, prefiero una cualquiera de las múltiples historias de cordel que la inspiración popular de Madrid, acentuadamente romántica, divulgó. Tienen la misma inseguridad que las que se trata de hacer pasar como ciertas y mucha mayor belleza. Una belleza ingenua y primitiva. Kleber, que llegó a Madrid rodeado de misterio, partió de Madrid en las mismas condiciones misteriosas. Su apellido está adherido a los días más difíciles de la capital, sin que su gestión posterior acuse nuevas proezas. Fué, en algún momento, centro de una junta de militares que pusieron la defensa de Madrid por encima de toda consideración y ese capítulo, sobre el que nadie ha hecho luz suficiente, determinó incompatibilidades y enemigos que, andando el tiempo, no dejarían de manifestarse. Fué

aquél un consejo de guerra, tenido sobre el propio campo de operaciones, a no mucha distancia del enemigo, en el que Kleber captó para su pensamiento militar la adhesión de los jefes de fuerzas. A uno de éstos, que conoce su oficio, le oí decir que la posición de Kleber era, militarmente, la única sagaz y viable. El trance era apurado, y el consejo no tenía otro alcance que vencer de él y asegurar la victoria de la capital. Ambas cosas parece que quedaron logradas. Pero no sin que Kleber renovase sus órdenes imperiosas y pusiera a prueba la dureza de todos los defensores de Madrid.

Garabitas y el Clínico

HACIA tiempo que los tres días de la profecía de Prieto estaban remontados. El salvoconducto que me dió para tomar plaza en un avión comenzaba a ser una curiosidad histórica. Los combates continuaban. Las tropas de Varela habían llegado hasta pisar algunas calles madrileñas; el paseo de Moret y el de Ramón y Cajal. El hospital Clínico era un fortín suyo. Alcanzaron, igualmente, una posición envidiable en la Casa de Campo; el teso de Garabitas, donde se artillaron, y desde el que ofenderían incesantemente a Madrid haciendo llegar los disparos hasta la plaza Castelar, motivo que aconsejó convertir a La Cibeles en la Linda Tapada. Los intentos de recuperación de Garabitas costaron mucha sangre y todos ellos fueron infructuosos. El pequeño altozano, bien conocido de los madrileños, se transformó, por obra de los ingenieros militares, en una posición inexpugnable. Ni el fuego ni el coraje consiguieron debelarla. Cuando después de terribles preparaciones artilleras, y aun más, de innumerables descargas de la aviación, cuando ésta colaborá con los madrileños, se ordenaba su asalto, la posición que había permanecido silenciosa, abría fuegos mortales sobre los asaltantes. Fuegos dispuestos geométricamente, estudiados matemáticamente. Era inútil pretender el paso. Estaba cerrado por una serie de ametralladoras concentradas y por un equipo de fusileros certeros. ¿Cómo se perdió aquella posición clave, que tanto duelo y sobresalto metió en el centro de la ciudad? Ningún pedazo de tierra más popular que la colina de Garabitas. Sólo la fortaleza del Clínico, increíblemente dura, le hacía competencia. En Garabitas había cañones; en el Clínico, regulares. Tantas veces como se les consideró expulsados, tantas nos equivocamos. Se interfería su abastecimiento, ametrallando a los convoyes; se atacaba el edificio con rudeza; se les cañoneaba con rabia y los moros, fieles a la orden recibida, seguían en su puesto, acechando todos los descuidos de los madrileños para causarnos bajas. Su puntería era tan endemoniada como su paciencia. El tiempo no contaba para ellos. Horas y horas, ojo y fusil en guardia, espiaban el movimiento de nuestras posiciones, y cuando el blan-

co se hacía presente, disparaban. Esta táctica exasperaba a los madrileños y siempre que la arremetida era contra el Clínico ponían en el cumplimiento de la orden una pasión furiosa. De haber conseguido entrar en él y copar a los regulares, contrariando lo dispuesto, los hubieran fusilado a todos. Los odiaban por la forma artera con que hacían la guerra. Con los moros en el Clínico y los artilleros en Garabitas, Varela había perdido la partida. La presa de Madrid se le había ido de las manos. Salamanca necesitaba discurrir otros ataques. Miaja, con sus voces interiores y sus mentiras heroicas había vencido. Los nuevos combates le procuraban alguna inquietud, pero la base de su confianza era indestructible. El madrileño se reputaba un vencedor: "Cuando no han pasado, no pasan". El enemigo había perdido la ocasión. La curva de los ataques a la capital tenía alteraciones considerables. En un apuro, corrigiendo una defección de sus tropas, Durruti, caudillo anarquista, cayó muerto y Madrid se estremeció pensando en lo que podía seguir a aquella muerte. Este es uno de los momentos en que más descendió el nivel de nuestra esperanza. ¿Qué iba a pasar? Durruti era, entre las filas de la F. A. I., el hombre de más alto prestigio. La historia de su vida, llena de proezas anarquistas, era ofrecida como modelo a imitar por los jóvenes ácratas. Lo había osado todo, venciendo de los trances más difíciles mediante su arrojo personal. Es una vida para una novela de Baroja: ruda, valiente, generosa. Ninguna dificultad le retenía. La guerra le proporcionó ocasión de desarrollar plenamente su personalidad. Realizó el sueño de su vida: ser capitán de una masa inmensa de hombres armados. ¿Había ambicionado nada mejor? Ejercía sobre todos ellos una autoridad indiscutible. Su apellido los sugestionaba. Cuando llegó a Madrid con sus soldados, la capital se confió a su arrojo y quedó a la espera de lo extraordinario. Una primer noticia rompió el hechizo. En la Ciudad Universitaria la columna confederal de Durruti echó pie atrás. Fué una reacción humana. El frente de Madrid era, en aquellos momentos, distinto a todos los frentes. Se combatía, con un encono cainita, sin tregua. Atacada violentamente, la columna cedió. ¿No era esa la costumbre? Lo fué hasta que las milicias anclaron en Madrid, frente a cuya silueta urbana se había dado la orden de no retroceder. Durruti fué interpelado por Miaja. Este le hirió con sus sarcasmos y el caudillo anarquista, frío, seguro de sí mismo, respondió de sus hombres.

—Concédame un día más antes de formar opinión definitiva sobre mi columna.

Se volvió al frente, resuelto a todo. Estaba decidido a poner su bandera y su prestigio en las posiciones que otros habían perdido. No era un ataque de orgullo personal, sino una demanda imperiosa del orgullo colectivo del anarquismo español. Todo él, corpulento y macizo, era una llama. Miaja le había reprendido con razón, pero ya que no podía quitarle la vida, que eso no hubiese

sido ni valiente ni justo, le quitaría la razón. Estaba resuelto a llegar al despacho del general y a comunicarle: "Mi general, las tropas a mis órdenes, ¡los hombres de la F. A. I.!, acaban de tomar la posición A y la posición B". Con estos pensamientos en la cabeza se enfrentó con sus soldados que, gritando traición, se replegaban, desoyendo a sus jefes. Durruti desmontó del automóvil e increpó, una pistola en cada mano, a los fugitivos.

—¡A vuestros puestos, cobardes! ¡A vuestros puestos! ¡Estáis pisoteando el nombre de la F. A. I.!

Le reconocieron. Sus palabras les escocían como latigazos. Se reagruparon, mirándolo de frente y esperando que se calmara para quejarse ante él de la supuesta traición. Se negó a escucharles. Su brazo señaló una meta lejana, roja de fuego de descargas:

—Allá vamos. Los que quieran seguir, que me sigan.

Se puso a andar. Los soldados le seguían, aprestando los fusiles y vitoreándole. Una bala rompió la escena. Durruti se desplomó a tierra, herido de muerte, y sus hombres, con más fuerza, gritaron una sola palabra: ¡Traición! ¡Traición! ¿De quién? Miaja fué a descubrirse a la capilla ardiente y contemplando el cuerpo de Durruti, dos gruesas lágrimas empañaron los cristales de sus gafas. En su despacho oficial hizo poner un retrato del caudillo anarquista, de quien el viejo general siempre hablaba con manifiesta emoción. Hasta pasadas 24 horas no se dió en Madrid la noticia de la muerte de Durruti. Se temió una caída vertical del ánimo público. En el frente, la debilidad de nuestras armas era considerable y una disminución de entusiasmo en la retaguardia podía ser fatal. La defensa de Madrid seguía estando montada sobre alfileres. Lo que no había alcanzado el enemigo, podía conseguirlo en cualquier instante. Seguíamos sin derecho al optimismo. Contando los días. Esperando material. Venciendo de las agresiones del adversario y de las imprudencias de Valencia.

CAPITULO XXII

La Junta de Defensa. — La razón de su prestigio. — La falta de municiones. — El atentado contra Yagüe y el duelo de comunistas y ácratas. — Cuidados militares y políticos de Miaja. — Largo Caballero aspira a liberar Madrid. — Don Vicente Rojo prefiere el silencio a la popularidad. — Lo que desearía saber Miaja. — El pino y la lechuga. — Una gestión para que Madrid capitule.

HUBO un momento, disparatado, en que, como reacción contra la marcha del Gobierno, algunos irritados concibieron el propósito de substituirlo. Los proyectistas fueron a dar con la serena ecuanimidad de don Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, quien no sin algún esfuerzo, y declinando las ofertas que le hacían, les persuadió de que el intento era un disparate, cuyas consecuencias, todas funestas, serían a plazo corto, incalculables. Don Mariano Gómez, que había sacado al gobierno Giral del trance más difícil y apurado, aceptando personalmente una encomienda delicadísima, sacrificio auténtico y no retórico, que la República no le agradecerá bastante, hacía otro servicio de importancia parecida al gobierno de Largo Caballero. Dado el ambiente que existía en Madrid contra cuantos se habían ido a Valencia, la substitución del Gobierno, terrible disparate, hubiera parecido bien a los madrileños. Sin la negativa de don Mariano Gómez, elegido por los proyectistas para presidente, y sin su consejo sereno, el conflicto del nacimiento de un nuevo gobierno se hubiese producido. No hubo gobierno de Madrid, pero la capital tuvo en cambio su Junta de Defensa, cuya presidencia le fué conferida a Miaja. En la Junta, exactamente igual que en todas partes, se estableció la polémica de anarquistas y comunistas. Los partidos del Frente Popular enviaron al nuevo organismo representantes jóvenes, propicios a la exaltación y partidarios, desde luego, de los valores absolutos. El general necesitaba mediar en todos los conflictos como poder moderador. Con sus años y con su autoridad, ejercía el cargo de un modo paternal. Regañaba a los unos y a los otros, y cuando le suscitaban cuestiones enojosas, susceptibles de alterar el orden público, acudía a un recurso que nunca dejó de darle resultado: "Mientras perdemos el tiempo con estas historias, ignoro si el enemigo nos habrá roto el frente y esta noche mismo nos se-

rá forzoso abandonar Madrid". Esos temores no eran siempre verdad; pero tampoco eran siempre mentira. Cuando eran argucia dialéctica, como cuando representaban una inquietud, los polemistas deponían la ira y se aprestaban a secundar al general en sus esfuerzos. "¿Qué hay que hacer?". Miaja los mandaba a buscar municiones.

Madrid defendida a fogonazos... sin bala

Como epílogo de una de esas polémicas en ocasión en que los frentes estaban a falta de proyectiles, pues no se habían que los frentes estaban a falta de proyectiles, pues no se habían podido distribuir más que cuatro por plaza, y se trataba, además, de munición recargada, varios miembros de la Junta de Defensa hubieron de bajar hasta Albacete para conseguir siete cajas de proyectiles de máuser. Ese mismo día, uno de los secretarios del Ministerio de Hacienda, que fué a la ciudad de París realizando diversas gestiones, telefoneaba desde Madrid a su jefe, con angustia que le impedía advertir la indiscreción, que la capital estaba a falta de municiones y que era indispensable enviarlas, pues de otro modo se consumaría el desastre. El recado telefónico se dió sin ningún eufemismo: claro y en buen castellano. Después de todo, ¿qué? Si llegaba la munición, el ataque rebelde sería contenido, y si no llegaba... Antes que el espionaje pudiera dar la noticia, las tropas de Varela estarían frente al Ministerio de la Gobernación saludando a la nueva bandera. Se buscaba en las secretarías de las organizaciones sindicales, en las dependencias de los partidos políticos, en los cuarteles de las milicias, la munición que hacía falta para el frente. En un armario de nuestro periódico habían quedado, de los días del Cuartel de la Montaña, algunos paquetes de una munición especial, sin bala, sólo de pólvora, utilizada, al parecer para el aprendizaje de tiro. Ante nuestra sorpresa, nos contestaron: "Es igual. El caso es que podamos seguir disparando. Soldado que dispara es soldado que se defiende. Las balas que dan al contrario son muy pocas". Una nueva manifestación de la sagrada locura de Madrid, decidido a defenderse, en último extremo, con fogonazos. Se comprende bien que la Junta de Defensa aceptase sin irritación las maneras bruscas y paternales de su presidente, que era el centro de la pasión colectiva. Sus jóvenes compañeros le admitían las reprimendas y le cumplían los encargos. Uno de los que realizaron con mayor éxito, supuso para la Junta de Defensa su prestigio. El general, sensible a las quejas de quienes eran atropellados, propuso a la Junta una tarea difícil: acabar con las ejecuciones arbitrarias.

"Nos llenan de oprobio y contradicen nuestras virtudes de combatientes. No podemos consentir, sin aparacer como responsa-

bles, que los huídos del frente se dediquen a cometer crueldades estúpidas, a realizar venganzas personales y a cometer asesinatos que tienen como móvil el robo."

La criminalidad había decrecido, pero todavía en los extremos apartados de la ciudad, por los descampados del final de la calle de Serrano, en el barrio de Joaquín Costa, seguían apareciendo cadáveres de personas a quienes se tardaba en identificar. Esos cadáveres hacían una dramática propaganda fascista. Por estos días, últimos de las venganzas clandestinas, un joven a quien cuatro hombres armados llevaban en un auto a fusilar, viéndose irremediablemente perdido, al pasar delante de un retén de guardias de asalto, gritó con aire de furioso desafío un ¡Viva el fascismo! Los guardias se echaron el fusil a la cara e hicieron, sin interrupción, varias descargas. El coche se paró. De sus ocupantes sólo uno, herido, estaba con vida. El explicó la historia. En el despacho de Miaja se comentaban esos hechos y decidido a acabar con ellos, buscó la colaboración de la Junta de Defensa. La obtuvo. Todos los consejeros coincidieron en su opinión. Lo difícil era poner el cascabel al gato. Se haría lo que se pudiera. Y lo que se hizo fué suficiente. El período de terror terminó. La autoridad se impuso en las calles y cuando, como sucedió alguna vez, después de una normalidad perfecta, apareció algún cadáver, la policía se puso en movimiento para buscar a los autores del asesinato. Miaja se encontraba dispuesto a hacer con ellos, cualesquiera que fuese su filiación, un escarmiento ejemplar. La Junta de Defensa de Madrid ganó esa soberbia batalla, razón suficiente para que sea recordada con gratitud por cuantos desde el primer momento pugnamos por acabar con un régimen de represalias que arruinaba el prestigio de la República.

Miaja se Impone a los Anarquistas Desacatados

UNA de las últimas agresiones vino a provocar en la propia Junta de Defensa un gravísimo conflicto. Uno de sus componentes, el comunista Yagüe, fué objeto de un tiroteo por parte de un grupo de soldados de una milicia anarquista. Los agresores fueron detenidos y los diarios comunistas pidieron para ellos la pena de muerte. Los ácratas se pusieron, en masa, al lado de los detenidos. Se justificaban con una versión diferente a la que sostenían los comunistas. Los diarios "Mundo Obrero" y "C. N. T." se acometieron con editoriales feroces. El papel de Miaja en la Junta de Defensa era el de "El Socialista" en la prensa: moderador. En esta ocasión, nuestro dictamen, absolutamente desapasionado, no convenció a los anarquistas que redactaban "C. N. T.", quienes llegarían hasta el desafío a la autoridad. Recuerdo lo que entonces escribimos: que el Tribunal, sin coacción de ninguna especie ni tendencia, juzgue a los detenidos, y que su fallo sea acatado

sin discusión ni reserva. Entre la pena de muerte que reclamaban con insistencia los comunistas y la absolución con pronunciamiento favorable que exigían los anarquistas, bien se comprende que no había término de conciliación. Los anarquistas se dispararon. Dijeron que no acatarían el fallo y que, a todo precio, libertarían a sus correligionarios. Miaja suspendió la "C. N. T.". Sus redactores decidieron publicarla, desacatando lo dispuesto por el general. Se publicaría, dijeron, y se vendería en las calles de Madrid, aun cuando necesitasen para ello llamar a sus camaradas del frente. El general se negó a rectificar la orden. En la visita que le hicieron los sindicalistas, la ratificó. "Pues saldrá el periódico", le amenazaron los desairados. "No saldrá", dijo el general. Tomó previsiones militares. Mandó varios tanques a la calle de Larra y distribuyó fuerzas por las bocacalles y las casas. Los anarquistas que habían trabajado en la confección de su periódico como de ordinario, se convencieron de que Miaja estaba decidido a defender el principio de autoridad y renunciaron a todo intento de sacarlo a la calle. Quedaba la segunda batalla: la reunión de la Junta de Defensa. Los anarquistas estaban en ella en posición minoritaria. Los comunistas disponían de más sufragios y aun cuando su violencia no era menor que la de sus contradictores, estaban dentro del respeto a la ley. No se habían indisciplinado. Para nuestros compañeros, la norma de conducta era la que había señalado el periódico: sometimiento de los agresores de Yagüe al fallo del Tribunal. Miaja impuso esa política. Se derrotaba a los anarquistas en lo que tenía su actitud de rebelde, pero no se complacía a los comunistas, ya que estaba descontado que el Tribunal, en ningún caso, condenaría a muerte a los procesados. Estos afirmaban y los comunistas negaban, que el consejero de abastecimientos de la Junta, sin dar a conocer su personalidad, había intentado avasallarlos y desconocer la autoridad de centinelas que en el momento del suceso ejercían. La situación llegó a ser tan tensa que Miaja pudo decir con razón, a los anarquistas, que no valía la pena de haber establecido la defensa de Madrid para ir a regalárselo a Franco por un incidente en el que correspondía entender a los Tribunales de Justicia. Pero este recurso, que siempre daba resultados satisfactorios, le falló. Anarquistas y comunistas, que se venían acechando mutuamente, se acometieron con ánimo de inferirse una primera derrota. Defendiéndose de ella, como es frecuente que suceda cuando la pasión se remonta, el interés general pasó a segundo plano. En el choque de esas dos enemistades la Junta de Defensa y Madrid mismo, estuvieron a punto de perecer. Sin la ecuanimidad de Miaja y sin su terquedad para defenderla, el conflicto hubiera tenido un epílogo trágico. Suprimida la prisa con que los comunistas pidieron la intervención de los piquetes de ejecución, es casi seguro que los anarquistas, que ya habían entrado en una fase de cordura, "renunciando a todo, me-

nos a la victoria", según la frase de Durruti, hubiesen consentido a los Tribunales dictar la sentencia que estimasen adecuada al delito. Superado el encuentro, las pasiones no quedaron desarmadas. La convivencia era forzosa, pero nada cordial, y en cada problema examinado en la Junta, la diferencia se dibujaba con nitidez perfecta. El general, a quien le ayudaban algunos consejeros, Máximo de Dios, entre otros, iba saliendo de cada atasco con sagacidad aldeana y energía militar. Se negaba sistemáticamente a dar o quitar razón. El no era un juez, sino un soldado que tenía una misión concreta: evitar que Madrid cayese en manos de Franco. Con incongruencias aparentes, encerraba a los polemistas en ese círculo de hierro y les ponía de cara a la inanidad de sus querellas, sin conseguir resolverlas, pero aplazándolas. Con eso se conformaba y con eso podía conformarse quien, como él, no tenía seguridad en el día siguiente.

La Prudencia de Largo Caballero

No habrán sido muchos los generales que, encargados de la defensa de una plaza abierta, hayan necesitado distribuir su tiempo entre los cuidados militares y los políticos. El de Miaja puede que sea caso único. Necesitando disponer de una autoridad omnímoda, la compartía con los miembros de la Junta de Defensa, y desde Valencia, el Gobierno, temiendo que usara mal del poder que le había confiado, le interfería el suyo. Largo Caballero tenía, política y militarmente, la preocupación de Madrid. ¿Se había arrepentido de haber evacuado la plaza? Al carácter de su política, en la que estaba contenida su personalidad, le hubiera ido bien una corazonada, contraria, desde luego, a la prudencia más elemental. De haberse quedado con los ministros, Largo Caballero se hubiese instalado para siempre en el corazón de Madrid y de los madrileños. Ningún pueblo más sensible que el de la capital a estos arranques disparatados. Pero nadie, con menos aptitud que Largo Caballero para lo romántico. Sus acciones se rigen por la norma contraria. Si tiene algún destello cordial, lo pone a enfriar en la nevera de la prudencia. En 1917 sostiene ante sus compañeros del comité de huelga la conveniencia de la negativa; en octubre de 1934 la practica de un modo absoluto, habiéndose preparado cuidadosamente para borrar las huellas de su responsabilidad: no conoce nada, no ha intervenido en nada, es inocente. Su defensor, Jiménez de Asúa, se encuentra perplejo. No sabe, o no quiere saber, cómo juzgar un caso semejante. Luis Araquistain lo razona: eludir la responsabilidad es el primer deber de todo revolucionario. La lucha sigue y es indispensable poder participar en ella sin ninguna limitación. No creo que sea el miedo lo que dicte a Largo Caballero mantenerse en guardia contra la justicia, sino, en efecto, su deseo de poder seguir cumpliendo la misión que se ha

atribuído. Desdeña el juicio de los demás en cuanto está en colisión con su pensamiento. A través de todas sus contradicciones, es un hombre sincero. Y en ese sentido, profundamente honrado. No quiere defraudar a las masas que le han aclamado como al Lenin español y cuando al final de un mitin en un pueblecito de Jaén le ofrecen una pluma estilográfica para que firme los primeros decretos revolucionarios, la acepta sin la menor vacilación, convencido de que podrá emplearla en aquello para lo que se la regalan. Si no llegó a utilizarla, el fracaso no le es imputable; de eso está seguro. El ocupó su puesto y en él continúa. Las contradicciones deben verse en los demás, no en él. Con un hombre de este carácter, Miaja no podía entenderse. Sus disgustos fueron muchos. El ministro desconfiaba del general y el general se irritaba con la desconfianza del ministro. Largo Caballero quería defender Madrid, pero sin utilizar los servicios de Miaja. El plan que le ofrecieron para ello le pareció bueno. Se trataba de una operación en el exterior de la ciudad que obligase a los rebeldes a abandonar sus posiciones. El proyecto, como todos los proyectos, era perfecto. Faltaban fuerzas para ponerlo en práctica. Las que estaban a las órdenes de Pozas, general a quien se confió la empresa, no eran suficientes. Se le pidieron a Miaja. Este puso el grito en el cielo. Negó que estuviera en condiciones de ceder ni un solo fusilero. Invocó el peligro que se corría de retirar una sola ametralladora de los frentes de la capital. Su resistencia fué inútil. El ministro le conminó a que cumpliese lo ordenado. Miaja acató la orden, pero cayó en una nueva crisis de desesperación. Temía que el enemigo se diese cuenta del empobrecimiento de nuestras defensas y forzase la mano para penetrar en Madrid. De Valencia le contestaron secamente que Madrid iba a ser defendido más eficazmente. Miaja, que no creía en el talento militar de Pozas, cuando supo que éste era el encargado de dirigir la operación, pronosticó la derrota. Largo Caballero tenia una fe ciega en que los planes, discurridos por Asensio probablemente, se desarrollarían conforme a su deseo y llevado de esa fe, víspera de las operaciones, se puso en camino para el teatro de la guerra. Frío y todo, le batía el corazón en el pecho pensando en que, por una resolución suya, el ejército de Franco se viese en la necesidad de levantar sus posiciones de Madrid.

Fracasan los Planes de Liberación del Asedio

PRESENTE él en los combates, el mando de todas las tropas le estaba atribuído. Su emoción era pareja a la de un general que, después de cálculos muy serios y concienzudos, se dispone a llevar sus soldados a la victoria. En este caso la victoria tenía un valor extraordinario: la liberación de Madrid. Lo que en Largo

Caballero era optimismo esperanzado, en Miaja era pesimismo. Unas horas más tarde, los pronósticos del defensor de Madrid se habían cumplido: la operación fracasaba. El movimiento de tropas, iniciado con retraso sobre las horas previstas, permitió al enemigo prepararse y defender los objetivos que constituían la clave de nuestra victoria. Pozas, sordo y pasivo, vió malogrársele una oportunidad admirable para haber salido, como militar, de la incógnita de su nuevo escalafón de general republicano.

Tan duro de huesos como de oído, la oportunidad se le escapó en un fracaso que irritó a Largo Caballero quien, sin esperar hipotéticas rectificaciones, se volvió a Valencia. No quiso entrar en Madrid, quizá por evitar un encuentro con Miaja, que presumía, a la vista de los acontecimientos, de su razón. Las tres cuartas partes de esa razón se las suministraba el trabajo de su jefe de Estado Mayor, don Vicente Rojo, que silenciosamente iba dando a los efectivos que guarnecían Madrid la moral y la eficiencia de un ejército regular. Los "sabios", como los llamaba Miaja, le hacían tropas fuertes y le procuraban medios para triunfar. Eran su cabeza y su brazo derecho. El general se confiaba a ellos con perfecta seguridad. Podía hacerlo. Es dudoso que general alguno de cuantos han hecho la guerra en España haya dispuesto de un grupo de colaboradores ni más leal ni más capaz. La compenetración era perfecta. El temperamento de Miaja, cordial, bonachón, efusivo, y el de Rojo, sobrio, discreto, natural, habían facilitado la inteligencia. Hubiera sido difícil encontrar dos militares que realizasen una unión de trabajo tan perfecta. Al mismo Pozas le oí declarar, después de la desventura militar del Este, que le había traicionado su jefe de Estado Mayor. Exacta o calumniosa su afirmación, que no tenía medio de comprobar, manifestaba un viejo estado de incompatibilidad que, quizá explicase, en parte, cuando menos, el hundimiento del frente de Cataluña que, por primera vez, nos puso a las puertas de la derrota. Miaja se llevaba admirablemente con sus "sabios", que le motejaban a él de "general del siglo dieciocho", y no se hacía violencia ninguna para elogiarlos como se merecían y para encomiar su capacidad de trabajo. Raramente iba a parte alguna— recepción, banquete, visita de frentes — que no le acompañase Rojo, al que presentaba, más que como su jefe de Estado Mayor, como otro defensor de la capital. Hacía todos los esfuerzos imaginables por que le diera la luz del proscenio, pero don Vicente Rojo huía de esa iluminación. Prefería el silencio de su despacho y el trabajo en común con sus compañeros, sobre los que ejercía un magisterio indiscutible. Este militar, en el que nadie había reparado a excepción de Miaja, que es quien lo descubrió, estaba especialmente dotado para su oficio; bien preparado técnicamente, su equilibrio anímico era perfecto, sin que influyesen sobre su temple victorias ni derrotas. Unas y otras las

registraba como datos provisionales, susceptibles de sufrir modificación unas horas más tarde Buen expositor, tenía presentes, a la hora de trabajar, todos los matices del problema en estudio. Si Miaja era la voz de mando, Rojo era la cabeza pensante y la voluntad organizadora. Del gabinete de Rojo salían, para pasar por el despacho de Miaja, todas las determinaciones que fueron haciendo de las milicias que se apelotonaron en las puertas de la capital, decididas a sucumbir antes de abrírselas al adversario, unidades militares, con obediencia al mando y sentido de la disciplina. Como la transformación fuese visible y con ocasión de un almuerzo, le felicitase por ella, Rojo, sin dejar de agradecer la cortesía, me contestó: "¡Si viese usted que estamos empezando! Tenemos que hacer muchas cosas antes de jactarnos de tener un ejército en forma". El general medió: "Lo tendremos. ¡Lo tendremos!". "Sí, mi general, lo tendremos... si nos dejan hacerlo". El corresponsal de la "Pravda", que no carecía de muy buenas informaciones, bien tamizadas por los agregados militares de la embajada de su país, hizo en su periódico una semblanza de don Vicente Rojo. El autor del artículo tuvo interés en que se lo reprodujésemos en Madrid los diarios españoles. Le hicimos esa cortesía, desmesurada para el valor del artículo e insignificante para la personalidad de Rojo. A partir de esa crónica, se escribieron otras varias sobre el jefe del Estado Mayor de Miaja, sin que el interesado, que seguía manteniéndose en el segundo término que correspondía a su función, hiciese nada por beneficiarse de aquella popularidad, que no iba a ser pasajera. Estaba ya señalado como uno de los contados valores que se había manifestado en la guerra. Miaja se envanecía de haber sido él quien lo metiese en juego. En la medida que las calidades del teniente coronel Rojo se imponían, la satisfacción del viejo general, aumentaba. Esta complacencia no puede ser frecuente. Se precisa mucha generosidad o como le sucedía a Miaja, saberse por encima de toda competencia.

Miaja Conquista un Puesto en la Historia

No era la suya una vanidad senil. Su nombre, rodeado de laurel y roble, circulaba por el mundo recibiendo admiraciones insospecha-
roble, circulaba por el mundo recibiendo admiraciones insospecha-
das. En Madrid mismo era un prestigio inatacable, al margen, por supuesto, de una estricta valoración militar. Quienes le habían empujado a la ruina, eligiéndolo como chivo emisario de la catástrofe de Madrid, le proporcionaron ocasión única de salir del anonimato: le hicieron capitán del espíritu heroico de Madrid, de una fuerza moral que ellos consideraban inexistente y que se escondía, pudorosa, bajo una capa de frivolidad. La filosofía asturiana de Miaja percibió el matiz y cuando estaba en vena gustaba hacerlo saber,

relatando un cuentecillo popular: el del salvador del náufrago que a la hora de recibir los plácemes por su obra de salvamento, replica irritado: "Lo que yo desearía saber es quién es el expósito que me ha empujado". ¿Quién empujó a Miaja? Quien quiera que él sea, le facilitó ocasión de domiciliarse en la Historia de España, enlazando su apellido al nombre de la villa española más admirable y ejemplar: Madrid. El propio Franco, pese a su victoria, puede envidiarle ese futuro inmarchitable. Miaja se yergue sobre él como un pino sobre una lechuga, como un águila sobre un ave de corral. El generalísimo burgalés es la estrategia ayudada; el general madrileño, el espíritu incoercible. La fe avasalladora y arrogante contra el cálculo y la lógica de las academias. Por cálculo y lógica, los conquistadores españoles no hubieran saltado las bardas de sus huertos; por espíritu y fe, vencieron de los elementos y de los hombres. Hay en la historia de la defensa de Madrid un momento único en que la lógica y el cálculo están a punto de vencer. Los observadores imparciales no tienen duda de que la ciudad ha llegado al límite extremo de sus posibilidades defensivas. Los cañones adversarios pueden elegir las víctimas. Sus disparos llegan a todas partes y más que las bombas de la aviación, sobrecogen al vecindario madrileño. Los diplomáticos, la Cruz Roja Internacional, buscando servir la causa de ese mismo vecindario, se interesan por que Madrid no sea pasado a cuchillo. Quieren mediar para que la ya inevitable caída de la capital no sea una derrota militar que autorice a los vencedores a hacer represalias. Creen poder conseguir condiciones humanas de Burgos. ¿No está ya claro para todos que Madrid va a capitular? ¿Dónde y con qué hará Miaja la resistencia? Se presentan a él y le hacen, con la mejor voluntad, su ofrecimiento. Confían en un éxito satisfactorio. Las condiciones de la rendición serán buenas. Se salvarán muchas vidas y Madrid dejará de padecer un suplicio, al final del cual, sin sombra de duda, precisa sus contornos desoladores la derrota. Miaja conoce cuál es la situación desesperada de los frentes; sabe cómo son de pobres las existencias de artículos alimenticios para el racionamiento de la ciudad; no ignora que nada puede reclamar en los parques, donde no hay, en almacén, ni un cartucho ni un fusil. No hace misterio de esos conocimientos, porque son públicos.

—Vuestra tenacidad, general, ha llegado al límite. Es hora de pensar en la ciudad. El honor está a salvo, sin que haya quien os lo pueda discutir.

Tras de este exordio, la propuesta. Y a la propuesta, la negativa. Tajante, concreta, áspera:

—¡Nunca! Madrid no se rinde. ¿Me oyen? ¡No se rinde!

Los miembros de la Junta de Defensa que eran testigos de la escena, secundaron al general.

—Antes de rendir la plaza, preferimos quemarla.

La gestión había fracasado Para los diplomáticos y los miembros de la Cruz Roja Internacional, el general y sus colaboradores eran unos dementes furiosos que iban a sacrificar millares de vidas por una causa perdida. Se asombraron de ser ellos los que se habían equivocado. Como se equivocaron cuantos recolectando datos sobre la situación de Madrid, dedujeron un vaticinio sobre su suerte, dejando fuera lo inaprensible para las estadísticas: el espíritu.

CAPITULO XXIII

La batalla del Jarama. — Franco intenta sin éxito el sitio de Madrid. — El adversario recibe en regalo la Marañosa. — "Salimos a la buena de Dios..." — Los comisarios políticos. — Los carabineros que se aburren en el frente de Arganda. — Material y mandos. — ¿Qué hubiera sido de Madrid sin mí?

LA batalla de Madrid, larga y tenaz, está llena de episodios sobresalientes. El registro pormenorizado de cada uno dará nacimiento a una copiosa bibliografía. Después de las armas acostumbran a ser las letras las que entran en juego y no con menos furor bélico que aquéllas. De entre esos episodios, dos se destacan sobre todos los demás: el desplazamiento de la contienda del Manzanares al Jarama y la derrota de los italianos en Guadalajara. Salamanca se ha persuadido de que ha fallado el golpe sobre Madrid y no queriendo renunciar a apoderarse de él, por el descrédito político que representaría esa renuncia, intenta ponerle sitio cortando la carretera de Valencia. La operación tiene probabilidades de éxito. Atendida la pasión con que los republicanos están pendientes de las trincheras de la capital, una acción rápida, conducida con sigilo, puede significar la victoria. Madrid necesita recibirlo todo de Valencia: alimentos y pertrechos de guerra. Un asedio de varios días le obligará a capitular. Nuestro ejército, llamémoslo así, sigue improvisando para cada acontecimiento un remedio heroico. Se recupera de sus caídas no se sabe bien cómo. ¿Con ayuda del milagro de la fe? ¿Por obra del azar? Ello es que se recupera en el instante mismo en que la esperanza de los más optimistas va a dimitir. De la misma manera inexplicable con que se omitió la defensa de la colina de Garabitas en la Casa de Campo, se desdeña la posesión del Cabezo de la Marañosa, de donde, a pesar de existir una fábrica militar, se retira el destacamento militar que tradicionalmente lo defiende. ¿Quién ordena esa retirada? ¿Siguiendo qué planes lo hace? A cuantos se ha preguntado no atinan a responder. Ignoran quién dió la orden y por qué la dió. ¿Traición? ¿Incompetencia? Más bien lo segundo que lo primero. La República hace la guerra sin leyes ni conocimientos militares. No tiene mandos y como consecuencia de ese déficit, no tiene ejército. Rojo se esfuerza por crearlo en Madrid, pero su trabajo necesita tiempo y paciencia. Las conse-

cuencias de nuestro abandono de la Marañosa nos van a doler en la carne. El enemigo, que se había preparado para tomarla con sorpresa, por la violencia, reputándola pieza clave para el desarrollo de la operación que se propone realizar, se encuentra con la agradable novedad de no necesitar disparar un tiro.

Las Acciones del Jarama

El recio promontorio que domina toda la vega del Jarama lo reciben de regalo los militares facciosos. Desconfían, pensando en una añagaza maligna. Cuando se persuaden de que no hay trampa, de que el obsequio que se les ha hecho es liberal y sin carga alguna discurren quemar las etapas de su operación, por si una imprevisión igual caracterizase el estado de toda la zona. Ponen sus hombres al paso y cada destacamento recibe como objetivo una cota, con orden de no pararse en ella si la posibilidad de avance no la corta el adversario con sus fuegos. Así es, en líneas generales, por increíble que la cosa parezca. Cuando ese movimiento se registra, los soldados facciosos han hecho mucho camino y se han adueñado de posiciones que en ningún caso nos cederán. Es inútil atacarlas. Tantas veces como eso se haga, tantas veces fracasará, con copioso número de bajas, el esfuerzo. Madrid no sabe lo que sucede a su espalda. Unidades muy caracterizadas en su defensa —internacionales y carabineros— son enviadas al Jarama. Cuando llegan, la situación no puede ser más caótica. Se ignora todo cuanto concierne al frente: propósitos del enemigo, posición en que se encuentra, masa con que opera. Una sola cosa se sabe: que el peligro de que Madrid quede sitiado es extraordinario. El jefe militar de una de las brigadas que han sido enviadas al Jarama, al convencerse sobre el terreno de los peligros y de su importancia, despacha un enlace a Madrid a realizar ciertas gestiones y éste, considerándose obligado por amistad, me visita para indicarme la conveniencia de que evacuemos la capital, si no queremos despertar con la desagradable sorpresa de que estamos sitiados. El mismo no gasta más de cuatro horas en realizar todos sus cometidos y de temor a quedarse sin salida, vuelve al campo a reunirse a su unidad. Su mensaje no es creíble, pero es exacto. Esa misma noche, los batallones de la brigada a que hago referencia reciben orden de ponerse en marcha contra el adversario. Nadie les indica dónde está. Allá donde tropiecen con él deberán elegir el punto más recomendable para hacerse fuertes y no dejarles avanzar. Los mandos que deben conducir las tropas no conocen el terreno. No han tenido cinco minutos para asomarse al plano. Lo que no haga el azar no podrán hacer ellos. Salen a la ventura, mejor todavía, a la desventura. Si el enemigo es fuerte o simplemente resuelto, los batallones que sin indi-

cación útil alguna les enfrenta la República, se disolverán en sangre por los alcores de Arganda. "Salimos a la buena de Dios —me contaba un viejo carabinero, comandante de uno de los batallones—, sin rumbo preciso y con un humor sombrío. Temía por mis hombres que, confiados, se dejaban conducir. Habíamos trabajado juntos en la Casa de Campo y nos dispensábamos mutua confianza. Del mismo modo que yo creía en ellos, ellos creían en mí. Pero esa noche, sin ninguna razón, porque yo no sabía dónde iba. Cuando estuve fuera del pueblo tomé mis medidas y dí órdenes a mis capitanes: cautela y silencio. La experiencia del Pirineo, acechando contrabandistas, me podía servir de mucho. Me puse a la cabeza de una avanzadilla y fuimos caminando con sigilo, aguzados los oídos y dispuestas las armas. Registraba y analizaba todos los rumores de la noche. Inopinadamente, el enemigo nos hizo fuego. Sabíamos, al menos, dónde estaba. Le contestamos y con la primer pausa elegimos nuestra posición. Medio batallón se pasó la noche abriendo zanjas, en tanto el otro medio vigilaba". En la tierra gredosa de Arganda una zanja se abría en seguida, pero con la misma facilidad se desmoronaba. Con ramas de olivos, cargadas de gruto abandonado, se enmascararon las trincherrs improvisadas. Algunos de aquellos carabineros, reclutados en zonas campesinas, se dolían del desmoche que se infligía a los olivos. "Es una pena, ¡tan lindos como están! ¡No le arranques esa quima, caramada!". Toda su emoción agrícola les subía del pecho a la boca y reclamaban de sus compañeros de armas, que no les oían, y que si les oían no les entendían, piedad para aquellos árboles que llenaban el paisaje de nobleza.

Los Comisarios

EL frente quedó formado a partir de esa noche. El enemigo, temiendo arriesgarse con exceso, que no le cabía en la cabeza tanta facilidad en zona tan importante para la subsistencia de la capital, tan apasionadamente defendida, se apoderó de las cotas más elevadas y se instaló en ellas. Pequeños destacamentos, provistos de ametralladoras, se encargaron de defenderlas. Seguras las comunicaciones que enlazaban con el grueso de las fuerzas, poco después de la iniciación de nuestros ataques, les llegaban los refuerzos necesarios. Nosotros, en cambio, necesitábamos tener en línea un número de hombres considerable. Como no había posibilidad de relevos, por inexistencia de reservas, los batallones inmovilizados en sus trincheras, se desmoralizaban. No encontraban sentido a aquella vida y acababan por añorar las horas terribles de la Casa de Campo y el puente de los Franceses. Los ataques que se discurrieron contra los rebeldes fracasaron todos. Los internacionales, que pelearon por Arganda, no ilustraron su nom-

bre con el mismo brillo de los que inmolaron en Madrid. Procedían de las mismas reclutas, pero el espíritu era distinto. ¿Cuestión de mando? Pudiera ser. Faltaba Kleber quien misteriosamente, sin explicación oficial ni oficiosa fué dado de baja en la nómina de los mandos internacionales. Este Kleber, de quien todo es vago y confuso, y al que otros, que no yo, medían sus condiciones militares, hallándolas conformes con las que corresponden a un conductor de hombres, dispuso, evidentemente, de un material humano de primera clase. Sus batallones eran la flor de una recluta entusiasta. Las promociones siguientes fueron descendiendo en valor y en eficacia, quizá porque a lo auténtico se mezcló lo falsificado. Cuando Negrín se adelanta a notificar a la Sociedad de las Naciones que el Gobierno decide por sí mismo la retirada de voluntarios, licenciendo a cuantos combaten a su lado, realiza un doble beneficio: el moral, que se deriva de su acto político, que no había de servirnos de nada, y el material, de prescindir de unos hombres que, avaluados en su conjunto, tienen muy escasa potencia combativa. Es menos lo que ayudan que lo que empujan. Las verdaderas brigadas internacionales quedaron enterradas en los cementerios de Madrid. Y los batallones de las nuevas que conservan aquel espíritu, cubren difícilmente las aspiraciones pacíficas de las formaciones más recientes. Sus propios jefes se desesperan; sus mismos comisarios, afligidos por la furiosa afición al escalafón y a la burocracia que se ha adueñado de los internacionales se encargan de flagelarlos con sus invectivas, sin alcanzar corregir tamaños defectos. Al héroe de Madrid sucede el cuentacorrentista de la guerra. En Arganda esos internacionales son causa de varios fracasos. Si reciben orden de tomar una posición, pretextando un retraso en la marcha, no la toman y crean a las tropas que han cubierto sus objetivos situaciones difíciles. Los mandos españoles protestan, se irritan, pero ni su irritación ni sus protestas sirven de nada. En el próximo movimiento de fuerzas se repetirá el fallo y se dará la misma explicación. Como no hay soluciones que corrijan esas perezas, la desmoralización se extiende y el frente cae en un marasmo angustioso, en el que los soldados en línea no tienen otro entretenimiento que el de combatir contra la miseria y discutir airados los discursos de los nuevos "capellanes", como llaman a los comisarios políticos, transplantación desventurada de una creación rusa al clima de España, con la que tropiezan todos los jefes militares, incluso los que mejor lo disimulan. La contribución heroica que se les atribuye, y con la que se trata de hacer pasar por feliz al acuerdo imitativo que dió vida al cuerpo, no puede ser ni más modesta ni más normal. El comisario político, como fiscal del mando, como conciencia pública en guardia constante, era antipático y, por ignorancia del oficio sobre el que debía juzgar, inepto; como protector de la tropa, demagogo. Reclamaba alpargatas, protestaba

del rancho... Cuentan que en determinado frente, el comisario político de la unidad arbitró un partido de fútbol reñido por fascistas y republicanos en terreno de nadie. En Arganda, el suelo no se prestaba a esas confraternidades deportivas, ni el espíritu de los combatientes republicanos, que se habían dejado muchos compañeros en la defensa de Madrid, estaba preparado para tales bromas. Si se aburrían, se defendían matando parásitos o deslizando el dedo en el gatillo del fusil, apretando y con sólo un disparo, como en las barracas de feria, ponían en movimiento todo el aparato bélico del adversario, que llenaba la vega, poco antes silenciosa y geórgica, de estampidos y reventonazos de la artillería y de ladridos de ametralladoras. Yo he asistido personalmente a esa transmutación del paisaje y he contado en otra parte cómo era de difícil imaginar que aquellas tierras, generosas de vino y de aceite, sobre las que el atardecer, rico en colores todavía, vibrantes, se desangraba, fuesen escenario de una guerra enconada. Lo eran. Nuestros soldados morían en ellas, con la nostalgia de las suyas de Levante. ¿La victoria? No me he puesto a pensarlo; ignoro cómo se la podían imaginar. ¿Cómo la enunciaba en sus discursos el comisario político? ¿Victoria republicana comunista o libertaria? Si se me hubiese ocurrido interrogar sobre tema tan profundo a uno de los muchos heridos que transportaban, después de una tarde de combate, las "rubias" de Carabineros, ¿cuál hubiera sido su respuesta? El dolor, igual para todos los hombres, cualquiera que sea la filosofía que profesen, les hubiese guerra con coraje, se habían enrolado voluntarios y se rebeguerra con coraje, se habían enrolado voluntarios y se resbalaban contra el hastío de los días sin combate. Cada uno de ellos creía en su inmunidad contra la muerte. El proceso de los hombres de esta unidad —Quinta Brigada mixta— lo había seguido de cerca. Cuando se enfrentaron con el adversario en la Casa de Campo, las automutilaciones alcanzaron una cifra considerable.

Los Heridos Voluntarios

Los soldados se presentaban a los puestos de socorro con un tiro en el pie o en la palma de la mano, pretendiendo la evacuación a los hospitales de la retaguardia. Uno o dos éxitos desarrollaron la epidemia en las trincheras. Los médicos se plantearon el problema de corregir aquella evasión de heridos voluntarios y después de curarlos los interrogaban: "¿Dónde te mandamos? ¿A la trinchera o al Tribunal?" El soldado se hacía explicar. Se le informaba que las automutilaciones estaban castigadas con la pena de muerte y que los doctores incurrían en ella, si no enviaban a los sospechosos al tribunal encargado de enjuiciarlos. En esas condiciones, el soldado prefería la trinchera y los médicos, pidiéndole

absoluta reserva, le encaminaban, por senderos que le afirmaban seguros, a las trincheras, donde era propagandista del nuevo peligro. Aun con esas noticias eran muchos los que tentaban fortuna. Corregían la técnica. Descubrieron sagazmente que los médicos averiguaban la automutilación en el tatuaje que el fuego del disparo hacía en la mano. Para evitar esa señal, ponían la mano, como un pedazo de queso, entre dos trozos de pan, y disparaban... La herida era limpia, pero los médicos no se dejaban engañar por esa limpieza. ¿El Tribunal o la trinchera? Sin vacilar: la trinchera. Pasó la epidemia. Los médicos dejaron de sostener la ficción de aquel tribunal, que era una invención de su ingenio. Estos mismos soldados se aburrían en las líneas de Arganda y preguntaban a sus jefes cuándo había combate, o con la palabra de las trincheras, "tomate". Estabilizado el frente, habían de tardar en tenerlo; pero lo tendrían... Estaba escrito que lo tendrían... Un combate más rencoroso que los de la Casa de Campo; carabineros contra carabineros, en una lucha intestina y doblemente fratricida: el negro combate en que se disolvió la resistencia de Madrid. ¿Por qué victoria esta vez? Nunca, como entonces, tan obscura la respuesta. ¡Qué travesía tan dolorosa la del hombre español por el mar de las pasiones! Conocemos el naufragio del hombre republicano y no hay quien deje de estar a la espera de la tormenta que aniquile a su antagonista. La victoria, en España, es siempre del dolor y de la muerte. En prepararles una apoteosis de Edad Media, hemos trabajado todos, militares y civiles, religiosos y laicos, aldeanos y cortesanos, con un ardimiento que nos prohibimos, como incompatible con nuestra personalidad, para los trabajos de la paz. Al punto de que en el fiscal de hoy se atisba ya el mílite de mañana, que disimula bajo la toga, las mallas de hierro de su peto. Su acusación proyecta nueva guerra. Es trágico, pero así es.

La Inútil Espera de Material de Guerra

LA tarascada de los rebeldes en el Jarama se paró con un desorden demencial. Substrayendo tropas y elementos a Madrid, porque las apelaciones a Valencia sólo daban resultado a la larga. No por mala voluntad, sino por carencia de posibilidades. El material tenía que hacer, antes de llegar a España, un recorrido largo y lleno de peligros. Esa tardanza en arribar hacía que cuando se podía disponer del cargamento de los buques, las necesidades de los frentes se hubiesen multiplicado, sin que las mercaderías recibidas sirviesen para cosa mejor que para atenuar la pobreza de las unidades, nunca para resolver de plano, y con abundancia, sus peticiones. Siempre se estaba a la espera del próximo buque que, en tanto no entraba en puerto, transportaba los tesoros de

Vulcano, y cuando hacía la descarga, nos defraudaba. No todos los barcos llegaron a muelle. Los submarinos italianos, en acecho permanente, consiguieron hundir alguno, y de otros, se hicieron dueños los rebeldes, pirateando descaradamente o utilizando un procedimiento más sencillo, que consistía en sobornar al capitán de la nave, para que tomara un rumbo distinto al que tenía marcado en la carta y fuese inocentemente a dar de bruces con las unidades de la escuadra de Franco, que le esperaba a determinada altura y latitud. Nuestros buques de guerra recibieron orden para salir a esperar y proteger los convoyes mercantes que nos estaban consignados y en ese trabajo realizaron una obra meritísima que, por desarrollarse en secreto, no alcanzó a tener popularidad. Pero el material seguía, por unas y por otras razones, escaseando, y Valencia no podía atender satisfactoriamente los pedidos que de los frentes le hacían. En el Jarama se pudo capear la dificultad gracias, preferentemente, a las indecisiones del enemigo. Este no se resolvió, al tropezar con resistencia, a seguir adelante en su objetivo. Creyó que con tener a tiro la carretera de Levante, a la altura del puente de Arganda, nos había inferido un golpe mortal. Y no fué así. El tráfico con Madrid se desvió por carreteras secundarias y la capital, con pequeñas contrariedades, pudo seguir siendo abastecida. El propio trozo de carretera batida, era transitado cuando la prisa de una comisión lo exigía. De este riesgo se hizo un deporte y una jactancia, y hubo un ministro, el de Hacienda, que sin tomar en cuenta las advertencias de los jefes militares, lo practicó en un viaje a Madrid. Como el deporte había costado algunas vidas, después del paso de Negrín, se ordenó que aquella ruta quedase cerrada, incluso para los propios militares. Y es que la carretera general estaba batida por fuego de ametralladoras, que los cañones de la Marañosa alcanzaban a varios trozos de algunas otras auxiliares, entre ellas, la que estaba considerada como ruta militar, en la que yo fuí testigo de la muerte de un comisario, ocurrida en el momento en que conversaba con nosotros, por un disparo de cañón.

Tiempo después de que el avance enemigo fuese parado, se pensó, un poco negligentemente, en que quizás conviniese hacer unas trincheras de segunda línea. Se constituyeron algunos batallones de fortificadores, y sin prisa, como quien se toma un trabajo innecesario, se dió comienzo a la obra. Como la hacían de noche, la desgana y el sueño emperezaba a los hombres y las trincheras, que podían ser necesarias al día siguiente, llevaban el mismo ritmo somnoliento del ferrocarril de Tarancón a Madrid, motivo de tantas irritaciones para los madrileños, que no acababan de explicarse cómo el famoso ferrocarril, que al entrar en servicio resolvería considerables problemas de transporte, había venido a convertirse en una obra de romanos. Trincheras militares y ferrocarril estratégico testimoniaban, desgraciadamente, nues-

tra incapacidad. Esta no impedía que todos estuviésemos convencidos de que ganaríamos la guerra. Preguntar ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? era hacer cosecha de las más maravillosas corazonadas. Sólo el corazón podía mantenerse optimista. La cabeza dictaminaba de modo muy contrario El mismo negocio militar estaba desorbitado. El jefe divisionario era un comandante al que en la Sierra se le había discernido, por actos de valor personal, esa jerarquía; los jefes de brigada, militares profesionales, tenían, por sus galones, autoridad superior y por sus conocimientos técnicos, mayores aptitudes, lo que no parecía estar reñido con que le debieran obediencia, teniendo que seguir sus órdenes, frecuentemente disparatadas y pueriles. Era estéril denunciar esas incongruencias. El comandante merecía el mando por lealtad política, aun cuando ese mando, así concedido, no le sirviese para mandar. Recuerdo el caso del teniente coronel de ingenieros. Castillo, que, sin ninguna razón política para servir a la República, la servía con absoluta lealtad, saltando sobre preocupaciones familiares de mucho fondo, en razón de la promesa que había hecho a la bandera. Propicio a largos silencios, sólo salía de su mutismo cuando examinando los planos registraba, con estupor, un avance del enemigo, hecho por la punta de su vanguardia, con menosprecio de las más elementales reglas militares. Aquella tropa, sin protección en los flancos, le llevaba a exclamar con la mayor sinceridad:

—¡Están perdidos!

Cuando la Casualidad se Hace Republicana...

Normalmente, sí; normalmente estaban perdidos. Una mediana resolución por nuestra parte les hubiera colocado en situación de derrota. Pero no sucedía así. La incompetencia de los mandos republicanos acostumbraba a concederles la victoria. Sucedía que nuestros soldados, inquietos por el avance de la vanguardia adversaria, no encontraban en los mandos la necesaria serenidad y, sin dirección ni orden, se abandonaban a su instinto y evacuaban la posición. La frase del teniente coronel Castillo se hizo famosa y su propio autor se sonreía cuando se la oía pronunciar a sus compañeros. Sin material en cantidad suficiente y sin mandos idóneos, los parones que se le imponían al adversario eran un puro regalo de la casualidad que, en los momentos de apuro, se hacía republicana. La historia se escribirá de otro modo. La batalla del Jarama se reseñará como la colisión de unidades de dos ejércitos maduros y esto no es, en modo alguno, exacto. desconozco el grado de seguridad de las tropas de Franco. Pienso que podía ser perfecto, por la abundancia de la oficialidad y, a la vez, por la riqueza de material de que le dotaron Alemania e Italia. En las trincheras de la República, el Ejército no había nacido como en-

tidad orgánica y disciplinada. El combatiente era un corazón apasionado; el oficial, un hombre audaz que, según su formación, apetecía o desdeñaba la técnica de su nuevo oficio; el jefe, un ser superior que podía osarlo todo, sin más que tener en regla su carnet político. Si acertaba, como si equivocaba, sus correligionarios le ceñían las ínsulas del vencedor. Mis botas se llenaron de barro en las trincheras del Jarama, mi cabeza de polvo de explosiones de bombas de aviación en el hospitalillo de clasificación de Arganda... No es preciso, pues, que nadie me dé referencias. El jefe de una Brigada, apremiado por la necesidad, transformaba un médico en un capitán y con el tiempo justo de darle las órdenes, lo mandaba al campo a tomar el mando de los hombres de un batallón, cuando no necesitaba ir él, personalmente, para parar una insurrección de descontentos... Sabio se llama ese jefe. Por la lógica materialista, todo estaba perdido en el Jarama. Repito que lo se bien. Y, sin embargo, un día, cuadrado y solemne, uno de los hombres que en razón de mi cargo pasó a depender de mi autoridad, se me quejó:

—Mi suerte no es envidiable. He detenido a los rebeldes en el Jarama y nadie se ha acordado de recompensármelo. Mi ascenso no prospera. Y sin mí ¿qué hubiera sido Madrid?

No supe qué contestarle; pero para fortuna de él y mía, no me pidió respuesta.

Su convicción era profunda: Madrid subsistía y resistía por su esfuerzo personal. En su hoja de servicios, los periódicos apuntaron, sin buscar esclarecimientos ni juicio contradictorio, esa lisonja insuperable.

CAPITULO XXIV

Escaparate de Barcelona. — La caída de Málaga. — La deserción de Villalba. — Los frentes fantásticos de Marbella y Antequera. — Exito trágico. — El mito se rompe. — Largo Caballero no quiere dimitir. — Asensio es substituído por Baraibar. — La política de los comunistas y la ayuda rusa. — La incapacidad del español para ser gubernamental. — Villalba resigna el mando en Federico Angulo.

PRETENDER estar al corriente de la marcha de los acontecimientos militares mediante las noticias de la prensa era aspirar a un imposible. Los periodistas estábamos deficientemente informados la mayor parte de las veces. Y cuando poseíamos la noticia, una razón de Estado, que la censura se encargaba de recordarnos, nos prohibía divulgarla antes de que fuese consignada en el parte de operaciones del Ministerio de Guerra. Desconectado de mis camaradas de redacción con motivo de un viaje rápido a Barcelona, ponía en orden, de vuelta de la ciudad condal, mis impresiones. Escribía en un café de Valencia y escribía, un poco cruelmente, porque lo hacía para lectores madrileños, sobre los escaparates de Barcelona, en los que llegué a contar hasta dieciocho variedades de embutidos, multitud de conservas de mar y de tierra, y lo que de manera más acentuada llamaba mi atención: la abundancia de perniles, curados al humo y a la nieve. Las golosinas estaban, a su vez, brillantemente representadas. Hasta aquel viaje mío a Barcelona no conseguí darme cuenta de las fantasías que un buen oficial de confitería puede hacer con el chocolate, la almendra y los colorantes. En tan sabroso tema metido, me abordó "Juan de la Encina". Su semblante acusaba preocupación; las palabras, la subrayaron.

—¿Qué nueva desventura es esa de Málaga? Es tonto ocultar la noticia que ya está circulando por todas partes. La desmoralización es terrible y no hay quien no piense en tener en regla su pasaporte. Parece que la caída de Almería es inminente.

Me propuse tranquilizarle, pero más que con la esperanza de conseguirlo, con el deseo de que no adivinase que la noticia que me había dado era absolutamente inédita para mí. Estaba claro que me suponía perfectamente informado y hasta me pidió detalles de lo que había sucedido. No llegué a inventarlos, pero con-

fieso que me hubiera costado muy poco trabajo hacerlo, seguro de no equivocarme demasiado. Era forzoso: tenía que haber ocurrido lo que en todas partes. La novedad del caso estaba en la descarada intervención de los italianos, que comenzaban a actuar en la guerra de España con unidades regulares, motorizadas en gran parte, y mandos propios. Los italianos, como después se supo, entraron en Málaga formados y cantando "Giovinezza", lo que les ha permitido reivindicar esa victoria como exclusivamente suya.

Málaga se defiende... huyendo

Cuando el diálogo con "Juan de la Encina" se extinguió, intenté conocer más ampliamente la noticia y el alcance que se concedía a la desgracia. En el Ministerio de Hacienda la información era muy escasa. Tenían la preocupación de lo que hubiera podido sucederle al teniente coronel Federico Angulo, a quien enviaron con un convoy de camiones a retirar de la plaza, cuya situación se reputaba grave, varias toneladas de plata. Estaban sin sus noticias y temían que hubiese sido hecho prisionero. Aparte de esa noticia, que sentimentalmente también me afecta, no conseguí otra que la de la traición de Villalba, jefe militar de Málaga, al que ya se le hacía responsable de la pérdida. En el Ministerio de Marina y Aire, Prieto tenía más noticias. Me afirmó que la ciudad fué abandonada. Todos los militares se pusieron a correr, en cuanto sintieron las ametralladoras del adversario y, durante toda la noche, Málaga no perteneció a nadie. Uno de sus subordinados, marino, le tuvo durante la noche al corriente de lo que sucedía y él, ante la imposibilidad de notificárselo a Largo Caballero, que se había retirado a su domicilio de Alcira, se lo había comunicado a Alvarez del Vayo, con encargo expreso, por su mayor amistad con el jefe del Gobierno, de que se lo notificase inmediatamente. ¿Cumplió el encargo? ¿El jefe del Gobierno y ministro de la Guerra hizo, si lo conoció, algo más que afligirse? El ministro de Marina y Aire conservó hasta el último momento su comunicación telefónica con Málaga. Su subordinado le siguió informando de la situación hasta que, persuadido de que no se proyectaba defensa alguna, necesitó pensar en su propia seguridad. Las noticias de este hombre no podían ser más pesimistas. La mitad de la población se había puesto en camino hacia Almería, arrastrando en su impulso a los propios milicianos, sobre los que nadie se cuidaba de ejercer autoridad. El coronel Villalba estaba desbordado y no sabía qué hacer ni a qué zona del frente acudir en remedio. En el supuesto de que hubiese sido capaz de reflexión, no hubiera descubierto medio que le ayudase a salir del atasco. No tenía nada ni a nadie. Ni se tenía él mismo. Veamos: Un oficial de enlace llega a su despacho; le informa que quince tanques avanzan por la carretera de Colmenar. El oficial precisa:

—"Estarán a ocho kilómetros de la capital. Los soldados, al verlos, tiran los fusiles y huyen a la sierra". Sabe todo lo que necesita. Cambia unas palabras con los oficiales de su Estado Mayor, da órdenes a su ayudante, y se dispone a salir. Se interfiere un testigo, en el que nadie ha reparado durante la escena anterior: Arturo Koestler, corresponsal del diario londinense "News Chronicle", (1) Villalba le hace, de mala gana, una declaración sorprendente.

—Todo lo que le puedo decir es que la situación es seria; pero Málaga se defenderá.

El periodista quisiera saber dónde va el coronel, cuáles son sus planes. Se lo ha preguntado, sin obtener respuesta. Se asoma a la ventana y desde allí ve cómo Villalba, con sus oficiales, monta en un automóvil y emprende la fuga, desentendiéndose de la suerte de la ciudad. ¿Cómo se defenderá Málaga? ¿Quién la defenderá? Sólo la providencia podía hacerlo. El mismo periodista inglés, corresponsal del "News Chronicle", que visitó nuestros frentes, informa de ellos con profunda tristeza. El frente de Marbella se reduce a una barricada. A su derecha, los soldados han comenzado a cavar una trinchera. Como el periodista interrogue al comandante qué hará cuando se le presenten los carros de asalto del enemigo, la respuesta del comandante, que se encoge de hombros, es perfecta: —"Irme con mis hombres a la Sierra". ¿Qué otra cosa podía hacer a presencia de las tanquetas italianas? Su previsión era normal. Lo anormal es que el coronel Villalba hablase del frente de Marbella como de una línea de defensa valorable militarmente, cuando no pasaba de ser un retén de milicianos apostados detrás de las piedras de una barricada. En el llamado frente de Antequera, la fantasía era mayor. "Es el frente más insensato y el más pintoresco que he podido ver", escribe Koestler. Nadie ha pensado en destruir la carretera. Se conserva intacta para en caso de una ofensiva propia. Como la ofensiva es del enemigo, el capitán del sector juzga que con las fortificaciones laterales habrá suficiente para detener el avance de la infantería. "¿Y si vienen los carros de asalto?" —"En tal caso, como nada podemos hacer, nos iremos a la Sierra". En la Sierra es donde está instalado el observatorio para seguir los movimientos del enemigo. En el pico del Diablo, un capitán vigila. Un teléfono le une al puesto de mando; pero en previsión de que el teléfono no funcione en el momento preciso en que se necesite su servicio, el capitán ha hecho tender una línea más segura: un cable, al que se ha unido, en el puesto de mando, una campanilla. Este sistema lo reputan más seguro: saben que cuando el capitán tire el cable, la campanilla, estremecida, sonará. Todo el defecto es que se producen alarmas infundadas. Eso no importa. El

(1) Arturo Koestler. "Un testament espagnol".

capitán observador, que es un soldado de leyenda, asegura al periodista que si llegan los tanques, los tanques serán destruídos. Tales eran los frentes que defendían Málaga y contra los que Queipo de Llano, después de madura reflexión, de adquirir el consejo y la colaboración personal de estrategas italianos, lanza varias columnas, una de ellas motorizada, y tres cruceros, desde uno de los cuales, el "Canarias", sigue personalmente el curso de las operaciones. "Málaga es la primera victoria en la que han colaborado los italianos". Estos entran como vanguardia en la plaza; pero izadas las banderas monárquicas en los edificios, se les ordena esconderse. No es bueno que el pueblo advierta su presencia. Va a dar comienzo la operación de "limpieza" y ésta corresponde a los españoles, ayudados, a lo sumo, por los regulares. Ese cuadro trágico es, con pequeños variantes, el mismo de Badajoz y Toledo.

La "limpieza" en Málaga

A la ciudad, medio derruída por los bombardeos, ennegrecida por el humo de los incendios, le falta el riego de lágrimas y sangre. Con esos líquidos se hace la limpieza. El drama de la ciudad es menos sombrío que el drama de la carretera. Sobre la masa empavorecida que desertó de Málaga, huyendo de las represalias, los aviones de Franco y los navíos nacionalistas se cubren de oprobio. En vuelos rasantes, las ametralladoras de los aviones agotaron sus municiones sobre la muchedumbre desesperada. Madres que se negaban a desprenderse de sus hijos muertos, perdieron la razón. Otras, creyendo salvarse, se arrojaban al mar, donde perecieron. La carretera quedó cubierta de cadáveres y moribundos. Los aparatos repostaban y volvían a su trabajo siniestro. Los buques... "Los rápidos progresos de todos estos ataques —han escrito dos apologistas de la victoria de Franco: Brasillach y Bardeche (1)—, determinaron un gran pánico y los fugitivos se aglomeraron en coches y camiones, ensayando llegar a Almería. La mañana del día 8, la flota nacionalista ancló delante de Torre del Mar para cerrarles el camino...". Sus salvas mortíferas hacen carne en una muchedumbre de mujeres, niños y ancianos, a la que se han mezclado algunos combatientes. El detalle de esta carnicería renueva el horror de lo ocurrido en la plaza de toros de Badajoz. La voz de los supervivientes que hacen el relato, se rompe en una congoja sin consuelo. Lloran, no por el luto concreto del padre que perdieron, o por el hermano que les falta, o por la madre, de la que ignoran qué se hizo, sino por algo más grande y solemne: por el hundimiento de todos los conceptos sa-

(1) "Histoire de la guerre d'Espagne".

grados, por el naufragio de su fe pueril. Los cañones de los navíos y las ametralladoras de los aviones no los manejaba ninguna deidad hostil y furiosa, sino hombres igualmente refractarios al dolor que, a su hora, clamarían, con el mismo acento doloroso, piedad y compasión para sus vidas. ¿En qué excitaba su cólera aquella doliente caravana? Su persecución implacable quedaba fuera del marco de la victoria y entraba en el repertorio de la patología sexual. ¿Qué otra explicación puede arbitrar la inteligencia? El viajero que haga camino en ese carretera, se seguirá estremeciendo al recuerdo de tanto sufrimiento y de tanta sangre como empapó. Los gritos de las víctimas, el balido angustioso de tanta criatura vuelta inocente por miedo a la muerte, deben estar prendidos a las zarzas de las cunetas y a los arbustos del paisaje. Todo en él, por mar y tierra, tendrá una terrible resonancia trágica. La carretera es un calvario de infinitas cruces. Las fantasías de los frentes de Málaga era fatal que tuviesen un epílogo patético y lo tuvieron. Como en las tragedias elementales, la voluntad defensiva del hombre no sirvió de nada. Los cruceros nacionalistas no tuvieron oposición. Cuando consideraron terminada su obra, a toda máquina, se plantaron en Málaga. Igual hizo la aviación. Al mediodía del lunes, día ocho de febrero, la ciudad y el puerto son, oficialmente, del gobierno de Franco.

En Valencia, siguiendo una política de secreto, se prohibe la divulgación de la noticia. Con el café de mi desayuno del martes, me la comunica "Juan de la Encina", para quienes era conocida desde el día anterior. Los contertulios que van llegando la conocen igualmente. No se habla de otra cosa. Pasan lista a las personas de su conocimiento que se disponen a obtener sus pasaportes para trasladarse a Francia.

—Convénzase usted, me dice Encina, de que ese correligionario de usted es un viejo loco, a quien hace tiempo debían ustedes haber atado. Mientras los negocios de la guerra dependan de él, todo irá de cabeza y perderemos Almería, Valencia, Barcelona y la guerra. ¡No me diga usted!... ¡Es un loco! Lo he dicho hace mucho tiempo y ahora lo ratifico.

No se trataba de una opinión personal. Estaba muy generalizada en Valencia. El mito de Largo Caballero estaba roto. Los comunistas se disponían a pulverizarlo. Fomentaban, sin demasiada discreción, el descrédito del jefe del Gobierno y le atacaban, por de frente, en una de sus debilidades: el general Asensio, al que imputaban, por abandono, la caída de Málaga y para el que pedían la destitución. La responsabilidad, si la había, no podía ser del subsecretario, sino del propio ministro. Pero esto se les antojó demasiado exigir. Atacaban escalonadamente. Por el momento se conformaban con el subsecretario, al que tenían antigua ojeriza. La pasión de los comunistas arrolló a Asensio. Largo Caballero,

con su tenacidad habitual, lo defendió hasta el límite máximo. Cuando se convenció de la inutilidad de su defensa, lo cedió con lágrimas de rabia. Sabía que era una batalla que perdía personalmente. Para repararla, en lo que era posible, substituyó a Asensio por Carlos Baraibar, a quien tenía confiadas diferentes actividades encaminadas a producir una insurrección en la zona española del protectorado marroquí. Largo Caballero estaba persuadido de que esa insurrección, considerada por él como inminente, le proporcionaría ocasión de cambiar el curso de la guerra y colocarla bajo un signo satisfactorio para la República. Málaga, para quien vivía en esa esperanza, no pasaba de ser un episodio. La esperanza estaba marcada en el calendario. Desgraciadamente no se cumplió. Baraibar, ignoro si también Asencio, buen africanista, se equivocó al confiar en una sublevación marroquí, como habían de equivocarse, bastante después, muchos otros. A los moros notables que nos brindaban con su colaboración sólo les interesaban las divisas. Con mi asentimiento, cuando esto fué necesario, no se les libró ni un franco ni una libra. El robo de que habían venido haciendo víctima a la República, prometiéndole levantamientos fulminantes, se acabó. Como les sometiéramos a una prueba, repartiendo unos fusiles, se comprobó que no tenían deseo alguno de batirse. De lo que tenían, más que deseo, ansía, era de seguir cobrando cantidades de cierta consideración. Largo Caballero dió fe a esas promesas y confió en que llegarían a cumplirse. No fué así. Su gestión ministerial toca a su fin. Derrotado Asencio, la campaña de los comunistas se vuelve contra Largo Caballero. La disminución de su prestigio se va acentuando. Las juventudes, a cuya unificación contribuyó él, se le vuelven irritadas. Es una prueba amarga. El secretario general de la organización juvenil, Santiago Carrillo, está entre los que le niegan, olvidando un pasado, no muy lejano, de extremada reverencia. La actualidad suministra material de ataque a los detractores de Largo Caballero: "Se han equivocado con él. No es el hombre que puede ganar la guerra". La tragedia de Málaga, que pudo haber sido evitada, queda inscripta en la cuenta del presidente del Consejo. El es, según sus críticos, el verdadero responsable. Asencio tiene otras culpas. Largo Caballero da un manifiesto desconcertante. Se dirige en una nota oficial al país diciéndole que en tanto todo son ofrecimientos y promesas, nadie obedece sus órdenes y, cada grupo político, discurriendo por su cuenta, hace lo que mejor le acomoda. Es una confesión de impotencia y, al mismo tiempo, un acto desesperado. El documento, una vez que el lector se ha repuesto de la sorpresa, provoca este comentario: "Cuando un jefe de Gobierno comprueba que su autoridad no existe, dimite". Pero justamente eso es lo que no quiere hacer Largo Caballero, dimitir. Si ha dado a la publici-

dad esa confesión es para reunir nuevamente en torno a su nombre a los que creen en él, a aquellas masas de combatientes que recibieron con vítores su exaltación al poder.

Instalado en la presidencia del Gobierno no ha podido darse cuenta de que aquel fervor se ha extinguido, de que su fuerza mesiánica se ha disipado al choque con la realidad. Las masas le pedían la victoria a plazo corto, para montar sobre ella la revolución. No ha podido dársela y esas mismas masas, siempre en busca del hombre providencial, le han vuelto la espalda. Le queda el grupo, también restringido, de sus incondicionales. Quiere seguir en el poder. ¿Por vanidad senil? ¿Por afán de mando? No. Porque cree en sí mismo Ahora más que nunca se reputa indispensable para la victoria. Tiene el presentimiento de que desplazado del poder, la derrota de la República es suceso irremediable; si continúa en él, sus manos acariciarán la victoria. Para quitarle la jefatura del Gobierno, los comunistas necesitarán forcejear con violencia y aprovechar las ocasiones que la guerra y la pasión política les deparen. Largo Caballero no capitulará por sus campañas. Está tieso y derecho, conforme al mandato poético de la casa municipal de Toledo. Sólo ante la desarticulación de su gobierno se rinde; pero no sin antes intentar una última defensa imposible. La caída de Málaga y lo que después sigue, la insurrección de Barcelona, son los pretextos que esgrimen sus adversarios. En el fondo, la verdad es distinta. Largo Caballero ha tomado en serio la tarea de unificar la clase obrera y es él quien ha dado acceso a los anarquistas al Gobierno de la República. Esto es, en concepto de los comunistas, un exceso de celo unificador.

Las relaciones comerciales en Rusia

A partir de ese día, las relaciones de aquéllos con el jefe del Gobierno, se tornan ásperas Reconocen haberse equivocado al reputarle hombre de confianza. Toda gestión suya tropieza con la sequedad de trato de Largo Caballero. Van apareciendo las aristas y la enemistad adquiere un volumen considerable. Son dos posiciones políticas que chocan en todos los problemas. Los informes que los comunistas envían a Moscú acusan esas diferencias y presentan a Largo Caballero como un hombre agotado, inepto para el cometido que debe realizar y, en su consecuencia, peligroso, nocivo para la victoria del pueblo español. En Moscú no experimentan ninguna sorpresa. Largo Caballero, cuyo semblante ha sido dado a conocer, mediante grandes retratos, en algunas de las solemnidades populares rusas, deja de serles grato. Esta desvalorización no significaría quebranto ninguno si nuestras relaciones con Rusia fuesen puramente platónicas. Es de Rusia de donde nos lle-

ga el único material que recibimos. No es un regalo revolucionario, sino una transacción mercantil; pero aún así no puede quedar excluída la gratitud. Sin esa transacción, hace tiempo que la República hubiese perecido. Esta es una verdad que no se presta a discusión. Se la deja perderse, deliberadamente, entre los detalles: el precio, la lentitud de los envíos, las exigencias políticas, etc., ¿Es que esas condicionantes no fueron tenidas en cuenta por los diferentes hombres que negociaron con Rusia? Imagino que sí; pero pienso, además, que a esos detalles, cuya importancia no menosprecio, se reunirían otros, a saber: el riesgo que corría la Unión Soviética, la merma que imponían a sus recursos bélicos y la zozobra diplomática en que por ayudarnos vivía. Aludiendo a su ayuda a los rebeldes, Alemania ha dicho que "arriesgó la guerra". Es el caso de Rusia. No se que eso pueda pagarse con dinero. Lo que sí sé es que España jamás hubiese aceptado un peligro semejante para ayudar a Rusia que es, aparte de la patria del proletariado, título en cuyo nombre se le piden todos los sacrificios inimaginables, una nación con fronteras e intereses concretos, de cuya custodia y defensa están encargados los rusos. La construcción de un avión en Rusia no cuesta menos, sí más, que la construcción de ese mismo aparato en los Estados Unidos. El avión construído en Rusia, con su precio mayor, nos era asequible; el de los Estados Unidos, no. La desconceptuación de Largo Caballero podía sernos fatal... No era hombre para tratar con las democracias, que por otra parte, acobardadas, recusan ayudarnos. ¿Con quién tratar en Europa? Se le insinuó que con las dictaduras. Con Alemania e Italia. La fuerza y la importancia de esta insinuación no sé cuál fué. En todo caso, el proyecto no tuvo consecuencias, y quien lo concibió dará su explicación, si la juzga valiosa para el conocimiento perfecto de la intimidad de la guerra. Pudo ser un error o un acierto. Como alternativa, dada la conducta de las democracias, forzoso es reconocer que no tenía otra nuestra política internacional, aun cuando más tarde se hablase de un acercamiento a las democracias previo el acogotamiento de los comunistas que no eran, como bien se sabe, el único estorbo para sacar a Inglaterra de su hostil indiferencia. Como en ese juego polémico intervenían los anarquistas, se olvidaba que ellos, más que los comunistas, inquietaban a los gobiernos de Inglaterra y Francia. Con razón, sin razón. Cuenta de esos gobiernos era acertar o equivocarse, aun cuando las consecuencias las pagásemos los españoles. Estos, por otra parte, encuentran una dificultad inmensa en ser gubernamentales. La explicación es muy sencilla. Años y años en la oposición, tenemos la mentalidad deformada, al punto de encontrar incómodo el título de gubernamental. Un periódico gubernamental, por el hecho de serlo, desciende considerablemente de tirada, como consecuencia de una merma de crédito ante los lectores. A tal punto el dato es exacto,

que los periódicos republicanos que hacían oposición a la monarquía, al vencer de ella y saludar el cambio de régimen, pasado el primer fervor, se arruinan y tienen, si quieren vivir, que montar sus baterías polémicas contra este y el otro ministro, o contra el conjunto del Gobierno. Los que no podían hacer eso, desviaban sus tiros contra el presidente de la República. Ni siquiera la guerra nos cambia esa mentalidad. Sabemos razonar "contra", no en "pro". Sabemos criticar, no construir. Un gobernante, mientras lo es, como le sucedía a Largo Caballero, pedía acatamiento y obediencia; pero, al dejar de serlo, no se juzgaba en el caso de ofrecerla. En España se pasa del poder a la oposición rabiosa, cuando no se va directamente a las barricadas. Es, concretamente, el caso de Largo Caballero y el de Franco.

Octubre de 1934, Junio 1936

La de ocutbre de 1934 fué una guerra pequeñita. No tuvimos ni fuerza ni aliento para más. Quizá porque no tuvimos, que también se pidió, ayuda internacional. Rusia, de la que se solicitó un favor menudo, lo negó. Opositores de aquel movimiento dis paratado fueron, entre otros, Azaña y Besteiro. La de junio de 1936 fué una guerra grande, porque la alimentaron Alemania e Italia. Después de sofocada la insurrección en Madrid, en Barcelona, en Valencia y en las Vascongadas, Franco no hubiese tenido alientos para llegar más lejos. Un estudio circunstanciado de esos dos episodios de la historia de España permitiría ver mejor su analogía que esta sumaria evocación hecha para avivar el recuerdo de los informados. Cuando el político español abandona su función de mando, se enfrenta denodadamente con Rusia. ¿Limpio de culpas? El, naturalmente, cree que sí. Rusia y los comunistas son, sin disputa, los únicos responsables de lo que sucede. Esta es, a los pocos días de la pérdida de Málaga, la convicción de Largo Caballero. El que le hayan obligado a prescindir de su colaborador más estimado, el general Asensio, le colma de cólera. Le avisan con esa victoria su destino. Un destino particularmente sorprendente porque fué él quien, contra la negativa de los comunistas, les forzó a formar parte del Gobierno. Falta, para que su período de gobernante quede clausurado, la revuelta de Barcelona, obra preferentemente de los anarquistas, a los que, como a los comunistas, Caballero facilitó el acceso a los ministerios. Antes de su derrota, el ministro de la Guerra va a conocer el resplandor de una victoria. Es la clara en la tormenta que los mareantes reciben con alarma. No borra el disgusto que ha provocado la caída de Málaga, ciudad abandonada por los mandos, pero éstos, a su vez, abandonados por Valencia. Cuando el coronel Villalba llega a Motril, ha dejado de ser un hombre. La visión de la carretera sangrienta,

con su patetismo, le ha hundido en la nada. Todo parece serle indiferente, menos su vida animal, a la que se aferra con desesperación.

No tiene fuerza más que para resistir a los mandatos del honor militar que le exigen desenfundar su pistola y castigarse en la vida. Cuando se le interpone un hombre dinámico, vibrante, lleno de arrojo, lo mira como a un ser sobrenatural y con palabra desfallecida, le entrega el mando.

—No sirvo. Véame usted, no sirvo. Estoy derrumbado. Encárguese usted de organizar esta derrota y de ver dónde rehace la línea si puede recuperar a los hombres.

El subordinado aprisiona entre sus manos el mando y ordena a sus hombres que le obedezcan a ciegas. Hay que hacer orden en el caos de aquella retirada trágica. Otra vez, como en nuestra redacción de Carranza, 20, Federico Angulo, hace oír sus voces y obedecer sus mandatos Se irrita, se desespera, golpea a unos, desarma a otros y hace cuanto humanamente puede por facilitar la evacuación de la masa doliente que, sin palabras, con miradas, pone su esperanza en él. No les defrauda. Toda su violencia de militar se disuelve en una congoja humana, y aquellos camiones que iban a evacuar los valores y metales de Málaga, sirven para trasladar a Almería mujeres, niños y ancianos. Con los hombres se queda él y desventurado el que no le obedezca. Le obedecen. Su temple sereno y su energía robusta operan el milagro de hacer que la confianza vuelva. El coronel Villalba sigue sin saber nada, sin enterarse de nada. Después de su deserción se borra y oscurece, y es con el aliento de Federico Angulo con el que en el caos comienza a atisbarse un principio de ordenación. Grita hasta enronquecer, golpea hasta hacerse daño, imitado por sus hombres, que son el fermento vivo, la levadura eficaz de la muchedumbre derrotada, que en el golpe y en el grito identifican al conductor. "Creí que me mataban", es todo lo que dirá a sus amigos cuando recuerde esos trabajos. Sólo por sus soldados se puede saber en qué consistieron. Era demasiado orgulloso para envanecerse.

CAPITULO XXV

El nuevo camino hacia Madrid. — Dos divisiones motorizadas. — Ironías italianas a expensas del soldado español. — Lister, Mera y "El Campesino". — Esperanzas frustradas. — El Caporeto de Guadalajara. — Revancha del soldado español. — "Menos camiones y más C..." — Una declaración de Fernández Cuesta. — Renuncia de Franco a Madrid.

EL fracaso del Jarama induce a Franco a buscar un nuevo camino que le conduzca a Madrid. Los ataques de sus tropas han fracasado en la sierra, en el Manzanares y en el Jarama. Falta el Tajuña. Tiene por inexplicable la resistencia obstinada de la capital. El, a su vez, juzga el problema, como Varela, con una lógica de militar de Estado Mayor, dejando fuera de juicio los factores morales que, por extraño que parezca, son más importantes, en este caso, que los materiales. Madrid, afligido por tanta prueba dolorosa, se divierte cada vez que, por descontarse su rendición, Burgos engalana balcones o Sevilla hace preparativos para una misa solemne en la Puerta del Sol, facilitando, a bajo precio, billetes ferroviarios a cuantos deseen asistir a tan histórico sacrificio cristiano. Alemania e Italia, que atendían ese mismo momento para romper sus relaciones diplomáticas con la República y establecerlas con Franco, no han tenido otro remedio que prescindir del detalle de la toma de Madrid y mandar sus embajadores a Salamanca, donde cada cual por su lado, trata de influir, predominando, en la política de Franco. El embajador italiano, que parece tener fortuna en el Cuartel General, no la tiene, en cambio, entre los falangistas. Estos se inclinan por Alemania. Se inspiran de su representante oficial y tropiezan, en ocasiones muy ásperamente, con el aire jactancioso de los militares italianos. El nuevo camino elegido por Franco para apoderarse de la capital de la República es el de Guadalajara. Estamos en marzo y hace frío. Mucho frío. Franco moviliza sus mejores tropas y las refuerza con la columna motorizada de los italianos que tomaron Málaga. El prestigio de esta columna, tanto por el material de que dispone, como por los militares que la mandan, es inmenso. De la misma manera y con la misma facilidad que se apoderaron de la ciudad andaluza, se adueñarán de Madrid. Esta vez al menos, la cosa no ofrecía duda.

El plan estaba claro como la luz. Miaja no tenía elementos para cubrir un nuevo frente activo y aun cuando se dispusiese a desguarnecer el Manzanares y la Ciudad Universitaria, Varela, en ese sector, atacaría furiosamente. Pero, sobre todo, la columna motorizada de los "voluntarios" italianos quebrantaría las resistencias. Una vez más —¿cuántas ya?— la victoria de Madrid se cotizaba como inminente en los despachos oficiales, pero nadie alargaba su optimismo hasta hacer preparativos jubilosos. La experiencia aconsejaba discreción a los más esperanzados. Las victorias tienen su víspera, pero no es conocida hasta un día después. El ataque a Guadalajara lo harán tres columnas. La central, con dos divisiones, tendrá como eje de marcha la carretera de Siguenza a la capital de la provincia. Es la columna motorizada, la italiana. A su derecha, otra columna trabajará en la carretera de Soria, y a su izquierda, la tercera, un poco rezagada, será fuerza de reserva, precaución innecesaria porque son los italianos los que van a llevar el peso del ataque. Este comienza por un intenso bombardeo de aviación y una fuerte preparación artillera. El patio del Palacio del Infantado, donde Juan Güas casara las últimas formas del gótico con las primeras del renacimiento, se viene al suelo.

Los italianos hacen la "guerra fulminante"

Es un patio que me sonaba a música de versos de Antonio Machado, por una razón de juventud que conocen algunos amigos míos. La aviación italiana rompe más piedras valiosas en Alcalá. La columna motorizada quiere tener expedito el paso. Los italianos hacen, a su manera, la guerra fulgurante. Destrucción por la artillería de las posiciones republicanas y hundimiento de la moral de la retaguardia a cargo de la aviación. Inmediato, sin pausa para el respiro, el ataque. Las dos divisiones parten en triunfo de su base de Siguenza. Toda la máquina, espantosa máquina, se pone en movimiento hacia el objetivo. Motos, tanquetas, tanques, artillería ligera, camionetas, camiones. ¿Quién podrá detener ese aparato ingente? Guadalajara no es estación de término. Esa fuerza se ha puesto en movimiento por una razón más ambiciosa: Madrid. Son los "voluntarios" italianos los que van a rendir la capital de España para hacerle regalo de ella a Franco. ¡Vía libre, desventurados milicianos españoles, vía libre! Zumban todos los motores de la columna y laten con fuerza todos los corazones italianos. La victoria comienza a desarrollarse conforme a las previsiones del mando. Los primeros puestos republicanos, rendidos por los artilleros, se repliegan a la presencia de los atacantes: Mirabueno, Almedrones... Los jefes piden más velocidad a las máquinas. Es necesario quemar las etapas. Hay que llegar con luz a Villaviciosa, a Brihuega, a Trijueque, a Torija y finalmente a Guadalajara. La segunda etapa será más gloriosa: Alcalá de He-

nares-Madrid. Los telégrafos mandan a Salamanca los primeros boletines de victoria. El plan se desarrolla sin tropiezos. El adversario no ofrece resistencia. No se preven contratiempos. Esta vez, sí; esta vez, Madrid, a despecho de su terquedad, será liberado de la barbarie roja. La secretaría literaria del generalísimo ensaya borradores de telegramas para comunicar a Mussolini la noticia y significarle la gratitud del imperio embrionario. En los campos de la Alcarria, los soldados italianos, enfebrecidos por la guerra, no sienten el frío que sopla en rachas de terrible violencia. Camino de Moscú, tampoco lo sentían los granaderos de Napoleón; fué después cuando la verdad mortífera del clima adverso se les impuso... El coro de los motores no les consentía oír el clamor iracundo de la tierra que avasallaban. El hombre parecía haberla abandonado. Ha huído. ¡Qué fácil expedición guerrera! ¿Quién no se apunta a ella? Se ironiza a expensas de los soldados españoles. ¡Tantos meses para rendir un pueblo sin defensa como el de Madrid! El italiano se enorgullece de enseñarles a hacer la guerra. ¡Es tan sencilla cuando no falla el coraje! Un golpe, otro golpe, un tercero y ¡adelante!, sin vacilación, con el mayor paso posible, hasta el objetivo final. La guerra moderna tiene toda esa simplicidad. Y aquí está la prueba. Allá al fondo, a tres kilómetros, asoma el modesto caserío de Trijueque. En un abrir y cerrar de ojos toda la columna, sin más que desprenderse de diez hombres para colocar las banderas monárquicas, lo habrá dejado atrás. ¿Está claro cómo se hace la guerra? Todos los tratadistas italianos la han explicado con la adecuada nitidez para que los españoles, si leyesen, no hubieran precisado del concurso de los "voluntarios" de Italia. He aquí, pues, en defecto de la teoría, la práctica.

La jactancia de los italianos

El soldado español, que veía esa lección en los ojos y en la sonrisa suficiente de cada italiano, notaba la quemazón de la sangre. Cuando le llegue la hora de desquitarse, lo hará con palabras terribles. Pero de momento, la verdad era italiana. El caserío humilde, pobretón, de Trijueque, estaba a la vista. Un poco más separado, hacia el Tajuña, Brihuega. Cuarenta kilómetros de recorrido y victoria. Con otros veinte de marcha ¡Guadalajara! El combatiente navarro avanza mohino. En esas condiciones no le interesa la victoria. Se ha interpuesto algo, que no acierta a definir, que le hace odioso el triunfo. La jactancia del extranjero le ha herido en su orgullo patriótico. Está seguro de ser superior al italiano; pero esta superioridad que él no puede manifestar, le agradaría que la estableciesen los rojos que, a la postre son, como él, españoles. ¿En qué espelunca desconocida se han ido a ocultar? ¿Qué hacen que no la emprenden a cañonazos con este inmenso

tren de vehículos italianos? El soldado del Tercio de Montejurra, pega su oído a la tierra, dura y áspera de frío, y cree oirla rugir. Si fuese la suya, la de su Navarra, sabría a punto exacto lo que su dura corteza manifiesta. Lejos del robledal nativo, tiene que suponerlo y supone que aquella tierra, española como él, recusa iracunda tanta jactancia. Oye su resonancia patética, pero no alcanza a descubrir a los hombres que, fusil al brazo, bomba a la mano, pueden desagraviarla. ¿Dónde se han ido los republicanos? ¿Por qué ceden sin combate estas tierras de miel? Si se dejase llevar por el reconcomio que le muerde el pecho, se plantaría ante los italianos y les descargaría los cinco tiros de su fusil. El mismo oficial que le manda escupe iracundo sus rabias. Es otro español herido, que se muerde la lengua hasta hacerla sangrar de miedo que sus hombres, si comete una imprudencia, rompan los frenos. Desalteran los nervios gritando el "Oriamendi". Pero el italiano les sigue abrumando, complacido en irritarles, con su superioridad desdeñosa. Abusa de la inmunidad que, por extranjero, le tiene concedida el generalísimo. Ofende deliberadamente. Se cree todavía en Abisinia. No distingue entre una y otra campaña. El idioma de los españoles le parece un italiano caricatural, y se ríe de él. Lo encuentra cómico. Si es la tierra, le parece desabrida y esteparia, buena para ser colonizada. Si las costumbres, rudimentarias y bárbaras. No puede sospechar que sus antepasados hayan sido súbditos y tributarios del hombre castellano. Si alguien se lo apuntase, provocaría su hilaridad. Y, sin embargo, la lección de historia está a punto de reproducirse. La máquina de guerra motorizada rueda jactanciosa hacia su destrucción. El hombre español, conforme al secreto deseo de su adversario el carlista, se le va a interponer en el camino. El humilde caserío de Trijueque es el punto máximo de avance de los italianos. Su vanguardia ha entrado en fuego. Los vehículos caminan más despacio. ¿Qué pasa? ¿Cómo es que no avanzamos? Tan absoluta es la confianza, que nadie sospecha que aquellas descargas, que retumban por Trijueque y Brihuega, sean la expresión de la resistencia republicana.

La batalla

MIAJA, avisado del peligro, ha enviado a Guadalajara el máximo de fuerzas disponibles: las de Líster, Mera y "El Campesino". Una parte de los internacionales, el batallón italiano en el que va Pietro Nenni, a la cabeza; una brigada de carabineros, que juega papel decisivo, para no ser citado, conforme a una tradición que se ha consagrado, en el relato periodístico de los combates. Estas fuerzas han salido de las trincheras de Madrid y del Jarama. Miaja no se inquieta demasiado por la actividad que emprende Varela en la Ciudad Universitaria. Ese frente tiene, a la altura

en que estamos, la dureza del granito. Es inconmovible. Varela no podrá conseguir nada y lo que a Miaja le interesa es parar el progreso de la columna motorizada de los italianos. Supone que es el último intento, semidesesperado, que hace Franco por entrar en posesión de Madrid. Los tres capitanes que ha mandado a Guadalajara son tres caudillos políticos: Lister y "El Campesino", comunistas; Mera, anarquista. Miaja tiene a los tres por tres hombres audaces y valientes, con imperio decisivo sobre las tropas que mandan. No los juzga. él, militar profesional, como militares. En cuanto a Lister, jefe del quinto regimiento, unidad del combate comunista, con disciplina doctrinal de tipo severo, lo que cuenta es su ánimo: la técnica corre a cargo de su estado mayor, en el que hay, a juicio de Rojo, soldados de talento. "El Campesino", con su estampa de guerrillero al que no le van bien las insignias y el uniforme, es, de los tres, el más bárbaro militarmente. Su cabeza elemental reduce todos los problemas de la guerra a uno solo y lo resuelve con la única fórmula que conoce: coraje. Cipriano Mera, que maneja hombres broncos y difíciles, es quien mejor ha evolucionado. Anarquista doctrinario, reconoce el valor de la disciplina y ha acabado por imponerla entre los suyos. De los días de la Sierra, primeros de la insurrección, a los actuales de Guadalajara, la evolución de Mera marca una curva extraordinaria. Miaja, que ha sido testigo del cambio, le distingue con un afecto particular. Le agradece, más que su colaboración, valiosa, su transformación.

Cubierto con su gorra de plato galoneada, nadie sospecharía en Mera un anarquista de tan recias convicciones como son las suyas. Estos tres hombres abordan la batalla con una ilusión y una pasión de que no harán sino creer: derrotar netamente a los italianos. El frío de Guadalajara está en un punto que quema. Ellos, como el requeté navarro, escuchan la resonancia de la tierra y se la transmiten a sus soldados. Tiesos de frío y de rabia, se plantan, como árboles corpulentos, en el terreno y con las primeras descargas, a las que el invasor no concede mérito, el avance queda, momentáneamente, detenido. Entra en juego la máquina italiana. Las ametralladoras de las motocicletas crepitan violentas. Los pequeños cañones de repetición hacen, como puntos suspensivos, sus tres disparos. Las tanquetas de vanguardia, perezosamente, con temblores casi humanos en sus planchas de acero, abren fuego, pretendiendo avanzar. Discurridas para un movimiento ágil, se han transformado en carros pesados y se diría que los motores no pueden con ellas. Las balas de fusil las hacen una marca en el blindaje al descascarillarles la pintura. La batalla, juzgando por el ruido, ha ido subiendo de volumen. El combate, iniciado por el choque de las dos vanguardias, se ha corrido a los flancos. El mando rebelde, apremiado, reclama en su auxilio la columna de reserva. No se trata para él de forzar una resistencia; su problema es

más grave: necesita impedir la destrucción de la columna motorizada que, juzgándose invencible, ha avanzado sin prudencia. El comando italiano no quiere darse cuenta. No puede admitir que su mejor unidad, la que representa en España el potencial del ejército de su país, no pueda salir victoriosa de la débil prueba a que pueda someterla un ataque de los gubernamentales. Mete en juego la honrilla italiana. Los apuros están bien para la pusilanimidad de sus colegas españoles, incapaces de crear en la ciencia y necesitados, desde Clavijo, de ayudas sobrenaturales. La inmensa maquinaria, detenida a la derecha e izquierda de la carretera, reposa en la confianza de su poder de destrucción. En un descuido de la disciplina, se ha embarullado un tanto y ha producido algunos atascos.

Fuga desordenada

Las tropas republicanas hacen progresos notables. El infante italiano retrocede, confiando en el artilugio mecánico que está a sus espaldas. Es el momento psicológico de asestar al conjunto motorizado el golpe de gracia. La infantería no puede abarcarlo todo. La propia artillería es lenta. Se necesita de la aviación. Su presencia será decisiva. Despegan de Alcalá de Henares unos pocos aparatos y carretera arriba, carretera abajo, van dejando caer sus bombas sobre las aglomeraciones de italianos. Los cazas, descartado el enemigo, que rehuye el combate, descienden y en vuelo rasante ametrallan hasta agotar las municiones a los soldados de Mussolini. Aun cuando son los mismos de Málaga, no lo parecen. Reaccionan exactamente igual que los desventurados milicianos malagueños que no tenían para defenderse de los tanques, más arma que la campanilla del frente de Antequera. La aviación republicana, con una base próxima, se clava en el cielo de Guadalajara. Y la batalla cambia. Y no es una lucha de contención sino de persecución. La división motorizada pretende dar marcha atrás. Los vehículos se enredan a topetazos los unos con los otros; las tanquetas de primera línea no encuentran paso, les falta carretera. Las motos, tomando a campo traviesa, se hunden en la tierra que las hace prisioneras. El hombre las abandona para servirse de sus piernas. El desorden se hace irreparable. Las apelaciones se multiplican y los hombres, bajo el fuego, que les llega de todas partes, no piensan más que en salvar la vida. Cuando lo reputan imposible se entregan. Manos en alto, se dejan hacer prisioneros. Si es una sección entera, cantan un himno diferente al que utilizaron para desfilar en Málaga; ahora es "Bandiera Rossa". Los prisioneros son concentrados a retaguardia, en tanto las tropas siguen avanzando en persecución de los fugitivos. Es temprano para detenerse a considerar el botín. Es inmenso. Atrás queda. Los caudillos populares siguen empujando

a sus hombres hacia adelante. Llegan hasta donde, extenuados, las fuerzas les abandonan. La aviación continúa su trabajo. Sigue destruyendo implacable al ejército en derrota. El balance material es satisfactorio; pero todo aquel material inmenso abandonado por los italianos en la huida es nada comparado con el balance moral. El frente resuena de canciones optimistas, de gritos vibrantes. Entusiasmo legítimo. La victoria, los testimonios todavía están en la carretera, es indiscutible. Nuestro periódico le pone el rótulo que se hace célebre: "El Caporetto de Guadalajara". ¿Excesivo y novelesco? Comparativamente, exacto. El general Duval —"Les leçons de la guerre d'Espagne"— escribe que "la operación de Guadalajara, contrariada por circunstancias desagradecidas, ha sido una dura prueba". Durísima. Dos divisiones motorizadas en plenitud, secundadas por otras dos, ceden el campo y la mitad de su material a los milicianos sustraídos, de prisa y corriendo, a los frentes de Madrid, que saltan sin transición de los camiones al combate. Atenuantes que se han buscado para el descalabro: que el mal tiempo impidió a los aviadores italianos despegar. El mismo tiempo hacía en Alcalá y la aviación republicana despegó. Por esta época, los efectivos de la aviación, sin estar equilibrados, no acusaban la enorme desproporción de que se beneficiaron la mayor parte de la guerra los rebeldes y los invasores. Esos efectivos estaban, en cierto modo, ponderados. Y los vecinos de Madrid y los combatientes del Jarama, pudimos ver con nuestros ojos, que sólo así son creíbles las noticias bélicas, en las que por intervenir la pólvora se mezcla la hipérbole, exactamente igual que en los relatos de los cazadores, cómo los pesados trimotores que bombardeaban el barrio de Argüelles y nuestras posiciones de Arganda, eligiendo, como la gallina para poner el huevo, el lugar en que les interesaba dejar caer las bombas, giraban en redondo y huían del combate, imponiendo a sus motores revoluciones por encima de las teóricas. Cuando la impunidad acabó, comenzaron a servirse de la nocturnidad.

Un Caporetto en escala menor, eso fué la derrota italiana: un Caporetto de Guadalajara.

Lo que les sobraba y lo que les faltaba a los italianos

NO fué en las trincheras españolas de Franco donde encontraron excesivo el sobrenombre puesto al fracaso italiano, que, en el fondo, les satisfacía, en cuanto significaba un correctivo a la jactancia de los indeseables colaboradores. Con la música de una canción popular de Italia, los soldados de Navarra cantaban esta letra, que, por lo desgarrada, debe ser de musa ribereña:

Guadalajara no es Abisinia
Los españoles, aunque rotos, son valientes:
Menos camiones y más c...

La manifestación académica de ese proceso de desestimación puede verse en las siguientes palabras de un mensaje falangista dirigido al Duce: "Segundo error. **La forma y el modo de la ayuda y aportación.** Los representantes y militares de toda graduación que envió Italia, tanto en sus manifestaciones públicas como en sus relaciones con las gentes nuestras, se han mostrado altivos (no digo que lo sean, sino que así han aparecido a los ojos de nuestra masa), dándonos la impresión de que venían a protegernos y a civilizarnos; de que todo tenían que hacerlo ellos, haciéndonos sentir una cierta inferioridad y pequeñez. De esa presentación se derivaron algunos pequeños incidentes, que pronto se olvidaron, pero que no quitaron de nuestro pecho la espina de la inferioridad que querían atribuirnos, inconscientemente, por supuesto. Yo pude observar este fenómeno a raíz de las operaciones de Guadalajara, que si bien no pasaron de ser un accidente, sin transcendencia, de toda acción militar (no olvide el lector que se trata de un documento enviado a Mussolini), puso de manifiesto la falta de efusión de nuestro pueblo, esencialmente efusivo cuando se dice amigo y se siente comprendido. Cuando llegó la noticia del revés, no obstante lo dolorosa que era por lo que perjudicaba nuestra causa y por el retraso de la entrada en Madrid, no se produjo un solo comentario de conmiseración o de tristeza. Al contrario, en los centros, reuniones, tertulias y conversaciones familiares, las gentes españolas se frotaban las manos de gusto y de contento, produciéndose con manifiesta alegría por lo que se llamaba el fracaso italiano. Y en el propio Cuartel General, y a mis oídos, un ayudante de Franco se expresaba ante un amigo mío en estos términos, casi textuales: "... Corrían como liebres; son unos fantoches, no sirven más que para hacer bulto y por el material que traen. En lo sucesivo tendremos que mezclarlos con nuestros batallones españoles para que den algún resultado... Ahora, el generalísimo está estudiando la forma de llevarlo a la práctica...". No tendrían razón ni existiría ningún motivo para que se produjera así, ni para que el pueblo se alegrara. Era el desquite por la supuesta humillación sufrida". Más adelante el informe dice: "La masa comienza a sentir admiración por los compatriotas que bajo la bandera de la República resisten en Madrid y se preparan a una mayor defensa antes que entregarse. Se oyen expresiones como ésta: "Son como nosotros, españoles y valientes". Esto mismo iba a decir en Burgos, en un discurso público que le acarreó desgracia, el general Yagüe, adversario irreductible de los italianos. El ambiente de la llamada España nacional no podía ser más hostil para los italianos. Los propios fascistas desconectados de ella por sufrir prisión en la zona republicana, respondían al mismo toque. Esa coincidencia dejaba entender una hostilidad más de fondo que la derivada de un choque de temperamentos. Meses más tarde de la derrota de Guadalajara, Prieto me pidió autorización para que

el jefe de un servicio suyo se pusiese al habla con Fernández Cuesta, a quien, después de canjeado por Justino Azcárate, Franco atribuyó en su gobierno la cartera de Agricultura. Concedí la autorización que se me pedía, y Angel Baza —no puedo citar su nombre sin emoción; su vida y su muerte la justifican en mí en muy alta medida—, jefe del servicio a que aludo, jefatura que había de dimitir como incompatible con su sensibilidad, inició unas conversaciones con Fernández Cuesta. Cuando éste, persuadido de que las visitas de su inesperado interlocutor no ocultaban un innoble designio policíaco pudo expresarse con perfecta confianza, le hizo la declaración siguiente:

—Me faltan elementos de juicio para tener un concepto claro de la guerra. No le puedo decir otra cosa sino que la siento y me duele como una tragedia inmensa, en la que se desangra España. Durante toda la campaña sólo he tenido un momento de alegría y de alborozo: aquel en que conocí la derrota de los italianos en Guadalajara.

Y Baza, que me tenía al corriente de sus diálogos con Fernández Cuesta, añadía de su parte:

—Se expresa con sinceridad. Tengo el convencimiento de que dice lo que siente. Es un hombre joven, muy simpático, muy interesante. Se manifiesta con emoción. Resulta absurdo que no podamos entendernos con hombres como él, en cuya mirada se hacen presentes la nobleza y la sinceridad. La derrota de los italianos es lo único que le ha satisfecho de la guerra.

El Caporetto de Guadalajara satisfizo a todos los españoles y a creer a los panegiristas de Franco, desposeía al generalísimo de la esperanza de tomar Madrid. "Se cuenta que la más alta personalidad militar francesa, dió oficiosamente a Franco, en octubre, el consejo de renunciar a Madrid y de apoderarse, lo más rápidamente posible, del mar y de Cataluña. En marzo Franco se convence. Consolidado el frente de Madrid, sin abandonar la punta avanzada de la Ciudad Universitaria, renuncia a una conquista que hubiera significado el término de la guerra. Sabe que la guerra será larga". Lo nuevo de la afirmación está en esos consejos que "la más alta personalidad militar francesa" daba a Franco. La renuncia del generalísimo a Madrid estaba bien clara. El último camino se le había cerrado. En lo sucesivo no podría hacer otra cosa que ordenar a los cañones del Garabitas que disparasen con rabia contra las calles de la capital.

CAPITULO XXVI

Juegos florales en el ministerio de la Guerra. — La guerra, lucha por la independencia. — José Antonio Primo de Rivera, el ausente. — Su testamento político. — Cómo se batió por su vida Miguel Primo de Rivera. — Un momento decisivo. — Una conjura tenebrosa en Salamanca. — Hedilla condenado a muerte. — Franco no tiene competidores.

LOS prisioneros italianos han sido trasladados a Madrid. Sus vidas son respetadas. Se les obliga, en cambio, a escuchar varios discursos especialmente pensados para ellos. Los italianos no dan crédito a sus sentidos. A cambio de las crueldades en cuyo temor han sido educados, se encuentran con unos juegos florales de tipo internacionalista. Levantan el puño, cantan lo que recuerdan del repertorio revolucionario de su país y vitorean a Miaja, que preside la inusitada fiesta. Fotógrafos y periodistas de la sección de propaganda trabajan con denuedo. El italiano tiene motivos para asombrarse del epílogo absurdo que los vencedores ponen a su victoria. Seguro que piensan que la guerra es cosa diferente y que no es con discursos como puede ganarse. Se callan su pensamiento y hacen el nuevo papel que les ha confiado la desgracia de la mejor manera posible. Si en vez de estar en Madrid hubieran estado en Málaga, los oradores que les instruyen sobre las bondades de la República y la razón del pueblo español, no abrirían ahora el pico. Estas efusiones oratorias no están recomendadas por ningún tratadista militar; son recursos, bastante falsos, del romanticismo político. No tienen la menor influencia ni en los sucesos ni en las conciencias. Se debe huir por igual de la conducta de los italianos en Málaga y de la de los madrileños en Madrid: ni ejecución ni explotación Los periódicos están bastante discretos al reseñar ese acto. El nuestro, más que ninguno. En cambio, se sirven de la victoria sobre los italianos para considerar la guerra como una lucha por la independencia de España. Este es el "leiv motif" de todos los comentarios. La palabra "invasión" tiene una fuerza patética que puede llegar a unos y otros españoles, igualmente celosos, en cuanto pueblo, de la independencia de la patria. Si la victoria sobre los italianos en Guadalajara se repitiese, las posibilidades para encontrar una fórmula nacional de concordia serían inmensas. Se podría explotar con eficacia el

disgusto que los italianos, con su sola presencia, provocan en la llamada zona nacional, donde, por otra parte, las divergencias parecen haberse acentuado mucho. La Falange originaria está disgustada por la preterición de que la hacen víctima los círculos políticos que rodean al generalísimo. Es ahora cuando se puede medir la torpeza en que se incurrió al consentir el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera, cuya muerte no ha sido oficialmente publicada por sus camaradas. Es el "Ausente", adjetivo que expresa una duda esperanzada. Esperanza condenada a rápida extinción. Primo de Rivera acabó sus días el 19 de noviembre de 1936. Su testamento tiene fecha anterior. Es un documento sobrio y sereno, que no carece de sincera emoción. Aquella que le da el trance en que ha sido escrito. Juzgue el lector de la parte humana y política:

El testamento

"Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si, todavía, no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el final la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

"Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuentas sobre algunos de mis actos; pero, como por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad) y, como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

"No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

"Ayer, por última vez, expliqué ante el Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiéramos sabido qué era esto, no estaríamos aquí!" Y ciertamente, no hubiéramos estado allí: ni yo ante el Tribunal Popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuír la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

"A esto atendí yo, y no a granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice "responsable de todo", ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, a parte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aun pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprobable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a las de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo, y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de hebérseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esta sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones, exasperada por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

"Otro extremo me queda por rectificar: el aislamiento de toda comunicación en que vivo desde poco después de inicoarse los sucesos, sólo fué roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruído contra mí, no he tenido noticias de las declaraciones que me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciera. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabia o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor buena fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

"Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia.

"Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico."

La última voluntad la ordena en cuatro cláusulas, nombrando herederos a sus hermanos Miguel, Carmen, Pilar y Fernando, a

quienes encomienda atiendan "a la comodidad y regalo de nuestra tía María Javier Primo de Rivera y Orbaneja", y repartan, como recuerdo personal, objetos usuales entre sus compañeros de despacho, "especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Mariano Sarrión", y "entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y las adversidades de la Falange Española". Instituye albaceas, por el término de tres años y con las máximas atribuciones, a sus "entrañables amigos de toda la vida" Raimundo Fernández Cuesta y Morelo y Ramón Serrano Súñer, a los que instruye sobre lo que deben hacer con sus trabajos literarios y discursos.

Ultimos sueños y últimas aspiraciones

Sus dos albaceas, ministros de Franco, han sido prisioneros de la República. La liberación de Fernández Cuesta está clara: es el producto de un canje aceptado en Consejo de Ministros a propuesta de don José Giral. La de Serrano Súñer, oscura. El interesado la ha explicado en declaraciones a la prensa, de una manera bastante convencional. Además de su voluntad, tengo la convicción de que intervinieron en su liberación otras voluntades más eficaces y decisivas. Entre ellas, quizá la de algún colega suyo en la corporación de Abogados del Estado, titular de un alto cargo en el gobierno de la República. Esa contribución clandestina a su libertad de uno o de varios hombres republicanos, no la puede confesar Serrano Súñer, que justifica con la barbarie de los rojos su ansiedad de cadalzos. Primo de Rivera no alcanzó a merecer el canje ni consiguió, aún cuando le faltó poco, la ayuda encubierta que salvó la vida a quien había de consumir tantas. Primo de Rivera se batió por la suya con denuedo juvenil. Puso en su palabra de abogado la emoción del político. En Alicante habían pasado de los furiosos arrebatos colectivos en que se pedía la inmediata ejecución del caudillo falangista, a la convicción de que en tanto viviera, la ciudad no sería bombardeada. Estas suposiciones eran frecuentes. Las autoridades municipales de Cartagena se manifestaron en rebeldía al conocer que la familia del general Pinto iba a ser canjeada, por creer que a la vecindad de los familiares del general se debía el que la plaza no conociese las agresiones aéreas. Como se hiciera el canje, produjeron un barullo de dimisiones irritadas. Con Primo de Rivera sucedía algo parecido. Pero, además, por una de esas reacciones tan fáciles en la sensibilidad del pueblo español, el odio se había trocado en simpatía. Simpatía por el hombre que, sin vacilación ni debilidad, se encaraba con un destino acedo. Su conducta en la prisión era liberal, cariñosa. En las horas de encierro tejía sueños de paz: esbozaba un gobierno de concordia na-

cional y redactaba el esquema de su política. Temía una victoria de militares. Eso era, para él, el pasado. Lo viejo. La España del siglo XIX prolongándose, viciosamente, en el XX. El había ido a injertar su doctrina, confusa, en las universidades y en las tierras agrícolas de la Vieja Castilla. Su seminario estaba constituído por discípulos de aulas y laboratorios y por jóvenes de la gleba. Su escepticismo por las armas, que le atraían por otra parte, debía tener antecedentes familiares. El respeto y la devoción por su padre no excluían en él la crítica de los errores en que incurrió. El, capitán de hombres jóvenes, proyectaba cosa distinta. De momento, para salir de la guerra, un gobierno de carácter nacional...

Condenado a muerte

LA vista del proceso, varias veces diferido, le coloca ante una realidad adversa. No se inmuta. Su palabra tiene una fuerza inusitada. La del hombre que está solo. Intuye cuál será la pena a que le condenan sus jueces, y sin embargo, se esfuerza por convencerles de que no deben ser injustos ni para con él ni para con sus hermanos. Increpa ásperamente a una persona que, en su concepto, ha enturbiado la claridad del proceso. El interesado escucha la admonición sobrecogido. El relámpago de iracundia pasa y queda, en la carne del increpado, un desasosiego que será permanente. Explicación de una doctrina y ratificación de una fe. El resto es conocido. Se dicta la sentencia de muerte. No hay conmutación de pena. Primo de Rivera se encierra a escribir su testamento. Se despide de sus hermanos. La escena la ha relatado Miguel. José Antonio no puede evitar que su emoción se la resuelva en lágrimas al notar la congoja de sus hermanos. Cuando se repone, es él quien consuela. Pide que le consientan morir con la entereza que le cumple, atendido su magisterio moral sobre tantos compañeros que han muerto y están muriendo en el combate. Cuando le llega su hora, su templanza es perfecta. Conversa con los hombres del piquete que ha recibido el encargo de ejecutar la sentencia.

—¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera? ¿Quién ha podido deciros que yo soy vuestro adversario? Quien os lo haya dicho no tiene razón para afirmarlo. Mi sueño es el de la patria, el pan y la justicia para todos los españoles, pero preferentemente para los que no puedan congraciarse con la patria, porque carecen de pan y de justicia. Cuando se va a morir no se miente y yo os digo, antes de que me rompáis el pecho con las balas de vuestros fusiles, que no he sido nunca vuestro enemigo. ¿Por qué vais a querer que yo muera?

Los milicianos le escuchaban en silencio. Las palabras del reo se les meten dentro y se miran unos a otros, tratando de resol-

ver una incertidumbre. ¿Se habrían equivocado los jueces? ¿Y si se han equivocado, pueden ellos reparar un error negándose a cumplir lo que les está ordenado? El silencio persiste. Primo de Rivera, con la acuidad de la muerte, lee en la conciencia de los milicianos e insiste, calentando sus palabras, en una acción catequista que es toda su esperanza de seguir viviendo. ¿Quién sabe, piensa, cómo lo ha dispuesto el Señor? Ya su vida está contada por minutos, pero con un solo segundo es suficiente para salvarla. ¿Cuántas resoluciones, humanas o crueles, caben en tan pequeña medida de tiempo? En principio fué el verbo... Busca en las palabras entrañables aquella que pueda ir derecha, certera, como una saeta, al corazón de sus verdugos, atribulados por la idea de poner remate a una existencia que, ahora que se han puesto en contacto con ella, la encuentran noble y digna. Parece como si la esperanza se robusteciese. El reo cree en ella. Se la imagina más sólida de lo que en verdad es. Pregunta:

—¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera?

Es lo definitivo. Trata de romper el mutismo de los milicianos. Quiere saber a qué atenerse, porque el tiempo se agota. El plazo de minutos que tiene su vida se está terminando. ¿Qué dicen? ¿Qué contestan? En el silencio de todos parece oírse el trabajo de cada conciencia. ¿Con qué metro medir esa partícula angustiosa de tiempo? Es el que va de una pregunta a una respuesta, en la que se ha intercalado una breve pausa. Uno de los milicianos responde:

—¡Déjanos en paz! Necesitamos cumplir lo que nos está ordenado. No sabemos si eres bueno o eres malo. Sólo sabemos que tenemos que obedecer.

Todo está dicho. El reo no tiene qué esperar. La ley de obediencia se ha interpuesto entre el verbo del reo y el corazón de los verdugos. Uno y otros tienen que llegar hasta el fin. No son enemigos. Son personajes de un drama inmenso, protagonistas que lo sufren. Si la ley de obediencia no se impusiera, se reconciliarían fácilmente; pero se frustraría la tragedia. Una tragedia en la que, cada criatura, hace lo que le está mandado con las maneras más pulidas que puede. Un observador extranjero ha referido cómo en el camión donde la guardia civil se llevaba a fusilar a un racimo de detenidos maniatados, como los presos no pudieran liar su cigarrillo, se los hacían los guardias con su tabaco, aproximándoselos a los labios para que humedeciesen la goma del papel. Después, se los encendían y fumaban todos como camaradas que parten para una excursión alegre. El límite de la camaradería estaba en las tapias del cementerio, en que unos disparaban sus fusiles y otros recibían sus descargas. Aquí, igual. Primo de Rivera asume su papel de víctima y antes de que la justicia se haga, uno de los milicianos le pide la gabardina.

—A ti no te sirve para nada y a mí me puede ser útil.

El reo se despoja de su prenda y se la ofrece al miliciano.

—Tuya es.

La sentencia se cumple. No debe quedar duda de que se ha cumplido. Para facilitar la identificación del cuerpo de Primo de Rivera se dispone que sea enterrado con el rostro a tierra. Es el último detalle torpe de una conducta equivocada. Se publica, como represalia de Salamanca, la nueva de la ejecución de Paco Largo Calvo, noticia que es oficialmente desmentida. El hijo del presidente del Consejo de Ministros ocupa la celda número 44 de la cárcel de Sevilla y vive en régimen de rigurosa incomunicación. La justicia hecha en la carne de Primo de Rivera ha desembarazado a Franco de un segundo contradictor. El que testimonie a su recuerdo una admiración que no consigue ser fervorosa, no significa que deje de preferirle eternamente ausente a molestamente presente. De la misma manera que ha tropezado con sus discípulos hubiera tropezado con él.

Atentados contra la Falange

LA Junta de Mando de Falange no sólo está preterida en el cuartel general de Salamanca, sino que recibe un trato contra el que se rebela. El generalísimo tiene consejeros antifalangistas: Vicente Gay, catedrático de economía de la Universidad de Valladolid, que, perseguido por los falangistas, se ha refugiado en Salamanca. Este señor ensaya de construir un partido franquista, al que se adhieren numerosas personalidades. Cándido Casanueva, viejo usurero; José Cortés, el innoble juez del proceso de Casas Viejas; el P. Ignacio G. Menéndez-Reigada, consejero doctrinal de Gil Robles. Como director de escena, el propio hermano del general, Nicolás. El es quien dispone los actos y distribuye los papeles. La obra que se representa tiende a domesticar a la Falange. Un drama, mejor, un melodrama, con su traidor de encargo: Manuel Hedilla.

En la estimación del cuartel general de Salamanca, Primo de Rivera es un héroe. Su nombre, esclarecido por el esfuerzo y el sacrificio, constituirá uno de los pilares del Imperio. Esta exaltación no impide que se prohiba la edición y reparto de varios de los discursos del fundador de la Falange. El 16 de abril la Junta de Mando de Falange se reune. Va a nombrar, conforme al artículo 48 de los estatutos, obra de Primo de Rivera, el triunvirato. Son elegidos Agustín Aznar, Sancho-Dávila y José Moreno. Es nombrado secretario general, Rafael Garcerán. El jefe provisional, Manuel Hedilla, quedaba destituído por estos nombramientos. El triunvirato, en acto de obligada cortesía, va a visitar al generalísimo. Este los recibe por la tarde y les pide que "se eviten

las violencias" ¿Violencias? La transmisión de poderes había sido hecha con absoluta normalidad, habiendo manifestado Hedilla su propósito de hacer la guerra en el mar, a bordo de uno de los bous del Cantábrico.

La unificación del mando de la Falange determinó una viva complacencia en todos los falangistas. Se dió a la radio, para su transmisión, la noticia de los acuerdos. Por una extraña orden de Nicolás Franco, la noticia no fué transmitida. ¿Qué pasaba? "Aquella misma noche, a las dos de la madrugada, la pensión en donde dormía Sancho-Dávila, y hasta hacía poco Rafael Garcerán, era asaltada por una banda de doce muchachos armados y con bombas de mano. La pensión de referencia se halla en la calle de Pérez Pujol número 3, es decir, en plena Plaza Mayor de Salamanca, de día y de noche vigilada por numerosa policía".

Hay una lucha que dura dos horas y en la que intervienen pistolas y bombas. Se trataba de detener a Sancho-Dávila y a Rafael Garcerán y aplicarles, en una calleja sombría o en un descampado, la "reforma agraria". La casa de Rafael Garcerán no pudieron allanarla. El pasante de Primo de Rivera, se asomó al balcón y disparó su pistola. Sus familiares —madre, esposa y dos hermanas— demandaron socorro. El ruido intimidó a los asaltantes, que renunciaron a su presa. Pasadas dos horas, la guardia civil se llevó detenido a Garcerán. En la pensión donde dormía Sancho-Dávila las cosas sucedieron de otro modo. Un servidor del triunviro corrió en defensa de su patrón, disparó su pistola y causó la muerte del jefe de los asaltantes. Su resolución le costó la vida. Los atacados se volvieron contra él y lo derrumbaron de una descarga. Sacaron a la escalera a Sancho-Dávila y a otro amigo suyo, y al intentar fusilarlos, se interpuso un sacerdote que vivía en el último piso, y quiso que las víctimas recibieran los auxilios espirituales. Llegó un oficial italiano. Se asomaron los vecinos, inquietos por las explosiones, y los asaltantes perdieron la partida. Necesitaron renunciar a sus designios. Se fueron tranquilamente, sin que nadie pensara en detenerlos. En cambio, Garcerán y Sancho-Dávila fueron a parar a la cárcel, bajo triple acusación: debeladores de Franco, masones y personas en relación con Indalecio Prieto. Hedilla, instrumento de toda la anterior maquinación, fué a su vez detenido. Al proceso por los atentados frustrados contra Garcerán y Sancho-Dávila, se le adjuntó otro más grave, de la invención del comandante Doval, por sobrenombre Dogal, "contra la seguridad del Estado", siendo condenado a muerte y conmutándole la pena por la de cadena perpetua. Los dos primeros procesados fueron absueltos, pero Garcerán siguió preso, en calidad de sospechoso.

Una traición bien remunerada

¿Finalidad del atentado? Evitar que la Falange, bajo el gobierno del triunvirato electo, consolidase su hegemonía política y realizase los ideales que predicó José Antonio. Hedilla llegó al crimen conducido por Nicolás Franco y engañado por éste. No es una aserción gratuita. He aquí las pruebas: A los dos días del crimen, Franco hizo convocar el Consejo Nacional de la Falange para elegir jefe, resultándolo Manuel Hedilla. Se prodigaron al cadáver del jefe de los asaltantes los mayores honores. Fueron nombrados para cargos importantes los principales cómplices. Esto pudo hacerse porque la Radio Nacional no había dado cuenta de la elección del triunvirato y la policía, por sus espías y confidentes, hizo circular la especie de que los agredidos "habían querido asesinar a Hedilla y preparaban un complot contra Franco". Hedilla, del brazo de Franco, sale a recibir la consagración popular de su jefatura. Cuando le apremian para que desde su puesto destruya la organización que acaudilla, se rebela. Es un falangista sincero. Se niega a hacer lo que le piden, y es conducido a la cárcel para, semanas más tarde, ser condenado a la última pena.

Exactamente la misma suerte que hubiese corrido en Salamanca, Primero de Rivera, ya que su decepción por cuanto ocurría en la España nacional hubiera sido infinitamente mayor que la de sus secuaces. Esta extraña política de encrucijada tenebrosa tiene un epílogo unificador: el día 19 de abril, Franco decreta el nacimiento de la Falange Española Tradicionalista. La última víctima de la historia es von Faüpel, embajador de Alemania cerca de Franco. Su afinidad con los jóvenes de la Falange le ha acarreado la desgracia del cuartel general. Hitler le llama a Berlín y le impone un severo correctivo. ¿Qué papel hubiera jugado Primo de Rivera en esta lucha? No hay forma de saberlo. Se puede creer todo. Las esperanzas que se pusieron en Fernández Cuesta, fracasaron. Era otro tiempo. Y otra persona. Cuando los informes nos hacían conocer sucesos como los relatados, me planteaba la misma cuestión, ¿por qué se ejecutó a Primo de Rivera? Nunca supo nadie contestarme satisfactoriamente.

Puedo señalar los miembros del Gobierno que se opusieron al cumplimiento de la sentencia, juzgando por lo que, cuando fuí su colega, les oí en diferentes ocasiones. Prieto fué, de todos nosotros, el que puso más curiosidad, no exenta de emoción, por conocer los detalles atañederos al proceso y ejecución de Primo de Rivera. Mis servicios le hicieron varias copias fotográficas de algunos de los papeles del fundador de Falange, cuyos originales, a lo que presumo, debían estar unidos en "cuerda floja", como dicen los curiales, a los legajos del proceso, por cuyo paradero, después de evacuada Barcelona, siguió interesándose don Mariano Gómez. El

conocimiento del rollo, ahora que he recuperado mi oficio de escritor, me hubiera sido utilísimo. No tuve esa suerte. Presumo, sin embargo, que la sentencia fué excesiva, ya que el delito de que debía responder Primo de Rivera se había producido con anterioridad a la insurrección de los militares. Se le condenó, no por lo que había hecho, sino más bien por lo que se suponía que hubiese hecho de encontrarse en libertad... La impugnación doctrinal de esa tesis, aun cuando se hace sola, no tiene el menor interés. La hizo el reo, sin que le sirviese de nada. El único beneficiado con su ejecución fué Franco, que, con juicios de Dios o de los hombres, se iba quedando sin competidores: Calvo Sotelo, Sanjurjo, Goded, Primo de Rivera... Con potencia superior a la suya, esto es, con hechura de caudillo par, sólo quedaba Mola, de quien un periodista, cuyo nombre no hace al caso, predijo, en "La Lucha de Clases", de Bilbao, que perecería, como Zumalacarregui, en el intento de apoderarse de la villa vasca. Esa parte de predicción periodística se confirmó, pero no así la que más importaba al periodista: la resistencia victoriosa del Bilbao de los sitios. Mola, trasmutado en general carlista era la última competencia de Franco. El visorrey de Andalucía, Queipo de Llano, "generalísimo del micrófono", no alcanzaba esa talla. Para Salamanca era un moscardón enojoso.

CAPITULO XXVII

Malas impresiones del Norte. — Lo que se negaron a declarar las religiosas de Durango. — Prieto hace lo humano y lo divino por enviar aviación al Norte. — La revuelta anarquista de mayo en Barcelona. — Manuel Azaña, sitiado y abandonado. — Mi compañero del "Douglas". — En Barcelona. — Una historia del tiempo de las patrullas. — Hacia el exterminio del P. O. U. M. — Las heridas de los automovilistas. — Un catalán que se abochorna por Barcelona.

FINALIZADO el mes de abril, resolví irme a Bilbao. Consideré que me obligaba a ello mi representación parlamentaria. Las cosas en el Norte marchaban mal. La ofensiva desencadenada por Mola, progresaba. Los ataques contra las fuerzas del Norte eran rudísimos y estaban apoyados por una formidable masa de aviación que no tenía sino una débil competencia. Se temía el asedio de Bilbao, en previsión de lo cual se había hecho construir el que se llamaba, un poco pomposamente, "cinturón de hierro". Esa voluntad de defensa era justamente la que me impulsaba a ir a Bilbao. Me ilusionaba la idea de una nueva victoria de la capital de Vizcaya y deseaba ser testigo de ella para más tarde poder ser cronista de su heroísmo. Tenía la convicción profunda de que Bilbao resistiría, pese a las mayores dificultades, como resistía Madrid. En la nómina de sus defensores muertos, había inscriptos muchos nombres de amigos míos. Cedí la dirección del periódico a Manuel Albar y me trasladé a Valencia, con la esperanza de que Prieto autorizase mi viaje en uno de los "Douglas" que, por Francia, hacían viaje a Santander. Comprendió mi demanda y, por su gusto se hubiera trasladado él mismo a Bilbao. Antes de partir, tuvimos una breve conversación. Los bombardeos eran feroces. Guernica había sido destruída totalmente. El advervio tiene aquí, por desventura, un empleo justo. Todo el caserío, a excepción de muy contadas casas, fué demolido o incendiado por las bombas de los aviones alemanes. Resultaba increíble. No recuerdo nada parecido. Quizá el barrio de Argüelles, en Madrid, pero ni eso. Guernica era una escombrera inmensa. A derecha e izquierda de lo que eran las calles, las casas estaban en el suelo. El número de víctimas fué muy crecido. Después de esta destrucción salvaje, superior a lo que el

lector imagine, los mismos aviadores alemanes bombardearon Durango. Siendo varios los ataques, las ruinas no fueron tantas como en la villa foral. Las víctimas allá se iban, porque el mando supo hacer coincidir la fecha del bombardeo con un día de mercado. Un templo fué destruído en el momento en que se celebraba la misa, muriendo varios fieles y el sacerdote que la oficiaba. Una bomba reventó en un convento femenino, matando a varias religiosas. Cuando la capital del Duranguesado fué de Franco, las monjas supervivientes fueron coaccionadas para que testimoniasen que los bombardeos habían sido obra de los "rojos separatistas". Resistieron las coacciones y se negaron a declarar otra cosa que la verdad. Esto les enajenó la simpatía de los vencedores, que llegaron a causarles molestias que no habían padecido con los defensores de la causa republicana. Algún periódico dijo de ellas que eran, antes que místicas esposas de Jesucristo, súbditas apasionadas de Aguirre: separatistas. En estas condiciones, mi conversación con Prieto se redujo a saber si podía transmitir al gobierno vasco alguna esperanza en cuanto al recibo de aviación.

—No es menester que lleve encargo ninguno. Por pronto que usted salga de aquí, ya tendrán en el Norte la prueba de mis esfuerzos. Estoy haciendo lo humano y lo divino porque les llegue a tiempo la aviación que necesitan. Estoy gestionando que me autoricen a pasar en vuelo por Francia, repostando gasolina en un aeródromo francés. La cosa es difícil, y en previsión de una negativa, los técnicos estudian la posibilidad de un depósito supletorio que dé autonomía de vuelo a los aparatos para llegar al Norte. Creo que para cuando usted llegue, los primeros "cazas" estarán allí.

Leales que dan trabajo...

El "Douglas", por unas y otras razones, retrasaba su salida. Cada día perdido en Valencia, me irritaba. Aun cuando procuraba ayudarle a mi sucesor en el periódico mandándole crónicas y dibujos que sonsacaba a Arteta, el tener que explicar varias veces al día la razón de mi presencia en Valencia, me incomodaba. Iba todas las tardes por el Ministerio de Marina y Aire a conocer si al día siguiente había viaje del "Douglas" al Norte. La orden del ministerio no se solía conocer hasta la primera hora de la noche. La tarde del 3 de mayo, como fuese por el informe, me dieron la noticias del momento: los anarquistas se habían insurreccionado en Barcelona, sumándoseles varios pueblos, y la situación, con combates en las calles, era terrible. Las versiones de primera hora eran realmente catastróficas. Se temía que las unidades confederales abandonasen los frentes, y que el adversario, aprovechando la ocasión, se adueñase o poco menos de Cataluña. El Gobierno estaba reunido y examinaba la nueva situación creada, que la reputaba

muy grave. Fuerzas de Seguridad, sobre camiones, marchaban hacia Barcelona. Se había pensado, si los insurrectos no deponían las armas, hacer una demostración aérea. El Consejo de Ministros fué muy movido. Largo Caballero estaba seco y tieso, resuelto a reducir por la fuerza a los nuevos rebeldes, contra los que le empujaban los comunistas, partidarios de una acción ejemplar. Los ministros anarquistas razonaban lo sucedido, afirmando que era una consecuencia fatal de la expulsión de la C. N. T. de los puestos de responsabilidad, expulsión que equivalía a una declaración de guerra. A la salida del Consejo, uno de los ministros anarquistas, el más imprudente y el menos grato, se jactó del movimiento, sin demasiada sordina: "Esto no es más que el comienzo. El ataque va a ser a fondo y definitivo". Quien iba delante de él y le oyó, se volvió irritado: "Eso que acaba de decir lo debió usted haber manifestado en la reunión. Yo me obligo a decírselo, por lealtad, al jefe del Gobierno, quien sabrá lo que tiene que hacer como consecuencia de sus palabras". Largo Caballero fué, en efecto, informado. Dos hombres salieron para Barcelona para ponerse al habla con los dirigentes de la C. N. T.: García Olivar y Hernández Zancajo. La recepción que les reservaron en la casa de la Regional Catalana fué ofensiva. Les hicieron esperar en un salón, en tanto el comité despachaba la cena, y como con la espera se les despertase el apetito y pidiesen algo que comer, les brindaron con dos bocadillos entecos. Regresaron a Valencia bastante malhumorados y un poco hambrientos. Eran las armas las que tenían que decidir la cuestión.

En algunos sectores de Barcelona la contienda fué ruda. El coronel Escobar, a quien el Gobierno había conferido su autoridad, resultó gravemente herido. El presidente de la República estaba sitiado en su residencia del Palacio del Parlamento Catalán. Esta situación se prolongó durante cuatro días. El único de los ministros que paró atención en su caso fué Prieto. Ni las autoridades catalanas ni el jefe del Gobierno se acordaron de Azaña. Prieto, sí. Se puso inmediatamente en comunicación con la Casa Presidencial, a la que hizo el ofrecimiento de un buque de guerra Azaña encontraba imposible llegar con bien hasta el puerto, a pesar de la cercanía. Mucho más difícil todavía trasladarse al Prat, para lo que necesitaba atravesar toda la ciudad, donde podía tomar un avión, que en caso de utilizarlo, sería escoltado. Prieto insinuaba posibilidades, indicaba recursos, apuntaba resoluciones. Nada, al decir de la Casa Presidencial, era hacedero. Hasta el despacho de don Manuel llegaba el ruido de las descargas. La impresión del asedio que daba el interlocutor del ministro era casi angustiosa. En el rostro de Prieto había una leve sonrisa escéptica. Estaba seguro de que cada una de sus indicaciones se podía, con un poco de ánimo, ensayar con éxito. Preferentemente por la vía del mar, que era accesible. La distancia del Parlamento catalán al puerto es

(1) ¿Será Gª Oliver, que era ministro de la CNT?

cortísima, y en un automóvil el viaje se reduciría a cuatro minutos. Don Manuel prefirió los cuatro días de sobresaltos y de inseguridad a los cuatro minutos de resolución. Durante esos cuatro días dictó el texto definitivo de su libro "Una noche en Benicarlón", diálogo escrito en Barcelona, dos semanas antes de la insurrección. El asedio fué, cuando menos, fructífero para las letras, lo que me hace suponer que la sonrisa escéptica de Prieto no estaba justificada. En ciertos estados de ánimo es difícil, por no decir imposible, encontrarle gusto al trabajo.

Lo que supe en Barcelona

SIN avión para el día siguiente, traté de completar mis informes en Hacienda. No estaba el ministro. Estaba, justamente, en la frontera, examinando si los carabineros habían llegado a imponer en ella su autoridad. Esta circunstancia hacía que se mantuviese una comunicación constante con el delegado de Hacienda, Lozano, quien transmitía unas noticias bastantes pesimistas. El subsecretario, Bujeda, padecía de un nerviosismo ordenancista. Había mandado que el personal permaneciera en sus puestos y que se reforzase la guardia de la puerta. Veía llegar la catástrofe. Conjeturaba que la insurrección de Barcelona se propagaría a Valencia y se notaba bien que lo daba todo por perdido. Perfilaba las noticias que recibía de una manera ingrata y se hacía lenguas del herbísmo del delegado de Hacienda, de quien afirmaba que estaba dispuesto a perecer en la demanda.

Seguramente que Lozano, a quien no conocí hasta bastantes meses después, le transmitía informes más sencillos y si la promesa de perecer en la demanda, la hizo, supongo que habrá que abonarla a la cuenta hiperbólica e irónica de Teodomiro Menéndez, que en aquellos días ocupaba en el edificio de la Delegación el piso que se habilitó para el ministro y que utilizó, el primero, Calvo Sotelo. Lozano es funcionario incapaz de dramatizar sus obligaciones administrativas, por lo mismo que es extremado en el cumplimiento de su deber. En cuanto a Teodomiro Menéndez, en materia de heroísmo se explica bien que tenga la vena irónica. Le costará mucho esfuerzo creer en él después de aquella su terrible calle de la Amargura, en Oviedo. Uno solo conoce: el de su mujer, Jovita, para la que nada fué clemente en la vida a partir de octubre de 1934. Todavía después de muerta, una bomba alemana había de expulsarla de su tumba del cementerio de Barcelona que, por estar frente al mar, traía a la memoria los versos de Paul Valéry. En el estado de sobreexcitación de Bujeda, los matices se le perdían. Acababa de hacerse penosa la estancia en Hacienda. Sobre todo porque fallaba la información. Más que noticias se recolectaban presagios.

Hasta después de sofocados los sucesos, Prieto no dió orden de que saliese el "Douglas". No tenía más compañero de viaje que un cañón, cuyo embarque dió bastante trabajo. En Barcelona, por razón del tiempo, perdimos dos días. Aun cuando los pilotos me recomendaron pernoctar en Prat del Llobregat, yo preferí acercarme a Barcelona para inquirir noticias de los recientes sucesos. Las versiones eran múltiples. Las más difundidas resultaban ser las de los sindicalistas y la de los comunistas. Había una tercera versión, más complicada que la de los anarquistas, la del P. O. U. M. La primera de las tres se limitaba a afirmar que los afiliados a la C. N. T., dejándose guiar por su justificada irritación, habían resuelto acabar, con desacato para las órdenes de los dirigentes, con las provocaciones de que se les venía haciendo víctimas. La colisión la había determinado la conducta de los comunistas al apoderarse de la Telefónica y someter al personal de la misma, afiliado en su inmensa mayoría a la C. N. T., a vejaciones intolerables. Esta afirmación tiene poco de exacta. La toma de posesión de la Telefónica se hizo a nombre de la autoridad y por necesidades del Estado. La verdad del disgusto de los anarquistas debe verse en la crisis de la Generalidad que se resolvió, por no conformarse ellos con el número de puestos que se les asignaban, constituyendo un nuevo gobierno del que estaban excluídos. No era esa la política de Companys, quien, deseando reducir las virulencias del anarquismo, consideraba que debía hacerlo por grados, eludiendo de esa manera un estallido perjudicial y sangriento. Una aspiración que se hacía valer como unánime en Barcelona era la de acabar con las patrullas del control, de las que se narraban las historias más dramáticas. De una de ellas, que rechazaba por excesiva, hube de tener, siendo ministro, el epílogo en forma de varias detenciones y una confesión.

La novia de un detenido, sabiéndolo en riesgo de muerte, se presentó ante determinado jefe de patrulleros, a pedir por él. Fué recibida y escuchada con desgana. Era una de tantas súplicas apasionadas, una de tantas lamentaciones. Se remitió su asunto hasta el día siguiente. Volvió. La muchacha podía, sin retoque ni reforma, pasar por arquetipo de la bien plantada: juventud mediterránea, prometida a matrona. El jefe a quien apelaba la miró con ojos lúbricos. Sus oidos no oían, miraban. Hizo una propuesta: a cambio de la libertad del novio una entrevista privada en determinada torre. Se defendió la muchacha.

El jefe apremió: "Piensa que le condenas". Se quedó seca, como de exparto y accedió. Dijo "sí", sin una palabra de más ni de menos. A la tarde del día siguiente, en la torre elegida pagó el precio del rescate. Preguntó anhelante: "¿Cuándo le pones en libertad?". El jefe, sonriendo, le dió suavemente una palmadita en el rostro y sin conceder importancia a sus palabras, contestó: "¡Ton-

ta! Hace tres días que fusilaron a tu novio". La muchacha se fué al suelo sin conocimiento... Así comienza esta historia que tuvo su remate —sin que llegase a tenerlo por entero— meses después, cuando el gobierno se instaló en Barcelona. La brigadilla que trabajaba a las órdenes inmediatas del subdirector de Seguridad estaba ocupada con un servicio que reputaba importante. Mi colaborador prometió tenerme al corriente. Una noche se presentó en mi despacho para comunicarme que el servicio estaba hecho.

—El capitán de la banda ha confesado los propósitos de ella: atentar contra la vida de X, antiguo jefe de las patrullas de control. El estudio que habían hecho para conseguir su intento, es perfecto. El atentado había de ejecutarse mañana mismo. Afirma que es un republicano de toda la vida. Pero añade que sólo vive para asesinar a X. Cuando le hemos preguntado por qué, nos ha contestado diciéndonos que al comienzo de la insurrección fué detenido por las patrullas de control y encerrado en una de las prisiones de la C. N. T. a la noche del día siguiente, los patrulleros se llevaron varios detenidos, cuyos nombres fueron leyendo. Entre esos nombres estaba el suyo, pero a favor de una confusión pudo separarse del grupo. Los detenidos de la lista fueron ejecutados en La Rabasada. Teóricamente él estaba entre ellos. Como pasara el tiempo y no le volviesen a nombrar, los guardias de la prisión, considerando que el suyo era un caso benigno, le pusieron en libertad. Fué a su casa. Buscó a su novia. Esta, que al principio le rehuía, acabó confesándole qué precio había pagado por su vida y lo que le habían contestado. "Desde entonces —terminó diciendo— sólo tengo una misión en la vida: matar a ese hombre. Esta vez me han hecho fracasar ustedes. Voy a pagarlo. Si sólo es en cárcel, saldré de ella para empezar a trabajar en mi designio. Pueden condenarme. Cuando comparezca ante los jueces diré esto mismo y espero con curiosidad conocer si es a mí o a ese malhechor al que tienen que condenar".

Los comunistas y la P. O. U. M.

La política de Companys se encaminaba a la recuperación de los resortes del poder. Los anarquistas comprendieron el juego y antes de que se les hiciese tarde y se encontrasen sin posibilidades de reaccionar, rompieron el fuego. Su insurrección era una catástrofe. No tenía salida. Si la autoridad resultaba insuficiente para dominarla, la dominaba el enemigo. Supuesto que se hiciesen con el poder, Francia les cerraba la frontera y la República les abría un frente. No creo que esos fueran sus planes ni siquiera creo en que existiesen planes. Fué un estallido de cólera, estimulado, quizá, por agentes del enemigo. La teoría de que fuese una maniobra comunista para destruir al P.O.U.M. y quebran-

tar a los sindicalistas, por más que se haya aireado mucho, la encontraba, y la sigo encontrando, inverosímil. Que tratasen de conseguir ese resultado una vez suscitado el conflicto, casi seguro. La cosa, sin embargo, es bien diferente. La actividad de los comunistas sigue a la insurrección y no la antecede. Es después cuando trabajan porque el P.O.U.M., cuña de la misma madera, sea expulsado de la legalidad y perseguido hasta su extinción. Lo han dicho públicamente en todos los tonos. Es, trasplantado a España, la querella violenta del comunismo legal, leninista-stalinista, contra el comunismo de oposición, trotzkista, que iba a tener repercusiones dolorosas. Los militantes más caracterizados del P.O.U.M. aplicaron al movimiento la técnica del comunismo de guerra, que consiste en intentar apoderarse de la dirección de los sucesos y en cualquier caso, afirmar literariamente el hecho de esa dirección. Es lo que hicieron desde su órgano de prensa, "La Batalla". La influencia que los hombres del P.O.U.M. decían tener sobre las masas obreras de Cataluña, no existía. El predominio era sindicalista y la C.N.T. amparaba y protegía al partido obrero de unificación marxista, en razón de la antipatía de las dos organizaciones por el comunismo oficial. La convicción que yo formé y que ninguna información posterior logró quebrantar es que la insurrección fué obra de los anarquistas, irritados contra la política de la generalidad encaminada a recuperar la autoridad y a poner término a los excesos a que se habían entregado los sindicalistas y contra los que en el propio seno de la C.N.T. habían resonado voces aisladas de militantes autorizados. Creo recordar que una de ellas fué la de Juan Peiró, con el que más tarde había de tener relaciones que me permitieron formar un alto concepto de su seriedad y del apasionamiento con el que servía la causa de la victoria. El P.O.U.M. pecó, si acaso, de ingenuidad y contra él, quizá por ser organización débil, pero más que por eso por constituir en España el comunismo de oposición, se movieron todos los militantes del comunismo oficial.

Enconos y luchas en la retaguardia

La disolución del minúsculo partido no fué medida gubernativa, sino resolución judicial. La detención de varios de sus militantes directivos, consecuencia de unas sospechas de la policía que tenían como fundamento el hallazgo, en Madrid, de una organización fascista de espionaje de que era jefe el arquitecto Golfín, que no negó ninguna de las acusaciones, sino que, con aire de desafío las confirmó. De esta verdad se hizo derivar una acusación, que, cuando la conocí, me pareció falsa, contra los directivos del P. O. U. M. Era absurdo que estos hiciesen espionaje pa-

ra Franco. Los que tal afirmaban de Andrade, Gorkin, Escuder, Arquer, afirmaban lo que no creían. En el proceso que se les siguió, la acusación pública limitó el problema a los sucesos de Barcelona. La insurrección era, en efecto, un delito y un delito suceptible de ser castigado con la máxima pena, aquella que mi sucesor en el Ministerio de la Gobernación, Paulino Gómez, no les dejaba reclamar a los diarios comunistas, quienes acudieron a querellarse, contra el rigor de la censura, ante el propio jefe de Gobierno, que se decidió a interceder cerca del ministro, sin conseguir de él que rectificase las órdenes por las que estaban prohibidos los artículos y titulares que supusiesen una coacción para el Tribunal. El proceso, por el que se perseguía un gravísimo delito contra la seguridad del Estado, tenía un defecto terrible: el de no afectar a los verdaderos autores. En el banquillo se sentaron unos hombres que, una vez la insurrección en marcha, se habían jactado de dirigirla. No estaban cara a los jueces los impulsores de la revuelta, bien conocidos en su significación, aún cuando no lo fueran por sus nombres propios. De la fecha del delito a la vista de la causa, transcurrió más de un año y la composición del Gobierno había cambiado. La C. N. T. estaba de nuevo representada por un ministro en el gabinete. Tenía en alguna provincia un gobernador civil, delegación de autoridad política que se le concedía por primera vez. Su campaña antigubernamental se había atenuado. Era, pues, un mal momento para buscarle pendencia judicial por unos sucesos que, por fortuna, no resultaron tan fatales como llegó a temerse. Los dirigentes del P. O. U. M. fueron condenados a penas excesivas. La sentencia fué injusta.

A los dos días de los sucesos, en Barcelona nadie paraba su atención en el P. O. U. M. Los combates se habían librado entre la autoridad, secundada por el P. S. U. C. —Partido Socialista Unificado de Cataluña, esto es organización comunista— y los hombres de los sindicatos confederales. Comunistas y anarquistas eran en Cataluña más inconciliables que en parte alguna. La contienda, además de vieja, estaba marcada por innumerables hitos sangrientos. Los directivos de U. G. T. vivieron una larga temporada en perpetuo riesgo de muerte. Varios de ellos sucumbieron por obra de las pistolas, en atentados que se atribuían a la F.A.I. —Federación Anarquista Ibérica—. El secretario general de la U. G. T. terminó así. Así estaba dispuesto que terminase Comorera, dirigente el más visible, con Vidiella, antiguo anarquista, del P. S. U. C. Comorera concretaba en su persona todos los odios de los anarquistas y de los que no eran anarquistas. Tantas veces como oí referirse a él a los republicanos de Cataluña, se expresaron con las palabras más mortificantes y desdeñosas. En Valencia sucedía lo mismo. Algunos de los ministros, de los que fuí más tarde colega, debían haber tropezado con Comorera, cuya personalidad enjuiciaban muy duramente. Los anarquistas lo acecha-

ban y en varias ocasiones, a fiarnos de lo que se escribió en la prensa comunista, le organizaron atentados que fracasaron. Más que la autoridad hicieron los afiliados al P. S. U. C. por derrotar a los anarquistas, derivando el encono, una vez victoriosos, hacia el P. O. U. M. Y es que la victoria sobre la C. N. T. no tenía la menor significación militar. La C. N. T. conservaba íntegra su fuerza, susceptible de ser empleada en acciones mucho más duras que la que acababa de terminar. Y aun cuando en la propaganda, oral y escrita, se afirmase que el anarquismo perdía terreno en Cataluña, a la hora de juzgar de su poderío las cuentas se establecían de un modo más objetivo. No solamente era fuerte en número de militantes, sino también en medios de combate. Los anarquistas que dispusieron de toda la producción de Cataluña, habían tenido buen cuidado de prepararse para "la segunda vuelta".

Madrid impone el orden en Barcelona

Estaban decididos a no dejarse sorprender. Como en el resto de España, vivían en perpetuo estado de alarma. La vigilancia correspondía a la F. A. I., y no se si, dentro de ella, a la que en los medios anarquistas llaman la "específica". La insurrección fué un gesto de arrogancia, no un movimiento calculado. No tenía, a decir verdad, ni estado mayor ni objetivos. Se inició sin responsabilidad y se sofocó, tanto como por las armas, por las presiones de los directores del movimiento confederal. Los autonomistas habían de dolerse de la moraleja, que consistió en que el Estado se hizo cargo, de nuevo, del orden público, enviando a Barcelona, con las compañías de Guardias de Asalto, un delegado general. Galarza confió ese puesto, erizado de dificultades, al señor Echevarría Novoa, que había sido, hasta la declaración de la autonomía del País Vasco, gobernador de Vizcaya. Le dió unas instrucciones particularmente severas, que yo conocí meses después. Barcelona hizo una acogida muy calurosa a los Guardias de Asalto. Pude notarlo en los cafés y en las calles. Y me lo confirmaron numerosas personas, de diferente significación política, con las que hablé. Los autonomistas me perdonarán si afirmo, con mis propios datos, que Barcelona se sintió tranquilizada al conocer que el Estado se atribuía la función de garantizar el orden. Terminó con ello la época más abusiva y violenta. Se acabó con las patrullas de control y con los tribunales particulares. Cuando se recuerda ese pasado, se advierte bien como baja de tono y de importancia la queja de los autonomistas, no obstante tener razón, en muchos casos, para formularla. Ignoro en cuánto cotizan su razón los catalanistas. Companys, a quien visité oficialmente varias veces, me hizo una larga exposición de agravios. Se afligía, profundamente, por las lesiones que el Gobierno hacía al Estatuto. La contrapartida de esa

aflicción la había de ver yo reflejada, después, en lo que Azaña calificaba de asalto al Estado. Sin entrar ni salir en esa polémica, bastante sencilla de fallar, sin embargo, un hecho se imponía de modo indubitable: la transformación operada en Barcelona. Del primero a mi último viaje, la ciudad había cambiado. No parecía la misma. Recuerdo una penosa conversación con el alcalde de la ciudad, con quien hice duradera amistad en un viaje a Rusia, país para el que se nombró embajador cuando ya no hubo ocasión de tomar posesión del cargo, por no corresponder al decoro abandonar la patria en que se peleaba, diálogo en el que, la persona a que me refiero, recordando el heroísmo con que se defendía Madrid, me declaró:

—Reconozco que esta ciudad a la que tanto amo no está a la altura de las circunstancias. Me abochorno por ella, que, entregada a malas pasiones, no sabe cumplir con su deber.

Con los ojos se podía notar la transformación. El Estado, que quizá hizo bastantes cosas malas, no dejó de hacer muchas buenas. La insurrección de los anarquistas, que costó varios centenares de muertos, le facilitó la ocasión de hacerse presente en Cataluña. El ministro de Hacienda, a quien los sucesos sorprendieron en la línea fronteriza, se aferró, desde entonces, a la idea de que el Gobierno necesitaba instalarse en Barcelona. Coincidía en eso con Prieto, quien también estaba convencido de que la sede del Gobierno estaba en la ciudad condal y no porque los edificios fuesen más suntuosos que los de Valencia y la ciudad más hermosa, sino porque el material que se necesitaba para ganar la guerra había que producirlo en Barcelona. Sus amigos le hemos oído afirmar en más de una ocasión que en Cataluña se ganaba o se perdía la guerra. Su afirmación la reforzaba con noticias, de veras impresionantes, sobre los índices de producción de las principales fábricas. La conclusión era desconsoladora. Prieto no hizo secreto de ella ni ante los propios catalanes.

El tiempo me dejó dos días para ver Barcelona. Al tercero, por la tarde, el "Douglas" siguió viaje a Santander, donde llegamos al anochecer. Las aviadores me fueron mostrando dónde la ciudad había sufrido el diente de la guerra.

Había demoliciones que eran de iniciativa municipal. Las alarmas eran muy frecuentes y las personas buscaban abrigo en los refugios más inverosímiles. El temple de la ciudad me pareció bueno. El orden era perfecto y la alimentación suficiente. El gobernador civil, Ruiz Olazarán; justificaba los elogios con que me lo habían presentado. Unía la firmeza a la clarividencia. Su designación, a la vez descubrimiento, fué un acierto.

CAPITULO XXVIII

Bilbao confía en recibir aviación. — ¿Qué hace Prieto? — Una breve entrevista con Aguirre. — Periodista bajo la inspiración del Santo Padre. — Un furioso de caridad cristiana. — Monzón. — Una política de guerra embarullada y caótica. — Llano de la Encomienda. — General patata. — La mejor organización del ejército de Euzkadi y su heroísmo. — Una crisis ministerial cuya solución me afecta. — Regreso a Valencia.

BILBAO, por contraste con Madrid, causaba una impresión penosa. El régimen de alarmas constantes en que vivía hacía tiempo, como consecuencia de las reiteradas visitas de la aviación extranjera, había creado en el vecindario un complejo de inferioridad de carácter irremediable. Cada toque de alarma, y eran frecuentísimos, representaba la paralización de todas las actividades industriales, mercantiles y burocráticas. Hombres, mujeres y niños se resguardaban en los refugios más inverosímiles. Familias en.eras se iban, desde primera hora de la mañana, para no regresar a sus casas antes de la noche, a los montes próximos o se instalaban en los túneles ferroviarios. Cada alarma sobresaltaba todos los corazones. Se explica. La implacable destrucción de Guernica y su coda terrible, el bombardeo de Durango, sobrecogieron a los bilbaínos quienes, en razón de la terca resistencia de los frentes, vivían en el temor constante de una agresión brutal de parte de los aviadores alemanes e italianos. Se conformaban, al parecer, con sus excursiones desmoralizadoras. Cada vez que atacaban los frentes, y los atacaban con la frecuencia que les consentía la impunidad, volaban sobre Bilbao, acercándose al mar, por donde desaparecían. Era media hora, una hora, en que los trabajos de la cuenca siderometalúrgica quedaban interrumpidos. Este sistema de desmoralización les resultaba eficaz y lo practicaban sin cansancio Bilbao no tenía ni aviación ni defensa antiaérea. Los contados aparatos de que le fué posible disponer fueron cayendo en una lucha heroica y desigual. A pesar del retraso que sufrió mi viaje, la esperanza de que Prieto me hizo confidente no se había realizado: los cazas no habían podido subir hasta el Norte, donde los estaban esperando con una ansiedad angustiosa. Nuestra aviación tenía un prestigio casi mesiánico. Entre la gente del

pueblo no había quien no creyese que, una vez en juego nuestros aparatos, el régimen de alarma cesaría y, en los frentes, la progresión del enemigo quedaría cortada. "¿Qué hace Prieto que no se acuerda de nosotros?" Cuando quien me interrogaba merecía ser informado, le explicaba lo que hacía el ministro del Aire. Justificaba los reproches, que eran absolutamente injustos, atendidas las constantes decepciones que, sin culpa de Prieto, venían sufriendo los bilbaínos, a quienes se les dieron anuncios seguros de la llegada de nuestros cazas. ¿Qué hacía Prieto? Lo humano y lo divino, según su expresión, por ir en ayuda de Bilbao. Acaso me equivoque, pero me atrevo a afirmar que en ningún cometido puso tanta pasión y tanto esfuerzo como en el de prover de material aéreo al Ejército del Norte. Cada fracaso le sugería un nuevo plan, al que dedicaba todo su dinamismo, y del que eran ejecutores todos sus amigos... Pedí una entrevista a Aguirre, presidente del gobierno vasco, tanto para ponerme a sus órdenes, como para darle conocimiento de mi conversación con Prieto. Me pareció interesante que Aguirre conociese, por mí, la sincera preocupación del ministro de Marina y Aire, diputado por Bilbao, por la situación del Norte. Le informé de lo que sabía y Aguirre, con plena sinceridad, me dió su opinión: "Sin sus noticias y sin las que yo tengo directas de él, estoy convencido de que Prieto buscará por todos los medios el modo de ayudarnos. Ni la sombra de una duda a ese respecto. Si su ayuda no nos llega, será por absoluta imposibilidad material". Juzgaba la situación difícil, pero en manera alguna desesperada. Me pareció que tenía una confianza plena en la salvación de Bilbao. Confieso que era, sin que pudiese apoyarla en razón militar ninguna, mi propia convicción. Contra lo que podía disculparse por mi oficio, no le hice pregunta alguna encaminada a conocer el fundamento de su confianza. Al comenzar la guerra me prohibí la menor curiosidad sobre proyectos militares o propósitos políticos. Me complacía en ignorar lo que otros, con menos títulos, conocían con abundancia de detalles. Me limitaba, en cada caso, a cumplir lo que se me ordenaba y en todos, a ser un periodista gubernamental.

La censura a la prensa

En Bilbao no tuve otro oficio. Nadie se cuidó de pedirme más trabajo, que hubiera realizado con gusto. La censura de prensa era, como me lo habían advertido mis camaradas, durísima. Yo no lo noté. No creo que los censores llegasen a tachar cinco palabras mías. No se trataba de una consideración personal, ya que mi trabajo era anónimo. En Madrid, la censura había hecho esta declaración: "Si los periódicos siguiesen la norma de "El Socialista", no necesitaríamos ver sus galeradas". Acaso fué por esta razón por la que el gobernador civil, camarada Villalta, me llamó a su despa-

cho para proponerme que me hiciese cargo de la jefatura de los censores de Madrid, aclarando, para vencer mi resistencia, que había consultado mi nombramiento con el ministro, compañero Galarza, a quien le había parecido excelente la propuesta. Algún esfuerzo me costó hacerle comprender que eran inconciliables la dirección de un diario y el ejercicio de la censura. Es probable que mi éxito con los censores bilbaínos respondiese al hecho de que escribiese mis artículos bajo la mirada vigilante del Santo Padre, que me proporcionaba, en silencio, una media bendición fotográfica. "La Lucha de Clases", al transformarse en diario, se habia instalado, con la complacencia del gobierno vasco, en la casa de "La Gaceta del Norte", diario católico. La llegada de los ateos al domicilio periodístico de los religiosos se hizo sin daño para las imágenes. Seguían todas, no se si un poco sorprendidas de nuestro respeto por ellas o si asombradas de no presenciar tenebrosos conciliábulos masónicos. Al recuperar su casa, los propietarios habrán tenido que dedicar una parte de su tiempo a pintar bigotes a la Virgen, a transformar la tiara del Pontífice en un gorro frigio y a parecidas irreverencias con otras imágenes, para subsanar olvidos que no parecen dispuestos a perdonarme, a juzgar por la iracundia con que nos recuerdan que no somos personas decentes. De haber sospechado mi culpa, yo hubiese puesto mi mejor voluntad en ensombrecer, con un bigote de sargento, el rostro afable del viejecito que, ajeno a su pecado, me inspiraba los artículos y me los retribuía, malos o buenos, con su media bendición. ¿Qué trabajo me hubiese costado evitar ese esfuerzo a "Desperdicios", cuyo pulso, ni por la edad ni por la enfermedad, puede tener la firmeza del mío?

Los redactores de "La Lucha de Clases", que esta contrita declaración nos sirva de disculpa, no sabíamos que fuese obligatorio ofender con inscripciones y dibujos la iconografía religiosa. Que la ignorancia se nos compute como atenuante y que ella haga que no se nos tome en cuenta el haber transigido por la superchería médica de la locura de López Becerra, al solo efecto de que su vida no corriera ni el riesgo, inexistente, que fomentaba el miedo del interesado. Diagnóstico que pudo ser falso cuando se dictó y que, por simulación, se ha convertido, desgraciadamente, en verdadero. Fenómeno bastante frecuente, que en el caso del redactor de "La Gaceta del Norte", tiene la confirmación de su conducta diaria. Enfureció de gratitud en el manicomio. Escribe frenético de caridad cristiana. Su iracundia siniestra le sobreviene después de edificar su conciencia con el sacrificio de la misa. Odia con toda la ternura de su corazón, inagotable de bondad, a quienes le conmovieron con su heroísmo civil al notificarle que antes que nada era un compañero de oficio, cuya vida se comprometían a guardar. Recordando las lágrimas de aquel instante, no puede evitar que todos sus nobles sentimien-

tos, concertados por su educación religiosa, le conduzcan a reclamar castigos ejemplares y sentencias inexorables. ¡El Señor premie su esfuerzo caritativo! Su caso, repetido en infinidad de personas igualmente cristianas, dice bien en qué medida es exacta la pedagogía moral de las fábulas que nos dieron a leer de niños en las escuelas municipales: "Haz bien y no mires a quien", y más especialmente aquella que, ya adultos, buscamos por nuestra propia cuenta, y que citaré en su lengua originaria: "Malo qui bene facit, pejorem facit". No invito a nadie el arrepentimiento. Después de todo, esas conductas, previsibles, constituyen un punto de referencia que nos consiente conocer en qué medida podemos sentirnos orgullosos de nuestra generosidad humana. En esta materia, el gobierno vasco puede ufanarse con motivo. Cuidó con particular interés de que nadie se consintiese licencias sangrientas con la vida ajena.

La política en el país vasco

Yo no conocía personalmente al consejero de Gobernación, Monzón. Mis noticias sobre él eran particularmente sumarias. Sabía únicamente que era un católico cerrado y un nacionalista vasco más cerrado todavía. Me lo imaginaba, pues, agrio y esquinado, incapaz de admitir a amistad a quien no fuese ni católico ni separatista. Mis suposiciones no podían ser más falsas. Es un hombre joven y fino, y su conducta en Gobernación respondía a directrices humanas. Su nacionalismo intransigente se tradujo en un deseo bien plausible: impedir que el País Vasco se ensombreciese con violencias irreparables. Hubo algunas. Ocultarlas sería estúpido. Pero immediatamente de producidas, se atendió a cortarlas de un modo tajante. Los sucesos de la cárcel... Tan pronto como fueron conocidos, un batallón, el séptimo de la U. G. T., se hizo cargo de la prisión y garantizó la vida de los presos. Su comandante se encargó de tranquilizarlos: podían abandonar todo cuidado. Respondía con sus soldados de que nada tenían que temer. La explosión colectiva que determinó los sucesos, se redujo. Como se redujo la reacción operada en el barco-prisión. Fueron varias las personas que perdieron la vida en esos sucesos. De todas ellas oí hablar con respeto y sentimiento. Se reconocía la brutalidad y se lamentaba. Aldasoro sentía como suya la muerte de Balparda. Yo lamentaba con mayor fuerza la muerte de Eguileor, hombre de curiosidad insatisfecha, tipo de intelectual perezoso que dejaba el esfuerzo de crear para la tertulia del café, donde sus amigos le oían y contradecían con respeto. Si era monárquico, lo era por oposición al nacionalismo vasco, movimiento político que detestaba con todas las potencias de su alma. No por eso los na-

cionalistas le desearon el menor mal. Por su voluntad, esa vida hubiera gozado de las máximas seguridades.

Otros hombres de la significación españolista de Eguileor, igualmente caracterizados por su pública desestimación de las doctrinas de Sabino Arana, gozaban de absoluto respeto y tranquilidad. Uno de ellos, periodista de buenas maneras y mejor castellano, con el que yo había polemizado, vivía en su casa, conturbado por el espectáculo de la guerra, y afirmaba su sincera incapacidad para defender un movimiento que se servía de los ejércitos extranjeros para conseguir la victoria. No faltó a su promesa. Poco después de la caída de Bilbao, concluyó su vida. Sin esta circunstancia quizá se hubiera visto en el aprieto de apostillar con unos adjetivos entusiastas, una victoria que le repugnaba. Monzón consiguió devolver a la vida humana su precio. Su autoridad la ejercía, en esa delicada materia, sin discusión. Su doble dogmatismo, el religioso y el político, lo utilizó, noblemente, para economizar al País Vasco el bochorno de un desarreglo sangriento del tipo del que prevalecía en Burgos y del que prevaleció, en los primeros meses, en Madrid. La devastación de Guernica y la crueldad contra Durango, susceptibles de justificar la iracundia popular, no se señalaron con represalia alguna. Ni siquiera en la persona del aviador alemán que, abatido en el frente por los disparos de una ametralladora, esperaba en su encierro la oportunidad de su canje, después de haber declarado que "siendo ejemplar la conducta de los soldados republicanos, la caída de Bilbao podían descontarla segura, dado el material de que disponían los atacantes". Este mismo aviador, un muchacho joven, manifestó a quienes le interrogaban que "la aviación alemana era la mejor del mundo". Hacía la afirmación sin la menor jactancia, como el que comunica el resultado de una operación matemática cuidadosamente comprobada previamente. Toda atribución de crueldad al gabierno vasco es perfectamente injusta. Ningún otro hizo más por mantener a máxima altura el pabellón de la República.

Idéntico esfuerzo, con diferente resultado, hacían en los frentes los soldados. La política de la guerra era más embarullada y caótica. El Norte no se entendía. La autonomía concedida a las Vascongadas, determinó en el País Vasco un crecimiento inverosímil de los fervores autonomistas, al punto de que los propios nacionalistas, si su ideal no se cifrase en mayor conquista, hubiesen quedado sobrepasados. Los comunistas, siguiendo instrucciones de su comité central, acentuaron su nacionalismo euzkadiano y algo parecido, aun cuando con mayor mesura y timidez, hicieron los socialistas. El proceso de este mimetismo colectivo necesitará ser estudiado con detalle. Sobra con que lo consignemos aquí, como explicación de la exacerbación nacionalista de los seguidores de la doctrina de Sabino Arana que, empujados tanto por

su pasión política como por la corriente, ensayaron, en cierta manera, ademanes nacionales. El gobierno autónomo del País Vasco, según la ley votada por las Cortes, se convirtió en el gobierno de Euzkadi, que con ese mismo nombre designó al Ejército... La diferencia no dejaba de tener su importancia, y daba lugar a que las del Norte se enconasen. Los motivos de rozamiento con el poder central se podían localizar en tres puntos: guerra, hacienda y extranjero. El más grave de todos, siendo serios los tres, era el primero. El general Llano de la Encomienda acudió una tarde, acompañado de su jefe de estado mayor, a mi despacho de "La Lucha de Clases", a querellarse de la terrible confusión en que se encontraban las cosas militares. Su mando, al decir de él mismo, era puramente teórico. Su autoridad, inexistente. Entendía, y con él Ciutat, que era quien le acompañaba, que urgía poner remedio a una situación que por momentos se hacía más delicada, concentrando todo el poder militar en una mano y haciendo que el Ejército fuese uno, sometido, para todo, a las mismas normas y a los mismos trabajos. Me citaron el caso de la obstinación nacionalista rechazando hasta última hora la ayuda de los batallones santanderinos y asturianos.

—Esa negativa a recibirlos se fundaba en el deseo de los nacionalistas de ser ellos solos quienes defendiesen su país. Lo han dicho concretamente: "Iremos con mucho gusto en ayuda de Asturias y de quien nos necesite; pero aspiramos a ser nosotros solos quienes defendamos Euzkadi". Venciendo esa resistencia hemos gastado el tiempo y hemos llegado tarde. Este concepto nacionalista, mezquino, nos está haciendo mucho daño. El Norte, con zona autonómica o sin ella, necesita ser un bloque defensivo, con unidad de mando y de obediencia.

El general que habló mucho menos que Ciutat, me dió la impresión del hombre que ha perdido la confianza en sí mismo. Las opiniones que hasta mí habían llegado, me lo representaban como torpe y sin iniciativa. Le hacían infinidad de reproches y no le guardaban la menor consideración. Este criterio predominante no tenía oposición. Sólo encontré una persona que le defendiera. Había vivido en sus cercanías con ocasión de algunos ataques nuestros, y a pesar de su alto sentido crítico, creía poder afirmar que Llano de la Encomienda conocía su oficio y tenía un criterio claro de nuestras posibilidades y la mejor manera de aprovecharlas con éxito.

Lo que sucede es que fué recibido con desgano, acaso con antipatía, y se ha preferido darle de lado a robustecer su autoridad. Sabe que no puede luchar contra esa enemiga y está presidiendo pasivamente el desastre, que, sin ningún motivo, se lo atribuirán a él. Es un valor, con mayor o menor precio, que nos hemos complacido en desgastar sin cuidarnos de someterlo a prue-

ba. Lo único cuerdo que cumple hacer es sustituirlo rápidamente, pero eso a condición de que quien le sustituya venga investido de la máxima autoridad y sepa, previamente, que le será reconocida. De otro modo, el caso del general Llano de la Encomienda se repetirá en otra persona y no se habrá adelantado nada. Nuestra ceguera es única: hemos agotado todas las posibilidades de encomiar al ejército y nuestro retroceso no conoce término. ¿Qué sentido tiene esta negativa a plantearse los problemas con claridad? ¿A qué viene toda esta literatura ossiánica? Me declaro incompetente para descifrar ese enigma. A veces llego a pensar si se trata de un suicidio deliberado.

El heroísmo de los vascos

Este único defensor de Llano de la Encomienda, apuraba hasta el extremo máximo sus conclusiones pesimistas. Sus opiniones no encontraban el menor eco simpático. Se debatía, íntima e inútilmente, contra el medio. Estaba tan solo, como el propio general. Y no se si el general, pienso que sí, estaba tan lleno como él de una ardiente pasión de ayuda, profundamente fervorosa y sincera. ¿Tan difícil les es reconocer a los pueblos a sus amigos entrañables? ¿Tan escasa es la videncia de los hombres que los gobiernan? Pienso que a los nacionalistas cuyos militantes se batían valerosísimamente en el campo, les hubiese convenido hacer suya, por toda la duración de la guerra, la divisa del caudillo anarquista: "Renunciamos a todo, menos a la victoria". En su mismo caso se mostraban los que, por un error de perspectiva, ponían en primer plano la política. Estaba escrito, al parecer, que haciendo política perdiésemos la guerra. La de los nacionalistas, supongo que no la de todos, la encontré enunciada en un diario de su comunidad, en los siguientes términos: "Si Euzkadi se defiende, España ganará la guerra. Y si España gana la guerra por la heroica resistencia del pueblo vasco, ¿con qué razón nos negará la independencia?". El escritor cuyo pensamiento estracto con fidelidad, y el diario que lo hacía suyo, no se propuso el supuesto contrario, el de que no venciendo Euzkadi, España perdiese la guerra... Reconozco que el argumento era de circunstancias, perfectamente falso en todos sus extremos; pero no dejaba de tener una expresiva significación el que un tal pensamiento se difundiese en aquellos momentos en que todo el País Vasco esperaba con anhelo angustioso que el gobierno central pudiese remitirle los elementos que reputaba imprescindibles para vencer de la dura prueba de la ofensiva facciosa. Esa expresión de un pensamiento político operante, necesariamente tenía que tener, en mayor o menor medida, repercusiones en el Gobierno. Según todos mis indicios, pasados y presentes, el pensamiento más sereno era el de Aguirre. Y, sin

embargo, al acentuarse el riesgo de Bilbao, en las últimas jornadas de la defensa de la villa, ¿no asumió el mando de las tropas vascas reputando beneficiosa esa determinación suya para la moral de los combatientes? Su decisión tenía más de sacrificio que de egolatría. El desenlace era visible. Lo vaticinaban, inequívocamente, las veinticuatro horas de cada día. Pero el conflicto de la determinación no desaparecía por la buena intención en que se inspiraba y yo fuí testigo, con los demás ministros, de los sofocos que pasó Prieto hasta encontrar la fórmula que conciliase la determinación de Aguirre con su propia autoridad, transferida, en el Norte, al general que ejercía el mando. El Gobierno no tenía posibilidad de enviar al Norte a Napoleón, ni viniendo más a nuestros días, a Foch. Mandaba aquello que tenía: Llano de la Encomienda, Martínez Cabrera, Gamir, generales susceptibles de convertirse, como Miaja en Madrid, exactamente igual que Miaja, en héroes populares, si encontraban el medio adecuado para encabezar una resistencia del tipo demencial y heroica que la de la capital de la República. La primer exigencia, la condición precisa, era hacer del general un mito, asistiéndole de todas colaboraciones y rodeándole de la máxima autoridad. Miaja, que no pudo debelar Córdoba, pudo, en cambio, cosa más difícil: hacer inexpugnable Madrid. Bilbao tenía, además de historia, pasión de pueblo inexpugnable. Su defensa puede ser propuesta como ejemplo, a pesar de su caída. Si se exceptúa Madrid, nadie hizo más con menos elementos. Fallaron todas las esperanzas y en medio de tanta decepción, señero, como un punto de referencia luminoso, el heroísmo de los combatientes que no se resolvían a perder la villa entrañable y se inmolaban, como en Archanda, en una defensa desesperada y emocionante, gritándoles a los italianos, por los claros de las descargas, el último ¡gora Euzkadi azkatuta! que la presencia de la muerte hacía grandioso. Lejos de los combates, ese heroísmo se tornaba pudoroso y cada combatiente escondía su comportamiento personal en el orgullo de su unidad. Para ocultar la emoción de la desgracia, quebrando las lágrimas con una "chirenada", el bilbaíno arrojaba las llaves de su casa a la ría, añadiendo al gesto muy pocas palabras: "Ya no os necesito, y si alguien os precisa, que os busque". Y, sin volver la vista, iniciaba el éxodo hacia Santander, en la compañía, siempre reconfortante, del más original de los combatientes de la República, tan aficionado al buen tabaco habano, como a los cuellos de plancha, detalle indumentario con el que hizo toda la campaña y al que yo, bajo falsos informes, adelanté una necrología con unos cuantos trinos apócrifos de "El pájaro de Cuenca".

Llano de la Encomienda estaba resignado a pechar con todas las responsabilidades, llenaba su cometido con todo el decoro que le consentían las circunstancias; pero entendía que al Gobierno correspondía unificar el mando y hacerse presente con su autoridad

en la campaña del Norte. El se reconocía gastado. Ciutat, mucho más expresivo que él, iba señalando los puntos fundamentales del problema. Yo me hice cargo de lo que decían y cuando pude notificárselo al ministro de Defensa Nacional, éste conocía la situación del Norte de una manera exacta. Seguía haciendo esfuerzos para enviar material y trataba de influir con nuevos nombramientos en aquel estado de cosas político, sin demasiada confianza en conseguir lo que se proponía. Participé en algunas reuniones con mis compañeros, en las que, según la costumbre, no se aclaró ni resolvió nada. González Peña, que nos abrumaba con su uniforme de comisario, concretó en un informe las torpezas que estaba cometiendo Vizcaya en el orden militar, censurando ásperamente la conducta del gobierno vasco que, en su concepto, sobrepasaba todas las atribuciones que le estaban concedidas por la autonomía. Sus argumentos, en gran parte, eran los mismos que los del cuartel general. Cuando hizo alusión al general, alguien le interrumpió con violencia: "Ese no es un general, es una patata". El informe de Peña no sirvió de nada. Las posiciones en litigio eran muy duras y aun cuando se entendió que los consejeros socialistas debían pedir una entrevista a Aguirre, para esclarecer ciertos puntos concretos, uno de los que estaba presente en la reunión anticipó cuál había de ser la respuesta del presidente: "Que gracias a sus preocupaciones, el gobierno de Euzkadi era el mejor preparado y el más disciplinado; aquel donde la organización, incluyendo los servicios, respondía de modo más perfecto a la organización de un ejército regular". Esto no deja de ser verdad. Las unidades militares del país vasco estaban equipadas, en lo posible, atendido el bloqueo, de un modo inmejorable. Su sentido de la disciplina era muy alto, y en cuanto a bravura, no necesitaban de lecciones ajenas. Los combates de Sollube, donde la aviación alemana cambió la fisonomía del terreno, sin conseguir expulsar a quienes lo defendían, antes de haberlos exterminado, proclaman la verdad de un heroísmo robusto. Se hacía difícil separar en la polémica lo exacto de lo falso, con tanta mayor razón cuanto que el gobierno estaba lejos y difícilmente comunicado, y resultaba fatal que la región autónoma, por apremios de tiempo, resolviese por su cuenta los problemas que los acontecimientos le planteaban. Tácitamente estaba admitido que el Norte se gobernase por sus propios medios, cuidando el gobierno de enviarle aquellos elementos técnicos y aquellos recursos materiales que le consintiesen endurecer la resistencia. Esa situación de hecho justifica, en cuanto a lo militar, la conducta del gobierno vasco. Esta puede parecernos incluso perfecta, comparada con la que después siguieron las autoridades de Asturias, que no se concedieron autonomía, sino, algo más rotundo y lamentable, "soberanía". Los nacionalistas vascos, separatistas confesados, no llegaron en ningún momento a ese atrevimiento y mucho menos se dirigieron a la Sociedad



de las Naciones, haciéndole una dramática comunicación que puede encabezar una antología de disparates.

Mi estancia en Bilbao fué muy corta. De regreso de una visita al frente de Oviedo, comiendo en Unquera, nos enteramos por la "Hoja del lunes" que desplegó, en frente de nosotros un comensal, que se había producido crisis. Creímos que en Santander conoceríamos la solución. En el gobierno civil no tenían noticias. Esperamos dos horas y como siguiesen sin informes, nos pusimos en camino hacia Bilbao, conjeturando sobre los varios aspectos de la dimisión de Largo Caballero. Conveníamos en que de no serle ratificada la confianza, el sucesor sería Prieto. Esto se nos antojaba fuera de duda. Por muchas razones: su mayor personalidad, capacidad y popularidad. Cruz Salido, con quien hacía el viaje, me citó en su despacho de "El Liberal" para conocer la solución. Fatigado del viaje, preferí quedarme en la casa donde me daban generosa y cordial hospitalidad. A las tres de la mañana, el propio Cruz Salido, acompañado de otro periodista, me despertaba con la notificación de que en el nuevo gobierno me habían atribuído la cartera de Gobernación. Quizá en otro momento una tal noticia hubiese puesto a cantar mi vanidad. En aquél, recibí la impresión más penosa. No sabía por dónde iniciar mi razonamiento y defendiéndome de la noticia, no pude dormir. Si alguien no podía servir para un cometido semejante, ese era yo. ¿Quién y por qué había pensado en mí? Mi nombre, en efecto, estaba en todos los periódicos. No había error. Pensé en algún colaborador que me hiciese menos ingrata mi tarea, y elegí un hombre que tiene la dura energía de que yo estoy a falta: Paulino Gómez. Este vió en López Sevilla, además del secretario, el consejero jurídico, y los tres, gracias a una gentileza de Aguirre, pudimos embarcarnos en un avión del gobierno vasco para Valencia. Salimos de la playa de Laredo, conducidos por un piloto que, unas semanas después, había de entregar viajeros y aparato a los rebeldes, en la playa de Zarauz, habilitada para el aterrizaje previsto.

CAPITULO XXIX

Los ministros comunistas abandonan a Largo Caballero. — La maniobra de Prieto. — Negrín, hombre de paja. — El temperamento romántico de Prieto. — Presentación a Azaña. — Aprendizaje de ministro. — Un ministerio vacío. — Me proponen un crimen de Estado. — La desaparición de Andrés Nin. — Sinónimos nuevos. — Crueldad y cobardía.

NUESTRO viaje, con una corta parada en Toulouse, fué perfecto. Aterrizamos en Manises con sol. Un automóvil de la policía nos llevó a la ciudad. Me faltó tiempo para ir al Ministerio de Hacienda a ponerme a la disposición del jefe del Gobierno que, en el concepto de la mayoría de los españoles, era "nominalmente" don Juan Negrín, y, efectivamente, don Indalecio Prieto. Nada, sin embargo, más lejos de la verdad, tanto porque Negrín tenía, ya entonces, acusada personalidad, cuanto por el cuidado exquisito con que Prieto procuró demostrar que no existía superchería alguna. Yo estaba entre los sorprendidos con la solución dada a la crisis. Supuse, y me equivoqué, que el sucesor de Largo Caballero sería Prieto. ¿Cómo fué preferido Negrín? No sabría decirlo. La explicación que posteriormente fué arbitrada, y que circula por todas partes, de que fué una imposición de los comunistas, no me sirve por inverosímil. No admito que Azaña se doblase a una tal coacción y menos que Negrín aceptase, de ser aquélla ni ésta una confianza que sólo es admisible cuando es libremente concedida. Ahora se dicen demasiadas cosas... No sé, repito, cómo fué preferido Negrín a Prieto. Sé que el disgusto contra la gestión de Largo Caballero, fomentado por los comunistas, fué creciendo considerablemente. Seguía dando juego, y había de ser motivo de un nuevo proceso de "responsabilidades", la caída de Málaga. Largo Caballero tenía motivos personales para sentirse irritado. Su habitual aspereza había subido de tono y más que por sus actos, por sus réplicas, hería a los comunistas. Una de aquéllas determinó, en un Consejo, un diálogo violento entre Largo Caballero y los ministros comunistas, quienes declararon que en aquellas condiciones no estimaban decoroso continuar en sus puestos. La respuesta, agria y destemplada, la interpretaron los afectados como una expulsión del Gobierno, y, recogiendo sus carteras, se ausentaron de la reunión. Fué un momento embarazoso. A pesar de que el

rompimiento no podía tener soldadura, y si la tenía no podía ser duradera, algunos ministros intervinieron de mediadores. Los comunistas, firmes en su decisión, no rectificaron su acuerdo, y se marcharon. Reputando esa marcha incidente sin importancia, el presidente del Consejo, pretendiendo que la reunión continuase, concedió la palabra al ministro que estaba despachando. La pidió Prieto, para decir que en el momento mismo en que los ministros comunistas habían dimitido, el Consejo había terminado y con él, el Gobierno.

"La crisis —dijo— ha quedado abierta y el presidente de la República debe ser informado". La tesis expuesta por Prieto sorprendió a Largo Caballero, quien creía que el Consejo podía seguir sus deliberaciones. El que supuso incidente, cobraba unas proporciones inusitadas. El juicio de Prieto, perfectamente constitucional, fué anatematizado como una parte de la maniobra iniciada por los comunistas para derrotar a Largo Caballero. Este se encontró en el trance que por todos los medios, había venido difiriendo: en crisis. La única esperanza residía en que el jefe del Estado le ratificase la confianza, autorizándole a constituir un ministerio sin comunistas, ya que éstos le seguirían negando su colaboración. Esperanza precaria. Tenía perdida la batalla. La había perdido, después de tanto esfuerzo por ganarla, en un diálogo irritado y, en el fondo, innecesario. Para no reconocer esta verdad, reconocimiento que obligaba a deponer las armas, se atribuyó la intervención de Prieto a una complicidad, ensayada previamente, con los ministros dimisionarios. ¿No era, a la postre, la persona a cuyas manos había de ir a parar el poder? No fué así. El poder fué a las manos de Negrín que, al abrirse la crisis se había concedido una vacación fuera de Valencia, y en razón de lo inesperado de la solución, que derrotaba el supuesto malicioso de la complicidad egoísta de Prieto, se dijo que éste se disponía a gobernar mediante persona interpuesta. El rencor, el resentimiento, la hostilidad, son, en materia política, ricos en inventiva.

La carrera política de Negrín iba a llegar, de su amanacer de hombre de paja, a un mediodía dictatorial. Es un proceso de dos años crueles, que justificarán todas las curiosidades y merecerán largos esclarecimientos, al margen de la pasión innoble, si lo que se busca es un juicio exacto Para saber que Negrín no era el testaferro gubernamental de Prieto, no necesitaba yo del concurso del tiempo, que había de separarlos con acrimonias y violencias epistolares de tono excesivo; me era suficiente el conocimiento de entrambos. Ninguno de los dos hubiese aceptado una situación depresiva de esa naturaleza. Sus ideas en cuanto al modo de conducir la guerra, no dejaban de diferenciarse. Su propia manera de reaccionar ante los acontecimientos era distinta. Prieto suele ser una víctima de su temperamento. La observación la han podido hacer cuantos le hayan oído en alguno de esos discursos en que,

al apasionarse, se golpea el pecho violentamente, grita hasta el ahogo y es frecuente que se hiera, haciéndose sangre. Este último detalle no responde a una invención. Al final de esos esfuerzos, bañado de sudor, jadea con el cansancio de una jornada muscular intensiva, fatiga que en ningún caso es congruente con un esfuerzo intelectual. Es su temperamento que, por clasificarlo sin pedantería científica y sin daño de la exactitud, llamaremos romántico. Para que no haya duda en cuanto a la ecuanimidad de ese juicio, es suficiente recordar cómo se produce Prieto, ministro de Defensa Nacional, ante la represalia de Alemania por los daños que afirma haberle ocasionado la aviación republicana a su acorazado "Deutschland", fondeado en el puerto de Mallorca. Prieto no sufre que la represalia discurrida por los alemanes quede impune, y en previsión de que el Gobierno, que se reune a su instancia, esté de acuerdo con su pensamiento, ganando tiempo, ha hecho concentrar la aviación en los campos más próximos a la costa, con la orden tajante de atacar a los buques de guerra alemanes. Al defender su criterio, lo hace con un calor patriótico que recuerda, por modo inevitable, la gallardía de Méndez Núñez.

—Si hemos de perecer —dice— yo soy partidario de ir a la muerte cuidando de que quede a salvo nuestro decoro. De mi parte, todo está dispuesto. La aviación y la marina tienen órdenes concretas y severas. Nadie podrá reprocharnos el habernos defendido de la agresión cobarde de una potencia que nos está haciendo la guerra sin declarárnosla.

El Consejo de Ministros no participa de su criterio. Juzga el problema desde otro ángulo. Cree que no se pueden poner a una sola carta las posibilidades de victoria, y deja que la represalia alemana, realizada por un acorazado y dos torpederos contra el puerto de Almería, quede sin respuesta. El movimiento de ánimo de Prieto, típico suyo, lo justifica después con un cálculo más pragmático: el de provocar un conflicto de carácter internacional que forzase a las democracias a salir de su pasividad cobarde. Esta diferencia de opinión entre Negrín y Prieto se produjo escasamente al mes de constituirse el nuevo Gobierno. Diferencia de temperamento que no permitía pensar que la crisis se hubiese resuelto, confiriendo el título de presidente a Negrín y la autoridad a cargo de Prieto.

Propósitos de Negrín

El presidente del Gobierno lo era en toda integridad. Según me informó, en el viaje que hicimos juntos a La Pobleta para ser presentado, antes de tomar posesión del cargo, al presidente de la República, su primer propósito fué constituir un gobierno en el que los partidos políticos y las centrales sindicales estu-

viesen representados, sin tener en cuenta la discutida proporcionalidad, por un solo ministro. Azaña, a quien le hizo conocer su pensamiento, se lo aprobó, manifestándole su temor de que no consiguiese realizarlo. "Si surgen inconvenientes —le contestó—, se los traerá resueltos, por si encuentra aceptable mi propuesta". Cumplió su palabra. Como la U. G. T. y la C. N. T. no le concediesen su apoyo, por entender que el Gobierno debía seguir presidiéndolo Largo Caballero, después de obtener de los sindicalistas que revisasen su acuerdo, en el que no introdujeron modificación, decidió suplir esas dos representaciones, concediendo una cartera más a los comunistas y otra a los socialistas, por donde Jesús Fernández siguió en el Ministerio de Instrucción Pública y yo substituí en el de la Gobernación a Galarza. Azaña le aceptó el Gobierno y sólo faltaba el acto protocolario de mi presentación, retrasada en varios días, para que estuviese completo.

Azaña me hizo una acogida amable y me animó con unas palabras de confianza. Pensé que muy parecidas palabras habían escuchado los anteriores ministros, a quienes los acontecimientos habían, de una o de otra manera, arrollado. Lo seguro es que a mí me fuese a ocurrir lo mismo. No acababa de resignarme con la encomienda, y, al regreso, insinué capciosamente a Negrín la ventaja de enriquecer el Gobierno con las representaciones sindicales. Me contestó que no. Que el Gobierno no sufriría modificación alguna y menos para dar entrada en él a los sindicales. Un poco a la pata la llana, me hizo entrega del Ministerio y no queriendo saber nada, por aquella noche, de mi nuevo oficio, me fuí a dormir a mi casa, donde el celo de mis amigos, había metido un policía, a quien me costó gran esfuerzo disuadirlo, al sonar la alarma, de que no consentía en bajar al refugio. Como los estampidos de las bombas se oyesen próximos —cayeron en el palacio del Ayuntamiento, a quinientos metros de mi cama— se persuadió por sí mismo y se fué de custodio de mi familia. Tenía yo más sueño que miedo; pero si me emancipé del policía, no conseguí ninguna victoria sobre el teléfono, al que me acercaba, en mi inexperiencia, temblando, por temor a sucesos infaustos. Felizmente eran previsiones que debía agradecer. Una voz que no me era conocida todavía me advertía, después de las explosiones, que se había tocado la alarma. Esta primer toma de contacto telefónico sirvió para que, sucesivamente, me fuesen comunicando, el cese de la alarma, los aparatos que habían atacado la ciudad, el lugar próximo donde habían caído los proyectiles, los daños causados y el número de víctimas. Sobre las siete de la mañana sólo me faltaba conocer el detalle de si alguno de los aparatos agresores había sido tocado por nuestros disparos, "viéndosele alejarse arrojando humo y perdiendo altura". Mi informador puso cuidadosa atención en que no me faltase un detalle y cuando me los dió a todos, se

acostó tranquilo y yo me levanté sabiendo una parte, acaso la menos molesta, de lo que era ser ministro. Tres horas después hice nuevos adelantos en mi aprendizaje. Recibí a los jefes de la casa, y las primeras visitas. A una historia, bien pormenorizada y ambientada, seguía otra historia, y otra, y otra. Cada pequeño historiador de su problema se confiaba a mi sentido de la justicia para obtener la reparación anhelada. En una pausa de las visitas curioseé en los cajones de mi mesa y en los archivos de un despacho particular y reservado. ¡Nada! Ni un papel, ni una nota, nada. En mí comenzaba la parte de Estado que se concretaba en el Ministerio de la Gobernación. Aprendí entonces, con bastante sorpresa, que no hay continuidad entre la obra de un ministro y el que le sigue. Son, al parecer, trabajos personales, con cuyos testimonios, al terminar la gestión, se arrambla, para hacerlos desaparecer en el fuego o para, atándolos con un poco de balduque, conservarlos en espera de una oportunidad polémica para darlos a luz. De mis tiempos de periodista yo conocía la expresión de "recoger los papeles", signo de crisis inmediata; pero la interpretaba bien inocentemente. Creía que lo que hacían los secretarios de un ministro era empaquetarles las cartas de sus electores y las de sus admiradoras, en suma, la historia político-sentimental de su ministerio, y no aquella documentación que concierne a los negocios del Estado y en la que se puede estudiar una política, suceptible de ser seguida, con rectificaciones o sin ellas. No es un reproche que hago a Galarza. Es una observación, que no dejó de darme qué pensar y que acaso explica los bandazos y las improvisaciones que han caracterizado nuestra política. Cada Gobierno español renegaba del pasado y fundaba su éxito en hacer todo lo contrario del anterior. Galarza se brindó amablemente a ilustrarme sobre cuantas materias necesitase información. Utilicé su ofrecimiento y mantuvimos una larga conferencia. Esto es posible siempre que entre el ministro saliente y el entrante no haya una enemiga furiosa. Esta suele ser más frecuente que la cordialidad. En esos casos, en el nuevo ministro comienza el Estado. Veinticuatro horas más tarde, tiene, compensatoriamente, la mesa llena de papeles, con los proyectos más maravillosos y las soluciones más felices para cuantas dolencias y desventuras aquejan al género humano, y más concretamente a los cuerpos de funcionarios que constituyen el Ministerio.

La intimidad del que me había correspondido la sospechaba ingrata. Uno de los primeros servicios que se me ofrecieron, como particularmente ventajoso para la guerra, fué, es forzoso emplear un eufemismo, hacer desaparecer a un subsecretario del gobierno anterior, periodista como yo y, como yo, vasco. La medida estaba particularmente recomendada porque el interesado era, inequívocamente, un agente secreto de determinada potencia fascista. Faltaba la prueba, pero la convicción existía. El "servicio" no pre-

sentaba el menor riesgo. Ni la sombra de una sospecha se proyectaría sobre el Gobierno. Celebré la propuesta, aun cuando el hecho de que me la hiciesen me desconceptuase a mis propios ojos, ya que me hacía pensar que había dado ocasión a que se me sospechase capaz de un consentimiento tan siniestro como el que se me pedía; celebré la propuesta porque me dió oportunidad para ponerme en guardia y advertir a los proponentes que la vida de la persona de referencia me era cara, por altas e infranqueables que juzgasen mis diferencias con ella. Ese era un capítulo perfectamente independiente de la historia que proyectaban. Nadie volvió a aludir al tema y la persona objeto del proyecto siniestro, no padeció en su seguridad más de lo que, como consecuencia de la guerra, padecíamos todos.

Preocupaciones ministeriales

Peor suerte había de correr el infortunado Andrés Nin. Preso como militante del P. O. U. M., trasladado a Madrid a efecto de esclarecimientos policíacos, aislado e incomunicado en una finca de Alcalá de Henares, supe de su "evasión", así como de los datos anteriores, después de su "fuga", que me la notificó, en un restaurante de la playa de Valencia, donde Miaja había invitado a comer a una parte del Gobierno, el director de Seguridad, Ortega.

—No tenga usted cuidado —afirmó— que daremos con su paradero, muerto o vivo. Déjelo de mi cuenta.

—Cuidado —le advertí—, el cuerpo de Nin no me interesa; me interesa su vida.

Miaja, que escuchaba la conversación, como oyese decir que lo probable era que Nin estuviese escondido en alguna unidad "pumista" del frente, intervino con su violencia verbal:

—Si es así y lo detienen los soldados, yo doy orden de que lo fusilen sin más preámbulos.

—Perdón, general. Lo que corresponde hacer con Nin compete a la justicia y usted no tiene por qué ordenar, en ese sentido, nada.

Por la tarde, en mi despacho, como no pudiese digerir la noticia y temiese lo peor, sin otra razón que la de mi instinto periodístico, llamé a Ortega y con pretexto de preguntarle si había noticias de Nin, le planteé la cuestión de fondo.

—¿Vive o no vive Andrés Nin? ¿Me lo puede usted decir?

—No se lo puedo decir. No conozco más que lo que decía el teletipo que le ha enseñado este mediodía. He dado órdenes de que lo busquen por todas partes, conforme a su mandato. Cualquiera sa-

be, en estos negocios en que interviene la Gestapo, qué es lo que ha podido pasar.

La inopinada invocación de la Gestapo convirtió mis sospechas en certezas. Intenté saber en razón de qué noticia especial el director de Seguridad mezclaba a la historia de la "evasión" de Andrés Nin al temible organismo policíaco alemán y no supo decírmelo. Era una suposición suya... una intuición... Sobradamente conocía yo, al decir de mi teórico subordinado, la audacia del espionaje nazi y sus sistemas expeditivos y antihumanos de eliminar, llegado el momento, a sus mejores colaboradores. El teniente coronel Ortega me ilustraba, con bastante aplomo, sobre un tema en el que yo tenía convicciones firmes. Su rápida evolución de un republicanismo templado a un comunismo entusiasta, no le había consentido asimilar de modo completo la dialéctica de su nueva filosofía. Esforzándose por razonar lo mejor que podía, en el esfuerzo descubría las fallas. Su principal defecto es que ignoraba que trataba de convencer a un convencido. Nuestra conversación terminó prometiéndome Ortega que daría nuevas órdenes a Madrid para que no descuidasen descubrir el paradero de Nin, y asegurándome que toda novedad me la trasladaría inmediatamente. Solicité una entrevista del presidente del Gobierno, a quien creí obligado informarle de lo sucedido y de mis sospechas, adelantándole, al mismo tiempo, la noticia de mi dimisión irrevocable, si no rescatábamos la vida de Andrés Nin y la previsión del escándalo de tipo internacional que se desencadenaría contra el Gobierno de su presidencia, en el supuesto de que no consiguiéramos el rescate. Obtenida la entrevista, di cuenta a Negrín de los informes que tenía y le declaré mi pensamiento.

—Si, como temo, se confirman mis sospechas, le ruego encarecidamente que me busque un sucesor. Yo no puedo seguir en el Ministerio. Para mí, la vida humana tiene un precio altísimo, y si comienzo por admitir la existencia de la Gestapo, la historia que comienza con el secuestro de Nin tendrá infinidad de capítulos sangrientos. Si acudo a su mayor autoridad, no es exclusivamente para informarle, sino también para que me ayude a rescatar al desaparecido.

—No descarte usted en absoluto, a lo que le veo muy inclinado, la posibilidad de que se trate de una represalia de la Gestapo. No es que lo afirme, pues no tengo especial información, siendo la primera la que me da usted; pero conozco bastante bien a los alemanes y sé de lo que son capaces. ¡No tiene usted idea de su audacia! Sobrepasa todas las medidas y cuanto fuera capaz de decirle resultaría pálido en contraste con la realidad. Insista usted con los servicios en tener una información exacta de lo sucedido y en cuando la posea, venga a verme, que yo quiero saber la verdad. Esté seguro de que, si Nin vive, lo rescataremos. En

cuanto a buscarle sucesor, ni pensarlo. Si no tiene usted confianza en alguna persona, la cambiamos.

La desaparición de Nin

Estaba claro que el presidente me invitaba a destituir al Director General de Seguridad, designación que yo no había hecho, entre otras razones, porque no conocía al interesado y el puesto de referencia era, en aquellas circunstancias, el único importante, y desde luego, el más delicado del Ministerio. Queriendo tener confianza en la interpretación de mis órdenes, llevé a Valencia, para atribuirle esa responsabilidad, a Paulino Gómez, a quien, habiéndome fallado el cálculo, envié como delegado general de Orden Público, a Cataluña, cometido en el que realizó una obra extraordinaria, que no se encomió lo suficiente. El orden público mejoró de una manera considerable. Cuando pude pensar, por la dimisión de Ortega, en confiarle la Dirección General de Seguridad, no me decidí a hacerlo, por temor a romper la continuidad de su obra en Cataluña, de donde me llegaban los más calurosos testimonios de sus aciertos. Antes de acogerme a la invitación del presidente, preferí aclarar el caso de Nin. Terminada la entrevista con Negrín, pedí al comisario jefe de Madrid, que coincidía en ser socialista, un informe puntual de cuanto hubiese sucedido, con la orden de que me lo trajese personalmente, indicándole que no diese conocimiento del informe a persona alguna. Al día siguiente, por la mañana, el comisario general de Madrid me esperaba en el despacho con el informe y una cartera conteniendo algunos documentos, varias monedas alemanas y una insignia de un ferrocarril tudesco. El informe era muy preciso y claro.

—¿Cuál es su opinión? ¿Cree que Nin ha muerto o supone que vive?

—Tengo la impresión de que vive. Creo que está preso en alguna unidad del frente de Madrid.

Llevé el informe y los testimonios a él adjuntos al presidente. Se quedó con todo, encargándose personalmente de llevar la gestión. Le indiqué la posibilidad de conseguir el rescate de Nin si se confirmaba su secuestro en una unidad militar y le ratifiqué, para en caso contrario, mi dimisión. El comisario general regresó a Madrid en el mismo día y antes de despedirlo, le ilustré sobre cómo debía llevar su trabajo y la necesidad de que yo conociese imediatamente las novedades que se fuesen presentando. La gestión personal de Negrín no dió el menor resultado. Se le dijo que el secuestro de Nin era obra de la Gestapo, interesada en que un colaborador suyo de tanto precio no fuese interrogado por nuestros policías y por debilidad o arrepentimiento, descubriese sus servicios en la España republicana. El embuste no podía ser más grosero. Sin conocer a Andrés Nin, yo negaba la mayor. Se lo dije así

a Negrín. Este trató de convencerme de que todo era posible. Con carácter general, lo admitía: todo es, en efecto, posible, y los más inverosímiles matrimonios de la mano zurda tienen pública y solemne realización; pero no en el caso de Nin. Con el informe del comisario general de Madrid a la vista, la atribución de responsabilidad a la Gestapo no era admisible. Dimitió, después de dos consejos de ministros casi feroces, el director general de Seguridad. Los ministros comunistas defendieron a su correligionario con una pasión extraordinaria. Yo afirmé que el director general podía continuar en su puesto, pero que en tal caso, yo abandonaría el mío. Prieto, con palabra segura, reprochó a los comunistas su manera de conducir el debate y declaró que solidarizado con mi posición, sumaba su dimisión a la mía en el supuesto de que no se sustituyese a Ortega. Se aprobó mi propuesta. Ortega me hizo, al conocer el acuerdo, una escena sentimental y dolorida, eludiendo el fondo del problema: la desaparición de Nin. El comisario general de Madrid llevaba unas gestiones personales con el presidente de la audiencia, que creía en la existencia de Nin y en la posibilidad de recuperarlo. Dió la promesa de conseguirlo, a condición de que no se hiciesen averiguaciones ni se pensase en establecer castigos. Di mi conformidad a la propuesta, declarando que todo cuanto me interesaba era recuperar al desaparecido. Me ilusionaba, hasta conmoverme, la idea de salvar a Nin. Dudo que sus propios compañeros hubiesen tenido una alegría tan profunda. Hice un viaje a Madrid para seguir de cerca la extraña negociación. Después de varias alternativas, el Presidente de la Audiencia, que operaba con su autoridad, se nos declaró impotente. ¿Existía o no existía Nin? Ni siquiera eso sabíamos. Los rumores eran variadísimos. Para unos había sido enviado en un buque prisionero a Rusia; según otros, fué ejecutado por un batallón de internacionales. En concepto de la policía seguía estando preso en alguna unidad del frente... Yo llegué a persuadirme, sin ninguna razón, que Nin fué muerto pocas horas después de su secuestro. La esperanza de defender su vida me hizo desistir del primer propósito: abandonar un puesto que me exponía, por la desorganización del ministerio, desorganización difícil de corregir por ser obra de la pasión política, más peligrosa cuanto más solapada, a quedar salpicado de sangre. Ya que no la de Nin, se que defendí otras vidas, además de la del subsecretario a que he hecho referencia, y esa convicción, que me impide arrepentirme de haber continuado de ministro, me valió en ciertas esferas el calificativo, aplicado con intención peyorativa, de "humanista". Sensible al dolor ajeno, tanto como al propio, me emocioné muchas veces con los que me pedían justicia, y sin renegar de esa emoción, la compenso, ante los exigentes, con el orgullo de no haber faltado un solo día a mi deber, que una de las lecciones que he aprendido con la guerra es que los más crueles coinciden en ser los más cobardes cuando el deber es duro.

CAPITULO XXX

Gobernación por dentro. — La seguridad del ministro. — El Gobierno de la victoria. — La disolución del Consejo de Aragón. — Las autonomías. — El "misterio" de la Hacienda. — El oro del Banco de España. — Lo que quería Azaña y no quería Negrín. — La hostilidad de los dos presidentes. — Una contraorden a París y un congreso de fisiología en Zurich.

HABIA entrado en un género de vida y de trabajo para los que no me sentía preparado ni psicológicamente ni intelectualmente. La empresa la consideraba superior a mis fuerzas y notaba, por añadidura, que me faltaba vocación. En cambio, tenía una gran curiosidad por conocer el mecanismo interior del Gobierno. Confieso que no me suscitó admiración. La casa que me había correspondido regir reunía, al parecer, todas las condiciones requeridas para el desarrollo y juego de una novela policíaca. Baroja hubiera sido feliz pudiendo describirla. Las que se llamaban habitaciones reservadas del ministro, de una incomodidad manifiesta, terminaban en un armario de dos cuerpos que, al separarlos, dejaba paso a una escalera breve, donde haciendo otro esfuerzo, se abría otro armario, también de dos cuerpos, que permitía el acceso a un piso de tres habitaciones, en cuyas puertas, que se cerraban por dentro, se habían practicado dos groseros agujeros, que servían de escucha y mirilla. Este piso tenía una puerta, independiente de la del ministerio, que daba a una callejuela estrecha y poco frecuentada. Para bajar a sus habitaciones, el ministro disponía, en su propio despacho, de una escalera pina, de escalones muy altos y embaldosados que, cuidadosamente encerados por la servidumbre, propiciaba las caídas más aparatosas e ingratas. Yo, naturalmente, le pagué mi tributo. Los confidentes podían ponerse en comunicación con el ministro sin necesidad de ser vistos por los funcionarios. Le dejaban su secreto en la oreja, recibían el estipendio y se iban, con paso quedo, cuidando de borrar las huellas tras de sí, a captar nuevas maquinaciones tenebrosas. El pisito de referencia tenía una coquetería de mal gusto, conseguida con unos muebles asexuados, última manera de la ebanistería valenciana, incómodos para sentarse y más incómodos para descansar. Estaban nuevesitos, lo que parecía indicar que no habían recibido el

peso de demasiadas confidencias, ni del uno ni del otro sexo. Cabía pensar en una previsión celosa de algún viejo funcionario, conocedor de las aficiones y debilidades ministeriales, que aplicaba a los ministros, en materia de artes suntuarias, la medida de su gusto voluptuoso, y en la seguridad, la de su propio miedo y sobresalto. Esa era la casa, que me prohibí tocar y a la que llevé, para el regocijo de mis ojos, un cuadro de Aurelio Arteta, que el pintor había dejado en depósito. Clausuramos los armarios y sólo a título de curiosidad se abrieron alguna vez, que yo no admitía tratos confidentes que, en caso de existir, necesitaban llevar sus secretos al director general de Seguridad. De las previsiones me interesaban únicamente las que afectaban a mi seguridad, que un ministro, y más en tiempo de guerra, debe estar bien guardado. La custodia de las dos puertas del edificio la hacían los guardias de asalto. Resultaba difícil que la Gestapo me sorprendiese. Fusil al brazo, los guardias garantizaban, de día y de noche, mi tranquilidad. El tema no era despreciable. Personas de experiencia me habían aconsejado que las custodias de los ministros, así como las personas a su servicio, fuesen cuidadosamente seleccionadas. ¿Es que tenía yo alguna confianza en el cocinero? ¿Sabía quién era? ¿Cómo pensaba? Acosado para que contestase, confesé que, en efecto, no tenía ninguna razón para confiar en mi cocinero. Pero tampoco me inspiraba grandes recelos, porque no lo tenía. Era una cocinera que, con su volumen, testimoniaba bien a las claras que sabía su oficio. Mis invitados no me desmentirán. Los riesgos que corrían, los corrieron con el mejor gusto y con el mayor apetito. Esta comprobación diaria justificaba el escepticismo que chocaba a mis consejeros. Cuando lo corregí no fué a causa de la cocinera... Dos horas después de que todos los gobernadores me hubiesen dado la novedad, tres y media de la mañana, en el primer sueño, golpearon a mi puerta.

—Un pliego urgente.

Pasó el correo a mi habitación, rasgué el sobre y vi que el pliego no era para mí. Era para un funcionario del ministerio. Irritado por la torpeza, pregunté al correo cómo había podido llegar hasta mi habitación.

—Abriendo la puerta con la llave —me dijo—, como me ha indicado uno de los guardias.

¡Perfecta seguridad! Abriendo la puerta con la llave, que, para evitar molestias, se dejaba en la cerradura, se entraba en el dormitorio del ministro. La guardia estaba en su puesto, fusil al brazo, para indicar al recién llegado, sin interesarse por quién era. con sólo que exhibiese un sobre, cómo y por dónde, a una hora del amanecer, podía llegar hasta la habitación del ministro. Aquella obra de arte policíaco, montada con tanto celo para acreditarse a

los ojos del jefe, fallaba durante las horas de la noche. Esta que puede pasar por anécdota vanal, la presento, al cabo de mi gestión, como un símbolo del dispositivo de seguridad del Estado entero. La esperanza de mejorarlo era en mí muy escasa. Como que no podía ser obra de una voluntad, sino de muchas sinceramente apasionadas en el mismo esfuerzo, y en España es típico que los cargos políticos se entiendan como un premio y raramente como una obligación de mayor trabajo, producto de una mala educación política que dudo mucho esté corregida.

El gobierno de Negrín, del que formaba parte, era, según los diarios ministeriales, "el Gobierno de la Victoria". En concepto de los sindicalistas, justamente, lo contrario, el de la capitulación. Para cuantos le miraban con antipatía, un Gobierno efímero. Un Gabinete de circunstancias para pasar a otro de mayor solidez y arraigo. No necesité de muchas conversaciones con Negrín para persuadirme de que éste se tenía en el poder con seguridad y era, con bondades y defectos, un hombre de Estado con planes y ambiciones de tal. No estaba viviendo en precario. Creo que los sindicalistas fueron los primeros en darse cuenta de esa verdad y no tardaron en dirigirse al jefe del Gobierno pidiendo una representación en el Ministerio. No accedió a complacerles. En corto diálogo con ellos, les propuso puestos de delegados que la C. G. T. no aceptó. Cuando los escritos de esa sindical se hicieron ásperos, los arrojaba al cesto de los papeles, sin tomarse el trabajo de leerlos. Si no me engaño, Negrín, que aspiraba a desarticular todos los organismos de exportación creados por los sindicatos de la C. N. T., prefería no tener en el Gobierno ministros anarquistas. Su deseo era acabar de una vez con la evasión de divisas, para lo que no era suficiente con guardar la frontera, ya que las divisas seguían escapando en forma de cargamentos de almendra, de azafrán, de naranjas...

Impopularidad y disolución del consejo de Aragón

A mí me correspondió estudiar la disolución del Consejo de Aragón, que presidía Ascaso, primo del caudillo anarquista que murió en Barcelona. La denuncia de sus actos irregulares tenían unanimidad insospechada. Los detalles de cada queja escalofriaban. Delegué en un amigo de mi absoluta confianza una discreta comprobación sobre el terreno. Tenía que huir de los informes oficiales y de las exageraciones partidistas. Dictamen: las denuncias tenían un ochenta por ciento de exactitud. El Consejo de Aragón era impopular, en razón de su conducta. Negrín me pidió que le preparase el decreto de disolución, lo hizo aprobar en una reunión del Gobierno, y nos pidió a Prieto y a mí que nos pusiéramos de

acuerdo para determinar la fecha de su publicación en la "Gaceta". Se quería evitar que las unidades confederales del frente de Aragón produjesen actos de indisciplina al conocer el acuerdo. Cuando se supuso que ese riesgo no existía, se publicó el decreto, y se mandó como gobernador general de la región a Mantecón. Encargo difícil, que cumplió satisfactoriamente. Su gestión se la impugnaron los sindicalistas, que pasaron a ser los denunciantes de la nueva situación. Tuvimos al principio rifirrafes bastante serios y algunas víctimas de emboscadas, pero el decreto se hizo efectivo con mucho menos ruido de armas del que se temía. Prieto, que hubo de ir por Aragón con motivo de unas operaciones militares, que no llegaron a tener éxito, informando al Consejo de su viaje, manifestó que la disolución del gobiernillo aragonés había sido recibida en los pueblos con un entusiasmo indescriptible, estimándose como una obra meritoria del Gobierno.

Refirió algunos de los abusos que le contaron, a los que se mezclaba la codicia y la sangre, y de los que yo estaba en antecedentes por el estudio de las denuncias. En el preámbulo del decreto, obra mía, se citaba concretamente la necesidad impuesta por la guerra de centralizar el mando. Este concepto alarmó a los autonomistas catalanes que veían en él una amenaza para su Estatuto, al punto de notificarme su inquietud. No les oculté que tal era mi pensamiento, que en nada afectaba al Estatuto catalán, ya que éste era una pieza del conjunto constitucional del Estado Republicano. Más tarde fueron ellos quienes me insinuaron la conveniencia de dejar en suspenso la vigencia del Estatuto, por el tiempo que durase la guerra, a cambio de concedérsele a Cataluña una mayor representación en el Gobierno. La propuesta, hecha oficiosamente, después de una comida en Santa Cristina, torre llena de sabores náuticos y de previsiones policíacas, infinitamente mejores que la del ministerio valenciano, me pareció aceptable, y me obligué a comunicársela al presidente. Este, que ya la conocía, me contestó rápidamente:

—Conozco la canción. He contestado que, mientras yo dirija la política, el Estatuto de Cataluña no será suspendido y mucho menos mediante un precio estipulado. No, nada de eso. El Estatuto de Cataluña tiene un marco y dentro de él deberá moverse el Gobierno de la Generalidad. Toda extralimitación le está terminantemente prohibida. Nada, pues, de contratos mercantiles. Cada poder en su esfera, de acuerdo con la Constitución.

El tono era terminante. Con menos rotundidez, pero no sin firmeza, publicó ese mismo pensamiento en la muy famosa sesión de Cortes celebrada el 30 de septiembre de 1938, en el Monasterio de San Cugat. Un diputado catalán, en nombre de su autonomismo, pronunció unas palabras de condenación para los autores de propuesta tan contraria al sentido profundo de Cataluña. Esta protesta, hecha con acentos místicos, a favor del lugar, se perdió en

la indiferencia de unos y en la irritación de los catalanes. La emoción del acto discurría por otros cauces. Negrín no profesaba la menor debilidad autonomista. Ni para los catalanes ni para los vascos. Este es, según supongo, el único punto de coincidencia que tenía con Azaña, desengañado, más que de la autonomía, del empleo que hacían de ella los gobiernos autónomos.

Se deposita en Rusia el oro del Banco de España

Nuestros esfuerzos tenían por aspiración un objeto difícil: recuperar plenamente para el Gobierno toda la autoridad del Estado. En esta materia, Negrín estimulaba a todos los ministros, predicando con el ejemplo. Como titular de la cartera de Hacienda, lo que más le importaba era estar en condiciones de hacer cara a las exigencias económicas, siempre exorbitantes, de la guerra. Estaba persuadido de que la victoria dependía, en gran parte, de las posibilidades que su Ministerio pudiese ofrecer, en todo momento, al de Defensa Nacional. La política económica era un puro misterio para todos los ministros. El presidente se había impuesto, en esa materia, una discreción que, en concepto de algún ministro, era casi ofensiva. Cuando en alguna ocasión se aludió a este tema, Negrín no ocultó su pensamiento, manifestando con la mayor claridad que sólo un secreto inquebrantable, superior a los siete sigilos, podía consentirnos conducir la Hacienda en condiciones de seguridad. Asumía toda la responsabilidad del sistema, obligado por la guerra, y prometía, para cuando fuese el momento, una minuciosa rendición de cuentas. Ni un momento se apartó de ese criterio. Juzgando por peticiones de divisas, para adquisiciones de material, que le eran diferidas o regateadas, Prieto calculaba que nuestra penuria bordeaba la ruina. Estos vaticinios suyos no alcanzaron a tener confirmación y sus peticiones, retrasadas o disminuídas, acababan por ser satisfechas. El volumen de esas peticiones solía ser considerable y no era menor el de las que formulaban otros servicios, para la adquisición de víveres y materias primas. Razón tenía Prieto para presumir nuestro hundimiento financiero; pero, no solamente no se produjo en el año de nuestra presencia en el Gobierno, sino que la Hacienda pudo sostener los gastos de la guerra durante otro año más, sin que su pérdida deba atribuirse a falta de recursos. Desconozco los cubileteos a que se entregó Negrín. Ignoro cómo él, y sus colaboradores, pudieron hacer cara a tan copiosísimos deberes. Ese es, para mí, un punto de la más alta curiosidad. El oro del Banco de España, transportado a Rusia, como país de seguridad, a título de depósito, no me da plenamente la explicación que he buscado en esta materia delicada. Esa operación, de la que tanto se habló, la inició, con una gestión de consulta, Negrín, y la aprobó, como conveniente, el Go-

bierno de Largo Caballero. Cuando se pudo concertar, por haber dado Moscú su aprobación, el envío se hizo, según mis informes, con las más escrupulosas formalidades administrativas, reseñándose el peso y las características de cada caja, detalles que menospreciaba, como estorbosos, el presidente del Consejo, y que hubieron de ser impuestos por el ministro de Hacienda, al que no se le escapaba la responsabilidad que asumía al consentir que semejante cargamento saliera del territorio nacional.

La noche del 7 de Noviembre

El oro se extrajo de los depósitos del Banco de España, donde se guardaba, la noche del 7 de noviembre, cuando la caída de Madrid se reputaba inminente. La orden de evacuación no pudo ser dada por el Ministro de Hacienda, que se encontraba en París, de regreso de un viaje a Londres. La dió otro ministro que supuso que la pérdida de la capital y con ella la reserva de oro del Banco de España, era, por manera inevitable, la derrota. Se cumplió la orden, interviniendo, al parecer, algunas personas de la máxima confianza, y entre ellas, una que no lo era tanto, la misma que al tropezar con cierta resistencia, usó de su pistola, matando al funcionario que reclamaba, para otorgar su consentimiento, un mandato que le cubriese de toda responsabilidad y unos requisitos que garantizasen la honradez del traslado. Pero la noche del 7 de noviembre, en Madrid, no se prestaba a grandes formalidades. En los Ministerios, preferentemente, la sensación de la derrota era angustiosa. Conocían, mejor que en parte alguna, la indefensión de Madrid y no fiaban en nada ni en nadie. Este estado de ánimo, complicado con el alma folletinesca de quien se había atribuído una autoridad que no tenía, suceso bastante corriente en aquel tiempo, dió al traslado del oro el aire de una operación trágica que en ningún caso debió haber tenido. Los camiones, cargados de tan ambicionada mercancía, rodaron esa noche por las carreteras de Levante con una custodia de carabineros. El tesoro encontró refugió provisional en Cartagena. El definitivo estaba en Rusia, que, en concepto equivocado de los más, se quedó con el cargamento por nada. Esa sospecha tiene que parecer demasiado pueril a cuantos saben lo que, mensualmente, costaba la guerra. Ese costo, verdaderamente monstruoso, no se explica, ciertamente, ni aun con el oro del Banco de España. Misterio. Es decir, magnífica coyuntura para que los mal pensados alimenten todas las suposiciones y construyan, a favor de la colectiva credulidad, las hipótesis más implacables. Una, sin embargo, se nos aparece como verdad incuestionable: que la guerra no se perdió, como más de una vez llegó a temerse, por carencia de divisas. No había, icertamente, to-

das las que reclamaba cada servicio que, a favor de una supuesta facilidad económica, producto del desbarajuste inicial, reducía su esfuerzo a señalar, cada vez con cifras más altas, sus necesidades en materia de compras en el extranjero.

Nuevos detalles sobre la retaguardia republicana

El misterio en ese punto deja de serlo. Y según la afirmación de quienes lo conocen, por haber trabajado a las órdenes del ministro de Hacienda, el misterio tiene una contabilidad clara y perfecta, susceptible de ser expuesta en las plazas públicas de los pueblos de España. Que así sea. La victoria hubiera acallado todos los escrúpulos y todas las voces iracundas que la derrota ha exacerbado. La cartera de Hacienda, dura y difícil en todo tiempo, lo era mucho más durante la guerra. Esta convocó urgentemente a todas las voluntades codiciosas de dinero. Sobre nuestros ahorros públicos se abatió una nube de logreros, con matices diferentes, decididos a corromperlo y a falsificarlo todo a condición de hacer negocio. ¿En cuántas emboscadas cayó nuestra hacienda? ¿Con cuánto genovés de nueva especie trató? La relación de las primeras y de los segundos es demasiado larga. Nacionales y extranjeros han hecho su pacotilla a expensas del peculio y el sufrimiento españoles. Cada sangría de oro es una novela picaresca, donde el pícaro encuentra su mejor colaborador en el tonto. Negrín abominaba de éstos y le he oído lamentarse de haber tenido necesidad de tratar con demasiado granuja. Su tarea como ministro de Hacienda no podía ser más ingrata. La guerra consintió a los españoles realizar su sueño dorado: tener un sueldo fijo, vivir de la nómina del Estado. Los presupuestos de cada ministerio crecieron de un modo increíble. Los créditos extraordinarios sobrepasaban, en diez veces o más, las consignaciones normales. Nos íbamos quedando sin territorio y, como si el fenómeno fuese natural, crecía la burguesía "indispensable". El reflejo de todas estas alegrías había que verlo en la hacienda, obligada a mover con mayor celeridad el rodillo de las emisiones de papel moneda, trabajo en el que por todas partes le habían salido competidores aventajados. Los gobiernos autónomos, los municipios y, abaratado el privilegio, los establecimientos particulares hacían, con un trozo de papel y un sello de goma, emisiones propias. Vencer de estas libertades no fué trabajo sencillo. Pero lo fué mucho menos poner un límite a las exportaciones fraudulentas de metales y productos agrarios, así como reducir, a proporciones razonables, el consumo de gasolina. La retaguardia republicana no era, en ningún aspecto, un modelo de colectividad ordenada. El esfuerzo por traerla a mandamiento fué durísimo. Los partidos y las or-

ganizaciones sindicales se limitaban a llenar de buenos consejos las fachadas de las casas, pero nadie admitía que el consejo le afectase personalmente en lo más mínimo; lo suponía referido al vecino. Los trabajos se llevaban con cadencia de habanera. Los refugios de Valencia, esperados con ansiedad vital por el vecindario y construídos con una pereza insuperable, dieron ocasión a varios conflictos, en uno de los cuales se puso en claro que los obreros no se decidían a terminarlos por no estar seguros de que después hubieran de tener nueva ocupación. En detalles de esta naturaleza se le morían al más bravo las ansias de victoria. En Hacienda el sentimiento era más concreto: se traducía en un dispenso innecesario de divisas o en un aumento de la inflación. La pereza de casa había que compensarla en los mercados exteriores. de cara a sus necesidades, a veces apremiantes, pienso que siempre justificadas, dudo que algún ministro se preocupase gran cosa de las angustias porque pasaba su colega el de Hacienda, facultado para producir, con arreglo a las conveniencias, pesetas papel, pero no libras esterlinas ni dólares. Negrín pretende que, sin ayuda del misterio, todas las fórmulas de su gabinete económico hubiese perdido el efecto a los pocos meses de consolidada la campaña militar. Lo exacto es que en esa materia, profundamente delicada, no daba participación en la responsabilidad a los demás ministros y no por desconfianza hacia todos, sino porque participaba de la creencia de que no hay secreto entre tres. Su convencimiento era, por varias razones, positivo, y esta circunstancia determinaba que no juzgase ventajoso que todos los problemas graves se examinasen en Consejo de Ministros. La irregularidad en convocarlos y, en la segunda época, la contumacia en preterirlos, daban a su política un manifiesto sentido personal, propicio a toda suerte de críticas y disgustos. Don Manuel Azaña deseaba que las prácticas constitucionales no siguiesen cubiertas con una ficción más o menos sincera. Estimaba que las Cortes debían reunirse, con la mayor normalidad posible, para ejercer sus labores y, por añadidura, confiaba en que los Consejos bajo su presencia fuesen tan frecuentes como en período normal. Negrín estaba bien lejos de pensar en complacer a Azaña. Creo que no pasaron de tres las veces que el Gobierno se reunió con Azaña y en cuanto a las reuniones de Cortes, nuestro gobierno, después de comparecer en Valencia ante ellas, volvió a convocarlas, siempre en cumplimiento del precepto constitucional, y por pocas horas, en Monserrat. Para el jefe del Estado, esas comparencias del Gobierno ante el Parlamento eran insuficientes, y mucho más insuficientes sus coloquios con el Gobierno en pleno. Contrariamente, para Negrín, eran más que suficientes, sobrados. Representaban en su estimativa una pérdida de tiempo, una fatigante formalidad protocolaria que en algunos casos enervaba la voluntad. Negrín fué, por grados, perdiendo su consideración por Azaña. Antes de que me lo

manifestase de una manera expresa, lo pude ir observando por esa acumulación de pequeños detalles —omisiones y silencios— que nos avisan la existencia de un disgusto. Negrín buscó en mí un confidente para sus irritaciones contra don Manuel. Lo más benévolo que decía de él es que era un hombre de cartón-piedra.

—Me cuesta mucho esfuerzo reponerme de las conversaciones con Azaña. No cree en nada, carece de fe, todo lo ve perdido. Se interesa, en cambio, por las cosas más mezquinas y menudas. Según el propio Giral, ha venido a caer en todos los defectos que él reprochaba a Alcalá Zamora. Está en los menores detalles de su comodidad o de su pasión y lo demás no cuenta para él. Créame, me vienen ganar de no volver más por su desapcho.

Las divergencias de Negrín y Azaña

Iba, pero, ciertamente, a desgana y con retrasos inverosímiles y abusivos sobre las horas anunciadas. Frecuentemente enviaba a Prat, subsecretario de la Presidencia, con los decretos para la firma. Este tenía que sufrir, lo que hacía bastante filosóficamente, las agudas irritaciones de don Manuel, que se avenía de muy mal grado a la suplantación. Prat reconvenía tímidamente a Negrín, ayudándole frecuentemente yo en esas reconvenciones amistosas, por el abandono en que tenía al presidente de la República, obteniendo, como toda respuesta, afirmaciones que nos dejaban sin voz. No me parece discreto copiar palabras que tengo apuntadas textualmente en mis cuadernos personales. Son opiniones emitidas en instantes de irritación o apasionamiento que, aun cuando por ahora no parece que hayan sufrido modificación, quizá el tiempo las haga cambiar. En cualquier caso, nadie mejor que el interesado, si las juzga importantes, para darlas a la publicidad. En algún momento en que la diferencia entre los dos presidentes era más alta, esas opiniones, durísimas, se me dieron con el encargo expreso de que las anotase, por si, en el andar de cronos y atendido mi oficio, podían serme útiles. Las apunté, en efecto. Pero no sin intentar apaciguar el ánimo de quien las profería y, sobre todo, recordándole que no es correcto forzar la voluntad de nadie condicionando aquello que libremente, y en razón de justicia, se había concedido... Recuerdo muy bien la escena general de aquella conversación. Faltaban bien pocas horas para que la fisonomía del Gobierno cambiase por última vez. Negrín se debatía irritado ante el temor de que una pérdida de tiempo le contrariase la realización de un propósito personal que, a mi juicio, debió haber sacrificado y así se lo dije a primera hora de la noche, ganándome un desplante. Cuando por segunda vez le di una opinión que chocaba con la suya, y que era, por más serena, más justa, me llevó aparte y refiriéndose a Añaza, me dijo:

—Es que usted no le conoce. De otro modo comprendería mi razón al proceder como lo hago... ¡Si le dijese lo que opina de usted! Y lo que opina de otros, de todos...

—Es igual —le respondí—. Nunca me he hecho la ilusión de que don Manuel pueda tener una opinión benévola de mí. Será, con variantes, idéntica a la que tiene de casi todos cuantos fueron sus colaboradores. Por eso es igual. Mi juicio es que usted no debe decir a París lo que se propone. Insisto en que no me parece correcto, después de haberse comprometido, y en las actuales circunstancias, retrasar esa orden.

En ese momento sonaba el teléfono. Conferencia con París.

—Ya está hecho.

Negrín acudió al aparato. Conversó, y cuando volvió a reunirse conmigo, como remate a nuestro diálogo, me declaró:

Me fuí a casa. En el comedor, el subsecretario de Gobernación, Menéndez, me esperaba impaciente. Tenía que cenar de prisa. La sirvienta le preparaba la maleta. Era una orden de la presidencia. A media noche debía salir, acompañando a Negrín, para Zurich, donde estaba en víspera de abrir sus deliberaciones un Congreso Internacional de Fisiología.

CAPITULO XXXI

La muerte de Mola. — La impotencia de León Blum. — Lo que se propuso hacer Prieto. — La consulta que no llegó a hacer el Gobierno. — Sin recibir aviones, Bilbao no reaccionará. — Lo que era el cinturón de hierro de la villa. — En la cima de Archanda. — El abandono de Ganecogorta y Pagasarri. — Las destrucciones necesarias y las innecesarias. — La congoja de Prieto y su dimisión. — Una confesión a Leizaola.

EL avión en que viajaba Mola, acompañado de su ayudante, se estrelló contra el monte La Brújula, en tierras burgalesas. La noticia la conocimos inmediatamente, como rumor, y no tardamos en tenerla confirmada. Desaparecido Mola, la personalidad de Franco quedaba como la del caudillo indiscutido. Los carlistas navarros, que tenían puestas todas sus esperanzas en la espada del segundo Zumalacarregui, se acongojaron con una pena sincera. ¿Tendría "suite" el pronóstico del periodista bilbaíno, que había proclamado que Mola moriría antes de entrar en Bilbao, y que la villa vencería, una vez más, el asedio? Confieso aquí que vivía, a pesar de mi dorolosa impresión directa, muy encariñado con esa ilusión. Las dificultades las conocía bien, pero no ignoraba ni las que tuvo que vencer Madrid, ni aquellas a que hizo pecho Aranda en Oviedo. ¿Cuántos meses careció Madrid de aviación? ¿Cuántos hubieron de pasar antes de que Oviedo recibiese el auxilio de la columna gallega, que fué dejando por el camino, hasta franquear el Naranco, gran número de víctimas? El accidente que costó la vida a Mola no tendría repercusión en la ofensiva del Norte, porque los planes de la operación no eran españoles. Se habían cocido en cabezas extranjeras, y en su ejecución intervenían soldados "voluntarios" de Italia y Alemania. Por ese lado, no había nada que esperar. La contienda se continuaría con la violencia que testimoniaban las ruinas de Guernica y de Durango; pero, a la vez, con la voluntad de resistencia que preconizaba el Gobierno Vasco y ejecutaban, no cuidando de sus vidas, los gudaris vizcaitarras —acomodemos al uso una palabra perdida en el tiempo, que evita confusión— y los obreros socialistas que, llorando camaradas, sangrando juntos, aprendieron a estimarse mutuamente. Será bueno que esa estimación, consecuencia de un mejor conocimiento, no se extravíe ni en los momentos de mayor discre-

pancia, ya que es con ella con la que podremos hacer que nuestros futuros debates tengan un marco civil... La resistencia de Bilbao, que deseábamos victoriosa, era un sincero motivo de esperanza íntima. ¿Conseguiría Prieto facilitar a la villa los elementos indispensables para sostenerse? Era dudoso. Las dificultades aumentaban cada día. Los franceses, vacilantes en ayudarnos, se desdecían a cada ocasión, temiendo los riesgos de un escándalo parlamentario y periodístico. Para las derechas francesas, la victoria de Franco era la garantía de una España conservadora. Divulgaban con horror los primeros excesos republicanos y ocultaban cuidadosamente los cometidos por los militares. Se habían situado ante nuestro problema, sin siquiera examinarlo, a la vista de la reacción de los partidos republicanos franceses. Fué suficiente que los comunistas enarbolasen nuestro pabellón, para que ellos, unánimes, se inscribiesen como voluntarios en los batallones de Franco. De nuestro lado veían, con absoluta nitidez, la muralla del Kremlin, con sus colas de golondrina, y del opuesto, el trono de los Borbones. El resto era anécdota. La aviación técnica alemana, arrasando villas o midiendo cotas pirenaicas, no contaban en sus cálculos. El "furor teutónico" no es abominable, sino cuando se emplea contra la buena tierra de la dulce Francia. La lucha de clases había simplificado el problema, para nuestra desventura, y probablemente, para desventura del pueblo francés. Esto último quizá lo sepamos con exactitud algún día. Blum, llorando sobre el hombro de Fernando de los Ríos, realiza la estampa de la impotencia, determinada, más que por la flaqueza de su ánimo, por la ayuda condicionada y a la vez desleal, que concedieron a su Gobierno los comunistas. Es más sencillo ironizar que penetrar en todas las causas de sus vacilaciones. Su voluntad estaba lejos de ser omnipotente, exactamente como le sucedía a Mr. Eden, copartícipe, con Blum, de todas las agresiones de un periodismo mostrenco, que no se cuidaba de discernir. Prieto, expeditivo y audaz, clamaba iracundo contra la conducta de nuestros amigos franceses. Las ayudas que proyectaba para el Norte no se lograban sino muy insuficientemente. Y quiere ayudarlo. Su pasión busca cómo... ¿Ha pensado en aprovechar la muerte del general Mola para causar un daño irreparable en los altos mandos militares? Poco después de comunicada la noticia de la muerte del general que conducía la ofensiva enemiga del Norte, Prieto me llama al teléfono y me pide que le precise la hora y el lugar del entierro.

Una idea de Prieto que no se materializa

—Vea de obtener esos datos inmediatamente.

Mis servicios consiguen averiguar que el cadáver de Mola será trasladado a Pamplona y que se prevé la asistencia del caudi-

llo al acto solemne de su sepelio. Indican una hora, que parece aproximada. Del Ministerio de Defensa hacen trabajos para asegurarse la exactitud de los informes. Tengo la intuición de lo que Prieto se propone: enviar a la aviación a bombardear el entierro, buscando causar el mayor número de víctimas entre las autoridades rebeldes que asistan. No recuerdo con exactitud si es un último escrúpulo de conciencia, o la falla de un detalle, lo que le hace desistir de su plan. En una reunión de ministros, donde se comentó la muerte de Mola, Prieto descubrió su pensamiento y nos declaró que, al conocer la noticia, concibió la idea de bombardear y ametrallar el acto del entierro, con la esperanza de destruir los cuadros de mando de la insurrección. Nuestros aviones, sobrevolando territorio francés, se hubiesen presentado en Pamplona antes de que la señal de alarma avisara peligro. Esta operación se hizo en otro momento, como respuesta a una agresión rebelde contra Barcelona, y nuestros aparatos bombardearon Pamplona, sin dar tiempo, en efecto, a los servicios de la defensa pasiva para tocar las sirenas. Francia protestó del vuelo de nuestros aparatos sobre su territorio y la infracción no se repitió. Prieto dió la orden sabiendo, de antemano, que no podía repetirla. Descubierto el procedimiento, era natural que Francia protestase, apremiada por los valedores de los rebeldes, ya que, penetrando por los Pirineos, nuestros aviadores podían destruir Pamplona sin correr el menor riesgo. Quedaba únicamente la represalia rebelde, que, a favor de su abundancia de material, solía ser terrible. Cada uno de nuestros ataques aéreos fué contestado con una violencia destructora verdaderamente furiosa. Era un problema de material. Refiriéndose a ese aspecto de la guerra, Prieto, que estaba a la espera de aparatos de bombardeo, hizo ante el Consejo de Ministros la siguiente declaración, probablemente afectado por la visión directa de uno de los últimos ataques aéreos:

—No oculto a ustedes mi decidido propósito, una vez que disponga de medios, de corresponder a cada agresión de los aviadores alemanes con otra agresión nuestra de mayor dureza, preferentemente sobre las capitales rebeldes. La orden, que por mi voluntad, será de destrucción sistemática, la consultaré con ustedes, no para compartir la responsabilidad, alivio que no necesito, sino para que no se me pueda reprochar que tomo por mi sola iniciativa una resolución tan grave. Cada uno asumirá ante su conciencia la responsabilidad de autorizarme a dar un mandato que, ante el mundo, será sólo mío. En su momento les haré la consulta, adelantándoles que, por lo que hace a mi conciencia, la tranquilidad será perfecta. La protestas del mundo, que deja a los aviadores alemanes que destruyan a España, no influirán para nada en mi ánimo.

No tuvo ocasión de hacer la consulta. En ningún momento dispusimos de material suficiente para desafiar al adversario con

ataques a su retaguardia que, por ignorarlos, le causaban una desmoralización colectiva, al punto de que, con sólo un bombardeo, fueron muchas las personas que en Pamplona se pusieron a suspirar por la paz, temerosas de que la aviación republicana continuase aleccionándolas en un dolor al que la retaguardia leal había necesitado acostumbrarse. Teníamos poco material y, por lo común, desequilibrado; esto es, que cuando disponíamos de cazas, carecíamos de aparatos de bombardeo, y si éstos existían, no poseíamos cazas que los protegieran. El caso de Franco era distinto. Alemania e Italia le proveían en abundancia. Le reponían las pérdidas con una generosidad rayana en la prodigalidad. El material alemán era magnífico y sus pilotos, francamente buenos. Sobrios de jactancias y ricos de obediencia. Tenían, como orden rigurosa, la de proceder a la destrucción del aparato, si caían en territorio enemigo. Ese era el primer cuidado a que necesitaban atender. Su moral era alta. Conocían la seguridad de su rescate. Y, en efecto, salvo los que se mataban al caer o morían de las heridas recibidas en el combate, su canje era cosa de pocos meses, y, en ocasiones, de pocas semanas. Recordando su obra destructora sobre el espinazo de España, quizá quepa formular reproches a esa conducta marcada por un acuerdo del Gobierno y gestionada, pacientemente, con indecibles sufrimientos morales, dada la informalidad de los rebeldes, por don José Giral. Pero no teníamos otro sistema para librar de la muerte a nuestros prisioneros. La seguridad del rescate daba a los pilotos alemanes un aplomo perfecto, pero independientemente de él, su admiración por el Estado al que servían era insuperable. En parecido caso se encontraban los italianos, idólatras de Mussolini, como sus colegas de "voluntariado", de Hitler. Unos y otros, tenían un largo aprendizaje de su oficio, cosa que no sucedía a los nuestros, rápidamente preparados para volar y obligados a suplir su inexperiencia con una sobrecarga de coraje. Algunos de los prisioneros alemanes no ocultaron, en sus declaraciones, el mérito combativo de los aviadores de la República, muchachos jovencísimos, a quienes la expectación de vida se les medía por semanas. Prieto no pudo enviarlos a castigar la retaguardia facciosa. Le faltó el material necesario. Sin esta circunstancia, la guerra hubiera tenido fisonomía muy distinta.

Bilbao se hunde por falta de aviones

Bilbao se hundía, a pesar de la muerte de Mola, al que sustituyeron por el general Dávila, por falta de aviones. Carecía de otra clase de material; pero el único capaz de provocar una reacción heroica, del tipo de la de Madrid, en su vecindario, era el de aviación. Sufría, moralmente, de ese complejo de inferioridad. Estaba convencida de que sin aviación todos los esfuerzos serían

inútiles. No creía ni en el cinturón de hierro. Era estéril luchar contra un desánimo que había arraigado profundamente en todas las clases sociales y que se veía justificado por el retroceso de nuestras tropas. Si la guerra se acercaba a Bilbao, ello se debía, por modo exclusivo, a la carencia de aviones. No se hacía cuenta alguna por lo que afectaba a la artillería, ni a los carros de asalto, ni a las masas de combatientes. Estos déficit se reputaban fácilmente superables; pero no así el del aire. Se explica semejante desesperanza colectiva. La aviación había demostrado en qué medida era exacta su capacidad de destrucción, y las instrucciones para preservarse de ella habían sido hechas, desde el primer momento, con ánimo de hacerlas cumplir. Cada alarma determinaba un colapso vital y al hacerse constantes, el índice de la producción bajó mucho y el de la moral pública, mucho más. Las apelaciones más apasionadas, se perdían inevitablemente en el general escepticismo. Subrayando la llegada de tres docenas de aeroplanos, esas mismas palabras hubiesen alcanzado una acogida entusiasta y la reacción pública se hubiera producido con fuerza inimaginable. El propio tesón de los combatientes, que cedían el terreno, cobrándoselo caro a los invasores y pagándolo ellos mismos a precio exorbitante, habría recibido un refuerzo optimista. Nuestra aviación no pudo llegar. En el intento, perdimos hombres y material. A nuestra pobreza, la desgracia le impuso descuentos lamentables.

Ibamos a perder Bilbao. Goicoechea, el ingeniero constructor del cinturón de hierro, fortificación en que confiaba la villa, se pasó al adversario. Su técnica hacía tiempo que se había evadido. La famosa fortificación era una obra recia, en la que se había empleado mucha mano de obra y abundante material; pero tácticamente, desconsolaba. "No se había supeditado el trazado —informa el general Gamir Ulibarri: "Guerra de España 1936-1939"—, como es elemental, a la obtención de buenos conservatorios y planes de fuego que hiciesen posible las barreras de los combinados de infantería y artillería en los tiros de detención, ni efectuado organizaciones en los puntos precisos para evitar espacios desenfilados y ángulos muertos donde la infantería asaltante pudiese reorganizarse..." Cuando se quiere corregir los defectos, contribuyendo al esfuerzo las propias mujeres, falta tiempo... El enemigo golpea contra el cinturón con todos sus elementos materiales. Nada de parecido. Aviación, artillería de calibres varios, armas automáticas, ingenios: una ola constante de fuego y de hierro, a la que no hay posibilidad de oponerle más que las descargas de fusilería de unos soldados que vienen luchando, sin relevo, desde hace varios meses, y que no pierden la esperanza de detener, a las puertas de Bilbao, al ejército de los invasores. Es una noble esperanza que tiene contados días de existencia. La progresión del enemigo es implacable. Próximos al objetivo ambicio-

nado, los ataques se hacen más feroces, las concentraciones de artillería más implacables, los vuelos de los aviones más constantes. El combate tiene, en su desigualdad, una grandeza única. Es un combate y no una retirada, como sucederá más tarde, en Cataluña. No se pierde el contacto con el adversario ni un solo momento. Aguirre pide a los soldados que se muestren dignos de la tierra que defienden y su locura heroica llega hasta discutir en contraataques posiciones perdidas la víspera y en las que el vencedor se ha instalado con riqueza de máquinas automáticas. ¡Peña Lemona! Frente a Bilbao, ¡Archanda! El fuego de la artillería italiana barre las calles de la villa, humedeciéndolas de sangre.

Donde el heroísmo es sólo una manera de morir

La tragedia toca a su fin. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué pueden hacer los batallones que discuten a los italianos la posesión de Archanda? Una sola cosa: morir. Tienen conciencia de esa verdad. Saben que van a perecer y no vacilan en ofrecerse voluntarios al mando para las comisiones difíciles, de las que no se vuelve. En la cima de Archanda, a la luz intermitente de los disparos, hay una escena que cuando me la refirieron me dejó una cicatriz en la sensibilidad. El comandante de un batallón nacionalista vasco, resuelto a inmolarse con sus hombres, pide al jefe de otro grupo de combatientes, socialista, que se retire. Este la replica, iracundo:

—Ni yo ni mis hombres cedemos a nadie el privilegio de morir.

—Porque lo sé, te pido como hermano que te retires. Todo lo que hay que hacer aquí, lo puedo hacer yo con mi batallón. Vete tú. No nos discutáis este orgullo.

El iracundo se cuadra, primero, se arroja a los brazos de su camarada, después, y le cede lo que le ha pedido. En retirada con sus hombres, se va secando las lágrimas. Los puentes están a punto de ser volados. Se quiere intentar la defensa de la mitad de Bilbao, guardando las alturas de Ganecogorta y Pagasarri. Prieto, desde su despacho, ha dado esa orden. Quiere que la villa se defienda hasta el último límite. En su orden, se detallan las posibilidades y se señalan las destrucciones necesarias. Su orden llega tarde. Los batallones que tienen a su cuidado la defensa de las cotas de Pagasarri y Ganecogorta, desconocedores de su valor estratégico, y afectados por el general movimiento de repliegue, las abandonan sin combate y casi al mismo tiempo, la villa se encuentra batida a izquierda y derecha de la ría. No queda otra cosa que hacer que evacuarla. La voladura de los puentes no ha surtido el menor efecto. Son destrucciones que hubieran podido excusarse, de haberse previsto la deserción de los batallones que guarnecían los montes que iniciaron en la afición al alpinismo a

los discípulos de Bandrés. El repliegue se hace en condiciones precarias. El propio general Gamir sale hostilizado por los fuegos de los invasores. Las destrucciones ordenadas por Prieto, al que interesaba privar a los rebeldes de las instalaciones industriales de Baracaldo y Sestao, no se cumplen. Hay un batallón que se niega a autorizarlas y monta una guardia de fusiles en las fábricas. Decidido a entregarse a los vencedores, esperando encontrar gracia en ellos entregándoles intactas las importantes factorías siderometalúrgicas, las defiende. Le falla el cálculo. El vencedor lo diezma en una justicia rápida.

El Gobierno Vasco discute con Prieto —reputando su orden equivocada e inhumana— la destrucción del pantano de Ordunte, que abastece de agua a Bilbao. La destrucción no se hace. El vencedor entra en posesión de la riqueza vizcaína. Sus posibilidades industriales, en lo sucesivo, serán mucho más considerables. Aumentará la jornada obrera y en idéntica proporción disminuirán los salarios. La resistencia que el pueblo le haga no pasará de ser teórica. Resistencia de las conciencias; pero no de los brazos, contra cuya pereza deliberada tiene en la violencia remedios eficaces. ¿Por qué no se evacuaron, cuando fué tiempo, las instalaciones industriales? Esta pregunta, hecha con tono acusador, perdió pronto toda su fuerza. La caída de Bilbao, ocurrida el 18 de junio de 1937, pronosticaba, la derrota del Norte. Por más que en Asturias afirmasen que no sucedería lo que en Bilbao, la confianza en esa afirmación era muy escasa y los más optimistas no se atrevían a suponer cosa mejor que un sacrificio colectivo de tipo numantino. Toda la ventaja de una evacuación de las fábricas hubiera residido en la desorganización inicial, a la que no se hubiese tardado en poner rápido remedio con los equipos de técnicos alemanes que, inmediatamente, pasaron a gobernar las actividades industriales y mercantiles vizcaínas. Militarmente era preferible la destrucción, pero ésta no se pudo cumplir.

Con la pérdida de Bilbao, el Gobierno de la victoria se apuntaba su primer doloroso hecho de armas. El comienzo no podía ser más descorazonador. Cinco ministros teníamos razón especial para sentirnos afligidos, los dos comunistas, Uribe y Hernández —un hermano de éste fué hecho prisionero—, los dos socialistas, que coincidíamos en ser diputados a Cortes por Bilbao, e Irujo, a quien la pérdida le afectaba, más que en su conciencia sentimental y afectiva, en su pasión política. De todos, el más inconsolable era Prieto. Su angustia inspiraba respeto. No se la oí traducir en palabras hasta después, un día en que le fui a visitar acompañando a Leizaola, que había hecho el viaje del Norte para entrevistarse con el ministro de Defensa y vino a mi despacho para que le arreglase la entrevista. Se consideraba responsable de lo sucedido a título de ministro y por sus silencios, tanto como más tarde en

sus palabras, medía yo su congoja. Por aquellos días le hice visitas más frecuentes que las acostumbradas, buscando discretamente serle de alguna utilidad, pero no conseguí provocar la conversación que pudiera permitirme confortarle con mi palabra. Sabía que había remitido una carta a Negrín dimitiendo su puesto de ministro. En la visita de Leizaola a que aludo, y de la que por consenso de los dos, fuí testigo, Prieto, refiriéndose a los esfuerzos que había hecho para ir en ayuda de Bilbao y a la desesperación en que había caído al conocer la pérdida de la plaza, le dijo al Consejero del Gobierno Vasco:

—He tenido unas horas tan amargas y he medido tan severamente la que juzgo mi responsabilidad que, aparte de haber enviado al jefe del Gobierno una carta con mi dimisión, pensé en el suicidio. Esa idea llegó a obsesionarme y tuve la pistola a punto. La reputaba como mi única solución.

No creo que Leizaola haya olvidado el "pathos" con que esas palabras fueron pronunciadas. Sonaban a verdad dolorosa, y al corresponder a ellas, notaba yo que las mías carecían, a pesar de mi voluntad, de potencia cordial. En las de Leizaola se notaba un como sobresalto católico; pero eran sinceras, a despecho de la ninguna simpatía con que ambos hombres se habían enfrentado en la política.

CAPITULO XXXII

Rivalidades enojosas. — La capitulación en Santoña de un batallón vasco. — El hundimiento del "España". — Suceso aislado.—Santander sin esperanza.—La batalla de Brunete.—Línea de defensa en el papel. — Un Consejo en el que se acuerda resistir. — Hundimiento del frente santanderino y pérdida de la comunicación con Asturias. — Una noche trágica. — La traición de la guardia de asalto. — Telegramas oficiales y comentarios diplomáticos.

LA caída de Bilbao influyó de un modo considerable en los acontecimientos del Norte. Dió al adversario una moral fortísima y descorazonó a nuestras unidades. Todavía peor que ese descorazonamiento, fueron las rivalidades que surgieron entre vizcaínos y santanderinos. El gobierno vasco produjo repetidas quejas contra las autoridades de Santander por la destemplanza con que eran acogidos los refugiados bilbaínos, destemplanza que —decía— había dado lugar a numerosos incidentes. Estos eran más graves en los batallones. Los vascos estaban acusados de no poner la menor pasión y de desinteresarse de la guerra, por haber dejado de combatir por su país. Quienes eso afirman citaban varios casos concretos y ninguno de tanta fueza como el ocurrido en Santoña, donde una unidad vasca, de filiación nacionalista, después de haberse apoderado de la villa santanderina a mano armada, se rindió a las fuerzas italianas, consiguiendo, en una breve estipulación, salvar la vida de sus componentes, a cambio de no hacer la menor resistencia. El propósito de la unidad era, al parecer, ése y no otro: hacerse a la mar en la flota pesquera y ganar la costa francesa. El pacto que su jefe firmó con un general italiano daba plena satisfacción a sus deseos. En la voluntad del mando italiano estuvo hacer honor a la firma del documento, y en varios de los vapores anclados en la dársena de Santoña, dispuestos para hacerse a la mar con la población civil, comenzó el embarque de la unidad desertora. Inopinadamente hubo una contraorden, que, por su fuerza debía ser tajante e inapelable, y tanto los combatientes que ya habían embarcado, como los que esperaban turno para hacerlo, pasaron a ser considerados por los vencedores como prisioneros de guerra y encerrados en un campo de concentración. La delimitación de sus responsabilidades fué cosa posterior. Los defraudados se con-

sideraron con ánimo para hacer varias protestas, y al ampliarse éstas por el tornavoz del gobierno vasco, o por el de alguno de los miembros de él, se fué precisando el cariz de la historia, que tal y cómo llegó a conocimiento del ministro de Defensa, por sus medios de información, constituía un gravísimo delito militar de los que se castigan sobre el campo, diezmando a la unidad que lo comete. Prieto aludió veladamente a ese episodio en uno o dos Consejos de Ministros, sin que Irujo, que debía conocerlo de modo más perfecto, aportase aclaración ni intentase defensa del batallón recriminado. Pasó algún tiempo antes de que se conociese el texto de la estipulación del mando vasco y del general italiano. El tema no se abordó en Consejo de Ministros y lo llevaba personalmente Prieto, como un expediente más de su ministerio, pensando, quizá, que algún día pudieran ser objeto de examen fiscal y de conocimiento público. Recuerdo que como la minoría socialista parlamentaria se reuniese en el Salón de Sesiones del Parlamento catalán, para examinar la procedencia de acceder o negar la concesión del suplicatorio solicitado para procesar a Bolívar, diputado comunista, comisario general de Málaga, como presunto responsable de la caída de aquella plaza, y el que por causa distinta se pedía contra el señor Lucía, jefe de la Derecha Valenciana y militante destacado de la Ceda, que al producirse la sublevación envió un telegrama al Gobierno condenando el movimiento y poniéndose a sus órdenes —diputado éste al que yo defendí apasionadamente sin que consiguiese convencer a mis compañeros, ni arrancar a cuantos impugnaron mi defensa una sola razón estimable, pese a su mayor capacidad oratoria—; recuerdo que Prieto, interviniendo en el caso de Bolívar, sostuvo la tesis de que correspondía acceder a la petición del suplicatorio —tesis que se aprobó— porque interesaba sobremanera que el juez pudiese aclarar, con plenitud de elementos lo sucedido en Málaga que 'a su juicio pasaba a tener muy pequeña importancia en comparación con las responsabilidades que correspondía exigir por la caída del Norte, donde algunas unidades habían llegado, en su afán de deserción, a entablar relaciones directas con el enemigo. Estas fueron las últimas palabras oficiales que escuché con relación al episodio de Santoña, a cuyo esclarecimiento presumo que se dedicará papel y tinta en abundancia.

El quebrantamiento de la estipulación, que el general italiano estaba dispuesto a cumplir, debió ser obra personal de Franco, quien es posible que negase su aprobación por tratarse de una unidad compuesta, en su mayoría, por "separatistas" vascos, a los que distingue con una particular hostilidad. En los batallones que se conservaban en línea, la noticia de esa defección, publicada de modos distintos, era comentada con apasionamiento y encono. Santanderinos y asturianos extendían a los vascos una cédula vejatoria. Los vascos se revolvían airados contra una descalificación que

reputaban insufrible. Todo conspiraba para arruinar la voluntad de defensa. Desde mi despacho de Valencia no podía discernir la verdad, oculta entre afirmaciones tan antagónicas. "Nuestros heridos —me decía el gobierno vasco— se mueren por la preterición desdeñosa de que les hacen víctimas en Santander". "Los heridos vascos —aclaraba Ruiz Olazarán— reciben los mismos cuidados afectuosos que los heridos de otras provincias. ¿Qué versión era la exacta? Contradiciendo a Irujo, yo aceptaba como más verosímil la de Santander. Conozco el "nacionalismo" montañés y no podía creer que, deliberadamente, diese a los heridos vascos un trato diferente al que recibían los heridos santanderinos. La diferencia de servicios, el caso aislado, la exigencia individual, actuando sobre un disgusto exacerbado por motivos diversos, daban origen a quejas de naturaleza injusta, que agriaban unas relaciones que hubiera interesado que se conservasen enteramente cordiales.

El hundimiento del "España"

No tuvimos esa fortuna. La derrota nos hería por todas partes y quizá con mayor violencia en la retaguardia. En los frentes, la muerte hace de aglutinante. En la retaguardia, la política, disolvente. No había que hacerse la menor ilusión en cuanto a la resistencia de Santander. Esta plaza nos había proporcionado un gran comunicado de victoria: el hundimiento del "España" obra, según la versión oficial, del acierto de tiro de un avión republicano. El mérito de la puntería no era español. Estará registrado en el Almirantazgo de una nación de larga tradición náutica. Como el "España" pretendiese hacer presa en un mercante, recibió una conminación imperiosa. La desobedeció y la unidad de guerra que ordenaba, giró en redondo y con un solo disparo hirió de muerte al viejo acorazado que se hundió lentamente, en tanto su compañero de piratería recogía, con algún esfuerzo, la tripulación del buque siniestrado. Los rebeldes no se querellaron públicamente por este acontecimiento, de naturaleza excepcional, que pudo cambiar, de haber tenido continuación, el curso de la guerra. ¿Significaba que la escuadra a que pertenecía el navío que había disparado estaba decidida a restablecer la libertad de navegación y comercio con España? La duda esperanzada del ministro de Marina y Aire, se resolvió —al poco tiempo— en una negativa. El hundimiento del "España" quedó como suceso aislado, que no modificó para nada el bloqueo de los rebeldes a la costa leal.

Las esperanzas sobre la tiesura con que Santander hiciese cara a la ofensiva no podían ser muchas. El mando hace un primer esfuerzo para reorganizar los efectivos a su disposición. Teóricamente, en el papel, la reorganización se consigue. De fondo, sólo se ha logrado cubrir las apariencias que se mantendrán todo el

tiempo que el adversario tarde en iniciar sus ataques. Los chispazos de heroísmo que brillan en cada instante apurado, no modifican esa apreciación general. La moral, después de la caída de Bilbao y de los episodios infaustos que la completaban, es muy baja. Nadie cree en la victoria y la conciencia de que no hay salida para la derrota, crea en los hombres un lamentable complejo de inferioridad. No queda más camino que el del mar y éste, por carencia de embarcaciones, sólo será accesible a muy pocas personas. El repliegue hacia Asturias, si a última hora resulta posible, no hará sino retardar el doloroso final previsto. Bilbao tenía puesta su confianza en el concurso de la aviación. Santander carece hasta de ese asidero para la esperanza.

La ofensiva republicana en Brunete

ENTRE la población civil que abondonó Vizcaya, y a cuya evacuación se atiende con algunos buques mercantes, se deslizan hombres de edad militar, que pretenden pasar inadvertidos entre las mujeres, los ancianos y los niños. No es sorprendente, como ya sucedió en Vizcaya, que esos hombres hayan ejercido cargos de autoridad civil o militar. Viven las veinticuatro horas de cada día proyectando la evasión. Se saben condenados a muerte y tratan, por todos los medios, de escapar a su sentencia. En las trincheras, las defecciones de oficiales y soldados son también muy numerosas. Cada día que pasa es más agudo y penetrante el sentimiento de la derrota. Los cálculos del estado mayor son varios. Hace un trabajo de escuela que no tiene repercusión en el campo. En los frentes, las cosas suceden de modo distinto a cómo están calculadas, con diferencias radicales, según que el mando, además de competente, suscite seguridad en los soldados. La resistencia o el retroceso son, pues, aleatorios. No responden a las directivas de la oficina que lleva la responsabilidad de coordinar las operaciones. Se proyectan, siguiendo órdenes del ministro de Defensa, ofensivas encaminadas a no permitir al adversario que organice con plena libertad sus ataques. Se trasladan esas ofensivas hasta Oviedo, y por si fuese poco, en el centro de la Península, se comienza, con un brío satisfactorio, la de Brunete, primer movimiento serio de fuerzas que acomete la República, con la doble finalidad de liberar a Madrid del tribunto de sangre que a diario le cobran los cañones de Garabitas y de contribuir a descongestionar el Norte de la presión de los ataques de los rebeldes. El golpe de Brunete, que como más tarde reconoció la prensa alemana, pudo haber sido operación decisiva, no se logró, preferentemente, por la irregularidad con que respondían las diversas unidades metidas en juego. La preparación fué un alarde de sigilo. Todo el movimiento de hombres y material se hizo sin que el adversario alcanzase a conocerlo. Los primeros

ataques fueron afortunados. El adversario, sorprendido, cedió el terreno. Nuestra aviación le castigó duramente. Desde un pico de la sierra, en un palacio señero, el mismo donde murió don Antonio Maura, convertido en cuartel general, pudimos seguir el trabajo de la aviación, que dejaba caer sus bombas sobre pueblos de adobe en que resistían los rebeldes. Miaja se sentía celoso, según me dijo Prieto en el balcón del palacio, que daba al campo de operaciones, de Rojo que era quien llevaba todo el peso efectivo de la ofensiva de Brunete. Al atardecer de ese día, en que coincidimos en el cuartel general, con el ministro de Defensa, Negrín, y yo, visitamos, acompañados de Miaja y Rojo, un pueblecito que acababa de ser tomado al adversario y en el que los escombros, humeaban. La impresión no podía ser más penosa. Los vítores de los soldados, desnudos de medio cuerpo en las baterías de la Deca, que el calor de aquellos días de julio era agobiante, no compensaban la tristeza del espectáculo. A la derecha de la carretera, a tiro de fusil, en una casa de campo que refractaba el sol con sus paredes blancas, se mantenía insumiso un pelotón de rebeldes. El primer refuerzo que recibieron fué de aviación. La que actuaba en el Norte se trasladó al centro. La crítica alemana, perfectamente objetiva, atribuyó el fracaso de la ofensiva de Brunete a la obstinación puesta en rendir Boadilla del Monte, en vez de atacar resueltamente Navalcarnero. Para los críticos italianos —A. Bollati y G. del Bono— "el solo resultado de la ofensiva de Miaja fué producir una paralización temporal de las operaciones nacionalistas en el frente de Santander". Uno de los dos objetivos fué conseguido. Las tropas del Norte necesitaban descanso y reorganización. Podían ganar en moral como consecuencia de ese respiro. La noticia de que en Madrid el ejército republicano tomaba la iniciativa, desmesuradamente abultada al difundirse por la prensa, dió lugar al nacimiento de efímeras esperanzas. La batalla de Brunete, durísima y encarnizada, no pudo prolongarse más allá: nuestras tropas habían suministrado al mando un esfuerzo agotador. Pasada la sorpresa, la respuesta del adversario fué congruente a nuestro ataque y el intento hubo de ser abandonado, no sin llegar a la conclusión de que en el centro se disponía de un ejército relativamente bien organizado y con una moral militar.

Prieto confiaba en que el tiempo le consintiese ir dando a todas las fuerzas a sus órdenes una organización similar a la que tenían las unidades de Madrid, donde había trabajado el general Rojo. El ministro pasaba por crisis de desesperación, bien justificadas porque a su voluntad se enredaban, paralizándola, pequeños problemas políticos que no le consentían trabajar con el desembarazo que le habría permitido crear el ejército que nos faltaba. Cuando en los ratos de intimidad desgranaba los pequeños motivos de sus grandes crisis, el anecdotario era copioso y, efectivamente, irritante. Los comisarios políticos, y la organización que los re-

presentaba administrativamente, eran la principal causa de sus disgustos. Prieto no aceptaba el predominio comunista en los cuadros del comisariato. Y de aquí surgió una de las causas de su impopularidad cerca de ellos, que había de irse complicando con otros motivos de disgusto. No era sólo Prieto quien buscaba la alianza del tiempo para creer en la victoria. La seguridad de que él era nuestro aliado más fiel estaba muy extendida, y a su ayuda fiábamos, en cierto modo, la salvación de lo que nos quedaba del Norte. No teníamos otro elemento que meter en acción. Una a una habíamos ido quemando todas las posibilidades de ayuda: Santander no tenía nada que esperar del Gobierno. En verdad, no tenía nada que esperar de nadie. Su destino era conocido. En la cartografía del Estado Mayor, que el general Gamir reproduce en sus "Memorias", las líneas sucesivas de defensa tienen un claro y buen sentido militar. Desgraciadamente no pasan de ser trazos firmes en el papel. En la realidad no son nada. Los ataques del adversario lo descomponen todo y antes de que la nueva línea defensiva esté trazada, no existe como recurso de resistencia. Es trágico ese trabajo de cálculo que se impone el Estado Mayor. Sus directivas llegan tarde. Los motoristas que llevan las órdenes se cruzan en el camino con los que traen notificaciones de nuevos desastres. En Reinosa, la mayoría de los obreros de la Constructora Naval se oponen a la destrucción de la fábrica, riñendo un combate en el que perecen varias personas. Es un síntoma expresivo. Los trabajadores protegen con sus cuerpos la factoría, pensando en que si subsiste, salvarán sus vidas. En una película soviética está desarrollado ese tema, con un sentido revolucionario. En Reinosa, la defensa de la fábrica aprovechará a los militares. El soldado republicano duda, después de eso, dónde puede hacer pie. Teme al campesino y desconfía del obrero. Su moral, que ya era baja, se hunde más. Le falta espíritu hasta para discurrir represalias. Todas sus potencias están fijas en un sólo polo: conservar practicable la carretera de Asturias. No es cobardía. Es un sentimiento distinto: se sabe derrotado. Conoce la tremenda desorganización en que se mueve. Y aun así, cuando le vuelve la fiebre, combate tercamente defendiendo un altozano verde que hace tiempo está rebasado por los flancos. En nada mejoran este cuadro las explicaciones técnicas del desarrollo de la lucha en la montaña. Las "Memorias" del general Gamir son sinceras. Es lo que él hizo y quiso, ayudado de sus colaboradores inmediatos, que se hiciera. El testimonio de los que vivieron con las tropas y tenían la responsabilidad de conducirlas, consiente esa otra síntesis, más cercana a la verdad dramática de aquellos días desesperados. Dentro de la propia capital, la desmoralización, patente en los muelles de la bahía, iba montando el andamiaje de una nueva des-

lealtad. Hacía tiempo que cada cual se acostaba vestido y dormía con un ojo abierto. El frente, con sus repliegues, era menos temible que la propia retaguardia, con sus afanes de evasión. Los periodistas, por ejemplo, pedían a Prieto que les gestionase un buque de guerra inglés para hacer la evacuación en condiciones de seguridad. Los más modestos se conformaban con una plaza en el "Douglas". La angustia se la aumentaban mutuamente los afligidos, con noticias pesimistas. Todo estaba perdido.

El destino de Santander

El 22 de agosto se celebra una reunión a la que acuden las autoridades civiles y las militares. Es un consejo en que se va a decidir la suerte de Santander. Informan los jefes de los cuerpos de Ejército, coronel Prada y tenientes coroneles Linares y Bayas. Este pide que se prolongue la resistencia durante setenta y dos horas, en las cuales puede modificarse la situación. Los informes son pesimistas y aconsejan, en definitiva, preparar la retirada a Asturias. El comisario del XV cuerpo de Ejército, Somarriba, dice "que la gravedad es grande. Nos han cortado el agua y dentro de poco nos cortarán la luz. Las fuerzas de Santander se encuentran desmoralizadas y no resisten. No se ha logrado restablecer la línea. Si pretendemos hacer el repliegue general perderemos en la empresa el 50 por ciento de los efectivos. Si como dicen los jefes militares necesitamos seis como plazo mínimo para hacer ese repliegue, no disponemos de este plazo". Cree que debe mantenerse el frente de Santander aun corriendo el riesgo de quedar aislados de Asturias. Otro comisario político, Lejarcegui, nacionalista vasco, comparte ese mismo criterio: conservar el terreno que se posee. El general afirma que no se tienen efectivos para mantener el frente y es forzoso reducirlo. Guillermo Torrijos, que representa al País Vasco en la Junta Delegada del Norte, pide al general que dé las soluciones que corresponden a esa situación. Las soluciones, dice Gamir, son dos: el repliegue parcial a Santander, manteniendo la comunicación con Asturias, o el general a esa provincia, para lo que se considera que se ha hecho tarde. El comandante Lamas, jefe de Estado Mayor, quiere que se tenga en cuenta la afirmación del Gobierno, al asegurar que en el plazo de 72 horas, las fuerzas leales van a desencadenar una gran ofensiva. José Antonio Aguirre, que asiste a la reunión, concreta su pensamiento en la petición de disciplina: "los militares deben señalar la norma, a los demás sólo nos incumbe obedecer". Ruiz Olazarán, abunda en ese pensamiento. Torrijos afirma la conveniencia de resistir. "Al final manifestó el general que dirigiría un telegrama a Valencia, como así lo hizo, explicando la reunión, en la que quedó flotando —la palabra cobra un significado casi matemático en

virtud de los sucesos posteriores— que la solución que se iba a adoptar sería sostener la población y provincia de Santander y comunicación con Asturias, por lo menos las 72 horas en que se marcaba la ofensiva por el Este y reducir el frente". Antes de que transcurriesen las primeras veinticuatro horas, a las 17.30 del día 23, al tener noticia de la ruptura del frente, el general Gamir, dio la orden de evacuar Santander. "Al producirse —escribe el general— el aconchamiento de los batallones nacionalistas vascos, que no cumplen órdenes, sobre Santoña y Laredo, se ha desmoronado el plan de las 72 horas de resistencia, para agotar, hasta lo humanamente posible, la posesión de Santander". Se ordena la retirada a Asturias. Este movimiento tiene que estar garantizado por la triple línea escalonada delante de Torrelavega. Es la única carretera practicable. El enemigo, poniendo a contribución todas sus fuerzas, ha ocupado la sierra de Ibio, rebasando Torrelavega y estableciendo una cabeza de puente en Barreda, con lo que queda cerrada, por tierra, la comunicación con Asturias. Esto sucede el día 24, "diez días después de haberse iniciado la ofensiva". No hay otro camino de evacuación que el del mar. La flotilla pesquera es insuficiente para transportar las personas que se consideran comprometidas. Una muy severa guardia militar impide que los vaporcitos sean tomados por asalto. El egoísmo de los bien informados, les conduce a guardar el secreto de lo sucedido en el frente. Al amparo de la noche, con cierta clandestinidad, las autoridades toman plaza en los pesqueros. En el muelle, las personas que las ven partir, las amenazan y las injurian. Suenan como disparos secos los apóstrofes y como invectivas, los disparos que se hacen al bulto de las embarcaciones que navegan hacia la boca de la bahía. Hay quien se ha tirado a la mar y nada en dirección a los pesqueros, buscando alcanzarlos. Otros, no menos desesperados, disparan sus armas apuntándose a la cabeza. Un viento de desesperación sopla sobre todas las voluntades rotas y vencidas. En la noche trágica, los cuerpos tropiezan con los cuerpos y sin intentar identificarse, se hacen fuego. La vida del hombre ha dejado de tener valor. Se mata y se muere con absoluta indiferencia, ahora que en la dársena de Puerto Chico no queda ni una sola embarcación. Una embriaguez iracunda lleva a los hombres a despreciarse mutuamente. Los que se conservan más lúcidos, se esconden, buscando refugios inverosímiles en espera de acontecimientos. La canción de la vida sigue resonando en su sangre y discurren planes complicados sobre los que el azar dirá su última palabra.

El ejemplo de Federico Angulo

Algunos jefes han quedado al frente de sus hombres, prefiriendo correr la suerte común a abandonarlos vergonzantemente.

Es el caso del teniente coronel Federico Angulo. (1) Cuando le proponen salir, se niega a todos los requerimientos apremiantes de la amistad. Se queda, su hijo al flanco, con los carabineros a quienes ha dado una moral severa y puntillosa. No le hace reproche al destino. Lo acepta, como tantas otras veces, con un sobrio espíritu senequista. Tampoco se jacta de su comportamiento. Es más pobre de vanidad que de orgullo. Cuando le pidan las manos para atárselas, pondrá su soberbia en levantar la cabeza. Estas conductas aisladas, subrayan con un trazo fuerte la cautela egoísta de los medrosos y de esos hombres despavoridos que rondan por las calles buscando un seguro para sus vidas, que viendo en la ansiedad del vecino una competencia, se le imponen, cuando no con la astucia, con un disparo certero. El muelle es un paseo de dementes, al que llegan, en oleadas, los hombres armados. La ansiedad hace nacer el espejismo. Los ojos, desorbitados de tanto explorar la noche, acaban viendo el barco salvador y con la esperanza de llegar a él, los hombres se arrojan al mar, donde se ahogan. Suicidas que mueren braceando por alcanzar lo inexistente, por abordar un vapor que ha construido su imaginación delirante. Son unas horas de angustia indecible, de una angustia colectiva que se va resolviendo en tragedias individuales. No se sabe qué es peor, si la noche o el día. En la obscuridad se guarecen algunas esperanzas que al amanecer se disipan. El hombre ve a su semejante y se reconoce en él, cobarde, asustado y roto; siente rabia de sí mismo, tanto más grande cuanto que se sabe abandonado por las fuerzas morales y no puede reaccionar. Quisiera descubrir la persona que le infundiese, con su autoridad, temple para esperar tranquilo el desenlace de la derrota; pero el hombre que busca no está en Santander y si está, no le conoce. Hay algunos de esos varones. No militan como Federico Angulo en la escuela socrática, sino más bien en una filosofía intermedia entre el epicúreo y el cínico. Son un médico y un escritor bilbaínos. Nada recomendables, en concepto de las personas serias, como maestros de conducta. Sus biografías abundan en perezas y en alegres dispendios vitales. Su anecdotario irregular es copiosísimo. Se han complacido siempre en confundir el vivir con el deber. Los dos han hecho la guerra con una pasión sincera y, a la vez, alegre, sin separarse de su conocido humorismo báquico. En ese trance en que no tienen a quién confiar su suerte, se levantan sobre el común de los mortales y se dedican a hacer muecas desvergonzadas a la muerte. Su doctrina les prohibe toda gesticulación clásica o romántica. Parece que la muerte, contra lo que se dijo, les ha respetado, sobrecogida, quizá, por su menosprecio. Estos, y otros hombres de igual sereno perder, no eran levadura suficiente para la masa de los afligidos.

El día iluminó una ciudad iracunda que se contenía difícilmente a la vista de los hombres armados. Los rencores ocultos,

(1).- F. Angulo fué detenido en un buque que iba a Francia, llevado a un campo de concentración en Vizcaya. ¡No se quedó en Santander! Que había sido un [illegible] — romanonista!

salían a la superficie y se abatían sobre los derrotados. Los guardias de asalto iniciaron la acometida. Buscando salvarse, se pusieron a servir al vencedor. No era el suyo un servicio leal, de convencidos, sino una operación comercial, calculada por un númen más abyecto que cobarde. Mercaderes que buscaban un provecho —el de su vida—, pusieron en su innoble persecución un celo insuperable. Buscaban corazones enteros que ofrecer a los piquetes ejecutores, y cuando no les era dado conseguirlos, disparaban sus armas, anotando el número y la clase de sus víctimas. Se hacían acompañar de testigos notariales, no fuese a suceder que se ignorasen sus servicios y el trabajo careciera de remuneración. Nunca ha sido la muerte tan siniestra. Las descargas de esta nueva guerra resonaban en las calles de la ciudad más trágicas que en los frentes. La masa de los derrotados se volvió a estremecer. Fué su última sacudida colectiva. La historia tocaba a su desenlace.

CAPITULO XXXIII

La "traición" de Prieto. — La falsa diatriba y el elogio falso. — El comandante José Gallego. — La anticipada destrucción de un puente. — Cómo nace una "soberanía". — Destitución del general Gamir y exaltación del coronel Prada. — Un telegrama a la Sociedad de Naciones. — Obediencia telegráfica. — Las inquietudes de Irujo. — La ofensiva leal en Aragón. — Un desfile accidentado. — Javier Bueno y Carrocero.

EL adversario estaba a las puertas de la ciudad y traía, con sus jueces y sus verdugos, sus carceleros y sus amortajadores, una normalidad de dolores diarios, seguros, a los que la costumbre acabaría por embotar las aristas. Para los condenados a ejecución inmediata, el tránsito era breve. El día 25 de agosto, Santander pasó a poder de Franco. Conmovido con la victoria, telegrafió a Mussolini su gratitud por la participación que en ella correspondía a los soldados italianos. Mussolini contestó al despacho y la prensa italiana, rompiendo la ficción de un misterio público, pregonó la conquista de Santander como obra exclusiva de las armas de Italia. El acento de la afirmación no podía ser más enfático. Reproducciones fotográficas de los diarios italianos circularon por la Sociedad de las Naciones, suscitando comentarios... diplomáticos. El combate seguía hacia Asturias, condenada a pérdida segura. Prieto preveía un altísimo ejemplo de abnegación de parte de los asturianos y su sensibilidad, placa ultrarrápida para las emociones, se acongojaba por adelantado. Buscaba aliviar la suerte de Asturias con la ofensiva que no pudieron esperar los santanderinos. Mis previsiones eran más modestas. Y más certeras: pronosticaba la repetición del drama de Santander. Y es que en mi estimativa, el Norte se perdió en Bilbao. Con diez días de ofensiva cayó Santander, con unas semanas más capitularía Gijón. no podía ser de otro modo, aun cuando si debió ser de otra manera.

Seguimos siendo, sin que alcance a explicárselo, el Gobierno de la Victoria. Cierto que no faltan opiniones discrepantes, que ven en la formación ministerial de que soy miembro, al gobierno de la derrota. Estos dos juicios absolutos, irreconciliables, eran, más que el resultado de un examen crítico sereno, el producto na-

tural de pasiones partidistas en contienda. En un folleto anarquista, editado y difundido en América, se explicaba, con pormenores precisos, la caída de Bilbao, atribuyéndola a una traición de Prieto, que se puso personalmente en contacto con el adversario para concertar su tenebrosa deslealtad. Seguro que el folleto encontró lectores que admitieron con inocente credulidad su calumnioso contenido.

Cómo nace una calumnia

El autor de la publicación, anarquista español, debió estar —representado, desde luego— entre los militantes de la C. N. T. que ofrecieron a Prieto, cuando éste dejó de ser ministro de Defensa Nacional, su apoyo incondicional para que continuase en el cargo. Tan extraordinaria diferencia de trato queda explicada por la hostilidad de los ácratas a los comunistas. Cuando se editó el folleto a que me he referido, Prieto era para la C. N. T. el cómplice de la maniobra comunista que puso término al gobierno de Caballero, y en torno a ese supuesto se le hacía una campaña de descrédito que culminó en la acusación de haber cedido la plaza bilbaína; al manifestarle su estimación y su confianza, Prieto era un debelador de los comunistas, que pagaba con la dimisión sus trabajos encaminados a reducir a límites de cordura los propósitos absorcionistas de aquéllos. Por los días de la caída de Santander, tomó auge la campaña de descrédito. Los diarios confederales se esforzaban por decirnos, entre líneas, escapando con ingenio a la censura, lo que pensaban de nuestro Gobierno; reservaban para sus periódicos de América la expresión cruda de su pensamiento. Su enemistad al ministerio era un puro reflejo de su odio a los comunistas, odio que no dejaba de tener una muy larga retribución de parte de los afectados por él. El duelo de esta enemistad profunda llevó a algunas personas a expatriarse, temerosas de consecuencias graves por haber puesto su toga al servicio de quienes reclamaban justicia. Una de ellas, al notificar su determinación al jefe del Gobierno, en términos que no carecían de fuerza, hacía expresa mención de Manuel Irujo y de mí, como ministros que se habían esforzado por facilitarle su difícil cometido. Semejantes distingos no eran, sin embargo, corrientes. Lo normal era que se aplicase al Gobierno un rasero único, por el que todos sus componentes resultábamos ser servidores incondicionales de la posición comunista. Estos no lo creían así. Cuando menos, informaban a Moscú de modo diferente. Nuestro representante diplomático en la capital soviética fué interrogado, incidentalmente, en el transcurso de una larga conferencia con un personaje muy conspicuo, sobre la causa a que podían atribuirse determinadas enemistades que parecían apuntar en uno de nuestros departamentos ministeriales, cuyo titular, como pudo recordar nuestra embajador, fué

uno de los seis contados españoles que con mayor desinterés trabajaron por que España, al proclamarse la República, reconociese a la U. R. R. S. y reanudase sus relaciones con ella. La pregunta, formulada por hombre tan preeminente, tenía como fundamento un informe grave. Sin riesgo de error me atrevería a poner a ese informe un nombre infortunado de tantas letras como las Parcas, ya que sería sarcasmo aludir a las Gracias. Estas distancias, más de carácter moral que de sentido político, no contaban, quizá, por no estar en condiciones de apreciarlas, en la estimativa de los opositores del Gobierno, obstinados en ver en él un gabinete de dirección comunista. Esa oposición se apoyaba en la caída de Bilbao y en la derrota de Santander para recusar al ministerio como culpable del doble desastre, pronosticando que la desgracia tendría una continuación en Asturias. La atribución era falsa. El Gobierno de los Sabios de Grecia hubiese necesitado asistir al hundimiento del Norte que, al perderse Irún, se había convertido en una fatalidad geográfica. Sólo el dominio absoluto del mar pudo haber modificado la situación; pero, desgraciadamente, el Cantábrico no nos pertenecía. Nuestros navíos dieron en él muy escaso juego, aun cuando una parte de sus tripulaciones, bien empapizadas de lecturas revolucionarias, tanto por los menos como de cosmético, se jactaban de ser los salvadores de la República. Tan falsa era la diatriva como el elogio. ¿De dónde salía la conclusión de que éramos el gobierno de la victoria? Aun cuando, en general, la pérdida de Santander produjo menor impresión que la caída de Bilbao, en mi sensibilidad se reflejó la nueva desgracia con intensidad parecida. La capital de la Montaña no había merecido, en ningún momento, atenciones idénticas a las que se dedicaron a Vizcaya y Asturias. ¿Era tierra expósita? Sólo sé que en ella el acatamiento a las órdenes del Gobierno fué perfecto; que sus autoridades cuidaron por todos los medios de incorporar la provincia a una normalidad legal intachable y que, con un sentido justo de las obligaciones del momento, se aplicaron a mediar en las diferencias de asturianos y vascos. Ese ajustarse al deber les quitó personalidad. El drama de su derrota parecía no contar. Camino del Perelló, en una excursión de atardecer, hecha para dar salida a mis preocupaciones, recibía mis confidencias el director general de Carabineros, Rafael Méndez. Este tenía el pensamiento puesto en la suerte de Federico Angulo, a quien había mandado, a requerimiento propio, al Norte, y del que sabíamos que se había quedado cerrado en Santander. Me pedía que se intentase rápidamente la gestión para su canje. Este egoísmo era legítimo en Méndez, que conocía bien a su subordinado; pero resultaba obligado pensar que Santander era para la República muchos nombres y apellidos, aun cuando ni Méndez ni yo los conociésemos todos. Otro de los militares que perdimos en Santander fué el comandante José Gallego. Debeló el cuartel de Simancas, en Gijón. Era, juzgado por su car-

net de notas, que no se puede leer sin emoción, un militar que se complacía en el trato con las ideas. Apasionado por su oficio, le atribuía un sentido profundo que no era frecuente descubrir en los cuarteles españoles. Su concepción de la guerra chocaba con la de sus superiores y la de sus subalternos. Con orgullo español, se afirmaba en una lealtad profunda, que se sentía interpretada en los discursos de Azaña. Su personalidad estaba como desterrada por las carreras improvisadas, sin querella de su parte, que no gustaba de ser confundido con los que, de una a otra exigencia, hicieron mercancía del oficio y papel de renta de la lealtad. Quienes trabajaron a su lado, compartiendo los riesgos de los combates y las pausas de los intermedios, no olvidan su recuerdo ni sus lecciones de moral. De éstas reprodujo algunas en su carnet durante el tiempo que estuvo esperando en la celda la llegada de la muerte y las reflexiones se mezclan a la macabra estadística de los que fueron fusilados antes que él.

La resistencia en Asturias

¿Cuántos como él perdimos en tierras santanderinas? Los hombres que consiguieron replegarse en Asturias fueron pocos. Gallego quiso hacerlo con sus soldados y no lo consiguió. Fué hecho prisionero en el intento. A la versión conocida se añade un detalle —sobre cuya veracidad se han formulado algunas reservas— particularmente dramático: la voladura anticipada de un puente que terminó de hacer más aflictiva la situación de las tropas en retirada. Todo es posible en la asustada desorganización de aquellos momentos. El paso que nuestras tropas no podían salvar, lo superó fácilmente el enemigo, que disponía de toda suerte de recursos de ingeniería. Dejando para más tarde los regocijos por la conquista de Santander, sin más que una reorganización sumaria de sus tropas, superabundantes en moral, metió la vanguardia en tierra asturiana, decidido a terminar con la resistencia de Gijón. El camino, más áspero por demasiado montuoso, se le presentó difícil, pero no imposible. Asturias, llena de resonancias heroicas, se había comprometido, por las voces de sus representantes en Cortes, a llevar la defensa a extremos de máximo sacrificio. Por si la preferencia que le fué acordada no fuese suficiente, o quizá para estimular el celo de los combatientes, el Consejo Provincial de Asturias decidió el 29 de agosto asumir los poderes civiles y militares concediéndose el título de Consejo Soberano. Su primer determinación consistió en substituir al general Gamir por el coronel Prada, jefe del XIV cuerpo del Ejército. En el Ministerio de Defensa Nacional el conocimiento de la noticia sacó de sus casillas a Prieto, que no se decidió a intervenir por temor a que un desacato a sus órdenes diese mayor relieve a una rebelión que sólo cabía

disculpar pensando en que las autoridades asturianas habían perdido la razón. La "soberanía" que se atribuyeron fué fuente de señalados disgustos. Por una orden tajante del Consejo, quedó terminantemente prohibida la salida de persona alguna del territorio asturiano. "De aquí no sale ni Dios", es frase que se puso en labios de un soberano. No se aprecian edades, ni sexos, ni nacionalidades... El poder soberano, acabado de nacer, ignoraba la piedad y el derecho internacional. La embajada norteamericana que había enviado al Musel un buque para evacuar a sus connacionales, se encontró sorprendida con la noticia de que eso no era posible, porque de Asturias no salía nadie. El encargado de Negocios apeló ante Estado y Gobernación, y tras de pedirle disculpas, en razón de las circunstancias anormales que se daban en Asturias, apremiamos al Consejo Soberano para que no dificultase el embarque de los súbditos americanos.

Donde el Consejo Soberano pierde la serenidad

Con alguna tardanza salimos de ese atranco, para caer en otro que no tenía remedio: el telegrama a la Sociedad de las Naciones, que lo reexpidió al Ministerio de Estado, anunciándola que, de continuar los ataques aéreos a Gijón, el Consejo daría orden de ejecutar a todos los presos políticos. El conocimiento de esa notificación hecha a Ginebra, dejó al Consejo de Ministros sin habla. Prieto se descompuso y reaccionó con su habitual viveza. Los comunistas, que se sentían desestimados en Asturias y contra la composición de cuyo Consejo no cesaban de protestar, expresaron su irritación con palabras violentísimas, poniendo en duda la lealtad de quienes así procedían. Fuí yo quien comuniqué a Belármino Tomás, con modos pulidos para no obtener un efecto contrario, la sorpresa del Gobierno, y su disgusto por el telegrama a la Sociedad de las Naciones, prohibiendo, de paso, que tal amenaza tuviese confirmación. Ensayé varios textos y se aceptó uno, al que el gobernador civil contestó asegurando que reconocía la autoridad del Gobierno. (1).

---

(1) El telegrama de Belarmino Tomás decía así: "Iniciativa funciones plenas Gobierno fué obligada, debido deserciones ejército, cuyos mandos eran primeros incumplir obligaciones militares. Tal acto no puede interpretarlo Gobierno como rebeldía. Deben conocernos suficientemente. Esté seguro procederemos todo instante gran serenidad. Nosotros no culpamos Gobierno de nada de lo que sucede Norte y son injustos al decirnos que nos declaramos cantón independiente, ya que nuestra única autoridad la reconocemos en Gobierno actual, con el que estamos y estaremos siempre dispuestos a defender, dando para ello cuanto fuese necesario. Si Gobierno hubiese conocido situación en aquel momento, tengo la seguridad de que no nos trataría tan injustamente como lo hace. Ejército hállase situación moral derrota, careciendo me-

Diez días más tarde, respondiendo a un despacho alentador del ministro de Defensa, de que Prieto me dió traslado, Belarmino Tomás telegrafió: "Tenga V. E. la seguridad de que a mí y al resto de mis compañeros no nos decae ni por un momento el ánimo y aquí estamos dispuestos a resistir hasta el último momento. Trabajaremos lo indecible porque nadie decaiga, imponiéndonos como sea. Asturias sabrá cumplir con su deber hasta que tengamos el último palmo de terreno, y su defensa será heroica. El Gobierno puede tener

---

dios hacerle pelear. Cuerpo Ejército Euzkadi, Santander sólo recogióse hasta ahora tres mil hombres, los cuales huyen oír primer disparo, con lo cual demoralizan también nuestra fuerza. Nosotros hacemos esfuerzos levantar moral. Tengan seguridad que en todo momento sabremos cumplir nuestro deber, ya que en ello nos va la vida, pero queremos apoyo Gobierno, sin el cual nada podríamos conseguir. Distribución víveres existe sin duda mejor organización que en parte alguna. Régimen privaciones padecido forzado racionamientos cuidadosos. No vimos parte alguna gran volumen mercancías dicen enviadas. Fíjense tonelaje cada artículo y fecha envío, teniendo en cuenta censo población, y que al efectuar repliegues piérdense cantidades considerables. Dificultades marítimas impiden llegar otros. Municiones fusilería no tenemos. Materias primas fabricación escasean. Todo hace que situación sea angustiosa, aumentando cada hora. Víveres precisamos urgencia garbanzos, arroz, alubias, aceite, patatas, harina y jabón cantidad para millón doscientos mil habitantes. Ocupámonos evacuaciones Euzkadi, Santander, pero no disponemos medios transporte. Buques fletados no llegan. Lamentamos amargura pesa hombres Gobierno, pensando no sea producida nuestra actitud, pues conocen nuestra sincera adhesión personal forman Gobierno, estimación y afecto es ilimitado. Jamás rehuiremos órdenes Gobierno, ni consentiremos nadie las rehuya, o cifren demasiadas ilusiones capacidad resistencia militar, supondrá comienzo terror presagiando serán muchos millares camaradas caerán víctimas fascismo. Defensa personal junto ideas causa discútese es mejor estímulo proseguido pelea últimos minutos, sin que pueda prometerle grandes éxitos empresas razones quedan apuntadas.

"Dirección guerra está a sus órdenes, como siempre. Sólo destituímos general porque corría peligro su vida por haber abandonado la fuerza. Cuando el Gobierno diga queda todo a su disposición. No existe discrepancia alguna entre partidos. Todos estamos de acuerdo. Pruébalo que juntos trabajamos Consejo sin discrepancias. Jefe fuerzas coronel Prada es única autoridad militar. Nadie le pone menor obstáculo. Al contrario, estamos todos su disposición."

Con referencia a los víveres nueve días después del telegrama anterior entraban en Gijón los vapores "Mydol" y "Bramden", con la siguiente carga: "Mydol": 464.950 kilos de cereales; 23.600, tejidos; 362.924, aceite; 93.169, algodón: 21.090, calzado; 400.000 garbanzos; 40.000, café; 130.000, pimentón; 463.571, vino y coñac; 52.228, mantas; 4.050, papel; 12.358 toldos; 34.370, alcohol; 104.110, alpargatas; 42.500 colofonia (para fabricar jabón); 21.940, harina malteada; 270.276, cebollas; 144.772, varios.

"Bramden": 175 toneladas de hilados de yute, para sacos terreros; 1.079, harina; 412, garbanzos; 18, medicinas y material quirúrgico y sanitario.

A la boca del puerto, otros buques cargados de mercancías, esperaban oportunidad de entrar.

la seguridad de que seremos los más fieles servidores para cuanto ordene. Soy su delegado, y su alguna determinación tomáramos antes de que ustedes la conocieran, tenga la seguridad de que se habría hecho en bien de la guerra y por estar tan distantes del Gobierno, pero siempre comunicándosela para que decidan en definitiva". El subrayado era de Prieto; yo tenía motivos bastantes para detenerme en otra frase: "imponiéndonos como sea". Me constaba positivamente que las autoridades asturianas habían caído, como consecuencia de la pérdida de Santander, en un nerviosismo sobremanera peligroso. Una alocución por la radio, hecha en tonos destemplados y amenazantes, daba a entender en qué grado se había perdido la serenidad; el orador afirmó que, por cada víctima que hiciese la aviación extranjera, serían fusilados diez presos; que se negaría la comida a las familias de los detenidos, y que se utilizarían todos los resortes coactivos para evitar la desmoralización. La inquietud del ministro de Justicia superaba a la mía. Irujo tenía el temor de que aquellas amenazas se cumpliesen y, con arreglo a la expresión popular, vivía con el alma en un hilo. Nuestra relación telefónica fué muy frecuente en aquellos días y no dejaba de exhortarme a que interviniese con mi autoridad para aplacar el nerviosismo de los asturianos. Dado el sistema de comunicación, la mayoría de nuestras intervenciones se perdían. O no eran escuchadas. Había que confiarse al buen sentido de quienes conservaban la razón. Personalmente, pensaba en Amador Fernández, a quien le reputaba más capaz de serenidad y de quien había recibido una prueba de abnegación, pues habiéndole ofrecido un puesto de confianza en mi departamento, declinó la propuesta por entender que su obligación era volverse a Asturias, donde se proponía ir embarcado en un buque que cargaba víveres para Gijón. Más tarde, en un informe confidencial, leí que había sido él quien propuso la transformación en Soberano del Consejo de Asturias y León. De las personas conocidas, Amador Fernández era quien por su mayor ponderación podía influir sobre sus compañeros de Consejo. Belarmino Tomás, con su temperamento, se extraviaba fácilmente en los caminos demagógicos.

Desfila en Avilés la Brigada Carrocero

Me lo imaginaba, abrumado por los cien apremios desventurados de la situación, en una tensión violenta, inminente a la ruptura del ánimo. Destituyendo al general Gamir y confiriendo el mando militar al coronel Prada, supuso que las cosas cambiarían radicalmente. Se equivocó y con él cuantos juzgaron preciosa una solución tan simple. El coronel Prada fué retrocediendo, arrollado por la superioridad numérica y moral del adversario. Sus soldados

valían más individualmente que en corporación. Juntos eran una masa derrotada; aislados, individualidades de un valor insuperable El Consejo Soberano acordó premiar con cuatro mil pesetas la conquista de cada bandera y con dos mil, la de una ametralladora Difundida la noticia en las unidades, abundaron los hombres que, menos por codicia que por vanidad, se lanzaban a las líneas enemigas, resueltos a apoderarse de las máquinas. ¿Fabuloso? Rigurosamente exacto. "Por increíble que la cosa parezca —me declaraba el amigo a quien debo el dato—, fué muy elevado el número de combatientes que perecieron al intentar capturar ametralladoras y banderas". Aisladamente, el hombre más valeroso del Norte es el asturiano; de la misma manera que el más eficaz, como soldado regular, resultó ser el vasco. Este no se hubiese sentido con ánimos para ir a arrebatar al adversario nada por un estímulo codicioso o vanidoso; en cambio, lo habrían hecho a una orden de su jefe.

La ofensiva leal en Aragón fué un respiro breve para Asturias. Prieto la siguió, según un criterio que se había impuesto, de cerca. Fué una batalla ruda, que tampoco se nos logró en sus objetivos mayores. El general Rojo no tenía fortuna. Sus planes, minuciosamente estudiados, rigurosamente calculados, quedaban, al intentar realizarlos, a mitad de camino. Siempre había piezas que fallaban. Los tanques que se empantanaban o la infantería que no los seguía. Insuficiencia de aviación o escasez de masa artillera, a la que el coronel Fuentes consiguió dar una gran movilidad, por la que aparentábamos disponer de mayor número de baterías del que, en efecto, disponíamos. Con ser muy lamentable la falta de material, era infinitamente más dañosa la pobreza de mandos idóneos. Esta pobreza se nos manifestaba claramente en la diferente defensa que hacían los rebeldes de sus posiciones a la que realizaban los combatientes de la República de las suyas. La toma de Belchite, en que se acreditaron como capaces las tropas de asalto de Gobernación, fué prácticamente nuestro único suceso. Pequeño y todo, tuvo una amplia explotación periodística. El adversario reforzó sus líneas, moviendo tropas del Norte, de donde se siguió una paralización en el frente de Asturias. Agotado ese margen de inactividad al extinguirse nuestro esfuerzo en tierras aragonesas, las unidades italianas continuaron su camino hacia Gijón. La andadura no fué fácil ni cómoda. Lo abrupto del terreno y la valentía de las unidades que lo defendían, explican bien la tardanza de los invasores en arribar a la meta. Destacó el comportamiento de la Brigada Carrocero —militante anarquista—, a la que se le discernió la medalla de valor, aprovechándose esa circunstancia para darle un reposo que le consintiera reorganizarse, cubriendo las bajas que le costó detener al enemigo en Llanes. Con esta brigada se organizó un desfile militar en Avilés y un incidente infortunado vino a deslucirlo dramáticamente. Asistían a la parada, desde

el balcón del Ayuntamiento, Belarmino Tomás, Segundo Blanco y los militares Prada, Galán, Ibarrola y Clutat. Los espectadores eran muchos. Desfilando, a uno de los soldados se le desprendió del cinturón una bomba, que hizo explosión y produjo varias desgracias. Belarmino Tomás atribuyó el hecho a una mano criminal; sin poder contenerse, desenfundó su pistola, y con la boca espumosa, a grances voces, se hizo oir en medio del tumulto: "Conocemos la maldad de nuestros enemigos, a los que estamos dispuestos a no perdonar. Este atentado tampoco quedará impune". La Brigada, creyéndose atacada, recurrió a las armas y el desfile, que pudo haber continuado, se transformó en una batalla en la que sonaron muchos tiros, y se recogieron bastantes víctimas. El arco estaba demasiado tenso y se disparaba con la máxima facilidad. La caída inesperada de una hoja producía, en aquel ambiente nervioso, estragos incalculables. Más que en parte alguna, en Asturias las últimas existencias de serenidad estaban en el frente y no en la retaguardia. Esta, como en Santander, se dedicaba a estudiar la manera de ponerse a salvo, que la invocación de Numancia no pasa de ser, tantas veces como se hace, un recurso literario empobrecido de efectos por el abuso. Los heroísmos suelen carecer de heraldos que los anuncien. Se dan por generación espontánea y, en casos bien raros, por cultivo. Uno de estos últimos, que interesa sacar del anónimo, es el de Javier Bueno que, en el último instante, cuando la evacuación de Gijón se está haciendo con sigilo, acostado en la habitación del hotel tiene la radio abierta, para medir, por el júbilo de los rebeldes, el tiempo que le queda para acabar. Sin la devoción de un amigo, que le anuncia su resolución de quedarse con él para morir juntos, no se habría puesto en camino hacia el buque. Si Javier hubiera necesitado tomar alguna lección de estoicismo se la hubiese pedido a aquella viejecita asturiana que, habiéndole matado dos hijos en el frente y movilizado el tercero, sólo pedía que se lo pusiesen en un sitio donde no se lo mataran tan pronto. Lo que es dudoso que le concedieran a la anciana, lo obtuvo el director de "Avance": le pusieron en un sitio donde tardaron algo más en matarle. De Gijón pasó a Madrid, a ser periodista, ya que por su herida no podía ser soldado, rechazando todas las sirenas ministeriales que intentaron convertirle en su colaborador. Como siempre, hay maestro para el profesor, ya embarcado, Javier Bueno vió acercarse al muelle, negro de noche, la silueta de un hombre. Alguien le reconoció. A voces, le invitaron a saltar a bordo. El hombre preguntó: "¿Hay sitio para mi gente?" Le contestaron: "No. Sólo tenemos sitio para tí". Sin cambiar el tono, Carrocero gritó a los del barco: "Entonces... ¡salud, camaradas!" Y volviendo sobre sus pasos, se fué metiendo dentro de la sombra de la noche, en busca de las balas de los piquetes. La proa del vapor, imantada hacia Francia, iba a la vida, con la carga de unos centenares de corazones sobresaltados.

CAPITULO XXXIV

Extravío de la razón. — Cuando Irujo quiso dimitir... — Los desertores de la draga "Somo". — Un expediente reservado. — "Los presos, bien a Dios gracias". — La carga y el hundimiento del "Reina". — El "Ciscar" y el submarino C-6. — ¡Imposible resistir más! — Hacen falta diez mil hombres. — De la escasa resistencia, al heroísmo. — Pérdida de Gijón. — "El frente Norte ha desaparecido". — Dimisión de Prieto y ascenso a general de Rojo.

COMO la piel de zapa, el terreno leal de Asturias se iba empequeñeciendo. El avance del enemigo estaba calculado en un promedio de seis kilómetros diarios, aun cuando no falta quien asegura que llegó a andar los diez. A menos terreno, mayor nerviosismo. A más pérdida, menor serenidad. El Consejo Soberano extrema, hasta donde puede, las medidas de rigor. No se sabe por qué suerte de extravío de la razón, cuando se proyectan medidas severas se las relaciona con los presos. Las autoridades asturianas encuentran que la justicia es demasiado lenta; de modo especial cuando se trata de penas de muerte en la que corresponde entender al Tribunal Supremo y al Gobierno, antes de la ejecución de la sentencia. Para corregir esa pérdida de tiempo, en lo sucesivo será el Consejo Soberano el que dé el enterado. Como España es país en que el precedente sustituye las más de las veces a la razón, alguien ha podido recordar que ya el Gobierno de la Generalidad se atribuyó una tan grave e importante facultad. Las inquietudes de Irujo, que dispone de información propia, van en aumento. Sabe que en represalia contra las agresiones aéreas, cuatrocientos presos han sido trasladados a una prisión flotante, que se ha fondeado en la zona del puerto más castigada.

Sólo cabría ensayar que uno de sus miembros se trasladase en avión al norte, pero ese recurso de carácter heroico que ya intentó ensayar el presidente del Gobierno en las postrimerías de Bilbao, fué desaconsejado por los ministros, a propuesta de Prieto, quien estimó que, en todo caso, era a él a quien le correspondía hacer el viaje. En esa ocasión, Irujo, por orden de su partido, presentó la dimisión de su cargo, en obediencia a un mandato que le era forzoso acatar, pero con el que no estaba conforme personalmente, por entender que era una censura al Gobierno "que

había hecho cuanto de su voluntad podía para ayudar a Vizcaya". Negrín se obstinó en no aceptar aquella dimisión, que coincidió con un Consejo de Ministros en Naquera, y sin más que el retraso de unas horas en la reunión, consiguió que a ella concurriese el ministro nacionalista vasco, que se explicó correcta y lealmente. El viaje en avión a Asturias resultaba, a aquellas alturas, perfectamente imposible. Las órdenes telegráficas, inoperantes. No quedaba más remedio que aceptar la situación de hecho y confiar que la pérdida fatal de Gijón no constituyese, además, una página bochornosa y horrorosa.

Las deserciones en los frentes de Asturias fueron menores que en Santander. La explicación de este fenómeno es sencilla y la conseguirán, sin mi ayuda, cuantos se paren a considerar el diferente modo con que los asturianos, como consecuencia de los sufrimientos de la represión de octubre, entendieron la guerra. El propio valor individual del asturiano es factor que cuenta en el caso. Pero hubo deserciones. La noche del 12 de octubre, en la draga "Somo", de la Junta de Obras del Puerto de Avilés, se hicieron a la mar, con rumbo a la costa francesa, todos, o casi todos, los funcionarios del Ministerio de Justicia.

El dictado de traidores, aplicado oficialmente por el Consejo Soberano, les persiguió durante el viaje. La evasión, como síntoma, no podía ser más grave. Hubiera convenido que los afectados por el infamante dictado no pudiesen, por falta de razones, defenderse. Se defendieron. Su primer cuidado al tocar tierra francesa fué ponerse en camino de España, donde entraron con un testimonio colectivo, protocolizado en el archivo del Consulado de Perpignan, pieza inicial de un expediente reservado que mandó instruir el ministro de Justicia, y que una vez completo, distribuyó confidencialmente a los componentes del Gobierno, antes de darle paso al fiscal de la República. Prefiero no tocar ni uno solo de esos papeles. Es pronto para llevar la serenidad de juicio a límites de tanta perfección. Pero, además, no cabe olvidar que las declaraciones de ese expediente están dictadas por unos hombres a quienes un acto colectivo —posiblemente necesario, como ellos afirman— puso en la necesidad de defenderse. Y se defienden, acusando. Señalando episodios crueles; haciendo una trágica pintura del ambiente. Esta es, seguramente, exacta. Corresponde a las particularidades de un pueblo que se siente emparedado por la muerte y se abandona a una fría desesperación. En la tragedia de Santander quedaban, débiles, algunas esperanzas. En la de Gijón, ninguna. La pequeña evacuación que se hizo dejó el amargor de lo injusto. El escepticismo fué una enfermedad colectiva. Se abandonaron las creencias en los hombres y en los conceptos. Se impuso al magistrado la obligación de desescombrar; al guardia de asalto, la de hacer trincheras; al policía se le metió en la cárcel ..

La violencia del adversario que bombardeaba las casas y

ametrallaba las calles se había hecho contagiosa y, al revolverse en los diez metros cuadrados de terreno leales, hería innecesariamente al amigo y al afín. Varios militantes socialistas, en ejercicio de autoridad municipal, perdieron la vida. No hubo tiempo para averiguar el por qué, ni para buscar a los delincuentes.

Los bombardeos totalitarios

Un sargento condenado a muerte e indultado por el gobierno, en razón de tener parientes peleando en nuestras líneas, criterio que consagró la costumbre, fué fusilado con un pretexto falso, después de habérsele comunicado la conmutación de la pena. Como respuesta a un telegrama emocionante del ministro de Justicia, interesándose por la seguridad y el respeto de los presos, no falta quien proponga la respuesta siguiente: "Los presos bien, a Dios Gracias". Esta iracundia verbal no dejaba de estimular la crueldad ejecutiva de los llamados "incontrolados". La chispa que puso fuego en esas pasiones la llevó la aviación extranjera que, en jornadas intensivas, se dedicó a imitar las cóleras terribles del Antiguo Testamento. Copio de uno de los despachos de aquellos días: "Acción sistemática aviación enemiga llega extremos crueldad no sólo poblaciones importantes Cangas, Arriondas, Villamayor, Infiesto, Ribadesella, Colunga, Villaviciosa casi destruídas, sino también aldeas que bombardea y ametralla con saña criminal. Madrugada catorce bombardeó intensamente Gijón, calle Corrida y Paseo Begoña, causando veintinueve muertos y cincuenta y dos heridos". Este es el mensaje diario.

Nuestros pobres aparatos, que van pereciendo en una lucha desigual, pueden hacer muy poco por evitar o atenuar estas incursiones. El vapor "Reina", que después de varias peripecias y una espera en puerto francés, consigue burlar el bloqueo, es hundido por la aviación rebelde. Prieto se inquieta por la carga. Es todo material de guerra: cañones antitanques, antiaéreos, morteros, ametralladoras Colt, Maxims, Lewis, minas submarinas, granadas, siete millones de cartuchos... El "Reina", felizmente estaba descargado cuando lo siniestraron; pero la pérdida de tan precioso cargamento no nos hubiese correspondido lamentarla a nosotros, sino al adversario, que tres días después entró en posesión de él. El "Reina" pereció el día 18 de octubre y Gijón fué abandonado el 21 de ese mes, cinco fechas más tarde de que se cumpliese el primer aniversario de la entrada en Oviedo de la columna gallega. La misma aviación rebelde consiguió hundir el submarino C-6 y el destructor "Ciscar" que, al parecer, esperaban órdenes del Estado Mayor, interesado en conservar el destructor para su evacuación.

El jefe de las fuerzas navales vió venir esa catástrofe, y el

día 19 de octubre, a las 7, se dirigió al ministro: "Intenso bombardeo sobre puerto Musel. Imposible resistir más. De no salir, pereceremos irremisiblemente". Prieto dió la orden que correspondía, pero desgraciadamente no se cumplió (1).

Altibajos de la moral de lucha

El enemigo se adelantó y hundió las dos unidades. ¡Fácil trabajo el de los aviadores nacionalistas! De la misma cómoda manera que hundían las embarcaciones, aplastaban los frentes. Contra sus ataques no había defensa. La poca artillería antiaérea que se pudo mandar a Asturias llegó, con el "Reina", tarde, cuando la defensa había entrado en proceso de descomposición. La persona a quien se designó comisario político de la Agrupación de Puertos, declinaba el nombramiento afirmando que sólo le interesaba ser comisario... del puerto de Gijón, donde estaba al acecho de un navío para evacuar. Numancia estaba terminando. Las palabras tenían un tono inconfundible de desesperación y de amargura. "Recibidos sus telegramas respecto a vestuario, armamento, municiones. Si no acuden a tiempo es posible que no los necesitemos. Enemigo presiona mucho toda clase de fuerzas y muchísimas. Dentro de poco no tendremos municiones y tendremos que entregarnos por falta medios defensa, cosa criminal. Hacen falta diez mil hombres y comida, que no tenemos". Respuesta del ministro: "No puede soñar en el envío de diez mil hombres. Me atrevo a aconsejarles serenidad, manteniendo templado el ánimo hasta la llegada de socorros".

Estos telegramas son de mediados de setiembre. El tono de los siguientes se hace más áspero y denota cómo la seguri-

---

(1) Prieto explicó, en su intervención del 9|8|1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista, el por qué del hundimiento del "Ciscar". Extracto: El 19 de octubre, con los facciosos a las puertas de Gijón, Prieto dió orden a Ubieta, jefe de Estado Mayor de Marina, de telegrafiar al "Ciscar" que se pusiera en viaje a Casablanca, donde recibiría instrucciones. El jefe de los consejeros soviéticos visita al ministro y le pregunta si es suya la orden para el "Ciscar". A la respuesta afirmativa del ministro, su interlocutor contesta "que el destroyer tiene orden de esperar al Estado Mayor" y le ruega que rectifique su orden. El ministro se niega, razonando la negativa. "Al día siguiente, 20, al mediodía —dice Prieto—, un radiograma cifrado me advierte que el "Ciscar" acaba de ser hundido en el Musel durante un bombardeo aéreo. Me quedé estupefacto, pues creía al buque navegando en el Atlántico hacia Casablanca". ("Comment et pourquois je suis sorti du Ministere de la Défense Nationale. Les intrigues des russes en Espagne". París, 1939).

dad, en una prolongación de la lucha, se va extinguiendo. Por la declaración de un evadido que se presenta en nuestras líneas se sabe que los facciosos pretenden estar en posesión de Gijón el día quince de octubre. A ese designio responde el trabajo de su aviación.

En los frentes, las alternativas son varias. Se pasa de la laxitud al heroísmo. Prieto no da crédito a lo que está ocurriendo y se dirige al jefe del Ejército del Norte, pidiéndole que actúe sobre la moral decaída de las tropas: "Ante escasa resistencia de esas fuerzas, cual lo demuestra el fácil avance del enemigo por Oriente, no obstante la enorme disminución de sus elementos ofensivos, gran parte de los cuales han sido trasladados al frente de Aragón, convendría que, para alentar la resistencia, hiciera comprender a las tropas de su mando, que en el mantenimiento de ella no sólo está su propia salvación, sino posiblemente por entero, la suerte de nuestra causa, ya que el sometimiento de Asturias por los facciosos, sería un factor de enorme importancia en el conjunto de la guerra".

No sé qué pudo hacer el jefe militar con esas palabras. No sé qué hacen los generales cuando las tropas, desmoralizadas, reculan y abandonan las posiciones, negándose a luchar. Imagino que si se trata de tropas regulares, apremian a los oficiales para que se hagan obedecer. Pero no era éste el caso: ni las tropas eran regulares ni el mando disponía de la oficialidad necesaria. En otro telegrama del jefe del Ejército, encontramos la respuesta: "Se ha dado orden de fusilar sobre el terreno a cuantos jefes, oficiales y comisarios quieran rendirse al enemigo". La caída del temple se produjo verticalmente. La cuarta brigada del ejército de Asturias abandonó sus posiciones sin resistir. Hubo necesidad de obligarla a volver a ellas. La 11a. brigada se retiró de Potes, y una compañía del batallón 106 se pasó al enemigo. Es la segunda que deserta, y el batallón fué disuelto. El jefe del batallón 139, desertó. El ejército entero carece de moral. Se sabe vencido y quiere economizar los capítulos del drama, ahorrarse dolor. Esa es la situación contra la que Prieto, afectado por el hecho como ministro y como asturiano, redacta su telegrama. ¿Conocía mi camarada los aforismos de Tácito sobre las guerras civiles?: "Una de las miserias de las guerras civiles es, que ande todo tan estragado, que no pueda usar el general con los soldados de la autoridad militar que tiene, sino proceder con ruegos, como con iguales, para que se moderen y procedan templadamente. En la guerra civil no se puede mandar a la gente de guerra con el rigor y severidad ordinaria". Tremendas verdades que Prieto no necesitó leer en Tácito para aprenderlas y sufrirlas. La orden de fusilar sobre el terreno a los desertores, no pasa de ser un propósito que nadie está en condiciones de cumplir por el momento. Esas órdenes, para que puedan tener efectividad, necesitan del concurso universal del ejército, re-

suelto a defenderse. Y no es ésta la situación, hasta unos días más tarde, en que, inesperadamente, vuelve la fe y el entusiasmo a los soldados y se hacen fuertes en sus posiciones. El enemigo no disfrutará de las facilidades anteriores. Tienen que batirse para conseguir pequeños progresos. En la línea de Llanes, los fusiles republicanos le cierran el camino y le hacen gran número de bajas. Un parte consigna mil muertos: "El batallón Larrañaga, primero de la Brigada 174, ha contraatacado, ocupando en lucha cuerpo a cuerpo, una posición, causando destrozos al enemigo. Igual comportamiento tuvo el batallón "Isaac Puentes". Las tropas rebeldes, favorecidas por la aviación y los tanques y fuertes de un material abundantísimo, hacen obligados nuestros repliegues. Estos se producen después de un dramático forcejeo. De Llanes, nuestra línea han necesitado trasladarse a un kilómetro de Celorio. Durante toda la tarde, la aviación la castiga violentamente. A tiros de fusil, los soldados consiguen herir a un trimotor alemán, que toma tierra, incendiado, en Peñablanca. Sus servidores, alemanes, han perecido carbonizados.

Del decaimiento al sacrificio

Peor que los ataques son las infiltraciones de la vanguardia rebelde. Busca la línea de menor resistencia e insertan en ella la cuña de sus mejores soldados. Se necesitarían diez mil hombres más para tener medianamente guarnecidos los frentes. Diez mil hombres equipados de máquinas automáticas, de las que ya se nota la escasez. Se precisaría recibir artillería. Y municiones. El combatiente, en tanto puede disparar su fusil, no hace gran aprecio de esas necesidades. Conoce el secreto de su mañana y tal circunstancia, en vez de quebrantarle el ánimo, se lo afirma. Contraataca para recuperar la posición perdida, concediendo a la conquista una importancia de carácter personal, ya que nadie podría hacerle creer que, con ese esfuerzo, modificará el curso definitivo de los acontecimientos. Hay demasiados aviones adversarios sobre su cabeza y excesivas fuerzas apuntando contra su pecho, para que fortifique esperanza alguna. Esta moral se sostendrá hasta los últimos momentos de la guerra en Asturias. Los telegramas del día 6 de octubre son un precioso testimonio de esa verdad: "14 cuerpo de ejército. Sector oriental. Costa. 50 división. Se ha combatido intensamente durante toda la jornada. El enemigo, protegido por aviación especialmente, y por artillería, se lanzó a violentos y continuos ataques en toda la línea, constituyendo sus objetivos preferentes las cotas 430 y 408, al norte de Riera. Todos sus intentos fueron repelidos, causándosele muchísimas bajas. Al replegarse fué perseguido por nuestras tropas. La cota 408 fué ocupada por el enemigo en su último intento, pero en un contraataque inmediato la volvimos a ocupar. Los rebeldes quedaron quebrantadísimos por el número

de bajas que se les ha hecho. Sector oriental. Onis. División B. El enemigo atacó preferentemente las cotas 398 y 408, al oeste de Labra; ésta última fué escenario de intensa lucha. Cuatro ataques de los facciosos, apoyados por artillería y aviación, la cual arrojaba en gran número bombas incendiarias, fueron rechazados enérgicamente con muchas bajas vistas. En el último ataque, el enemigo tomó una de las cotas, pero nuestro batallón 263 contraatacó, reconquistándola.

Tuvimos que lamentar en este contraataque la muerte del comandante Manuel Fanjul Camino. Agrupación de los puertos. Por este frente, el enemigo atacó en Riofrío, siendo rechazado. También atacó nuevamente las posiciones de Peña Buján, siendo rechazado con gran número de bajas. Viéndose imposibilitado para atacar de frente, corrió sus fuerzas por la izquierda, donde se le rechazó otras dos veces. A las 13, la aviación rebelde se presentó con el propósito de bombardear nuestras posiciones de este sector, pero se equivocó y las bombas fueron a caer en los emplazamientos de los morteros enemigos que hostilizaban nuestras posiciones, las cuales no volvieron a disparar. En el sector oriental fué derribado por unos fusileros de Intendencia, un trimotor enemigo, tres de cuyos ocupantes resultaron muertos, uno quedó prisionero y al otro se le busca". A medida que el adversario gana terreno, la fiebre de los combatientes asturianos aumenta. El mando puede prescindir de las arengas estimulantes. El grito de la tierra invadida se las da hechas. Todo es heroísmo. Los comandantes, a la cabeza de sus hombres, se lanza al rescate de la posición perdida.

Ha sonado para ellos la hora de morir. No vacilan. Indiferentes al sufrimiento, ajenos a toda angustia, cumplen con su deber. Los frentes de Asturias resumen y acaparan, hasta agotarlas, las virtudes que les están atribuídas a los hombres de esa provincia. La desventura engrandece a los combatientes asturianos. Se extinguen sus posibilidades de resistencia, pero no su coraje. Les faltan municiones para disparar, ropa con qué abrigarse, bastimentos para subsistir, tierra en qué apoyar el cuerpo, y su pasión lo inventa todo, por el sólo deseo de impedir que el enemigo se le imponga. No se afligen por las consecuencias materiales de la derrota, cuyo alcance doloroso están después de la represión de octubre, en condiciones de medir; por muy lejos que el adversario lleve su crueldad, una sola es la muerte... Están curados de ese espanto. De lo que nada ni nadie le curaría es del bochorno de no haber hecho el máximo esfuerzo por evitar la derrota. Que ésta se produzca si es inevitable, malo; pero mil veces peor que ocurra por una debilidad de su carne, por un temblor cobarde de su espíritu... Ahora no es la vanidad lo que les canta en el pecho, sino algo más grande: el orgullo. El momento es solemne. Todo está irremediablemente perdido. La

descomposición de la retaguardia es trágica. Se hacen a la mar las embarcaciones que inician la evacuación. Se lucha por obtener una plaza en ellas. Y en las líneas sigue la contienda más ruda y enconada que nunca. Es la retaguardia la que lleva la descomposición al frente. Y éste, agotado, desangrado, acaba por hundirse. Las unidades abandonan las posiciones y se ponen en camino hacia los puertos de Gijón y Avilés. ¿Queda alguna posibilidad de salvarse? El Consejo Soberano trata de evacuar el mayor número de combatientes. Trabaja apasionadamente en ese rudo problema. Las dificultades con que tropieza son inmensas. La aviación facciosa ha destruído varias embarcaciones y continúa atacando a las que quedan disponibles. El jefe de las fuerzas aéreas republicanas, Luna, participa que las disposiciones tomadas por el delegado del Gobierno en Asturias y León permitían disponer de barcos suficientes para evacuar cincuenta mil personas. Por la hora de entrada de los facciosos en Gijón, 3.25 de la tarde del día 21, supone que ha habido tiempo suficiente para que la evacuación se hiciera con perfecta normalidad". El número de evacuados fué sensiblemente menor. Los planes del delegado del Gobierno los malogró la aviación rebelde. El muelle del Musel fué, como el de Santander, escenario de muy crueles epílogos. El Consejo Soberano embarcó el día 20. De Francia fueron llegando noticias telegráficas del arribo, a diferentes puertos, de vapores procedentes de Asturias. El final del norte. El mismo día 21 de octubre, la radio rebelde, después de cantar la victoria del ejército nacionalista, añadía: "El frente norte ha desaparecido".

En Valencia, Prieto, redactaba, en el estado de espíritu que cabe imaginar, además del parte de guerra, confesando la verdad de nuestra derrota en Asturias, una carta particular en la que, en términos apremiantes, pedía a Negrín que le aceptase la dimisión. No queriendo dejar a quien le sucediese el cuidado de premiar, con el ascenso a general, los trabajos y desvelos del coronel Rojo, hizo aprobar en un Consejo de Ministros el decreto correspondiente, cuidando que el interesado no lo conociese. Rojo se enteró del acuerdo del Gobierno por los periódicos y el 23 de octubre, desde Daimiel, telegrafió al ministro agradeciéndole la recompensa que — añadía — "por estimarla inmerecida, si algo me hubiera dicho usted, creo la hubiese evitado". En su respuesta, Prieto le comunicó la razón de su discreción: "Me pareció obligado no enterar a usted de mi intención de proponer al Consejo de Ministros su ascenso, pues aún seguro de la aquiescencia de todos mis compañeros, debía evitar la resistencia que usted opusiera, resistencia fácilmente adivinable después de conocer cómo había cerrado el paso a la propuesta de una recompensa que para usted pidieron desde Madrid. Los

motivos de su ascenso están expuestos en el preámbulo del decreto y a ello me atengo para justificar nuestra resolución". Negrín, por su parte, no consideró que debía aceptar la dimisión de Prieto. Discrepaba de su correligionario en cuanto a las consecuencias de la pérdida del norte y no admitía la interpretación del ministro de Defensa Nacional, para quien estaba claro que cada revés militar le disminuía la autoridad. El quebranto se extendía, por igual, al gobierno entero. No es, pues, sorprendente que en los corrillos políticos, supervivientes de la guerra, enquistados en los cafés de Valencia, se hablase de crisis inminente. Era un deseo, no una noticia.

CAPITULO XXXV

Traslado del Gobierno a Barcelona. — Un mal ejemplo. — El sistema elusivo de Negrín. — De las cortesías a la violencia. — Un diálogo con motivo de unas declaraciones en "La Vanguardia". — Episodio que facilita el análisis psicológico de Negrín. — Dos naturalezas opuestas, pero no incompatibles.— Cómo evitó Prieto que Negrín dimitiese. — Las "Memorias" de Azaña. — Prieto renuncia a un cocido. — Rafael Sánchez Mazas.

EN el mes de noviembre, el Gobierno se traslada a Barcelona. Es una decisión de su presidente, que va para mucho tiempo que sostiene el criterio del traslado. Las explicaciones que da al Consejo de Ministros, son vagas y, a mi juicio, insuficientes. Se nota a las claras que Negrín no descubre su pensamiento. El traslado tiene un designio más hondo: impedir que la Generalidad se entrometa en aquellos temas que, constitucionalmente, no son de su incumbencia; intentar la reconquista de la producción y, en suma, incorporar Cataluña a la guerra, cosa que se estima generalmente que no ha ocurrido. En uno de sus movimientos de irritación, Prieto, que se sentía defraudado por la conducta de los catalanes, con quienes había tratado infructuosamente en varias ocasiones, declaró en una reunión ministerial que "a disponer de libertad personal, no vacilaría en trasladarse a Barcelona y ponerse a gritar en la plaza de Cataluña que si la guerra se pierde, se perdería principalmente por la conducta insensata y egoísta de Cataluña". En Hacienda, las fricciones con el poder autónomo eran igualmente violentas. Quien mejor marchaba era el ministro de Instrucción Pública, que a título de comunista no encontraba inconveniente en acceder a cuantas peticiones le formulaba la Generalidad. De fondo, la violencia de Negrín era mayor que la de Prieto, aun cuando la del primero no se manifestase en ninguna reunión. Cuidó de ocultarla, con mayor motivo, en las que celebramos en el Ministerio de Hacienda, a las que asistieron varios consejeros de la Generalidad y el propio Companys. Como conclusión de ellas, Pí y Suñer redactó una nota contemporizadora que, sin ser del gusto de los catalanes, no alcanzó a suscitar entusiasmo ninguno en los ministros. Con palabras cordiales y de buena voluntad, los problemas continuaron en el pantano. Negrín seguía pensando que el modo de re-

solverlos consistía en trasladar el Gobierno a Barcelona, y ya presente en Cataluña ir recuperando cuantas facultades se había atribuído indebidamente la región autónoma. Creía en la fuerza del hecho y no en la eficacia de las reuniones, trazo característico de toda su política. Así, el traslado del Gobierno se hizo en las peores condiciones posibles, provocando legítima irritación en Companys, que no supo del acuerdo hasta que la competencia incautadora de los diferentes ministerios dió origen a innumerables incidentes. El propio delegado general de Orden Público, Paulino Gómez, participó, con motivo del discurso de Companys, ya que el espectáculo de los oficiosos incautadores recordaba un pasado de vergüenzas contra el que personalmente él había luchado con éxito. Llegó, en su disgusto, a anunciarme que estaba dispuesto a meterlos en la cárcel, y si se le negaba esa autoridad, a presentar su dimisión. El episodio fué muy poco edificante y suscitó en los catalanes una legítima desconfianza. Companys, con quien hablé del caso al hacerle la visita que entendí obligada, me manifestó que la Generalidad hubiera podido facilitar desde el primer momento los edificios que se necesitaban para los ministerios, en condiciones de instalación más ventajosas que los arbitrariamente elegidos por quienes no conocían la ciudad. Me excusé como pude, mal, pero no sin declararle sinceramente que era suya toda la razón. A Negrín ese detalle no llegó a preocuparle. Tenía la seguridad de quien sabe que dispone de un extenso repertorio de cortesías, capaces de hacer olvidar el enojo. Lo importante para él, es que estaba dado el primer paso. Dió crédito a quienes le aseguraron que el gobierno de la Generalidad había pasado a segundo plano. En mi conversación con Companys, que me guardó deferencias que todavía le agradezco, el presidente de la región autónoma, desarrolló el tema de la fuerza asimiladora de Cataluña, que hace que quienes se aclimatan en ella provean de hijos a las banderas catalanistas. Negrín, por su parte, contaba con la fuerza expansiva del castellano para influir en los catalanes. No hubo ocasión de probar qué teoría era más firme. Quedamos en los primeros encontronazos, en que los catalanes y castellanos sufrían de idéntica irritación. Tropiezos de personas que se negaban a comprenderse y se acusaban mutuamente de las molestias e incomodidades de la guerra. En lo oficial, idéntica reserva tocada de enemistad. Los problemas iban, en última instancia, al presidente del Gobierno, que usaba de un sistema personalísimo para resolverlos. Invitaba a comer a la autoridad con quien necesitaba departir, teniendo cuidado de llevar a la mesa a un amigo —siendo uno solo, solía ser Mariano Ansó— o a varios, que justificase una conversación general. Los recursos de amenidad de Negrín son, cuando se lo propone, múltiples. Todo le suministra materia de agradable disertación. Al final de la comida, afectando la necesidad de recibir inexcusablemente a una persona citada, el embajador de... X, o de despachar con el presidente de la República,

despedía a su invitado con un juego de sonrisas y cumplimientos inéditos, que excluían la posibilidad de aludir al origen de la invitación. Era frecuente que los así tratados, al desenredarse de las sonrisas, manifestasen su disgusto, pretendiendo una nueva entrevista, sin comida, para tratar del problema que aspiraban a resolver. Esto ya les resultaba más difícil. La secretaría, con la impunidad del teléfono, fabricaba las dilaciones. Companys y Aguirre se beneficiaron en larga medida de este régimen diplomático. Solía suceder que, de una a otra invitación, los problemas se resolviesen por sí mismos, bien o mal. Los producidos por las dos regiones autónomas eran los que más enojaban al presidente, quien, como ministro de Hacienda, se sentía defraudado por ellas. Violentaba su carácter, eludiendo entrar en esas cuestiones, que hubiesen determinado un conflicto político. Su conducta era, en esos casos, calculada y no frívola. Personalmente me asaltaba la inquietud de que, dejándose llevar de su pasión, provocase una escena de violencia. Mi amistad con Negrín era demasiado joven para que pudiese presumir de conocerle. Si algo sabía de su personalidad profunda, auténtica, se lo debía a amigos comunes que me habían suministrado, en forma de anécdotas, algunos datos. Según esa información, la capacidad de violencia del presidente del Gobierno era equivalente a la de su corrección. Esta la conocía, y es altísima. Es casi imposible ganarle en amabilidad y finura. Distingue de matices y como la buena liturgia, diferencia el color de cada día. No hay, pues, temor de que se equivoque en el trato con las personas. Sabe sobre ellas a qué atenerse y no sé de una sola que haya sido herida por él en su vanidad, zona del individuo particularmente delicada y cancerosa en que las lesiones no curan.

La parte violenta del carácter de Negrín

En el segundo aspecto, no se me reveló hasta bastante después, con ocasión de unos rumores políticos que anatematizó haciendo publicar unas declaraciones en "La Vanguardia". Sus palabras suscitaron una repercusión extraordinaria, que se explanó en los comentarios más contradictorios. Las palabras, ni por su sequedad, estaban justificadas, a mi juicio, en labios del jefe de Gobierno. Cuando las leí me desasosegaron profundamente y a la noche, después de haber pasado por la redacción de "El Socialista", donde la estupefacción de Albar era equivalente a la mía, con el pretexto de ponerle a la firma algunos papeles, fuí a visitar a Negrín, decidido a influir en su ánimo. La serenidad con que me recibió era aparente. La conversación se inició en falso. Como no buscaba mi opinión, se la insinué.

—He leído sus declaraciones de esta mañana y no consigo explicarme ni el tono ni la violencia. ¿Es un exceso de Vázquez?

—No, señor; no es un exceso de Vázquez. Las declaraciones

las he redactado yo mismo y responden a un pensamiento y a una intención que no se apartan de mi propósito. ¿Es que no le han gustado?

—Si le interesa una opinión sincera, le diré que no. Según mi criterio, a un jefe de Gobierno le está prohibido pronunciarse de esa manera. Esa áspera amenaza coactiva...

Se puso de pie para interrumpirme.

—¡La cumpliré! No sé que me esté prohibido decirle al país la verdad; pero si me estuviera prohibido, no por eso dejaré de decírsela. Exaltándose a medida que hablaba, siguió: —¿Cree usted que los hombres que se baten en las trincheras lo hacen para que unos cuantos viejos políticos desocupados reanuden antiguas costumbres que nos han traído a la guerra? ¡Se equivoca! Ellos y quienes les hagan el juego. El país sabrá lo que necesita saber. Si llega el caso, mi último acto será ese: gritarle lo que nadie le ha dicho y pedirle que acabe con todos nosotros.

—Discúlpeme si sigo pensando que usted no hará, cualquiera que sean las circunstancias, lo que me anuncia. Meditará sobre su responsabilidad y se producirá conforme a los dictados de la razón y no a impulsos de la pasión.

—Sí, yo lo haré. ¡Vaya si lo haré! Usted no me conoce. Ignora de lo que soy capaz cuando me adhiero a una causa justa.

—Posiblemente tiene usted razón al decirme que no le conozco. Nuestra relación es todavía de ayer. Pero eso no impide que me niegue a creer que usted llevará adelante un designio que me parece, por sus seguras consecuencias, funesto. Prefiero limitar mi conocimiento de usted a la parte noble, y fundándome en esa esperanza confío en que la reflexión le gane y se traduzca de suerte que no tenga íntimamente de qué arrepentirme.

—Le repito que no me conoce todavía. Me cuesta mucho resolverme por las soluciones catastróficas; pero si me empujaron a adoptarlas, son irrevocables. Estoy cumpliendo un penoso deber. Ni lo busqué ni lo quise. He cubierto, como usted sabe bien, muchas defecciones, y no me resigno a sufrir, además, las agresiones de quienes creen que es el momento de resucitar el pasado.

—¿No atribuirá demasiada importancia a cosas y hechos que carecen de ella?

—No. Sé muy bien lo que me digo. Antes de volver a Barcelona, durante el transcurso de mi viaje, sabía yo puntualmente todo el tejemaneje de los rencorosos y de los ambiciosos. Se equivocan si confían en salirse con la suya. Tampoco ellos saben quién soy.

—Tendré que esperar otro momento para que reanudemos es-

ta conversación. Sigue usted tan apasionado como cuando dictó sus palabras a "La Vanguardia".

Espero que no será la única persona de su amistad que le llame la atención sobre ellas y le pida que las revise. No me supondrá usted en connivencia con la que llama "sapera", definición cuyos contornos limitativos no conozco. Piense en mis objeciones y consiéntame esperar que su violencia rectifique.

—No se haga ilusiones. Sé bien lo que me hago y lo que me digo. Y son bastantes las personas que saben, porque me conocen, que no soy hombre que viva de explotar la energía verbal. Jamás he golpeado sobre una mesa. Yo sé emplear mejor mis puños.

En esa conversación, bastante más tensa de lo que permite deducir el diálogo transcripto, confirmé los datos que me habían facilitado algunos amigos. La parte violenta del carácter de Negrín se me manifestó entonces plenamente. Me separé de él convencido de que era hombre para poner por obra sus anuncios. Siguiendo en la referencia del episodio que recuerdo, añadiré que días después, con ocasión de una comida, Alvarez del Vayo suscitó el tema, notificando al presidente algunos de los efectos producidos por las palabras ya famosas de "La Vanguardia". Según el ministro de Estado, los resultados habían sido saludables y los comentarios muy beneficiosos para don Juan. La conversación tenía el aire grato de las cosas complacientes y a la sonrisa pueril del ministro, correspondía la carcajada sofrenada del presidente, que inquiría de su informador más detalles. El momento no era oportuno para una disonancia, y aun cuando lo discreto hubiera sido callar, entendí que la discreción podía ser peor que una cobardía, una deslealtad. Esta consideración me impuso el deber de recordar que había, además de las opiniones que reportaba Alvarez del Vayo, las contrarias, contra las que el propio gabinete de censura hubo de actuar muy seriamente. Mi intervención, como era previsible, no fué estimada. Sin embargo, completaba la verdad que, recogida a medias, es peor que la mentira. Con disgusto o sin él, importaba mucho, en tema de tanta trascendencia, que el jefe del Gobierno supiese que no todo eran aquiescencias. Reconozco que yo discrepaba bastante antipáticamente; pero este es un defecto ingénito, del que será difícil corregirme. Prat, que secundaba mis esfuerzos cerca del presidente, sabía reconvenirle entre burlas y veras, sin incurrir en su enojo. No es que careciese de colaboradores leales. Sus secretarios —Cabrera y Valdecasas— le secundaban con absoluta devoción, pero su reacción ante él seguía siendo la de puros discípulos. Igual le sucedía a Rafael Méndez que, por su cargo, tenía mayores motivos de información. Ante don Juan se sentía cortado y como sin habla. Ocurría que me pi-

diese con frecuencia que fuese yo quien le comunicase alguna noticia, siendo así que él tenía más larga y más profunda amistad con Negrín, de quien seguía siendo, por encima de la relación política, el discípulo. Ello es que, cuando pude medir el potencial violento del presidente, celebré sinceramente el sistema elusivo de que se valía para no entrar en el fondo de los temas que tanto Aguirre como Companys se proponían plantearle.

Ese sistema, que si era admisible, como mal menor, en el caso de los problemas de las regiones autónomas, no dejaba de ser cómodo, lo fué extendiendo hasta el abuso. Invitaba a su mesa a las personas más dispares y era frecuente que los invitados, al oír sonar las tres de la tarde sin que conociesen por ningún signo que la hora del almuerzo estaba próxima, dudasen de si la invitación correspondía al mediodía o a la noche. En orden al tiempo, el presidente tenía un concepto extraordinariamente personal. Ninguna consideración, existiendo muchas, le indujo a corregirlo. Trabajaba, comía y descansaba a las horas más inverosímiles. Este trastrueque del horario representaba, en la mecánica burocrática dependiente de su autoridad, perturbaciones desorganizadoras. El despacho no se hacía con la normalidad deseada y los subsecretarios más expeditivos, caso de Cordón, se atribuían facultades que no estaban en su poder. Era forzoso. El presidente se justificaba aduciendo que tenía pleitos más graves en qué invertir sus disponibilidades de tiempo. Con una de las contadas personas que guardó puntualidad, a partir del momento en que tomó para sí la responsabilidad del Ministerio de Defensa Nacional, fué con el general Rojo, a cuya capacidad, de inteligencia y trabajo, rendía frecuente tributo de admiración. Sólo la conversación con algún embajador difería al general la entrada a su despacho. Los subsecretarios tenían menos suerte. Núñez Maza, acabó remitiéndome su cartera para que se la despachase en su nombre, después de hacerme una visita para consultarme si debía presentar la dimisión de su cargo de subsecretario de Aviación, en vista de que el presidente no le contestaba a sus peticiones de visita. Jativa, de Marina, tenía un problema parecido, y no queriendo que los asuntos se le muriesen en las manos, firmaba él. Los subsecretarios eran la preocupación burocrática; Rojo, la preocupación viva: la guerra. Todo el tiempo que le consagraba la parecía poco. Frecuentemente, el resultado de esas entrevistas se traducía en órdenes tajantes, de cumplimiento inmediato. Ordenes con acuse de recibo. Otras veces eran ascensos, de aquellos a los que Prieto había opuesto una tenaz resistencia, contrariando el deseo de los comunistas, que veían en las recompensas el mejor estímulo para "los soldados del pueblo".

Paralelo entre Negrín y Prieto

Imposible dar con dos hombres de naturaleza más opuesta. Prieto era, como ministro, la regularidad perfecta. No abandonaba su sillón hasta una hora bien avanzada de la noche. Despachaba con los subsecretarios, atendiendo minuciosamente sus explicaciones, buscando en ellas lo que, por contrariar a su criterio, debía ser rectificado. Estaba a favor de su memoria, en cada detalle y en cada biografía. Dictaba su correspondencia, que, al mediodía y a la noche, firmaba, cuidando de la puntuación.

Redactaba el parte de guerra. Su día estaba perfectamente regulado: por la mañana, los periódicos, la correspondencia, las visitas; por la tarde, conocimiento de expedientes, de los que un armario entero le rezumaba; más visitas, más correspondencia, el parte, la firma. Los días de combate, conversaciones al teletipo, y en los de ofensiva se trasladaba al frente... "para ver y creer". Lo dominaba el afán de abarcarlo todo, idéntico al de sus épocas de director de "El Liberal", de Bilbao. Y como en tiempo de periodismo, en su mesa, como instrumento de trabajo, tenía plaza preferente el diccionario de la Academia Española, subordinación gramatical anterior a que Azaña, en sus "Memorias", le reprochase el hacerse el fino empleando mal el modo adverbial "al pairo"...

Dos naturalezas distintas, pero sin incompatibilidad. Prieto tenía una suerte de indulgencia cordial para la que llamaba "bohemia" de Negrín, y éste envidia declarada por la facilidad oratoria de Prieto, del que decía que le "necesitaba como contradictor". Sus relaciones personales en este tiempo, eran buenas, siendo frecuente que Prieto le preguntase, atendidos los optimismos de Negrín, si expresaba una opinión sincera o representaba una farsa para infundir moral a los ministros. La fortaleza de esa amistad era tanta, que una tarde, todavía el Gobierno en Valencia, Prieto fué requerido por Azaña para que desenojase a Negrín. Prieto me pidió ayuda y juntos nos pusimos camino de Madrid, de donde regresaba el jefe del Gobierno, después de haber renunciado a pronunciar un discurso, motivo de su viaje a la capital. Parece que había tenido un vivo diálogo telefónico con el presidente de la República, a cuenta del discurso, y considerándose desautorizado, le pidió hora para la noche. Azaña, según me dijo Prieto, estaba dispuesto a darle toda suerte de explicaciones. Nuestro coche se cruzó con el del presidente a la salida de Motilla del Palancar. Dimos vuelta, y el chófer de Prieto consiguió hacerse entender del conductor del presidente. Prieto abordó la embajada humorísticamente. Negrín nos refirió los términos del incidente telefónico, y al saber que Azaña estaba dispuesto a darle explicaciones, se redujo.

—Con eso me basta. No se las voy a pedir, ni son necesarias.

Pero que sepa que mis discursos no preciso sometérselos a aprobación. Soy yo quien necesito autorizar los suyos.

Zanjado satisfactoriamente el caso, Prieto, a quien la inesperada excursión le había servido de descanso, abusó un poco de su repertorio zarzuelero, con gran regocijo de Negrín. El presidente de la República debió quedar satisfecho del resultado de la gestión. La casualidad quiso que, por un descuido injustificable de los custodios de sus "Memorias", algunos cuadernos de ellas fuesen a parar a manos de los facciosos, quienes se apresuraron, seleccionando trozos, a darlos a la publicidad. Prieto, citado en ellas, se encontró a título de premio, con el pensamiento íntimo de Azaña en cuanto a su persona. El ministro de Defensa Nacional había leído todos los capítulos publicados en un diario faccioso, a excepción de aquél en que se le aludía. Discretamente, Víctor Salazar, su secretario, lo había secuestrado. En un Consejo de Ministros que en ausencia del presidente y del ministro de Estado, convocó Prieto en su despacho, mientras esperábamos a los colegas rezagados, se puso a comentar los capítulos de las "Memorias", calculando la irritación de los aludidos en ellas: Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos, Giral... Sin el testimonio de los autógrafos, cuidadosamente reproducidos, Prieto daba fe del estilo de don Manuel. Los juicios del memorialista tenían punta de alfiler y crueldad femenina. Prieto se divertía imaginando el disgusto de Fernando de los Ríos, al que se hería en la vanidad, y el de Marcelino Domingo, más reciamente maltratado. Este, que había tenido oportunidad de leer su semblanza en América, puso un cable a Azaña pidiéndole inmediata rectificación. Azaña no se decidió a desmentir públicamente, dando ocasión a más barullo lo que había escrito, según podían probar los editores de las "Memorias", que las han recogido en un libro, al que no faltarán lectores. La pequeña malignidad que Prieto ponía en el comentario, no me gustó, y le informé de que le correspondía una parte de vejamen en los cuadernos de Azaña. Supuso que inventaba la noticia y declaró que no le sorprendería verse motejado de bárbaro y de mal conocedor del castellano. "Algo debe haber —nos confesó— cuando estos días son varias las personas que me dan cuenta de la extremada devoción que don Manuel dice sentir por mí. Eso me hace recelar que está en vísperas de aparecer algún capítulo que me afecta". El capítulo había sido publicado, y por decisión de Salazar, Prieto lo ignoraba. Lo pidió y le negaron que lo conociesen. El final de esta conversación se desarrolló, al término de otro consejo de ministros, en Barcelona. Prieto, que ya había leído el juicio de Azaña, dirigiéndose a Negrín, pero hablando para Giral, hizo un comentario violento. Había sido tocado en lo vivo. Azaña volvía sobre la estúpida y calumniosa versión de "los contactos sabrosos con Echevarrieta".

—Sin las circunstancias que concurren en nuestro país, toda

la política republicana, después de la publicación de esas "Memorias", terminaría en un escándalo de carterazos. Ya es mucho lo que Azaña piensa de nosotros, pero es mucho más haberlo escrito con el propósito modesto de legarlo a la posteridad.

A la salida de un consejo en Pedralbes, Azaña, dirigiéndose a Prieto, le reconvino.

—No lo veo nunca. ¿Por qué no viene un día a comer con nosotros? Le ofrezco un cocido; anímese.

Prieto se excusó con el exceso de trabajo. Pero en la disculpa había un matiz inconfundible que a mí, testigo de la escena, no se me perdió. Supongo que tampoco a don Manuel. Que no me había equivocado, me lo demostró el comentario de Prieto.

—Hay rectificaciones imposibles.

La pérdida de los papeles, fué causa de profundos disgustos para Azaña, que vivía en el temor de que los facciosos publicasen determinados juicios que afectaban a Herriot. Negrín me aseguró que en el deseo de rescatar la obra, don Manuel había llegado a insinuarle la conveniencia de ofrecer por ella un prisionero político, un buen escritor, falangista, Rafael Sánchez Mazas, a quien la policía descubrió oculto en Barcelona, de donde confiaba pasar a Francia. No creo que se intentó gestión alguna. Los ministros, particularmente los afectados —yo no podía contarme entre ellos, por lo modesto de la alusión—, no se hubiesen mostrado propicios a un canje tan anormal cuando tantas vidas inapreciables estaban amenazadas de muerte y dependían de los esfuerzos que hiciésemos por salvarlas. Mi caso era único. Rafael Sánchez Mazas era amigo mío, y Azaña, al calificarme como editorialista, había utilizado una palabra que sirvió a Sánchez Mazas para hacer un bello trabajo literario, lleno de elegancia y erudición: galimatías. La suerte del autor no me era indiferente. Una carta suya, que conservo, hizo diana, y con motivo de la insinuación de Azaña, yo hice otra, más viable y más humana, que no fué tomada en consideración. Se trataba de canjear al escritor por un periodista: Federico Angulo. Este es, para sus amigos, un recuerdo; aquél —después de una peripecia que le expuso al no ser— ministro. En cuanto a las "Memorias", complementadas con escolios feroces, hace tiempo que están en las librerías de España. Méritos de un pensamiento claro y un castellano puro.

CAPITULO XXXVI

Prieto mejora su título de ministro. — Un Consejo de Ministros eufórico. — Las alternativas de la batalla de Teruel. — El aviador que respondía de la vida de Federico Angulo. — Concesión de la Placa Laureada de Madrid a Rojo y ascenso a general de Hernández Saravia.

—MINISTRO de Defensa... ¡y Ataque!

La aclaración: se la hizo Prieto a los periodistas que le abordaron al penetrar en el edificio del Paseo de Gracia, donde celebrábamos los consejos de ministros. Después les proporcionó algunos datos de la operación militar que nos había permitido entrar en posesión de Teruel, en cuyo interior se seguía peleando para reducir algunos focos de resistencia. Las últimas noticias eran buenas. Mi colega exultaba de satisfacción. Era la primera empresa seria que nos salía bien. Entre los datos que facilitó a los informadores había uno que me afectaba: el fusilamiento de un guardia de asalto por haber matado, contraviniendo órdenes del mando, a un prisionero. Advertí a los periodistas que daría aviso a la censura para que no dejase pasar la noticia si señalaba el cuerpo a que pertenecía el combatiente ejecutado. Me parecía injusta la precisión, tanto más cuanto que en Belchite fueron guardias de asalto quienes defendieron, (sin que la noticia se hiciese pública, por encargo expreso de Prieto) a los prisioneros, consiguiendo, con algún esfuerzo, que se respetasen las instrucciones que prohibían terminantemente toda clase de represalias. En el Ministerio de Defensa utilizaban dos raseros: el riguroso, que se aplicaba a los carabineros y a los guardias de asalto, y el benévolo, para los soldados. Ese régimen desigual se manifestó de muy diferentes maneras y llegó a parecerse a una ofensiva, por la tenacidad con que se llevaba y la persistencia de las agresiones. Los periodistas me prometieron callar lo que me interesaba y, como pidiesen nuevos datos, Prieto les prometió que el parte oficial los recogería todos. La satisfacción, por lo que tenía de novedad el éxito, nos iluminaba el rostro. Nos faltaba costumbre de recibir buenas noticias, y estábamos como trastornados. Si Prieto se reputaba ministro de Defensa y Ataque, el resto de los ministros, que le escuchábamos leer los teletipos cruzados con el general

Rojo, empezamos a tomar en serio que formábamos parte del gobierno de la Victoria.

No quiero, aun cuando podría hacerlo con razón, ponerme a parte del común entusiasmo. Los ministros comunistas fluctuaban entre la satisfacción y el cálculo. Aprovecharon el momento para reclamar de Prieto recompensas para "los soldados del pueblo". Atribuían la victoria a los suyos y aureolaban a sus camaradas con toda suerte de nimbos y resplandores. Sabían explotar el triunfo y lo hacían conforme a una técnica que no dejaba de darles buenos resultados. Negrín apostillaba la lectura de Prieto con vaticinios optimistas. Nos auguraba un porvenir victorioso, condicionado por una guerra "larga y dura". El ministro de Defensa se limitaba a su papel de relator y a cada llamada telefónica acudía presuroso, confiando en recibir la noticia definitiva en lo que afectaba a la rendición de los que resistían. Fué un Consejo de Ministros eufórico, con Prieto como principal protagonista. Su gusto por las narraciones, en las que es maestro, pudo quedar satisfecho.

Victoria que amenaza convertirse en derrota

La victoria sobre Teruel no se nos había concedido gratis. El adversario nos hizo cara denodadamente y llegamos a conocer momentos verdaderamente apurados. Prieto necesitó interrumpir su cena del 31 de diciembre para acudir a su despacho del Ministerio a conversar por teletipo con el general Rojo. Las noticias habían cambiado, eran malas. Dentro de la plaza, la resistencia de los sitiados era entusiasta y las columnas de socorro se nos venían encima, amagándonos con una derrota cierta. A su empuje, nuestras tropas se replegaban, llegando, en uno de esos pánicos colectivos de difícil remedio, a evacuar la capital. Por varias horas, Teruel no fué de nadie. Este lapso de tiempo no supieron aprovecharlo los sitiados, perdiendo la ocasión de transformar su derrota en victoria resonante.

Prieto sufrió con ese temor y previno a Rojo de ese riesgo. El general dió órdenes tajantes para que los soldados que habían evacuado Teruel ocupasen de nuevo sus puestos. Ibarrola fué comisionado para formar juicio sumarísimo al jefe de aquéllos si no cumplía la orden. La cumplió. Sus tropas se instalaron en las posiciones abandonadas y continuaron hostilizando los focos de resistencia. La columna de socorro tomó Concud. Se hizo fuerte en la cabeza de la Muela. Consiguió, secundada por la aviación, éxitos parciales que, atendida la exigüidad del teatro de operaciones, fácilmente podían transformarse en definitivos. La nieve embarazaba los movimientos de las unidades y el frío, de una intensidad extrema, les causaba abundantes bajas. Los mensajes de fin

de año procedentes del Cuartel General tienen un acento inquietante. Negrín escribe una carta a Prieto, y éste se la traslada al general Rojo, en la que dice: "Conviene que el general Rojo se sienta asistido de la plena confianza nuestra. Por ello le ruego le haga saber que en estos momentos difíciles el Gobierno tiene fe ciega en su energía, serenidad y capacidad de mando y sabe que sacará todo el rendimiento que permita el contraste de las fuerzas de choque y la resistencia de nuestra gente, y que cuenta con plenos poderes para cuantas determinaciones estime necesarias o simplemente convenientes, en la seguridad de que el Gobierno avalará cualquier medida que tome".

El adversario concedía extraordinaria importancia a la batalla de Teruel, llegando incluso a considerarla, según una información francesa, de carácter oficioso, semidecisiva. Rojo esperaba para el día 2 de enero, una jornada dura. Lo fué. Todo el frente se puso en movimiento de mañana, señaladamente en las direcciones de Concud y la Muela. Vuela la aviación adversaria y no puede hacerlo la nuestra. El Ejército de la República combate bien y las tropas adversarias necesitan volver a su base de partida. Nuestra artillería se comporta excelentemente. Un fusilero derriba un aparato enemigo, cuyo piloto, a quien se hace preso, resulta ser Careaga, hijo de una familia monárquica de Bilbao. Su padre era gentilhombre de don Alfonso. Uno de sus hermanos se afilió, al nacer la República, al partido que acaudillaba don Miguel Maura. El prisionero, al que designaban en Bilbao con un apodo, "Morrosco", era muchacho arriscado y de temple. Prieto pensó inmediatamente en su utilidad. Ordenó el ascenso del tirador y pidió su nombre al mando para concederle una recompensa especial.

Suponiendo el interés que la familia del piloto pondría en obtener su canje, y las facilidades que, por sus relaciones, encontraría cerca del Cuartel General de Franco, notificó al prisionero que podía escribir a sus padres indicándoles que su canje se haría exclusivamente por la persona de Federico Angulo, para estas fechas condenado a muerte y, si se puede decir, con "toda clase de pronunciamientos favorables", que el fiscal, al pedir para él la última pena, rindiéndose a su sobria entereza, le discernió el título de "Caballero español". En la carta a sus familiares, Careaga añadió la que era resolución de Prieto: que con su vida respondía de la de Federico Angulo. Esta dramática comunicación no surtió el efecto esperado. Las gestiones que sin duda realizaron los padres del piloto se estrellaron no se sabe bien contra qué especial malevolencia que perseguía a nuestro compañero. Interés por rescatar a Careaga, preso en Barcelona, y de quien no conozco cuál haya sido su paradero, existía en Salamanca.

El fusilamiento de Angulo

Se le borró varias veces de las propuestas, recordando que sólo sería canjeado por la persona indicada por Prieto, de cuya vida respondía con la suya. El hecho de que Angulo no fuese ejecutado, pese al tiempo transcurrido a partir del día de su condena, nos consentía tener una esperanza. Enajenar el rehén era exponernos a dejar desamparado a nuestro amigo. Nuestra credulidad en la solidaridad humana era así de tonta. Al cabo de muchos meses de espera, conocedor de nuestras gestiones y oponiéndose a que nos preocupemos de él solo (1), supimos por un diario de Burgos que Federico Angulo, con cuyo nombre seguíamos ensayando propuestas, había sido fusilado.

El periódico burgalés añadió esta precisión: "Redactor político de "El Socialista". Desconozco si Prieto se hubiera decidido a hacer efectiva su amenaza, ejecutando a Careaga. Presumo que no. El compromiso vine a heredarlo yo, que lo conocía, como secretario del Ministerio de Defensa. La primera inclinación de mi ánimo fué cumplirlo. La estúpida crueldad del adversario, ejecutando una sentencia de muerte a los varios meses de dictada, cuando prácticamente parecía otorgada la conmutación de la pena y se estudiaban varias posibilidades de canje, me irritó profundamente, añadiendo a la herida un cáustico que la infectaba.

---

(1) Reproduzco la última carta que recibí de Federico Angulo, fechada en la cárcel de Bilbao, el 22 de junio de 1938: "Querido Zuga: He recibido tus dos cartas; la última de antes de ayer. Por ella me entero de la excelente disposición del Gobierno respecto a los prisioneros del Norte y de las dificultades que estáis venciendo para efectuar el canje. Todo cuanto hagáis es poco, os lo aseguro. Jamás se encontrará un puñado de hombres que soporten con mayor dignidad su suerte y que mantengan tan vivo su fervor por la República como éstos. Noticias recibidas por los nacionalistas, más recientes que las que tú me das en tu última carta, nos han permitido conocer con exactitud el estado del problema en casi todos sus detalles. Esto ha sido una verdadera inyección de optimismo. Hay un extremo de tu carta, al que quiero poner un breve comentario, no porque sospeche que sea necesario desvanecer errores en el Gobierno, que estoy seguro no los padece, sino porque es oportuno que conozcáis el hecho, para que, con nosotros, les hagáis justicia. Me refiero al comportamiento de los nacionalistas vascos. Toda sospecha que pudiera haber contra ellos, carecería en absoluto de fundamento. Los meses que llevo aquí, en íntimo y constante contacto con sus hombres rectores, me ponen en condiciones de responder de su conducta por entero leal y desinteresada. No sólo nos ceden su organización, sino que son los que puede decirse que han asumido la dirección de todos los negocios que a los prisioneros afectan, sin que en ningún momento asome en sus actos egoísmo alguno de partido. Se trabaja por todos, se lucha por todos, sin exclusivismos ni distinciones. Dentro de la cárcel, puede afirmarse que no existe división de partidos: todos están en la realidad fundidos en uno solo: prisioneros. Y respecto a la sospecha de Franco, de que los nacionalistas vascos pudieran apro-

Cruz Salido contribuyó a apaciguarme. ¿Qué ganábamos con hacer condenar y ejecutar a Careaga? Añadir una más a la nómina innumerable de las víctimas. Lo que nos interesaba, aquello en que apasionadamente habíamos trabajado, no lo podíamos alcanzar. La represalia no nos iba a quitar "el dolorido sentir"... Y dejamos que Careaga corriese su suerte de aviador prisionero. No nos volvimos a ocupar de él. Ignoro si vive o si murió. Su destino me es perfectamente indiferente. Pude haber intervenido en él, con daño suyo, y no lo hice. Lo que sigue a esta inhibición, bueno o malo, no me corresponde. Más me duele ignorar la suerte que corrió, en la común desgracia de nuestra derrota, el fusilero que derribó el aparato que tripulaba el piloto bilbaíno.

En el exterior de la ciudad, la pelea, siendo dura, era menos dramática que en el interior de Teruel. Los núcleos de resistencia, bien atrincherados en edificaciones sólidas, se negaban tercamente a rendirse, confiando en las columnas de socorro, para las que despacharon a un emisario, al que hicimos prisionero. Se emplearon varias minas, principalmente contra el Convento de Santa

---

vechar su canje para quedarse en Francia, el Gobierno ha podido apreciar, en los sesenta y un canjeados en enero, la carencia de fundamentos. Es más, yo soy testigo de la orden dada a todos, de que por ningún concepto permaneciesen en Francia ni un minuto más del tiempo indispensable y se presenten con la máxima rapidez al Gobierno de la República. De modo que el pensamiento que lleva a Franco a proponer en sus listas de canjeables una mayoría nacionalista, hubiese sufrido una quiebra definitiva. De ello puedo dar fe.

"Quiero rogarte que hagas presente al Gobierno mi gratitud por el interés que pone en mi canje. Pero al mismo tiempo, deseo que mi caso no se particularice. Mi mayor alegría será correr la misma suerte que los demás, recobrar la libertad y el derecho a vivir y a luchar por la República al mismo tiempo que los demás prisioneros, o a morir con ellos. Yo no soy, solo, nada; con estos hombres que la desgracia ha hecho mis compañeros, más aun, mis hermanos, estoy seguro de ser útil. mejores que yo, como el pobre Gallego, y me daría vergüenza vivir si, Así, pues, nada de canjes particulares que me beneficien: todos o ninguno. He visto caer hombres asesinados de verdadero mérito, mucho librándome yo de la muerte, otros muchos, mejores, más útiles, con más méritos y con un historial de sacrificios superior al que yo puedo ostentar, quedasen aquí sometidos a tortura y bajo la amenaza de ser asesinados.

"Si me escribes nuevamente, hazlo en papel sin timbrar, fechando la carta en cualquier parte de Francia y firmando, por ejemplo, con tu nombre. Es peligroso lo contrario. Mis saludos a don Juan, a Méndez Aspe, a Cruz Salido, a todos esos amigos, en fin. Acepta tú un fortísimo abrazo. — **Angulo**".

Mi respuesta no le llegó a tiempo. Iba la carta a su encuentro, cuando le sacaron a fusilar. No invento nada que le honre cuando supongo que hizo honor a las estrellas de su bocamanga y a su carnet de periodista. Sus compañeros de prisión no necesitaron conocer su grado, les fué suficiente mirarle a los ojos, para concederle la jefatura. Tenía mirada de capitán y conducta de hombre. A nadie defraudó. Ni a quienes lo mataron.

Clara y el Gobierno Civil. Este se asaltó y se ocupó con rapidez. Una parte de sus defensores se pasó al edificio paredaño, Hotel de Aragón, donde se les persiguió entablándose, como en Santa Clara, una lucha crudelísima. En el Gobierno Civil se hicieron algunos prisioneros y se retiraron muchos cadáveres. La mayoría, y, desde luego, los niños, habían muerto de hambre. Se hizo su evacuación y el mando dió orden de terminar a toda costa, sin cejar un minuto, con todos los focos de resistencia. Estas eran las noticias que poseíamos cuando se reunió el Gobierno, y Prieto añadía ante los periodistas, a su título de ministro de Defensa, el de Ataque.

La conducta y el esfuerzo de Rojo tenían emocionado a mi compañero. Para premiar ese comportamiento, nos propuso conceder al general la Placa Laureada de Madrid, recompensa que se aprobó, así como el ascenso a general del coronel Hernández Saravia. Interpelado por los comunistas sobre la conveniencia de recompensar a los jefes de las unidades que habían participado en la victoria de Teruel, Prieto contestó que estaba en su ánimo hacerlo, proponiéndose estudiar los casos de acuerdo con el general Rojo. El ascenso de Saravia, amigo incondicional de Azaña, supuso para Prieto, por esquinas protocolarias, un rozamiento con el presidente de la República. El ministro lo explica así: "La publicación del decreto ascendiendo a Hernández Saravia me costó otro incidente enojosísimo con el presidente de la República, porque en mi afán de explotar, a efectos psicológicos, la victoria, di el texto a la prensa antes de firmarlo el jefe del Estado, quien se negó, no habiendo yo conocido a tiempo la negativa, a autorizar telegráficamente la inserción del ascenso, conforme hube de pedir". Con la recompensa a Rojo hubo también su pequeño tropiezo. Una pregunta, originada en una afirmación del preámbulo del decreto. ¿Cambiaba de fase la guerra con la conquista de Teruel? Prieto contestó negativamente. La pregunta era como un lazo pampero: apresaba al ministro o al decreto. Quedó claro que la concesión de la Placa Laureada no se hacía con absoluta limpieza reglamentaria. El Gobierno conoció esa circunstancia y, por sobre el reglamento, entendió, y entendió justo, que Rojo se la merecía. Con la colección de los teletipos se puede reconstruir, con bastante exactitud, sus esfuerzos personales y advertir cómo ellos hacen cambiar el curso de los sucesos.

Hablaba Queipo de Llano...

Sonando las doce campanadas que separaban 1937 de 1938, el ministro en su despacho de El Pucheт, decía por conferencia telegráfica al general, que estaba en su cuartel de Barracas: "Me doy cuenta de las enormes dificultades que la situación presenta, pero quedo tranquilo sabiendo que cuanto humanamen-

te puede hacerse para remediarlo se hará estando usted ahí. Si fuese posible reemplazar no sólo el mando sino a todas las fuerzas que hay en Teruel, con otras a las cuales no hubiera invadido el pánico, acaso sería conveniente. Calculo que las primeras horas de este día primero de año van a ser muy críticas. Confiemos en que el nuevo año comience mejor que el viejo que acaba". El día 8 de enero, sin que Rojo se separase del puesto de mando, Teruel entraba en poder de la República. Dos horas antes el coronel, gobernador militar de la plaza, Domingo Rey D'Harcourt, firmaba con el cuerpo de jefes y oficiales un acta consignando las razones de su rendición. (1) Se dijo, sin que yo certifique la veracidad del dato, que en trance de reunir a los jefes y oficiales para examinar con ellos la situación, Rey D'Harcourt abrió el receptor de la radio, con la esperanza de captar alguna noticia que le consistiese prolongar la desesperada resistencia. Se detuvo en Sevilla, estación que aludía a Teruel. Escuchó ansioso. La voz era inconfundible; hablaba Queipo de Llano. Lo hacía a su modo, atolondradamente. Decía: "Yo conozco bien a D'Harcourt. No es hombre para ahogarse en un vaso de agua. ¡Ya le pueden echar "rojillos" a D'Harcourt! No hay cuidado, no se rendirá. Os lo digo yo, que le conozco bien. ¡No se rendirá!". Rey D'Harcourt metió un adjetivo violento entre admiraciones y dió una patada al aparato de la radio. Todavía irritado por las inepcias de Queipo de Llano, se reunió con los jefes y oficiales para aconsejarse de ellos. Con un noventa por ciento de bajas en la oficialidad, perdida la moral de la tropa, que deserta, y con mil quinientos heridos sin asistencia, el acuerdo fué uná-

(1) El acta de referencia dice así: "En la Plaza de Teruel, edificio del Gobierno Militar, a las veintidós horas del día Siete de Enero de mil novecientos treinta y ocho. REUNIDO el Cuerpo de Jefes y Oficiales con el Coronel Gobernador Militar de la Plaza y examinada la situación militar, estiman que después de veinticuatro días de defenderse sin recibir ayuda del exterior contra un enemigo muy superior en número y material, perdidas todas las posiciones, excepto los edificios del Hospital de la Asunción, ruinas del Colegio SADEL y parte del Gobierno Militar, aislados e incomunicados del edificio del Seminario que aun resiste, agotadas todas las provisiones, careciendo de agua, escaseando las municiones, agotadas las bombas de mano, desaparecidas entre los escombros las armas automáticas, con un NOVENTA por ciento de bajas en la Oficialidad, perdida la moral de la tropa, entre la que es continua la deserción al campo enemigo, el Gobernador de esta plaza, de acuerdo con los Jefes y Oficiales que subscriben, teniendo en cuenta la existencia de más de MIL QUINIENTOS HERIDOS sin la debida asistencia por falta de material sanitario, y amenazados de muerte por los medios modernos de combate, acumulados por el enemigo, como artillería de grueso calibre, tanques, lanzallamas y minas, de las cuales han hecho uso previamente, destruyendo el Banco de España, Hospital del Casino y gran parte del Gobierno Militar, consideran que se han agotado todos los medios que el deber y el honor militar aconseja en la defensa de esta plaza, cuya prolongación no po-

nime. Depusieron las armas. Quedaba el foco de Santa Clara, mandado por el coronel Barba. Invitado a rendirse contestó que debía consultarlo con sus jefes. No tuvo ocasión. El coronel Barba, desasistido de sus colaboradores, quiso puntualizar de cierta manera las condiciones de la rendición sin conseguirlo, porque aquella estaba prácticamente hecha. Se dió prisionero. "El general Hernández Saravia y yo —telegrafiaba Rojo a Prieto— hacemos presente a usted y al Gobierno nuestra más efusiva felicitación, deseando poder seguir bajo la dirección de ustedes hasta el triunfo total". Prieto, tocado en su fibra más sonora, contestó: "Al aceptar en nombre del Gobierno la felicitación que usted y el general Hernández Saravia nos dirigen, cúmpleme, en representación del mismo, trasmitirles los más efusivos parabienes por la victoria que culmina en el episodio de hoy, haciendo extensiva la felicitación a todos los jefes, oficiales y clases y soldados que han participado en las operaciones bajo la inteligentísima dirección de ustedes dos, cuyos nombres sabrá guardar con gratitud en su memoria la República".

Los diarios se dedicaron durante bastantes días a cotizar como decisiva la victoria de nuestras armas en Teruel. La consideraban como el comienzo de una carrera de triunfos que el enemigo no sabría evitar. Teruel era, para la mayoría de los comentaristas, el acontecimiento largamente esperado que señalaba la natividad del ejército de la República. Como partero de tan robusta criatura, el índice popular señaló a Prieto, con mayor razón después de que Negrín, en su discurso parlamentario de

---

dría beneficiar a la marcha general de las operaciones, no obteniendo más resultado que el sacrificio del numeroso personal no combatiente y heridos, que encerrados en el Hospital de la Asunción se verían obligados a seguir la misma suerte que la población militar, por lo cual acuerdan la rendición de las posiciones del Hospital de la Asunción, Colegio Sadel y Gobierno Militar en la parte que aun conservan con la condición de que sean respetadas las vidas del personal civil. Y para que conste firman la presente el Coronel Gobernador Militar de esta plaza y los Jefes y Oficiales en Servicio.

El Alférez: Jesús Sánz Sánz. El Alférez Veterinario: Tomás Hernández Bravo. El Veterinario 2o.: Samuel Bernal Carlo. El Comandante: Angel García Riu. El Teniente Coronel: Francisco Mundo. (?). Agustín Cremades Royo. Anselmo Pérez Escribano. El Comandante de Artillería: Fernando Calvo Roselló. Manuel Toro Hernández. Francisco Martínez. Evaristo Sas. Benito Jara Aribe (?). Jesús Briones. José Martín. Octavio Santa. Capitán de Infantería: José González Vidaurreta. El Teniente: Rafael Rico Alonso. El Capitán: Carlos Alagas (?). Teniente Auditor: Miguel de Castell. El Coronel: Ignacio Gasca Laguna. El Capitán de la Guardia Civil: Ilegible. El Albalete, Teniente de la Legión. El Comandante de Infantería: Rodolfo Estella. Por los Capitanes: D. Mariano de la Puente. D. Mateo González Vidaurreta. Tenientes: D. Enrique Estévez y D. Joaquín Castilla, que no pueden firmar, lo hace Miguel de Castells. Alférez del Batallón O. P.: José Antonio Sánchez Romero. El Coronel Gobernador Militar: Domingo Rey".

Monserrat, pidiese para el ministro de Defensa Nacional, en unos párrafos calientes, el homenaje de las Cortes. Prieto, que desconocía el texto del discurso se sintió emocionado con aquellas palabras que los diputados subrayaron con una ovación calurosa. Cuando se repuso de su sorpresa, me reprochó —suponiéndome en el secreto— no haberle advertido de la alusión de que iba a ser objeto. Conocía, en efecto, el discurso del presidente y muy especialmente la parte de él referida a la persona de mi correligionario, que Negrín deseó que resultase, además de expresiva, cordial. A pesar de los errores de lectura en que incurrió el jefe del Gobierno, errores debidos al exceso de prisa lectora, el tono de sincera cordialidad con que moduló las justas alabanzas resultó manifiestamente claro para todos. Ello es que Prieto, con disgusto de los comunistas, quedó en la estimación de la mayoría del país, como el constructor del nuevo ejército. Nadie mejor que él sabía todo el coeficiente de inexactitud de semejante afirmación. Para disponer de un ejército nos hacían falta demasiados elementos, morales y materiales, que no conseguíamos tener, pese a tantos esfuerzos como se hicieron para adquirirlos.

Ni la victoria destruye las divergencias

En Barcelona se celebró la conquista de Teruel con una manifestación popular. El Gobierno la presenció desde el edificio de la Presidencia, en el Paseo de Gracia, aun cuando los organizadores del acto habían previsto que la presidencia se instalaría en las tribunas montadas en la Plaza de Cataluña. En ellas se instaló Companys, con el Gobierno de la Generalidad. Y Negrín, por una razón de protocolo, entendió que él y los ministros debíamos marcar una diferencia para no establecer un precedente enojoso, tras del que, al decir de Negrín, andaba constantemente Companys... ¿De verdad hubo en aquella manifestación el entusiasmo y el fervor que anotaron los periódicos? Declaro bien sinceramente que no alcancé a verlo. Mi impresión fué distinta. Detrás de los carteles, con rotundas inscripciones en castellano unas, en catalán otras, el público desfilaba con una cierta desgana y cansancio, como si nos preguntase: ¿Cuándo acaba la guerra? No fuí yo solo, entre los ministros, el que me quedé con esa anotación. Es posible que la manifestación, vista desde los estrados de la Plaza de Cataluña, cobrase otro aspecto. Prieto ha contado como consiguió que Negrín se decidiese a presenciarla. El protocolo metió en el desfile una espina pequeña pero aguda, que ya antes había rasguñado la campaña lírica del Liceo, que dió bastantes quebraderos de cabeza, sin los beneficios de que suelen acompañarlos, como compensación, los empresarios, al subsecretario de la Presidencia José Prat, que era, según él mismo decía, "un empresario honesto", honestidad que ignoro si le agradecieron o le reprocharon las interesadas, vanidosas de sus méri-

tos y prendas que, con guerra o sin ella, desean ver alabados. En el Liceo, además de por el título, se peleó por el derecho al palco presidencial, reservado al jefe de Estado, que lo frecuentó en los días de concierto. Si el Gobierno no fué a la plaza de Cataluña a presidir el desfile popular, Companys, en cambio, renunció a gustar los programas del Liceo, que patrocinaba con largueza y generosidad la subsecretaria de la Presidencia del Consejo. Esas querellas protocolarias, de apariencia trivial y fondo áspero, se proyectaban sobre todos los problemas. La vecindad nos separaba a catalanes y castellanos más que la lejanía. Ni de la victoria ni de la derrota sabíamos hacer aglutinante.

La victoria de Teruel nos dió preocupaciones inéditas, a las que fuimos atendiendo con la mejor voluntad. La población evacuada se repartió en pueblos de Valencia y Castellón. Por lo que tocaba a los hombres, fueron cuidadosamente observados y a algunos de ellos tenidos en concepto de sospechosos por los cargos que habían ejercido en la organización falangista, se les encarceló. Nuestra "limpieza" se redujo a encerrar a los dudosos, más por su interés que por el nuestro, ya que dejarlos en libertad era exponerlos a caer víctimas de venganzas y represalias. Además de los jefes militares, se hizo prisionero al obispo, que se negó a pronunciar palabra alguna condenatoria de la insurrección. Debía entender, como el bienaventurado Dominico, "que la guerra contra los herejes es tanto más caritativa y misericordiosa cuanto más áspera y vehemente". No se olvidó de polemizar con sus aprehensores, reclamándoles determinados privilegios que suponía inherentes a su condición de eclesiástico mayor. Se le acordó un trato correcto, que no dejaba de incomodar a los demagogos, quienes proponían como necesaria y ejemplar su ejecución. Ya el prisionero en Barcelona, Irujo se interesó por él. A su indicación se le autorizó a recibir el sacramento de la comunión y a oír o decir misa. Se esperaba una oportunidad de canjearlo, que no llegó a presentarse. Evacuado de Barcelona, vísperas de perder la plaza, fué muerto en circunstancias que no conozco en los caminos violentos y militarizados de Cataluña. Dijeron los vencedores que su cuerpo fué descubierto e identificado entre unas tierras estériles. Su martirio no reportó honor ni a nuestra causa que pudo muy bien pasarse sin él, ni a la iglesia que tiene demasiados mártires para ponerse a repicar por uno más. Si los frutos de España retienen sabor de sangre, no será por la suya que se vertió en tierra sin maternidad, sino por la de tanta y tanta criatura que le precedió y le siguió en la muerte. El celo de su alma belicosa, le expuso, como a tantos otros sacerdotes, a la cólera popular. El pastor, cuando se hace capitán, suele suceder que muera en la batalla o de resultas de ella. La misericordia del Señor, que es infinita, no ha querido modificar esa ley, vieja como la guerra.

CAPITULO XXXVII

El Gobierno en Monserrat. — Vandervelde. — Los rebeldes se disponen a reconquistar Teruel. — Las causas de la derrota de Teruel, según un informe del Comisario del Ejército de Tierra. — Material y mandos. — Un monterilla ilustre. — Hundimiento del "Baleares". — "¡Vayamos por ellos, que son nuestros." — Bruno Alonso.

EL Gobierno se presentó a las Cortes el 1º de febrero, con la victoria de Teruel todavía palpitante. A la reunión del Parlamento se le dió un escenario grandioso: Monserrat. Los preparativos de la sesión se llevaron con un sigilo y una cautela extremados. La adecuación del local fué obra de una noche. Una colección de buenos tapices permitió a los carabineros, bajo la dirección de Prat, transformar el refectorio de los frailes en un grave salón de sesiones. Concurrieron al acto parlamentario liberales, socialistas y comunistas de Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suecia... La figura más destacada fué la de Emilio Vandervelde, que meses después, diciembre del mismo año, iba a rendir su vida, conmoviendo profundamente a la nación belga y a sus innumerables amigos de todo el mundo. Vandervelde se puso incondicionalmente al servicio de la República Española desde el primer instante. Su autoridad moral, indiscutida hasta por sus más ásperos adversarios, la empleó sin regateos en trabajos de ayuda a España. Se batió rudamente contra sus propios camaradas y puso en movimiento todas las potencias de su alma para conseguir que los trabajadores belgas se asociasen con fervoroso entusiasmo a la causa de los obreros españoles. Zamarreó con su dialéctica inclemente a cuantos, por un motivo conveniencero, renegaban de un deber que él tenía por sagrado. Su viaje a España, que le era conocida de otros anteriores, lo utilizó para ver las trincheras, húmedas de sangre, en que se defendía la democracia. Diputados y soldados españoles le asistieron de un respeto cordial, de un afecto entrañable que él, acostumbrado al conocimiento de los hombres, percibió finamente. Como al final de una comida que en su honor organizó el presidente del Consejo, le ofreciesen un cigarrillo, nos refirió, para rechazarlo, la ocasión en que por primera vez fumó uno. Era a la sazón ministro de Relaciones Exteriores y se exa-

minaba en Consejo el problema de España. Vandervelde dió serenamente su parecer, contrario al aislamiento internacional de la República Española. Sus colegas de gobierno fueron discutiendo su punto de vista. Insistió en convencerles, y cuando hubo agotado todas sus razones, nervioso, pensando en la acogida que los ministros dispensaran a su nueva argumentación, encendió un cigarrillo. Cuando se persuadió de que nada podía esperar de ellos, de que su posición era minoritaria, renunció a seguir fumando y con la punta del cigarrillo dejó, en el cenicero de la mesa del Consejo, su cartera de ministro, yéndose a buscar a la calle la aprobación que no encontraba en el Gobierno. Después de su muerte, en una crisis calculada, los socialistas se vieron compelidos a negar su colaboración al nuevo ministerio. Los opositores de Vandervelde dentro del partido, se lamentaban de no haber tenido el valor necesario para hacerse derrotar ministerialmente con la bandera de España, lo que acaso les hubiese permitido evitar el retroceso electoral que lamentaron. El viejo internacionalista, que tenía un gusto estético muy seguro, curioseó complacido en los rincones de Monserrat.

La formalidad parlamentaria fué breve. Negrín leyó su discurso. Las minorías dijeron su opinión, favorable al Gobierno, sin que destacase más voz que la del grupo socialista, en cuyo nombre Lamoneda hizo un discurso breve que, a disgusto de los comunistas, se comentó con elogio. Renovada la confianza al Gobierno, éste iba a continuar su trabajo. Desconocíamos toda la rudeza con que nos amenazaba. A creer a los diputados que me abordaban, en solicitud de pasaportes y facilidades de viaje por supuesto, habíamos tenido la fortuna de cubrir la etapa más difícil y, en lo sucesivo, todo sería cosa de coser y cantar. Dios no les oyó, quizá porque no decían lo que pensaban.

La trágica inferioridad aérea leal

Antes de que finalizase el mes de febrero, los rebeldes se dispusieron a reconquistar Teruel. No se resignaron a concedernos la plaza... Fueron a la nueva batalla con todo su potencial bélico que les había sido reforzado por Alemania e Italia. El general Rojo se desplazó nuevamente al teatro de operaciones. Recomienza, por extenso, el diálogo telegráfico entre el ministro y el jefe del Estado Mayor Central. Prieto sigue, a través de los informes de Rojo, las dramáticas peripecias de la lucha, cuidando de reforzar con sus palabras la autoridad del subordinado. El enemigo lleva la lucha con artillería y aviación. Mantiene permanentemente en el aire, bombardeando y ametrallando, de treinta a cuarenta aparatos. Su acción es muy profunda y se hace sentir en las posiciones y en los nudos de comunicación, inmovilizando las unidades, destruyendo sus vehículos y desmoralizando a los hombres. Las fuer-

zas que se retiran desorganizadas, son muchas, y Rojo reclama que se le mande con urgencia una brigada de la división 68, que se quedó en Madrid. La reacción de Prieto ante esas noticias, es típica de su temperamento, y si la reproduzco, pese a su extensión, es para que el lector tenga datos objetivos y pueda intentar un juicio propio sobre una de las personas que mayor papel han jugado en la vida política de España a partir de 1918, en que fué elegido diputado a Cortes. Dice así su respuesta a Rojo:

"Ministro de Defensa Nacional. - El relato que usted hace de los hechos acaecidos durante la jornada, y la descripción del ambiente, constituyen elementos bastantes para juzgar la situación. No dudo que exista la posibilidad de que nuestras tropas reaccionen, pero la posibilidad suele, a veces, hallarse muy distante de la probabilidad y ésta es la que yo no vislumbro por ahora. Claro es que estoy seguro de que usted realizará el máximo esfuerzo para enderezar lo que tan torcido anda y ello me tranquiliza relativamente, porque, cuando menos, sabré que se ha hecho lo que humanamente se pueda hacer.

"El sistema de ataque seguido ahi por el enemigo, es exactamente el mismo que empleó en el Norte y de modo muy singular en Vizcaya, donde realizó con la aviación ataques bastante profundos en la retaguardia, entre los cuales descollaron los de Durango y Guernica, anulando, además, todas las comunicaciones, pues mantenía un ametrallamiento casi constante sobre las carreteras, destruyendo o deteriorando toda clase de vehículos, incluso las motocicletas. Ha llegado, por desgracia, el instante previsto y temido por mí, de una superioridad neta, desbordante, de la aviación enemiga, que nos coloca en dificilísimas condiciones. Por lo tanto, yo no puedo pedir milagros a nadie y, consiguientemente, no se los pido a usted. Afrontemos este trance y los que le sucedan, con la serenidad de ánimo precisa.

"Es difícil, lo comprendo perfectamente, devolver la tranquilidad a los soldados que tienen constantemente sobre sus cabezas la aviación enemiga. En el Norte se dieron casos de tropas que habiendo resistido en una jornada treinta y cuarenta ataques de aviación, al amanecer del día siguiente se retiraban empavorecidos al ver el cielo diáfano, ante la perspectiva de otra jornada infernal. Allí también pedían angustiosamente aviación que los protegiera. Me explico cuanto sucede y le diré que aunque me duela, no me sorprende.

"Ruégole que me diga cuáles serían, a su juicio, las consecuencias inmediatas de la posible toma del Mansueto.

"El parte oficial que me da para la publicidad la sección de información en cuanto al Ejército de Levante, dice así: "Ha continuado la fuerte presión del enemigo que, apoyado por la gran masa de aviación, consiguió infiltrarse ligeramente entre el Man-

sueto y Valdecebro, a pesar de la resistencia de nuestras fuerzas, que siguen combatiendo heroicamente". El parte, a pesar de ciertos adornos literarios, me parece excesivamente lacónico y quizá disfrace en demasía la verdad de la situación. Me inclino a ampliarlo, y someto este propósito a consulta de usted."

Prieto sólo puede hacer comunicados veraces

Los partes del Ministerio de Defensa, durante el período ministerial de Prieto, gozaron de un crédito enorme. Su veracidad era indiscutible y Prieto ponía un cuidado escrupuloso en conservar ese crédito público. Este cuidado llegó a ser en él obsesivo. Finalizando la resistencia de Teruel, Rojo le pide que borre del parte una línea y el ministro le ruega "dígame cómo substituyo en el parte el concepto que vamos a suprimir, porque convendría consignar la gran proximidad del enemigo a la plaza". No renuncia a publicar la verdad. Esta política del parte de guerra no era del gusto de Negrín, quien frecuentemente se me quejaba de ella, acaso con la esperanza de que se lo hiciese saber a Prieto. Esa manifestación de disgusto ha tenido tardía expresión en el Epistolario Negrín-Prieto. Este trabajaba en el parte como periodista; Negrín, como médico. Para el primero, la noticia era inocultable; para el segundo el eufemismo resultaba necesario. El periodista dice al lector descarnadamente la verdad de un suceso; un doctor atenúa a su cliente la crueldad del dictamen exacto. Deformaciones profesionales. El Estado Mayor francés parece decidido a gobernarse, en materia de partes, por un criterio bastante riguroso y escueto, a juzgar por los que hasta ahora lleva publicados. Si le tomamos como árbitro de la querella, se nos dará fallada. Fué suficiente que Prieto dejase de regentear el Ministerio de Defensa para que los partes cayeran en descrédito. Cierto que, a partir de ese momento, los tropiezos de nuestras armas se cubrían con bastantes veladuras y se rodeaban de eficaces vaguedades. La situación angustiosa del trance exiguía atenuar, por todos los medios, la verdad de nuestros frentes pulverizados. No sé si Prieto se hubiera decidido a buscar los paliativos obligados. Su deformación profesional era casi enfermiza, como se puede notar en la conversación telegráfica mantenida con Rojo el día 22 de febrero, a las diez de la mañana. El Ejército de la República ha evacuado Teruel. Rojo le ha pasado de madrugada la noticia en los siguientes términos: "Las fuerzas que quedaban en Teruel se han replegado. Según parte de la División 46, el enemigo logró en la tarde de hoy cercar la plaza por el Sur. A causa de la escasez de municiones y víveres, que impedían una larga resistencia, y siguiendo las directivas del Mando para tal situación, en las primeras horas de la noche de hoy y antes de que el enemigo irrumpiese en la plaza, ha organizado todas las fuerzas enemigas, abrién-

dose paso en dirección a Villaespada, a cuyo punto ha llegado la tropa y la impedimenta. En Teruel no ha quedado un solo hombre, ni documentación, armas, ni abastecimientos". A las diez horas del día 22, Prieto dice al general: "Como no quería que la ocupación de Teruel por los rebeldes se conociese exclusivamente a través de las radios facciosas, hice esta madrugada un esfuerzo para que los periódicos alcanzaran una noticia escuenta, dada por nosotros, y que aparece concebida en términos análogos a los de su telegrama. La prensa barcelonesa, desde luego, la publica y supongo que también habrá apareoido en la de Madrid, adonde se comunicó sin demora". Sólo algún excepcional periodista habría hecho el trabajo con tanta diligencia. Por esta vez, el periodista ha derrotado al ministro. En la conversación telegráfica con Rojo, Prieto le dice: "He registrado la circunstancia, verdaderamente curiosa, de que el parte oficial del enemigo, radiado por sus emisoras y publicado por su prensa de esta mañana, no acusa la ocupación de Teruel, limitándose a decir que han ocupado determinados edificios de las afueras, siendo el cerco de la plaza completo. De otra parte, el "Tebib Arrumi", cronista oficioso del Cuartel General rebelde, en un artículo escrito muy a última hora se atiene a las referencias del parte oficial y añade al mismo que las tropas tenían orden de no entrar en el casco de la ciudad, pero que parte de ellas, poseídas de entusiasmo, desobedecieron la orden y ocuparon algunos edificios. El cronista pone mucho cuidado en hacer recalcar que Teruel no está ocupado y que ellos no procederán como nosotros a mediados de diciembre, proclamando anticipadamente una ocupación que no estaba conclusa. Es de advertir que, a juzgar por ciertos términos de la crónica, su autor va incorporado al Cuartel General de Franco, quien, por lo visto, se hallaba muy cerca del teatro de operaciones. Todo esta indica, a mi entender, que el enemigo no se enteró anoche de que habíamos abandonado la plaza. . ." Le enteró nuestro parte, que si es verdad que perdimos Teruel, queda claro que les "pisamos" —como se dice en el argot periodístico— la "última hora".

Hasta después de publicada la noticia en nuestros periódicos no se conocieron los detalles de la evacuación de la plaza, consecuencia de una atrevida maniobra envolvente del adversario. A juicio del general Rojo, el abandono de Teruel estaba plenamente justificado y nada había que reprochar a sus defensores, entre los que estaba representado el cuerpo de guardias de asalto. La nueva línea la reputa fuerte. Teme, sin embargo, que la moral, ya baja, siga decreciendo. El golpe sufrido por el Jefe del Estado Mayor Central es demasiado rudo. La victoria de ayer es la derrota de hoy. Nadie mejor que él para expresar su estado de ánimo. "Personalmente, no necesito decirle la dolorosa impresión sufrida por mí anoche, aun cuando ya era cosa esperada. Verdaderamente, me siento abrumado por los acontecimientos, aunque no

por ello deje de estar en el puesto, afrontando la situación con la entereza que sea necesaria. De todas maneras, hoy, con el parte que le envié a usted a última hora, si consigo hacerlo, le justificaré a usted mi ruego encarecido de que piense en mi situación, porque verdaderamente, como ya en otras ocasiones le he dicho, me siento agotado y, naturalmente, ahora más que nunca. Le repito a usted que esté tranquilo en cuanto a que en ningún momento, mientras esté aquí, faltará la acción de mando necesaria para sostener esta situación". El ministro no cree que el cerco existiese. Ratifica la confianza al general, y como están en su despacho el presidente del Consejo y los ministros de Estado y Agricultura, que forman con el de Defensa Nacional el Consejo Superior de Guerra, informados de las palabras de Rojo, le notifican que disfruta en plenitud de la estimación del Gobierno. Después de agradecer esa declaración, el general agrega: "Unicamente quiero añadirle que estoy completamente tranquilo y sereno para afrontar los acontecimientos, sin que el efecto moral que en mí haya causado la desdicha de ayer, repercuta en forma de abandono, por insignificante que sea, de mis deberes. Tampoco quiero que sospeche usted que la última indicación de la primera parte de mi conversación, era puramente formularia, sino, por el contrario, francamente sentida, pues creo que los hombres pueden gastarse en su trabajo y deben dejar paso a quienes con más claro juicio puedan afrontar las nuevas situaciones".

Las causas de la derrota, según las conclusiones de un informe redactado por el comisario del ejército de tierra, fueron las siguientes: "1a. La intensidad abrumadora de la aviación enemiga, sin posibilidad de contrarrestarla con arma alguna. 2a. La actuación perseverante y combinada de la artillería con la aviación, que destruía las débiles fortificaciones construídas durante la noche, operando en grandes masas, con una densidad de fuego inigualada en toda la campaña. 3a. Reducción considerable en número de los efectivos divisionarios por los combates anteriores, que no permitieron una reorganización seria y eficaz, que hubiera aumentado, a más de sus efectivos, la capacidad combativa de los soldados. 4a. Inferioridad de armas, singularmente artillería, que no solamente pudiera batir las concentraciones enemigas, sino hacer fuego de contrabatería para neutralizar los fuegos de la enemiga. 5a. Decaimiento de la moral de los combatientes por la acción persistente, tenaz y concentrada de la aviación y artillería enemigas. 6a. Fracaso del contraataque iniciado por el XXII Cuerpo de Ejército, cuya realización hubiera descongestionado la presión enemiga. 7a. Deficiencias de los cuadros de mando de compañía para abajo, que impiden un control eficaz de los soldados".

Verdades primarias que, en su mayor parte, no eran ignoradas del hombre de la calle, en quien la pérdida de Teruel hizo una

mella profunda, más que por lo que los periódicos encaminaron su conquista, por lo que la pérdida suponía como incapacidad de retener y conservar lo conquistado. Esta nueva derrota desmentía la afirmación más importante, a saber: que hubiese nacido el Ejército de la República.

Carencia de suboficiales y sobra de jefes

Los esfuerzos de Prieto, como los trabajos de Rojo, no eran suficientes. Uno y otro necesitaban de los servicios de una red inmensa de colaboradores abnegados y, por añadidura, del concurso generoso de los suministradores de material. Se necesitaban aviones y artillería de varias clases. Según los datos de nuestro Servicio de Información, que al decir de los técnicos trabajaba mejor que el del adversario, Franco disponía de setecientos a ochocientos aeroplanos. Y la cuenta de Prieto, que nos la hacía con frecuencia en Consejo de Ministros, resultaba inatacable por exacta: "Aun admitiendo que continuemos teniendo la misma fortuna en los combates aéreos que hasta el presente y nuestras pérdidas de aparatos sean menores que las del adversario, llegará un momento en que nos quedaremos a cero, en tanto que los rebeldes seguirán poseyendo cien o doscientos aviones, con los que atacarán a nuestros soldados, bombardearán nuestras ciudades y hundirán los barcos que entren en nuestros puertos". El presidente se esforzaba por paliar esa conclusión, negando que los rebeldes dispusieran de tantos aviones y dejando entrever la esperanza de que no tardasen en aumentar nuestras exiguas existencias. No creo equivocarme al decir que la mayoría de los ministros quedábamos afectados por las palabras de Prieto, sin que las de Negrín nos tranquilizasen. Le agradecíamos la buena voluntad, pero no llegábamos a dar crédito a su optimismo. En materia de armamento estábamos persuadidos de que no conseguiríamos nunca salir de la penuria en que nos debatíamos desde el comienzo de la guerra, a menos que Francia, Inglaterra o los Estados Unidos se decidiesen a vendérnoslo. Y de esta esperanza hacía tiempo que nos habíamos despedido. Ni podíamos comprar libremente el material que necesitábamos, ni teníamos posibilidades de crear la red de colaboradores eficaces que necesitaba el mando. No teníamos cabos, sargentos ni tenientes y, en cambio, nos sobraban jefes, de los llamados humorísticamente por Miaja "de la semana del duro", que no se avenían con mandos inferiores al de brigada o división. Es posible que entre los preferidos, que resultaron ser muchos, se nos malograse algún soldado a quien Marte hubiera sonreído; de los que se ensayaron con esa esperanza, fueron pocos los que se hicieron aprobar y de estos pocos hay que separar los que dieron más disgustos al Ministerio de la Gober-

nación que al adversario. Les resultaba más hacedero perniquebrar a un alcalde, sólo por el gusto de gastarle una broma a la supremacía del poder civil, que mantenerse en una posición atacada. Ignoro qué se ha hecho de un amigo mío de Zalamera la Serena que, aludiendo a una extralimitación militar que no había sido consentida, me escribía en estos términos: "Los militares se olvidaron que esta es la patria chica del insigne monterilla Pedro Crespo". Sobre muchos olvidos de igual naturaleza, necesitábamos establecer querella contra el Ministerio de Defensa Nacional, razonablemente escépticos en cuanto al buen éxito de la misma. No, no teníamos un ejército. Teníamos lo que podíamos tener. Lo que hubiera tenido cualquier país en nuestras mismas condiciones: concentraciones humanas con menos armas que heroísmo, con más ansias de triunfo que victorias, sobradas de instructores y faltas de capitanes. El enemigo se cebaba en ellas, derrotándolas, a favor de la superabundancia de su material. Este le permitió recuperar Teruel y les afianzó la esperanza de llegar al Mediterráneo. Franco se decidió por el consejo militar francés. Renunció a Madrid y orientó sus nuevas ofensivas hacia el mar.

Nuestra escuadra, reducida por imperio de la necesidad, a proteger las embarcaciones mercantes que nos aprovisionaban de elementos vitales, consiguió apuntarse una victoria que fué muy sonada: el hundimiento del "Baleares", una de las buenas unidades de la marina rebelde. El encuentro, a fiarme del relato que me hicieron, se produjo de una manera inesperada, cuando los navíos republicanos regresaban a su base de Cartagena. Se entabló combate y resultó herido de muerte el "Baleares", lo que determinó la retirada, a toda máquina, de los buques franquistas. Advertida nuestra aviación, salió a completar la obra de destrucción de los marinos, ya que el "Baleares", por sus buenas condiciones marineras continuaba flotando, empenachado de humo del incendio que lo consumía. El suceso fué vivamente celebrado y en premio a la proeza se concedieron diversos premios. Bruno Alonso, comisario general de la flota, conversando conmigo sobre sus diferencias con el jefe de la escuadra, se lamentó de la ninguna estimación que se le manifestaba, y citó en apoyo de su queja la distribución de recompensas con motivo de la victoria sobre el "Baleares".

—De mí nadie se acordó. ¿Qué pintaba el comisario general? Seguramente, nada; pero yo estaba en el puente de mando, al lado del jefe de la flota. Cuando se tocó zafarrancho de combate, yo dije a los marinos que había llegado la hora de jugarse la vida por la República. No tengo que esforzarme para hacerme creer de ti, que de tantos años me conoces. Pues bien; cuando el "Baleares" fué tocado y los navíos rebeldes nos cedieron el mar, yo sentí que era la gran ocasión de hacer algo grande y definitivo,

y sin poderme contener, gritando de emoción, le dije al jefe de la escuadra: "¡Vamos por ellos, que son nuestros!". La tripulación no quería cosa distinta. El jefe me dedicó una mirada fría y con acento de irritación y reproche, me contestó seco: "¿Está usted loco? ¿Quiere que estropeemos la victoria con alguna desgracia?" Me callé. Navegábamos hacia Cartagena, con prisa y con júbilo. Todavía sigo creyendo que no hicimos todo lo que pudimos haber hecho. ¿Qué sabía yo? Nada, en efecto. El olvido en que se me tuvo, lo probaba. Yo no necesito de estímulos honoríficos para cumplir con mi deber, pero tampoco me son útiles olvidos que rebajan mi autoridad ante los jefes de los buques, que no habrá desdén que pueda disminuírmela ante las tripulaciones, ya que saben que he sufrido sus mismos bombardeos y me he hecho a la mar tantas veces como la escuadra levó anclas".

Prieto, quizás recordando sus días de ministro de Marina y Aire, organizó perfectamente la difusión de la noticia del hundimiento del "Baleares". Distribuyó fotografías del buque siniestrado, tomadas por la aviación, y dió al relato de la batalla un tono sobrio, que marcaba bastante bien la satisfacción y el orgullo. Fué su última comunicación satisfactoria al país. La fecha no es despreciable en este caso: 6 de marzo de 1938. Vísperas de la ofensiva franquista del Este.

CAPITULO XXXVIII

Mis visitas al Ministerio de Defensa. — Una razón política y una inclinación efectiva. — Días negros y días de sol. — La memoria musical de Prieto. — Una victoria sobre Ossorio y Gallardo. — El mes de marzo es fatal. — La situación en el frente sigue siendo malísima. — La esperanza en el segundo gobierno de Blum. — Negrín y Prieto, en desacuerdo. — Todo está perdido. — La carta que Prieto escribió a sus hijas. — Temor a la frontera implacable.

LA onda sentimental de Prieto no es fija, aun cuando su amistad pueda ser inalterable. Por los primeros meses del año 1938 —últimos de nuestra vida ministerial— yo resulté ser, sin otro mérito que el que mi camarada me atribuyese, un buen receptor de sus emisiones cordiales. Esa elección no dejaba de serme grata, por la prueba de confianza que representaba. En la mesa del Ministerio de Defensa había, a diario, un cubierto para mí. Si en alguna ocasión, por necesidades de cortesía inexcusable para amigos mios, disculpé mi ausencia, los secretarios de Prieto me llenaban de reproches y me forzaban a comprometerme para el día siguiente. Solía ser frecuente que volviese al anochecer, de modo señalado durante el período del Este, en que la aflicción de Prieto tenía tantos motivos para ser profunda. Ignoro si le fuí de alguna utilidad, pero en caso negativo, deberá atribuirse a desmaña, en modo alguno a falta de buena voluntad. Sólo móviles desinteresados y amistosos determinaron mi frecuentación del Puchet. Después que por mi iniciativa estableciese esas visitas, me llamó el presidente del Consejo para indicarme la necesidad de que, en lo posible, dedicase más tiempo a acompañar a Prieto que a los temas de mi departamento.

—Usted le conoce bien y sabe lo conveniente que es no dejar que se ensombrezca demasiado con sus propios juegos pesimistas. Suele ser permeable a las observaciones ajenas, aun cuando aparezca rechazándolas en el primer instante.

Cuando supo por mí que yo mantenia ya esa relación, se alegró sinceramente. Por los días de diciembre, Marcelino Pascua, que estaba, por razones políticas, de descanso, en Barcelona, compartió conmigo el encargo del presidente, dato que no se le escapó a Prieto y con el que hizo un comentario humorístico, de fondo

amable. La utilidad de nuestra compañía, repito, es dudoso que le resultase valiosa y seguro que no le resultó desagradable. Medir lo primero es siempre difícil; conocer lo segundo, fácil. Dadas las circunstancias en que se desarrollaba la vida de nuestro amigo, con sus hijos ausentes, detalle importantísimo en la vida de un hombre profundamente afectivo, expuesto con frecuencia a las defecciones de un corazón poco razonable, era justo pensar que le agradase la compañía de dos correligionarios a los que le unía, de bastante tiempo, una amistad que no está, ni aún hoy mismo, en situación de sufrir reproche. La razón política que dictaba el consejo de Negrín, evaluada por mí como importante, pesaba menos en mi ánimo que mi propia razón de amistad. Ausente de la secretaría de Prieto, Víctor Salazar, sus continuadores, Cruz Salido y Luis Plaza, no podían reemplazarle, por un cierto respeto, al que se mezclaba un poco del frío burocrático, consecuencia de la menor intimidad, en su acción efusiva y entusiasta cerca del ministro. Ese cometido es el que personalmente me propuse llenar yo por el tiempo que permanecía, cada día, al lado de Prieto. Este acudía frecuentemente a su despacho por un acto poco menos que desesperado de su fuerza de voluntad, y se mantenía en él, inmóvil en una butaca, arropado de mantas, combatiendo el frío con una estufa eléctrica y sofocando el padecimiento con inyecciones que le aplicaba el doctor Fraile. Hubo ocasiones en que, impotente para soportar tanta molestia física, anhelante, dificultado de movimientos, pedía el coche para trasladarse a casa... A una casa que de suya no tenía nada, ni siquiera lo que le hubiera permitido congraciarse con ella, sus hijas, que en esas ocasiones notaba tan en falta y a las que no quería avisar para no sobresaltarlas, persuadido de que, una vez más, el quebranto pasaría. No apunto con esas palabras al blanco de la conmiseración, que no la necesita quien tan reciamente sabe batirse con el dolor. Busco corresponsales para la admiración que me producía el hombre que, a despecho de unas agresiones violentas de la enfermedad, propenso por la zona afectada a un acabamiento fulminante, abandonaba la cama por la butaca de su despacho y entre ahogos y punzadas de la carne, atendía a los cuidados de su ministerio, sin desdeñar la correcta puntuación de su abundante correspondencia. Recuerdo bien haberle reprochado, en más de un caso, su terca violación de las ordenanzas del doctor Fraile y de haber mediado, con ruegos, para que se recluyera en su casa... El otro doctor, Antonio, el cocinero, le inducía, con su sabiduría coquinaria, a desafiar toda suerte de riesgos diabéticos, y el teletipo, con sus llamadas menos misteriosas que infaustas, le aprisionaba a su sillón. El humor de Prieto era cambiante. Tenía días negros, en que se encerraba en un mutismo que nos ensombrecía a todos sus invitados. Las conversaciones, tan pronto iniciadas como muertas. La esfinge no te-

nía secreto. El silencio era consecuencia de las malas noticias, o de tropiezos de un género particularmente enojoso. Algunos de estos ataques de hipocondría coincidieron con la visita del jefe técnico de los "colaboradores". Eran conferencias que se prolongaban por encima de la medida normal, dando motivo a que Balsalobre nos advirtiese, por encargo del cocinero, que el esfuerzo culinario de aquella mañana se iba a malograr. Como todo buen artista, Antonio no se resignaba a estropear un plato. Y nos enviaba a Balsalobre, su admirador más sumiso, dispuesto —azul marino y metal amarillo— para servir la mesa. En los días de sol interior, el ministro era anfitrión ameno. Exhumaba anécdotas divertidas de su variada vida, empezando por su primer crítica teatral en un diario bilbaíno, hace tiempo desaparecido: "¿A quién no convence. . . ?". Su buen arte de relator encantaba a todos, incluso a mí, para quien Prieto no tenía entonces, en su abundante repertorio, programa inédito. Tan puntualmente me era conocido que, en razón de sentarse a la mesa las dos funcionarias de su secretaría particular, me inquietaba pensando en que, de anécdota en anécdota, saliese a relucir la de la cabeza parlante. Me parece recordar que acabó contándola. Otra rama de su especialidad mnemotécnica, de la que con gusto suele hacer alarde, se proyecta sobre la zarzuela española. En este punto es imbatible. No es una afirmación caprichosa. Irá bien, por si a la historia le importa recogerla el día de mañana, que la justifique, consignando, de pasada, uno de mis mejores pasmos ministeriales.

Reunión de representantes diplomáticos

A poco de constituirse el primer gabinete Negrín, éste entendió prudente, supongo que de acuerdo con don José Giral, ministro de Estado, llamar a Valencia a todos los embajadores y ministros plenipotenciarios de Europa y América, a los que Prieto llamaba "los ilustres fugitivos". A la cita dejaron de acudir muy pocos. Supongo que aquellos a quienes una negociación urgente retuvo en sus embajadas o legaciones. Entre los que saludé, recuerdo a Azcárate, Ossorio Gallardo, Fernando de los Ríos, Asúa, Pascua, Ruiz Funes, Pedroso y otros cuyo nombre, oído con poco interés, no alcancé a retener. Gordón Ordás estaba entre los que no pudieron atender la convocatoria. Antes o después de la reunión para que habían sido llamados, Negrín les invitó a una cena en su domicilio de Náquera, a la que acudimos los ministros. Presumí que la hora del café tendría, atendida la dificultad de hacer coincidir en un mismo senado a tanta persona importante, algún interés político o internacional. Era yo un ministro jovencísimo, de pocas semanas, y todavía conservaba bastante ingenuidad. Durante la cena, la conversación an-

duvo partida. Los diplomáticos pedían noticias y las daban. Fernando de los Ríos, que había hecho el propósito, que cumplió, de subir a Madrid y ponerse en contacto con sus defensores, en un aparte, me dió su versión histórica de la resistencia de la capital, haciendo derivar el esfuerzo de los madrileños, no de 1808, como los periodistas habíamos escrito, sino de una fecha más remota y para mi arcana. ¿Me convenció de que el impulso heroico les llegaba de Viriato? Siento no poder recordar bien sus palabras. La interpretación de don Fernando no dejaba de tener una curiosa novedad y de ser, como todas sus interpretaciones, valiosa. Esperando otra cosa mejor de la reunión, perdí las palabras del embajador español en Wáshington. No hubo cambio de opiniones. La reunión era gastronómica y de pura cortesía. Después de servido el café, sin que pueda apuntar cómo se inició la cosa, se estableció una competición musical, a base de zarzuelas olvidadas, entre el embajador en París, Ossorio Gallardo, y el ministro de Defensa Nacional. El archivo de ambos contendientes resultó ser copiosísimo. Prieto, además de la música, recordaba la letra y precisaba quiénes habían sido los artistas que estrenaron la obra, cuando y con qué éxito. Ossorio Gallardo, en cambio, desmenuzaba las partituras y, en cada caso, reproducía el juego de los instrumentos, haciendo observaciones sobre su significado en la orquesta: la flauta, un sátiro; el violín, un vanidoso; el contrabajo, un sacerdote de la angustia... Se quitaban, no la palabra, la música de la boca, saltando de Chapí a Caballero, de Bretón a Arrieta, reivindicando, como dignas de mejor estima, obras olvidadas. La confrontación musical del embajador y del ministro fué dura y se prolongó en la noche de Naquera, palpitante de olores campesinos, hasta el término de la sobremesa, pasadas las doce. En obediencia a la pulcritud histórica, y sin que con ello pueda reprochárseme parcialidad de correligionario, consignaré que el embajador no pudo vencer al ministro. Sólo queda por dilucidar, dejo el tema a futuros investigadores, si Ossorio Gallardo, cediendo a una de las exigencias más elementales de su improvisado oficio, supo gastarle al ministro la atención de concederle la victoria. Cortesía ajena o mérito propio, queda justificada mi afirmación de que Prieto es imbatible en el género chico... Incluso a sus más íntimos amigos, aquellos que más constantemente hayan vivido cerca de él, puede, en esa materia, depararles programas nuevos. Las obras más olvidadas y desdeñadas tienen en el registro de su memoria musical una anotación precisa. Cuando la ocasión se le antoja adecuada, lo que depende más de sí mismo que de sus invitados, busca en sus recuerdos un chotis, un pasodoble, una romanza y lo "trabaja" escrupulosamente, poniendo atención en que no se pierdan los matices. Esa fruición por la música pequeña no excluye

en Prieto el gusto de los grandes maestros, cuyas obras conoce. De éstos no habla, quizá porque no están tan dentro de su juventud, dura y difícil.

Cede también el frente del Este

En los buenos días Prieto encantaba a sus invitados con una conversación amena y agradable. No se prohibe el embromar a los amigos, sacando a este respecto un partido inmenso de la timidez, supuesta o verdadera, de algunos de ellos. Pero estos días buenos estaban terminados. El mes de marzo nos fué fatal. El adversario inició una vigorosísima ofensiva en el este, con un éxito inesperado. A su presión todas las líneas nuestras se hundían. No se resiste. Las columnas motorizadas del enemigo avanzan sin dificultad. De hora en hora se pierden posiciones, cotas fortificadas, pueblos. En la dirección de Belchite los soldados de Franco recorren dieciocho kilómetros sin conseguir avistarse con nuestros combatientes, parándose a seis kilómetros de aquel pueblo. Por el sur el avance enemigo es de doce kilómetros. En la tercera dirección de ataque su movimiento es más lento. Es donde se le hace resistencia. Rojo se traslada al frente. Desde Lérida el general telegrafía una mala impresión: franca desmoralización de las tropas, como consecuencia de los ataques aéreos. Hemos perdidos, 11 de marzo, Codo y Belchite, y, partiendo de estos pueblos, los vencedores atacan Quinto, Azaila y Pullugán; en el sur Oliete. Cuatro horas más tarde sólo se conserva en nuestro poder Azaila. No tenemos enlaces, por haberlos roto el enemigo. La desmoralización es grande. Es el frente, todo el frente, el que se ha hundido. El adversario es dueño de la situación. Como toda esperanza, Rojo dice al ministro: "Espero llegada reservas para reorganizar línea a retaguardia". El comisario general del Ejército del este, con aprobación del general Pozas, envía a Prieto, con el teniente coronel Anglada, un parte en que se pinta la situación como desesperada. "La moral de la tropa ha caído verticalmente debido a las dificultades de avituallamiento y municionamiento, por la amenaza de la aviación, que impide con sus ametrallamientos todo servicio".

Defección de unas tropas, heroísmo de otras; repliegues autorizados, retiradas voluntarias. "En resumen —dice el pliego que ha recibido el ministro—, la situación de este sector es gravísima, esperando que mañana el enemigo, con sus potentes medios, aproveche la falta de reservas y la situación moral de nuestras fuerzas para lanzar sus columnas, que pueden poner en difícil trance nuestro frente si en el más breve plazo posible no se consiguen refuerzos frescos y en condiciones de aguantar. Nos en-

contramos, en el puesto de mando, sin luz eléctrica, a consecuencia de los bombardeos de la aviación, que ha destruído las fábricas de flúido, careciendo de luz la mayoría de los pueblos." Por todos los conductos es informado el ministro de que la aviación enemiga trabaja en el frente de modo incansable y abrumador. El día 12, en un parte de nuestra aviación, se afirma haber visto un nuevo tipo de aparato extranjero, sin que pueda precisarse su nacionalidad. "Los prisioneros alemanes han declarado que, aparte de las unidades que aquí tenían, ha llegado un nuevo grupo de cuatro escuadrillas de bombardeo, rápidas, de la aviación militar alemana, con todo su personal aéreo y de tierra." Las oleadas de pánico suceden a las oleadas de miedo. Prieto me pide urgentemente que le facilite un grupo de asalto, con el propósito de cerrar el paso en Alcañiz a los soldados fugitivos del sector de Híjar. Muchos hombres que se han desembarazado de las armas andan huídos por los pueblos. El general Rojo se opone a que se cumpla una orden del subsecretario de Tierra por la que se manda el envío a Reus del personal recuperado. "Sería demasiado cómodo para ellos (los fugitivos) y peligroso para la retaguardia, pues se les haría el juego alejándolos del frente y consintiéndoles una buena vida." Rojo entiende preferible "que el gobernador general de Aragón dé una orden para procurar la recuperación del personal huído a través del campo, y que se ampara en los pueblos, imponiendo a las autoridades locales el deber de entregarlos a la autoridad militar más próxima, y esta autoridad militar, con sus medios, aseguraría su recuperación". Hemos perdido Híjar y Escatrón. El ministro consigue establecer comunicación con Alcañiz, donde se encuentra el jefe del Estado Mayor Central. Su estado de ánimo es el que cabe imaginar. A través de las noticias telegráficas deduce que el avance del adversario se apoya, más que en sus medios de combate, en la falta de moral de nuestras unidades, anodadas por la desorganización de todos los servicios. El comisario general, Crescenciano Bilbao, informa: "Acabo de llegar a Lérida, y al visitar el cuartel general llama el Estado Mayor del XI Cuerpo de Ejército para decirme que hace muchas horas no tiene comunicación con el Estado Mayor del Ejército del Este y no recibe orden ninguna, teniendo la sospecha de que hubiera alguna infiltración del enemigo al norte del río. No tienen órdenes de nadie ni relación con ningún Estado Mayor. Lo mismo pasa con el X Cuerpo de Ejército, con el que estoy hablando en estos momentos, y el cual, desde ayer a las ocho, no sabe nada del Estado Mayor del Ejército. He dicho al Estado Mayor del XI Cuerpo que con todos los medios que tenga a su disposición cubra bien las cabezas de puente de Gelsa y Sástago, e incluso que mande fuerzas a la cabeza de puente de Caspe, pues no sé lo que ocurre."

Nadie lo sabe. El coronel Hidalgo de Cisneros desmiente, como infundada, la alarma del comisario general. Día 13. Pérdida de Ariño, Aloza y Andorra por abandono de nuestras fuerzas. Destrucción de Caspe por la aviación rebelde. "Las posiciones se pierden con muy poca lucha o con ninguna. Sólo el Cuerpo XXI se está comportando desde el primer día de modo magnífico... El resto de las tropas no sirve prácticamente para nada." La crisis de moral es definitiva. El buen deseo de los mandos y comisarios se estrella ante la manifiesta decisión de la gente, que ha llegado en algunos casos a la violencia para que se les respete la huída. Las líneas se vacían de combatientes. "Quedan pocos hombres en el frente y espero ansiosamente la llegada de reservas." El general Rojo vuelve con angustia a ese tema: "Como la gente de que se dispone no sirve para nada, es preciso ordenar urgentemente que venga la División 11 a la región Valdealgorfa-Alcañiz y que se active por todos los medios el movimiento de las unidades que ya está ordenado que vengan, así como que se preparen nuevas reservas." En este medio descorazonador, capaz de arruinar la voluntad más granítica, el general conserva su sangre fría, y con ella el discurso. He aquí lo que después de un largo informe de desventuras dice al ministro: "Por si las circunstancias nos lo consienten, estoy trabajando en un plan de acción para poner en actividad todos los frentes, único modo que veo de contrarrestar esta abrumadora concentración de medios enemigos, aunque no sé si dará tiempo de llevarlo a lo práctica. Esta noche lo precisaré y se lo enviaré mañana por un motorista, antipándole que las directrices son debilitar al máximo la línea en todos los frentes, para formar reservas, realizar con éstas un mínimo de dos ataques en el frente de cada ejército, explotar con las reservas de ejército el ataque que tenga éxito y completar la explotación con las del ejército de maniobra, si después de este episodio que vivimos nos queda alguna."

Donde la realidad rebasa cálculos pesimistas

El pensamiento del ministro, dato esencial para juzgar de las derivaciones políticas que va a tener el desastre, debe ser recogido con la mayor objetividad. Palabras suyas a Rojo: "El panorama que usted me describe rebasa mis propios cálculos, caracterizados por un hondo pesimismo respecto a las condiciones de inferioridad material y moral en que ahí se combatía. Ante las proporciones y caracteres que adquieren los sucesos, someto a su consideración la conveniencia de examinar si procede que usted continúe ahí, con las comunicaciones rotas, o volver a Barcelona, para poder contemplar más en conjunto todo el panorama de

nuestra lucha, que acaso llegue a tener inmediatas repercusiones en otros frentes distanciados de esos." Robustecimiento de la autoridad de Rojo e imparcialidad del ministro. "Queda usted plenísimamente autorizado por mí, suscribiéndolas yo previamente, para cuantas resoluciones estime procedente adoptar sobre el terreno para destituir jefes, conferir mandos y disolver unidades; en fin, para todo, absolutamente para todo, y cual las circunstancias reclamen, sin que tenga necesidad de decirme la filiación de los jefes que sea preciso destituir y la significación de las unidades que hayan de ser disueltas, pues la una y la otra me tendrían siempre sin cuidado, pero sobre todo en estos críticos momentos." Viene después un capítulo informativo para el general. La declaración de Mussolini, hecha ante el Gran Consejo Fascista, reunido el día 11, prometiendo que antes de finalizar el mes de marzo las tropas italianas y franquistas ocuparían Lérida, siguiendo hacia el Pirineo, para cerrar la frontera de Francia, donde el día 13, fecha de esta conversación de Prieto con Rojo, se ha constituído el nuevo gobierno francés, bajo la presidencia de Blum. "Este tuvo que desistir de formar gobierno de carácter nacional por serle imposible reducir los antagonismos que separan a derechas e izquierdas. Ha formado un gobierno de Frente Popular, sin comunistas, en el que Blum desempeña, además de la presidencia, la cartera del Tesoro. El nuevo gobierno, en el que conserva el Ministerio de Defensa Nacional Daladier, nos es favorable, por cuanto que los puestos más importantes del mismo, y sobre todo los que se relacionan con las cosas que afectan a España, quedan en manos de amigos nuestros. El Ministerio de Negocios Extranjeros lo desempeña Paul Boncour; el de Comercio, Pierre Cot, y el del Interior, Dormoy. Además, quien mejor nos ha servido de todos los políticos gubernamentales franceses, el socialista Vicente Auriol, figura también en el gobierno como ministro sin cartera Las cuestiones de España les serán planteadas mañana o pasado por persona autorizadísima."

Esta esperanza, no demasiado sólida por la violencia de la polémica interior de Francia, es todo lo que nos queda a la vista del hundimiento del frente del Este. Es el propio Negrín quien iba a llevar las gestiones con Blum. Este no tiene relación personal con nuestro embajador en París, Ossorio y Gallardo, cerca del cual he tenido que realizar personalmente una comisión enojosa: la de decirle, y la cosa no era fácil, que se abstuviese de intervenir en unas negociaciones en curso para precisar la ayuda francesa. Ossorio y Gallardo recibió la noticia con la natural estupefacción, y me planteó, con evidente lógica, el problema de su confianza. No pasó mucho tiempo sin que le afectase una combinación diplomática, por lo que se le envió de París a Buenos Aires.

Me parece recordar que el propósito del viaje de Negrín dió lugar a una discusión violenta entre él y Prieto. El punto de vista del ministro de Defensa se contraía a recomendar que la gestión con los franceses se plantease en términos escuetos: la ayuda francesa o nuestra derrota irremediable. Negrín entendía que así no podía abordarse la negociación, ya que los franceses se negarían a comprometerse con una ayuda fuerte en las postrimerías de nuestra resistencia. Entendía preferible argumentar con la seguridad en el triunfo, no concediendo a los acontecimientos del Este otro alcance que el de un episodio aislado. No se pusieron de acuerdo. A partir de esa discusión no habían de estarlo nunca. Me inclino a afirmar que Negrín renunció de momento al viaje. Por este tiempo el agregado aéreo de la Embajada francesa hizo una visita a Prieto para pedirle, en nombre de sus jefes, una nota de las necesidades de material. Tan pronto como la poseyera debía salir por la vía más corta para entregarla en París. Prieto le hizo observar que la nota que le pedía era conocida por el gobierno francés, al que había sido remitida por conducto seguro. El agregado militar le arguyó en su deber de obediencia, por cuanto se trataba de una orden recibida por él desde París. Prieto le facilitó un pliego con nuestras necesidades urgentes, y el agregado aéreo, haciendo el viaje en avión, lo entregó a sus jefes. Dos o tres días después visitó de nuevo a Prieto para notificarle que había cumplido el encargo, sin añadir una palabra más. Prieto intentó conocer la acogida reservada a nuestras necesidades; pero el oficial francés le indicó que nada podía aclararle, ya que su cometido se había limitado al papel de correo. Mi correligionario dedujo una conclusión pesimista, que desgraciadamente tuvo confirmación. Como las noticias del frente continuaban siendo malas, al punto de que la ola de pánico golpeaba en Tarragona, adonde se mandaron fuerzas de asalto para intentar la recuperación de los fugitivos del frente, la situación de ánimo en el Puchet no podía ser peor. En concepto de Prieto, nos estábamos acercando al desenlace de la guerra. El desastre no tenía compostura. La desmoralización del frente, corriéndose a la retaguardia, provocaría por modo inevitable la catástrofe. En la secretaría del ministro, más que las palabras, los rostros anticipaban la opinión de Prieto. Este se irritaba varias veces, con los motivos más diversos, en el transcurso del día, y en una de esas irritaciones, por la que luego dió cordiales explicaciones, se enajenó la colaboración de Cruz Salido, que le dimitió su puesto de secretario particular. Mi mediación, requerido por Prieto, no consiguió reducir al enojado amigo, que inmediatamente de recobrar su libertad de periodista vino a participármelo a mi despacho. En aquel terrible estado de cosas, bajo la impresión yo de los juicios de Prieto, propuse a

Cruz Salido que trabajase en mi proximidad, no fuese a suceder que inesperadamente necesitásemos hacer una evacuación precipitada. El pesimismo no impedía a Prieto trabajar. Su voluntad de servicio no se quebrantaba. Después de comer, tomando café, va dándonos sus impresiones personales. Son terribles: esta es la palabra. Estamos en el epílogo de la lucha.

—He escrito una carta a mis hijas diciéndoles que hemos entrado en el último episodio. Preveo el desenlace para el mes de abril. Y es que en el mes de abril se han producido en mi casa todos los acontecimientos destacados. (Aquí una enumeración de ellos.)

La derrota, descontada como segura, le lleva a pensar en cuál será la conducta de Francia. Prieto tiene ideas particulares sobre ella, expuestas en más de una ocasión con excesiva vehemencia. Se funda en el conocimiento que de los franceses le han dado sus días de expatriado.

—La frontera nos será cerrada con bayonetas, y se podrán contar con los dedos de la mano los españoles que consigan cruzarla. Los que tienen la esperanza de una acogida generosa se engañan. Los franceses, no solamente no nos estiman, sino que nos desprecian. Las dificultades que oponen ahora para el visado de los pasaportes anuncian bastante bien lo que va a suceder cuando, empujada por el miedo a las represalias de los vencedores, la masa humana se avalance sobre los límites, pretendiendo penetrar en Francia. Una barrera de senegaleses, bayoneta calada, le prohibirá el paso.

El ministro se complacía en detallarnos las circunstancias de esa pugna terrible, y su palabra, que sabe dar bulto a las descripciones, nos hacía ver la frontera como una raya siniestra, en la que las tropas vencedoras marcarían con una cruz a los destinados al patíbulo y con una raya a los consignados al cautiverio. El pensamiento discrepante no descubría forma de manifestarse, incapaz de competir con una elocuencia tanto más intimidante cuanto más alta era su perfección. Esas convicciones de Prieto, que tenían un reflejo inmediato en mi ánimo, solían tener confirmación en la cinta telegráfica del teletipo. Malas noticias; siempre malas noticias. ¿En qué hombro de la verdad apoyarse para contradecir tanto pesimismo? Cuando me acogía a mis recuerdos de Madrid, el pasado me reconfortaba. ¿Por qué desconfiar de Cataluña? ¿Por qué dudar de Francia?

CAPITULO XXXIX

El general Rojo y el coronel Hidalgo de Cisneros quieren presentarse al enemigo. — Prieto está dispuesto a acompañarles. — Lo que podemos esperar de Francia. — Un Consejo de Ministros con Azaña, en Pedralbes. — La manifestación coactiva de los comunistas. — El discurso y las preguntas de Azaña. — Lo que el presidente de la República está resuelto a no hacer. — Los gritos de los manifestantes, una nota al gobierno francés y un debate sobre la manifestación.

LA gravedad de la situación se ha hecho inocultable. El enemigo está resuelto a llegar al Mediterráneo y a subir al Pirineo. El dictamen del general Rojo no puede ser más pesimista. No tenemos fuerzas ni material para oponernos a los designios de Franco. Prieto lleva a Rojo a casa del presidente, y sin que recuerde la razón, coincidimos dos personas más, Uribarri y yo, jefe del Sim. Por la presencia del funcionario, la conversación adquiere unos aspectos insospechados, hasta que, con un pretexto, consigo hacerle salir del salón donde se celebra la conferencia. Esta es la causa de que ignore los términos en que se manifiesta el general Rojo, quien teme que se produzca, de un momento a otro, la catástrofe irremediable. El pensamiento íntimo del jefe del Estado Mayor Central me es conocido por Prieto, quien me ha confiado la noticia de que Rojo y el coronel Hidalgo Cisneros se han presentado ante él proponiéndole, como solución posible para el drama, entregarse personalmente a los rebeldes. Respuesta de Prieto: "Si consideran que esa resolución de ustedes puede ahorrar dolor a los soldados, cosa que personalmente no creo, y se disponen a ponerla por obra, cuenten ustedes conmigo. Les acompañaré". Este dato da una idea exacta del juicio que a los propios militares merecía la situación. Prieto no se creía en el caso de ocultarla y en el Consejo de Ministros del 29 de marzo, último del Gobierno a que pertenecimos, la expuso. Igual conducta siguió el ministro de Defensa en otro Consejo de Ministros anterior, en que el propio presidente nos notificó que había recibido la visita del embajador francés, habiéndole indicado, en nombre de su Gobierno, la disposición del mismo para intentar una mediación cerca de los rebeldes. Negrín negó al embajador que hubiese llegado

el momento de utilizar la oferta que por encargo del gobierno francés le hacía y le manifestó la voluntad de España de continuar la lucha hasta el último momento, esperando convencer al gobierno francés de que los sucesos del Este no pasaban de ser un episodio lamentable, pero no definitivo, de la guerra. Consultó la opinión de los ministros. Prevaleció su criterio. Sólo Irujo, ministro sin cartera, por haberlo substituído en la de Justicia Mariano Ansó, apuntó la conveniencia de examinar la situación militar para, en el supuesto de persuadirnos de la fatalidad de la derrota, economizar el dolor que supondría el prolongar una guerra sin esperanza. En cuanto a Giral, ministro de Estado, aprobando las palabras del presidente, insinuó la ventaja de no rechazar de modo absoluto un ofrecimiento al que, llegado el caso, podríamos acogernos. Según supe después por Prieto, que me trasladó a mi casa, la reserva de Giral estaba fundamentada en otra visita del embajador francés, quien, convencido de nuestra derrota, le había hecho el ofrecimiento de un buque de guerra para recoger al presidente de la República y al Gobierno, insinuando, en cambio, la conveniencia de que, por nuestra parte, mandásemos nuestra aviación a campos franceses y las unidades de la escuadra a Bizerta. Y comentaba Prieto: "¡Para que nos hagamos la ilusión, como ha intentado demostrarnos Negrín, de que podemos esperar la llegada de material francés! El gobierno francés nos da por muertos, como indican bien las proposiciones de su embajador!" Al día siguiente, si mi recuerdo no falla, nos reunimos en el Palacio de Pedralbes con el jefe del Estado. Por la mañana, al trasladarme al Ministerio, pude ver en las fachadas de las casas pasquines comunistas que aludían claramente a la formación de un gobierno de guerra.

"Nos hemos quedado sin ejército"...

El Consejo con Azaña fué por la tarde. Un momento antes de que se celebrase un cambio de impresiones entre los ministros, Negrín nos llamó aparte a Prieto y a mí, en concepto de correligionarios "y nos pidió —copio de Prieto— que si alguien, en la reunión, próxima a comenzar, proponía que se entablaran negociaciones de paz, nos sumáramos a su criterio negativo. Ambos se lo ofrecimos, como cumplía con nuestro deber, porque no íbamos a quebrantar en pleno Consejo, con actitud distinta, la del jefe del Gobierno, responsable por su cargo de la dirección política". Y, añado, porque ya habíamos aprobado, en el Consejo precedente, la negativa a esas negociaciones que personalmente había dado Negrín al señor Labonne. Prieto recuerda una sola de las dos indicaciones que hizo a Negrín al final de ese diálogo político: la relativa a bloquear en el extranjero recursos

suficientes para ayudar a quienes necesitasen expatriarse. Er [illegible] en de cosas, y con apoyo por mi parte, por estimarla razonable, hizo una segunda indicación. Negrín torció el rostro, limitándose a escuchar, sin afirmar ni negar. En el consejillo, el Gobierno se mostró unánime. Los matices apuntados en la reunión precedente por nuestros colegas Irujo y Giral, y mantenidos por ellos, no alteraban el sentido del acuerdo. Como réplica a la propuesta del embajador señor Labonne, se acordó enviar una nota al gobierno francés indicándole que las causas de la derrota del Este eran una consecuencia natural de la superioridad de medios de nuestro adversario, libremente abastecido por Italia y Alemania, para terminar preguntando si Francia se encontraba dispuesta a abrirnos sus mercados de armamento. Giral consiguió hacer que el Consejo me transfiriese el encargo de redactar la nota de referencia. Minutos después pasábamos a reunirnos con el jefe del Estado. El Consejo anterior bajo su presidencia tiene para mi recuerdo, y probablemente para el de Prieto, una palabra como punto de referencia: "archipencos". Prieto me pidió su significado, por haberle sorprendido a las personas que se la aplicaba. Se lo di aproximado y se complacía en repetirla con fruición, haciéndola sonar: ¡Archipencos! El Consejo dió comienzo con la acostumbrada exposición del jefe del Gobierno. Este, en fuerza de hábito, había llegado a dominar su palabra, consiguiendo exponer, con bastante buen método y claridad, su pensamiento. Pero en la ocasión a que me refiero, recayó en los balbuceos de sus días de aprendizaje. Explicó la situación militar —perfectamente conocida de Azaña por la información oficial que le proporcionaba Prieto: ausente éste de Defensa, afirmaba que su informador era Mussolini—, para la que aseguró había remedio, de modo indudable, tan pronto dispusiésemos del material que teníamos anunciado. Se refirió a las indicaciones que en nombre del gobierno francés le habían sido hechas por el señor Labonne y al acuerdo del Ministerio que, no considerándolas aceptables, las había rechazado.

El presidente de la República, al comentar las palabras del jefe del Gobierno, le apretó con una dialectiva implacable y, a decir verdad, pesimista. "La victoria o la derrota no se caracterizan por la pérdida o la conquista del terreno en que la contienda se libra. Cuando dos ejércitos se enfrentan, lo que se proponen no es tomar esta cota ni aquella ciudad, sino algo mucho más concreto: destruir al ejército adversario. El que las tropas de Franco lleguen a Tortosa no me importa absolutamente nada si nuestros soldados está en condiciones de aniquilar en Amposta al ejército de Franco. Desgraciadamente, no ese ese nuestro caso. Si hemos perdido Caspe es, porque mucho antes, nos he-

mos quedado sin ejército. Y esto es lo que, a mi juicio, no tiene remedio, ni aun cuando se reciba el material que se nos anuncia, con su proverbial optimismo, el jefe del Gobierno. Y aquí está el ministro de Defensa que nos puede sacar de dudas". Prieto asintió a lo que Azaña le preguntaba: las posiciones se perdían sin combatir; el ejército, desmoralizado, huía en todas direcciones, abandonando las armas y las municiones; la recuperación de los fugitivos no surte el menor efecto. Nos hemos quedado sin ejército y lo natural es que el adversario, que aplica a la guerra las leyes de la guerra, al perseguir a nuestras unidades en fuga, llegue a conseguir objetivos que no están en sus planes.

Ofrecimientos del embajador francés

El secretario general de la Presidencia, Bolívar, llegó a avisarme que me reclamaban al teléfono. Rafael Méndez me informó que se había organizado una manifestación que se encaminaba hacia el Palacio de Pedralbes y me pedía instrucciones. Volví al despacho donde se celebraba la reunión, y hablé a Negrín primero y a Hernández, después. Mi propósito era impedir que la manifestación llegase a la residencia presidencial. Por muy correctamente que ocurriesen las cosas, su sentido coactivo quedaría patente. Azaña preguntó: "¿Qué pasa?" Informado de la manifestación y de su sentido, nos tranquilizó con un sarcasmo.

—¿Una manifestación de entusiastas? Déjelo, eso siempre es bueno. A menos que sean entusiastas reclutados. Y continuó implacable en sus juicios: "Yo sé muy bien lo que no haré jamás". Para que no quedase duda de ningún género, repitió varias veces, aumentando la entonación, esas mismas palabras, que dejaban entender, esa fué mi interpretación, que no presidiría la destrucción del país. Opinó sobre el acuerdo del Gobierno en relación con la propuesta francesa, condenándole. ¿Es que no considerábamos más prudente no cerrar la puerta a unas negociaciones de las que, al cabo de unas horas, o de unos días, si los optimismos del jefe del Gobierno no se cumplían, podían sernos necesarias? Siguió: "Yo sabía que el señor Labonne, respondiendo a un sentimiento original, o inspirándose en recomendaciones de su Gobierno, que preside un amigo nuestro, ha llegado en su gentileza hasta a ofrecerme, para en caso desgraciado, un refugio en su casa. Sin dejar de mostrarme sensible a esa fina cortesía, no he tenido más remedio que preguntarme sobre su utilidad, sin que haya tenido ocasión de dar con una respuesta que me tranquilice. El señor Labonne es un embajador acreditado ante mí, y no ante el general Franco, como consecuencia de las relaciones diplomáticas que la Rep. Francesa mantiene, teóricamente al menos, con la Española.
Sus prerrogativas tienen fundamento en ese hecho, y de modo

particular la que confiere a la casa que habita el carácter de territorio francés. Franco no violará ley ninguna desconociendo esa circunstancia, y tratando al señor Labonne, no como a un embajador, sino como a un súbdito extranjero, en cuya casa, sospechosa de albergar adversarios, registra la policía. Eso es lo que yo sabía, y lo que nos interesa saber, de modo que no quede lugar a dudas, es si el actual gobierno francés, compuesto de personas más o menos amigas nuestras, se encuentra dispuesto a prestarnos una ayuda eficaz, dejando aparte las cortesías y ofrecimientos personales que no sabemos si estaremos en condiciones de utilizar. ¿Ha llegado el momento de que Francia se decida? ¿No ha llegado? Eso es lo que necesitamos averiguar con la urgencia que señalan nuestras desventuras en el frente y para las que nosotros solos carecemos de remedio. Repito una vez más que yo sé muy bien lo que he hecho y lo que, en ningún caso estoy dispuesto a hacer.

El discurso de Azaña, lleno de incisos, que eran como los nervios de la oración, dicha en tono menor, pero no sin viveza, me había llevado a olvidar la enojosa historia de la intempestiva manifestación, que debía estar al llegar a las puertas del Palacio Presidencial. Escuchaba al orador con un profundo respeto, esforzándome por encontrar el blanco preciso a que apuntaba cada alusión, buscando identificarlo, cuando no podía conseguirlo por mí mismo, en los rostros del jefe del Gobierno y del ministro de Defensa. Negrín lo tenía cerrado, casi fruncido, como el de quien mantiene una lucha interior. Cuando indicaba alguna aclaración, a la que Azaña daba tiempo, convencido de recibir combustible para su fuego, la justificaba con una sonrisa de las que Prieto llamaba de exportación. La escena, al prolongarse, se me hizo penosa. Me constaba positivamente que los dos presidentes no se estimaban. Conocía el juicio de Negrín sobre Azaña y presumía el de Azaña sobre Negrín, que más tarde, por modo indirecto, pero absolutamente seguro, había de confirmar. Resumiendo esos juicios podría decirse que el pesimismo de Azaña era, en concepto del jefe del Gobierno, un reflejo de su miedo físico; en cambio, el optimismo de Negrín era, para don Manuel, la secreción natural de un "visionario fantástico". Juzgando por el rostro, Prieto asistía al duelo subterráneo de los dos presidentes con una atención concentrada. Sabiéndole tan pesimista como él, Azaña le solicitaba precisiones y opiniones que, irremediablemente, robustecían su argumentación. Como esta costumbre de don Manuel me era conocida por el anterior Consejo, al abordar éste a qué me refiero, muy tímidamente indiqué a mi colega que, en caso de ser interrogado por el presidente de la República, cuidase de que sus respuestas no embarazasen más la situación de Negrín. Me lo prometió, pero aclarando que si Azaña le interrogaba, le sería obligado contestarle y al hacerlo, le daría su opinión con absoluta

sinceridad. Esto, naturalmente, era obligado, y supongo que Prieto entendió lo que me atreví a rogarle: que redujese sus respuestas a medidas prudentes, sin el complemento, siempre terrible, al menos para el jefe de Gobierno, de una inmoderada expansión oratoria, a las que Negrín había llegado a tomar miedo. El ministro de Defensa hizo cuanto pudo por cumplir su promesa, pero no llegó al laconismo mío. Azaña me interrogó sobre la confianza que tenía en el Cuerpo de Guardias de Asalto. Mi respuesta no coincidía, por afirmativa, con su tesis, y dando por supuesto que mentía, me replicó: "Tanto mejor. Al menos esa es una buena noticia". Declaro aquí que, de haber pensado de otro modo, mi respuesta hubiera sido la misma. Y ello sin ponerme a valorar, que el detalle importa, la sombra que arrojaría, afirmando lo contrario, sobre un cuerpo que, si en Santander se revolvió contra los republicanos, en otras partes —y justamente en aquellos mismísimos momentos en Tarragona— dió muestras de una abnegada lealtad, merecedora, cuando menos, del respeto y de la confianza del ministro, cuyas órdenes obedecía. Hubiese mentido, consciente de la importancia de la mentira, por una última esperanza que, en aquel Consejo, contra la razón técnica y la razón lógica, estuvo representada por el jefe de Gobierno, como los sucesos mismos iban a demostrar. Yo veía a Negrın, pese a su sonrisa de exportación, abrumado por las conclusiones del Presidente de la República. Esas conclusiones podían resumirse en una: la guerra está perdida. Si el jefe del Estado interrogaba al ministro de Defensa, éste le contestaba afirmativamente; si el ministro de Defensa inquiría la respuesta de los jefes militares, el informe con toda clase de detalles, era incontrovertible: ¡perdida! ¿Cómo hacer caso de un visionario fantástico? La guerra estaba perdida y era inútil volverse contra esa verdad inapelable. Después de todo, nadie, ni siquiera el ministro de Defensa, en mejores condiciones que yo, que firmaba todas las noches montañas de pasaportes, para saberlo. Todavía recuerdo muchos de los que firmé y, desde luego, todos los que se me pidieron que firmase. Rafael Méndez, subsecretario de Gobernación, y yo hicimos muchas risas, ¡muchas!, registrando ciertas precipitaciones inesperadas y sorprendentes. Fué frecuente que nos sacaran de la cama, a horas intempestivas, pretextando angustiosas llamadas familiares, para firmar pasaportes, cuyos propietarios no podían esperar al día siguiente. Nadie me pida la crueldad de citar un solo nombre. De no haber confiado en el optimismo del visionario loco, hubiese acabado firmando el mío propio y dejando a otra persona el cuidado de autorizar los de cuantos pugnaban por tener el suyo en regla. Confieso aquí no haber mentido al responder a la pregunta que me hizo Azaña; pero añado que, para no hacer más difícil la situación del jefe de Gobierno, estaba dispuesto a mentir. No solamente no mentí, sino que, mi convicción

no fué negada por los hechos: los guardias de asalto permanecieron en Barcelona hasta que su jefe nato, el ministro de la Gobernación que me sucedió en el cargo, les dió orden terminante de evacuar la plaza. El día que yo la abandoné, bastantes horas después de que se me diera, imperativo y tajante, el mandato de hacerlo, guardias de asalto formaron y guardias de asalto me despidieron. Su subordinación y su compostura no pudieron ser más perfectas. Ni mentí ni me equivoqué: los guardias de asalto, sobre cuyas virtudes y defectos sé bien a qué atenerme, al punto de no necesitar apuntador, no dimitieron de sus obligaciones al empeorar la situación.

Los comunistas organizan una manifestación espontánea

Este reconocimiento es tanto más desinteresado, cuanto que el día del Consejo con el presidente de la República —segunda quincena de marzo— me proporcionaron la contrariedad de sumarse a la manifestación que habían organizado los comunistas. Fueron a ella, en sus carros, con el encargo concreto de vigilarla y oponerse a todo exceso y acabaron engrosándola, participando en los coros que cantaban "La Internacional" y no sé si también subrayando con sus voces los gritos de enemiga a los ministros "traidores". Esta manifestación llegó a Pedralbes cuando había terminado el Consejo con Su Excelencia y a instancias de Prieto volvió a reunirse el Gobierno. Según los colegas comunistas, se trataba de una manifestación espontánea, expresión del sentimiento popular, contrario a todo intento de capitulación y partidario de la constitución de un gobierno de guerra. El esfuerzo desarrollado por los comunistas para lograr la espontaneidad no fué pequeño, según no tardamos en saber. Se sacó a los espectadores de los cinematógrafos y teatros, a los consumidores de alcoholes de droguería de los bares y cafés y, a trancas y barrancas, "el pueblo laborioso" se puso en movimiento... Y llegó a Pedralbes, un poco cansado de la caminata, donde se expresó por la boca elocuente de Dolores Ibarruri y puso en manos del presidente del Consejo unas conclusiones, de las que Negrín nos hizo, un poco efusivamente, un resumen sumario. Prieto, refiriéndose a esa manifestación, afirma haber oído gritos de ¡abajo el ministro de Defensa! Tengo por cierto que lo oyó. Indalecio Prieto es capaz, llevado a la polémica, de argumentar hasta que la razón se le quiebre; pero no sé de una sola vez que haya mentido. Tiene demasiada confianza en sí mismo para buscar apoyos en la mentira. Terminado el consejillo, mi coche siguió el mismo rumbo de la manifestación, a la que puede decirse que pasé revista, sin oír el grito a que se refiere mi compañero. Tampoco oí el de "¡Abajo los ministros traidores!" ¿Cansancio de los manifestantes? ¿Temor a incurrir en error? Só-

lo sé que formé una impresión bastante poco satisfactoria en cuanto al éxito de los organizadores y el propósito de plantear al día siguiente, a mis compañeros de Gobierno, el problema político de la manifestación. En el consejillo celebrado a instancias de Prieto, se convino en que nos reuniríamos a las doce del día siguiente en casa del jefe del Gobierno, para aprobar la nota que debía ser enviada al gobierno francés, y para examinar con mayor detalle el discurso del señor Azaña. Prieto creía, y de ahí que solicitase la reunión del Gobierno, que el presidente de la República nos había anunciado su propósito de renunciar al cargo. Tenía el suceso como inminente y entendía que la gravedad de la amenaza exigía nuestra preocupación. Personalmente, juzgaba la situación de modo diferente, al punto de que anoté en unos papeles que no he perdido, como resumen de la reunión con don Manuel, esta frase: "Las espadas han quedado en alto". Opinaron unos y otros ministros y sin acuerdo alguno, que no hacía al caso, dejamos el tema para mejor examen. Vueltos a reunir, de acuerdo con la cita, leí el proyecto de nota, se retocó en algunos puntos y se aprobó. Don José Giral la dió el curso protocolorio y, por lo que sé, aun esperamos respuesta... Y entré en el problema de la manifestación, con estas palabras que dirigí a los comunistas: "Yo sé perfectamente que es estéril ponerse a discutir con la fe. Los colegas comunistas atribuyen a toda clase de actos públicos valor de cosa decisiva. Quien les contradiga, no los sacará de su convencimiento. El debate, pues, tiene que tener otro enfoque. La manifestación de ayer no estaba autorizada y por más que se la repute espontánea, nadie se engañará al identificar a sus organizadores. Representados como están en el Gobierno, deseo que el Gobierno me diga si procede que en casos como ése el acto se tolere, como sucedió ayer, o se disuelva". Don José Giral planteó, en nombre de los ministros republicanos, un problema de decoro, a saber: si habiéndose proferido en la manifestación determinados gritos y señaladamente el de ¡abajo los ministros traidores!, que parecía ir enderezado contra él y sus correligionarios, procedía la convivencia ministerial con los organizadores del acto del que protestaba con toda la vehemencia de su auténtica fe de republicano y de español. Irujo, más apasionado, amplió la protesta de Giral, para llegar a la misma consulta... Prieto refirió lo que había oído... Una alarma, de las muy frecuentes en aquellos dias, cortó el examen del tema. Negrín nos aconsejó utilizar el refugio. Varios ministros preferimos el jardín, de donde podíamos ver los aparatos enemigos. Prieto aprovechó la ocasión para decirme al oído:

—Estoy persuadido de que la manifestación de anoche les fué aconsejada a los comunistas por el propio Negrín, para coaccionar al presidente de la República.

—¿Usted cree?

—¡Seguro! Ahora no me cabe la menor duda.

En su segunda carta a Negrín, Prieto, refiriéndose a la manifestación de Pedralbes, le dice: "Aquel acto fué, a mi juicio, inspirado por usted. No digo que usted ordenara organizarlo ni que su inspiración fuese directa o indirecta, pero, desde luego, tengo el convencimiento de que sus infundadas sospechas, al exteriorizarse, originaron un movimiento irrespetuoso, indisciplinado, coactivo, intolerable". Jesús Hernández realizó sus acostumbrados esfuerzos dialécticos, esta vez para convencernos de que la manifestación había respondido a una explosión de la sensibilidad popular y que los gritos incriminados, que él no tenía inconveniente en condenar, estaba claro que eran obra de los agentes provocadores... Versión comunista de la resistencia de Madrid: Victoria de los mítines relámpagos y de las manifestaciones. Y, como remate, una intervención contemporizadora del jefe del Gobierno. Si hubo decisión, yo no recuerdo sus contornos. Me inclinaba por la opinión de Prieto. El jefe del Gobierno quiso imponerse por adelantado a toda posible debilidad de Azaña.

CAPITULO XL

Prieto se declara incompatible con el ministro de Instrucción Pública. — El último consejo de ministros del gobierno de la victoria. — Negrín no sabe si pedir que lo lleven a la frontera. — Fracasan mis gestiones de amable componedor. — El triunfo de Fabra Rivas. — Prieto recusa formar parte del nuevo gobierno. — Mi dimisión. — La solución de la crisis. — Un gobierno de guerra. — El porqué de la substitución de Giral por Vayo. — Es necesario ayudar a Negrín. — A Prieto le hubiera gustado seguir en el gobierno. — "Me han expulsado de una patada".

LOS acontecimientos en el frente continuaban siéndonos adversos. El hundimiento tenía muy difícil compostura. Las unidades desmoralizadas habían regalado al adversario un material que nos había costado mucho esfuerzo reunir. En los medios oficiales la sensación de derrota es agudísima. Todas las que oigo son palabras medrosas. Los diarios subrayan la angustia del momento redoblando violentamente en el tambor del Bruch, que han sacado a la calle las Juventudes Socialistas Unificadas, dispuestas a reclutar dos divisiones de héroes. Es dudoso pensar que en la retaguardia haya tantos héroes. Como los tambores son muchos y muchos los que los hacen sonar, los periódicos acaban pidiendo cien mil voluntarios. "Cada hombre, un gigante; cada catalán, un hombre". Esta motorización literaria tiene, por encargo de Negrín, mi concurso. Me compromete a que haga un artículo diario y quiere que lo mande a toda la prensa. Cuando le convenzo de que no debe ser así, me recomienda que los haga reproducir en millares de hojas para un reparto profuso. También le disuado de la iniciativa. Es suficiente con dar los artículos a "La Vanguardia" y a "El Diluvio". Inopinadamente entra en el torneo literario otro ministro, Jesús Hernández, con el seudónimo de "Juan Ventura". Los artículos de mi doble colega tienen, contra lo que hace a la ocasión, contrafilo político. La censura tacha íntegro el segundo, y sin embarazo, "Mundo Obrero" — no así "La Vanguardia", donde su autor los enviaba a la vez — lo publica, contestando a la censura que tiene orden del ministro de Instrucción Pública de no retirar el trabajo. Llevé

el problema al Consejo de Ministros, no porque en los artículos se atacase al ministro de Defensa Nacional, que ese aspecto de la cuestión correspondía plantearlo, acaso más que al mismo interesado, al jefe del Gobierno, sino en razón de que en mi ministerio nadie estaba autorizado a dar órdenes más que yo y de preferencia en materia tan delicada como la de la censura, ya que eran varios periódicos, y en particular "Solidaridad Obrera", los que aguardaban un resquicio para arremeter contra el jefe del Gobierno y los ministros comunistas. Si un diario ministerial abría el camino de la rebeldía, yo me declaraba sin autoridad para impedir que lo frecuentasen los diarios de oposición. Jesús Hernández se defendió de la invasión de funciones que yo le reprochaba sosteniendo que un funcionario no puede oponerse a que un ministro difunda su pensamiento, y afirmó que en los artículos no había la menor alusión, ni favorable ni adversa, al ministro de Defensa. En este punto insistió mucho, secundado por su camarada Uribe. Negrín negó la razón a Hernández. La censura podía tachar las opiniones de los ministros y las del propio presidente del Consejo, quedando todos obligados a acatar la decisión de la censura. Sentada esta doctrina, me recomendó que indicase a los censores que, tratándose de opiniones de los ministros, no les aplicase la tarifa de mayor rigor.

Esta recomendación no me cabía en la cabeza. ¿Cómo ordenar a los censores que en los artículos de los ministros consintiesen un treinta por ciento de indiscreciones o de agresiones? Hernández reaccionó afirmando que si se había decidido a escribir es porque no estaba conforme con mis artículos. Le repliqué que se lo indicase al jefe del Gobierno, por cuya exhortación los escribía. Intervino Prieto. Al concederle la palabra, el presidente le pidió con una mirada que no provocase una situación violenta.

—No pase cuidado, señor presidente; me manifestaré todo lo sereno que usted puede apetecer. Nada hubiese dicho de no haber planteado el tema mi compañero el ministro de la Gobernación; pero una vez sometido a examen, mi intervención personal, que será breve, la reputo inexcusable. El proceder del ministro de Instrucción Pública no puede ser admitido. Su crítica a mi gestión sólo le es dado hacerla, en tanto participemos de la misma responsabilidad ministerial, en consejo de ministros. En tiempo de guerra esa norma tiene que ser mucho más rígida que en épocas normales, ya que de otra manera se corre el riesgo de fomentar insubordinaciones que pueden ser fatales.

Los artículos de referencia circulan, distribuídos por correligionarios de su autor, en la retaguardia y en el frente. Sólo la gravedad de las horas me retienen en el cargo, en el que sé que estoy, a partir de este Consejo, sin el decoro que me exijo a mí mismo. En otras circunstancias no aceptaría ni un minuto más la convivencia con el señor Hernández y me iría del Gobierno. No

lo puedo hacer así porque en los actuales momentos, con el frente roto, mi dimisión se prestaría a ser cotizada como una deserción ante el enemigo. Me limito, pues, a anunciar que, en lo sucesivo, mis relaciones con el señor Hernández se concretarán a las de carácter oficial, afirmando que estas mismas no dejarán de resultarme penosas (1).

Queda rota la unidad ministerial

El incidente quedó mal resuelto. Continuó el despacho de los ministros, pero en el ambiente flotaba un desasosiego inquietante. Nadie se sentía a gusto. Prieto había hecho un esfuerzo de serenidad excesivo para su temperamento. La formación ministerial, por más que intentásemos simular cosa distinta, estaba destruída. Todavía celebramos, finalizando marzo, un consejo de ministros en el despacho del de Defensa. Este informó de la situación militar, que no podía ser más penosa, según yo sabía bien. Familiarizado por mis visitas a Prieto con las noticias que él recibía de los servicios, su exposición al Consejo no comportaba para mí ni la novedad de su duro relato, dureza derivada de la reunión de tanto dato infortunado, del conjunto de nuestras vicisitudes en el Este. Conocía, por nuestra conversación diaria, el pensamiento íntimo de mi correligionario. Esta inmunización contra su "pathos" me impide juzgar de la huella que el informe de Prieto produjese en los demás ministros y en el propio presidente. Prieto descontó seguro que los rebeldes llegarían al Mediterráneo, y partiendo de ese supuesto, pidió que se examinase la conveniencia de que el Gobierno se trasladase al Centro, donde

---

(1) Esta versión mía de la intervención de Prieto resulta menos perfecta que la dada por el interesado en su informe al Comité Nacional del Partido Socialista Español. Si la doy como yo la recuerdo, es porque me parece preferible, sobre todo no habiendo discrepancia fundamental, atenerme a mis notas. El lector sabe de esta manera que los recuerdos no polemizan entre sí, ya que a despecho de las palabras diferentes, los conceptos se conservan inalterables. Las palabras de Prieto, según él, fueron las siguientes: "Si nos halláramos en período de normalidad, aunque éstas sólo fuera relativa, yo abandonaría en el acto el puesto que ocupo, pues por mi concepto de lo que debe ser la solidaridad ministerial en todo momento y de manera singular en los presentes, estimo inadmisible el proceder del ministro de Instrucción Pública al atacarme en la forma que lo ha hecho. Más la situación actual me impide marcharme. El deber me ata al cargo. Abandonarlo ahora por propia voluntad, aun por motivo tan poderoso, equivaldría a desertar, y yo no deserto. Sigo, pues, siendo ministro de Defensa Nacional, pero sabiendo que, desde ahora, ejerceré el cargo sin autoridad y sin decoro. Unicamente me será permitido que, a partir de este instante, mis relaciones con quien ha procedido de ese modo se limiten a las estrictamente oficiales. Aun así, mi convivencia con él habrá de resultarme muy penosa".

disponía de la gran masa del Ejército. Como Negrín le interrumpiese afirmando que el Gobierno debía continuar en Barcelona, el ministro de Defensa entendió que, en tal caso, procedía tomar diferentes medidas precautorias, tales como nombrar a Miaja jefe militar de toda la zona no catalana, instituyendo en ella delegaciones ministeriales con poderes adecuados, lo suficientemente extensos para evitar consultas, tanto más difíciles al hacer cuanto que las comunicaciones serían, a partir del corriente, pobrísimas. La propuesta no tenía, a mi juicio, nada de disparatada. Encontraba dentro del orden natural de las cosas que el ministro de Defensa se anticipase con medidas de prudencia a un acontecimiento lamentable que, atendido el desbarajuste del frente, reputaba fatal. Si la desventura no se consumaba, tanto mejor; las medidas previstas no necesitaban entrar en acción. Repito que yo era, entre los ministros, por mi proximidad a Prieto, una excepción. En intimidad con su pesimismo, éste había perdido para mi sensibilidad gran parte de su fuerza. Disponía de suficiente ánimo para hacerle descuentos. En mis colegas la cosa era distinta.

Las descripciones de Prieto, nada suaves, de un naturalismo violento, en las que cada detalle destacaba sus perfiles afilados, les mermaban bastante el resuello. Con tanta mayor razón cuanto que les constaba que el ministro de Defensa, por respeto a la verdad y valoración de la responsabilidad, se abstenía de operar con datos distintos a los que le facilitaban los jefes militares dependientes de su autoridad. Sin embargo, su arte de componer los elementos de la amarga verdad, desconcertaba a Negrín, al punto de escuchar los informes de Prieto con visible enojo. Al final de este Consejo, como el propio Negrín lo ha manifestado en varias reuniones, su descorazonamiento fué tan agudo que, dirigiéndose a José Prat, le manifestó:

—Ahora mismo no sé si pedir al chófer que me lleve a casa o a la frontera. ¡Tan atroz ha sido el informe que nos ha hecho Prieto!

Fué este informe, a lo que parece, el que determinó en Negrín la voluntad de separar a Prieto de la cartera de Defensa. Imputaba a su camarada una cierta complacencia morbosa en difundir su pesimismo, y recordando una de sus conversaciones con el embajador francés, me dijo entonces, y después lo ha hecho público, que el señor Labonne opuso a su optimismo el juicio personal de Prieto, que descontaba la guerra como perdida. ¿Falsa afirmación del diplomático? Acaso atribuyó a Prieto lo que estaba en el ambiente y no podía escapar en modo alguno a sus servicios de información y, sobre todo, a la sagacidad de su agregado militar, el teniente coronel Morel, buen conocedor de su oficio. En sus conversaciones conmigo, Negrín se mostraba preocupadísimo por las in-

discreciones de Prieto. Creía que sus dictámenes sobre la situación andaban por la calle, en boca de las personas más distintas. Me preguntó concretamente si creía yo que Prieto opondría alguna dificultad a cambiar de cartera. Mi respuesta no le convenció:

—Estoy seguro que Prieto le dará toda clase de facilidades para sustituirle en la cartera de Defensa, pero no tengo la misma certeza en cuanto a que se decida a regentar otra.

Este juicio, que la realidad vino a confirmar, pese a mis esfuerzos por impedirlo, lo fundaba en el recuerdo de la violencia que necesitamos hacer los diputados socialistas para que Prieto aceptase seguir en el Gobierno de la República, con Largo Caballero y Fernando de los Ríos, cuando Azaña resolvió confiar la cartera de Hacienda al señor Carner, trasladando a Prieto a la de Obras Públicas. Suponía que, en el nuevo trance, Prieto se negaría, con mayor motivo, a seguir perteneciendo al Ministerio. Negrín luchaba, sinceramente ,con estos dos deseos: separar a Prieto de Defensa y conservarle en el Gobierno. Se explicaba sobre el particular de manera muy curiosa.

—Personalmente preciso del concurso de Prieto. Son contadas las ocasiones en que nuestros criterios coinciden; pero yo necesito psicológicamente de esa discrepancia para afirmar, y en ocasiones para descubrir, mi propio pensamiento. (Esta misma explicación había de dársela a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista). No sabría prescindir de su colaboración. Su pesimismo me resultaba peligroso y dañino en cuanto se difunde y se hace tópico de café o de Gobierno; profesado solamente por él carecería de importancia, ya que sabe hacerlo compatible con un trabajo apasionado e infatigable. Pierde de vista, cuando se lo comunica a otras personas, que éstas, sin sus virtules, se desmoralizan y caen en un marasmo de la voluntad que les vuelve inválidas para todo esfuerzo provechoso.

Conversaciones confidenciales

Terminó encomendándome que hablase con Prieto sobre el particular. Como yo suponía, Prieto daba al presidente toda suerte de facilidades para que le sustituyera en la cartera de Defensa. En carta que le escribió confirmándole lo que me había dicho, poniéndose a su disposición, le pedía el favor de que si le designaba para algún otro cargo, fuese, de preferencia, fuera del Gobierno. Esta restricción se fundaba en el deseo de no seguir conviviendo ministerialmente con Jesús Hernández. No había problema, porque Negrín por propia iniciativa, había pensado en que cesara en su función de ministro Hernández, a cuyo efecto, habló con los representantes comunistas, quienes, después de hacerle diferentes consideraciones en cuanto a lo escasa que resultaría su participa-

ción en el Gobierno, teniendo en cuenta el desarrollo de su partido, se resolvieron a dar al jefe del Gobierno la facilidad que les pedía. No conozco el secreto de esa negociación, y sólo sé, sobre ella, lo que me dijo Negrín: que los comunistas no oponían dificultad alguna a la salida de su camarada del Ministerio. Poco después, todavía no constituído el nuevo, los colaboradores de Hernández se dedicaron a buscar un domicilio oficial ,a fin de instalar las oficinas del nuevo cargo a que se destinaba al ministro de Instrucción Pública. Con la carta de Prieto y el asentimiento de los comunistas, Negrín sometió al presidente de la República, el último día de marzo, su propósito de modificar el Gobierno. La modificación afectaba a las siguientes carteras: Ministerio de Defensa, Negrín; Hacienda, Méndez Aspe; Instrucción Pública, Giral; Estado, Alvarez del Vayo; ministro sin cartera, Prieto. Cuando comenté con Prieto la reorganización del Gobierno discurrida por Negrín y le pregunté cuál creía que será la resolución de Azaña, me contestó:

—Aceptar la propuesta y renunciar al cargo.

Este vaticinio de mi correligionario no se cumplió. Azaña recibió la noticia que le llevó Negrín con relativa naturalidad hasta que se pronunció el nombre de Alvarez del Vayo. El detalle no lo conocí antes del 29 de abril, en que habiéndome llamado Negrín para dictarme el guión de los fines de guerra de la República, después de tomar nota de ellos y darme el encargo de que los desarrollase, me hizo varias confidencias ,una de las cuales reproduzco de mi libro de notas: La conversación se anima. Inesperadamente el presidente vuelve a explicarme la crisis. Toma pie de esa explicación para indicarme su radical discrepancia con Azaña.

—Lo que no le perdono, ni a él ni a nadie, es su indiferencia por la suerte de España. Todo lo encuentro justificable, el egoísmo personal, la genialidad malhumorada, el pesimismo disolvente, a condición de que en el fondo prevalezca, sobre todo otro sentimiento, la pasión por España. Por si algún día siente la tentación de escribir sus memorias, cosa que yo no haré, escuche lo que le voy a decir. Cuando expuse al presidente de la República los motivos que me inducían a sustituir a Prieto en el Ministerio de Defensa, me oyó con calma y me preguntó por el sustituto. Le contesté que me interesaba llevar personalmente esa responsabilidad ya que a nadie podía atribuírsela dada la dificultad de los momentos. "¿Con hacienda también? — me preguntó. — No —le contesté—; hacienda la llevará Méndez Aspe". Donde Azaña cambió de color y se mostró compungido fué al notificarle que sustituía a Giral por Alvarez del Vayo.

—¡Eso es el triunfo de Fabra Rivas! —exclamó—. No puede ser. ¡No puede ser! No me obligue usted a aceptar esa humillación.

—Y aquí viene lo que debe usted apuntar para sus memorias, ¡que no se le olvide!, que a mí se me olvidará. Me propuso:

—Lleve usted a Vayo a Defensa Nacional y vaya usted al Ministerio de Estado.

Me quedé horrorizado. Créame que nunca me ha parecido nadie más mezquino y más pequeño que Azaña en aquel momento. La crisis no le afectaba sino en cuanto suponía contrariedad para él y para su cuñado (1). Me habló de una carta que, de llevarla

---

(1) Cipriano Rivas Cherif, cónsul general en Ginebra, tuvo un incidente personal con el ministro de España en Suiza, Fabra Rivas. Este incidente fué bastante ruidoso. Intervino Giral y sancionó al ministro, a quien no pudiendo dimitir, porque el gobierno suizo negaría el "placet" al sustituto, le comunicó que quedaba en Barcelona, en comisión de servicio agregado al ministerio. Fabra Rivas se revolvió contra la sanción y nos visitó a los ministros socialistas y al jefe del Gobierno, quien le recomendó que dimitiese. El mismo Giral estaba un poco cansado, según sus propias manifestaciones, de las intrigas del cuñado del presidente de la República y sólo su amistad por Azaña, al que no quería dar un disgusto, le contenía para tomar una determinación severa. Prieto entendía que la dimisión de Rivas Cherif debía ser automática y juzgaba que la lección le sería provechosa a Azaña. La entrada de Vayo en el ministerio de Estado, la juzgaba don Manuel como la victoria de Fabra Rivas. Lo fué, en efecto. El 7 de mayo, Alvarez del Vayo telefoneaba desde París al presidente: "Teniendo que salir en este momento por una gran urgencia, ruego a usted preste cuidadosa atención a una información que yo pido al señor embajador le comunique y que pone en una situación muy delicada a la delegación española en Ginebra". Se refiere a proposiciones de tipo mediatorio que se atribuyen al señor cónsul general en Ginebra.

El señor presidente del Consejo. — Dígame.

El señor embajador. — Comuníquele la información a que se refería el señor ministro de Estado. El señor ministro consejero de España en Londres participa telefónicamente la noticia de la publicación en el periódico "Evening Standard", que también ha sido divulgada por el "Evening News", de la información que a continuación doy y que ha producido evidente revuelo en la reunión de periodistas nacionales y extranjeros que hemos tenido esta tarde aquí, en honor de Alvarez del Vayo, ministro de Estado. Dice la comunicación del señor ministro consejero de España en Londres: "El "Evening Standard", en su edición de mediodía, en la primera plana y con grandes titulares publica el siguiente telegrama: ¿Movimiento por la paz en España por parte de los Estados suramericanos? Ginebra. Algunos países latinoamericanos quizá presenten en Ginebra una moción con objeto de asegurar un armisticio en España. Se nos informa que el señor Rivas Cherif, cónsul general de España en Ginebra, ha discutido esta posibilidad.' Ello ha sido confirmado por dos delegados en la Liga, los cuales han manifestado que el señor Rivas Cherif les ha hablado del asunto. Puesto que el señor Rivas Cherif, es cuñado del presidente de la República, jefe nominal del Estado español, se presume en Ginebra que está hablando en nombre suyo. Se cree igualmente, que actúa sin conocimiento del señor Negrín, jefe del Gobierno, que es partidario de la resistencia hasta el fin". Luego hay un titular que dice: "Carta al presidente", y añade: "Se estima aquí que el señor Rivas Cherif ha sugerido a los miembros suramericanos de la Liga, que ellos deben enviar una carta al presidente del Consejo, proponiendo que algunos países extranjeros deben mediar para concertar un armisticio. El Consejo entonces au-

a Consejo, supondría una incompatibilidad, pero esto contradecía palabras suyas, dichas con ocasión de proponerle a Vayo como sustituto de Pascua en Moscú. Cuando le indiqué el nombre de don Julio como posible embajador en Rusia, se apresuró a decirme:

—Me alegraré que me traiga ese nombramiento para que vea Vayo que no tengo ninguna animosidad personal contra él.

---

torizaría a ciertos Estados suramericanos para emprender esta mediación. Por lo que se puede decir, parece que ninguna de las personas que han sido habladas por el señor Rivas Cherif, están dispuestas a aceptar dicha sugestión. Dos de ellos han manifestado que no tienen poderes para actuar por sí mismos, habiendo indicado la idea de que la proposición debe ser dirigida a los gobiernos respectivos por los medios diplomáticos usuales. En Ginebra esta acción se considera muy dudosa, puesto que el señor Rivas Cherif ha actuado sin la autorización del gobierno de España. Sus esfuerzos, sin embargo, se consideran como exponentes de la diferencia que existe entre el señor Azaña y el Gabinete. U. P.".

El presidente del Consejo. — Pues diga usted al ministro de Estado, señor del Vayo, que tan pronto como llegue a Ginebra se cerciore de si esa información tiene algún fundamento. Caso de ser así, de orden del presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado interino, que comunique al señor Rivas Cherif que está destituído y debe reintegrarse inmediatamente a Barcelona.

El embajador. — Por la preocupación que en los medios periodísticos y agencias de prensa se notaba, el señor del Vayo, en su discurso ante los periodistas, ha cortado ya esta tarde estos rumores, afirmando que no había ni podía haber más política que la que señalara el Gobierno, y que ésta, de acuerdo con el espíritu del pueblo, era, por ahora, la de continuar con decisión la lucha hasta la victoria.

El presidente del Consejo. — Diga al señor ministro de Estado que al hacer esas manifestaciones ante los periodistas nacionales y extranjeros, no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber.

La destitución de Rivas Cherif que firma Vayo en Ginebra, comunicándosela al interesado, da lugar a dos conferencias telefónicas del destituído con Azaña. Doy el resumen de ellas — hecho por escuchas franceses — que me fué entregado por Negrín. No corrijo el texto que, aunque imperfecto, me parece claro de intención:

"Ginebra, 16 horas del día 19|5|38. — El presidente de la República señor Azaña, con el cónsul general en Suiza, señor Rivas Cherif. Sostienen una larga conversación refiriéndose a una información aparecida en "Le Temps", en la que se afirma que Rivas Cherif ha hecho determinadas gestiones en los países americanos. Esta información la desmiente el señor Rivas Cherif diciendo que esta información le ha ocasionado un gran disgusto. Añade que por todo ello se considera destituído y no quiere presentarse más en Barcelona. El señor Azaña le advierte que con esta actitud malogra su carrera política, contestándole el señor Rivas Cherif que esto no le preocupa, porque dice: "Todos somos interinos". Explica luego que en honor de Alvarez del Vayo se prepara una fiesta de ciento veinte comensales, cuya fiesta no se celebrará aunque se provoque un escándalo internacional. Dice que hay dos personas que han hecho un complot y que se lo atribuyen a él "y creo que quien lo ha manejado todo es el gordo". Parece dar a entender que quiere tomarse la justicia por su mano, a lo que trata de calmarlo el señor Azaña".

"Ginebra, a las 19 horas del día 19|5|38. — En respuesta a su escrito por si debe presentarse mañana a la fiesta. Le contesta el ministro de Estado. Dice que la recepción de mañana será presidida por

Las razones de Prieto

Con ocasión de la crisis, me saca la carta. ¡Si yo fuese a sacar cartas! (1). Sin el tropiezo de Vayo, la crisis hubiese quedado resuelta en esa conferencia, tengo la seguridad; pero yo no podía, sin recurrir en delito, acceder a cargar a Vayo con la responsabilidad del Ministerio de Defensa. En el de Estado podía ser útil; en Defensa, no".

Azaña pidió un plazo de dos días para estudiar la propuesta de Negrín. El día 2 de abril perdimos Gandesa. La noche del 3, domingo, el jefe de Gobierno me ruega que vaya a cenar con él. Antes pasó por el Ministerio de Defensa y habló con Prieto. Este acababa de tener una entrevista con Azaña. Me dice que, con excepción de los comunistas, todos los partidos consultados desaprueban la modificación ministerial. Para el lunes, Azaña ha citado en su despacho a los representantes de las organizaciones políticas, a fin de formar juicio definitivo y resolver. Desea que a la reunión acuda el jefe del Gobierno. Cuando Negrín conoce esos deseos, se encoleriza y anuncia que no acudirá a la reunión. Que el presidente de la República haga lo que le acomode. El, por su parte, sabe lo que tiene que hacer. Y sin otra explicación, pide una conferencia con París, cuyo sentido no se me oculta. Mi intervención moderadora fracasa. El lunes, después de comer, Prie-

---

el vicecónsul. Yo no me voy si no es por la policía suiza. Además he de despedirme de mis amigos. Esto se va agravando porque yo mañana no me voy si no me expulsa el gobierno suizo, y se va a provocar un escándalo. Azaña le contesta diciéndole que se vaya con cuidado porque "esta gente" es muy mala. Lo sensible es que yo no le puedo hablar, porque hoy está en el frente. Todo esto es muy raro. Ya me figuraba yo que la llegada de estos dos puntos aquí iba a traernos algo extraño. Aquí hay un misterio que no acabo de entender. ¿A qué hora es la fiesta? Le contesta Rivas Cherif: A las 9.30 de la noche. Azaña: El está en el frente del Este con el general Rojo, pero viene para acá y de aquí a mañana podemos arreglar la cosa. Cuando venga, yo le plantearé el asunto, porque además tengo otro tema de orden político de que he de hablarle. Yo tengo una impresión desastrosa de todo esto, porque tiene mucho fondo. Incluso sus más adeptos han quedado de una pieza. Ayer no vino a despachar, diciendo que estaba mal, y estaba en el cine".

Negrín estaba resuelto a meter en la cárcel a Rivas Cherif tan pronto como llegase a Barcelona. Todo ocurrió de muy distinta manera. El dimitido en Ginebra fué nombrado introductor de embajadores, para lo que hubo de quedar cesante don Amós Salvador, que hacía poco tiempo que ejercía el cargo. No comprendí el misterio. Curioso de él, pretendí, sin resultado, aclararlo. Negrín se negó a explicármelo.

(1) La carta a que Azaña hizo alusión es, sin duda, la que escribió y distribuyó Alvarez del Vayo, denunciando los procedimientos personalistas del jefe del Estado. En el fondo de la carta está, por supuesto, el señor Rivas Cherif. La epístola de referencia la oí suscribir a muchas personas, tan incondicionales de don Manuel, como develadores implacables de su cuñado.

to sale llamado por Azaña. Antes de irse me informa que le ha visitado una comisión de la C. N. T., compuesta por Blanco, Galo Díez y Prieto, los dos últimos de Bilbao, uno de Marzana y otro de Ollerías. La C. N. T. se considera defraudada. Se le pidió, al igual que a la U. G. T., un ministro sin cartera, y al acceder, pusieron la condición de que no se abriese la crisis, por considerarla dañosa. Estiman que la modificación ministerial propuesta por Azaña es un intento de dictadura comunista y aseguraron a Prieto que, antes de consentirla, la emprenderían a tiros. Pasando de lo político a lo militar, Prieto desliza a mi oído la noticia de que estamos a punto de perder Morella. Se va a la entrevista con Azaña, llevándose a la firma el decreto ascendiendo a coronel a Cipriano Mera, militante de la C. N. T. Poco después recibo, en mi despacho, la visita de Monzón, que acudirá, por los nacionalistas vascos, a la reunión con S. E. Ha hablado con Prieto sobre la crisis, y quiere saber cómo juzgo yo del caso. Escucha mi parecer y me dice algo que tiene interés, a saber: que en su conferencia con Companys, éste le ha confesado que no queda la menor esperanza de victoria militar, rogándole que lo manifieste así en la reunión con Azaña. Monzón, con buen sentido, le ha hecho notar que él no puede expresar más opinión que la de su partido, correspondiendo al representante de la Ezquerra Catalana hacer las manifestaciones que Companys repute necesarias.

Lo que está perfectamente claro es que la moral es, en todas partes, de derrota. Es suficiente asomarse al balcón para notarlo. Las calles recuerdan la fisonomía de las de Madrid, en la hora incierta de noviembre, cuando aun no se había decidido por su destino heroico. En estas condiciones, la crisis adquiere una gravedad considerable. Termina el día sin que conozca la menor noticia de la reunión presidida por Azaña. Será después cuando sepa que el presidente de la República ha sitiado de sarcasmos feroces al delegado comunista José Díez. Necesito esperar al día siguiente, 5 de abril, martes, para conocer por un editorial de "La Vanguardia", que el jefe del Gobierno tiene la conformidad de Azaña para modificar el Ministerio. Trabajo hasta las doce y a esa hora Negrín me pide que vaya a verle. Me recibe en su despacho y me da a leer una carta que acaba de recibir de Prieto. La carta, breve, es una negativa terminante a aceptar puesto alguno en el Gobierno, por disconformidad con los rumbos que Negrín piensa imprimirle: "Habíamos de discrepar en cosas fundamentales, y, sobre todo, en determinado nombramiento, que ya es público". (Se refiere al nombramiento de Jesús Hernández, de quien se dijo que pasaría a ser comisario general del Ejército de Tierra). El presidente me dice:

—Bien, con esa carta a la vista yo no hago nada. Voy donde Azaña, le digo que mi plan ha fracasado y que busque otro pre-

sidente. — Después de una pausa, añade: —¿Quiere usted ir a ver a Prieto e intentar convencerle?

Sea. Descuento por anticipado la inutilidad de mi embajada. La carta de Prieto expresa una resolución firmísima y no puedo ser yo quien lo persuada de la conveniencia de modificarla. Sin tiempo para abordar la cuestión, anuncian a Lamoneda y a Albar. Conocedores de la última carta de Prieto a Negrín, vienen, en nombre de la Ejecutiva del Partido a intentar orillar la diferencia. Iniciada la conversación, Prieto nos anuncia categóricamente que no modificará su criterio. Cortando los razonamientos de Lamoneda, a quien escucha con desgana, se dirige a Albar:

—Diga usted su opinión. Dígala con absoluta claridad.

—¡Que tiene usted razón!

Esa razón es la siguiente, según el argumento que nos ha expuesto Prieto: "El presidente me acusa de pesimista y de desmoralizar con mi pesimismo a quienes me rodean, asegurando que todo el mundo sabe, por mis indiscreciones, que la guerra está perdida. Yo no hablo con nadie. Repetí en el último Consejo de Ministros lo que dije en la reunión de la Comisión Ejecutiva a la que asistieron el presidente y Zugazagoitía: que la situación se iba haciendo crítica y difícil. En esa misma reunión notifiqué que se había iniciado una fuerte campaña comunista contra mi permanencia en el Ministerio de Defensa, y añadí, conforme había dicho por escrito, que yo no quería ser un obstáculo para nadie y que con tres minutos me sobraba tiempo para arreglar mis cosas y dejar el puesto a otro. Recuerdo que Negrín afirmó que yo era un pesimista de tipo casi tenebroso, pero que compensaba ese defecto con mi gran capacidad de trabajo, razón por la que le interesaba mi continuación en el Gobierno. Refiriéndose a los comunistas, nos declaró que no podía prescindir de su colaboración, porque son una fuerza política, porque son los que mejor nos secundan en el exterior, y porque peligraría la ayuda que nos presta Rusia. Siguió: de Prieto no puedo desprenderme en Defensa, porque es, ya lo he dicho, con sus defectos terribles, un trabajador incansable, y del que hasta psicológicamente necesito. Eso dijo Negrín entonces y han sido suficientes cuatro o cinco días para que no me considerase necesario en Defensa. ¿Qué ha pasado? Es un punto obscuro que no aclara Negrín. Pero, además, nuestras diferencias son de fondo. Yo no sirvo para ministro decorativo por la sencilla razón de que no sé callarme lo que pienso. No saber, no hablar, no influir en las resoluciones con mi opinión, perteneciendo al Gobierno, no se me puede pedir a mí. Y quien me lo pida tropezará con una firme negativa". Lamoneda obtiene esta conclusión:

—Total, que hemos venido a convencer a Prieto y tenemos que irnos a persuadir a Negrín.

—Es lo más justo —comenta Albar.

Por teléfono le hago comprender a Negrín que he fracasado

y que iré a informarle después de almorzar. Prieto invita a Albar, yo soy como de la casa, y a las cuatro vuelvo donde Negrín. Está empezando a comer. Le informo de las circunstancias y el resultado de la entrevista y hace varios comentarios irritados. Al terminar el almuerzo, me llama aparte y sigue en sus comentarios violentos. La negativa de Prieto le contraría profundamente y se exalta. Le hago algunas observaciones y acaba por encontrar el tono. Inopinadamente, me deja solo. Espero unos minutos y cuando la cortesía me parece cubierta, me voy a mi despacho. No tarda en sonar el teléfono. Es Prieto.

—Está aquí el presidente, y pide que venga usted.

Extremista que fracasa

La escena que me aguarda es de comedia. Prieto y Negrín frente a frente, acechan mi llegada para hacerme idéntica inculpación: la de haber sido un embajador infiel, que perdía, en el breve trayecto de Puchet a Pedralbes, las mejores palabras de los mensajes que uno y otro me confiaban. Me duraba, por lo visto, la torpeza infantil que me valió los consiguientes pescozones al no hacer a derechas, a mi madre, los encargos que me confiaba. Forzoso era, para no agriar más las cosas, que me refugiase en un balbuceo culpable. Con aire compungido, me dejé increpar cordialmente:

—No le dije yo a usted...

—No me dijo usted a mí...

—Cuando por vez primera me visitó en nombre de Negrín, no me adelanté yo a decirle...

— No fué esa la ocasión en que usted me comunicó...?

El lado flaco de esta escena de comedia es que no iba a servir para que los protagonistas, aclarado el equívoco, debido a la torpeza del recadista, se reconociesen amigos. Este final me hubiese autorizado a reír; pero, no. Las pocas explicaciones que se dieron, separaron más a los dos hombres. Las enojosas consecuencias de esa separación me quitan todo derecho a un juicio humorístico. Seriamente, pues, diré que yo medié como amigable componedor, sin ocultar, ni a Prieto ni a Negrín el pensamiento del amigo en polémica.

Lo que frecuentemente me abstuve de hacer es reproducir el tono áspero y mortificante con que se me confiaban ciertas opiniones. Ese olvido, deliberado, es el que pueden reprocharme don Juan Negrín y don Indalecio Prieto. Uno y otro lo han corregido, bien diestramente por cierto, en su epistolario. Seguro que lo reputaban fundamental; aun cuando yo, torpe mensajero, no alcancé entonces, ni alcanzó hoy, su importancia. Terminada la escena, Negrín me pidió que le acompañase, anunciando a Prieto que iría a visitar al presidente de la República. Fué un

viaje provechoso. En el camino le pedí que me sustituyese en Gobernación. Me miró sorprendido.

—¿Con quién le reemplazo?

—Paulino Gómez sería un sustituto adecuado. Tiene un carácter diferente al mío, mucho más apto, por su energía, para hacer cara a cualquier situación que se presente. Conoce bien Barcelona.

—Y usted, ¿dónde iría?

—Donde usted lo disponga. Si se propone llevar la cartera de Defensa, acaso le fuese útil en algún trabajo. Eso usted lo pensará. Todo lo que me permito decirle es que no se trata de una evasión. Si la adversidad nos derrota, cuando vuelva usted la vista en torno suyo, entre los que estén cumpliendo con su deber, me verá a mí. Tenga la seguridad.

No contesta. En su residencia están esperándole Alvarez del Vayo y Comorera. Este, que acaba de regresar de Rusia, ha debido dar motivo a que se diga de él que trae de Moscú la orden para admitir a Prieto. Es el rumor de la calle, que lo mete en mi oído el jefe de la censura. De regreso en mi despacho, no se de modo cierto si me afectará la renovación ministerial. Rafael Méndez que regresa de hablar con el presidente, me aborda todo irritado. No quiere comprender por qué dimito. Sabe bien que no es por flojera de ánimo, sino porque la ocupación no me gusta. Cuando apeché con ella, rindiéndome a un hecho consumado, visité a Prieto para pedirle que me ayudase a dejar el cargo. Me contestó: "Ya se acostumbrará usted y le resultará grato". Al final de once meses, todavía no me había acostumbrado. A las doce de la noche, ya en la cena, llama el gobernador de Madrid. Me pregunta: "¿Qué ha pasado? ¿Qué hago?". Le pido que siga en su puesto, que busque a Cruz Salido en Madrid y le ruegue, en mi nombre, que se ponga en viaje para Barcelona. Esta es la notificación que tengo de la aceptación de mi dimisión y de la solución de la crisis. José San Pedro, que es nuestro invitado, cuando conoce que Prieto y yo hemos dejado de ser ministros, pierde su jovialidad y cae en un aplanamiento irremediable. Nos escucha comentar en silencio y cuando más, él que no es mal hablado, apostilla nuestros comentarios con una exclamación escatológica. Pensando, no en mí, sino en Prieto, calculo que, igual a la de nuestro invitado, será la reacción popular.

Al Gobierno de la Victoria, desaparecido en las condiciones que han sido apuntadas, sucedió el llamado Gobierno de Guerra. Tanto uno como otro adjetivo reconocen la misma paternidad comunista. Pasamos a ministros cesantes, Prieto, Ansó —que lució en el Gobierno como un meteoro— Hernández y yo. Giral quedó de ministro sin cartera; Méndez Aspe, se encargó de la de Hacienda; Blanco, de la de Instrucción Pública; Paulino Gómez, de la de Gobernación; Peña, de la Justicia; Alvarez del Vayo, de

la de Estado, y el presidente, pasó a Defensa Nacional. El Gobierno tenía, en lo político, la formación que Negrín no pudo dar al que había desaparecido: un solo representante de cada una de las organizaciones sindicales. La presencia de Vayo rompía esa línea, en orden a los partidos, por lo que tocaba a los socialistas, o como el rumor afirmaba, por lo que hacía a los comunistas. Afiliado al Partido Socialista, se le reputaba militante secreto de los cuadros comunistas. Esa fama le costó una escena violenta en el Comité de la Agrupación Socialista de Madrid, del que era miembro y para el que fué elegido, con Largo Caballero, cuando el ex ministro de Trabajo propugnaba la inteligencia con los comunistas y favorecía, para su daño, la unificación de las juventudes socialistas. La elección de Alvarez del Vayo como ministro de Estado, la justificaba Negrín con razones parecidas a las que le determinaron a sustituir en Defensa Nacional a Prieto.

—Los embajadores que visitan a Giral sacan la impresión, por las desoladoras palabras de don José, de que todo está perdido y de que no nos queda otra posibilidad que la de rendirnos. Los nuestros se lamentan de las dificultades que encuentran para toda gestión, cerca de los gobiernos ante los que están acreditados, en virtud de los informes que éstos tienen de sus misiones en España, informes en los que se copian, al pie de la letra, juicios recogidos en nuestro Ministerio de Estado. Con Alvarez del Vayo no sucederá eso. Los diplomáticos que le visiten formarán un concepto lamentable de su ecuanimidad mental o darán en sospechar que es un delirante; pero no podrán apoyar en palabras del ministro los mensajes pesimistas que, con tanta complacencia como rencor envían a sus jefes. No aspiro a que Vayo los confunda. Me conformo con que no los rectifique. El juicio que personalmente formen sobre él me tiene sin cuidado. Si tenemos la fortuna de reanimar al país y de vivificar el Ejército, y si como nos proponemos, ganamos la guerra, el menosprecio se cambiará en estimación, el denuesto en elogio y quién sabe si, a nuestro paradisíaco amigo, le discernirán categoría de Metternich. La victoria es un pedestal lo bastante sólido para que quien se aúpe a él sea respetado y vea su frente ceñida de laureles.

El 6 de abril tomaron posesión los nuevos ministros. Cuando me dispongo a presentar a los funcionarios de gobernación a mi sucesor, me llaman de Defensa. Prieto y Negrín conversan antes de la pequeña ceremonia. El presidente me indica que ha resuelto nombrarme secretario general del Ministerio de Defensa Nacional. Prieto indica que dada la complejidad del departamento, la existencia de un secretario general le parece perfecta. Piensa que yo puedo serle útil a don Juan en un cometido de esa naturaleza. Como creo lo contrario, ruego a Negrín que no haga el nombramiento. La estricta verdad es que tengo miedo al cargo que me ofrece. No me reputo con capacidad para ejercerlo. Tengo

la absoluta seguridad de que fracasaré. Pongo tanta pasión en las razones de mi negativa, que creo haber convencido a Negrín. Hasta el despacho donle conversamos llega el rumor de los diálogos de las personas que han venido a asistir a la toma de posesión del presidente. Prieto, que está deseando salir del paso, le indica la conveniencia de no hacer esperar más a los reunidos. Me separo de ellos, sin oír sus discursos, breves y protocolarios. Antes de volver a mi despacho, cambio unas palabras con Otero, subsecretario de Armamento. Le informo de mi negativa a aceptar el cargo de secretario general, y con unas palabras apasionadas me reprocha la negativa:

—¡Es preciso que ayudemos a este hombre!

Fuera del ministerio, Prieto se cansa

Confieso que al lado de Otero me sentí egoísta. Sírvame de disculpa el susto que todo lo del Ministerio de Defensa me producía. Yo estaba resuelto a ayudar a Negrín, pero ¿por qué había de ser en un Ministerio del que nada se me alcanzaba? Puestos de trabajo no escaseaban y yo estaba decidido a aceptar uno cualquiera en la escala de los más modestos, siempre que me considerase apto para desempeñarlo. El título de ex ministro, como una vanidad vieja que no podía serme útil, lo dejé, después de dar posesión a mi sucesor, bajo el felpudo de la puerta del Ministerio. En una carpeta, con el detalle de unas liquidaciones, se guardaron todos mis papeles. Mis secretarios llevaron su escrúpulo hasta devolver al habilitado unos libros que se pagaron de fondos secretos. Mi sucesor heredó incluso el archivo de mi secretaría particular. No tenía más mérito que el de reflejar una línea de conducta moral que, ciertamente, Paulino Gómez no necesitaba, ya que tiene la misma —la de los socialistas de Vizcaya—, con matices personales, quizá un poco ásperos y tajantes, pero buenos para la ocasión en que ocupaba el cargo. Instalado que le dejé en él, pensé en ir a casa de Prieto. Le suponía solo y, conociéndole, calculé que mi presencia podía serle grata. Le encontré en su casa de Esplugas, escribiendo unas cuartillas que uno de sus secretarios, Luis Plaza, se llevaría a París. Se trataba de las palabras que había pronunciado al despedirse de sus colboradores y presentarles a Negrín. El salón estaba lleno de unos cajones inmensos, inconfundibles por sus dimensiones, cajones de fusiles colmados de papeles. Por la tarde pensaba dedicarse, con algunas personas de su secretaría, a seleccionarlos, conservando los interesantes y dando fuego a los inútiles. Le interrogué:

—¿Se sentirá liberado de una pesada carga?

—No —me contestó—; me hubiera gustado seguir en el Gobierno con decoro. Como podía esperarse del carácter de Prieto, se sentía nostálgico del trabajo que acababa de dejar. Se encon-

traba rico de tiempo y no sabía cómo invertir su riqueza. El mismo contó, en una crónica humorística de "El Liberal", de Bilbao, cómo, al dejar el Ministerio de Obras Públicas, derrochó sus primeras veinticuatro horas de cesante, haciendo las cosas más peregrinas y "paletas"... En Barcelona, sin la tertulia del Regina, y sin las efusiones parlamentarias, la falta de un empleo adecuado a su pasión política le resultaba más intolerable. La tarde de ese primer día recibió varias visitas, entre ellas la de don Juan Medinabeitía, quien no había de tardar en morir. Tantas veces como fuí a verle, le encontré en el mismo estado de ánimo. Se había refugiado en los libros, pero las lecturas, que encontraba insípidas, no le entretenían. Prefería, con mucho, las visitas, que servían para tenerle al corriente de las cosas y a las que él informaba de las circunstancias en que había sido "expulsado" del Gobierno. En una ocasión le oí decir duramente:

—Me han expulsado con una patada en los...

A medida que pasaba el tiempo, la nostalgia se le transformaba en irritación y los juicios se le hacían más crueles al referirse a Negrín. Este hizo cuanto pudo por conservar a Prieto en el Ministerio y cuando se convenció de la imposibilidad de conseguir su propósito, se aplicó a conservar con él las mejores relaciones. Prieto se cerró a la banda. No quería saber nada de su antiguo amigo. Respondía a las invitaciones que le hacía Negrín con asperezas que no había manera de trasladar al repudiado. Cuando Negrín me indicó que estaba dispuesto a ir él personalmente a casa de Prieto, yo le aconsejé que no fuese. "Tiene usted razón —me contestó—, es capaz de no recibirme y el desaire que como Juan Negrín no me molestaría, me heriría, ante la guardia de carabineros, como jefe del Gobierno". Una tarde, la muerte de un excepcional colaborador, Cortazar, de Marina, les reunió en la presidencia del duelo. Negrín pedía a Prieto opiniones sobre determinados militares y Prieto, un poco lacónicamente, se las facilitaba. Yo le notaba el esfuerzo. Al despedirse, Negrín le invitó a comer, a fin de ponerse de acuerdo sobre algunos problemas, pero Prieto, con una mueca y sin casi palabras, le dió a entender que no iría. En el coche, me preguntó el presidente: "¿Ha visto usted eso de Prieto?" Vino después la historia, ¡qué laboriosa!, de la embajada de México.

CAPITULO XLI

La historia de la embajada de México. — Prieto y Negrín no se ponen de acuerdo. — Discursos en el comité nacional del Partido Socialista. — Cómo quedó descansando Prieto después que pronunció el suyo. — Orden de recoger los papeles en defensa nacional. — La entrevista de Campodrón y el viaje de Prieto a Chile.

EL presidente entendía que Prieto podía hacer un buen servicio a la República sirviéndola en el puesto de embajador en México, en el que, por varias razones, se juzgó que debía ser sustituído el señor Gordón Ordás. Como de todos nuestros diplomáticos políticos, se dijo de Gordón Ordás que se había hecho incompatible con el Gobierno acerca del que estaba acreditado, llegando a referirse anécdotas dignas de figurar, y no por su veracidad, menos que problemática, en los paliques del marqués de Villaurrutia, a quien es fama que el diablo le afilaba la lengua todas las mañanas. Creo que a Prieto no le fué ingrata la idea de representar a España en México y pensó que su embajada podía resultar beneficiosa a los españoles. Para aceptar el cargo, desdeñando cuanto pudieran decir de él —fugitivo, cobarde, egoísta...— la maledicencia, deseaba que el Gobierne le diese misiones concretas y claras. La del petróleo la juzgaba interesante y llegó a pensar en llevarse, como técnico, a un funcionario de la Campsa; pero consideraba que, por muy alto que fuese el optimismo del Gobierno, éste necesitaba admitir la posibilidad de la derrota, y teniendo en cuenta que de Francia no nos era dado esperar nada, podía él intentar que México se comprometiese a recibir a los refugiados españoles, situando allí el dinero necesario para consentirles reconstruir su vida. Con ese mandato concreto, se resolvía a aceptar el cargo y a trabajar en él con fervoroso entusiasmo. "Si lo que se busca —me añadió— es alejarme de aquí para que no sea una antena receptora de disgustos o resentidos, estoy dispuesto a alejarme por mi propia cuenta, porque entiendo, exactamente como cuando yo formaba parte del Gobierno, que ni puede nadie obstaculizarle. Ni directa ni indirectamente le estorbaré sus planes y en lo que pueda, se los ayudaré. Cuando el presidente de la República me llamó por teléfono a mi casa de París rogándome que no aceptase puesto alguno fuera de España,

le hice observar que yo no podía ser solución para él, pues en tanto el partido en que milito no rectifique su posición en orden a la guerra, yo no puedo encarnar la política que a S. E. le interesa que se haga". (1).

Prieto no quiere quedar como "picador de reserva"

Al darle a conocer a Negrín el pensamiento de Prieto, el presidente me contestó:

—¿Cómo quiere Prieto que yo pida al Gobierno una misión como esa, para que a las dos horas se conozca por todo el mundo, dada la indiscreción de algunos ministros? Al pensar en él para la embajada de México, pensé en ese trabajo preferentemente. Ahora bien; si la misión se transparenta debe aceptar que la desmintamos oficialmente. ¿Es que no cree que vale la pena de sacrificar la personalidad en interés de España? ¡Si viera usted lo irritado que estoy contra todos esos egoísmos agudos! Ahora que está todo estabilizado —esta conversación es del 13 de mayo—, ¿no me negarán que lo he estabilizado?, que venga otro a gobernar. Interiormente estoy muy desgastado por tantas pequeñeces e incomprensiones. Y, sépalo: porque no me dejan gobernar. ¿Un mandato claro? Yo no lo he recibido para muchas cosas y, sin embargo, considerando que era mi deber hacerlas, las he hecho. Ya me cuidé yo bien de no caer en una encerrona y si a pesar de las precauciones se hubiesen conocido mis entrevistas, me habría apresurado a desmentirlas. Algunas conferencias he celebrado, sin resultado, desgraciadamente, que usted está bien lejos de sospechar. Sí, asómbrese: con el mismo embajador de Alemania en París... Y luego en Ginebra... Yo no comprometía la posición del Gobierno, y buscaba por todos los caminos, lo que más podía

---

(1) La nota de esa conferencia telefónica que le fué suministrada el presidente del Consejo, decía así:

"Azaña con Prieto a París: ¿A usted le han propuesto recientemente en París para un viaje americano? **Prieto**: No he contestado porque espero una persona (Cruz Salido, mi ex secretario) que llega mañana. **Azaña**: ¿Puedo hablarle a esa persona? **Prieto**: Es que esa persona tiene el encargo del organismo a que pertenece para convencerme. **Azaña**: Es que yo soy completamente opuesto a eso y, además, me parece muy mal alejar de su país a una persona de la categoría de usted. **Prieto**: A la persona que viene, ¿puedo decirle lo qué usted me dice? **Azaña**: Lo que yo quiero es que usted lo sepa personalmente y no el organismo que representa. **Prieto**: ¿Pero puedo decir yo quién me ha indicado esto? **Azaña**: No lo creo procedente. Además, cuando llegue el presidente del Consejo, ya se lo indicaré yo. **Prieto**: Es que esto seguramente no quedará en silencio, no porque yo lo diga, sino por el procedimiento. **Azaña**: Eso no importa. Yo lo que quiero es saber su opinión, y creo que no andaremos lejos. **Prieto**: Yo dentro de unos días volveré a Barcelona."

convenir a nuestra victoria. En cambio Prieto, para una entrevista parecida —¿la conoce?— no se conformaba con menos de una autorización expresa de mi parte. (Alude a un intento de entrevista Prieto-Fernández Cuesta en un pueblecito francés, entrevista que no se celebró, porque Fernández Cuesta avisó que estaba mediatizado en el gobierno de Burgos, indicando que la entrevista podría realizarse de aceptar Prieto la presencia de Serrano Suñer, a título de hombre de confianza de Franco, lo que no interesaba).

En tanto yo converso con Negrín, Prieto lo hace con Azaña. A la tarde voy a Esplugas para conocer si Prieto está en condiciones de dar una respuesta decisiva. El gobierno de México, cuya opinión ha sido consultada ha dado el "placet" con el mayor gusto. Cárdenas recibirá complacidísimo a Prieto como embajador. Me encuentro con que el asunto ha cambiado de emplazamiento:

—No tengo nada que aceptar ni que rechazar —me contesta Prieto—. Después de mi entrevista con el presidente de la República he ido al Ministerio de Estado y he rogado a Ureña que telegrafiase a Vayo, que es quien me hizo el ofrecimiento, el siguiente despacho cifrado: "La persona con quien se entrevistó V. E. viernes y sábado en París, encaréceme dígale que en Barcelona ha podido apreciar que determinadas circunstancias surgidas después de partir V. E. para Ginebra, sitúan el problema fuera por completo de la órbita de su voluntad". En efecto, el presidente de la República me ha dicho que si el jefe del Gobierno le lleva el decreto de mi nombramiento, se negará a firmarlo, suceda lo que quiera. Me ha encarecido que no vea en ello ninguna desestimación personal, pues igualmente se negaría a firmarlo si el nombramiento de embajador en México se hiciese a nombre de Largo Caballero, de Martínez Barrio, de Giral o de alguna otra persona que, por su significación o relieve, pueda ser, llegado el caso, el hombre que sustituya a Negrín. Y no es, ha añadido, que piense en sustituirle; pero es que este Gobierno, como todos los gobiernos, puede llegar un momento en que embarranque, y, por si eso sucede, me interesa tener aquí hombres en quienes apoyarme. Después de esta declaración del señor Azaña, ya comprenderá usted que yo no puedo resolver nada. Lo que quizá convenga, para evitar una colisión de los dos poderes, es que me niegue. En estas condiciones, la Ejecutiva del Partido, a la que he dado cuenta de la entrevista, ha estimado que era innecesario que yo hablase con Negrín, proponiéndose hacerlo ella.

Después de una observación mía, siguió:

—Queda para mí una segunda cuestión; la de saber qué hago: ¿me quedo en Barcelona? ¿Me vuelvo a París? No me parece bien permanecer aquí en calidad de picador de reserva del presi-

dente de la República, disminuyendo la autoridad del jefe del Gobierno, y en cuanto a irme, el propio Vayo me dió a entender que al Gobierno le preocupaba mi estancia en París.

Reacción de Negrín cuando le di cuenta de la entrevista con Prieto.

—¿Que no firma el decreto? ¡Vaya si lo firma! ¡Firmará o buscará otro presidente! Yo no soy hombre dominado, como Casares Quiroga o Giral. De ninguna manera. Esté usted convencido de que me firmará el decreto o tendrá que buscar otro hombre, después de haberme oído por la radio. ¿Qué quiere? —me dice a mí por las observaciones que le he hecho—; ¿que me deje enredar en maniobras para acabar en lacayo? Si Prieto no accede a venir a comer conmigo, le pediré que me invite y le rogaré que acepte el encargo, aun cuando luego dimita sin tomar posesión; pero el presidente firmará el decreto. ¿Es que va a confundir mi delicadeza, tomándola por debilidad? Me firmó el decreto nombrando a Botella Asensi para determinado puesto y yo, dándole una muestra de finura, atendiendo las observaciones que hizo, lo rompí en su presencia, preocupado con que no imaginase que trataba de humillarlo. Ahora mismo, ¿no he pasado por nombrarle introductor de embajadores a su cuñado?

Sospeché que la irritación habría remitido al día siguiente y no me equivoqué. En bastantes meses ya no volví a oír hablar de la embajada de México. El mismo embajador, don Adalberto Tejeda, que había notificado a Prieto la concesión del "placet", había de comunicárselo a otra persona que, por razones distintas, no estaba en condiciones, como hubiera sido su gusto, de presentar sus cartas credenciales al primer magistrado mexicano.

Las esperanzas en la resistencia

Esta historia diplomática no sirvió para que mejorasen las relaciones de Negrín y Prieto. Empeoraron con los discursos pronunciados por ambos en la reunión del Comité Nacional del Partido Socialista celebrado el 7 de agosto de 1938 en Barcelona. El de Prieto está impreso y sin que yo me explique la razón, traducido al francés. El de Negrín, probablemente se ha perdido. Culpa de Negrín o descuido de sus secretarios, es igual. Lo sorprendente del caso es que don Juan Negrín fué, en sus días de científico, un tirano del orden y de la clasificación, según el testimonio de sus discípulos. La más leve irregularidad en la biblioteca determinaba en él las más violentas reacciones. Con los papeles políticos ocurría a la inversa. ¿Desestimación? Posiblemente. Guardaba los más importantes, y no prestaba gran cuidado a los demás. "No tengo ningún interés —decía— en hacer archivo de mezquindades". El domingo siete de agosto, ante el Co-

mité Nacional, Negrín explicó cómo había prescindido de Prieto, a su pesar. El extracto que un camarada del Comité Nacional me facilitó y yo copio, dice así: "Negrín ha dado cuenta de sus esfuerzos por retener a Prieto, esfuerzos que se fundaban en razones sentimentales y de conveniencia y que compensaban, a su juicio, el pesimismo descorazonado de Prieto. Después de una reunión con la ejecutiva, en la que Prieto manifestó su convicción profunda de que todo estaba perdido y de que asistíamos al final de la guerra en el plazo de varias semanas, se reunió el Consejo Superior de Guerra en el que nuestro camarada ratificó lo que había dicho en la Ejecutiva. Su pesimismo contagioso aplanaba a todos, dejándoles exánime la voluntad. De París me avisaron que Blum y Auriol querían hablar conmigo. Me trasladé a París y surgió la crisis francesa. Tuve necesidad de esperar a que se solucionase y una vez resuelta hablé, no con Blum y Auriol, sino con Chateumps, Daladier y Delbós. Me dijeron: "Queremos ayudaros. ¿Qué podemos hacer?". Formulé mis aspiraciones: envío de divisiones, doscientos cañones pesados y ciento cincuenta aparatos de caza que nosotros les repondremos inmediatamente. Me contestaron: "El envío de las divisiones es imposible y enumeraron las dificultades. Los doscientos cañones pesados podemos dárselos. No es material nuevo, pero es bueno. En cuanto a los aviones, imposible. Facilidades en la frontera, concedidas. Hoy mismo se darán órdenes terminantes". Llamado apremiantemente de Barcelona, no pude concretar la operación. Se trataba del hundimiento del frente del Este. Reuní el Consejo de Ministros; Prieto hizo una pintura de la situación, tan desesperada y sombría, que yo mismo me sentí derrumbado. El subsecretario de la Presidencia me preguntó: "¿Qué le pasa?". "Me pasa —le respondí— que ahora mismo no sé si decirle al chófer que me lleve a casa o a la Junquera". A tal punto era flaco mi ánimo y estaba derrotado mi espíritu. Al día siguiente me visitó el embajador francés. Me hizo una propuesta que acabó de decidirme. Me preguntó si le autorizaba para que su Gobierno, en unión del gobierno británico, intentase una gestión diplomática para poner término a la guerra. "Señor embajador —le pregunté— ¿cree su excelencia que en este momento una gestión de ese tipo puede tener resultado satisfactorio?" Me contestó que no. Le dije que nuestra situación distaba mucho de ser desesperada y que no tardaríamos en reponernos del quebranto sufrido en el Este. "Quizás tenga usted razón, señor presidente, pero ni el ministro de Defensa ni el de Estado creen que la resistencia pueda prolongarse más de una quincena". Acabó prometiéndome pedir a su gobierno un buque de guerra para en caso de necesidad, poner a salvo a los miembros del Gobierno. A la tarde daba comienzo a mis gestiones para modificar el Gobierno. Yo soy un hombre que tiene fe, primera condición para gobernar. Creo en la victoria y estoy seguro de que la ob-

tendremos. A Prieto le ocurría entonces, y posiblemente le ocurre hoy, lo contrario". Otro dato de su discurso que tiene interés: "En materia económica tenemos resistencia para uno o dos años más de guerra y hasta el momento actual todo lo que hemos gastado en ella es un tercio más de lo que se gastó en la de Marruecos. Disponemos de una economía sana y gracias a una política de rescates, el Estado podrá reponerse en muy poco tiempo de sus dispendios extraordinarios, de los que habrá de darse cuenta puntualmente. Yo puedo hacerlo en cualquier momento y con plena claridad".

Su informe impresionó al Comité Nacional. Prieto hizo el suyo, en el que afirmó que su destitución de la cartera de Defensa Nacional fué obra, no de la voluntad de Negrín, sino de la de los rusos. La publicidad dada a su informe lo hace fácilmente consultable. Acabado el debate, Prieto, en una conversación de pasillos con camaradas hizo, sin querer, un juicio crítico del informe: "Después de pronunciar mi discurso he descansado como se descansa al terminar de..." Infinitivo de un verbo que no se conjuga en público. El juicio de otros camaradas que llegó hasta mí concuerda con el del autor: "Mezquino y áspero".

El ambiente de la reunión fué contrario a la tesis de Prieto, y éste, que debió darse cuenta de ello, presentó su dimisión de ejecutivo con carácter irrevocable, rogando que se eviten las apelaciones y las súplicas, ya que su resolución era inmodificable. Lamoneda discurrió una fórmula más y, sin aceptar la dimisión de Prieto, se le autorizó para que no concurriera a las reuniones. Esta confrontación de las posiciones Prieto-Negrín tuvo, en la esfera oficial, una repercución que no siguió adelante. El lunes, día ocho, a primera hora de la mañana, el presidente me dió la orden siguiente: "Encárguese personalmente, sin que nadie se entere, de separar los papeles personales de ese archivo. Sólo los personales, y le ruego que el trabajo lo haga usted mismo, sin confiárselo a otra persona, por mucha seguridad que le inspire. Lo más tarde mañana, debe tenerlos en su casa". Después me enteré que el presidente estaba procediendo al mismo trabajo y que, en cambio, sus secretarios tenían orden de buscarle un piso en la ciudad. Crisis. El martes, momentos antes de que se reuniera el Gobierno, ví al presidente de mejor humor. Antes de terminar el Consejo salió de viaje. Se fué a Balaguer, donde no se nos acababa de lograr una operación militar.

Finalmente Prieto y Negrín tienen un contacto. Se ven en Camprodón. El ex ministro de Defensa ha aceptado representar a España como embajador extraordinario, en el acto de la toma de posesión del nuevo presidente de la República de Chile. Es una excursión política que Prieto se propone utilizar para ver las posibilidades que existen de interesar a los gobiernos de los países americanos en una acción mediadora, que ponga término a la gue-

rra española. Al final de la entrevista, Negrín pide un abrazo a Prieto y éste, afligido por el destino de Negrín, se lo da. De la excursión van llegando cables de recepciones entusiastas, de actos populares en que la oratoria de Prieto pone a delirar a los obreros americanos, de cuya ayuda moral y material se benefició en larga medida nuestra causa. Los mensajes del embajador extraordinario no tienen mejor lector que Vayo. Siempre que encuentra oportunidad me los subraya con las palabras más cordiales: "Estaba seguro de que el viaje de Prieto constituiría un éxito clamoroso. Tenga la seguridad de que nos reportará beneficios inmensos". Alvarez del Vayo gozaba recordando que la iniciativa de enviar a Prieto a Chile había sido suya. Su fácil capacidad para el entusiasmo le llevaba hasta construir castillos en el aire. Personalmente le oía con gusto, pero sin dejarme contagiar por sus esperanzas. El escepticismo estaba bastante justificado y ya era mucho poder hacer cara y tener a raya a la desesperación. Barcelona vivía, por aquellos días, bajo el terror de los aviones enemigos. Militarmente íbamos mal. El cable de Prieto no nos compensaba. Leído y olvidado. En plena excursión, ahora de regreso a Europa, Prieto pudo explicarse nuestra indiferencia por sus noticias. Teníamos de sobra con preocuparnos de nuestras pobres vidas, en cuya persecución avanzaba el adversario... La polémica de estos dos hombres, llamada a continuar, había de tener por fondo lo irreparable: la derrota.

CAPITULO XLII

Yo, secretario general de Defensa. — Cordón. — Su comunismo y su proselitismo. — Núñez Mazas, dimite. — Las pequeñas "caciquerías". — Las tres etapas de la ofensiva contra Rojo. — Negrín no tiene en quién apoyarse. — Su voluntad de resistencia. — Entre Prieto y Negrín, Aguirre no vacila: Negrín. — La 43 división en el Pirineo. — Gente de mar: Játiva y Buiza.

EL presidente no renunció a incorporarme al Ministerio de Defensa. Mediada la tarde del mismo día de su toma de posesión, me mandó a su hijo con el encargo de que le redactase una alocución al Ejército. Redactándola, llegó otro embajador suyo: Rafael Méndez. El grado de intimidad con que nos unió la guerra le capacitaba, quizá mejor que a ningún otro amigo mío, para influir en mi ánimo y modificar mi voluntad de resistencia a un cargo, superior, con mucho, por falta de conocimientos militares, a la capacidad que los más benévolos me atribuyesen. A esta consideración se unía otra, que no dejé de comunicar a Méndez: el temor de que el presidente se fatigase pronto de un Ministerio que exigía escrupulosa vigilancia, y dejase caer sobre mí el peso entero de las innumerables preocupaciones propias de la guerra. La obligación de ordenar me intimida. Siempre he estimado seres superiores a los que, a la hora de una decisión arriscada no dudan ni vacilan, pareciéndoles preferible el error al retraso. Era forzoso que me acordase de Prieto, replicando por el teletipo a sus corresponsales, que le consultaban desde el campo de batalla, sin tiempo casi para meditar la respuesta. La urgencia de las consultas demandaba resoluciones inmediatas. Prieto no podía clavar los codos sobre la mesa, recostar la cabeza en la palma de la mano y pararse a meditar. Tenía que dar su opinión, o su orden, al ritmo de una conferencia telegráfica. Esa envidiable capacidad de resolución no figura entre los parcos dones que al nacer me hicieron los Dioses y por los cuales es bien escasa la gratitud que les debo. El problema de mi colaboración con Negrín tenía un marco político. Para Méndez se reducía a saber si, como ya se decía, tanto Prieto como yo, estábamos resueltos a no ayudar a Negrín, recusando de plano su política. El disgusto de Prieto podía tener, mejor o peor, una explicación; pero no así el mío. El embajador

me recordó que si el presidente había accedido a aceptar mi dimisión de ministro, aceptación de la que ya estaba arrepentido, era pensando aprovechar mi trabajo en Defensa. Renuncié a todo forcejeo. Méndez se fué a la Presidencia a comunicar su victoria, y dos días más tarde, sin ceremonia, me puse a las órdenes del ministro de Defensa en la finca del Puchet. Llamé en mi ayuda a Cruz Salido, que conocía aquella casa, y comenzamos un trabajo modesto, que tenía más el carácter de secretaría particular del ministro que el de Secretaría General del Ministerio.

Catequesis soviética

Negrín llevó a la subsecretaría del Ejército de Tierra al teniente coronel Cordón, jefe del Estado Mayor del general Pozas, comunista apasionado. De él decía su general, tocado también de comunista, que le había sido, en todos los momentos, desleal. Desconozco el fundamento de esa acusación y tampoco puedo dar noticia de la competencia profesional de Cordón. Su impopularidad, fuera de sus correligionarios, era inmensa. Raro era el militar que me visitaba que no manifestase, en los términos más categóricos, su incompatibilidad con el subsecretario, acusado de incansable y tenaz proselitismo político. Los que se sentían heridos por él me presentaban sus quejas, y cuando las encontraba razonables, lo que no sucedía siempre, procuraba que las conociese el Presidente. Este o las desdeñaba o mandaba que se incoase un expediente, lo que significaba una forma superior de desdén, ya que los expedientes o se morían en los despachos o se diligenciaban con suma rapidez, presentando a la víctima como el victimario. La subsecretaría del Ejército de Tierra, cuidadosamente cultivada por los comunistas, no necesitaba de la jefatura de Cordón para desarrollar una vivísima catequesis soviética. Los colaboradores de Prieto en ese puesto, y señaladamente Fernández Bolaños, que fué quien lo desempeñó más tiempo, no supieron o no pudieron oponerse a la infiltración de los comunistas. La vigilancia del titular de la cartera, siempre en guardia, resultó tanto más insuficiente cuanto que inesperadamente descubría, como le sucedió con Hidalgo de Cisneros, Díaz Tendero, Arocena y otros, que sus amigos se habían subscripto a la hoz y al martillo. Resultaba, por cincuenta razones diferentes, lo más cómodo y ventajoso. Cordón, según lo que personalmente pude apreciar, no era de los acomodaticios. Reflejaba en su conducta personal la pasión fanática de los comunistas profundos. Dinámico, activo, constante en el trabajo, desarrollaba una fuerza absorvente considerable. Sin límites concretos, la Secretaría General, despachando directamente, cuando podía, con el presidente, Cordón vino a ser un subsecretario autónomo. Una respuesta suya a un encargo mío, fué causa de que presentase yo verbalmente, en términos vehementes, la dimisión del cargo. El

choque fué inevitable y el presidente enojado, se volvió contra los dos, con un juicio salomónico... pero equivocado. A Cordón le notificó que, después del ministro, la más alta autoridad del Ministerio era el Secretario General, y a mí, que no tenía razón, ya que ni él mismo, siendo el jefe, hubiese puesto mi comunicación, limitándose, según su costumbre, a inquirir si lo que interesaba era posible obtenerlo. Ese estilo, entre militares, según yo había aprendido de Prieto, no es el más adecuado: El jefe no ruega, ordena. Y en cuanto a la jerarquía administrativa del Secretario General, había que atenerse a lo escrito en la "Gaceta", que no estipulaba que el titular de ese puesto fuese viceministro. Este tema fué motivo de varias conversaciones infructuosas con Negrín. Comenzó recibiendo a despacho a los subsecretarios, aclarándome que, una vez que adquiriese conocimiento del Ministerio, los subsecretarios despacharían ante mí periódicamente, reservándome yo el consultarle aquellos temas de importancia que exigiesen una resolución de mayor responsabilidad. Este programa, que parecía razonable, no llegó a cumplirse. Negrín recibió a sus colaboradores más inmediatos y se fatigó pronto del contenido burocrático de sus carteras, olvidándose remitírmelos, con lo que se produjo, a las pocas semanas, el hecho arbitrario de que cada subsecretaría se fijase, según la discreción de quien la dirigía, una órbita autonómica. Antes de que por exigencias de la necesidad se llegase, con el consentimiento tácito del ministro, a esa solución, Núñez Mazas, subsecretario de Aviación, que sacado de la cama, donde convalecía de una dolencia grave, se había puesto al trabajo en su nuevo cargo con una pasión juvenil conmovedora, me visitó en mi despacho para hacerme partícipe de sus congojas.

—Reiteradamente he pedido al presidente hora para despachar con él, sin conseguir que me la conceda. Me hago cargo naturalmente, de la abundancia de sus ocupaciones, y por esa razón me he abstenido de solicitarle entrevista alguna hasta ahora, en que los problemas que tengo que someter a su consideración los reputo graves. Llevo esperando varios días. La negativa a recibirme la estimo como un acto deliberado para significarme desconfianza, y como no quiero pecar de indelicado conservando un cargo que en ningún momento he apetecido, vengo a preguntarle a usted, como amigo, si considera que debo presentar mi dimisión.

Tranquilicé a Núñez Mazas y le prometí hablar al presidente para que le recibiese sin nuevas demoras. Conseguí lo segundo y a partir de entonces, Aviación me mandaba su cartera para que yo la llevase a la firma del presidente. Me ocurrió no saber dar explicación de los papeles de Núñez Mazas, y es que la cartera llegaba a mi oficina con un ordenanza, sin otra aclaración que la del índice de la firma. Negrín se enojaba con esos papeles, pero no volvió a su olvidado propósito de localizar el despacho de los

subsecretarios en la Secretaría General, que hubiese sido, administrativamente, lo cuerdo. Admitida de hecho la autonomía de los subsecretarios, éstos procedían en los asuntos sometidos a su consideración con absoluta libertad. Cordón podía hacer política con absoluta complacencia. Contra la injusticia de sus resoluciones, era difícil la apelación. Los que se consideraban postergados, sin que yo les conceda ahora la razón, acudían ante mí, atribuyéndome una jurisdicción de que carecía. Anotaba sus reclamaciones, me hacía cargo de sus argumentos y cuando tenía oportunidad le hacía la representación de las querellas al presidente, quien solía desestimármelas con malos modos o me pedía que se incoase un expediente. Negrín creía a pies juntos en la capacidad organizadora y militar de Cordón.

Características de Negrín

Me consta que por varios conductos, y con reiteración que se le hizo enojosa, diferentes grupos políticos le pidieron la dimisión del subsecretario de Tierra, negándose sistemáticamente a prescindir de un colaborador que estimaba valioso. Los que realizaron tales gestiones es seguro que ignoraban un trazo característico de la personalidad de Negrín, incapaz de abandonar a sus colaboradores a los ataques de nadie, por fuerte que sea. Recuerdo que una de las personas a la que conserva mayor afecto, tuvo, en los últimos días de Figueras, una debilidad, y, cediendo a la presión que sobre su ánimo ejercía un amigo y paisano, se fué a Francia. Su ausencia resultó trastornadora por diferentes motivos. Cuando alguien pidió a Negrín que cubriese la vacante, el presidente, incomodado, replicó:

—No hay vacante que cubrir. Ese camarada está cumpliendo en Francia una comisión importantísima que le he encomendado yo.

De igual manera, al notarlo impugnado, defendía a Cordón. Se hubiera sentido el peor de los miserables dejando sin defensa a uno de sus colaboradores. En el caso del subsecretario de Tierra con tanto más motivo cuanto que le atribuía cualidades extraordinarias. El argumento de su pasión comunista no hacía mella en Negrín, que tenía a los comunistas por sus mejores aliados. Computándoles defectos y virtudes, encontraba que eran más abundantes en las últimas que en los primeros.

—Lo que más irritación me produce —le he oído decir varias veces— es ese constante trabajo de pequeña caciquería que les permite a muchos perder de vista las necesidades de la guerra por un ascenso de más o un puesto de menos. Las fuerzas verdaderamente estimables son, aquí, comunistas y anarquistas, y del lado de allá, falangistas y carlistas.

El detalle de una injusticia raramente le encontraba propicio.

Meterse en el laberinto de una historia individual para hacer luz en una queja, aun cuando le llegase con un grito de angustia, no le gustaba. Regañaba incomodado o expresaba su escepticismo con frases genéricas y alusiones a sus trabajos mayores. Esos gritos de angustia humana, bastante frecuentes, llegaron a exigir de nosotros que encerrásemos en prisión a personas que, sólo así, se consideraban en seguridad. Que su terror era exacto, lo pregonaban sus ojos; en cuanto a que estuviera justificado... De los frentes llegaban noticias de represalias y venganzas siniestras. ¿Falsas? El conjunto de datos que cada denunciante aportaba le metía a uno dentro de la conciencia la convicción de lo verídico. Buscar el remedio por los caminos administrativos del expediente o por los judiciales de la querella, equivalía a la imposible empresa de cambiar el curso de los astros. De existir alguna solución había que buscarla por un acto de recia autoridad. La mía era puramente nominal. Me estaba reconocida en tanto no pretendiera ejercerla. La del presidente se empleaba, íntegramente, en menesteres de naturaleza más complicada. Hacía la guerra, según la frase de Clemenceau, como quien hace periodismo, demasiado de Cámara, no dejó de encontrarle analogías. El tiempo que Negrín negaba a sus colaboradores de las subsecretarías se lo concedía gustoso al general Rojo. Tenía, como Prieto, una confianza ilimitada en la capacidad de don Vicente. Los daños que padecía nuestro ejército golpeaban rudamente la autoridad del jefe del Estado Mayor Central. Dejó de ser indiscutido. Las sospechas de deslealtad, y aun las denuncias escritas, se concentraron, primero, contra varios de sus colaboradores. Me abstengo de citar sus nombres. Después, contra él. Los ataques se escalonaron prudentemente. Comenzaron por una discusión de méritos profesionales. (Eran inferiores, ¡con mucho!, a los del general Asencio. Este, dormido, veía más que Rojo despierto. Su exaltación al generalato había sido demasiado rápida. Buen jefe de estado mayor, resultaba incapaz como general. Carecía de don de mando y de golpe de vista). Siguieron por una afirmación tajante: es un fracasado. (En apoyo de ese dictamen venía una larga enumeración de tropiezos. En mi mesa, y sin que yo manifestase la menor complacencia, se abrieron varias veces planos con las demostraciones, subrayada en azul, de esos fracasos). Finalmente, lo inevitable, la duda corrosiva: ¿no sería un desleal? (Y ya aquí, sin afirmación preliminar alguna, una serie de supuestos feamente maliciosos: ¿qué nos ha durado la victoria de Teruel? ¿Qué nos ha costado?) ¿Se repetirá en el general Rojo —me preguntaba— la injusticia que se cometió con Asensio? Juzgado por el presidente, estaba seguro que la reiteración de un tan dañoso error no sería posible. No sólo porque hasta él no llegaban, a lo que supongo, las opiniones de los debeladores de Rojo, sino porque no es hombre que sufra con calma la maledicencia. Si digo que el presidente hacía

la guerra, es porque todas sus potencias estaban aplicadas, en aquellos días aciagos, a interesar el material que nos hacía falta para enderezar los frentes y devolver al país la fe en la victoria. El adversario había conseguido salir al mar. Trabajaba por ampliar el corte, proponiéndose llegar hasta Valencia. La promesa de Mussolini al Gran Consejo Fascista se había cumplido con sólo el retraso de algunos días: Lérida había dejado de ser nuestra. Teníamos serias razones para el pesimismo. Negrín no se me apareció desmoralizado ni un sólo día. El manadero de su optimismo no me era conocido. Desde luego, no estaba en los informes de Rojo. Como le preguntase al general, en el antedespacho de Negrín, por la situación de los frentes en un día de apuro, me contestó:

—Hemos perdido los pueblos de reglamento, pero no tenemos que lamentar ninguna catástrofe.

Cuando el tropiezo era gordo, el presidente, por medio de la radio, se dirigía al país, pidiéndole nuevos sacrificios y tratando, con palabras de fe, de meterle en los huesos confianza en lo porvenir: "La guerra será larga y dura". "Con pan o sin pan, ¡resistir!". En este aspecto era, también, antípoda de Prieto. No se abandonaba a ninguna confianza y aun en el círculo de la más apretada intimidad repetía las palabras que había dicho en público. Todos sus calendarios, a fecha corta, eran esperanzadores: Recibiremos a tiempo el material que esperamos y haremos cambiar el aspecto de la guerra. Preveía nuevos contratiempos desventurados; pero afirmaba que el triunfo sería nuestro. ¿Inconsciencia? ¿Simulación? Lo primero no es creíble. Se le han hecho reproches más ofensivos —para algo es él el gobernante español que encabeza la derrota—, pero yo estoy especialmente facultado para negar algunos de ellos y, desde luego, el de la inconsciencia. En una ocasión, como la tristeza de la tarde le dispusiera el ánimo para las confidencias íntimas, me dijo estas palabras:

—Observe cómo todos buscan apoyo en mí para su esperanza. Cuando a alguno de mis colaboradores se le arruga el temple y se le desmorona la fe, me busca anhelante. Tengo que ser yo quien le sostenga. En cambio, yo no tengo en quien apoyarme.

Y, efectivamente, Negrín no tenía en quien apoyarse. Todos los que estábamos inmediatamente a sus órdenes le llevábamos malas noticias y pequeños enojos. El necesitaba molturar aquel grano pesimista y devolvérnoslo transformado en blanca harina de optimismo. Sería difícil discernir dónde terminaba la fe su trabajo y comenzaba el suyo la simulación. El heroísmo, por supuesto, coincidía con la segunda parte. Siempre resultará más fácil denostar ese período de la actividad ministerial de Negrín que explicarse, y comprender, el temple que necesitó para no de-

rrumbarse. Motivos no le faltaron... Sólo hubo una auténtica voluntad de resistencia y victoria: la suya. La derrota quita valor a esa época de su Gobierno; vencedor, las plumas hubieran rivalizado analizando los matices más finos del proceso de su conciencia voluntariosa. La leña se hace del árbol que cae y las ofrendas se cuelgan de aquel que resiste. Es una ley vieja que los hombres observan con manifiesta fruición. Batirse contra ella es exponerse a severa impopularidad. El vencido nunca tiene razón, y defenderle es arriesgar la propia. No se trata, pues, de intentar una defensa, si no de apuntar los datos que me son conocidos para que, cuantos desinteresadamente se aproximen a la guerra española, puedan ir coligiendo, con la mayor exactitud, la fisonomía moral de algunas de las personas que han estado en el primer plano de ella.

La voluntad de resistencia

Negrín, insisto, constituía la única voluntad de resistencia cuando el pesimismo por la derrota del Este se enseñoreó de los mejor templados. Esta no es opinión exclusivamente mía. Tiempo después de resuelta la crisis, conocí, por el intermedio de Julio Jáuregui, secretario general del gobierno vasco, la opinión de Aguirre:

—José Antonio estimó —reproduzco con fidelidad las palabras de Jáuregui—, que entre Negrín y Prieto no había duda posible. Al decidirse por el primero, lo hacía con el natural sentimiento de su vieja devoción por Prieto; pero es que la posición pesimista de D. Indalecio llevaba aparejada una mengua de la confianza en él. Negrín afirmaba con entereza sincera, la posibilidad de superar el momento y alcanzar la victoria. Era el hombre que convenía.

La misma consideración de fondo iba a jugar, meses más tarde, en agosto, en el propio comité nacional del Partido Socialista. Había que decidirse entre la creencia y el esceptismo, entre la afirmación calurosa de la fe y la negativa descorazonada de quien la había perdido. Siempre que a los hombres se les coloque en esa alternativa, se inclinarán por la fe, entre otras razones, porque necesitan creer para seguir viviendo. El opio del pueblo, llamaron los rusos a la religión, sin por eso ocurrírseles prohibirlo. Lo toleraron en tanto acreditaban un sustitutivo eficaz: el comunismo, la revolución universal... Prieto no ofrecía, en contrapartida, la menor compensación. A lo sumo, paliativos diplomáticos, nada fáciles de conseguir, por otra parte, para la derrota. Esta no se produjo en abril. Se perdió Lerida, se perdió Tremp; salieron al Mediterráneo las tropas de Franco, se acercaron a Castellón y lo tomaron... Y la guerra no se perdió. Los rebeldes no llegaron a apoderarse de Sagunto, cuyos trabajadores siderometa-

lúrgicos, dieron un ejemplo altísimo de heroísmo civil, conservando viva la actividad de su factoría, furiosamente agredida por la aviación germánica. Se consiguió estabilizar la guerra. En el Pirineo catalán una brigada, la 43, hizo, en las más duras condiciones, con escasez de material y de víveres, castigada por la nieve y las heladas, una alta proeza heroica, hasta verse compelida a pasar a territorio francés. Conducida por "El Esquinazao" —un actor de las jornadas insurreccionales de Jaca, que determinaron el fusilamiento de Galán y García Hernández— y por su comisario Gracia, entró de nuevo en España a seguir luchando. Voluntad de resistencia y victoria que coincidía con la de Negrín, quien asistido del general Rojo, visitó a la 43 brigada en sus posiciones del Pirineo, poco tiempo antes de que necesitaran abandonarlas. Para estas empresas, Negrín estaba siempre dispuesto. No lo estaba, casi nunca, para la preocupación burocrática. Dejaba hacer a los subsecretarios. Cada una de las firmas que le arrancábamos costaba su pequeño esfuerzo. La línea de menor resistencia aconsejó a sus colaboradores prescindir de ellas en la medida de lo posible, que era bastante amplia. Otero, de Armamento, necesitaba pocas, pero buenas. Játiva se gobernaba por su juicio, extraordinariamente ponderado y responsable, y sólo por una deferencia amistosa, solía recurrir a mi consejo, siempre favorable a sus determinaciones. Es hombre de extraordinaria valía, y de una rectitud moral inigualable. El sueldo, con aquellos precios fabulosos que alcanzaron las cosas en Barcelona, no le llegó ningún mes para poder encargarse un abrigo. Su familia, que permaneció en Cartagena hasta muy tarde, pagaba en privaciones alimenticias el concepto moral de este hombre que no tenía horas más que para el trabajo. La marina no preocupó gran cosa al presidente. Fué a Cartagena, formó un propósito; pero no se decidió a desarrollarlo. Dispuesto a prescindir del jefe del estado mayor, nombramiento en que reconocía haberse equivocado, no llegó a poner por obra el designo, dando lugar a que, por dos veces, Játiva le presentase la dimisión. Muy al final, vísperas de evacuar Barcelona, Negrín me envió una nueva combinación de puestos para la marina. No se hizo sino a medias. Játiva que aparecía afectado en ella, se apresuró a retirar su dimisión. En aquellas circunstancias graves tenía interés en continuar en su cargo, ya que otra conducta hubiera sido fácilmente interpretada como una deserción. Y en su puesto continuó hasta última hora. Se instaló en Rosas. Rectificó algunas deserciones a puñetazos, siendo como era hombre suave y correcto. Sus valoraciones profesionales fueron certeras. Reiteradamente había señalado como hombre valioso a D. Julián Sánchez, y como marino de extraordinario comportamiento, acreedor a un cargo más en relación con sus títulos, a D. Miguel Buiza. La rehabilitación de ambos fué tardía. A D. Miguel Buiza se le

confirió el mando de la escuadra. Le vi por última vez en Rosas. Estaba afectado por la muerte de su mujer que, en un rapto de locura, se había quitado la vida. Aceptaba los testimonios de condolencia de sus compañeros mecánicamente, mientras pensaba en cual debía ser, en aquel momento, su conducta en la nave capitana. Nadie se había cuidado de instruirle y no había esperanza de que recibieron orden alguna. Esperaba que abonanzase el tiempo para trasladarse en avión a Cartagena. ¿Qué se proponía hacer? Játiva me lo dijo al oído. Iba dispuesto, antes de rendir los buques al enemigo, a reencarnar la tradición de los orgullosos marinos españoles. Quizá hizo algo mejor y más noble: fundirse silenciosamente en un campo de concentración del norte de Africa con los marineros de la escuadra, negándose a recibir ningún trato de favor. Nadie se acordó de él. En la legión francesa está. Játiva le conocía, pero a Játiva sólo le conocí yo, que era quien le trataba. Sus propuestas, para llegar a la "Gaceta", necesitaban de una firma más valiosa que la del secretario general. Y no la conseguimos. Fué penoso. Mucho más que para nosotros para los hombres que, trabajando de buena fe, se encontraban preteridos por una razón de indiferencia o de pereza.

CAPITULO XLIII

"Si no quieren dejarme gobernar..." — La desestimación de Negrín por Azaña. — "Cállese lo que me ha oído". — Vaticinios. — Política internacional. — Los fines de la guerra de la República. — Los trece puntos del 30 de abril. — Excursiones al extranjero. — La moral de Negrín. — Retrocesos en Hacienda. — La última gestión de Pascua en Rusia.

NEGRIN repetía con alguna frecuencia, coincidiendo siempre con momentos de contrariedad política, que su presencia en la jefatura del Gobierno no era necesaria después de haber evitado que la resistencia se desmoronase.

—Si no me dejan gobernar, como yo entiendo que debo gobernar, es preferible que me sustituyan. Ahora lo pueden hacer. El equilibrio militar está recompuesto y ya nadie piensa, como sucedía en los últimos días de marzo y primeros de abril, que la guerra está perdida.

Esto último era exacto. Se había recuperado la moral pública. En la esfera oficial, la confianza renaciente vencía la crisis de pesimismo. No íbamos a tardar mucho tiempo en considerar como una pesadilla enojosa los pasados sobresaltos e inquietudes. El señor Labonne en persona había de tener tiempo para convencerse, antes de poner término a su embajada en España, que las desventuras republicanas del Este tenían un valor relativo, episódico, que no justificaban sus nobles propósitos de arreglar una capitulación. Sus noticias, cuando menos sus noticias, estaban equivocadas. Ignoro a quién podrá acreditarse esta victoria como no sea a la tesonera voluntad de Negrín. Sin el calor de su fe hubiéramos ido a parar, tan bajo como estaba el espíritu colectivo, a una entrega sin condiciones. Reconocida esa verdad, se puede polemizar, con bastante éxito, sobre la ventaja de no haber retrasado en un año —¿por qué no en dos?— lo ineluctable. ¡Qué inmensa economía de dolores, de vidas, de recursos habría hecho la humanidad de disponer a tiempo de vates lo bastante infalibles para determinar cuándo un acontecimiento es o no fatal! Los españoles de esta generación, desde luego, nos hubiésemos ahorrado una guerra que ha asolado nuestra patria, expulsando de ella, incluso a quienes estando dentro, no son conformistas del imperio. Como adelantándose a esos reproches, Negrín argumentaba.

—Estoy aquí porque me han buscado. No he dado un solo paso por ocupar este puesto. La guerra no es obra mía. Son otros quienes la han hecho posible. Lucho contra la colonización de España por los alemanes, y si no quieren dejarme gobernar, ahora que nada definitivo está en riesgo, que me sustituyan.

No llegué a aclarar satisfactoriamente qué entendía por dejarle gobernar, ni quién, concretamente, le impedía hacerlo. Supongo que Azaña, contra el que se le escapaban palabras imprudentes. Su disgusto a tratar con él crecía con el tiempo.

Las relaciones entre Negrín y Azaña

—Ese hombre —me dijo un día— va a ser la causa de que tenga que pegarme un tiro... Anoche me llamó con urgencia. Acababa de llegar del frente y estaba fatigado. Pregunté si podía aplazarse la entrevista y me contestaron de la presidencia que no, que fuese con cualquier atuendo... (Fruncida la cara, como en los momentos de peor cólera, siguió): Tengo la intuición de que ese hombre es un... Y me fío de la intuición porque nunca me ha engañado.

No podía esperar semejante afirmación. Paso por el dictado de cobarde, que tantas veces y a personas tan diversas, he oído publicar; pero el nuevo que le adjudicaba Negrín me pareció monstruoso, injusto en la raíz y en la copa, falso.

Le repliqué con alguna viveza:

—¿No será esta la primera vez que le engaña la intuición? Lo que me dice usted es demasiado grave...

Sin dejarme acabar, continuó:

—Sí, muy grave. Y no he debido decírselo. Me arrepiento de haberme franqueado. Cállese lo que me ha oído. Pero sepa que lo creo. Ahora mismo tengo miedo del destino de todos los papeles secretos que le he dado a leer y cuyo conocimiento total sólo a mí me corresponde. Es todo, absolutamente todo. Lo que tenemos y lo que vamos a tener. Lo que podemos y lo que no podemos. ¡Todo! Se ha quedado con los originales y me ha devuelto una copia. Aquí es donde comienza mi responsabilidad. ¿Quién es él para hacer eso? Estoy decidido a rescatar esa carpeta. Le tengo miedo.

—Yo creo que el presidente puede conocer esa documentación. ¿Quién si no?

Sin escucharme, siguió hablando:

—Jamás he sentido tanto desprecio moral por una persona. La llamada de anoche obedecía a la destitución de Rivas Cherif. Me dijo que la estimaba como una agresión personal. Suplicó. Argumentó. Se lamentó. Le dije que la orden destituyendo a su cuñado la había dado yo. Dedicamos una hora a discutir ese asunto de Rivas Cherif, al que debe tener miedo. Quejas: que él no

pinta nada, que le tenemos dado de lado y que siempre le colocamos entre la espada y la pared... "¿Qué va usted a hacer con Prieto?" "Hay una gestión en curso —le contesté— y de aceptar el interesado, el Gobierno ha resuelto enviarle a México como embajador". "Eso no puede ser ser. Prieto debe continuar en España, que es donde le necesitamos. Me quitan ustedes un hombre que puede serme necesario". Quiso darme a entender que quería quedarme solo, sin sustituto posible. Después, volviendo al caso de su cuñado, me pidió: "Arrégleme eso. Soluciónelo". Le prometí informarme mejor. Ya no podía más. ¡Hora y media a vueltas con su cuñado! ¡Qué razón tenía R... cuando me aseguraba que era un hombre de cartón-piedra!

Estas confidencias, por las que me era fácil medir el grado de incompatibilidad de fondo a que habían llegado los dos presidentes, que se toleraban a disgusto, me llevaron a pensar que quien no dejaba gobernar a Negrín, era Azaña. Deliberadamente, pechando con el título de incorrecto, me abstuve, al cesar como ministro, de hacerle la visita protocolaria. Preferí eludir toda conversación particular con don Manuel, con más motivo después, para no incurrir en la menor indiscreción. No me hubiera perdonado nunca haber contribuído, con la menor palabra imprudente, a empeorar unas relaciones que me constaba no eran buenas. La cosa podía haber ocurrido, ya que yo también tenía mis irritaciones contra Negrín, cuya manera de entender el trabajo no podía sintonizar con la mía. Yo hacía el burócrata, y me desazonaba que los papeles se amontonasen a la espera de un despacho incierto. Sin autoridad para dar soluciones, necesitaba esperar y, en la espera, los asuntos envejecían sin remedio. En los desplazamientos del presidente, sus secretarios particulares le seguían con siete maletas rebosantes de expedientes, que iban y venían, subían y bajaban sin que don Juan sacase tiempo, ni probablemente humor, para mandar abrirlas. La irregularidad de sus horas hacía más complicada la situación. Se acostaba muy tarde y, aun cuando se levantase muy temprano, no estaba en su despacho antes de las doce del día. A decir verdad, su vida de trabajo carecía de norma. Rodeado de relojes, le ocurría no saber la hora en que vivía, salvo cuando necesitaba atender visitas importantes. Trasladó a su residencia de Pedralbes el despacho de El Puchet y situó la secretaría general del Ministerio de Defensa en una finca próxima. Fué como la disolución definitiva del Ministerio, la consagración de todas las autonomías que habían surgido en él. En lo sucesivo, mi información de la guerra se redujo a conocer, unas horas antes que los lectores de los periódicos, el comunicado oficial de las operaciones, de cuya distribución estábamos encargados. El presidente, con la asistencia del general Rojo, llevaba todo el negocio militar. La autoridad del segundo se vió multiplicada. El jefe del Estado Mayor Central lo fué todo, al me-

nos para Negrín. Su crédito acabó por quedar remachado con la operación, brillantísima, del paso del Ebro. Pocos o muchos, los elementos de que disponía estaban a la entera disposición del general. Fué absorbiendo facultades del género más diverso. Se hizo exigente. Aceptadas esas exigencias como naturales y convenientes por don Juan, nada había que oponer a su concesión. Sólo él tenía información para juzgarlas. Siete sellos y siete sigilos tapaban el secreto de nuestros planes. De su valor, al menos como esperanza, tenía ocasión de juzgar por algunas expansiones sibilíticas de don Juan:

—Dentro de una semana dispondremos de más facilidades fronterizas, de parte de Francia, que hemos dispuesto nunca.

O bien:

—Sin gran tardaza, nuestras posibilidades de victoria se habrán multiplicado.

Vaticinios hechos con extraordinaria complacencia y que nos autorizaban a creer en operaciones inmediatas que, como todas, al proyectarse estaban rodeadas de inmensas garantías de éxito, quizá porque en ellas no se avaluaba la terca resistencia del adversario, lo suficientemente acreditada en el transcurso de la campaña, para que no la desdeñásemos. No siempre, sin embargo, el fundamento del vaticinio era militar. Solía hacerlo sobre simples bases diplomáticas.

Relaciones internacionales

Negrín no descuidaba la preocupación internacional. La cultivaba, por el contrario, con bastante asiduidad y con inspiración propia. Los informes de Alvarez del Vayo no dejaron en ningún momento de ser optimistas. No recuerdo haberle oído la menor noticia intranquilizadora. Sus colegas de Gobierno le escuchaban un poco reticentes, con una media sonrisa irónica. Don Juan, con mayor motivo. En una comida de final de Consejo de Ministros, a la que asistí invitado, Alvarez del Vayo, con sólo un vaso de leche por todo alimento, nos hizo una exposición, en relación con América, extremadamente entusiasta y consoladora. Negrín, a la cabecera de la mesa, me dedicaba miradas de regocijo. Había acertado. El ministro de Estado le garantizaba la difusión de un optimismo de marca panglosiana. Al interesado, no se le ocultaba esa circunstancia, y era el primero en ironizar. Debió ser cediendo a la ironía cómo montó —nada en la manga, nada en la mano— la historia de la reanudación de relaciones con el Uruguay, debiendo prepararme yo para hacerme cargo de aquella Legación. Cháchara de sobremesa. El Uruguay, por más que lo deseara del Vayo, no había pensado, ni pensaba en reanudar unas relaciones que podían muy bien continuar interrumpidas hasta el término de la guerra. El acierto de Negrín era doble, ya

que la bondad de Vayo le consentía ser él quien se ocupase de los negocios diplomáticos de Europa. Conversaba con París con frecuencia casi diaria y escribía, tan refractario como es a la literatura epistolar, apretadas cartas a un alto y lejano destinatario, que raramente accede a corresponder directamente con quieles le escriben. Los juicios de Negrín en materia diplomática siempre me parecieron demasiado absolutos y tajantes. Cuando afirmaba que no había tenido ocasión de conocer en Ginebra a ningún Talleyrand, se le podía creer; pero a condición de no acompañarle más lejos. Si la agudeza, del poco escrupuloso negociador francés, se puede acreditar talento. Estaba claro que el presidente había adquirido la pasión diplomática, oficio para el que está bien dotado, y en el que, en conyuntura menos desfavorable, hubiese podido hacer un buen papel. Esa pasión, a mi juicio inequívoca, le llevó a nuevos encontronazos con Azaña, con quien se tropezó, al decir de él, con el exterior. Así como Negrín se servía de la complacencia amistosa de Vayo, el presidente de la República parecía haber utilizado la de don José Giral. Su corresponsal en el extranjero era, preferentemente, su cuñado, Rivas Cherif, y más en segundo plano, Ossorio y Gallardo.

¿Lo fué también don Julián Besteiro, con ocasión de su viaje a Londres para asistir a la coronación de Jorge VI? La cuestión está sin aclarar. La designación de Besteiro la hizo el gobierno de Largo Caballero, quien no le confió otra misión que la de representar a España en la solemne ceremonia. Cuando Besteiro regresó de Londres, el ministerio había cambiado. Negrín estaba al frente de él. No hubo otra explicación del viaje, que la muy sumaria de algunas conversaciones políticas. Nada fundamental, en suma. Y, sin embargo, el embajador en Londres tenía razones especiales, así como el de París, para afirmar que Besteiro realizó en Londres trabajos particularmente importantes.

Se dió por seguro que el encargo de ellos procedía directamente del presidente de la República. Esta duplicidad de gestiones contradictorias, sulfuraba a Negrín, más que por una razón constitucional, por el quebranto que, a su juicio, sufría nuestra política. ¿Cómo concebía ésta Negrín? Su trazo característico es el de ser el hombre de la resistencia, cierto. Pero se equivocarán radicalmente quienes crean que ese era su único registro. Si predicaba la resistencia "con pan o sin pan", no por ello dejaba de afanarse por encontrar el término de la guerra. Este trabajo, absolutamente secreto, lo hacía con la colaboración de algunos embajadores, que lo pueden acreditar documentalmente, y, a las veces, a espaldas de ellos. He oído decir, sin que pueda garantizar la referencia, que Aranquistain defendió, al final de su período de embajador en París, la ventaja de un cambio de frente en nuestra política internacional, atendida la pusilanimidad de las naciones de signo liberal y democrático. Negrín, según su pro-

pia confesión, celebró varias conferencias con el conde von Welczeck, con resultado negativo. El presidente creía que sólo una resistencia poderosa y eficaz podía propiciar una solución satisfactoria para la guerra en el terreno internacional. Desde ese mismo ángulo crítico enjuicia la obra de Casado en Madrid. Sus tránsitos, de la confianza al escepticismo, eran bastante menos secretos de lo que Negrín suponía. El día que se hace públicos los fines de la guerra de la República, su entusiasmo es casi delirante. Les concede una importancia capital. Piensa que son un instrumento valioso para manejarlo en el exterior y en la propia zona de Franco.

La iniciativa es suya; la letra, de Alvarez del Vayo. Originariamente los fines, tal y cómo me los dictó el presidente, no eran más que nueve. Levemente carpinteados por mí, fueron ampliados por el ministro de Estado, el 30 de abril se dieron a la publicidad. Se citó a la prensa nacional y extranjera en un salón del Palacio de Roviralta y a presencia de Alvarez del Vayo. El presidente dió lectura al documento. Los servicios de propaganda se encargaron de organizar su difusión. Traducidos a todos los idiomas conocidos, comentados gráficamente, impresos en variedad de papeles, los treces puntos invadieron periódicos, paredes, oficinas, frentes, fábricas... Su texto era el siguiente:

Fines de la guerra para la República

"El Gobierno de Unión Nacional, que cuenta con la confianza de todos los partidos y organizaciones sindicales de la España leal y ostenta la representación de cuantos ciudadanos españoles están sometidos a la legalidad constitucional, declara solemnemente, para conocimiento de sus compatriotas y noticia del mundo, que sus fines de guerra son:

1o. — Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España. Una España totalmente libre de toda ingerencia extranjera, sea cual sea su carácter y origen, con su territorio peninsular e insular y sus posesiones intactas, y a salvo de cualquier tentativa de desmembramiento, enajenación o hipoteca, conservando las zonas de protectorado asignadas a España por los convenios internacionales, mientras estos convenios no sean modificados con su intervención y asentimiento.

Conscientes de los deberes anejos a su tradición y a su historia, España estrechará con los demás países de sus hablas los vínculos que imponen una común raíz y el sentido de universalidad que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo.

2o. — Liberación de nuestro territorio de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido, así como de aquellos elementos que han acudido a España, después de julio de 1936, y

con el pretexto de una colaboración técnica intervienen o intentan dominar en provecho propio la vida jurídica y económica española.

3o. — República popular representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto ciudadano emitido por sufragio universal y que sea el símbolo de un Poder Ejecutivo firme, dependiendo en todo tiempo de las directrices y designios que marque el pueblo español.

4o. — La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional libremente expresada, mediante un plebiscito que tendrá efecto tan pronto termine la lucha, realizado con plenitud de garantías, sin restricciones ni limitaciones, y asegurando a cuantos en él tomen parte, contra toda posible represalia.

5o. — Respeto a las libertades regionales sin menoscabo de la unidad española. Protección y fomento al desarrollo de la personalidad y particularidades de los distintos pueblos que integran España, como lo imponen un derecho y un hecho histórico, lo que lejos de significar una disgregación de la Nación, constituye la mejor soldadura entre los elementos que la integran.

6o. — El Estado español garantizará la plenitud de los derechos al ciudadano en la vida civil y social, la libertad de conciencia, y asegurará el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas.

7o. — El Estado garantizará la propiedad, legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores. Sin merma de la iniciativa individual, impedirá que la acumulación de riqueza pueda conducir a la explotación del ciudadano y sojuzgue a la colectividad, desvirtuando la acción controladora del Estado en la vida económica y social. A este fin se impulsará el desarrollo de la pequeña propiedad, se garantizará el patrimonio familiar y se estimularán todas las medidas que lleven a un mejoramiento económico, moral y racial de las clases productoras.

La propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros, que no hayan ayudado a la rebelión, serán respetados y se examinarán con miras a las indemnizaciones que correspondan los perjuicios involuntariamente causados en el curso de la guerra. Para el estudio de estos daños el Gobierno de la República creó ya la Comisión de Reclamaciones Extranjeras.

8o. — Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal que, carente de sentido humano, nacional y patriótico, ha sido siempre el mayor obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. Asentamiento de la nueva España sobre una amplia y sólida democracia campesina dueña de la tierra que trabaja.

9o. — El Estado garantizará los derechos del trabajador a

través de una legislación social avanzada, de acuerdo con las necesidades específicas de la vida y de la economía españolas.

10o. — Será preocupación primordial y básica del Estado el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

11o. — El Ejército español al servicio de la Nación misma, estará libre de toda hegemonía de tendencia o partido, y el pueblo ha de ver en él el instrumento seguro para la defensa de sus libertades y de su independencia.

12o. — El Estado español se reafirma en la doctrina constitucional de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional. España fiel a los pactos y tratados, apoyará la política simbolizada en la Sociedad de Naciones, que ha de seguir siendo su normal; reivindica y mantiene los derechos propios del Estado español y reclama, como potencia mediterránea, un puesto en el concierto de las naciones, dispuesta siempre a colaborar en el afianzamiento de la seguridad colectiva y en la defensa general de la paz.

Para contribuir de una manera eficaz a esta política, España desarrollará e intensificará todas sus posibilidades de defensa.

13o. — Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España. Después de una lucha cruenta como la que ensangrienta nuestra tierra, en la que han surgido las viejas virtudes de heroísmo e idealidad de la raza, cometerá un delito de traición a los destinos de nuestra patria aquel que no reprima y ahogue toda idea de venganza y represalia, en aras de una acción común de sacrificios y trabajos que por el porvenir de España estamos obligados a realizar todos sus hijos".

Crisis moral de Negrín

La cosecha de siembra tan copiosa fué muy parva. No respondió, desde luego, a las esperanzas del autor que hubo de contentarse con las glosas de los diarios, que le devolvían deformado su pensamiento. La mayoría de los comentadores no hicieron cosa mejor que inscribirse en una batalla de flores. Asordados por tanto ditirambo ruidoso, trascendiendo a sudor de esfuerzo, los fines de la guerra acabaron por hacerse antipáticos. El más encariñado con ellos era Alvarez del Vayo, que los valoraba como arco de iglesia. En el exterior nos nos dieron provecho. Las negociaciones, con literatura democrática o sin ella, rengueaban del mismo pie: de nuestra debilidad militar. Acabados de dictar a la prensa los trece puntos, el presidente me notificó que iba a salir de viaje por tres días, interesándole mucho que no se supiese su ausencia. Le gustaba hacer misterio con estos desplazamientos y estaba en la creencia, infundada, de que pasaban ignorados. Por más que los justificase de muy diferentes maneras, o que no los

justificase, yo daba en este punto la razón a Azaña: el jefe del Gobierno no puede, sin una causa muy poderosa, pasar a territorio extranjero. Negrín lo entendía de manera diferente y aun cuando sus viajes resultasen, en la mayoría de los casos, infructuosos, persistía en ellos. Por no ocultarle mi sorpresa en uno de los últimos, justificado con una pasión científica, incurrí en su enojo. A estos viajes internacionales vinieron a unirse las visitas a los frentes. Llegó a encontrar más satisfactorio permanecer en ellos, cabalgando o haciendo grandes caminatas, que a sentarse en su despacho y meterse entre papeles. Estos cambios de conducta, unidos a las rápidas variantes de su carácter no dejaban de producirme preocupaciones. Pasaba de una actividad calenturienta a una lasitud infinita, en que todo parecía darle lo mismo. Pedía dictáfonos, declarándose incapaz de trabajar con los taquígrafos, y cuando llegaban; los miraba con ojos de curiosidad mecánica, interesándose más por su funcionamiento que por su utilización. Quedaban en su despacho, en el que se podía estudiar el progreso del teléfono, como testimonios de unas ansias de trabajo que se habían extinguido. ¿Fatiga? ¿Agotamiento? ¿Desesperanza? Llegó a resultarle incómodo, incluso, el trato con los ministros, a quienes reunía muy de tarde en tarde. Los Consejos resultaban, por ese motivo, inacabables y de ellos salía irritado. El afán discursivo de algunos de sus colaboradores se le hizo insufrible. Su crítica era despiadada. Todas las indicaciones que se le hacían: "Tómese un descanso", "Cambie de colaboradores", "Organice de otra manera el trabajo", las escuchaba indiferente. Sus amigos eran Alvarez del Vayo y Méndez Aspe. Hubo un momento en que la crisis moral de Negrín se puso de manifiesto físicamente. De la noche a la mañana apareció con el rostro demudado y una delgadez alarmante. Un traje negro, con el que habíamos de verle mucho tiempo, subrayaba aquella transformación que se operó, materialmente, de un día para otro. No tenía modo de explicarme el cambio. Como los amigos se interesaran por su salud les dió la explicación de que, en efecto, hacía tiempo que no se encontraba bien: tensión arterial, insomnio, cansancio físico... Como siempre sucede, la explicación resultó insuficiente y cada uno la buscó por su cuenta. Rafael Méndez era uno de los más preocupados. Creía que don Juan necesitaba un descanso, pero no encontraba modo de convencer al interesado. Iba a verle con el propósito de aconsejarle y al llegar a la residencia se le helaban las palabras en la boca, tan frío y solemne se había hecho el ambiente que rodeaba a Negrín. Me pedían que le acompañase, pero mi situación se había hecho especialmente extraña y por esa causa sólo en función de mi cargo, y por exigencia de algún asunto importante me decidía a visitar al presidente. Nuevo relativamente en su amistad, encontré discreto ponerme en un plano de subalterno, en espera de una oportunidad para dimitir, ya que mi presencia en la Se-

cretaría General, y aun ésta misma, no tenía el menor sentido. Sin intimidad, yo no me consideraba con derecho a aproximarme a la crisis de Negrín. Me faltaba curiosidad y no carecía de discreción. El presidente tardó bastante tiempo en remontar esa flaqueza de ánimo y en ponerme al trabajo con alguna normalidad. Sin su reciedumbre física, los disgustos le hubiesen abatido.

Los ruidosos trece puntos eran una anotación en el calendario. No nos habían traído ni una sola ventura. Se renovaban, en cambio, los sinsabores y los apremios. La retaguardia, llena de un fervor antifascista, se atenía a una sola preocupación: conseguir la condición de insustituíble. Había distintos procedimientos para lograr esa preciosa declaración. Oficialmente sólo el presidente, y por su delegación yo, tenía la facultad de conceder tal beneficio. Durante el período ministerial de Prieto, éste no se dejaba ablandar fácilmente. Discutía con los ministros ásperamente antes de concederles la insustituibilidad de algún funcionario clave. Las levas, al generalizarse, creaban problemas de imposible solución, si no se adoptaba un criterio más amplio, en fábricas, ministerios, industrias... Se revisó el criterio de Prieto y se pasó, de la máxima restricción, a una facilidad excesiva. Se movilizó, poniéndolos a las órdenes del presidente, a todos los diputados. Se accedió a las demandas de los ministerios y de las industrias, comenzando por las fábricas dependientes de la Subsecretaría de Armamento... El general Bedia se encontraba desbordado para informar sobre tanta petición. En algunos casos —no vale la pena citarlos— me negué a firmar las concesiones. En la "Gaceta" están, con la firma del presidente.

Más cruel que mi negativa, el favor del garabato que consagraba, a conciencia, una petición injusta. Negrín podía saltar sobre esas consideraciones. Tenía cosas de mayor monta de que preocuparse. Veía llegar días difíciles militarmente. En las esfera de lo internacional no habíamos adelantado un paso. En cambio habíamos retrocedido en hacienda. El embajador en París, al que por las circunstancias de su nombramiento, hecho en ocasión de una breve etapa de descanso en Barcelona, no se le dió oportunidad de despedirse del Gobierno ante el que nos había representado, pudo hacer un viaje a Moscú. Pascua —a cuya crítica dedicaban sus ocios aburridos todos los aspirantes a sucederle—, encontró en Moscú el mismo ambiente de sincera estimación y la comprensión que la índole especial de su despedida reclamaba. Su gestión en Rusia tuvo, en ocasión de los cumplimientos finales, el éxito de una negociación difícil.

CAPITULO XLIV

Una operación "decisiva", que fracasa. — El presidente hace vida de soldado. — El bombardeo de Granollers. — "¡Cuánto sufrimiento íntimo!" — Intensa agitación política. — La pérdida de Castellón. — Un discurso de Negrín desde Madrid. — Regreso a Barcelona. — La charca política. — Estupefacción. — Prieto se va a Francia. — Declaraciones de Besteiro al senador Elliot.

EN el mes de mayo, el general Rojo preparó unas operaciones en las que el presidente puso una confianza excesiva. Se trataba de reconquistar una parte del terreno perdido en la zona de Tremp. En ausencia de Negrín, el general jefe del Estado Mayor Central me visitó para formularme sus necesidades en materia de automóviles. "La razón de esta necesidad —me explicó— es que vamos a iniciar unas operaciones de carácter decisivo, para bien o para mal. Todo está a punto y sólo necesitamos, para comenzarlas, la orden, que corresponde darla del presidente". Rojo se fué al frente, en una última visita de inspección y yo comuniqué a París la conveniencia de que don Juan acelerase su regreso. La misma noche tomó el tren y al día siguiente estaba en su residencia. Rodaba, en comentarios ásperos, la doble historia de la dimisión de Rivas Cherif y el nombramiento para embajador en México, de Prieto. Negrín tenía un resumen de las conferencias telefónicas de Azaña con su cuñado y con Prieto.

—¡Qué persona!— comentaba—. Lo que necesito es que Prieto acepte y Azaña firmará el decretó, ¡vaya si lo firmará!

Como no aceptase mis observaciones, pedí la opinión de Vayo, que estaba presente, y el ministro de Estado le confirmó mi consejo, añadiendo una lamentación:

—Es una contrariedad sensible que no podamos hacer el nombramiento. Prieto hubiera sido el embajador ideal en los actuales momentos. Cárdenas estaba complacido con el anuncio de su designación y lo va a resentir. Reconozco que Zugazagoitia tiene razón. Para el propio Prieto se ha creado una situación enojosa, tanto más cuanto que es seguro que no haya olvidado lo de las "Memorias" de don Manuel.

—Tendrán ustedes razón, pero yo soy como soy y no doy mi

brazo a torcer. Vayo me conoce desde hace muchos años y sabe que he pasado por muchos disgustos en la vida por defender lo que me parecía justo. No estoy dispuesto a violentar mi naturaleza moral. Después de todo, "ese" no merece ninguna consideración.

Resuelto a no dar su "brazo a torcer", herido como estaba por el tono de las conferencias telefónicas de Azaña, Vayo llevó la conversación a las reuniones de Ginebra. Explicó la impresionante entrada del Negus en la Sociedad de las Naciones y las quejas de quienes le acompañaban por la defección de Inglaterra, que se había comprometido a defender Etiopía. Halifax abochornado, marchó a Londres decidido a presentar su dimisión. En conversaciones de pasillos había reconocido lo violentamente equívoco de su papel en la Liga. Por lo que hacia a nuestro problema, Vayo siguió proyectando los mismos paisajes de ilusión internacional a los que nos tenía bien acostumbrados. Bonnet se le quejó de que hubiese incluído a Francia en los reproches que hizo a Inglaterra. El presidente que escuchaba indiferente, salió de su mutismo:

—Apunten ustedes para que no lo olviden lo que voy a decirles. Apunten, apunten. ¿Estamos ya? Puen bien, dentro de cuatro semanas habrá menos peligro que hoy de que los franceses cierren la frontera. Claro que me puedo equivocar y en vez de cuatro semanas mi vaticinio se cumpla en tres o en dos.

Alude inequívocamente a las operaciones proyectadas, y como se lo doy a entender, remacha,

—Son las más grandes que se han proyectado. Llevamos trabajando en ellas bastante tiempo. Y ¿sabe lo que le digo? Que vamos a ganar la guerra militarmente. ¿No me cree? Anótelo y ya me dará la razón. Vamos a ganar la guerra militarmente, como lo está usted oyendo.

Esta vez, el presidente cree lo que dice. Si acierta en su profecía, habrá sacado adelante una victoria que, en tres o cuatro ocasiones, ha estado yerta en las mesas de calcular del Estado Mayor Central. Al día siguiente comenzaron los ataques y Negrín se trasladó al frente. Unos prisioneros, entre los que había algunos oficiales, confesaron que nuestra ofensiva constituyó una sorpresa absoluta, pues estaban convencidos de que el Ejército republicano estaba, después de la caída del Este, destruído para siempre. Igual ignorancia en Barcelona. Los planes se habían elaborado con un secreto insuperable. Los resultados, sin embargo, no correspondían a las esperanzas. El primer parte llegó flojo y sin brío. El segundo, igual. Según Hidalgo de Cisneros, que me dió cuenta de un combate aéreo en el que habíamos derrivado diecisiete aparatos, con pérdida de tres "moscas", el avance de la infantería era perezoso y el ritmo de las operaciones se había retardado en razón, principalmente, de la resistencia de los rebeldes. La recon-

quista de Tremp más que problemática, empezaba a parecer imposible. En efecto: a los tres días regresó Negrín, que había estado haciendo vida de soldado y sin mucha convicción me aseguró que las cosas marchaban bien.

—Lo que nos proponíamos conseguir ya está, en parte, conseguido. La zona de Levante ha quedado descongestionada de fuerzas enemigas. La aviación nos la han enviado aquí. Podemos, pues, reorganizar Levante y adecuar nuestras defensas. Pero estos objetivos no pueden ser divulgados para que el combatiente no se desanime.

—¿Es que no aspiramos a reconquistar Tremp, con la importancia que tiene para nosotros la energía eléctrica?

—¡Si fuera posible! No creo que lo sea, sin embargo, por lo difícil del terreno. Se asombra uno al considerar cómo pudo ser abandonado tan fácilmente. ¡Qué inmejorable zona de defensa!

No necesité saber más para comprender que la ofensiva "de carácter decisivo" estaba fracasada. Quedó reducida a un trabajo de distracción de fuerzas. Con un éxito bastante restringido, que el enemigo seguía presionando en Levante y cincuenta "Junkers" le ayudaban a avanzar. Más de quinientas bombas fueron arrojadas en un solo día, sobre la fábrica de Sagunto. Después de un Consejo de Ministros, el presidente se volvió al frente. Su presencia en él no surtió los efectos apetecidos. Los comunicados continuaron siendo fríos; los resultados, dudosos. El 28 de mayo el presidente estaba de regreso. El rostro quemado de sol, el ánimo optimista. Las operaciones podían considerarse terminadas.

—Me hubiera gustado su compañía. Hubiese anotado cosas realmente admirables. Evidentemente. somos una raza superior, un pueblo de gran temple. Los soldados se nos quejaban de que no les consintiésemos avanzar todo lo que podían. Pero eso no era conveniente y, además, estaba desaconsejado por la seguridad. No podíamos consentir que nuestras tropas se metiesen en un callejón sin salida. El propósito se reducía, después de todo, a aliviar la zona de Levante, donde hemos tenido momentos muy difíciles, que de no haberlos cortado, nos exponían a perder, en pocos días, Sagunto. Estoy francamente contento. Hemos impuesto, a rajatabla, el respeto a los prisioneros. He visitado a varios heridos, auténticamente falangistas, y su pasmo ha sido grande cuando han comprobado que me interesaba por ellos sinceramente. Estaban convencidos de que lo único que podían esperar de nosotros era la muerte. Tenemos que contrarrestar, como sea, esa propaganda. Es menester que se vaya sabiendo en la otra zona cómo somos. Los oficiales eran los que mayor apuro tenían, pero se les ha rodeado de respeto y se han tranquilizado. Nuestras bajas han sido muy escasas. El balance me parece bueno. Tropas novatas han ido a ha-

cerse matar con una resolución que helaba la sangre. He comprobado que la gente agradece que se le dirija y se la reprenda cordialmente. Los mandos aceptan las lecciones y lo que es más estimable, las asimilan, adquiriendo una capacidad que dará frutos satisfactorios. ¡Cuánto hubiera deseado tenerle allí! Hubiera anotado muy buenas cosas, que me complacería leer y ver divulgadas. Véngase conmigo. Voy por la noche. Me propongo celebrar una reunión con los mandos de todas las unidades que han intervenido en las operaciones. Algo sacará en limpio que le pueda ser útil.

Bombardeo aéreo en Granollers

Prefiero quedarme. Tenemos una confidencia de Salamanca, según la cual la aviación rebelde va a intensificar sus visitas a Barcelona y Valencia, con ánimo de destruir la moral de la retaguardia. La confidencia tiene una comprobación rigurosa. Entramos en régimen de alarma permanente. Igual sucede en Valencia. En Granollers, los aviadores alemanes se apuntan un éxito considerable. Sus bombas han matado un centenar de personas. Todo el pueblo ha quedado salpicado de sangre y despojos humanos. El presidente, que ha visto el espectáculo, no me oculta su emoción cuando despachamos. Me habla de los niños que se han quedado sin padre y se lanzan a los caminos, robando para vivir. Se calla y se vuelve a mirar al jardín. Los ojos le brillan, húmedos de lágrimas.

—¡Es terrible! ¡Terrible!

Con una voz que no es nueva para mí, pero sí distinta a la normal, sigue hablando como en un soliloquio angustioso:

—¡Cuánto sufrimiento íntimo me cuesta el cumplimiento del deber! Tengo que ocultárselo a los demás, porque para ellos necesito ser motor, animador, estimulante. Y yo, ¿en quién me apoyo? Esta misma debilidad sólo me la puedo consentir delante de usted. ¡Qué terrible es todo esto! Mucho más cuando se ha llegado a la convicción de que todos, absolutamente todos, socialistas, comunistas, republicanos, falangistas, franquistas, ¡todos!, son igualmente despreciables. Si se tratase de una lucha entre ellos, me haría voluntariamente a un lado, porque ninguna de sus querellas tiene importancia ni vale el sacrificio de una sola vida. Pero se trata de España, ¡de España!, que temo mucho no acabe siendo desmembrada, a favor de nuestra propia estupidez, que nos lleva a considerarnos vascos, catalanes, gallegos, valencianos, por las potencias europeas, en un último cambalache diplomático-mercantil. Este temor es el que me da fortaleza. Si no creyera que tengo que oponerme a que España desaparezca, hace tiempo que hubiera renunciado a pedir sacrificios y me hubiera quitado, ¡con mucho gusto!, de en medio. El espectáculo de esos niños de Grano-

llers, suceso tan común en estos tiempos, me tiene destrozado moralmente.

Vuelve a su silencio. Se aclara los ojos con el pañuelo y al cabo de un minuto, recompuesto el rostro, mirando al mío, trata de fortalecerme.

—¡En fin...! Necesitamos seguir luchando.

Dice la verdad. El enemigo sigue pugnando en la zona de Levante por adueñarse de Castellón. Negrín resuelve trasladarse a la zona del centro. Su ausencia de Barcelona da origen a los más diferentes rumores políticos. Se habla de la formación de un nuevo Gobierno en el que entrarán, como figuras destacadas, Besteiro, Prieto y Martínez Barrio. Según los informes del subsecretario de Gobernación, el tole-tole político lo mueve el propio cuñado del presidente de la República. El mismo Méndez, que se muestra irritadísimo, cree saber que las conferencias políticas son frecuentísimas y que en todas ellas la versión de la crisis inminente se cotiza como segura. No conozco ninguna de todas esas historias. Tengo otras más graves de qué ocuparme. Otero me informa que uno de los buques que trae material para nuestro ejército, al entrar en un puerto francés para hacer la descarga, ha sido notificado, en virtud de una nueva orden, que no se acepta mercancía en tránsito o para España. A este primer buque deben seguir, inmediatamente, otros dos. Otero ha movilizado todos sus agentes para que se pongan al trabajo y vean de conseguir que la orden se modifique. La profecía del presidente no se ha cumplido. Francia nos niega las facilidades que nos tenía acordadas, lo que supone, prácticamente, el cierre de la frontera. Gestionando una rápida acción de nuestro embajador en París, recibo la visita del encargado de Negocios de los Estados Unidos. Aparte de los asuntos oficiales, siempre correctos, se interesan por conocer la veracidad de las noticias que circulan sobre la crisis. Le persuado de que el rumor carece de fundamento. Una segunda visita me trae el mismo tema: la crisis. Después viene Amador Fernández. No cree que las noticias sobre un cambio de gobierno sean ciertas. Por contra, me asegura que se ha extendido el convencimiento de que la guerra no la ganaremos con las armas.

—Entonces —le replico buscando sus explicaciones— nos será forzoso resignarnos a perderla.

—No, eso no. Además de los caminos militares, hay otros en los que quizás pudiéramos tener éxito.

—¿Cuáles?

—Los del arreglo, la mediación... Algo, en fin, que sin una intervención directa del Gobierno, puede intentarse.

—Bien, sí; pero, aparte de que quizás sea tarde, un propósito de esa naturaleza, ¿tendría el asentimiento de todos los partidos?

—Yo creo que sí. Y en cuanto a lo primero, más vale tarde que nunca.

El interés del diálogo está, para mí, en que quizás el pensamiento de Amador Fernández sea reflejo del de Prieto. Lo sigo, pues, con gusto.

—Dudo que los comunistas accedan a una política de ese tipo. ¿Accederían los sindicalistas?

—Ya conoces a los comunistas, todo depende de las instrucciones que reciban. Es posible que quieran quedarse con la bandera de la intransigencia, pero a condición que los demás levantemos la contraria; demagogia, como siempre. Toda hipótesis es difícil. Harán lo que les ordenen desde Moscú. Con referencia a los anarquistas he conversado con Blanco y éste está tan convencido como yo de que militarmente no podemos esperar nada. Su enemiga contra los comunistas es profunda y están dispuestos a unirse con nosotros para destrozarlos. Realizada esa unión es imposible que los comunistas se resolviesen a intentar ninguna violencia en la calle.

—No estoy muy persuadido de lo último. Lo que está claro es que esa nueva política no podría hacerla el actual Gobierno, que se caracteriza por la contraria.

—Sí, sería menester otro ministerio.

—Luego volvemos al comienzo: la crisis.

—¿Es que no crees tú que el actual equipo está gastado?

—No lo sé exactamente. Pero aun cuando lo supiera, no debo ser yo quien lo diga.

La ausencia del presidente daba origen a las más variadas intrigas. Se manifestaba en ellas el disgusto de los que se reputaban preferidos. El encono era realmente corrosivo. Negrín redactaba, entretanto, el discurso que se proponía leer desde Madrid. Una llamada telefónica de Bolívar, pidiéndome noticias del presidente de parte de Azaña, me llevó a pensar si la crisis, en efecto, estaba decidida. ¿Iba a servir de justificante y fondo la pérdida de Castellón, suceso confirmado? ¿El derrumbe de la 43 división, que ya había pasado a Francia? El sábado, 18 de junio, Negrín leyó su discurso. Sin aparato de radio en mi despacho, Amador Fernández me convenció para que fuese a oírlo en su compañía, a casa de Prieto. Este me preguntó, con intención, qué es lo que iba a decir el presidente. Suponía que había colaborado en la alocución. Se equivocaba y me equivoqué yo, que pensé en Fernando Vázquez. El discurso era de la minerva exclusiva de Negrín. No conseguimos oír (de Fraile fué la culpa, que por mejorar el tono perdió la onda) más que la primera parte. El discurso estaba, y no podía ser de otra manera, en la línea de los anteriores. El presidente se presentaba en él como un soldado de la independencia de España y no como un sembrador de odios. El

discurso cargaba los acentos de emoción en la parte dedicada a diseñar la nueva patria. Resultó una glosa más de los trece puntos. El comentario de Prieto fué muy breve. Creía que no valía la pena de haber hablado para no decir nada nuevo y juzgaba un error afirmar que producíamos material militar cuando la verdad era distinta. Leyéndolo, el discurso tenía una parte entrañable y limpia: la dedicada a España.

Violentas declaraciones de Negrín

El lunes, el presidente estaba de vuelta en Barcelona y daba a la prensa una declaración que me produjo, por su violencia, estupor. La reproduzco:

"Creíamos, señor presidente, que su estancia en la otra zona se prolongaría algunos días más.

—Eso pensaba yo, en efecto; pero me ha atraído el zumbido de los moscardones.

—¿Y sus impresiones, señor presidente?

—De allí, de la zona levantina y central, excelentes y reconfortantes. El espíritu de la población civil y de los combatientes, estupendo; la tónica de resistencia, admirable. De aquí, ¡psch!... Ya lo saben ustedes. La charca política se ha agitado mucho. Francamente, da un poquitín de asco. Mejor dicho, mucho, mucho asco. Pero de ello vale más no hablar ahora. Si el pueblo y el Ejército se enteraran, nos barrería a todos y lo haría en justicia. Pero no es el momento de distraerle de otros afanes más inmediatos y habrá que esperar con calma a que llegue la hora de la limpieza. Hay quienes, en su insensatez y en su cobardía, no dudan en desbordar la traición y la fomentan dentro al par que intrigan para que nos asfixien desde fuera. Pero estén ustedes tranquilos. El gobierno tiene bien firmes las riendas. ¡¡Ah!! Aguarden un momento: voy a dar orden a la censura para que deje pasar íntegras estas manifestaciones".

Todos los comentarios que me llegan, y son muchos, coinciden en afirmar que las declaraciones de Negrín equivalen a un golpe de Estado. La estupefacción que han producido es inmensa. Se piensa en cuál pueda ser la reacción de Azaña; pero yo me lo supongo intimidado por la agresión e incapaz de una resolución. Concretará su iracundia y su disgusto en giros literarios y en sarcasmos terribles, sin decidirse a pasar de ahí. Cuando abordo el tema de esas manifestaciones, Negrín me replica:

—No me arrepiento de haberlas hecho. Yo soy así y me voy a producir, de ahora en adelante, de esa manera. Es que, sabe usted... Me pone cara de piedra y añade: ¡Nada, nada! Lo que le digo es que aun llegaré más lejos, que para eso he encargado en el extranjero copias fotográficas de algunos documentos. He conse-

guido lo que me proponía. Esos cochinos traidores no harán nada en lo sucesivo por temor a que los desenmascare.

Cerrado en su pasión, exultando de ella todavía, mis reflexiones se le hicieron enojosas. Lejos de calmarle y moderarle, le encendían y acaloraban. Me callé. Al dia siguiente, las declaraciones tuvieron una coda más cruel, con motivo de rectificar dos erratas:

"Señor presidente, sus declaraciones, aunque breves, parece que han ocasionado algún revuelo. —Pues no veo el motivo —contesta sonriendo el doctor Negrín—. Y a propósito de esas declaraciones, conviene salvar algunas erratas. He leído en un diario, por ejemplo: "que si el pueblo y el Ejército se enteraran los barrerían a todos". Y, por fidelidad a mi pensamiento, yo no dije "los", sino "nos". Más adelante el mismo diario dice: "al par que intrigan para que nos asfixien fuera". Siendo lo que yo dije y lo que pienso "desde" fuera. Desde fuera y no "fuera", que no es lo mismo. Y al buen entendedor..."

Prieto debió encontrar alguna relación entre estas manifestaciones de Negrín y los trabajos que hacía la Comisión Ejecutiva Socialista para rehacer su unidad íntima, constituyendo una nueva Ejecutiva, a base de los nombres de Besteiro, Prieto y Largo Caballero. Precipitó su salida de Barcelona. No sé de su reacción, sino lo que dijo un amigo común, José San Pedro, que le vió antes de su marcha: "Se ha ido con una tristeza infinita, preocupado por el sesgo violento que Negrín da a su posición política". Según otros amigos, se había marchado dando un portazo. Negrín no fué insensible a estas repercusiones de su nota a los periódicos. En cambio, le llegaron muy a lo vivo unos juicios de Julián Besteiro al senador australiano Mr. Elliot, propietario de varios periódicos. Preguntado si aceptaría el encargo de formar Gobierno para intentar poner fin a la guerra por una mediación, don Julián contestaba afirmativamente, con la sola condición de que le dejasen elegir libremente sus colaboradores. Añadía que se habían hecho varias gestiones para que él, con su criterio, se encargase de constituir un nuevo Gobierno. "Con motivo de mi viaje a Londres, para asistir a las fiestas de la coronación, se me encomendó una gestión diplomática para poner fin a la guerra, pero, a mi regreso, el Gobierno había cambiado de pensamiento y nadie se cuidó de interrogarme por el encargo que se me confió". (El Gobierno había cambiado de composición. Negrín substituyó a Largo Caballero. No tenía, pues, noticia de la comisión diplomática que don Julián Besteiro recibió al salir para Londres. En la entrevista Negrín-Besteiro, éste se limitó a un informe general, sin detallar gestión especial alguna). Como Mr. Elliot pidiese a su interlocutor un juicio sobre el último discurso del presidente, Besteiro contestó: "No lo creo sincero. Ya es conocida la

táctica comunista de elogiar lo que no se estima y se combate con mayor ardor. En cuanto a la interpretación de la historia de España, es de lo más reaccionario, pudiendo suscribirla no sólo los fascistas sino también los carlistas". Este extracto de las declaraciones de Besteiro lo recibió Negrín por cablegrama, transmitido por un periodista americano, probablemente Mr. Allen, antiguo amigo suyo.

—Voy a escribir una carta a Besteiro, enviándole copia del cablegrama e indicándole que reputo apócrifas sus declaraciones.

—Temo mucho —le hago observar—, que don Julián le conteste que son auténticas.

Se calla. Al día siguiente, vuelve al tema, delante de Prat. El subsecretario de la Presidencia hace prodigios dialécticos para justificar a Besteiro sin herir a Negrín. La empresa es difícil. El presidente está muy vidrioso. La herida le sigue escociendo. Prat se repliega y nos invita a que le acompañemos a oir un concierto de música española. De camino me pide que le ayude a evitar que Negrín dé a publicidad las declaraciones de Besteiro. Las declaraciones no se difundieron. Negrín desistió de su proyecto sin que mediase nuestro consejo. Lo debió pensar mejor o le venció su pereza epistolar.

Propósito de bombardear a Génova

La aviación "legionaria", precioso eufemismo italiano, siguió atacando Barcelona y Valencia, durante todo el mes de julio, con una reiteración y terquedad abrumadoras: de día y de noche. La Deca, falta de elementos, podía hacer muy poco, y nuestros aviadores no consiguieron apuntarse ninguna victoria a la vista de la ciudad. Era difícil. La aviación italiana, que entraba por el mar, a alturas extraordinarias, se presentaba en Barcelona inesperadamente. Atacaba en el puerto y desaparecía por el Prat, perseguida por nuestros cazas. El Gobierno dió a la publicidad una nota denunciando, una vez más, el bombardeo aéreo de las ciudades abiertas y anunciando que se encontraba resuelto a replicar "en su origen" las agresiones. Este aviso causó más impresión en París y Londres, donde se nos creía capaces de cualquier acto desesperado, que en Berlín y Roma, por más que Vayo asegurase que en varios puertos italianos se habían adoptado precauciones defensivas. Giral, dirigiéndose a Negrín, le dijo que suponía "que lo de las represalias en su origen sería conversación de puerta de tierra", a lo que el presidente le replicó:

—De ninguna manera. Estamos decididos a producir esas represalias, no precisamente contra Roma, pero sí contra Génova. Spezia, Turín... De momento no podemos, porque de decidirnos a hacerlas, las haremos sobre varias ciudades a la vez. Por esta causa necesitamos esperar.

Giral se calló. Su silencio era puro escepticismo. Vayo, en cambio, arropó la afirmación de don Juan, con más detalles de un informe fantástico sobre el susto de los italianos. La nota del Gobierno no modificó en nada, por supuesto, la situación. Los aviones italianos continuaron atacándonos de día y de noche. Causaban víctimas y nos hundían buques. En Levante, la guerra seguía muy activa y nuestros soldados se batían bien contra un adversario muy superior en número y elementos. Nuestros recursos seguían siendo, pese a los desvelos de Otero, escasos. En una de las agresiones aéreas, cinco "Savoias" destruyeron una parte de la factoría militar de Gavá. Estos daños aumentaban nuestra pobreza, sin modificar el optimismo, cierto o simulado, del presidente. Este, que viene de visitar la fábrica siniestrada, me dice:

—Tenemos año y medio por delante para hacer algo eficaz. Un año, yendo muy de prisa, nos llevará la organización del ejército. En menos tiempo, por mucho que corramos, nos será imposible darle cohesión y fuerza.

La novedad del programa, al sorprenderme, me deja silencioso. Don Juan sigue:

—Si queremos, y yo quiero, tendremos ese año y medio. Tres sistemas poseemos para hacer que los demás quieran lo que el Gobierno quiere: enfervorizarles, convencerles, y si estos dos recursos son insuficientes, aterrorizarles. El terror es también un medio legítimo de gobierno cuando se trata de la salvación del país.

El silencio es ahora más denso. Tiene dentro como una palpitación medrosa. Completando su pensamiento, Negrín añade:

—Queriéndolo, podremos. De no haberlo querido, hace dos meses, cuatro, seis meses, se nos habría venido todo al suelo. Sí, son varias las ocasiones en que hemos estado a punto de perder una guerra que no perderemos, que ganaremos. Usted me habla de intervenciones del azar y sin que niegue que puedan producirse, le digo que no especulo con ellas, como usted no establece los proyectos económicos de su casa esperando que resulte premiado el billete que juega a la lotería. Tengo que calcular con lo que poseo; de momento es bien poco en lo material y mucho en lo moral.

Como le haga una alusión al próximo invierno, me declara:

—Esa es mi preocupación: el invierno. Todo hace pensar que será terrible, pero necesitamos trabajar para reducir, en lo posible, su dureza.

¡Año y medio! Me parece demasiado tiempo. Y, sin embargo, Negrín puede tener razón. Si no hubiese perdido la fe en las confidencias sensacionales, acabaría dándosela a la vista de la que el S. I. M. ha recibido de un antiguo falangista, alemán de naturaleza, que viene prestando servicios desde los tiempos de Prieto. He sido yo quien lo desvió hacia el S. I. M., con la indicación expresa de que no es hombre que me inspire confianza. Su último in-

forme es una novela: el viaje a Roma de varios falangistas, de los llamados "camisas viejas", para ofrecer a don Juan el trono de España bajo determinadas condiciones. (1).

Programa Falangista de Paz

(1) *Las condiciones de la Falange Auténtica, según la información del confidente, eran las siguientes: "A.—Monarquía constitucional con don Juan. B.—Legítima abdicación de don Alfonso en favor de don Juan. C.—Estado totalitario a base de un Estado nacional-sindicalista, con aplicación total de los 27 puntos de la Falange. D.—Todo el poder para la Falange. E.—Reposición de todos los jefes destituídos. F.—Amnistía general para todos los falangistas encarcelados y procesados. G.—Cese inmediato de toda intervención extranjera en España. H.—Ofrecimiento al gobierno de la República del cese inmediato de las hostilidades y buscar la unidad nacional. I.—Amnistía general para todos los españoles sin distinción, pero con exclusión de las personas que hayan asesinado y robado por propia cuenta, cuando estos hechos sean comprobados. Para que no haya injusticia alguna se propone la formación de un tribunal especial dependiente de un consejo superior presidido por el mismo rey pacificador, asesorado por una persona de cada zona. Se indican dos nombres: Zona de Franco, el general Yegüe. Zona del Gobierno, don Indalecio Prieto o don José Ortega y Gasset. J.—Libertad para todos los prisioneros de guerra con causa terminada o en período de instrucción. K.—El nuevo rey tendría que hacerse cargo de la suprema jefatura del Estado, en substitución de Franco y bajo el subtítulo de rey pacificador, lanzando al mismo tiempo un manifiesto a su pueblo en ofrecimiento de una paz general, supresión de todas las pasiones políticas e intentos de venganzas. Que el nuevo Estado nacional-sindicalista, en su forma de monarquía constitucional con el poder absoluto para el jefe del Gobierno, se daría un régimen sobre la base del carácter nacional, desligado por completo de toda tutela extranjera. L.—Que Franco, por tratarse de un general que no parece imparcial ante los ojos de todos los españoles y sobre todo en amplios sectores de Falange, debería tener la delicadeza de retirarse bajo algún pretexto, de los negocios públicos de la Nación, conservando el título de generalísimo. M.— Disolución del actual gobierno de Franco y una nueva formación por individuos adheridos a la Falange que diesen garantía absoluta para una dirección moderada de la administración pública. N.—Denuncia de todos los compromi-*

sos que se pudieran haber contraído durante la guerra, tanto material como moralmente, en perjuicio del honor nacional y de la soberanía nacional. O.—Limpieza de la retaguardia de los elementos enchufados durante la edad militar y preferencia para todos los mutilados de guerra y combatientes, sin distinción de campo, en la administración pública. P.—Declaración franca del rey pacificador en un manifiesto a la Falange vieja, de que él está con ella y que será fiel continuador de los conceptos políticos de José Antonio Primo de Rivera. Q.—Como primer acto de gobierno del rey pacificador, se daría un decreto o R. O. que refleje todo lo expuesto en estos puntos".

CAPITULO XLV

El Infante Don Juan y el programa Falangista. — General cansancio por la prolongación de la lucha. — El retiro de los voluntarios extranjeros. — Azaña pronuncia el discurso de las tres "P". — Paz, piedad, perdón. — Negrín y Rojo planean una ofensiva. — Victoria de las fuerzas leales en el Ebro. — El destino del general Asensio. — Retoña el separatismo catalán.

DON Juan se reservó la respuesta y con un plazo de ocho días dijo a los embajadores: "En España no puede haber más rey que mi augusto padre. Si éste lo cree conveniente, abdicará en el sucesor que a él convenga. Además, en estos momentos, lo más importante es ganar la guerra y una vez todo el territorio español en poder del ejército del generalísimo Franco, se podrá ventilar la restauración. El generalísimo tiene toda la confianza de mi padre y, además, es deseo de la nobleza española que mi padre ocupe, simbólicamente, una temporada al menos, el trono de España. Sé que el rey de Inglaterra y el gobierno actual de ese país verían con sumo gusto mi subida al trono de España; pero esto no depende tan sólo de las voluntades inglesas, sino de otras potencias que en mi ascensión al trono verían, quizá, una merma de sus derechos, adquiridos por su intervención en la guerra. Yo reconozco que los asuntos propuestos tienen bastante envergadura y no les puedo negar razón, pero he sido informado que en las filas de Falange existen nutridos sectores antieclesiásticos, llegados a ella durante el movimiento y procedentes de las zonas izquierdistas. Pueden ustedes comprender que no me es posible apoyarme en un sector político de minoría que esconde en sus propias filas a elementos rojos y que, además, ha intentado conspirar en plena guerra contra el generalísimo".

Don Juan, que prometió volver a recibir a los embajadores, no les cumplió la promesa. Los falangistas sacaron la conclusión de que no les quedaba otro camino que el de la violencia si deseaban hacerse del poder. Tengo por cierto que la confidencia es falsa, por lo menos en sus cuatro quintas partes. La única verdad de tan largo informe es que los falangistas no se sienten contentos de la marcha de las cosas, como lo prueba el golpe dado en el

castillo de San Cristóbal para facilitar la fuga de sus camaradas encerrados en él.

El presidente está al corriente de esos informes, pero no los comenta. Acaso se lo impide sus preocupaciones por la retirada de voluntarios, tema que está en plena actualidad. Para tratar de él han llegado los embajadores de París y Londres. El 16 de julio, Pascua hace una visita a Azaña. Me indica que ha estado deferentísimo y que le ha pedido informes sobre la política francesa en relación con la guerra española. Después de oírselos, Azaña le ha manifestado la seguridad absoluta de que, si en virtud de las negociaciones para la retirada de voluntarios, se llega a una suspensión de hostilidades, no habrá forma humana de conseguir que, ni del lado de la República, ni del de Franco, se dispare un solo tiro. Está convencido de que la ansiedad de paz es tan profunda en todos los españoles como para determinar, por una negativa a seguir luchando, la terminación de la guerra. Completo la opinión de Azaña, comunicando a Pascua el informe que me han hecho personalmente los miembros del Comité Nacional de un partido de izquierda, según los cuales el anhelo de paz está tan metido en el tuétano de las gentes, que en los barrios obreros de Barcelona, el disgusto contra la continuación de la lucha aumenta por días. Inquiero del embajador si, además de la política militar, hay alguna otra.

—No, ninguna. Todo el prestigio de Negrín en el exterior se deriva de su posición de resistencia y la consecuencia inmediata que él saca es que no hay otra política que la de resistir.

—Y el plan de retirada de voluntarios ¿alcanzará a tener la eficacia que espera don Manuel?

Deniega con la cabeza y con la palabra.

—No.

Azaña habla de Paz

Dos días después, 18 de julio, el presidente de la República pronuncia el discurso de las tres p: Paz, Piedad, Perdón, que algunos comentaristas interpretan como una oposición a las tres erres de Negrín: Resistir, Resistir, Resistir. Por primera vez, en un discurso oficial, sale a plaza la palabra Paz. El detalle fija mucho la atención de las gentes. A estas alturas del conflicto, y teniendo en cuenta el curso íntimo de la vida política, yo mismo doy varias lecturas al discurso, no sólo por el gusto de su castellano, que ya las justificaría, sino también por desentrañar las alusiones que pueda tener. ¿No afirmó Negrín que la idea de replicar en "su origen" las agresiones aéreas de la aviación legionaria era algo más que una amenaza diplomática? Pues es a esa afirmación a la que parece replicar esta otra del discurso de don Manuel: "Por mi parte, no podría resignarme a prestar una aparente aprobación, ni siquiera con mi muda presencia, a ningún

acto de ningún Gobierno que pareciese inspirado, directa o indirectamente, en el propósito de convertir la guerra de España en una guerra general". Otro párrafo que me parece cargado de alusiones: "El derecho de enjuiciar públicamente subsiste a pesar de la guerra, salvo en aquellas cosas que pudieran perturbar conocidamente lo que es propio y exclusivo de las operaciones de la defensa. Y de esa manera, cada cual aporta su grano de arena a formar la opinión. Pero, más que un derecho, es una obligación imperiosa, ineludible, en todos los que, de una manera o de otra, toman parte en la vida pública. Es una obligación difícil de cumplir. ¡Cómo no va a serlo! Demasiado lo sé. Para vencer esa dificultad se recomienda mucho, como higiene moral, el ejercicio cotidiano de actos de valor cívico, menos peligrosos que los actos de valor del combatiente en el campo de batalla, pero no menos necesarios para la conservación y la salud de la República". ¿Qué interpretación dar a esta invitación calurosa al ejercicio del valor cívico? Establecida al comienzo del discurso, todo él pacifista, alejado de consiguiente de los que acostumbra a pronunciar Negrín, la interpretación sólo puede ser una. Tanto más fácil de establecer cuanto que Azaña se niega terminantemente a ser "un banderizo obtuso, fanático y cerril", para reivindicar su condición de español sensible a la inmensa tragedia, ruinosa para todos, "ya que todos los españoles tenemos el mismo destino". La musa del escarmiento debe dictarnos la lección "de esos muertos que han caído embravecidos en la batalla luchando magníficamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad, Perdón". Pienso en la cantidad de compatriotas que no habrán podido escuchar esas palabras, después de las que les dedica la propaganda, sin un estremecimiento de emoción. Para otros, tan pronto oídas, tan pronto olvidadas... No sabrían dormir, al parecer, sin el ruido de las explosiones y el mugido de las sirenas, aun cuando se defienden con la suficiente eficacia para no embrazar el fusil que por la edad les corresponde. Que nadie les hable prematuramente de paz y mucho menos intente disminuirles el caudal de odios. ¡Son sagrados! No se sabe bien porqué, pero todos sus sentimientos tienen la misma categoría de cosa santa y sagrada. Para los afiliados a esa secta, no definible por carnet político alguno, el discurso de don Manuel oculta, en su buena gramática, un espíritu derrotista. Mejor es que permanezca callado. Su palabra no vale lo que su silencio.

El primero en consultar mi opinión sobre el discurso es Negrín. Le contesto, buscando conocer su juicio, con parcialidad: "Un poco espinoso para el Gobierno". Niega que sea así. Le señalo la contradicción entre la amenaza de bombardear unidades ita-

lianas y la declaración tajante de Azaña de impedir que la guerra se convierta en una conflagración general. Discute casuísticamente el caso, para acabar diciendo que la política de fintas es también una política.

—La afirmación de Azaña concuerda y conviene con los propósitos del Gobierno. Conocí el discurso dos días antes de que se pronunciase y fuí yo quien pedí al presidente que reforzase esa parte que usted estima reprensiva para el Gobierno. El propio Azaña se mostró sorprendido de que aceptase algunas partes del discurso, al punto de que se adelantaba él, al exponérmelas, a suponer que no serían de mi agrado. No las rechacé porque las encontraba bien y las reputaba adecuadas al momento. Mi trabajo me costó convencerle para que hablase. Rechazó la invitación con estas palabras: "Es que yo no puedo hablar como no sea diciendo lo que siento y lo que pienso. Ni mi tradición ni mi responsabilidad me consienten decir de cara al país una cosa por otra". Justamente, le aclaré, es eso lo que deseamos de usted: que diga al país cuál es su pensamiento. Y salvo el tono, pesimista y sombrío, yo suscribo lo que el presidente dijo. De otra manera no hubiese podido autorizar el discurso.

—Celebro la coincidencia, porque somos muchos los que lo suscribimos.

No hubo más comentarios. Los de los periódicos, a decir verdad, no ofrecían el menor interés. El periodismo estaba como arruinado y empobrecido. Si daba algo de sí, era en algunos diarios de Madrid, que no llegaban hasta Barcelona.

Cena al agregado soviético

Para comentario y glosa del discurso de Azaña se imprimieron los mismos adjetivos, un poco más desgastados y sin brillo, que se dedicaban, sin demasiado discernimiento, a las alocuciones de Negrín. Este tampoco volvió al tema. Lo había olvidado. Su preocupación que trataba de disimular con sonrisas, estaba en otra parte. No supe dónde hasta varios días más tarde, con ocasión de una cena de despedida al agregado aéreo de la embajada soviética, a la que asistió con el presidente y concurren casi todos los mandos de nuestra aviación y representaciones de los de tierra y marina. Yo converso todo el tiempo con el encargado de Negocios, Marchenko, sobre literatura. Es un tema que parece interesarle, al punto de ser él quien lo ha elegido. Vayo, y el propio presidente, acaban por mezclarse a la conversación. A Marchenko le agrada Baroja, cuyas obras conoce. Me interesa datos del novelista. Haciéndole yo una silueta de don Pío, la cena se pone seria. Negrín se levanta a brindar por Stalin, por Vorochilov y por el gran pueblo soviético. El agregado militar a quien despedimos,

Aryenujin, lo hace por Azaña, por Negrín, por el Gobierno, por sus colegas españoles y por la victoria de la libertad. Después del café, don Juan me toma aparte, y me anuncia que al día siguiente se irá al frente. Añade que a su regreso se propone substituir a Bruno Alonso, a Prados y a Cordón.

—Me cuesta mucho trabajo desprenderme de los colaboradores, pero no me va a quedar más remedio que prescindir de Cordón, que es un hombre vidrioso y que, al parecer, ha perdido las simpatías de su partido. A Prados, porque lo encuentro demasiado ligero para jefe del estado mayor de marina, y a Bruno Alonso porque se ha hecho incompatible con el jefe de la flota. ¿Qué le parece Entrialgo como substituto de Bruno? Todos los informes que me dan de él son buenos: hombre serio, recto, laborioso. Creo que es la persona que puede convenir para el cargo. Nombraremos dos subcomisarios, uno para la flota y otro para la base naval, procurando que uno sea socialista y otro republicano. ¿Qué le parece? Dígamelo.

—Yo creo que Bruno Alonso ha hecho en la flota una obra considerable de disciplina...

—Sí, pero su situación es insostenible. Ha desorbitado su función y salimos a choque por día. Siendo una persona por la que tengo vivísima simpatía, no me va a quedar más remedio que substituirle.

—En fin, eso lo pensará y lo resolverá usted. Yo tengo una cosa que comunicarle. Esta misma noche se ha presentado en mi despacho el subcomisario Crescenciano Bilbao, indicándome que necesitaba tener urgentemente una entrevista con usted. Comprendiendo que no podría tenerla, por razón de este acto, me ha dicho, para que se lo transmita, lo siguiente: "Rojo ha declarado que va a las operaciones como turista, operaciones que los consejeros afirman que no tienen su asentimiento, motivo por el que el jefe del ejército que va a operar dice que él no sabe nada ni quiere saber nada". Eso es lo que me ha dicho, dando muestras de evidente desasosiego.

—¿Todavía no se ha convencido usted de que Bilbao es un inocente? Todo lo que le ha contado es una puerilidad sin consistencia. Las operaciones que darán comienzo mañana se han proyectado por inspiración y consejo mío. Tiene que perdonarme que no le haya dicho nada, pero es un trabajo que llevábamos personalmente Rojo y yo, sin haber dado participación a nadie. La zona en que operaremos la he fijado yo, después de considerar las ventajas y los riesgos de un ataque en los frentes susceptibles de ser puestos en movimiento. No le oculto que la operación que nos proponemos realizar es difícil, muy difícil; pero si conseguimos alguna ventaja, por pequeña que ella sea, tendrá importancia. Si alcanzásemos el objetivo pleno, el éxito, por sus efectos, sería extraordinario. No espero que tengamos esa fortu-

na, justamente por la dificultad que ofrece la zona elegida para la operación. Con todo, es la única en que, de salirnos bien las cosas, podemos obtener una victoria militar susceptible de ulterior explotación. El general comprendió mi idea y después de un estudio técnico, la impuso a los consejeros, que mantenían otra tesis, que han acabado rectificando. Bilbao, pues, ha oido campanas...

—Me ha asegurado que la noticia la tiene de un jefe militar, cuyo nombre ha preferido reservarse. Era obligado, no teniendo antecedentes para juzgar del caso, que yo le transmitiera el recado.

—Perfectamente, pero le repito que no hay nada en él que valga la pena. El general, como siempre, ha puesto entusiasmo y celo en el trabajo y ha ido a su puesto a cumplir con su deber. Quizá yo mismo vaya mañana, aun cuando Rojo se opone a que esté presente en las operaciones por temor a que suceda alguna avería.

Ofensiva leal en el Ebro

Antes de que lleguen las primeras noticias de las operaciones que a nuestra iniciativa han comenzado en el Ebro, el parte secreto nos informa de la pérdida de Castuera, en Badajoz. Por allí anda Burillo, siempre en disgusto porque no se le ha hecho —según él— justicia. Veremos si tiene capacidad y suerte para vencer de la ofensiva que, con ánimo de alcanzar las minas de Almadén, ha desencadenado el adversario. Felizmente, en la orilla del Ebro las cosas van bien. El primer comunicado que se recibe, 25 de julio, es plenamente satisfactorio. Nuestras fuerzas han atravesado el río por varias partes, en el recorrido que va desde Mequinenza a Amposta. Varias divisiones han progresado sobre terreno enemigo, en algunas zonas sin encontrar resistencia. El presidente no puede disimular su alegría. Ordena que se pase copia de la noticia a todas las autoridades de la República. La parte más arriesgada de la ofensiva —el paso del río— ha salido perfecta. El Ebro, con sus ciento cincuenta metros de foso en la parte más estrecha, ha sido vadeado sin que el adversario se diese cuenta. Han pasado los hombres y el material. Este éxito se ha conocido inmediatamente en Barcelona, donde la gente asegura que el mérito es del general Asensio, como director de la operación, falsedad que sirve, cuando menos, para notar cómo ha crecido el prestigio y la popularidad de ese general por quien el presidente, a indicación mía, se interesó, ordenando que fuese procesado y juzgado, o en caso de no haber razón para ello, puesto en libertad. A las 24 horas no cumplidas, el general Asensio, con un sobreseimiento provisional en la mano, se presentó en mi despacho, solicitando una entrevista con el presidente para hacer su presentación oficial, ya que estaba a

sus órdenes. Era la primera vez que veía a Asensio. Me produjo una impresión excelente, que fué aumentando con un trato, que el presidente hizo que fuese constante, y que me resultó, por mi ignorancia de las cosas militares, provechoso. Negrín no acabó de decidirse a emplear a Asensio en las cosas de fuste que correspondían a la indudable capacidad militar de su subordinado. Pensó, maquiavélicamente, creyendo que de esa manera lo reivindicaría ante sus debeladores, en enviarle de agregado militar a nuestra embajada de Moscú, disuadiéndole yo del proyecto, que me parecía infortunado, opinión en la que coincidió Pascua, mejor conocedor de los medios oficiales soviéticos. Asensio no estuvo en el Ebro. Esta victoria, que sonó mucho, y con fundado motivo, corresponde íntegramente a Rojo como realizador y a Negrín, juzgando por sus palabras, como iniciador.

A la victoria del primer día se mezcla un pequeño disgusto político: el recrudecimiento nacionalista que se observa en las actividades de la Generalidad. Rudamente, el presidente dice al subsecretario de Gobernación:

—Esa puede ser, muy concreta, una razón por la que yo me marche del gobierno. No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino. De ninguna manera. Estoy haciendo la guerra por España y para España. Por su grandeza y para su grandeza. Se equivocan los que otra cosa supongan. No hay más que una nación: ¡España! No se puede consentir esta sorda y persistente campaña separatista, y tiene que ser cortada de raíz si se quiere que yo continúe siendo ministro de Defensa y dirigiendo la política del gobierno, que es una política nacional. Nadie se interesa tanto como yo por las peculiaridades de su tierra nativa; amo entrañablemente todas las que se refieren a Canarias y no desprecio, sino que exalto, las que poseen otras regiones, pero por encima de todas esas peculiaridades, España.



A una respuesta de Méndez, insiste:

—El que estorbe esa política nacional debe ser desplazado de su puesto. De otro modo, dejo el mío. Antes de consentir campañas nacionalistas que nos lleven a desmembraciones, que de ningún modo admito, cedería el paso a Franco sin otra condición que la de que se desprendiese de alemanes e italianos. En punto a la integridad de España soy irreductible y la defenderé de los de afuera y de los adentro. Mi posición es absoluta y no consiente disminución.

El propio Azaña no se hubiera expresado con más vehemencia. En ese tema, los dos presidentes eran correligionarios. Desgraciadamente, a partir de ese pensamiento común, comenzaban las diferencias y las incompatibilidades, disimuladas con sonrisas de exportación y sabias alusiones discurridas por la mutua cortesía.

CAPITULO XLVI

Victoria en el Ebro y descalabro en Extremadura. — Facilidades en Francia. — ¿Cambio de política internacional? — "Yo también estoy cansado." — El comandante del "José Luis Diez". — Texto de las cartas e instrucciones a él entregadas. — El acabamiento de Burillo en Badajoz. — Pérez Salas, el loco. — "Más vale volando."

Los comunicados de las operaciones continúan siendo buenos: las tropas republicanas han llegado a la altura de Gandesa. El número de prisioneros pasa, según los informes, de tres mil. Las noticias de Badajoz, en cambio, son malas, y Salamanca afirma habernos hecho copos enteros. Nuestro objetivo consiste en obligarles a soltar la presa de Levante, evitando la caída de Sagunto y rompiendo la amenaza contra Valencia. Ellos se afanan en Badajoz por adueñarse de Almadén. Necesitan el mercurio, fuente de buenos recursos en divisas.

—Me llama el presidente y después de un despacho rápido, comenta las novedades militares.

—Conviene que no nos hagamos demasiadas ilusiones. La operación que hemos acometido es muy difícil, y aun cuando los informes siguen siendo buenos, interesa evitar que repiquen las campanas. (Se acerca al plano que ha hecho colocar en su despacho y señala la situación de nuestras fuerzas, con arreglo a los últimos partes). Queremos hacer en x una cabeza de puente. Los ataques de Mequinenza y Amposta son demostraciones "distracionistas". Es aquí —señala la zona del centro en que se opera—, donde el ataque lo hacemos a fondo y con un objetivo preciso. Veremos cómo reacciona el enemigo. Por ahora está respondiendo con la aviación, de un modo realmente fantástico. Ha hecho crecer el río, dejando correr las aguas de los embalses, consiguiendo desmontarnos algunos puentes, pero el accidente no es irreparable. Si hemos elegido el punto de ataque más difícil no es sin haberlo meditado mucho. Si conseguimos la victoria será gracias al buen cálculo militar, a la excelente dirección y a la bravura de nuestros soldados. La victoria puede llegar a tener consecuencias incalculables.

—Servirán para compensarnos del descalabro de Badajoz.

—De ese descalabro tenemos que reponernos en el propio Badajoz, y ya se han dado las órdenes para ello. El enemigo tiene allí pocas fuerzas y creo que es posible recuperar lo que se ha perdido. Esa derrota me resulta inexplicable y no me avengo a pasarla en silencio.

En el Ebro da comienzo la resistencia de los rebeldes, que, para hacerla necesitan, como estaba previsto, disminuir sus efectivos en la zona de Levante. En el extranjero, la operación ha causado sorpresa y asombro. Pascua, que está en Barcelona, llamado por el presidente, nos regatea los detalles de una noticia importante: el acuerdo a que parecen haber llegado los gobiernos inglés y francés para que se termine nuestra guerra sin vencedores ni vencidos. ¿Es una consecuencia de la victoria del Ebro? Esa apariencia tiene. El comentario internacional sobre la batalla no puede ser más halagüeño para el alto mando republicano. Ni siquiera el cronista de Mussolini se niega a reconocer lo meritorio de la proeza cumplida por nuestro ejército. La crónica que transmite a Italia por radio no puede ser más objetiva, aun cuando, naturalmente, vaticine que no podremos retener la victoria por mucho tiempo. Otros comentaristas militares valoran el paso del Ebro como el acto bélico más importante que se ha registrado durante toda la guerra. Políticamente, demuestra que la República no está agotada, y sí en condiciones de proseguir la campaña durante mucho tiempo, y esta circunstancia es la que ha inducido a los gobernantes franceses e ingleses a adoptar una posición nueva, temerosos de que la prolongación de la lucha en España dé motivo a incidencias internacionales de no fácil salida. Si no es así, resulta difícil averiguar el fundamento de la noticia que nos ha facilitado el embajador de España en París. Otero acude a ratificar mi pensamiento, con observaciones hechas por él en la misma capital.

—Gran impresión en Francia, como consecuencia de la ofensiva del Ebro, que se reputa golpe audaz y alarde técnico ,y a título de recompensa merecida, facilidades.

Por una conversación con Pascua, que regresa a París, me entero de que el presidente le ha encomendado una gestión difícil y en cierta manera contradictoria con otras que hace tiempo está realizando cerca del gobierno francés.

"Si este trabajo se transparenta, mi situación será difícil, pues aparecerá como lo que no soy, como un hombre poco recto, y, lo que es peor, las negociaciones de París habrán terminado definitivamente. Todo será que me carguen con la responsabilidad del fracaso, aun cuando yo tengo bien en orden mis papeles, papeles que tanto el Presidente como el Ministro de Estado reciben puntualmente y en los que están anotadas con exactitud matemática todas las conversaciones que vengo sosteniendo con el Gobierno francés".

También Negrín está cansado

—No se si me equivocaré —cosa fácil— al interpretar el pensamiento del Presidente, pero deduciéndolo de sus reacciones más vivas y recientes, tengo por exacto que su mayor preocupación consiste en librar a España de toda hipoteca alemana e italiana. Ese punto es capital para él y si le diesen la seguridad...

Esa seguridad ya la tiene. ¡La tiene, la tiene! Inglaterra se ha dado cuenta, a medida que se aproxima, según ella, la victoria de Franco, de que esa victoria no le conviene de ninguna manera. Desea una España tan apartada de Alemania e Italia, como alejada de Rusia. En Francia el problema lo enjuician de idéntica manera. De aquí que yo crea que, por mal que se nos presenten los acontecimientos militares, un Gobierno que se dispusiera a lograrlo, alcanzaría un final relativamente satisfactorio que evitase el machacamiento o expatriación de la mitad de los españoles. El plan para la retirada de voluntarios podría ser condicionado a una previa suspensión de hostilidades. Conseguido esto tendríamos mucho tiempo para hilar y puede que resultase exacta la afirmación de Azaña. Quizá, en efecto, no sonasen más tiros.

—Tropezaríamos con la oposición de los comunistas.

—Exacto; ese es el inconveniente, que aumenta con la nueva comisión que me ha encomendado el Presidente. Me hago cargo de sus dificultades y de la necesidad en que se encuentra de resolverlas. La contradicción es dramática porque es resultado de una realidad insoslayable. Mis trabajos de París hubieran estado mejor emplazados en Londres, pero por una razón de mayor confianza, por más vieja amistad, me han sido endosados a mí. Tengamos confianza. La ofensiva del Ebro nos concede un nuevo respiro que habrá que explotar a fondo.

La victoria del Ebro es, en efecto, un buen punto de apoyo para nuestra política diplomática, en la que se reflejan, al minuto, los duelos y las venturas de nuestras armas. Todos estamos de acuerdo en que es el momento de forzar la máquina cerca de Inglaterra y Francia. Las noticias continúan siendo favorables; pero ya el adversario ha hecho su acostumbrada acumulación de material, renunciando, con carácter definitivo, a entrar en posesión de Sagunto. Azaña mismo debe considerar adecuada la ocasión para buscar una salida al conflicto. Por un informe confidencial, Negrín sabe que el jefe del Estado ha celebrado una entrevista con el Encargado de Negocios de Inglaterra, Mr. Litch. Los términos de la conversación son confusos: cansancio de la guerra, necesidad de ponerle término... De regreso del entierro de Cortazar, un colaborador ejemplar del Ministerio, Negrín comenta la confidencia.

—Yo también estoy cansado, física y moralmente. Nadie me acusará de haber parido la guerra. No digo que la haya hecho na-

cer Azaña, pero a él le cabe más culpa que a mí en lo que estamos sufriendo los españoles. Ha habido un momento en que por todos los medios me hubiera resistido a abandonar el Gobierno, así de claro lo dije. Ahora no estamos en la misma situación. Las cosas están mejor. Nada se opone a que me sustituyan. Sí, también yo me siento fatigado y creo que si alguien tiene títulos para reclamar un descanso, ese soy yo. ¿Qué quiere? ¿Que se acabe la guerra? ¡Yo no deseo otra cosa! Lo que afirmo es que no se acabará haciendo gestiones que, de la misma manera que son conocidas por nosotros, lo serán de Mussolini. Por mucho menos que eso he firmado yo enterados de penas de muerte. Si Azaña supone que el ánimo público está propicio a aceptar un segundo abrazo de Vergara, se equivoca. Quizás algún día lo esté. Ese estado de ánimo es preciso crearlo y si se considera lo que hemos hecno cambiar el ambiente, es posible que, con más tiempo, logremos lo que el Presidente quiere. Pero aun así, gestiones como la que ha hecho, a la que no le faltan precedentes, son perjudiciales al fin propuesto. Asombra comprobar cómo Azaña no se hace cargo de ello. Para comisiones de ese tipo están los agentes oficiosos, que ni siquiera los embajadores acostumbran a ser empleados en esa clase de trabajos. En fin, quería haberme encerrado en mi despacho, pero la historia de esa entrevista me ha quitado ánimos y me voy a tomar el aire del Montseny.

Una aventura marítima

Tengo en mi mesa, a guisa de coda al anterior enojo, la terca petición del ministro de la Gobernación, quien no se conforma con menos de tres oficios para autorizar el pasaporte del comandante del "José Luis Diez", por otro nombre, "Pepe, el del Puerto". Así lo rebautizaron en el Norte. A Paulino Gómez no le inspira confianza Juan Antonio Castro, y si se decide a firmar su pasaporte es a instancias mías, reiteradas después de haberme él comunicado sus sospechas, con lo que la responsabilidad de su defección corre de mi cuenta. Si eso sucede, tres oficios me acusarán de candoroso. Hablo con Játiva del asunto y hace una calurosa defensa de Castro, que se ha batido en el mar mandando el "Ciscar". El jefe del Estado Mayor, Prados, confirma el juicio de Játiva. Finalmente, tengo ocasión de conversar con el interesado. Es un hombre sereno, joven, fuerte. Tiene un sentido claro de la responsabilidad que va a afrontar. No la teme y espera salir con bien. Se abstiene de toda jactancia. Me cuenta, sobriamente, cómo han intentado sobornarle para que entregue o hunda el buque.

—Estando en casa de Ramón Aldasoro, en París, se me acercó don José Tapia, a quien usted debe conocer de Bilbao, y me entregó una carta. Traía, según dijo, algunos encargos de mi padre y

curioso de conocerlos, acudí al café donde me citó. El mezclar a mi padre en la historia no pasó de ser una añagaza. Tapia me entregó una carta de un ex comandante mío, Salvador Moreno, segundo jefe del Estado Mayor de la marina de Franco. Con la carta venía un plan al que, en caso de acceder a lo que se me pedía, debía ajustar mi conducta (1). Pedí garantías y quedaron en que me facilitarían cuantas apeteciese. Como me llamaron a Barcelona, pretextando que estaba vigilado, demoramos las nuevas entrevistas. Así están las cosas y a ustedes corresponde decirme la conducta que debo seguir.

—Las indicaciones al respecto —le contesté— corresponde dárselas al Estado Mayor. ¿Qué tal es el equipo de que dispone?

—Malo. Temo mucho que si suena un cañonazo siete u ocho

---

(1) He aquí el texto de las cartas y las instrucciones entregadas al comandante del "José Luis Diez": "El Havre, 13-7-38. Señor D. Juan Antonio Castro. Presente. Mi querido amigo: De paso rápido por ésta y al objeto de saludarle y cumplimentar un encargo confiado por su padre, don Luis, le ruego acuda alrededor de las siete de esta tarde al café "Guillaume Tell", que está frente al Ayuntamiento. Esperando acuda y hasta entonces, reciba un abrazo de su buen amigo. — **José Tapia".** Este Tapia hizo la presentación a Castro de las personas que le entregaron la carta e instrucciones siguientes: "Cuartel general del generalísimo: El contraalmirante segundo jefe del E. M. de la Armada. — Burgos, 27 de julio, III año triunfal. — Señor D. Juan Antonio Castro Eizaguirre. Mi querido amigo: Quisiera añadir y "compañero", recordando al guardiamarina del "Elcano", revoltoso y desaplicado, pero noblote y caballero, que estoy cierto tiembla de emoción y de dolor al recordar sus años de convivencia con aquel grupo de valientes cuya memoria es hoy orgullo de todos y muy en particular de quien tuvo el honor de orientarlos en sus primeros pasos dentro de la corporación, pero comprenderá usted que mientras subsista entre los dos el abismo que en la actualidad nos separa, me veo obligado a omitir, ya sea con verdadero dolor, un vocablo que implica comunidad de sentimientos e ideales, por lo menos en cuanto se refiere a los de carácter tan sagrado como son los de Patria y Marina. ¿Se prestará un momento a escuchar a su comandante de ayer? No olvide usted que entre mis muchos defectos nadie podrá encontrar la hipocresía, así como que entre mis escasas virtudes ocupa el primer lugar la de dejarme llevar más por el corazón que por el cerebro; pues bien, óigame. Doy por hecho que si pasó usted por momentos de confusión que le impidieron descubrir bien a cerca de cuál era su deber como oficial de marina español, hoy está arrepentido y ansioso de lavar su falta. Aprecio su situación y quisiera ayudarle a salir de ella, antici-

de los tripulantes se arrojen al mar Por lo pronto, ya hay uno que ha desertado. Hubiera preferido recibir cuarenta o cincuenta hombres del "Ciscar", a quienes conozco y me conocen. Si tenemos que luchar de noche, lo que es desagradable, desagradabilísimo, ignoro cómo responderá la tripulación. A poco que responda...

—¿Tiene confianza?

—Absoluta; seguridad plena. La empresa tiene dificultades, en efecto; pero tengo la certeza de que las venceremos y pasaremos el estrecho, con un poco de ruido, pero sin desgracias. El buque después de la reparación ha ganado en velocidad.

Arreglado el pasaporte, el comandante del "José Luis Diez"

---

pándole que no me guía otro móvil que el afecto que le conservo y la conciencia que tengo de su hombría de bien. No se deje arrollar por el recuerdo del pasado; está a tiempo de salvar su honorabilidad y de encontrar la paz para su conciencia. Traicionó usted a España, es cierto; pero España le perdonará si sabe mostrarse digno de ella. ¿Qué hacer? Muy sencillo. Es usted valiente y decidido; manda un barco que, siendo nuestro, arbola, un pabellón que cobija a los más cobardes y a los más canallas... a los más vulgares asesinos. Devuélvanoslo, y si no puede, estréllelo, húndalo todo antes que entregar nuevas armas a los que intentan destruir España y vender sus pedazos al extranjero. Si es preciso morir en la empresa, no lo dude un momento; alcanzará así usted el mayor honor y la mayor gloria; yo cuidaré de reivindicar su nombre y de hacerlo figurar en el cuadro de los valientes, al lado de los de Granullaque, Varela, Revuelta, Tapia... y Dios, que está visiblemente a nuestro lado, le perdonará. No es usted peor que los demás, ¿por qué manchar su apellido para siempre? Mañana, es decir, muy pronto, será tarde; no puede ignorarlo, como tampoco que cuanto le digo envuelve una cuestión de honor exenta de todo egoísmo. El barco, al fin y al cabo, caerá; pero usted... usted no debe caer como no sea dando la vida a España. Piénselo, medite bien su plan y proceda. No le faltarán facilidades, como tampoco ha de faltarle valor. La entrega del barco representará su rehabilitación absoluta; yo se lo garantizo; continuar en él después de este aviso es su perdición cierta, irremisible. Se lo piden a usted los 300 jefes y oficiales de marina que prefirieron morir oscuramente antes de faltar a su deber. Espero sus noticias o sus hechos, seguro de que responderán en todo a su reconocida caballerosidad. ¡Todo por España! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Que Dios le ilumine y le proteja, permitiéndole volver a merecer el afecto de la Corporación y muy en particular el de su muy amigo y ex comandante. **Salvador Moreno**".

"Estado Mayor de Marina. Segunda sección. Instrucciones para la posible entrega del "José Luis Diez". Dos posiciones hay

salió para París, donde por consejo del Estado Mayor de Marina debía seguir en contacto con el agente de los rebeldes, haciendo la parodia de su arrepentimiento y dando cuenta al agregado naval de la Embajada, como lo venía haciendo, del resultado de las en-

---

que tener en cuenta. Primera: Que el comandante del barco pueda hacerse con la mayor parte de la dotación. Segunda: Que sea una pequeña minoría la de aquellos que quieran entregar el barco. En el primer caso debe entrar en un puerto de la Costa Cantábrica, señalando previamente cuál es el elegido, para prevenir a las autoridades de marina y baterías de costa. En el segundo, la entrega debe hacerse en la mar a un crucero nacional que saldría a su encuentro. Para ello es necesario conocer exactamente y de antemano, fecha y hora de salida, derrota que seguirá el barco y velocidad del mismo. La manera de proceder por parte de los adictos a nuestra causa será la siguiente: al verificarse el encuentro, el crucero nacional irá por el "José Luis Diez" con su artillería dispuesta a hacer fuego. El "José Luis Diez" tratará de huír, pero en las máquinas debe producirse una avería que lleve consigo una gran pérdida de vacío en el condensador, lo que hará caer grandemente la velocidad. De esta manera el crucero alcanzará al destructor y en este momento los elementos adictos deben producir una desmoralización en la dotación, haciéndoles ver que no hay posibilidad de salvación y que como único remedio para evitar males mayores el buque debe rendirse izando la bandera blanca. Una vez hecho esto, si el tiempo lo permite, el destructor recibirá la orden de abandonar el barco con sus propios elementos, debiendo dirigirse a bordo del crucero los botes del destructor con la dotación del mismo, quedando solamente en él los elementos adictos y los que el comandante del barco considere indispensables para la seguridad del mismo, en tanto no le llegue del crucero la dotación que marine el destructor para continuar viaje. Si el tiempo no lo permite, los elementos adictos pondrán a buen recaudo a los individuos más peligrosos y seguirán las indicaciones del crucero para tomar el puerto que éste designe. El encuentro será, desde luego, en el Atlántico, no pudiendo fijar punto exacto porque ello dependerá de la rapidez con que se nos comunique la salida. En todo caso, si el comandante del barco nos indica punto de reunión con tiempo suficiente se acudiría a él, pero esto lo consideramos muy difícil, pues creemos que el comandante no podrá facilitar este dato con la suficiente anticipación. Si existe la posibilidad de hacer señales por radio durante la navegación que nos diga cuáles serán éstas y la longitud de onda en que serán emitidas. Burgos, 27 de julio de 1938. III Año Triunfal. **Salvador Moreno".**

trevistas que celebrase. Paulino Gómez siguió creyendo que habíamos hecho una tontería, de la que nos arrepentiríamos tarde. Yo confiaba en el informe de Játiva que garantizaba plenamente la lealtad del comandante Castro.

El porqué de un desastre

Ultima encomienda del mismo día, ésta del presidente: que el general Asensio se traslade a la zona del Ejército de Extremadura para informar sobre el desastre que ha sufrido. Instrucciones: que el informe sea exclusivamente militar y determine si todavía es tiempo de corregir la derrota, dando la jefatura de aquellas fuerzas al propio general Asensio, en el caso de que se le puedan facilitar los elementos que en su informe señale como necesarios. Llamo al general a mi despacho y se muestra dispuesto a cumplir el encargo con la mejor voluntad, pero suscita el temor de que no encuentre ninguna facilidad para su trabajo y apunta la creencia de que revivan antiguos odios, acallados, de momento, por razón de táctica política. Le aconsejo que visite al presidente, lo que me promete intentar. Cuando despido a Asensio, llega un informe del comisario inspector del Ejército de Extremadura, diputado a Cortes por Granada, Nicolás Jiménez Molina, en el que se hacen acusaciones terminantes contra Burillo, presentándole como el responsable de cuanto ha sucedido. En el informe se sostiene que Burillo vivía divorciado de su Estado Mayor, con el que, por un pique de amor propio, se negaba a tener relación. No conocía el frente, del que sólo tenía noticias de segunda mano. Prefería ocuparse de cuestiones de trabajo, discriminando salarios y jornadas, a emplear su tiempo en resolver los problemas militares. Al producirse la ofensiva enemiga, desdeñó cuantas indicaciones se le hicieron sobre el valor estratégico de las posiciones perdidas, principal causa de que una parte de nuestros efectivos, así militares como civiles y ganaderos, resultasen copados. Consumado el desastre, Burillo perdió la cabeza, y sin contar con el E. M., produjo una serie sucesiva de órdenes y contraórdenes que resultaron disparatadas por el desconocimiento del terreno; cambió mandos, metió en línea unidades desorganizadas y, en suma, procedió a la desesperada. El informe del comisario inspector, que había de ser ampliado con detalles más condenatorios, destruía la reputación que los periódicos comunistas habían hecho a Burillo, presentándole como el vencedor del Jarama. Esas lisonjas de la propaganda modificaron sensiblemente el carácter del interesado, que acabó encontrando estrechos todos los trajes. La derrota le enajenó los panegiristas de la víspera, convirtiéndolos en acusadores implacables. Sus camaradas le volvieron la espalda. El más piadoso con él resultó ser Asensio, que pudo haberle cobrado juicios injustos y despectivos.

No lo hizo. Volvió de Extremadura con un informe lleno de atenuaciones y disculpas para su antiguo subordinado. Ese juicio bondadoso estaba en contradicción con los informes emitidos por el comisario inspector, que había vivido el desastre y conocía perfectamente la conducta que siguió Burillo. Este cayó, después de la iracundia de los primeros momentos, en que rompió con su partido, en una postración y un anonimato definitivos. Su rebeldía a las instrucciones que le dió Jesús Hernández, a quien el presidente otorgó categoría de comisario, le llevó a ser hombre al agua. Corrió el rumor de que se había suicidado. Se desmintió, pero sin que volviéramos a oir hablar de él. El desastre que le tocó presidir no tenía compostura. Afortunadamente, el mercurio seguía en nuestras manos, gracias, por segunda vez, al coraje de Pérez Salas, un militar que no era más que republicano, y que quizás por esta circunstancia, verdaderamente extraordinaria, gozaba entre los profesionales fama de loco y original. Su locura y originalidad, de haberse generalizado, le hubiera sido a la República de considerable provecho. Consistía a la enajenación en cumplir escrupulosamente con el deber, participando con los soldados en las vicisitudes de la campaña, de suerte que en los momentos de apuro los estimulaba con su presencia, les aconsejaba con su experiencia, y los encandilaba con la victoria. Por dos veces, en el mismo terreno, remedió lo que otros habían comprometido gravemente. De los papeles que pasaron por mis manos como secretario de Defensa, son contados los que recuerdo. Uno, suyo. Un escrito al presidente, en el que, a la vista de la monstruosa conducta que seguían los mandos en las unidades, despreocupándose de las necesidades militares para atender exclusivamente a las intrigas políticas, llegando en su catequesis cerca de los soldados a violencias inauditas, le anunciaba la imposibilidad de conseguir la victoria y le notificaba que a él personalmente, sólo le ilusionaba la esperanza de hacerse matar avanzando, al frente de sus hombres, contra el enemigo.

Era un escrito patético que levantaba fiebre. Se lo mandé al presidente. ¿Llegó a leerlo? ¿Se perdió entre carpetas, expedientes y comunicados? Es lo más seguro. Pérez Salas, original y loco, no valía menos cuando gritaba su desesperación de republicano, que cuando, en las horas apretadas y difíciles que la imprevisión de otros creaban, se interponía en el camino de Almadén, garantizando, con sus soldados y sus baterías, la seguridad de la plaza. Sólo de un loco podía esperarse un tan riguroso sentido del deber. Los cuerdos —¡cuántas veces hicimos la misma observación!— rezumaban egoísmo y prudencia. Locos los madrileños, saltando en un arranque de desesperación sobre todos los pronósticos infaustos; locos, los obreros azucareros de la Poveda, molturando la remolacha bajo el fuego de artillería de la Marañosa; locos, los trabajadores del hierro de la Siderúrgica de Sagunto, a

la boca de los hornos y al pie de las laminadoras, oyendo los reventonazos de las bombas alemanas; locos, los hombres de la 43a. división, con los pies descalzos en la nieve de los Pirineos; locos, los obreros de las centrales térmicas de Barcelona; locos, los aviadores de la Lape, serenos en su puesto hasta el último instante... Loco, Pérez Salas. Tenía, además de la coquetería de no ser más que republicano, el gusto de tratar a los soldados con el profundo respeto moral que se debe al semejante y con el afecto entrañable que establece el riesgo común y la común esperanza. Si algo me abochorna personalmente, es no haber alcanzado a conseguir el título de loco. Hice méritos para ello, pero no resultaron suficientes. Citaré uno, por corresponder a este tiempo. Oponerme a mi designación para embajador en Moscú. La vacante de Marcelino Pascua hacía tiempo que estaba sin cubrir y Vayo vacilaba en la elección de la persona. El rumor llevó hasta mí el ruido que metía mi nombre. Con pretexto de despachar algunos papeles fuí a casa del presidente. Desayunaba en compañía del menor de sus hijos. Abordé el tema, indicando que lo seguro era que se tratase de uno de tantos rumores sin fundamento, pero que, en caso contrario, le interesaba la toma en consideración de mi negativa. Me afirmó que, en efecto, existía el propósito de hacer la designación a mi favor y de hacerla rápidamente, pues urgía enviar a Moscú un hombre que continuase los trabajos de Pascua. Le sorprendió mi resistencia, pero acabó por aceptarla. ¿Por qué decliné un honor tan solicitado y requerido? No ciertamente por miedo al fracaso, que yo sabía que en España no fracasan más embajadores que los de París, cualesquiera que sean sus servicios, y triunfan, o por lo menos disfrutan del silencio que acompaña a los que han triunfado, los que tienen su residencia oficial por encima de Berlín. Desde los tiempos, por lo menos, en que el marqués de Villa-Urrutia se iniciaba en la carrera diplomática, la embajada de París estaba vigilada por los dientes de la envidia. El propio marqués, ya achacoso, fué expulsado de ella de "coz de mula vizcaína" La divisa de los Osunas, cuyo don Mariano asombró al zar con la grandeza de sus despilfarros de embajador español, puede ser esgrimida como razón de mi negativa: "Más vale volando..." Verdad clara que no necesita glosa.

CAPITULO XLVII

Dimisión de los señores Ayguade e Irujo. — Anuncio de una insurrección. — Previsiones militares en Barcelona. — Ascensos. — un comentario de "La Vanguardia" a la crisis. — Una visita de Negrín a Companys. — El Congreso de Fisiología de Zurich y la crisis. — La angustia de Prat. — El segundo apellido de don Tomás Bilbao. — Solución de la crisis y viaje de madrugada.

DE un día para otro, el humor y la salud del presidente han cambiado. El 9 de agosto, bromeaba; el diez está como derrumbado. Se prepara de mala gana para asistir a un consejo de ministros. Es verdad que está enfermo. Su respiración es jadeante, tiene el rostro empalidecido y se le nota el esfuerzo que hace por mantenerse de pie. Se queja de fatiga y de insomnio. Al terminar la reunión se propone ir a Balaguer, donde la operación que se ha iniciado marcha bien. Cumple su programa. Ausente de Barcelona, los ministros señores Ayguade e Irujo, presentan la dimisión. Estas dimisiones responden al disgusto de la Generalidad de Cataluña, y parecen determinadas por un decreto aprobado en el último Consejo, por el que en lo sucesivo dependerán de la Subsecretaría de Armamento todas las fábricas dedicadas a la producción de material militar. La disposición la interesó Otero, aduciendo razones de notoria fuerza. En verdad, el problema tiene más fondo. Es una acumulación de disgustos la que ha hecho explosión. El acto político de Irujo es de pura solidaridad. El órgano periodístico de Ezquerra catalana, "La Humanitat", lo declara así: "Manuel Irujo, el hermano de ideales, ha estado siempre al lado de nuestra "patria", considerándose afectado por sus dolores y por sus alegrías", y en otra línea, establece la entidad del disgusto: "Cataluña recordará siempre la efectiva solidaridad ofrecida (por los vascos) cuando el Tribunal de Garantías torcía textos y nos quitaba facultades". Como respondiendo a una consigna, todos los diarios catalanistas, sin distinción de matices, coinciden en sacar a primera plana los conceptos nacionalistas más apasionados. Las tertulias políticas vuelven a llenarse de rumores. Especulan con la esperanza de una crisis total. Olvidan, quizá deliberadamente, que si entre Azaña y Negrín hay un punto de contacto firme, éste se encuentra en la poca estimación que ambos conceden a los go-

biernos de las regiones autónomas. El terreno, pues, está mal elegido por quienes aspiran a dar la batalla a Negrín. Claro que en materia política las simpatías y las diferencias cambian de valor según el momento. Al día siguiente de conocerse las dimisiones de Auguade e Irujo, el 13 de agosto, sábado, todavía ausente Negrín, la Subsecretaría del Ejército de Tierra me da traslado, con carácter "absolutamente personal y secreto", de una comunicación del general jefe de Estado Mayor Central, que dice así:

"Por fuente y conducto de absoluta garantía, ha llegado a poder de este E. M. C. la siguiente consigna, lanzada con carácter general por el mando faccioso": En la noche del 14 al 15 de agosto en cada posición, cada puesto de mando, cada pueblo de retaguardia, cada parque, cada aeródromo, en todas partes en una palabra, debéis inutilizar fulminantemente y a la vez, sin reparar en medios, a vuestros jefes y a sus hombres de confianza, aprovechando vuestra superioridad invencible de diez contra uno. Apenas amanezca, levantad bandera blanca en todos los lugares que habéis dominado a fin de que nosotros, que estaremos al acecho, corramos en busca vuestra para libraros, para siempre, de la criminal opresión roja. ¡Patriotas! ¡Hermanos españoles de la zona roja! Hasta nuestro abrazo en la madrugada del 15 de agosto".

En la comunicación se me recomienda que tome las medidas preventivas que considere convenientes. ¿Qué fundamento conceder al aviso? Personalmente no me afecta. No tengo fuerzas a mis órdenes de quienes desconfiar. Los taquígrafos de la Secretaría General son personas pacíficas, no suscitan inquietudes subversivas. Acaso por esta razón, la confidencia me encuentre escéptico. Quiero adivinar que se trata de una trampa de los servicios especiales de Salamanca, para conocer si sus trabajos clandestinos nos son conocidos, como, en efecto, lo son. La valija de Salamanca destinada a sus corresponsales de Barcelona pasa, tanto a la llegada como a la vuelta, por las manos de los jefes de la S. I. M. Con este motivo, Salamanca recibe una información equivocada. Como el sistema comienza a ser viejo, calculo que los informes han levantado algunas sospechas y que la orden dada para la noche del 14 al 15 de agosto es una añagaza destinada a conocer la verdad, siguiendo la pista a nuestra reacción. Carezco de todo motivo especial para creerlo, pero de alguna manera he de razonar mi escepticismo, que es radical. La orden es demasiado ambiciosa y excesivamente audaz. Sin embargo, el E. M. C. afirma que el conducto es "de absoluta garantía"...

El día catorce por la mañana, el presidente regresa del frente. Celebra una reunión política con los ministros de Gobernación, Hacienda y Estado. Por su parte, Companys, presidente de la Generalidad, hace una visita a Azaña. El problema político de las dos dimisiones comienza a dar su juego. Por otra parte, las precauciones militares son extraordinarias. El aviso del confidente se ha

tomado en serio. Tenemos acuartelamientos, patrulleo de las fuerzas de seguridad y una alerta general en todos los centros militares. Hay una severidad durísima en las consignas, sobre todo a la caída de la tarde. El ministro de la Gobernación me pide autorización para situar tropas motorizadas de asalto en unos terrenos del Ministerio de Defensa. Durante toda la noche y la mañana del día siguiente siguen las órdenes excepcionales. En el aire hay varios aparatos en servicio de vigilancia. Continúan reforzadas las guardias, y en algunos centros oficiales, la Dirección General de Carabineros está entre ellos, se han montado, enfocando la calle, ametralladoras pesadas. Son bastantes las personas que dan en suponer que este alarde de fuerzas está referido a la solución de la crisis.

El presidente me pide con urgencia que le prepare cuatro decretos ascendiendo a generales a los coroneles Matallana, Jurado, Méndez y Herrera. Se los llevo personalmente y necesito esperar a que acabe una conferencia con Lamoneda. Cuando me recibe se muestra de buen ánimo. Me anuncia que se dispone a ir a despachar con Azaña y que, a la noche, saldrá para Zurich, a participar en un congreso científico, llevándose como compañeros de viaje a Puche y Méndez.

—Claro que el viaje depende de cómo me reciba el presidente de la República. Quizá no lo pueda hacer.

A la noche, en casa, por Méndez, conozco que el viaje aparece obscuro. Sin embargo, tiene encargo de estar con la maleta dispuesta. Queda en avisarme, a la hora que sea, si sale. Por la mañana le oigo traginar en el cuarto de baño. Le digo mi sospecha.

—Tenemos crisis, y consultas.

Veo los periódicos y me dan la razón. Los más expresivos son, por supuesto, "La Vanguardia" y "Frente Rojo". El primero escribe: "Política. Podemos asegurar que en el día de hoy quedará aclarada la situación política, dándose paso a una solución que es de esperar signifique una mejor armonía entre el gobierno de la República y el de la Generalidad". Y añade a continuación: "Nos prohibimos hacer comentarios. Algo extraño, muy extraño, por no decir grave, ya que en la magnificencia de la vida española nada parece grave, está ocurriendo. En su instante se aclararán las cosas y la opinión pública podrá curarse de su perplejidad. Lo único que nos es dable anticipar es que, en la situación que pueda surgir, pudieran figurar los señores Albornoz, Marcelino Domingo, Companys, Largo Caballero, Besteiro, Alvarez del Vayo, Prieto tal vez, el actual presidente y ministro de Defensa Nacional, don Juan Negrín López". El diario comunista, a grandes titulares, escribe: "Frente a todas las maniobras, los trabajadores, los combatientes, todo el pueblo, están firmemente al lado del gobierno de Unión Nacional y de su presidente. Negrín". El primero en visitarnos es míster Thurston, encargado de negocios de los Es-

tados Unidos. Tiene una buena información sobre los motivos de la crisis. Se la completo y le hago una silueta rápida de las personas citadas en el suelto de LA VANGUARDIA, sobre todo de aquellas que no conoce o que conoce insuficientemente. El segundo, José Prat. Me informa de las gestiones en que se gastó el día de ayer. Negrín hizo una visita a Companys, a título de cortesía, y todo cuanto pudo conseguir de él es que le condicionase la colaboración de la Ezquerra. (Pasadas algunas semanas, Prieto había de comunicarme, un mediodía en que dedicamos una hora a charlar y tomar el sol en el Tibidabo, el extraño sesgo que Negrín dió a su conversación con el presidente de la Generalidad, introduciendo en ella confidencias que, según la versión que conozco, no podían aspirar al título de oportunas. Ciertos cansancios equiparados en ellas no son, sin ofensa a lo discreto, equiparables). No conviniéndole la condición, el presidente resolvió substituir a los dos ministros dimisionarios. Para eso interrogó a los partidos representados en el gobierno, quienes, al parecer, le ratificaron la confianza. Faltaba por conocer la opinión de Izquierda Republicana. Según Prat, el presidente no había despachado con Azaña. Coincidimos en no explicarnos el suelto de LA VANGUARDIA, reputándolo incorrecto.

Los ministros de un país en guerra...

Durante la tarde, la crisis siguió empantanada. Entrevistas, conferencias, diálogos, visitas. A las nueve de la noche acudo a la Residencia del Presidente, que me recibe con excesiva efusión. Esta vez no me equivoca. Su aparente alegría tapa una fuerte marejada. Está irritado y bien irritado. Chocamos con el suelto de "La Vanguardia".

—Señor Presidente, el breve comentario de Vázquez ha producido confusión y está siendo muy censurado.

—¡Mejor! Me he dado cuenta de muchas intenciones y lo menos que podía hacer es manifestar que las conocía. Ya me voy cansando de disimular y hacerme el tonto.

—Si me permite, y no se incomoda demasiado, sigo.

—Siga.

—Otra conducta inexplicable es que el Ministro de Justicia de un país en guerra se vaya, con médico, traductor y secretario, a una jira sindical por América. Que otro Ministro, el de Agricultura, haga, igualmente, un viaje largo por el extranjero y, por si esto fuese poco, que usted mismo tenga las maletas dispuestas para ir al Congreso de Fisiología de Zurich...

Me contesta casi con iracundia:

—Esos viajes tienen la conformidad del Gobierno, que los repu-

ta útiles. ¿Es que vamos a tener que explicar públicamente cada una de nuestras determinaciones?

No me da ocasión a seguir el diálogo. Se va masticando una música de su juventud. Tropieza con los ministros republicanos —Giral, Velao, Méndez Aspe— que le traen el acuerdo de su partido. El mensaje, a juzgar por el aire de los embajadores, no debe ser el que Negrín espera. Se encierra con ellos en su despacho y después de los ministros, sale el Presidente con el mismo "chicle" musical en la boca. Malo. ¿Qué le han dicho los ministros republicanos? Méndez Aspe, desde un ángulo del salón, emplea una mímica romántica para darme a entender que sus correligionarios están locos. Por fin consigo saber que en opinión de Izquierda Republicana todos los pasos y consultas que está dando Negrín le corresponde darlos, por derecho propio, al Presidente de la República que, a estas fechas, sabe de la crisis, poco más o menos, lo que un lector de periódicos. En resumen y como consejo: que debe abrirse la crisis, dejando al jefe del Estado el cuidado de resolverla como lo estime más saludable. Méndez Aspe, que se queda en la Residencia, anuncia que está dispuesto a darse de baja en el Partido y a marcharse al extranjero. Su adhesión a la política de Negrín continúa siendo sólida.

El Presidente hace un largo aparte con Lamoneda y Alvarez del Vayo. Sus secretarios, Prat y yo, nos retiramos al "hall". Comentando el posible desenlace de la historia, aparece don Juan.

—Ayúdenme a buscar un subsecretario para la Presidencia.

—¿Y Prat? —pregunta alguien.

—Será ministro de Justicia —contesta y cierra la puerta.

El interesado se queda blanco. La noticia le ha puesto casi a llorar. Tiembla. Le rodeamos y le adelantamos unos parabienes que recibe con cara de duelo. Luego, con una voz quejumbrosa, se querella contra su mal destino.

—Yo no soy hombre para estar dedicado a preparar expedientes de penas de muerte. No se me puede pedir a mí que haga ese esfuerzo. Es superior a mi ánimo. No podré dormir más en la vida. Los ejecutados se me presentarán todas las noches a la cabecera de la cama. Yo me había organizado para no saber nada, para no intervenir en esos asuntos terribles y ahora, sin capacidad para el cargo y sin vocación para servirlo, como una condena que no creo haber merecido, ¡pum!, ministro de Justicia.

Por raro que el lector la encuentre, esta reacción era profundamente sincera en Prat. Su voz y su semblante dejaban ver con absoluta claridad la conturbación de su espíritu. La única vez que se vió mezclado a la historia de una ejecución, salió del paso creando un conflicto. Las autoridades encargadas de hacer cumplir la sentencia necesitaron esclarecer un punto concreto y buscaron por teléfono al subsecretario de la Presidencia. Tardaron

mucho tiempo en encontrarlo y cuando, de madrugada, ya iniciándose el día, conversaban con Prat, el reo salía de la prisión acompañado del piquete... No queriendo zanjar el litigio, Prat pidió que se aplazase la ejecución. Y la ejecución se aplazó. El reo volvió a la celda, y el Tribunal sentenciador elevó un escrito al Gobierno pidiendo que, en vista de lo sucedido, se conmutase la pena. En el ministerio de Justicia tales recursos, propios de su carácter profundamente humano y compasivo, no podían servirle para nada.

Por más que Mariano Ansó, que pasó por el cargo, le dora la píldora, el interesado no la traga. Yo le hago, por broma, reflexiones pesimistas, señalándole la diferencia que va de un empresario teatral a un ministro de Justicia. Inopinadamente vuelve a entrar en escena el Presidente.

—No es necesario que me busquen un subsecretario. Seguirá Prat.

Cambia la escena. Prat no puede continuar sentado. Necesita ponerse de pie para que le salga recto un suspiro hondo. Se estira la americana y da unos pasos cómicos, con los que publica su alegría. Viene a mí y me declara:

—Chico, ¡esto es nacer! En señal de regocijo me pide, como acostumbra, un cigarrillo. Fumándolo le vuelve el krausismo humorístico de sus mejores momentos. Se esponja con un contento que Ansó no acaba de explicarse. —"Déficit filosófico". me dice al oído Prat: Seguimos temiendo, sin embargo, las nuevas iniciativas de la conferencia Negrín-Vayo-Lamoneda. Vuelve a salir el primero y me pregunta:

—¿Conoce el segundo apellido de don Tomás Bilbao?

—Sí, señor. Hospitalet.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Quédese. Dentro de un instante saldré a despachar con el Presidente de la República y le contaré el desenlace de la crisis.

—Prefiero ir a cenar, si usted me lo consiente, y volver más tarde.

—Bien. Tráigase a Rafael; que venga con la maleta y los papeles.

Dolorido juicio de Besteiro

Después de cenar, Méndez y yo vamos a tomar el café a la presidencia. Están esperando a conocer la solución del problema político, las mismas personas:: Vayo, Azcárate, Méndez Aspe, Ansó, Vázquez, el hijo mayor del Presidente y Puche, que como Méndez, está en plan de viaje. La espera se prolonga indefinidamente y comenzamos a quedarnos dormidos por las butacas. A las tres

y media de la madrugada llegan el Presidente, Prat y Elías Delgado. No me es necesario oir una palabra, para conocer, por la cara de Negrín, que el desenlace le es favorable. Todo ha ido bien con Azaña. Disponiéndose a cenar, entrega a Vayo, para que nos la lea, la nota que será comunicada a los periódicos. El Ministro de Estado lee:

"Como consecuencia de las dimisiones presentadas por don Jaime Ayguadé, ministro de Trabajo y Asistencia Social, y don Manuel Irujo, ministro de la República, cuyas cartas dirigidas al Jefe del Gobierno se hacen simultáneamente públicas, han sido nombrados ministro de Trabajo, don José Moix Regás, del Partido Socialista Unificadó de Cataluña, y ministro sin cartera, don Tomás Bilbao Hospitalet, de Acción Nacionalista Vasca.

"Al dar cuenta de ello, el Gobierno de la República pone singular interés en afirmar una vez más su inalterable respeto a las personalidades y a los derechos de las regiones autónomas y se complace en ver asegurada la continuidad de las representaciones catalanas y vasca en el seno del Gobierno, el cual mantiene así su carácter de Gobierno de Unión Nacional y su voluntad de sostener junto a las libertades regionales, la indepedencia y la existencia de España."

Resuelta la crisis, el Presidente ordena que los coches estén dispuestos para salir inmediatamente. A las cuatro y media de la mañana, llevando como compañeros de viaje a Puche y a Méndez, se pone en camino para Zurich. Al llegar a Perpignán hicieron un alto en nuestro consulado para comunicar a don Tomás Bilbao, que a la hora de llegada de los viajeros dormía, que había sido nombrado Ministro. El interesado necesitó convencerse. La comunicación no tenía nada de solemne, aun cuando la hiciera personalmente el jefe del Gobierno. ¿Qué pensar? ¿Qué decir? Una hora después de tan original comunicación, todos los periódicos de la España republicana insertaban la noticia de que don Tomás Bilbao había entrado a formar parte del Gobierno, como ministro sin cartera, reemplazando a Irujo. La exaltación de José Moix, persona escasamente conocida, me la explicaba como una deliberada preterición de Comorera, mayor de personalidad y de apetencia política, al que Negrín no disimulaba su desafecto. La desestimación por el líder del Partido Socialista Unificado de Cataluña era común a muchas personas. A la hora de resolver la crisis es evidente que se pesó esa circunstancia, por lo que Comorera vino a quedar fuera del Gobierno. Sus aspiraciones, a creer en lo que de él se afirmaba, no se le lograron.

Negrín dejó a sus espaldas los comentarios consiguientes. La solución de la crisis, defraudó. El suelto de "La Vanguardia", cuya intención peyorativa no fué visible sino para los lectores más avisados, permitió todo género de supuestos. Fueron muchos los que

esperaban un Gobierno constituído por las figuras más destacadas del régimen republicano, encargado de orientar la política hacia la consecución de la paz. Quienes trabajaron por ese Gobierno —de ello se acusó, páseseme la palabra, a los republicanos— olvidaron que la causa original de las dimisiones no consentía a Azaña abrir la crisis total sin reforzar, automáticamente, la plataforma nacionalista de la Generalidad de Cataluña, contra la que el Jefe de Estado tenía tantos motivos de disgusto como el Presidente del Consejo. El problema catalán, que la República creyó haber dejado resuelto con la concesión del Estatuto autonómico, renacía furiosamente con la guerra. El decreto de Franco aboliendo la autonomía de Cataluña, tenía apasionados suscriptores entre los republicanos; por reacción, los autonomistas levantaban con rabia la bandera de la estrella solitaria, como en los días más heroicos de Maciá. (La guerra violenta y áspera, seguía dando tierra a los hombres que, de uno y otro lado, caían abrazados al deber y a la convicción. Besteiro, rechazando la invitación del Partido Socialista para tomar parte en un acto público, dirá algo más tajante. —No puedo hablar porque no me consentirán decir lo que siento y pienso, a saber: que los españoles nos estamos asesinando de una manera estúpida, por unos motivos todavía más estúpidos y criminales.

CAPITULO XLVIII

Los republicanos ven con disgusto la tramitación de la crisis. — Las precauciones militares de Barcelona. — Las gestiones Mije cerca de Casado en Madrid. — Las esperanzas de Negrín. — La proeza del "José Luis Diez". — Un discurso de Prieto en el Poliorama. — Los acontecimientos internacionales. — El fin de Checoslovaquia y la muerte de nuestras esperanzas.

DURANTE la ausencia de Negrín, la agitación política continúa. Los republicanos han acordado "ver con disgusto la tramitación de la crisis". En "Solidaridad Obrera" se publican dos artículos, a los que la censura no ha opuesto el menor reparo, que son una semblanza feroz del presidente, y en los que se recuerda, como cándidos y paradisíacos, los tiempos en que Lerroux, de regreso de Ginebra, obsequiaba con relojes a sus colegas del gobierno. Los críticos de Negrín le toman por el lado de los comunistas, con los que creen saber que tiene un pacto secreto y cuya política, según afirmaron, está sirviendo con absoluto menosprecio del interés general. Queda un fondo, menos explícito, de conducta personal. Según los opositores de Negrín, éste se produce ni más ni menos que como un dictador y en cada crisis, mediante uno u otro recurso, consigue, atemorizando a Azaña, secuestrarle la voluntad y ver ratificada su confianza. Queda el Parlamento, pero éste, llamado a reunirse por pura fórmula constitucional, no saca ánimo para votar la cancelación de los poderes de Negrín. Si Azaña tiene miedo ¿qué tiene el Parlamento? De cualquier modo que se responda, parece evidente que Negrín posee alguna fuerza, propia o prestada, para sacar indemne el Poder tantas veces como sus adversarios cren que está a punto de perderlo. ¿Qué fuerza es ésa? Una conciencia religiosa respondería, sin vacilar: la fe. Ciertamente, todos los merecimientos que se pueden apuntar en la gestión de Negrín proceden por línea directa de la potencia transformadora de la fe. Gracias a ella, evita que el desastre del Este se convierta en derrota total y por ella, también, consigue que el Comité Nacional del Partido Socialista, seriamente enfadado con su política a causa de los privilegios concedidos a los comunistas, le estimule a continuar al

frente del Gobierno, desestimando tácitamente el informe de Prieto. La fe que le concede esos triunfos notorios ¿es sincera?, ¿es falsa? No vale la pena de intentar el análisis. El resultado de la simulación, suponiendo que se trate de una simulación, es exactamente el mismo que si nos encontrásemos a presencia de una fe ardiente y sincera. No todos los sacerdotes están libres del pecado de la duda y, sin embargo, su magisterio sobre las conciencias de los feligreses es el mismo en tanto no se descuidan a descubrir su herida moral. La fuerza de Negrín, según la respuesta de sus opositores políticos, no es precisamente la de la fe. Su permanencia en el Poder es resultado de sus recursos de dictador. Se apoya vigorosamente en la parte comunista del Ejército. Las precauciones adoptadas en Barcelona, cualquiera que sea la justificación formal que para ellas se discurra, estaban pensadas con relación a la crisis. Este convencimiento es indestructible en los debeladores de Negrín. Convengamos en que, entre causa y efecto, la desproporción era considerable. Lo que en Barcelona fué confidencia terrible, en Madrid adqurió, según los informes de la oposición, que registro a título de imparcial, carácter de maniobra comunista. La noticia de la crisis, al repercutir en la capital, condujo a Mije a visitar a Casado, jefe militar de las fuerzas del Centro, a quien invitó a convocar una reunión de jefes y comisarios al efecto de fijar una actitud que aplacase el nerviosismo de los soldados, temerosos de cambios políticos discurridos con un sentido derrotista. Casado respondió al extraño requerimiento con una negativa firme, a la que añadió que él no haría otra cosa que cumplir con su deber de militar, no correspondiéndole emitir juicio alguno sobre las modificaciones ministeriales que estimase convenientes el Jefe del Estado. Mije, no resignándose con su fracaso, volvió a insistir. Casado dió la misma respuesta, ampliando, lo que ya había dicho, con la noticia que, la menor insurrección de la unidad que fuese, la aplastaría, en el acto mismo de producirse, con la más severa dureza. El tono de la réplica de Casado, a quien no conozco, cuadraba bien con las semblanzas que de él me habían hecho diferentes personas, entre ellas Rafael Méndez, que a su regreso de un viaje a Madrid, hizo los más cálidos elogios del jefe de las fuerzas del Centro, reputándole hombre de inteligencia clara y de extraordinario carácter. Mije se resignó a medias con su fracaso, haciendo por su cuenta la convocatoria a los jefes y comisarios. Le esperaba otra decepción. Los reunidos no se le ofrecieron incondicionales y discretamente rechazaron todo compromiso que les obligase. Según la versión que me fué facilitada, los propios militares de filiación comunista asumieron una posición de fría reserva, llegando a declarar que temían las peores consecuencias del nerviosismo de los

soldados a que aludía Mije. El conocimiento de esta noticia, con circulación menos restringida de lo que puede pensarse, hacía concebir esperanzas a todas las fuerzas adversas al predominio de los comunistas. En una breve conversación con Giral, en un entreacto del Liceo, discurriendo sobre su impresión de la Zona Central, me afirmaba el ministro que el espíritu de Madrid había cambiado mucho, al punto que se hacía necesario frenar a las gentes para que no rompiesen descaradamente toda relación con los comunistas y los declarasen enemigos de la República. Esta impresión era general. Me la confirmaban los militares que llegaban del Centro y que al chocar con el ambiente de Cataluña, se inquietaban y protestaban: "Aquí no se puede vivir. Los comunistas le sitian a uno y le persiguen, primero con sus ofertas, después con sus pretensiones. En el Centro las cosas han cambiado, y aun cambiarán mucho más". ¿Tenía Negrín noticia de ese cambio? ¿Se daba cuenta exacta de que la hostilidad anticomunista había pasado de sentimiento difuso a organización secreta?

Esperanzas aleatorias

A su regreso de Zurich, viaje fracasado por no haber concurrido a la cita científica el profesor americano con quien Negrín aspiraba a entrevistarse, vacilo entre comunicar al Presidente o callarme, el juicio que su conducta de gobernante merece a las oposiciones. El informe es, si acaso, de la obligación del subsecretario de la Presidencia, y decido, en definitiva, ahorrarme un mal cuarto de hora. Me conformo, pues, con el despacho burocrático. Papeles y más papeles. Rompiendo el silencio me dice que Cordón le ha dado noticias de la zona enemiga, afligida por una descomposición acelerada. "¿Qué se le ocurre que podríamos hacer?" Le doy mi opinión y la aprueba.

—Se lo diré así al Ministro de Estado, a quien he llamado para que vea de precisar más la noticia. No le ocultaré —continúa— que una de mis grandes esperanzas descansa en la probable descomposición de la retaguardia franquista. Según nuestros informes, de buen origen, ese fenómeno puede llegar a producirse de un momento a otro. ¿Sabe usted que tenemos personas de confianza incrustadas en el Cuartel General de Salamanca?

—No, no lo sabía.

—Pues, sí; las tenemos y de allí llegan las noticias. Otra de mis esperanzas consiste en que llegue a tener éxito alguno de los innumerables atentados que se fraguan contra Mussolini.

—Esa es una esperanza todavía más aleatoria que la anterior.

—No, no lo crea usted. Lo que no se ha conseguido hasta

hoy, puede conseguirse mañana. En tal caso toda la actual política italiana se vendría a tierra.

—No se esfuerce en convencerme. Supongo la continuación, pero le repito que esa esperanza no la encuentro cotizable.

—Quizá tenga usted razón, pero no deja de ser una esperanza.

Me despidió en el jardín. El regreso de Zurich no era nada optimista.

Audaz maniobra del "José Luis Diez"

Las dos esperanzas juntas podían dar poco dinero y el negocio, para quien consiguiese venderlas, sería redondo. La dificultad estaba en descubrir el comprador. Trabajo difícil. Está claro que la fe del Presidente tiene, por el momento, poco fuego. Necesita un estimulante. Al día siguiente, lo recibe. Se trata del "José Luis Diez" —me siento salvado ante el Ministro de la Gobernación— que ha entrado en Gibraltar con dos impactos. Telefoneo a Paulino Gómez la novedad. Me dice que tendrá que pedir perdón al Comandante por haber dudado de su lealtad. El Presidente reclama que se le proporcione el mayor número de detalles de lo sucedido.

El "José Luis Diez" ha hecho un poco de corso en las costas del Norte, deteniendo a los barcos mercantes y pesqueros que encontraba en su ruta, recogiendo a las tripulaciones y echándolos a pique. Fué repostado de combustible en alta mar, para asegurarse el paso del estrecho a la máxima velocidad, por una embarcación auxiliar, capitaneada por un muchacho audaz y valeroso. Su salida de El Havre fué rápidamente registrada por los agentes franquistas y telegrafiada a Salamanca, que ordenó a su marina que taponase el estrecho. El "José Luis Diez" pudo burlar la vigilancia de la entrada, pero fué visto por el "Canarias", que con otros buques menores, le acechaban. Se entabló un combate durísimo. El comandante del "Diez" debió considerar la situación apurada y, sin perder la sangre fría, resolvió embestir al crucero. El "Canarias" se dió cuenta del peligro que le amenazaba y salió del atasco a toda la velocidad de sus máquinas, disparando sus cañones. Una salva dió al destructor, haciéndole varios muertos y algunos heridos. Las víctimas correspondieron a las tripulaciones apresadas. La avería es de consideración y el comandante, en su afán de salvar el buque, ha entrado en Gibraltar. Su mensaje es optimista. Tiene confianza en que, reparada la avería, podrá terminar con bien la empresa.

Entre los marinos, la conducta de Castro se cotiza como extraordinaria. El Presidente le telegrafía una felicitación entusias-

ta y ordena que se cubran las necesidades que el destructor y su tripulación tengan en Gibraltar. El episodio, que no carece de una cierta grandeza, ha sacado a Negrín de su postración. Le apunto el dato de que el comandante no es, según los informes que poseo, extremista de ninguna tendencia. Sus ideas tienen un tono moderado y liberal y su conducta se explica, como en el caso de bastantes militares y marinos, en razón de la promesa de lealtad que hicieron a la bandera de la República.

—Eso le enseñará a usted a no sorprenderse cuando postulo una amnistía para los militares arrepentidos y cuando rechazo enterarme de tanta estúpida denuncia contra la lealtad de determinados colaboradores del general Rojo. A mí me es suficiente con la palabra de honor de un militar, para incorporarle a un puesto de trabajo y fiarme de él, aun cuando no me oponga a que se le vigile discretamente. Dado el carácter que ha adquirido nuestra lucha, estoy persuadido de que son muy abundantes los soldados que están pesarosos de haberse sublevado contra la República. Su concurso todavía podía sernos valioso. Pero, ¿qué quiere? yo no puedo gobernar como deseo. No me dejan. Todo son estorbos, reservas, suspicacias, ¿No lo ve usted mismo?

Lo veo y no lo veo. Nadie como Negrín ha dispuesto tan ampliamente del Poder. Cuando parece a punto de perderlo —y si lo pierde será con carácter definitivo—, se aferra a él con más fuerza. Otra vez la misma pregunta: ¿qué fuerza es ésa? Tiene una palabra mágica para justificarse: España. Afirma frecuentemente que el deseo de no verla mediatizada es lo único que le da ánimos para seguir en el cumplimiento de un deber penoso. Hubiera deseado, con ese tema, hacer un discurso a los socialistas, con motivo del cincuentenario de la fundación del Partido. "Búsqueme los escritos de Pablo Iglesias y tráigamelos. Quiero pensar bien ese discurso y prepararlo con cuidado".

El acto de conmemoración, proyectado a base de Prieto, Largo Caballero, Besteiro y Negrín, se reduce, por la negativa de Besteiro y de Largo Caballero, a un discurso, pronunciado el 29 de agosto, en una sala de Barcelona, por Prieto. La expectación es extraordinaria. Acude el Presidente acompañado de Vayo. Asiste también el ministro de la Gobernación. La acogida que el público hace al orador es calurosísima. Los comentarios al discurso, favorabilísimos. Sin embargo, el discurso ha resultado malo. Supongo que Prieto, como frecuentemente hace, se abandonó a sus condiciones de improvisador, viéndose obligado a utilizar sus recursos de tipo polémico. Copio de mis notas de ese día: "Prieto no ha hecho el discurso que le correspondía y mucho menos el que correspondía a la fecha que el Partido conmemoraba. Ha equivocado, a mi modo de ver, la orientación y el tono.

El discurso, además, puede estorbar su mañana de gobernante. En materia internacional se ha producido con una violencia desgarrada y, en cierta manera, inconveniente. Ha eludido el problema nacional, aduciendo como razón que en ese punto concreto sólo al Gobierno le cumple hablar, correspondiendo a los ciudadanos obedecer. Largo de una punta y corto de la otra... Prieto ha podido, partiendo de sus propias predicciones, y sin haber rozado los problemas de la dirección de la guerra, plantear todo el pasado y enfocar el porvenir, con luz y posición socialistas. Para hacerlo le hubiera sido necesario renunciar a la entonación grandilocuente. Tenía que haberse puesto a informar, dejando los acentos bíblicos para los profetas coléricos, de suerte que el auditorio conociese, siquiera en esquema, lo que en la vida española han representado los primeros cincuenta años de política socialista" A la salida del Poliorama, como coincido con el Presidente, me dice:

—Encargue a Paulino que dé orden a la censura para que deje pasar íntegramente el discurso. Si alguna Embajada se querella, simularemos un correctivo a los periódicos.

Al día siguiente me llama a su despacho para consultarme una nota que está redactada para la Comisión nombrada por el Gobierno inglés a fin de facilitar los canjes. Se trata de suspender la ejecución de todas las penas de muerte que hayan impuesto los Tribunales o que en lo sucesivo impongan por delitos cometidos "un día antes de firmado el pacto" La limitación es de su iniciativa, "ya que lo contrario, me dice, supondría garantizar por adelantado, a todos los enemigos del régimen una actuación sin sobresaltos graves". Terminada la nota, quiere saber lo que opino del discurso de Prieto. Me escucha. Después opina él.

—A mí me ha parecido bien en general, aun cuando discrepo de la tesis de Prieto en la estimación de las dificultades, que él juzga poco menos que invencibles, que habremos de remontar para sacar a España de la postración y ruina económica en que le dejará la guerra. En eso se equivoca, y se equivocan cuantos piensan lo mismo. (Alusión a Azaña). El error de esos amigos consiste en considerar que nuestra reconstrucción se hará con los recursos y los medios que fueron normales al Estado. No toman en cuenta los nuevos medios que la revolución nos ha entregado ni las inmensas posibilidades que el Estado tiene actualmente en sus manos. Deben creer que yo disparato al señalar plazos cortos para un resurgimiento nacional. Olvidan, sin duda, que nadie está en tan excelentes condiciones como yo para evaluar lo que hemos consumido y lo que conservamos en disposición de ser explotado en lo futuro. Normalmente el más afectado por el pesimismo sería yo por haber llevado durante casi dos años la car-

tera de Hacienda; al presente, y por haber desempeñado ese cargo, mi optimismo en la seguridad del mañana es científico. La apelación a la ayuda de América, es en el discurso de Prieto, el trozo más equivocado. Esas ayudas no se invocan públicamente; para que tengan alguna eficacia, se gestionan reservadamente. Tal trabajo lo podía hacer Prieto muy bien aceptando, como le está ofrecida, la embajada de México. Desde ese cargo quizá pudiera conseguir, del capital norteamericano que sabe arriesgarse, la ayuda económica que sentimentalmente solicitaba de las naciones hispanoamericanas, de las que es inútil esperarla, porque la mayoría de ellas se encuentran en difícil situación hacendística.

Pascua, que está de regreso de Moscú, le da cuenta del resultado de su gestión de despedida de los medios soviéticos. La negociación ha resultado bien, pero un poco corta. De seguro que no han jugado papel los elementos sentimentales a los que Prieto, con relación a América, asigna una importancia considerable, con más error que acierto. En materia de estipulaciones internacionales, la aritmética no cuenta versos.

El turno de Checoslovaquia

El mes de septiembre fué pródigo en acontecimientos internacionales. Nuestra contienda pasa a segundo plano, sin queja de nuestra parte, ya que esperamos que el nuevo conflicto que plantea Alemania a las democracias pueda decidir a éstas a adoptar una posición de dura intransigencia. La Liga está reunida en Ginebra y nuestra representación en ella la preside Alvarez del Vayo, al que acompañan don Pablo Azcárate y Jiménez Asua. Las deliberaciones de ese senado internacional, no cuentan. París y Londres están a la espera del discurso que pronunciará Hitler en Nüremberg. ¿Guerra? ¿Paz? Todas las receptoras francesas están a la escucha. El conocimiento del alemán no es indispensable. Por el tono de la arenga y las reacciones del auditorio se tendrá un anticipo, seguramente inequívoco, de lo que cabe esperar en materia de arreglos diplomáticos. El día 12 habla el Führer. La entonación es tajante. Los párrafos no parecen tener conexión entre sí. Son como afirmaciones sueltas, independientes las unas de las otras, a las que el orador da un acento casi angustioso. La fatalidad no habla de otro modo en la tragedia griega. En efecto, no hace falta entender para sentir el ánimo sobrecogido. El coro público, que debe ser inmenso, subraya con sus intervenciones cada fragmento, afirmativo o negativo, del discurso. Al servicio del bien o a la devoción del mal, la fuerza que mueve la palabra de Hitler es inmensa. Inmediatamente de comenzado el acto, nos va llegando la traducción del discurso. Está lleno de alusiones

enconadas a Francia y a Inglaterra. Una afirmación reiterada constantemente: Alemania no abandonará a los Sudetes. Y al final: "No retrocederá jamás ante una voluntad extranjera, ¡os lo juro! ¡Qué Dios venga en mi ayuda!" Como una descarga cerrada, suenan diez vítores alemanes. Y para que el carácter religioso de la oración resulte más patente, un orfeón cierra, con música protestante, el congreso de Nüremberg. Estamos, después de Austria, en el turno de Checoslovaquia. Opinión francesa: "La esperanza de arreglo subsiste". Londres: "Pese a su violencia, el discurso del Führer no excluye la posibilidad de un acuerdo". Moscú: "Hitler ha tenido miedo". Roma: "Todavía es posible negociar". En la región Sudete, el discurso desencadena incidentes violentísimos. Resumen diplomático del embajador español: Francia, indecisión. Londres, contemporización. Moscú, recio. Praga, preocupada. Se ha declarado el estado de guerra en la región Sudete y la consigna del gobierno checoslovaco es "calma y sangre fría". Siguen las colisiones y los muertos. Los puntos máximos que reivindicaban los sudetes han sido anulados. Piden lisa y llanamente su incorporación al Reich. No se conforman con menos. Se teme la guerra interior en Checoslovaquia yendo Alemania en ayuda de sus nacionales. Daladier da "consejos de moderación a los checos". El día 14, el gobierno francés, por nueve votos contra siete, prohibe la exportación de materias primas. Blum, en "Le Populaire", hace esfuerzos dialécticos por detener la guerra. "L'Humanité", órgano central de los comunistas, respondiendo a la posición de Moscú, propugna medidas de violencia contra las pretensiones alemanas. A la noche, la noticia inesperada: Chamberlain ha pedido a Hitler que le reciba y éste le ha contestado que le espera en su casa de campo. Mañana mismo se celebrará la entrevista. Por este solo hecho Hitler puede considerarse vencedor. No hay duda que el viaje del "premier" inglés cuenta con el asentimiento de Francia. El día 16 se sabe, en cierto modo el tono de la entrevista Hitler-Chamberlain. El Führer ha pedido una resolución urgente, a base de la incorporación a Alemania de las zonas ocupadas por los sudetes. La actividad diplomática, subsiguiente a la entrevista, permite creer que Hitler será complacido, sin que Praga pueda hacer gran cosa por oponerse. Sólo tiene un recurso: inmolarse, como España. (En estas condiciones, el presidente se ha presentado en Ginebra, donde su presencia pasa sin pena ni gloria. En la ausencia reaparece en los medios políticos de Cataluña el rumor de la crisis. Es posible que la haya, en efecto; pero no a gusto de quienes la vienen esperando con tanta ansiedad. Conozco, por tabla, el pensamiento de Negrín. Desencantado del equipo ministerial, se propone modificarlo después de la reunión de Cortes, el primero de octubre. Gobernación y

Justicia son carteras a las que afectará la renovación. El presidente no se entiende con Paulino Gómez. La historia de la censura los tenía separados y, por si la discrepancia fuese pequeña, no casan sus opiniones en cuanto al trato que se debe dar a la Generalidad. Por lo que hace a Justicia, cree que es un ministerio que no existe por incompetencia del ministro. También se prevén cambios en el ministerio de Defensa. Desaparecerá, posiblemente, la Secretaría General, escalón burocrático que carece de sentido, y serán substituídos algunos subsecretarios. Vayo discurre utilizarme, a la vista de mi segura cesantía, en uno cualquiera de los puestos vacantes del extranjero) Los barruntos de conflicto armado parecen extinguirse. Daladier y Bonnet van a Londres invitados por el gobierno inglés, para fijar una línea de conducta: la capitulación de Praga. Hitler apremia. No puede esperar. Chamberlain está obligado a llevarle la respuesta en un plazo perentorio. Daladier que se ufanaba de haber sugerido la conveniencia del viaje de Chamberlain no puede negarse ahora a poner término al conflicto, presionando a Praga para que ceda. Rusia no comprende esta capitulación. El día 20 queda consumada la cesión al Reich de las zonas Sudetes. Detalle sorprendente: Praga no ha sido consultada. Se le comunica la decisión de las dos potencias y se le presiona de firme para que acepte. Los clamores populares checos no pueden nada contra la seca dureza de Bonnet. El gobierno checoslovaco ensaya variadas respuestas evasivas. Esfuerzo inane. Bonnet amenaza con violencia. Va más lejos que el propio Führer. Praga acepta. En Ginebra, Litvinov hace un discurso patético: Rusia había notificado a Francia y a Checoslovaquia, dice el orador, su resolución inquebrantable de cumplir sus compromisos. La decepción del diplomático ruso es extraordinaria y sus palabras dejan entender que tendrá repercusiones. (En esa misma sesión Negrín pronunció otro discurso, anunciando que el gobierno de la República adquiría el compromiso de proceder a la retirada de los voluntarios extranjeros, adelantándose a toda negociación internacional. La declaración produce un efecto favorable. "¿Tan fuertes se consideran ustedes?", se interroga a los delegados españoles. La pregunta deja ver el error en que están los diplomáticos, pues suponen que en España hay unidades compactas del ejército ruso). Día 22. El presidente Benes, en una proclama sombría, dice al mundo: "Hemos tenido que aceptar la proposición franco-inglesa porque nos dejaron solos frente a las exigencias nazis". Hay franceses que encuentran cómico ese mensaje desesperado. Otros, más nobles, confiesan su rubor y temen que la concesión acabe siéndole fatal a la propia Francia. Los cuatro —Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier— no han tardado en ponerse de acuerdo para romper Checoslovaquia. Una

parte del sistema defensivo de Francia se ha venido a tierra. Estamos, pues, ante un prólogo... Un prólogo que, para los españoles, es casi epílogo. ¿Qué podemos esperar después de la trágica capitulación de las democracias ante Hitler? A título de respuesta, copio un telegrama, del mismo día 22, que nuestro encargado de negocios en Praga nos pasa con la indicación de muy reservado:

"Servicio de Información: alrededor 20 julio firmado tratado anglo-italiano por Ciano y lord Pert. Italia se compromete a respetar colonias inglesas y canal de Suez. Inglaterra renuncia retirada de voluntarios, no poner dificultades políticas Italia en España y apoya económicamente Italia combatir comunismo en España. Oficial ministerio Guerra italiano afirma haber oficiales ingleses consejeros Franco con conocimiento gobierno inglés. Dice ahora buena ocasión ofensiva nuestra, pues Mussolini no puede enviar tropas a causa cuestión Checoslovaca."

La información, que puede ser falsa, no es, en modo alguno, inverosímil a la vista de cómo se ha desarrollado el problema de Checoslovaquia. Infortunio por infortunio, no se sabe cuál es peor, si el nuestro de españoles, o el de los checoslovacos. Lo que del lado republicano es desesperanza y pesimismo, del de Franco es entusiasmo y seguridad. Todo lo que han sufrido temiendo el desencadenamiento de la guerra en el centro de Europa se lo quitan saludando su victoria inminente. Están ciertos de que en Europa prevalecerá, de ahora en adelante, la voluntad de Hitler. Los acontecimientos les dan plena razón. Negrín regresa de Ginebra con un profundo resentimiento contra los políticos ingleses y franceses. Los considera muy inferiores a su cometido. En la semblanza de Bonnet, ministro de Negocios Exteriores de Francia, se detiene con particular detalle. Esa semblanza, justa o exagerada, circula, como retrato de parecido perfecto, en las cancillerías de París. Bonnet resulta ser el chivo emisario. Todas las invectivas caen, merecida o inmerecidamente, sobre su cabeza.

CAPITULO XLIX

Esfuerzos filosóficos de Prat. — Cuartillas para un discurso parlamentario. — Las Cortes en el Monasterio de San Cigat. — La violenta reacción de Negrín ante unas reservas. — Suspende la sesión para que se reuna el gobierno. — ¿Crisis?— La experiencia parlamentaria de Prieto. — Voto de confianza sin satisfacción. — Cruz Salido. — La visita de Besteiro a Barcelona. — El comunismo de Negrín. — Prieto, embajador extraordinario. — Alvarez del Vayo me busca destino en América.

NOS aproximamos al primero de octubre, fecha en que el Gobierno debe comparecer ante las Cortes, y el Presidente se preocupa de la solemnidad parlamentaria, que se anuncia movida. La propia minoría socialista desearía que Negrín se decidiese a prescindir de Cordón en la subsecretaría del Ejército de Tierra. Se lo comunica así José Prat, y su comunicación es recibida con malos modos. Prat toma, para desenojar al Presidente y decirle, de paso, lo que está en el deber de no callar, el camino humorístico. No adelanta nada. El enfado del Presidente sigue y pasa de las interjecciones irritadas, a los propósitos catastróficos: "¡En esas condiciones no seré yo quien comparezca ante la Cámara! Prefiero presentarme al presidente de la República y entregarle mi dimisión." Prat recurre al kraüsismo y hace, con tenacidad insuperable, esfuerzos conciliadores entre las apetencias de los diputados y las negativas de Negrín. Este tiene una última sacudida violenta.

—No me dejan gobernar y así no estoy dispuesto a seguir. A la menor insinuación malévola, tiro el poder al suelo y que el pueblo se encargue de arreglar la situación. Yo mismo me ofrezco como víctima a su cólera. ¡Que nos arrastre a todos!

Prat, que no esperaba esta acogida, me mira con ojos de angustia, como en solicitud de socorro, y hace un último esfuerzo filosófico que le da la victoria. El Presidente acaba admitiendo el humorismo y recobrando una alegría excesiva. Veremos cómo acaban estas bromas porque, en efecto, la Sesión de Cortes se anuncia movida. Los republicanos están disgustados; lo están,

igualmente, catalanes y vascos, y en el seno de la minoría socialista hay un sector, nada despreciable por su número, que secundaría toda acción encaminada a producir la derrota de Negrín. Abominan de su política, tildándola de comunista. En estas condiciones, el discurso del Presidente necesita ser particularmente cuidado. Tiene que tender a buscar la unidad de criterio que le es indispensable, cosa bastante difícil de conseguir si se recuerda que debe explicar a la Cámara dos modificaciones ministeriales. Me pide que le ayude en ese trabajo. El día 29 le entrego, aproximadamente, la mitad del discurso. Sobre mis cuartillas, que no pasan de ser un índice de su gestión, quitando y poniendo, le resulta más sencillo dar forma a su pensamiento. Su ideación necesita ese estímulo, de la misma manera que sus opiniones, un contraste, razón por la que le interesaba haber conservado a Prieto como colaborador.

—¿No se molestará si modifico y cerceno sus cuartillas?

—En modo alguno. Puede hacer con ellas lo que mejor le acomode. Mi vanidad no entra en juego cuando se trata de estos negocios delicados.

La convocatoria de la Sesión se ha adelantado en una fecha, sin que yo me entere y sin que mi grupo parlamentario se tome la molestia de avisarme. Cuando voy a entregar el final de mis cuartillas, me informan que el jefe de Gobierno ha salido para asistir a la reunión, que se celebra en San Cugat del Vallés. Lo tomo por indicio de que ha madurado por su propia cuenta lo que necesita decir. Celebro mi tardanza. El discurso resultará más personal y tendrá, si prescinde de leerlo, como es seguro, mayor fuerza persuasiva. La tradición del Parlamento español es de oradores y no de lectores. Negrín ha sido sensible, bien que en la intimidad, a su carencia de condiciones oratorias. Medía con exactitud en cuanto esa insuficiencia le disminuía su eficacia de gobernante. En San Cugat, de cara a los diputados, en gran parte hostiles, habla... Se puede certificar, no es un orador. Su discurso, tal como lo recuerdo, tuvo períodos de interés y zonas confusas. Resumen: Por la resistencia, a la victoria. La ecuación no comportaba novedad y los diputados estaban a la espera de los discursos de los jefes de minorías. ¿Qué iban a decir las minorías vasca y catalana? ¿Qué los propios republicanos de izquierda? Dolores Ibarruri adelantó por el grupo comunista, su adhesión incondicional al Gobierno. Sí, resistir es vencer, y los combatientes, los trabajadores, resistirán, con tanta más pasión y entusiasmo si el Gobierno golpea fuerte la cabeza de los traidores, de los enemigos del pueblo. Si hace esto, aquéllo y lo de más allá, conforme a la constante reclamación del Partido Comunista, el proletariado que está en las trincheras y en las fábricas, que solicita un gobierno sin debilidades, resistirá hasta la hora gloriosa de la victoria. No

recuerdo ningún discurso hecho a nombre de la minoría comunista que no añadiese, a la adhesión más "incondicional", las condicionantes más variadas. Discurso socialista: confianza sin reservas. "Nosotros no tenemos nada que pedir al Gobierno, esperamos que él nos pida lo que necesita para vencer, en la seguridad de que se lo concederemos por caro y doloroso que el esfuerzo nos resulte". Los republicanos, por boca de Palomo, votan la confianza y sin disminuirla, celebrarían que el Gobierno tomase en cuenta... El orador atenúa cuanto puede la expresión de las aspiraciones de su minoría y deja bien insistido que el voto de confianza es pleno, absoluto, terminante, quedando a la consideración del Gobierno el recoger o desdeñar las indicaciones que Izquierda Republicana le formula ante el Parlamento. Santoló, por los catalanes, e Irujo, por los vascos, grupos políticos que tienen un fundamento para sentirse heridos por la última crisis que los ha privado de representación en el Gobierno, se ofrecen a votar la confianza y hacen diferentes consideraciones en un tono cordial y mesurado. No se constituyen en oposición. En lo fundamental —esfuerzo para ganar la guerra—, están plenamente al lado del Gobierno; en la manera de conducir ese esfuerzo... Anotación de discrepancias que, por lo que estorban al porvenir, vascos y catalanes esperan que desaparezcan. Inopinadamente, Negrín solicita, antes de contestar, un breve aplazamiento de la sesión. El Gobierno se va a reunir. El tono y el aire de la solicitud ponen a la Cámara en la pista de la crisis. Yo estoy entre los que creen que Negrín va a renunciar. ("Conste —no quiero ocultarle mi pensamiento— que yo no me sumé, ha escrito Prieto, a la interpretación generalmente dada a sus palabras de San Cugat, en las que casi todos vieron el anuncio de una crisis total, sino que las tomé como iniciadoras de un desafío a las Cortes bajo el propósito de gobernar incluso contra la voluntad de éstas". Me inclino a creer que Prieto, contra lo que después ha escrito, creyó en San Cugat que Negrín iba a dimitir, y creyéndolo, acertaba. En efecto, reunió al Gobierno para abrir la crisis total en el supuesto de que las condicionantes que acompañaban la confianza de los republicanos no fuesen retiradas. Lo que más tarde, en una sobremesa eufórica manifestase, no cuenta. Prieto, que conoció esas manifestaciones, las dió crédito, incurriendo en error. El desafío, llevado a rebeldía superaba las fuerzas de Negrín. La mayoría de los ministros le hubiesen presentado la dimisión y en las nuevas condiciones, Azaña, se hubiese visto en la necesidad de desautorizarle. El pensamiento de Prieto es, en ese punto, equivocado. Negrín estaba dispuesto a dimitir. Así me lo indicaron algunos ministros con los que conversé después de la sesión.) Reanudada, el presidente del Gobierno, en términos de violencia inusitada, indica que no acepta una confianza disminuída por tan considerable número de reservas. Más que las

palabras, los ademanes de que las acompaña, las hacen ásperas e inconvenientes. La sorpresa paralizó en los diputados la reacción. Por otra parte, la conciencia de la situación nacional, muy delicada, contiene el deseo de protestar. Yo mismo no dejo de sentirlo. El Parlamento, por muy disminuído que esté en la estimación de Negrín, se merece consideraciones y respetos que el orador no le guarda. Replicando a las objeciones de los catalanes, indica que él no puede ser tomado como un adversario de la autonomía de Cataluña, recordando su negativa a una proposición de los propios catalanes encaminada a suspender la vigencia del Estatuto a cambio de darles una mayor representación en el Gobierno. Declaró que le interesa el funcionamiento del gobierno autónomo, pero sólo en el área de sus facultades. ¿Qué gana el segundo discurso con la entonación hiriente, y a veces despectiva, que deliberadamente le da? Lejos de destruir las reservas, las aumenta, aun cuando al final, por exigencias de las circunstancias, la Cámara le conceda un voto de confianza unánime que, por gusto de los diputados, hubiese sido adverso. Si se dió cuenta de esa ventaja ¿por qué no hacer otro uso de ella? ¿Soberbia? ¿Irritación? Debió ser lo segundo, porque a medida que continúa en su discurso, las maneras cambian y hay períodos que quieren ser persuasivos.

¿Aliados o adversarios?

Prieto, al que estoy próximo, me indica el error de Negrín al pretender que minorías no implicadas en el Gobierno le concedan una confianza incondicional. Esta la puede exigir de los grupos políticos que participan de la responsabilidad de gobernar, empezando por el comunista, que es el que ha hecho más observaciones; pero en modo alguno de los que constituyen de hecho la oposición, disponiendo de una libertad de crítica ilimitada, a la que bien discretamente han renunciado.

—¿Le parece que lo diga así, para ver si encajamos el incidente?

Le contesto afirmativamente, pidiéndole que sea escueto, y al solicitar la palabra se produce una cierta emoción. En otro instante, el discurso de Prieto hubiese tomado derroteros implacables. Hubiese hablado para defender a la Cámara de la agresión que acababa de sufrir. ¿No es la esperanza de que sea así la que provoca la espectación de los diputados? Confieso mi temor a que Prieto, a quien estos lances no le desplacen, se meta, tomando pie de un incidente, o apoyándose en un inciso, en el tema político. Si lo hace, su apoteosis, dada la tensión de la Cámara, es segura. No lo hace; se atiene al propósito que nos ha anunciado y sólo yo me doy cabal cuenta de la violenta renuncia que hace a un impulso que le canta en el pecho: denunciar la duplicidad de juego de

los comunistas. Roza levemente el tema al exponer, con su mayor experiencia parlamentaria, el error en que, por carencia de ella, ha incurrido el presidente. Este interrumpe, agravando la historia con la jactancia, lesiva para las Cortes, de su inexperiencia... Prieto no se olvida, en su intervención, de amparar a Palomo, indicando que antes que él, y sin que a esas reservas se haya referido el jefe del Gobierno, la oradora comunista puso en fila india las usuales críticas demagógicas, llamadas a tener ulteriores desarrollos en periódicos, plenos y conferencias, convocados bajo el rótulo de una unidad cantada en palabras y desmentida en actos. Con sólo esas indicaciones, moderadísimas en Prieto, la ovación fué redonda. ¿La valoró Negrín? Mucho más seguro es que la despreciase. Sin gran afecto por la institución parlamentaria, sus componentes le resultaban, tomados en un conjunto, poco acreedores a la estimación, por mejor dotados para la intriga que para el heroísmo. Este sentimiento, difícilmente represado, había de manifestarlo, ya en París, en una reunión con la Diputación Permanente de las Cortes "¡Cobardes!", exclamó, "¡Cobardes!" En San Cugat, lo pensaba. Después de la intervención de Prieto, Negrín hizo un esfuerzo por rectificar su error y la confianza fué votada. A desgana, sin gusto, por obligación. Negrín y el Parlamento se reconocían enemigos. Uno o dos días después de su precaria victoria, Negrín, en un sobremesa femenina, comentando, la sesión de Cortes afirmaba que hubiera llegado hasta la rebeldía antes de aceptar una limitación en sus poderes. Conversación de puerta de tierra, que diría Giral, como en el caso del bombardeo de los puertos italianos, o como podría decir yo mismo recordando la destitución de Rivas Cherif, el propósito de encerrarlo y su exaltación a un puesto de más brillo, aun cuando de menos divisas, en la carrera diplomática. Las sobremesas de Negrín no siempre son rabelesianas.

En posesión de la franquía parlamentaria, Negrín no se decidió, conforme a sus planes, a modificar el Gobierno. Ni siquiera se cuidó de la transformación del Ministerio de Defensa. Tenía suficiente preocupación con el problema puramente militar y, por añadidura, con el tema de la retirada de voluntarios. Durante este período me mantuve bastante distanciado del presidente, acudiendo a su despacho cuando me reclama o cuando se presenta en la Secretaría General algún tema difícil. Este alejamiento deliberado, que enfrió las relaciones personales, se reputó por los amigos del presidente como la consecuencia del influjo que ejerce sobre mí Cruz Salido, al que su especialización en un particular género periodístico, le ha granjeado una amplia fama de hombre esquinado, tortuoso y agrio, justamente lo contrario de lo que es en realidad. Cuando le pedí su colaboración, no podía sospechar, lo declaro paladinamente, los beneficios que ella me iba a reportar al

margen de los servicios administrativos. Acaparaba él, en razón de su fama, todas las reacciones malévolas que mis resoluciones personales determinaban. De todo, y por todo, él era el culpable y yo, por bondad y amistad, la víctima. Un día me explicaron, casi por el mismo procedimiento que si se tratase de una ecuación, cómo mi amigo y colaborador era un resentido que a mí mismo no podía perdonarme el haber sido ¡ministro! Mis carcajadas dejaron al explicador bastante corrido. Ninguna apetencia más extraña a mi camarada... y a mí. ¿Ministro? Semejante ambición está fuera de su apetencia vital. Al recibir yo esa encomienda no pensé ni un instante en su utilización, convencido de que no podía ofrecerle nada que le encandilase, y constándome que donde le marcase trabajo lo desarrollaría con una pasión, un fervor y una inteligencia nada comunes. Tenía en la mano, para no envidiarme, para compadecerme, aquello que yo abandonaba provisionalmente: una pluma, la misma con que había escrito, él, andaluz, la única página que se tiene tiesa sobre la destrucción de Guernica... Su influencia sobre mí, que no puedo negar, termina allá donde comienza la mía sobre él, que no se influye sin ser, a la vez, influído. Pero esa influencia no tiene, ni en mi caso ni en el suyo, límites concretos y así, mi apartamiento de la Residencia Presidencial no es la consecuencia de un consejo ajeno tercamente reiterado, sino producto de un acto de mi voluntad... Estaba a la espera de la disolución de la Secretaría General, rueda inútil, según confidencias de París y esto, unido a mi personal insatisfacción, me aconsejaron establecer una distancia. El momento era propicio, porque los frentes tenían una calma relativa. Yo también deseaba volver al periodismo. Me ilusionaba la idea de regresar a Madrid y tomar de nuevo la dirección de "El Socialista". Su prolongación, el de Barcelona, no era el mío.

Las cosas, sin embargo, se iban a presentar de muy diferente manera a como las deseaba. Besteiro, que en negociador de asuntos de la capital, hizo un viaje a Barcelona, pagó la cuota de sus declaraciones al senador Elliot. Respondiendo a una orden, los diarios comunistas le recibieron con una andanada de adjetivos violentos. La censura, entre cuyas misiones estaba la de evitar todo motivo de polémica, dejó libre cauce a las invectivas de los denostadores de nuestro camarada. "El Socialista" reaccionó con un artículo —autor Cruz Salido— que la censura, interponiéndose en la polémica, tachó íntegramente. Besteiro, por lo visto, no era acreedor a defensa alguna. La semblanza que le habían hecho los periódicos comunistas era justa y no consentía rectificación. Albar se querelló ante el Ministro de la Gobernación del veto de la censura y Paulino Gómez, tocado en lo más vivo de su afecto por Besteiro, autorizó personalmente la inserción de la réplica a los comunistas que no era, ni mucho menos, meliflua. Tenía filo, con-

trafilo y punta. A pesar de todo, la acogida hecha a Besteiro, resultó fea. Su conducta durante toda la guerra, merecía respeto. Cuando menos respeto. Y no se le guardó. No llegaba a Barcelona para conspirar, sino para interesarse por la situación de Madrid que, en vísperas de un nuevo invierno, amenazaba hacerse insostenible. La retaguardia estaba desnutrida y sólo por un fenómeno inexplicable, se mantenía en pie. Recuerdo la impresión que me produjo un dictamen médico sobre la penuria colectiva de los madrileños en punto a alimentación. Los madrileños, exactamente igual que los convalecientes de una dolencia penosa, tenían media voz. Las madres con niños en período de lactancia, los alimentaban de su propia substancia vital, llegando a estados de decaimiento rayanos en la inanición. Besteiro traía esas preocupaciones y se vió tratado como un vulgar intrigante que trataba de acampar en el Poder. Renunció a ver a Azaña, para eliminar todo motivo de comentarios, limitándose a celebrar una reunión con la Comisión Ejecutiva de su Partido, ante la que ratificó sus puntos de vista sobre la guerra, y a hacer una visita a Negrín. Sentí quedarme sin conocer el curso de esta conferencia. Besteiro no es hombre para sacrificar su pensamiento a la cortesía. Esta tiene, además de exigencias, límites. Algo semejante le sucede a Negrín, a menos que menospreciando a su interlocutor, se desentienda de su argumentación y de sus puntos de vista, con un silencio, apostillado de fórmulas corteses, desdeñoso, olímpico.

Negrín parece comunizado

Uno de los camaradas que había hecho el viaje desde Madrid acompañando a Besteiro, indicó, no sé bien con qué exactitud, que la entrevista, seca desde el primer momento, había sido aprovechada por don Julián para significar al Presidente que su política, de inspiración y resultados comunistas, era una pura catástrofe. Besteiro es muy capaz de haberlo dicho así; pero me inclino a creer que esta versión se fundaba en el conocimiento del juicio que Negrín merecía a don Julián: —"Es un agente de Moscú"; habría afirmado hacía meses. Personalmente, y sin que mezcle a la polémica, para no necesitar apoyar mi criterio, no creo que la acusación sea exacta. Todas las apariencias militan en favor de la tesis de Besteiro, compartida después por tantas personas, pero sin dejar de reconocer esa verdad secundaria, niego la mayor. ¿Servía a los comunistas o se hacía servir por ellos? ¿Eran ellos leales para con Negrín? ¿Lo era Negrín para con ellos?

—Si alguna organización me da lo que le pido, esa es la comunista. Siempre está en condiciones de apechar con las partes más ásperas de la contienda.

Negrín terminó descansando en ellos. Eran la línea de menor

resistencia para sus planes, planes que dudo mucho que debiesen nada al Consejo Soviético. Para mí está claro que, en el ejercicio del Poder, Negrín había sufrido una radical transformación, como si desde él hubiese venido a descubrir el valor de su personalidad, antes ignorado. Tenía confianza en sí mismo. Sus juicios sobre política internacional, inusitados por absolutos, los emitía como definitivos. En varias ocasiones le oí alabar el talento de Mussolini, por oposición a Hitler, a quien reputaba inferior. Sobre Stalin no recuerdo que opinase, al menos en mi presencia. En las democracias no descubría hombres de capacidad. Tengo para mí que se reputaba por encima de la mayoría de ellos. Al final de una cena oficial, después de despedir a los invitados, extranjeros muy notorios, Negrín nos informó de su pasada cobardía para exponer su pensamiento, reputándolo sin valor y sin interés.

—Después de mi paso por el gobierno he adquirido una seguridad que antes no tenía, quizá porque he comprobado que el pensamiento de los demás, es inferior al mío. Me acuerdo ahora de unas meditaciones de tipo científico, anteriores a la relatividad de Einstein, que todavía hoy, cuando vuelvo sobre ellas, reconozco que no tienen nada de despreciables. En mi propia técnica, la timidez me ha impedido más de una vez comunicar hallazgos propios que, más tarde, han cimentado la fama de otros colegas míos.

No se bien por qué, pero de cuanto le he oído, lo que más extrañamente me sonó al oído es una declaración en la que se concedía el título de "hombre de acción". Otra persona de su amistad, sin que nos pusiéramos de acuerdo, encontró igualmente chocante la pretensión. La suma de estos pequeños datos, susceptibles de aumento, me dieron la noción de que la personalidad íntima de Negrín había cambiado radicalmente. Tenía fe, no en la razón de nuestra causa, menos en la fortaleza de nuestro ejército... Tenía fe en sí mismo, no en los demás. Se considera con fuerzas propias, a despecho de las dificultades, para sacar a la República del atasco en la que otros la habían metido. Para cumplir esa proeza sólo exigía una cosa: que le dejasen gobernar. Su queja constante, iracunda casi siempre, consistía en afirmar que no le dejaban gobernar ¿Quién o quiénes? No conseguí precisarlo. Era una queja vaga, inconcreta, que alcanzaba, por igual, el Presidente de la República y a los socialistas, a los ministros y a los anarquistas, a la Generalidad y a los republicanos... Entre todos, incluyéndome yo, estábamos matando a Meco. Pero la verdad es que no ha habido gobernante, cierto que las circunstancias eran extraordinarias y dramáticas, que haya dispuesto de mayores facilidades. Prieto, a quien no le resultó hacedero enviarle a México, accedió a hacer sus maletas y trasladarse a Chile, como embajador extraordinario para asistir a la toma de posesión del primer ma-

gistrado chileno, señor Aguirre Cerda. El Presidente de la República se quedaba, bien que no le iba a hacer falta, sin su picador de reserva.

La buena acogida que Prieto reservó a la indicación de Vayo, animó sin duda a éste para hacer otra, más modesta, a un inseparable amigo mío, Fermín Mendieta. Se trataba del Consulado General de Chile, con la promesa de un rápido ascenso a embajador, cosa que no podía hacerse sobre la marcha, en razón de los servicios que a la elección del señor Aguirre Cerda había prestado Rodrigo Soriano, titular de la embajada de Chile, que en lo administrativo había sido reducida a Legación. Como mi amigo se negase, se le brindó con el Consulado General de la Habana. Este segundo ofrecimiento, también renunciado por él, le llevó a dimitir el puesto que desempeñaba, pensando en facilitar de ese modo su sustitución en el mismo. De su carta al Presidente, nos interesa el siguiente párrafo: "Días atrás, después de dos conversaciones con él, pase una carta al señor ministro de Estado participándole mi negativa formal a aceptar una encomienda consular en Valparaíso o en la Habana. Quizá con buen propósito, pero en todo caso con error, en el ministerio de Estado, según lo he ido sabiendo por los conductos más inesperados, se ha asociado mi nombre a las misiones más inverosímiles. Aquí donde son tantos los que pugnan patrióticamente por servir al país en puestos extranjeros, no le puede hacer gracia a ninguna persona seria, que no haya recusado servir en España, que le confunden, al cabo de dos años y medio, con un ocasional diplomático, amigo de la tranquilidad y de la peseta-oro". Ni el Presidente, ni el ministro de Estado, desistieron de enviar a mi inseparable amigo al extranjero. Se tomaron un respiro.

CAPITULO L

Los rebeldes preparan su ofensiva. — ¡Otro Toro! ¡Otro Toro! —Sin material y con historias. — Un dictamen de Tomás Bilbao. — Comienzo de la ofensiva. — Franco nos hace un suelo y un cielo de fuego. — Nuestra ofensiva en Extremadura. — Hacia la catástrofe. — El general Asensio se resiste a ir a los Estados Unidos. — Todavía la Embajada de México.

LA ofensiva que preparaban los facciosos para sacudirse la hipoteca que les habíamos impuesto en el Ebro, no debía reclamar, a juicio del alto mando rebelde, secreto ni necesitar misterio. Poco faltó para que adelantasen en sus periódicos las direcciones de ataque y los recursos, en hombres y en material, que iban a meter en juego. No se que nadie haya tratado al adversario con mayor menosprecio. La publicidad dada a la ofensiva era, por sí sola, intimidante. Después de la victoria del Ebro, nuestras campañas habían fracasado de modo lamentable. Los soldados de las últimas movilizaciones daban un rendimiento muy escaso, por no decir nulo. La vida en las trincheras, habiendo dejado a la espalda un hogar, sobre cuyo bienestar económico no podían hacerse la menor ilusión, les producía náuseas y siempre que había ocasión, desertaban, para ir a ocultarse en la retaguardia. Tenían, para justificarse, el espejo de los innumerables "movilizados en su puesto". Los motivos de irritación eran muchos y de carácter permanente. El optimismo que llamaremos oficial se complacía en ignorar esa verdad palpable. Se alimentaba con las fórmulas de la propaganda. La más reciente, que nos fué ofrecida como hija de las propias trincheras, con paternidad de los soldados, llegó, con un dibujo, a las columnas de LA VANGUARDIA. Un combatiente republicano, haciendo portavoz de las manos, gritaba al enemigo, aludiendo a su proyectada ofensiva: "¡Otro toro! ¡Otro toro!" Al verle los cuernos debieron ser bastantes los que se asustaron. El toro era toro y el torero no era torero. Le faltaba, para serlo, el estoque. Estaba, justamente, de camino. Traía viaje largo y dificultoso. Venía, como todos nuestros estoques, de Rusia. En cambio los cuernos, sin ánimo de jugar el equívoco, llegaban a Salamanca de Italia y de Alemania. ¿Hasta qué punto era exacta la impaciencia de los combatientes por ver comenzar la ofensiva rebelde? No lo se. Lo

que me destemplaba los nervios era advertir cómo especulaban con aquella impaciencia, falsa o exacta, los que tenían el deber de conocer que el peligro, además de cierto, era grave. Todos nuestros servicios habían venido registrando la recepción por los rebeldes de un copioso y modernísimo material de guerra. El que nosotros esperábamos no acababa de llegar... Inopinadamente, cuando todo parecía resuelto, se producían los retrasos más sorprendentes. Los enredos diplomáticos y los aritméticos contrariaban de continuo todos los planes. Cada vez que Víctor Salazar llegaba a Barcelona, y sus visitas en este tiempo fueron reiteradísimas, presumíamos, sin equivocarnos casi nunca, la aparición de un nuevo escollo. ¡Qué historias! ¡Qué embrollos! Salazar se las llevaba al Presidente. Este le dictaba la línea de conducta, que no podía ser más que una: transigir, contemporizar, dejar la contabilidad para lo último, y Salazar se incorporaba, tascando el freno, a su puesto, para no tardar en volver con nuevos enojos registrados taquigráficamente. Argumentaba con su edad para reclamar un puesto en el frente, dejando a otro el cuidado de seguir con la difícil comisión de confianza para que había sido elegido por Negrín. Añoraba los días de la toma de Teruel en que, como director general de carabineros dió a las tropas de su mando ejemplo de arrojo, llevándolas él personalmente a la conquista de una posición difícil. Prefería los riesgos de la campaña a la desesperación de unos trabajos a los que no conseguía ver el fin. El déficit de material se intentó liquidar con un "slogan": las armas valen bien poco cuando no están manejadas por hombres entusiastas. ¿Y si no se produjese la anunciada ofensiva? Han pasado muchas semanas desde que se anunció. Franco la preparaba con calma: nos lo fiaba largo...

Cómo ve a Casado, Tomás Bilbao

Tomás Bilbao, ministro sin cartera, había tenido ocasión de ir y volver, en visita de información, a Madrid. Vió comenzar la guerra en la capital, la abandonó para ir a cumplir sus deberes en Bilbao y volvía a Madrid con legítima curiosidad. El presidente le había hecho una recomendación: "No deje de visitar a Casado". El jefe militar del centro había ganado en la esfera oficial una reputación insuperable. Constituía, por así decirlo, un descubrimiento. Muy dotado intelectualmente, su obra de disciplina sobre las unidades a sus órdenes era alabada. Su retrato moral se completaba con la declaración, apoyada en diversas anécdotas, de su austeridad. Se racionaba como el último soldado y trabajaba como el primero. El ministro visitó al militar. Su juicio se apartó bastante del que la estereotipia gubernamental había puesto en circulación. Redactó un informe que entregó al presidente. El corolario representaba un aviso: "Es necesario prestar mayor

atención a Madrid". ¿No habría visto visiones el ministro? Madrid era pieza firme: de su seguridad respondía Casado. Este se censuraba en su papel de militar. ¿En qué fundaba Bilbao su desasosiego? Quizá ni él mismo estaba en condiciones de responder con claridad a esa pregunta. Las reacciones instintivas tienen difícil explicación. El ministro la experimentó muy precisa al hacer el conocimiento de Casado y al servicio de lo puramente instintivo puso la inteligencia. Obtuvo un resultado concreto: la noción de que en la capital podía llegar a cristalizar, para fines idénticos o distintos, una autoridad que no era la del gobierno, y de aquí la advertencia final de su informe: Preocupémonos más de Madrid. El consejo debió resultar un tanto extravagante. No era en la capital donde Franco se disponía a descargar el golpe. Iba a asestarlo en Cataluña, buscando cerrar definitivamente la frontera francesa, de suerte que, sin comunicación exterior, la resistencia de la República se agotase ella sola. Cataluña absorbía las preocupaciones. Había que colocarla en condiciones de vencer de la ofensiva en preparación. Conseguido esto, se podría pensar más despacio en las necesidades de Madrid. Tomás Bilbao no se decidió a llevar más lejos sus indicaciones. Admitía la posibilidad de un alto margen de error en sus observaciones. Y, sin embargo, tanto como la entrevista con Casado, le inquietó la conversación con Besteiro. Se acercó a él con una emoción respetuosa, que se fué atenuando, hasta desaparecer, en el transcurso de la entrevista. Las opiniones de don Julián parecieron al ministro agrias, creyendo notar que estaban determinadas por un despecho crónico. La guerra era una resultante fatal de la acumulación de los errores que él había venido combatiendo tenazmente. La sola encomienda que él había aceptado, el viaje a Londres, no fué de ninguna utilidad porque nadie se cuidó de pedirle cuenta de sus trabajos, estorbados concienzudamente por Azcarate, desde su puesto de Embajador. El estado de conciencia de Besteiro pareció peligroso a don Tomás Bilbao, no sólo por la autoridad moral que aquel ejercía sobre Madrid, sino por la posibilidad de que Casado viniese a coincidir, cosa relativamente fácil, con la manera de juzgar de la guerra que tenía don Judián. ¿Consecuencias? El ministro no se resolvió a concretar ninguna sospecha. Redactó su informe, en el que registró sus observaciones y avisó la conveniencia, a despecho de todas las alternativas de la campaña militar de establecer una fuerte vinculación ministerial con Madrid.

La verdad es que el presidente tenía suficientes preocupaciones graves para detenerse a considerar despacio la información de su colaborador. El material anhelado no acababa de llegar y los síntomas, anotados de conformidad por todos los observato-

rios, daban como inminente la apertura de las operaciones rebeldes. Internacionalmente, las gestiones encaminadas a conseguir una suspensión de hostilidades que favoreciese el rápido licenciamiento de los voluntarios extranjeros, fracasaron. El cardenal Verdier suscribió un telegrama pidiendo "la tregua de Navidad". En la conferencia panamericana de Lima, los delegados cubanos y chilenos trabajaron en idéntico sentido. Ninguna de esas voces alcanzó a tener éxito. Con motivo de la sustitución del embajador francés, en el acto de presentación de las cartas credenciales de M. Jules Henry, el presidente de la República leyó un discurso que era una apelación a la ayuda de las democracias... Salamanca no tenía otro pensamiento que el de la victoria y estaba segura de obtenerla, con relativa facilidad, una vez puestos en marcha sus planes militares contra Cataluña. Toda petición de tregua y armisticio, cualesquiera que fuesen los conductos por los que se formulase, suponiéndola inspirada por Barcelona, la recibía como testimonio de debilidad y le ratificaba el entusiasmo.

Ofensiva franquista sobre Cataluña

El día 23 de diciembre dió comienzo la ofensiva. Los ataques comenzaron entre Lérida y Fraga, por un lado, y Balaguer y Tremp, del otro. La reciedumbre de la acometida no nos causó sorpresa. Conocíamos con bastante exactitud la acumulación de material hecha por el adversario para dudar de la dureza de sus golpes. Sólo en el Antiguo Testamento, y ello por concesión expresa del Señor, la piedra del hondero abate al gigante. Nuestros soldados no pueden resistir la acometida. Necesitan ceder el terreno a la aviación y a la artillería. La infantería llega después, cuando prácticamente, no existe combate. La desigualdad de medios es trágica. En diez días el adversario hace un recorrido abrumador Buscando distraerle se ordena a Casado que opere sobre Brunete. Fracasa. Su operación no alcanza a tener la menor importancia. Se da la misma orden a Extremadura y la acción de nuestras tropas resulta eficaz, recuperándose algunas plazas que se habían perdido anteriormente. Se consigue poner en movimiento el frente de Granada, con pequeños éxitos parciales. Ninguna de estas ofensivas, emprendidas sin ambición y con recursos limitados, rinde los efectos esperados. Franco no modifica sus planes con respecto a Cataluña y deja que en cada frente amagado por nuestros ataques, las fuerzas que los guarnecen se encarguen de defenderlos. Si quedase alguna duda sobre sus propósitos, esa conducta del generalísimo la disiparía. Quiere hacerse con Barcelona Está resuelto a entrar en posesión del trozo de frontera francesa

que comunica a la República con Europa. Empuja con violencia a sus soldados hacia el objetivo. No les consiente descansar. Quiere, a toda costa, evitar que le suceda lo que en Madrid. Un nuevo tropiezo del mismo tipo intuye que le sería fatal. Sus órdenes son tajantes y severas. Cada jornada, a pesar de la dureza del tiempo, tiene para él un valor militar que nuestros partes, por evitar la desmoralización, ocultan. El tren de ataque es angustioso. El suelo y el cielo son de fuego. Artilleros y aviadores cambian la estructura del terreno. Nuestras piezas y nuestros aparatos pueden muy poco. Su inferioridad numérica es trágica. Como frecuentemente nos ha sucedido en el curso de la guerra, a la hora de la batalla el material que debíamos meter en ella está en camino. ¡Y qué camino! El adversario lo tiene en plena explotación, al servicio de su infantería que no necesita desarrollar, como la nuestra, el potencial heroico La ola del fuego se acerca, cada día unos kilómetros a la capital. La verdad que nuestros comunicados ocultan, la traslucen los títulos de los diarios más entusiastas: "Cataluña será una muralla de acero frente al invasor". "Frente Rojo" pide que se movilicen las energías humanas y sobrehumanas. Está claro que sin una situación crítica tan dura movilización no sería reclamada. Perdemos terreno. No acaba de llegar el material. Franco continúa apremiando a sus hombres para que avancen sin cansancio. No les da tregua ni respiro. Propia, o ajena, su concepción del momento es la de un soldado de cuerpo entero. Con índice imperativo señala los hitos de la victoria. Sus colaboradores le obedecen a ciegas. En la lucha se han disuelto todas las diferencias. Yagüe está en el camino de Tarragona, a medio destruir y semievacuada. Moscardó, en el Segre, dueño de Artesa. Solchaga lleva los batallones navarros, flanqueados de la brigada "Littorio", a la que Lister infligirá duro quebranto frente a Igualada. Franco rodea Montblanch. Todas las columnas tienen una movilidad admirable. Un pensamiento seguro manda la batalla entera. Intérprete de ese pensamiento, el generalísimo ordena con fuerza y es obedecido a cierraojos. Las victorias son constantes. Nuestras tropas no pueden oponerse al avance. Se pliegan, retroceden. Hacen pie donde encuentran terreno propicio, pero su resistencia resulta efímera. La rompen artilleros y aviadores, implacables en su trabajo, en ocasiones simultáneo. Cedida la posición, los soldados republicanos vuelven por ella y es frecuente que la recuperen para sufrir, esta vez más enconado, el ataque de los aviadores contra los que son impotentes. Del parte del 7 de enero, copio el párrafo que se refiere al frente del Este: "En el sector de Cubells, los soldados españoles resisten heroicamente continuados y costosísimos ataques de las fuerzas al servicio de la invasión. El Vértice de Masbell fué tres veces ocupado por el enemigo y otras tantas,

recuperado en inmediatos y briosos contraataques, capturándose prisioneros y recogiéndose, junto con material de guerra, una gran bandera monárquica que el enemigo había colocado en dicha posición. En los sectores de Vinaixa y Viloxell, la lucha es violentísima, conteniendo nuestras tropas a los invasores, que sufren enorme número de bajas, a pesar del apoyo de toda clase de medios materiales". Recuperaciones y contenciones que, constituyen aisladamente proezas altísimas, conseguidas con el sacrificio de muchas vidas, no representaban, en el conjunto de la situación, ninguna ventaja apreciable. Nuestros partes destacaban el detalle, la empresa voluntariosa y corajuda de un batallón o de una compañía, para no confesar la pérdida de un pueblo importante. Nótese la diferencia, juzgando por el mismo parte, cuando éste alude a nuestras operaciones en Extremadura: "Continúa victoriosamente el avance de los soldados españoles que, durante la jornada de hoy, han cruzado el río Zujar, conquistando el pueblo de Peraloda de Zaucejo y prosiguen su progresión hacia Monterrubio de la Serena. En la margen derecha del río, se ha conquistado el pueblo de Cuenca, situado en las proximidades de Granja de Torrehermosa. También han sido brillantemente conquistados por nuestras fuerzas Vértice la Grana, Loma Navalagrulla, cota 690, casa de la Saladilla, Espartillo, Casa de la Membrillera, Sierra Navarra, Sierra Majano, Cerro Mizón, Sierra del Toro, Cerro Majano, Cerro Gordo, Sierra de las Cuevas, Castillo del Ducado, Sierra de Ducado, cotas 686, 599 y 541, Cerro de El Enrriadero, Vértices Caleras y el pueblo de Fuenteovejuna. El avance continúa a la hora de redactar este parte, habiendo rechazado fácilmente nuestras tropas algunos contraataques enemigos. La extensión del territorio invadido conquistado por las fuerzas españolas en estas tres jornadas, excede de los seiscientos kilómetros cuadrados, siendo extraordinaria la cantidad de prisioneros y material de todas clases recogido, a cuya clasificación se procede, entre el que figuran dos importantes polvorines con municiones de todas clases". Aquí no hay detalles. Están embebidos en el cuadro de conjunto, plenamente optimistas. Se citan los pueblos conquistados y no los sectores en que se pelea. En el frente del Este, en cambio, sólo podíamos referirnos al heroísmo desarrollado por nuestras tropas en una posición, en una cota, en un pueblecillo. El conjunto nos era adverso. El adversario afirmó, a los diez días de dar comienzo a sus ataques, que había liberado dos mil kilómetros cuadrados de tierra, capturando 20.000 prisioneros. Las cifras debían estar deliberadamente exageradas, a efectos de la propaganda, pero comportaban una verdad innegable: la eficacia de un esfuerzo que proseguía victorioso. Los soldados de Franco no podían sentir el cansancio. No hay soldado que lo sienta cuando sus jefes le

conducen a la victoria. Los nuestros, en cambio, se iban quedando sin aliento. El hombre había dado de sí cuanto humanamente podía. Era igual que otro hombre cualquiera, italiano o marroquí, pero inferior, como pieza de combate, a un avión o a una masa de fuego de artillería. Cedía, no ante los hombres, a la mecánica, al potencial bélico que manejaban los soldados que tenía enfrente. ¡Qué inmensa y terrible desproporción! Son varios los militares extranjeros que han escrito ampliamente sobre las lecciones de la guerra de España, desdeñando, quizá por ser sobradamente conocida, la más evidente de todas ellas: la inutilidad del heroísmo como elemento de victoria cuando se carece del material adecuado para administrarlo. El heroísmo no es monopolio de un ejército determinado. Si no aludo concretamente a los soldados de Franco, no es ciertamente porque careciesen de él, sino porque, en la ofensiva de Barcelona, como antes en la del Norte, no necesitaron poner en juego su exaltación. La abundancia de material les economizaba, salvo en episodios aislados, los trances de desesperación, momentos en que florece el heroísmo. (La ratificación en este punto de vista pudo verla el lector en la invasión de Polonia por los alemanes. El heroísmo polaco, entrenado por Pilsudski para la guerra, no pudo contra la terrible máquina alemana, estudiada para una guerra-relámpago). Ruedas de ese mecanismo brutal, completadas por los donativos del ejército italiano, eran las que actuaban en Cataluña. Con heroísmos humanos no había posibilidad de detenerlas. Necesitábamos material y no teníamos. Estaba en viaje. ¿Llegaría con tiempo para ser utilizado? Víctor Salazar, nuestro único punto de referencia, creía que sí. Todo el complicado aparato de transitarios, transportistas, ferroviarios, receptores, etc., etc., estaban a punto para hacer, por primera vez, un trabajo velocísimo. Todo ello era exacto, pero ¿consentirían los acontecimientos, dada la velocidad a que se desarrollaban, una espera de quince días?

¡Ni material, ni ejército, ni soldados!...

¿Tan angustiosa reputa la situación? ¿Es qué no vamos a ser capaces de prolongar la defensa de Cataluña. dos, tres meses?

¿Qué menos que tres meses, en efecto, debía costar a los rebeldes la toma de Cataluña? Se especulaba con la resistencia de Barcelona. La ciudad, en concepto de los más, estaba bien preparada para repetir el gesto de Madrid. Conclusión: el material esperado llegaría a tiempo para sernos útil. Leyendo los partes secretos, el optimismo de esa conclusión se extinguía. La resistencia de nuestras unidades, agotadas, desmoralizadas, desnutridas de combatientes, disminuía considerablemente. Los ata-

ques del adversario, en cambio, aumentaban de intensidad. Hacía avanzar audazmente a sus vanguardias, con evidente menosprecio de las reglas militares. Persuadido de su rotunda superioridad, dejaba sin garantía los flancos y metía todo lo lejos que podía la cuña de sus primeras tropas, que no tardaban muchas horas en abrirse como un abanico, tomando posesión de todo el terreno afectado por la operación. Todo en cosa de horas. Las directrices del mando republicano no tienen aplicación. La lucha, por nuestra parte, se ha hecho inorgánica. Vivimos atenidos a la reacción, heroica o cobarde, de cada unidad. El lenguaje deviene figurado. Un cuerpo de ejército: ¿qué es un cuerpo de ejército? ¿Son mil hombres, cien mil, cuarenta? Nadie lo sabe. ¿Qué es una línea de resistencia? ¿Qué es una fortificación? Las definiciones clásicas nos enseñan lo que debieran ser; pero de ningún modo lo que son en la actualidad. La deserción de combatientes es alarmante. Se ha perdido la moral. Estamos ante el mismo fenómeno de Oropesa y Talavera, con dos años de diferencia. La diferencia de tiempo tiene en este caso un valor decisivo. Son distintos los hombres; es otro el panorama. El soldado de hoy no es el miliciano de ayer. Aquél pasaba, en el transcurso de un día, por los estados de ánimo más contradictorios: huía de un encuentro para volver sobre sus pasos con una violencia inaudita. Dejaba Talavera, al anuncio de que se aproximaban los regulares, y cerrando los dientes, a la desesperada, les prohibía el paso del Manzanares. El soldado de ahora tiene psicolgía muy diferente. Si algo desea, es volver indemne a su hogar y reintegrarse a su pasado apacible. Le mandan y obedece. Irá donde sus jefes le conduzcan: a la victoria o a la muerte. Sabe que no puede dejar de obedecer. Pero en el momento que observa una relajación en los mandos, una caída de la disciplina, una confusión que agarrota y pone fuera de función los resortes coactivos, la atracción de su casa le impulsa a desertar. Considera que todo está perdido, y busca salvarse del peligro de hoy y del castigo de mañana. La relajación se ha producido, y las deserciones, que se multiplican, hacen inexistentes las unidades. Son puras referencias administrativas, sin corporeidad alguna en el frente. En remedio de esa realidad dolorosa, difícilmente corregible, se llega a decretar la movilización general. Es un recurso al que ignoro el partido que le podremos sacar. Se concentran masas de hombres que se vé bien que no van a servir de nada. Su única pasión es pacífica. La literatura patriótica que les sirven los diarios no ha suscitado en ellos ninguna virtud heroica. Son menestrales que añoran la comodidad perdida. El hombre subyugado por la voz de los capitanes clásicos del anarquismo hace tiempo que cubrió su puesto, y no con menos riesgo por habérselo seña-

lado en la retaguardia. Está al pie de los hornos de las centrales eléctricas, constantemente bombardeadas por la aviación, o en los tinglados del puerto, expuesto a saltar en pedazos... La movilización general no promete ser remedio a nuestros males. Ni siquiera el material que esperamos, sobre el que todavía no se tienen noticias concretas. Una vez más la situación se ha hecho trágica. La ocultación metódica que de ella hacen los partes oficiales que damos a la prensa no sirven de gran cosa, porque Barcelona presencia todos los días la entrada de los campesinos que vienen a pedirle refugio. La matrícula de los carros, cargados con el ajuar humilde, corrige la omisión de los partes, indicando con exactitud por dónde anda la guerra. El espectáculo, con la fácil observación que lo acompañaba, no tenía nada de reconfortante. Suscitaba ideas pesimistas. En mí despertaba la secreción de todos los humores negros. Con el payés delante de los ojos, se me ponían de pie en la conciencia los aldeanos de Vizcaya que había visto en Bilbao, puente de Isabel II arriba, encaminarse, al aire las raíces que les habían fijado en el caserío de sus abuelos, en busca de tierras más clementes, donde la aviación no redujese a cenizas el suelo sagrado de su infancia. Flaquezas sentimentales, tontas caídas del ánimo; pero no sé quién será lo bastante fuerte para escapar a ellas cuando tropieza con la mirada angustiosa de una criatura humana a la que el horror le ha dejado sin norte en la vida. Desde lo alto de las estrellas, ese género de espectáculos, si por acaso se ven, no suscitan la menor reacción. Son un detalle sin importancia, indigno, por su humildad, de registro. Otro es el sentimiento cuando la cercanía permite ver en el fugitivo de su vida el tachón que la desgracia le ha hecho en la frente.

En los primeros días de la segunda quincena de enero los soldados de Franco se sitúan frente a nuestra última línea de resistencia, que se apoya principalmente en el Montserrat. En el centro está Igualada, y a continuación el valle del Llobregat. En Tarragona suben, por Vendrell, hacia Villafranca. Barcelona está en vísperas de quedar cercada. El presidente, a quien visito, no da mayores muestras de preocupación. Está sereno. Confía en que llegue pronto el material que se espera.

—Siempre he avisado que conoceríamos momentos difíciles. No me he hecho nunca ilusiones en cuanto a la facilidad de la victoria. Pero de igual manera le afirmo, hoy que no encontrará usted muy razonable mi afirmación, que creo en ella con la misma fe que el día que pasamos el Ebro.

Mi visita estaba determinada por dos encargos. El general Asensio me había visto para indicarme que se le había nombrado agregado militar en la Embajada de Wáshington, y que en las

circunstancias porque atravesábamos, le parecía bochornoso aceptar, ni por razones de obediencia, el cargo. Creía que podía tener una utilización inmediata en el frente, y se ofrecía a encargarse del mando de una compañía. Estaban en juego su amor propio, como hombre y su pundonor, como soldado. Me pidió que intercediese cerca del presidente para que se modificase su nombramiento. Un encargo parecido me había dado Fermín Mendieta, nombrado embajador en México, y al que su colega en España había notificado oficialmente la concesión del placet del Gobierno mexicano, al que tampoco hacía gracia abandonar Barcelona. Su designación de embajador fué hecha al mismo tiempo que la de Pi y Suñer para Moscú. Expuse al presidente las objeciones del general Asensio, y después de oírlas, decretó:

—Necesito que se incorpore a su nuevo puesto lo más rápidamente posible. Es allí donde le necesitamos y donde puede prestarnos grandes servicios. El mismo se convencerá.

Cosa similar contestó en cuanto al segundo caso consultado. Informé a los interesados. El general Asensio obedeció la orden Mi amigo se rebeló. Puso una carta al presidente. La reproduzco: "Sin literatura y sin jactancia: quiero continuar aquí. Le dije en algún momento que yo permanecería a su lado, y me considero obligado a repetírselo. México puede esperar a que hayamos fortalecido nuestra posición interior. Ha estado mucho tiempo sin embajador efectivo, para que lo necesite de la noche a la mañana. Déjeme seguir aquí, y precisamente en este puesto. Confío en que lo decida así." Así quedó decidido, para pesadumbre de Alvarez del Vayo, que había de lamentarse con posterioridad:

—¡Los disgustos que nos hubiésemos evitado de haber enviado a México a Mendieta!

CAPITULO LI

La orden de evacuar Barcelona. — Máxima discreción. — ¿Se ha cumplido la orden? — Una salida precipitada. — El general Hernández Saravia está resuelto a defender la plaza. — Ilusiones de una noche. — El entusiasmo de Sabio. — Camino de Figueras. — Gerona. — El relevo de Hernández Saravia. — Designación del general Brandaris. — El abandono de Barcelona. — Figueras.

EL día 23 de enero, a las diez de la mañana, me llama el Presidente a su residencia. Me recibe sin dejar de escribir. Cuando acaba, firma y me entrega el papel. Es una orden para mí. Dice: "Señor Secretario General: Convoque a los Subsecretarios, al Intendente General y al Director de Sanidad y comuníqueles en mi nombre que es preciso proceder al traslado del aparato administrativo fuera de Barcelona, empezando, a ser posible, hoy mismo. Provisionalmente pueden ir a dependencias que tengan fuera de Barcelona, en la provincia de Gerona o en sus inmediaciones, Crims, centros de sanidad, organismos de Armamento, etc. Se recomienda la máxima reserva. Aquí sólo debe quedar el personal necesario para los asuntos del día. No se trata de un traslado del Gobierno sino de poner en sitio seguro todo el aparato de Gobierno". La orden se me antoja enmarañada y pido aclaraciones.

—¿Se trata de hacer la instalación de las dependencias oficiales fuera de Barcelona, conservando en la ciudad un equipo de guardia?

—Por lo pronto, conviene que los archivos y la documentación salgan inmediatamente, y con ellos, el personal. En lo que hace a nuestro Ministerio, será suficiente con que queden dos o tres personas en los teléfonos, para lo que debe ordenar que los centralicen todos en un solo edificio. Esas personas nos comunicarán lo que merezca la pena de conocerse.

—Entendido. Unicamente quiero hacerle notar que será difícil mantener la reserva que pide. El traslado se sabrá en razón del considerable número de personas que intervendrá en él.

Convoqué a las autoridades del Ministerio en la Secretaría, incluyendo al Comisario General, y les dí conocimiento de la orden,

aclarándoles el pensamiento del Presidente. Algunos archivos, como el de la Subsecretaría de Tierra, contenían verdaderas montañas de expedientes, producto legítimo del heroísmo de la burocracia castrense, cuyo desplazamiento exigía el concurso de un material de transporte del que no disponíamos. Cordón me preguntó si estaba facultado para hacer una hoguera con el papel inútil. Le contesté afirmativamente. La autorización se extendía a cuantos subsecretarios se encontrasen en su caso. El esfuerzo del traslado debía limitarse a los archivos que se considerasen indispensables para proseguir, sin excesiva solución de continuidad, el trabajo. Trifón Gómez nos informó de la situación que tenía creada. La existencia de productos alimenticios era más abundante que nunca. Resultaba imposible pensar en retirarlos de Barcelona, habiéndose hecho a ese respecto cuanto se podía; pero, en cambio, cabía hacer un reparto popular extraordinario, aumentando considerablemente el tipo de las raciones. La generosidad de ellas podía ser tan alta como se desease, contribuyéndose de esa manera a fortalecer la moral del vecindario. Una sola cosa exigía el Intendente General: que se le proporcionasen una docena de camiones para situar las mercancías en los lugares de distribución. Dí orden a la Jefatura de Transportes, pero la orden no fué cumplida. Un camión el día 23 de enero tenía un precio exorbitante. Toda la administración estaba de mudanza y los vehículos resultaban insuficientes. En la Jefatura de Transportes afirmaban no disponer de uno solo. Hasta mi mesa llegaban los ecos del tráfago administrativo.

Situación apremiante

Mediado el día, nueva llamada del Presidente.

—¿Se ha cumplimentado mi orden?

—Se está en ello, señor Presidente; pero veo imposible que antes de un par de días quede todo listo.

—¿Dos días? Es necesario que el traslado se haga hoy mismo. Inmediatamente. Lo que no sea necesario, se puede quemar. El Estado Mayor no responde de nada... Esta noche no debe quedar en la ciudad ninguna persona del Gobierno.

—¿Tan apremiante es la situación?

—Según el informe de Rojo, apremiantísima. Y es necesario que yo sepa que todo el mundo ha salido para que me decida a salir; de otra manera, me quedo.

—Voy a indicarselo así a los subsecretarios para que tomen sus medidas y aceleren los trabajos.

Segunda reunión con los subsecretarios. Notificación de las nuevas instrucciones. Tercer llamado del Presidente. Está reunido con el Gobierno y me manda pasar.

—He informado al Gobierno de la situación militar y al objeto

de que cada ministro pueda disponer del material de transporte que necesite, les ha recomendado que por los subsecretarios le hagan conocer sus necesidades, para que usted ordene a la Jefatura de Transportes lo conveniente.

El encargo me produce sorpresa, pero no hago la menor observación. Si los ministros esperan que Transportes Militares les facilite algún vehículo, harán mejor pegando fuego a sus departamentos. Ganarán tiempo. El único camión que he pedido para la Secretaría General no me ha sido facilitado. Sin la ayuda de Concheso, jefe del Parque de Gobernación, hubiésemos tenido que arrimar una cerilla a los archivos. El primer subsecretario que me señaló sus necesidades fué el de ¡Comunicaciones! Necesitaba una buena cantidad de vehículos. Le informé de que yo sólo precisaba uno y no lo había podido conseguir, argumento que le decidió a no perder minuto en rogarme. Los funcionarios de la Secretaría trabajaron en la selección de nuestros papeles y en su empaquetamiento. Conforme a lo ordenado, debían salir aquella misma noche, para instalarse, sobre la marcha, en el Castillo de Figueras. Un funcionario pidió permiso para quedarse en Barcelona. Se lo concedí y recordé a sus colegas, con ese motivo, que quien lo deseara estaba autorizado a quedarse. Nadie se acogió a la franquicia. A las doce de la noche, me daban cuenta de que iniciaban el viaje.

En nuestra casa había una pequeña reunión. Estábamos, además de los habituales, el teniente coronel Sabio que figuraba, ignoro con exactitud en qué condiciones, en la plana mayor del general-jefe del Grupo de Ejércitos, Hernández Saravia, que había trasladado su cuartel general a Barcelona, con el designio de defender la plaza. Para el teniente coronel Sabio, la defensa de Barcelona no constituía una obra imposible ni temeraria. Era un problema militar que requería, en primer lugar, decisión.

—El general está magníficamente dispuesto. Su traslado a Barcelona obedece exclusivamente al deseo de tentar la empresa. Necesita, únicamente, que se le proporcionen algunos medios, no muchos, y disponer de un grupo de hombres que le secunden activamente. —Dirigiéndose a mí añadió: Nos harían falta las campañas de "El Socialista"; ¿se acuerda?

—Encantado de reanudarlas. Dígale al general que yo estoy a su devoción y que desde mañana mismo me encargo de "La Vanguardia" si me considera útil.

Dentro de la negrura del día, Sabio consiguió comunicarnos su entusiasmo. Citaba como una ventaja notoria sobre la situación de Madrid cuando lo evacuó el gobierno de Largo Caballero: Barcelona dispone de víveres para mucho tiempo.

Otra ventaja, ésta menos tangible: el material esperado había llegado a puerto y su descarga se llevaba a marchas forzadas.

Hay que conservar Barcelona

Las consecuencias morales de la resistencia de Barcelona podían ser incalculables. La capital de Cataluña, ella sola, era todo el Mediterráneo español. Orgullo y conveniencia, de acuerdo, aconsejaban extremar la resistencia de la ciudad. Este acontecimiento reduciría las proporciones de la victoria de Franco, que de otro modo actuaría con fuerza incontestable sobre las dos zonas españolas y, por añadidura, repicaría en el extranjero. Había, pues, que pegar la espalda a las casas de Barcelona y ponerse a defenderla violentamente. Era la única forma segura de hacer algo valioso. El dictamen militar que nos traía Sabio era alentador. ¿Qué hacía falta? Faltaba... Al anochecer había hecho una visita al domicilio de mi Partido. El ánimo de mis camaradas estaba replegado. Silenciosos, cada uno de ellos rumiaba pensamientos sombríos. Carecían de esperanza. Reputaban perdida la ciudad. Me impuse el deber de sacarlos de sus meditaciones, bromeando. El local, mal iluminado, contribuía al aislamiento de cada uno. Mi conversación les puso en comunicación y mis observaciones, de humorismo político, acabaron por regocijarles. Reaccionaron y presumo que, al dejarles, siguieron todavía media hora en el comentario de mi extraña conducta, lejos, por consiguiente, de sus soliloquios angustiosos. Eso mismo que yo había hecho con mis camaradas es lo que hacía falta que se hiciera con la ciudad entera: Sacudirla de arriba abajo, buscando una reacción colectiva que le consintiese superar su postración. ¿Por dónde andaban los especialistas en psicología de las muchedumbres? ¿Para cuándo guardaban su ciencia tan vanamente alabada? El problema de la defensa de Barcelona era, antes que militar, moral. Se necesitaba contar con la voluntad de resistencia del vecindario. Asegurada esa cooperación, los esfuerzos de los militares rendirían una utilidad extraordinaria. ¿Por qué no poner en juego los temas catalanistas, tan frecuentemente vueltos, con razón o sin ella, contra el Gobierno? ¿Qué hacía, tan silencioso, el tambor del Bruch? ¿Por qué no tocaba a generala ahora que era tiempo? Dijérase que deliberadamente renunciábamos a la posesión de Barcelona, convencidos de la inanidad de todo esfuerzo por defenderla. La única prueba de lo contrario era la resolución del general Hernández Saravia, que nos era conocida por Sabio. Este se despidió de nosotros, ilusionado con la idea de haber influído en varias voluntades más. Se disponía a seguir empadronando nuevos ánimos para llevárselos al general. Uno de los presentes a la reunión recordó que la orden que habíamos recibido era tajante y necesitábamos acatarla. Debíamos abandonar la ciudad durante la noche, aun cuando al siguiente día volviéramos a ella. Personalmente anuncié el propósito de quedarme. En mi resolución no intervenía para nada el heroísmo; era

una simple cuestión de comodidad. Correr la carretera de noche, sin dormir, no era programa que me sedujese. La situación no me parecía tan crítica como para pensar en salir a uña de caballo. Sabio había quedado en avisarme por teléfono si se producía alguna novedad inesperada. Me quedé con la protesta de mis amigos, que decidieron cumplir la orden recibida. Al día siguiente sentí miedo. Miedo de tanto silencio. No sé oía, a pesar de la hora, la menor manifestación de vida. El soldado de asalto hacía su guardia en la puerta. No había otra novedad que el sorprendente colapso sobrevenido al barrio. Resueltamente, decidí marcharme. Antes llamé a todos los teléfonos conocidos donde yo calculaba que podía contestarme alguna persona. Nadie. Estaba claro, las autoridades se habían superado en el cumplimiento de la orden de evacuación. Continuaba en su puesto el Inspector General de los Guardias de Asalto. No tenía novedad que darme. La ciudad estaba perfectamente en calma. Paré, al paso, en el Crim de Mountaner. No estaba el jefe. Los oficiales me preguntaron qué debían hacer. Tenían la impresión de que se habían olvidado de ellos. Les aconsejé que no se impacientasen.

—Existe la resolución de defender la plaza y está en ella el general Hernández Saravia. Si se presenta la necesidad de evacuarla, la orden será dada para conocimiento de todos. De nuestra conducta va a depender el que haya que dar esa orden. Por peores momentos pasó Madrid.

Se quedaron un poco más tranquilos. El que no lo estaba era yo. El aspecto de la ciudad no me gustaba. No pasaba, en efecto, nada; pero la interpretación del ambiente me llevaba a creer que la autoridad estaba relajada. Las mujeres, en las colas, gritaban fuerte. Los guardias permanecían inhibidos, recostados en las paredes, calentándose al sol. Pasaban camionetas cargadas con las cosas más inverosímiles y raras, que las mujeres se volvían a mirar con ojos indiferentes. En Madrid hubiese sabido con exactitud cuál era la reacción popular. En Barcelona eso me era imposible. El idioma me lo prohibía. Tenía que deducirla por observaciones visuales, sobre las que actuaba mi propio estado de ánimo temeroso. Llegué a suponer que la ciudad se avenía bien con nuestra derrota, calculando que era el término de la guerra, el final de las agresiones aéreas y quizá, en esto se equivocaba, la vuelta de la normalidad soñada, la reincorporación a un pasado fácil y venturoso en su mediocridad, sin heroísmos forzados. Seguramente calumniaba con el pensamiento a Barcelona, pero confío que me sirvan de disculpa mi turbación y la ignorancia de sus registros morales más profundos. La ciudad había pasado por pruebas muy rudas para que rechazase las insinuaciones nostálgicas de los días tranquilos. ¿Cuál sería su comentario al conocer la evacuación del Gobierno? Mis

tanteos mentales se detenían en un punto muerto: Barcelona no se defendería. Salía de ella para no volver. Las nuevas etapas de la guerra, pocas o muchas, no tendrían nada que ver con la ciudad que abandonaba... La visión de Gerona me confirmó en mi pesimismo. ¿Qué otra forma que aquella asumen las derrotas? El Estado, en su forma más miserable, estaba derrumbado por calles y plazas. Archivos, mesas, sillas, y en el mismo grado de abandono, ministros, subsecretarios, jefes de administración y la masa anónima, en grupos, de los burócratas, a los que lo precipitado del viaje, la velada y el frío de la noche habían derrotado toda compostura. Problemas obsesivos en todos: comer, lavarse, dormir... ¿Dónde hacer esas tres cosas primarias? El sagrado respeto a la minuta, al expediente, a la carpeta de antecedentes se alejaba en derrota. El funcionario había depuesto sus escrúpulos de custodio del Estado y admitía como natural el desorden y la publicación de sus secretos tesoros de papel escrito. Pretendiendo alguna orientación busqué a los ministros. El primero a quien descubrí, don Tomás Bilbao, me desengañó de mis pretensiones con el relato de las aventuras ministeriales. La parte más desagradable de ellas consistía en que se les había indicado un hotel de Gerona para instalarse provisionalmente, afirmándoseles que las habitaciones les estaban reservadas; cuando llegaron al hotel se encontraron con la sorpresa de que, para entregarles la habitación, hubo que desalojar a los que la ocupaban, recibiéndoseles, con las consiguientes protestas y miradas oblicuas, y con las ropas de la cama tibias, que los administradores del establecimiento no estimaron que valía la pena vestirlas de nuevo.

—¿Sabe usted algo del Presidente? —inquirí.

—Absolutamente nada. Me han dicho que está en Camprodon.

—En ese caso, renuncio a verle y sigo para Figueras, con propósito de instalarme allí.

Cómo se perdieron las posibilidades para Barcelona

El Castillo de Figueras conservaba todavía, cuando yo llegué, su aspecto perezoso y aburrido de los días normales. No había comenzado en él el tráfago extraordinario, desordenado y demencial que se le venía encima. Recio de construcción, amplísimo, toleraba perfectamente en su interior la instalación del menguado aparato estatal. En el edificio principal de la plaza de armas, el gobernador del castillo, un viejecito somnoliento, con traza de hidalgo, friolero, las manos en la pelliza, fué indicándome las habitaciones en que podíamos establecer la secretaría. Aceptada la propuesta, hubo que desalojar a las familias de los militares que vivían allí, quienes nos hicieron conocer su despe-

cho llevándose la instalación eléctrica. En lo que quedaba de tarde, la Secretaría General comenzó a funcionar. Simultáneamente a los taquígrafos, el equipo gastronómico, mandado por Antonio, se aplicó a sacar el mejor partido posible de la cocina. Entraron en función l·s escobas, los cubos de agua, el esparto... Así y todo, costó esfuerzo expulsar de la nueva casa el pesado olor que hacía ingrata la estancia en ella. Al día siguiente comenzó la penetración tumultuosa de otros funcionarios: la subsecretaría de Tierra, la presidencia del Consejo, el ministerio de Hacienda, retazos del de Estado... La plaza de armas cobró una animación excesiva. El general Asensio vino a despedirse y me dejó unas palabras confortadoras.

—Nada, general. Esto que tenemos ante los ojos es la derrota.

—No sea pesimista. Confíe en que se vencerá este mal momento.

Me resultaba imposible modificar, ante un estado tan caótico como el que constantemente tenía ante los ojos, la angustiosa sensación de aplastamiento irremediable. Todo el prestigio del Gobierno, única fuente de confianza, estaba, como su aparato administrativo, roto, desconectado y escarnecido. El adversario no nos daba tiempo para superar la crisis. Nos venía a los alcances, no con sus fusiles, sino con algo cien veces peor: con la fuerza de su victoria. ¿Barcelona? Quedó tomada el día 26. Toda una historia increíble. El general Hernández Saravia fué relevado de su puesto. Se designó gobernador militar de la plaza al general Brandaris, que lo era de Menorca. No llegó a tomar posesión de su nuevo cargo. Hernández Saravia recibió el inesperado relevo como una ofensa a su honor militar. No pronunció una queja. Se ciñó, los ojos llenos de lágrimas, al deber de obediencia. No acertaba a comprender quién, ni por qué, le asestaba el golpe. Fué terriblemente certero. Anticipó el desenlace. Piénsese.. La autoridad del general se anula en el momento mismo en que necesita entrar en juego la defensa de la plaza, que la asume, primero, el teniente coronel Romero y, después, el coronel Jesús Velasco. Una responsabilidad tan pesada no es admisible que vaya, siempre provisionalmente, de unas en otras manos. Si esa misma incongruencia se hubiese cometido en Madrid, la capital no contaría como plaza inexpugnable. Imagino el comentario de los dos militares que recibieron, por razón de jerarquía, la apretada encomienda: "¡Qué paquete!". Sí, en efecto; temible responsabilidad para recibida inopinadamente. El general Hernández Saravia, cualquiera que sea el grado de capacidad que le atribuyan sus colegas —y nunca será tan menguado como el que servía para discernir la de Miaja— se llevó, al evacuar Barcelona, todas las posibilidades, pocas o muchas, de defensa. ¿De quién fué la fatal

ocurrencia de su destitución? De quien quiera que fuese, está claro que no tendrá en su haber la abnegación republicana de Hernández Saravia. El detalle de esa confrontación importa poco. Importaba —con trascendencia quizá definitiva— apurar, por encima del dolor, hasta el último minuto, la defensa de la capital de Cataluña. En vez de esto, le fué librada al enemigo en las condiciones más liberales que podía apetecer. ¿Por qué? ¿Por quién? No se ha hecho información ni expediente que lo esclarezca.

Consecuencias diplomáticas

Para quien atraído por ese misterio se proponga trabajar en él, le brindo el dato, rigurosamente exacto, del asombro con que el gobierno francés recibió la noticia del "abandono" de Barcelona.

—No, señor embajador; lo que solicita no es fácil de conceder. El gobierno ha cambiado impresiones y estima que después del abandono de Bárcelona no hay nada que esperar de la guerra de España.

De las facilidades generosas, más generosas que nunca, se pasó, en las esferas oficiales francesas, a las negativas, diplomáticas, pero terminantes. Nuestro embajador puede certificar lo que la pérdida de Barcelona representó como dificultad para todos nuestros trabajos y esperanzas. Dos días más tarde, en un pánico colectivo, perdíamos moralmente Gerona. Las etapas de la derrota se precipitaban. Una alarma, de las muy frecuentes en aquellas jornadas, puso en nervioso movimiento a la población flotante acumulada en Gerona. Guardia de asalto, funcionarios, refugiados, se pusieron a marchar, carretera adelante, con ánimo de llegar a Figueras. Buscaban, instintivamente, la protección de la autoridad. Querían ampararse bajo una ilusión cualquiera, por mezquina que ella fuese. Sólo una alcanzaban a descubrir: la de la frontera.

Figueras —meta de los fugitivos de Gerona— era un inmenso campamento cívico-militar, que resultaba impracticable no sólo para los vehículos sino, también, para las personas. El propio castillo comenzaba a hacerse angostoso. Una humanidad doliente lo invadía todo. Los servicios sociales intentaban resolver el problema a tanta criatura desamparada. La Intendencia general, que disponía de víveres, montó varios comedores colectivos. Se transformaron las salas públicas, los cafés, los círculos políticos, y cuantos locales lo consentían, en dormitorios. Peor que la promiscuidad era el frío de la noche. Quienes no conseguían plaza en los improvisados albergues se refugiaban en las escaleras y los portales de las casas. Así y todo eran muchos los que se tenían que apretar a las paredes, arropados hasta la cabeza con mantas militares. Cada día resultaba más difícil soportar aquel

espectáculo, que cambiaba cada veinticuatro horas. En tan corto período de tiempo se notaba ennegrecer el barniz de la miseria, más acentuado en las mujeres y en los niños. Habían renunciado a todo, menos a lo primario animal: comer, dormir. Acobardada por la desgracia, la masa desvalida no se atrevía a tener iniciativa. Esperaba una voz que la condujese a alguna parte. Quería que alguien, no importa quién, pechase con la responsabilidad de llevarla a tierra de promisión Era difícil defenderse de tanta mirada suplicante, de tanto rostro desconocido que pedía, sin palabras, mucho menos de lo que le habíamos quitado, con acciones u omisiones, los jugadores de la política; pedía clemencia... Se echaban a un lado para no estorbar, se callaban sus quejas para no entristecer, se guardaban sus angustias para hilarlas a solas... Nunca me he sentido tan terriblemente acusado. Ya en mi oficina del Castillo descargaba la tensión en unas cóleras despectivas contra los que me pedían, a pesar de su uniforme más exhibido que honrado, un resguardo para su vida preciosa, en forma de autorización para pasar la frontera. Por toda consolación intelectual sólo disponía de dos libros: "El sermón sobre la muerte", seguido de la "Meditación sobre la brevedad de la vida", de Bossuet; y las cartas de amor de Sor Mariana Alcaforado, la monjita portuguesa, a Chamilly. A Negrín le interesó Bossuet. Se lo negué. El libro me servía para hacer ejercicios de serenidad.

CAPITULO LII

Ante la derrota. — Reuniones ministeriales en el Castillo. — ¿Negociaciones folletinescas a base de un impostor? — El fatalismo del Estado Mayor Central. — Una crisis sentimental de Negrín. — La visita de los diputados. — Carlos Rubiera. — Las Cortes en el Castillo. — En marcha hacia la frontera. — Francia, tierra de promisión.

EL espectáculo de la masa de fugitivos, y el del Gobierno, era la estampa de la derrota. Mal que bien, las dependencias habían acabado por instalarse. El Estado Mayor central había buscado acomodo en La Agullana, dando motivo, por su proximidad a la frontera, a las críticas más aviesas. La subsecretaría de Aviación, en Cabanellas; Armamento, en Besalú; Marina, en Rosas; Tierra, en el Castillo; la Dirección General de Seguridad, en Figueras; la subsecretaría de la Presidencia, en el Castillo. Los ministros llevaban una vida dispersa, en grupos de afinidades selectivas. Cuatro de ellos vivían en Figueras, en una casa, a juzgar por los detalles, sospechosa de haber albergado un templo en que Marte y Venus reñían combates voluptuosos. El Presidente había fijado su residencia en la masía del Torero, último nombre de una casa de campo situada entre La Agullana y La Vajol. El Presidente de la República había sido instalado, entre una magnífica colección de cuadros de Vicente López, en el Castillo de Peralada. Su estado de conciencia resultaba fácil de imaginar.

Las apariciones de Negrín en el Castillo eran intermitentes. Sus reuniones con los ministros comenzó celebrándolas en la Secretaría General. A la primera acudieron Companys y Aguirre. Este se mostraba particularmente animoso. Fiaba en que la política de resistencia reportase sorpresas agradables. Presumo que sus esperanzas estaban referidas a posibles cambios de la política internacional, como consecuencia de las pretensiones de Hitler. Companys, a quien oí discurrir, no ocultaba su desesperanza en cuanto a la suerte de Cataluña. Se inclinaba a darlo todo por perdido, en razón de nuestra debilidad militar y del crecimiento moral del adversario. La propia topografía había dejado de sernos favorable. Las dos opiniones respondían lógicamente a

la posición de ambos hombres. Lo que me produjo cierta sorpresa fué encontrar a Giral, a quien creía influído por el pesimismo cósmico de Azaña, en la misma línea animosa de Aguirre. Confiaba, no en la victoria, sí en que la situación tuviese un remedio relativamente satisfactorio. El Presidente afectaba un optimismo que, en aquellas condiciones, resultaba desaforado y humorístico. Estaba un poco al margen de la realidad, deduciéndolo de sus encargos. Pedía, como si la cosa fuese fácilmente hacedera, la instalación de una central telefónica automática. En todo el Castillo disponíamos de dos o tres teléfonos. En torno a uno de ellos, en la Subsecretaría de Tierra, permanecían los ministros horas y horas. Cuando querían desentumecerse se daban los grandes paseos por la plaza de armas. Todo lo tenían hablado y comentado. Coincidían en la misma irritación por la conducta, para ellos inexplicable, del Presidente. Este, juzgando por mis noticias, buscaba por los caminos internacionales una solución al conflicto que teníamos planteado. ¿Estaba en relación con alguna personalidad monárquica? ¿Llevaba bajo mano una negociación de tipo casi folletinesco? Me inclino a creer que la personalidad monárquica que había llegado a Figueras, y que le había sido confiada sigilosamente a José Prat, es la misma que, a efecto de sus gestiones, se presentó a nuestros embajadores de París y Londres con una carta, sobremanera expresiva, de puño y letra de Negrín. En nuestras embajadas no le dieron el mismo crédito que el Presidente, quizá porque los informes sobre la personalidad monárquica a que aludo justificasen toda clase de reservas. ¿Un impostor audaz? ¿Un nuevo Avinareta? El marqués de Cañada Hermosa no dió más señal pública de su ingenio que una carta, divulgada por dos o tres diarios de París, que no debieron de tardar en arrepentirse de su ingenuidad. Los capítulos de esta historia los llevó el Presidente con el más absoluto sigilo. La carta a que me refiero, hizo de epílogo.

Alternando con las actividades diplomáticas, Negrín se iba a visitar los frentes, con el doble propósito de apreciar por sí mismo la situación y de animar a los soldados, Los dictámenes que le daba Rojo debían ser terriblemente pesimistas. Para creerlo así tenía, además de la marcha de las operaciones, un indicio inequívoco en los juicios que Cordón emitía sobre Rojo. Dentro de una cierta corrección militar, la crítica era durísima, de tipo casi feroz. Sobre el plano le oí diseñar una operación que, sin excesivas exigencias, podía consentirnos, a su juicio, éxitos parciales que situarían al adversario en una posición comprometida.

—Todo menos el encogimiento de hombros fatalista en que se ha refugiado el Estado Mayor. Si lo que desea es acabar, que lo proclame así.

El prestigio de Rojo había resistido demasiado tiempo. Lenguas, como piquetas de duras, se aprestaban a demolerlo. Algunos de los juicios que entonces oí, los he visto impresos después. "En su día la crítica razonada —copio del general Gamir Ulibarri—, con datos a la vista, de que carecemos, seguramente emitirá juicio acertado. Pero sí podemos lanzar el aserto de que la pérdida de Cataluña se decidió en el Ebro, al consumirse en la operación las mejores y únicas reservas, sin contar el desgaste del material muy escaso de por sí, por lo que, si puede aplaudirse como hecho táctico, fué realmente de catástrofe estratégica". El autor de ese juicio insinúa que la operación del Ebro fué el resultado de una imposición de orden político. Si Rojo era, entre sus colegas, un concitador de situaciones fatales, Negrín ganaba fama, en las tertulias de funcionarios del patio de armas del Castillo, de único responsable de la tragedia. Ese tole-tole levantaba espuma de indignación. Se lo advertí a Prat; lo avisé a los ministros. El ambiente se iba haciendo cada vez más irrespirable. Un incidente cualquiera podía ser causa de trastornos serios. El gobierno tenía que tener una política y trazarse un plan para realizarla. No podía seguir la vacación ministerial. Era obligado plantarse ante los hechos y de acuerdo con su gravedad, decidir la conducta. "Me parece necesario —opiné— que el Presidente, o por autorización de éste el general jefe del Estado Mayor, les diga lo que se puede esperar y lo que no se puede esperar. Queda la zona centro-sur, único emplazamiento decoroso para proseguir las negociaciones que existan. Madrid sigue siendo la capital de España." Los ministros con quienes hablé asintieron a mis palabras, que interpretaban su propio pensamiento. Faltaba, para que lo pudiesen expresar, un solo detalle: la presencia de Negrín. Este trabajaba por su cuenta, obseso por dos ideas: evitar que la derrota de Cataluña degenerase en catástrofe humana y conservar la resistencia como único medio de lograr una paz que no supusiera el aniquilamiento implacable de los vencidos. Sólo a este fin conservaba la máscara de la resistencia a todo evento. Sabía que tenía sobre sus hombres el peso trágico de la derrota y hacía esfuerzos para que no se le notase el cansancio ni la desesperación. Una tarde se presentó en el Castillo fatigado, casi jadeante. Preguntó si teníamos algo que darle de comer. Se sentó a la mesa y se dejó abatir por una crisis de melancolía. Se le empañaron los ojos.

Por sacarle de aquel estado, me puse a encomiarle la comida, propia de una mesa particularmente cuidada, como procedente de la inagotable generosidad de nuestro proveedor parisino. No me escuchaba. Un poco repuesto, exclamó:

—¡Y pensar que su amigo Mendieta podía estar camino de México, a cubierto de estas angustias! Nunca se lo agradeceré

bastante, y le confieso que es uno de esos rasgos que no esperaba. ¡Es tan difícil el arte de renunciar!

—Recuerde usted que le hizo promesa de permanecer en el puesto que le asignara hasta el último momento. El tema, después de todo, no tiene importancia. Creo que debe pensar usted en reunirse con los ministros lo más rápidamente posible y darles una información militar y diplomática.

—Para eso, justamente, he venido; pero estoy tan cansado que no se si podré hacerlo.

—Inténtelo, que vale la pena.

Se fué al despacho de la Subsecretaría de Tierra, donde le esperaban los ministros. Tardaron en reunirse. Advertidos de su cansancio, más que visible, aceptaron que reposara algún tiempo. Reunidos, el examen de la situación fué rápido. Militarmente se trataba de proseguir la retirada; ganando el mayor plazo posible con el menor sacrificio de soldados y de material. Internacionalmente, las gestiones estaban encaminadas a evitar una derrota que facultase a Franco para erizar España de cadalsos. A tal efecto, Negrín había llamado al embajador francés y al encargado de Negocios de Inglaterra, notificándoles que el gobierno español agradecería los buenos oficios de sus gobiernos respectivos para evitar la prosecución de la guerra dejando a salvo la independencia de España. Este, y el deseo de evitar las represalías, eran los únicos móviles de la resistencia y con una garantía de Francia y de Inglaterra, que descartase toda influencia de alemanes e italianos, la guerra podía quedar terminada. Los resultados de estas negociaciones, de haber tenido en nuestro poder Barcelona, hubieran sido, probablemente, otros muy diferentes. Esa misma tarde, el Presidente celebró una extensa conferencia con el encargado de Negocios de los Estados Unidos.

La reunión del Parlamento

Alvarez del Vayo iba y venía de Figueras a Perpignan, donde se había instalado el Negociado de Claves del Ministerio de Estado. Siempre nos traía, fresca de tinta de imprenta, una esperanza como regalo. Su optimismo, elaborado o espontáneo, no sufría, a semejanza de su sonrisa, alteración. Otro de los amigos que tenía el viaje rápido era Víctor Salazar. Su dinamismo se hizo increíble. Quería saber qué hacía con el material que, ¡al fin!, estaba, con facilidades inusitadas, pero tardías, a nuestra disposición. A su juicio no valía la pena de meterlo en Cataluña. Cabía, en todo caso, embarcarlo para la zona centro-sur. La decisión era grave y sólo al Presidente correspondía tomarla. En medio de

este repertorio abrumador de preocupaciones, el calendario, en la persona de Cuevas, Mayor de las Cortes, nos traía otra: la reunión preceptiva del Parlamento, prevista por la Constitución para el 1º de febrero. San Mateo no hubiese osado sostener su doctrina. —"No el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre"— frente a nuestro fervor constitucional. Este aceptaba todas las disminuciones, menos la de que el Parlamento dejase de reunirse en una de las dos fechas de rigor.

El lugar de la ceremonia y el número de los oficiantes importaban menos. El Castillo de Figueras iba a añadir a su historia un capítulo más, que no dejará de tener, en lo por venir, explotación literaria. ¿Acudían a la llamada constitucional los diputados que habían llegado de la zona centro-sur? No. Su viaje estaba determinado por preocupaciones más hondas que las puramente formales. Traían la conmoción de la zona que representaban en Cortes, profundamente sacudida por el sorprendente progreso de los rebeldes en Cataluña, después de la caída, injustificable, de Barcelona. Sin noticias del Gobierno, desconociendo su paradero, la relajación de las esperanzas estaba a punto de determinar el derrumbamiento de todas las energías. Estimaban indispensable que el Gobierno hiciese conocer su pensamiento, dando señales de vida. Pintaban la situación como muy apurada. Había un detalle que dejaba ver, mejor que sus informes, cómo era, en realidad. Al anunciar su viaje a los correligionarios, éstos reaccionaron contra el propósito, acusando a los diputados de desertores: —"¡Todo cuanto os importa es salvaros, como siempre, dejándonos a los demás en el aprieto!" Necesitaron emplear mucha saliva y bastante tiempo para persuadirles de lo contrario. Autorizados a salir, pocas personas debieron confiar en su regreso. Regresaron. Cumplido el encargo, les faltó tiempo para pedir una plaza en el avión que hacía el servicio de París, a fin de empalmar en Toulouse con el del "Air France" que hacía escala en Alicante. Carlos Rubiera, que era quien daba personalidad al grupo de parlamentarios, tenía una idea clara de lo que significaba, como riesgo personal, la reincorporación a la zona centro-sur. Su medida del peligro, según pude deducir de una breve conversación con él, era exacta. Sus palabras finales, me impresionaron: "Todo eso es verdad, pero no queda más remedio que cumplir con el deber hasta el final. Quiero estar en Madrid sin perder una hora, para que los amigos que por desesperación desconfiaron, reconozcan que no tenían razón". No sé si mi mano, al apretar la suya en una despedida que podía ser eterna, supo ser conductora de mi sincera emoción. En la implacable revisión de méritos que hacían los acontecimientos, los hombres que alcanzaban certificado de útiles eran muy con-

tados. Rubiera se llevó el suyo. No quiso quedarse a la reunión de las Cortes; prefirió volver donde sus electores.

El deber moral de Negrín

La reunión del Parlamento se dispuso en una caballeriza del Castillo. El adorno era bastante sumario. Los carabineros habían hecho una instalación de circunstancias. En la nave inmensa, recia de buena piedra, el grupo de los diputados y el Gobierno, evocaba, por el lugar y la hora —medianoche—, la ceremonia religiosa y entrañable de una secta perseguida. La ortiga irónica, no descubriendo tierra de qué alimentar sus raíces, quedaba fuera. Por entre los arcos rebotaban los ecos de las palabras de Negrín, cargadas de agudo sentimiento de responsabilidad y calentadas por los últimos tizones de una fe que agonizaba, rudamente alanceada por la adversidad. Negrín estaba ¡al fin! fuera de la política. Uno a uno le habían vuelto a las manos los pedazos de autoridad que tenía delegados. A los desertores físicos era necesario añadir los desertores morales. Toda la política estaba hecha y no quedaba por andar más que la calle pina y estrecha de la Amargura. Negrín hubiera dado su vida por no recorrerla; pero se cerró la puerta de escape del suicidio. Nunca he sentido tanto respeto por él como a partir del momento en que apuntaba con su cuerpo la derrota para que no nos aplaste inexorablemente. Es, en efecto, de todos, el que tiene más motivos de cansancio. El destino le ha hecho trampa. Ha jugado en su contra. La intuición le ha engañado. Quizá le ha faltado, en algunos momentos, la energía decisiva. No ha sabido hacerse desecar el corazón, pantano peligroso para un gobernante obligado a hacer la guerra. Era, con su ciencia y su experiencia, mucho menos de esparto a como representaba... En el último instante, cuando los demás se caen o se evaden de sí mismos, cuando le abandonan o le salpican de infamias, con el viento en contra, se impone la obligación de corregir a la adversidad. Les debe ese esfuerzo a los hombres anónimos que han creído en su palabra y que continúan haciendo cara al adversario. Su último discurso a los diputados, una reducción considerable de los Trece Puntos, vale, no por las palabras que contiene, que todas ellas están, no diciendo nada o expresando muy poco, en el Diccionario de la Lengua, sino por la angustia indecible con que se pronunciaron. Las he olvidado; pero conservo inalterable el tono de su voz, el acento profundo del orador que daba una vida nueva a pensamientos sin relieve en fuerza de haber hecho de ellos comercio habitual e indiferente. No era necesaria una especial receptividad para sintonizar con la emoción de Negrín, pero quizá resultase indispensable una guía de su intimidad verdadera para darse cuenta exac-

ta de lo que aquella emoción representaba como sufrimiento y, a la vez, como potencia. Le oí como a un confesante público, obstinado en publicar su único pecado: el orgullo de ser español y de amar a su patria. A trompicones, sin método, con una frase directa y nada literaria, nos enseñó a pronunciar, en la comunión de angustias de aquella noche, las tres sílabas de la palabra que le tenía subyugado: España. Sonaba, ¿cómo sonaba?, a rumor de mieses en Castilla, a soleá de torero, a jarcias zurradas por las rachas del Cantábrico, a jota de segador, a andadura de merinos por Extremadura, a zorcico de piloto, a estremecimiento de chopos a orillas del Duero, a sardana de payés, a frotamiento de cepas riojanas, a folía de tabaquero... ¿A qué suenas tú, España, cuando no suenas a muerte? A eso que suenas, a eso sonaste, para mí, la noche del Castillo de Figueras. El hombre que se debatía contra la derrota había tenido una grave conversación con los señores Henry, embajador de Francia, y Stevenson, encargado de Negocios de Inglaterra, a quienes había precisado su última aspiración para deponer las armas y terminar la guerra: seguridad de que no se producirían represalias. A cambio de esa concesión, que debía ser sólida, el Gobierno libraría a los vencedores todo el material recibido y en curso de recepción, la Escuadra —que se esperaba fuese hundida por los marinos—, los recursos nacionales bloqueados en el extranjero y, finalmente, añadió Negrín: —Mi persona, para que con la justicia que se me haga quede cancelado el proceso de la guerra.

Al discurso de Negrín siguieron, breves, los de los representantes de las minorías. Lamoneda me pidió que yo hiciese el de la nuestra. Me negué porque me faltaba dominio sobre mis emociones. Lo hizo él. Acertó a matizar sus palabras: "Grave es nuestra responsabilidad. Graves son también los momentos y difícil el administrar el esfuerzo, la sangre, las energías, la capacidad de sacrificio del pueblo español. Los límites de esta capacidad de sacrificio y los límites de este deber, nadie los conoce mejor que los hombres que se sientan en ese banco. Nosotros estamos seguros de que sabrán conjurar la necesidad histórica de la República Española con la posibilidad de resistencia, de lucha y de acción." Indicó que no nos estaba permitida la duda, y era verdad. Se votó la confianza. El texto aprobado decía:

"Las Cortes de la Nación, elegidas y convocadas con sujeción estricta a la Constitución del país, ratifican a su pueblo, y ante la opinión universal, el derecho legítimo de España a conservar la integridad de su territorio y la libre soberanía de su destino político. Proclaman solemnemente que a esta obra de independencia y libertad nacional asiste unánime el concurso de los españoles, y que, sean cuales fueren las vicisitudes transitorias de la guerra, permanecerán firmemente unidos en la defensa

de sus derechos imprescriptibles. Saludan al Ejército de Mar, Tierra y Aire, y ratifican su confianza invariable en el porvenir glorioso de la patria española. — Castillo de Figueras, a primero de febrero de mil novecientos treinta y nueve". Pascual Leone, defendió la proposición y la votaron todos los diputados presentes: Torres, Pascual Leone, Eduardo Gasset, Plá y Armengol, Suárez Picallo, Viana, Longueira, Pradall, Ossorio Tafall, Aguilar Calvo, Muñoz G. Ocampo, Vicente Sol, Escribano, Vergara, Pesset, Marco Miranda, Viguri, Tejero, Lasso Conde, Ragassol, Templado, Zulueta, Pedro Martínez, Pasos, Pedro Vargas, Margarita Nelken, Mitje, Navarro, Azuar, Ruiz, Lecina, Zancajo, Jáuregui, Sarmiento, Belarmino Tomás, Aliseda, Marino Saiz, Junco Toral, Zugazagoitía, Castillo, Díaz Castro, Cubertoret, Sosa, Crescenciano Bilbao, Pasagali, Borderas, Llopis, Edmundo Lorenzo, Sala, Manso, Comas, Padró, Santaló, Fernández Clérigo, Lamoneda y Martínez Barrio.

¡Francia!

La reunión se disolvió, llena de presagios desventurados, en la negrura nocturna del patio del castillo. El triángulo luminoso de los faros de los coches, al maniobrar los vehículos, descubría semblantes abatidos, grupos de hombres sin esperanza. Cada cual pensaba en organizar la defensa de su vida, en ponerse del lado de allá de la frontera. No había nada que hacer en Cataluña. La derrota estaba moralmente consumada. De boca en oído circulaban las versiones más lamentables, las censuras más agrias, las descalificaciones más tajantes. "¿Cómo sorprenderse de un final amargo después de una política tan desatentada?" Los comunistas acaparaban todas las maldiciones. Ellos eran los culpables de la catástrofe, los causantes directos del aislamiento internacional. Sobre su cabeza descargaban las iras parlamentarias del patio del Castillo. ¿A quién pedirle ecuanimidad de juicio en aquel instante? Delante de Figueras, los residuos del ejército seguían, mal que bien, oponiendo alguna resistencia al avance enemigo. Sus capitanes más calificados, o para mayor exactitud, más descalificados, tenían una significación política bien conocida. Sólo simplificando mucho el problema de la guerra se les podía hacer responsables de la derrota. Esas reducciones al absurdo tienen la ventaja, para quienes las hacen, de eliminar la propia responsabilidad. Con unos responsables, con otros o con todos, la derrota, trágica y brutal, planeaba sobre nuestras vidas. Los aviones de Franco habían llegado hasta el cielo de Figueras, sacando de su indiferencia resignada a la muchedumbre que acampaba en la villa. El retumbar de las explosiones, los reventonazos siniestros de las bombas, la sacudieron con un nuevo pánico y

la pusieron en la carretera con una sola aspiración apremiante: ¡Francia! Fué un río humano, negro de dolor y de miseria. Hombres, mujeres, niños, con el corazón en la boca, mordiéndolo para que no se les cayese al suelo, adelantaban sus pasos, desentendiéndose del cansancio, para ganar la frontera. A cada kilómetro recorrido, el rebujón conteniendo los últimos vestigios del hogar perdido, se iba haciendo más flaco. Ropas, papeles, recuerdos íntimos, sucios de sudor y de barro, señalaban, en el campo, frío de invierno, la ruta de la caravana. Una costra de andrajos tapaba la belleza de los bancales. Carros campesinos, vehículos militares, coches ligeros y camiones pesados, a la velocidad de sus posibilidades, hacían, al disputarles la carretera, más penosa la marcha de niños y mujeres, forzados a caminar por los barbechos, donde no dejaban de meterse los conductores impacientes. Ni una queja. Ni un grito. Sólo el ruido sordo, agobiante, de la pisada colectiva de la muchedumbre. Todos los sufrimientos sofocados. Todas las miradas sin brillo. Todas las piernas tercas. Y el silencio ¡qué silencio! Dentro de él, la amenaza, de un momento para otro, de la más terrible acusación contra nuestros errores, nuestros orgullos, nuestras vanidades que echaban fuera de su patria a tanta criatura para siempre infeliz. Mezclados a las madres y los hijos, acosados por igual reacción del instinto, grupos de soldados, terciados los fusiles, el mirar perdido, cobardes de la voz de mando. Su recuperación se hacía sin esfuerzo. El dedo de un niño podía abatirles. No eran nada ni nadie. Se les congregaba en los descampados, formaban sumisos y bajaban, a contracorriente, más cansados, más rotos, aplastados por un destino que no comprendían y al que no hacían resistencia. Iban, sin ganas, donde les empujaba el sargento. ¿A la muerte, ya innecesaria? ¿Al combate perdido? ¿Dónde los llevaban? El ruido de la batalla los haría desertar una segunda o tercera vez. Guardias de asalto cargados con el mataloje familiar, artilleros encampanados en camiones y a mitad ocultos en la pieza antiaérea, carabineros sin jactancias. Arriba un cielo aterido y hostil, abajo un barro frío y viscoso. A tiro de fusil, la tierra de promisión: Francia. ¡Qué duro volverle la espalda! Las vidas que se cruzaban, unas al fuego de la guerra, otras a la esperanza del exilio, se negaban a mirar. Tenían el pudor de su destino antagónico. ¡Qué sucio debía ser el paisaje para los ojos de estos hombres pastoreados por el miedo a la muerte! A los nuestros, su dulzura lejana, hecha de grises invernizos, era remordimiento. Todo intento de defensa personal se disolvía, con crujimientos íntimos, a la vista de la masa anhelante que invertía sus últimas energías en huir de su patria. ¿Con qué obligación más dura podría abrumarles la adversidad? Ciega de indiferencia, sobresaltada de horror, sin consuelo alguno, la masa marchaba, marchaba, enrojecida por el

frío, ennegrecida por el barro, estimulada por su propio ruido —¡hala!, ¡hala!, ¡hala!— que ocultaba, en su sorda resonancia, la punta de acero de innumerables protestas...

Nosotros, después de una noche pasada en La Vajol, en un camión confortable del E. M. C., regresamos al Castillo de Figueras. ¿A qué? No teníamos razón alguna para saberlo. A hacer acto de presencia ante los funcionarios que continuaban en él. Positivamente, a ordenar su evacuación, consumada en una proporción altísima. Nuestro coche avanzaba por la carretera como si fuésemos a entregarnos al enemigo. No sabíamos dónde estaba. La situación militar era sobremanera confusa. Por toda referencia segura, nos ateníamos a los controles, confiados a los últimos equipos de internacionales. El general Pozas, comandante militar de Figueras, se las ingenió admirablemente para complicar el tráfico y rodear de absurdas formalidades la situación. Sin un papel suyo, imposible transitar. Era el último lazo que la inepcia castrense nos tiraba a los pies en el momento mismo en que, en previsión de un avance brusco del adversario, nos hubiese convenido tener alas en ellos. Pozas nos amarraba como a desertores a los pocos que, por orgullo personal, persistíamos en permanecer en nuestros puestos. Dos subsecretarios, Sacristán, de Hacienda, Méndez, de Gobernación, y un amigo de ellos, Fermín Mendieta, recogieron la última visión del Castillo que, pocos días después, a la vista de él los soldados de Franco, había de ser volado, retumbando la explosión en las estribaciones españolas del Pirineo.

CAPITULO LIII

Evacuación del Castillo de Figueras. — La frontera de la muerte y de la vida. — La conducta generosa de Francia. — En la Masía del Torero. — Azaña abandona el territorio nacional.— Companys y Aguirre, le siguen. — Una boda. — Negrín se traslada a la zona centro-sur. — Los generales Rojo y Jurado, rompen con la obediencia.

LA última visión del Castillo de Figueras no tiene nada de confortable. Al amanecer, el cuatro de febrero, se produjo un pánico inmotivado. Los ministros que habían conseguido instalarse en el edificio, fueron despertados por el jefe de la guardia de carabineros, quien les notificó que el adversario estaba próximo, por lo que era prudente que evacuasen la fortaleza. El mismo, con los soldados a sus órdenes, se iba a retirar. Uno de los ministros, don Tomás Bilbao, se negó a creer la noticia. Hubo un diálogo correcto y nervioso. El militar argumentaba con el ruido, cada vez más intenso, de un fuego de ametralladoras. El ministro lo entendía de otra manera y recomendaba serenidad. El oficial, no queriendo perder su tiempo en una discusión estéril, terminó el diálogo con estas palabras:

—Lo que personalmente le suceda, señor ministro, es de su entera responsabilidad. Permítame que me retire para ponerme a la cabeza de mis hombres, que esperan órdenes.

Saludó y se retiró... La alarma había dado la vuelta a la fortaleza. La conducta de la guardia hizo más visible el peligro, determinando un movimiento de miedo colectivo. Encaramados en sus autos, los carabineros estaban prestos a partir. El castillo quedaba sin defensa. ¿Qué podían hacer los funcionarios civiles? ¿En qué podían pensar? La presencia inmediata de los soldados de Franco, era demasiado verosímil para que los consejos de serenidad produjesen el menor efecto. Un último detalle, bien significativo, acabó con los pocos ánimos de los funcionarios. Del fusil de un carabinero azorado se escapó un disparo y como si se tratase de una señal convenida o de una escena ensayada, los hombres de la guardia arrojaron sus fusiles al suelo y reclamaron, con voces apremiantes y angustiosas, la salida inmediata. Fué el punto agudo del ataque nervioso. El jefe de aquella fuerza sin moral, recobró la

suya y pistola en mano, se encaró con sus hombres, increpándolos. El incidente le consintió salir del estado de medrosa alucinación en que él mismo se encontraba y juzgar de la situación con calma. El fuego de ametralladoras se había apagado. De tarde en tarde, sonaba una ráfaga breve. El oficial acabó por identificar aquella actividad: sincronización de hélices y ametralladoras en el campo de aviación próximo al castillo. Curado de su propio susto, serenó a sus hombres, que le obedecieron. Dentro del edificio, por dormitorios y despachos, manos con calentura, respondiendo a pensamientos lamentables, reunían los residuos sentimentales de su vida, para lanzarse a la carretera en busca de la raya fronteriza. Todavía no se han despegado de los oídos de algunos testigos, las demandas dramáticas que formulaban las personas más afectadas por la crisis:

—¡Sálvame! ¡No me abandones! ¡Sálvame!

Nuestros coches de incidencias, renqueantes y crujientes otros días, partieron esa mañana, cargados con el personal subalterno, como centellas voladoras, para morir, después del esfuerzo pedido a sus motores cansados, en la inmensa feria de automóviles que se habían formado en los límites, junto a la cadena que marca la zona donde termina España... La luz hizo por la serenidad más que las palabras de calma. Cuando llegamos a nuestros despachos, los funcionarios comentaban las anécdotas más curiosas del episodio. Balsalobre, el fiel subalterno de nuestra secretaría, afligido de continuo por la pérdida de un cubierto del comedor del Ministerio, causa segura de su tristeza, rebelándose contra su escrupuloso pasado, hizo donación, en el patio del castillo, de todas las existencias gastronómicas que nuestra cocina había recibido, el día anterior, de los amigos de París. Fué su desquite al sentirse abandonado. Nos castigó dejándonos sin comer, como a niños sorprendidos en falta. Se equivocó el último día.

El último porque, no más llegar, pensé en la necesidad de disponer la evacuación colectiva del edificio. Era una decisión que no podía retrasarse más tiempo. No conocía, con exactitud, la distancia que nos separaba del frente, pero, además de no ser mucha, la aviación legionaria sobrevolaba la fortaleza con una asiduidad evidentemente peligrosa. Muros y paredes tenían la necesaria reciedumbre para que las bombas no los resquebrajasen. La seguridad, considerada la dureza de la fábrica era perfecta; pero yo — y muy contadas personas más — conocíamos dónde radicaba el peligro: en la existencia de un cuantioso depósito de explosivos, bastante, por su volumen, para hacer saltar el castillo y la colina donde estaba construído y empotrado. Cada aparición de los aviones enemigos, a los que se hacía fuego con una pieza antiaérea, magnífica de voz y lamentable de eficacia, ponía mi corazón al galope des-

pues que supe, por los técnicos, la ley de la simpatía, que rige en materia de dinamitas. En aquellas condiciones era temerario prolongar en la fortaleza unos trabajos administrativos que carecían, por otra parte, de sentido. Se dió, pues, orden de evacuar. Cerón, de la subsecretaría de Tierra, se ocupaba de organizar un tren para trasladar el personal a Francia. Sacristán por el M. de H. facilitó a cada funcionario unos francos franceses, pocos, para las primeras necesidades. En su oficina hacían cola innumerables militares. Huía yo de los conocidos. No tenía nada qué decirles. Su pregunta era siempre la misma: "¿qué vamos a hacer en Francia si carecemos de dinero?". Veía claro lo que la derrota representaba para cada uno de ellos, pero ¿de dónde sacar los recursos necesarios para permitir a los vencidos rehacer su vida? El capital nacional se lo había tragado la guerra y los flecos que quedasen de él no podían ser aplicados a socorrer a los que evacuábamos Cataluña, sino a seguir alimentando la zona centro-sur, donde la guerra continuaba...

En la frontera

De otra parte ¿cuál sería la reacción del gobierno francés para con los millares de españoles que llamábamos a sus puertas? ¿Se decidiría a recibirnos? ¿Nos cerraría el paso con las bayonetas de sus soldados? Las noticias tan pronto eran satisfactorias como desconsoladoras. La frontera se abría y se cerraba en horas. Una masa humana se agolpaba en ella. De noche se desparramaba por el campo y se acostaba sobre la tierra, dura de invierno, calentándose con lumbres en las que hacía arder las maderas de los coches, de los carros y los árboles. Al amanecer, algunos durmientes continuaban el sueño. Ni la voz ni el coro de sollozos que les hacían sus parientes, conseguía despertarlos. Húmedos de rocío, rígidos de escarcha, habían transpuesto la frontera definitiva. En la espera sobresaltada de la compasión francesa, unas madres se quedaban sin hijos y otras, perturbadas en sus embarazos por las fatigas y las emociones, los recibían, sin que se acertase a saber cuál de los dos accidentes asumía perfiles más trágicos. La quejumbre de las parturientas no era menos aflictiva que el grito desolado de la mujer que se negaba a desprenderse del niño muerto. El misterio augusto de la vida y de la muerte, operado en medio de la colectiva miseria, a campo abierto, adquiría la fuerza originaria de los primeros días del mundo... El espectáculo en su conjunto, no podía ser más sombrío. Borraba todos los recuerdos infaustos. Los ojos, unánimes, estaban fuera de España. Cada criatura vivía, con el pensamiento en Francia, y se irritaba a la idea de saberse en España. Se apretaba contra el vecino más adelantado. Espiaba ansioso las idas y venidas de las autoridades francesas. Rechinaba de

rabia cuando se sentía defraudado, exultaba de gozo a cada rumor optimista. El tránsito brusco de las emociones contradictorias, trabajaba los nervios, y las crisis, violentísimas, arrojaban a tierra a quienes las padecían. La frontera separaba algo más fundamental que un país de otro, separaba la vida de la muerte. Francia no podía negarse a conceder el derecho de asilo a quienes se lo demandaban con razón de tanto precio. Fué abriendo su carretera: a los niños y a las mujeres, primero, a los ancianos, después, y, finalmente, a los soldados que se replegaban... Francia no negó lo que no podía negar, en efecto; pero ¿qué otro país hubiese accedido a ser consecuente con su significación moral en condiciones parecidas? Respondo: ninguno. Francia ofreció asilo a cuarenta mil refugiados y recibió, sin pensar en impedirles la entrada, de doscientos a trescientos mil. ¿Quién puede exigirle más? Recuerdo bien cómo se nos esponjó el corazón al saber que la frontera había sido abierta y que la masa de infortunados compatriotas, que golpeaba sobre ella con su instinto, estaba en seguridad. Las historias posteriores —anécdotas de campos de concentración y de comisarías policíacas— cualquiera que sea su acrimonía y su crueldad, no destruyen el mérito de la conducta generosa de Francia, única nación en que se dan cita las emigraciones de toda Europa. La nuestra —denostada por tanta atribución falsa, desfigurada por las acusaciones más terribles— llegaba después de la rusa, de la italiana, de la alemana, de la austríaca, de la checa... ¿Pensó alguien que podíamos ser albergados en los castillos del Loira? ¿Dudó nadie que nuestro destino fuese el de los sospechosos, obligados a contínuas comparecencias ante la policía? Centenares de peripecias de campos de concentración han lastimado muchas emociones de españoles que consideraban a Francia como su segunda patria. Pero de la misma manera es obligado decir que centenares de episodios generosos han metido dentro de la sensibilidad de otros refugiados la convicción profunda de que si en algún pueblo de Europa actúan todavía los fermentos de la solidaridad humana, ese pueblo es el pueblo francés. Sin haber estado en la carretera de Figueras y en el pueblo de la Junquera no se puede saber con exactitud lo que resultó la apertura de la frontera francesa. ¡Con qué fuerza alentaron los pechos de cuantos esperaban, dardeados por el horror a los cadalsos de Franco, ese instante decisivo! Los pulsos batieron con nuevo ritmo y el fardo de los presagios siniestros se desventró por el campo, desagradable a la mirada hostil a la sensibilidad.

¿Qué queda por hacer?

Evacuado el Castillo de Figueras, disuelta la administración, era bien poco lo que nos quedaba por hacer. Me puse a las órdenes del Presidente, que seguía domiciliado en la Masía del To-

rero, entre La Agullana y La Vajol. Le hacían compañía dos ministros: Alvarez del Vayo y Méndez Aspe; los demás se habían trasladado a Francia, domiciliándose en Toulouse, en espera de la llegada del Presidente para irse a la zona centro-sur. Don Juan conservaba su ayudante y dos secretarios. La víspera de nuestra llegada a la Masía, la aviación legionaria la había sobrevolado, arrojando varias bombas. El lugar ofrecía muy poca seguridad. La compañía de carabineros que hacía la guardia se conservaba en su puesto con un cierto nerviosismo y ya había hecho por su cuenta un intento de evacuación. Alvarez del Vayo, desempeñaba funciones de correo entre la casa del Presidente y el Consulado de Perpignan. Procuraba traernos las mejores noticias que podía. Nuestro escepticismo era radical y una noche, como entrase en nuestro dormitorio a hacernos su recital informativo, Rafael Méndez que, como a todos, no le hacía la menor gracia alargar la estancia en aquel domicilio, le disparó a bocajarro su pesimismo:

—¿Sabe usted lo que me preocupa ahora mismo? Sólo una cosa, don Julio. Que a medianoche nos despierten a culatazos los requetés, cosa que si no sucede hoy, ocurrirá mañana, ya que, por lo visto, debemos tener muchas cosas importantes que hacer aquí.

Alvarez del Vayo salió sin hacer ningún comentario y al poco tiempo volvía a visitarnos con unas palabras de tranquilidad que había pedido prestadas al ayudante de Negrín.

—Hoy hemos contenido al adversario en el río Ter, causándole grandes daños. No hay motivo, pues, para alarmarse.

Méndez, a quien la historia del Ter, que ya habíamos escuchado durante la cena, le hizo gracia, insistió, ahora con intención humorística, en su pesimismo:

—¡Magnífico lo del Ter! Pero esta noche, o la de mañana, nos cogerán prisioneros y se mofarán de nosotros por idiotas. ¿Se sabe qué hacemos aquí? ¿Qué hace don Juan? ¿Qué hace usted? ¿Qué hace Méndez Aspe?

Lo que don Juan y los dos ministros hiceran, no lo sabíamos con exactitud; lo que hacíamos nosotros, sí. Nada. Durante el día permanecíamos en las inmediaciones de La Vajol, cerca de una mina, donde la técnica de un grupo de profesionales, había construído un refugio perfecto para las obras de arte. Valía no sólo como refugio, sino también como museo: paredes grises, luces indirectas... Insuperable. El día que nos lo mostraron, las salas estaban vacías. Hubiera constituído una emoción inédita el haber podido contemplar, en el centro de una montaña, y en condiciones de perfecta comodidad y adecuación, algunas piezas maestras de nuestro tesoro pictórico. Quizá había, en departamentos que no nos fueron enseñados, otra clase de riquezas y ello explicaba el misterio de nuestra permanencia en un lugar que por diferentes

motivos, resultaba ingrato. Eran riquezas que se estaban evacuando con el sigilo que operación tan delicada imponía. Las inmediaciones de la mina se habían cuajado de unidades militares en derrota, que caminaban, por el monte, hacia Francia. Antes de meterse en ella, clavaban en el suelo de España todas las municiones de sus cartucheras. El paisaje resonaba, en los cuatro puntos cardinales, de disparos. Pistolas, fusiles, ametralladoras... y a lo lejos, a intervalos, retumbante, artillería. Meterse en el bosque era peligroso. Zumbaban las balas y se las oía perforar, con un chasquido metálico, las últimas hojas amarillas. Peligroso y depresivo. La oficialidad se había despojado de guerreras e insignias. Los pies hacían, al tropezar, los hallazgos más inesperados. Gorras, otros días orgullosas con su inclinación antirreglamentaria; correajes, cartucheras, fundas de pistolas, folletos de propaganda comunista, carteras militares, cascos, pantalones, cajas de cigarros, con la litografía descolorida... Y predominando, como trazo simbólico, una materia de la que los ojos y los pies cuidaban de apartarse con la misma repugnancia. Si tuvo virtudes fecundantes, los árboles de ese bosque habrán conocido una primavera admirable de verdura. Toda la vanidad estúpida de las insignias inmerecidas, de las jactancias y de las crueldades, se había estilizado a sí misma en un residuo sucio. ¿Cómo dudar que estábamos ante la derrota?

El presidente Azaña marcha a Francia

El Presidente de la República, que se había instalado en La Vajol, vivía para abandonar el territorio nacional. La entrevista de los dos presidentes fué seca y agria. Don Manuel quiere ir a Francia. Anuncia a Negrín que no accede a tomar plaza en ningún avión. Tiene el temor de que le conduzcan a la zona centro-sur. Eso no lo hará, suceda lo que quiera. Es resolución firmísima. Para él la guerra está perdida y es una demencia pretender continuarla. El diálogo es breve. Habla Negrín:

—El Gobierno ha dispuesto que S. E. se instale, de momento, en la Embajada de París.

—¿No me acompañará ningún ministro?

—El señor Giral.

—¿Cuándo partimos?

—Cuando lo desee.

—Es ya tarde, pero podemos hacerlo mañana a primera hora.

—Bien, a primera hora vendré a despedirle.

Al día siguiente, con las primeras luces, la caravana presidencial se pone en camino hacia Francia. Hace el recorrido por la carretera mezquina de La Vajol que conduce a Les Illes. Es un viaje obscuro y cobarde: una evasión. Una parte de ella, ne-

cesitan hacerla a pie. Negrín desarrolla, estimulado por el frío, su energía; don Manuel acusa su cansancio de hombre sedentario. Son dos vidas antagónicas creadas para no entenderse. Se desprecian mutuamente. En ese instante se odiaban. En el pueblecito francés hay unas formalidades vejatorias. Azaña debe esperar la llegada de una autoridad administrativa francesa. Negrín le dedica las últimas cortesías protocolarias y vuelve a meterse en España. De regreso, se cruza con otra caravana. Coches de la Generalidad. Viajeros: Companys, Aguirre, Irujo... Con la boca llena de risas, los ojos relucientes de ironía, Negrín nos hace el relato de su viaje.

—Debería haberle obligado a acompañarme. Hubiese hecho observaciones de mucho valor psicológico —dice dirigiéndose a mí—. ¡El pobre Azaña es bien digno de lástima! Tiene una encarnadura medrosa, propia de su naturaleza. El miedo le descompone como si fuese un cadáver y toma un color amarillo verdoso. Da lástima. Lo que no podía esperarme es que a mi regreso fuese a tropezar con Aguirre y Companys. Los más sorprendidos han sido, naturalmente, ellos, que han debido sospechar que yo abandonaba el territorio nacional sin notificarles mi decisión. El juego de palabras ha sido precioso. Se han ofrecido a regresar conmigo, pero me he negado. Ausentes de Cataluña, tengo una preocupación menos.

Animados por el buen humor del Presidente, intentamos saber algo relacionado con nuestra marcha. Está claro que somos los últimos.

—¿Tantas son las preocupaciones que nos quedan?

—Bastantes, desde luego. Mi propósito es reintegrarme a la zona centro-sur sin pasar por Francia. He pedido que vean si puedo salir de alguno de nuestros campos en un avión militar. De ser posible no quiero hacer la escala francesa.

A la noche, en la tertulia de la chimenea, sonsacábamos noticias, sobre la evacuación que él dirigía, a Méndez Aspe. Sus respuestas eran poco tranquilizadoras. Quedaba mucho, faltaban camiones... Garcés, con su juventud irrespetuosa, ironizaba sobre nuestra suerte, dando lugar a que el ministro de Hacienda discurriese, para confortarnos, sobre las ventajas de cumplir con el deber. Interrumpido a cada frase por Méndez, Garcés o Fanjul, dejaba el púlpito sin paño y acababa por aceptar con filosofía toda clase de bromas. Una de esas noches, participamos, los ministros como testigos, nosotros como invitados, en la boda del primogénito del presidente con Rosita Díaz. El juez y el secretario del Juzgado Municipal despacharon la formalidad legal a golpe de escopeta. Nosotros, con algunos refuerzos inesperados, hicimos todo el ruido posible para que la boda no careciese de júbilo. En medio de nuestro furor orfeónico, Alvarez del Vayo llevó una negociación a propósito de la seguridad del

Tesoro Nacional. Como ordenase que nos calláramos, el presidente se opuso al silencio. Tengo la impresión de que cantando nos sacábamos el miedo del cuerpo. Temor a demasiadas cosas para que me dedique a enumerarlas. Teníamos miedo de hablar y miedo de permanecer silenciosos. Con "El farol de Artecalle", preferencia de Méndez, nos fuímos a la cama. Al cuarto de las muchachas, que nos había sido habilitado, y del que Méndez insistía en creer que nos sacarían una mala mañana, para fusilarnos. Lo cierto es que nos sentíamos a gusto.

¡Todavía hay que liquidar una segunda parte!...

No teníamos absolutamente nada que hacer. Negrín estaba resuelto, en último extremo, a salir después del último soldado. Su viaje en avión a la zona centro-sur, de la que no teníamos noticias, no era hacedero en dictamen de los técnicos. El único campo desde el que se podía intentar el vuelo con alguna seguridad no estaba practicable. No se volvió a hablar más del asunto. Encerrado en un mutismo riguroso, Negrín nos tenía sin ninguna información. Se reunía con Rojo, en el edificio ocupado por el Estado Mayor Central y hacía escapadas al frente. Ponía su pasión en que la retirada de lo que quedaba del Ejército fuese lo más perfecta y económica posible. Personalmente, ¡qué enorme repliegue de ambiciones había necesitado hacer! Refugiado en la última ,abatido le oímos decir, más hablando para él que para nosotros:

—*¡Veremos cómo liquidamos la segunda parte! Esa será más difícil.*

Acertó en el vaticinio. Fué más difícil y más dramática. No nos cabía duda. Estábamos liquidando y al pensar en trasladarse a la zona centro-sur, Negrín no llevaba otro designio que el de terminar, con el menor número de daños, una guerra perdida. Al día siguiente de esa confesión, después de una conferencia con Rojo, se resolvió nuestro traslado a las últimas casas españolas del Perthus. El adversario estaba llegando a Figueras. Cabrera y yo partimos a la mina a comunicar a Méndez Aspe la orden de marcha y la misma notifificación debíamos hacer al encargado de Negocios de Rusia, que se había instalado en la casa que dejó libre el Presidente de la República. De vuelta, una explosión inusitada extremeció los cristales de nuestro coche. El estampido rodaba por los montes. Era la voladura del Castillo de Figueras. En la Masía del Torero, el Presidente interrumpió la comida y dispuso la salida inmediata. No me expliqué bien aquel nerviosismo de última hora. A la calma excesiva de los días anteriores sucedía una precipitación injustificada. Protestaba contra ella con la razón y con el estómago. Atrapé en la mesa servida lo que pude y me metí en un coche. Recuerdo bien el sol loco que aquella tarde tenía el paisaje. A medio camino, tropezamos con los vehículos del Estado Mayor Central. Atravesamos la Junquera y

en los límites, Negrín se apeó. Se le unió Rojo. Presenciamos el paso de la frontera de los últimos internacionales. Iban obscuros de amargura, marcando el paso, silenciosos... El Presidente dió varias órdenes, apuntó algunas cosas en su cuaderno de notas y, cuando una autoridad francesa le notificó que los fotógrafos habían sido alejados, pasamos la frontera. Un pelotón de soldados franceses nos presentó armas. El agregado militar de la Embajada francesa, coronel Morell, se cuadró, nos saludó militarmente y, en silencio, nos estrechó la mano. No estaba él menos conmovido que nosotros. Nos metimos en la última casa española. Un piquete de carabineros montaba la guardia. Escaleras arriba, fuimos perdiendo el dominio sobre la emoción y rompimos en un llanto congojoso. Llorábamos a escondidas los unos de los otros, pero en todos los ojos, enrojecidos y húmedos, se podía averiguar lo que pudorosamente tratábamos de ocultarnos. Negrín era quien más se esforzaba en aparentar un continente sereno. Rojo escondía su estado de ánimo detrás de una agitación ordenancista. Aquella estación no tenía más que un valor sentimental. Personalmente me propuse huir de ella cuanto antes. Sólo escapando a su influencia me sería dado recuperar mi propio dominio. A la caída de la tarde, nos pusimos camino de Perpignan.

Al día siguiente, coincidimos en la carretera con Negrín, que iba a Toulouse a ponerse de acuerdo con los ministros para, en avión propio, o en su defecto en los de la línea del "Air France", trasladarse a España. Cuando se trató de ese viaje en La Vajol, notificamos al Presidente nuestra voluntad de acompañarle. Rechazó el ofrecimiento, asegurándonos que no le era necesario; pero le impusimos la obligación de admitir como compañero de viaje a Santiago Garcés. Este, por mi chofer que le trasladó a Toulouse, me hizo seguir la orden de que me presentase a recibir instrucciones. Hice mi maleta y comparecí ante el Gobierno. Ninguno de los ministros tenía orden que comunicarme. El Presidente, acompañado de Vayo y de Garcés, había salido para España sin dejar instrucción alguna. Entre los ministros había opiniones diversas en cuanto a la conveniencia de trasladarse a España. El que me informó me dijo gráficamente: "Epidemia de miedo." Me volví a Perpignan en espera de órdenes directas. Comenzaron a llegar telegramas llamando personalmente a determinadas autoridades del Ministerio de Defensa. Llegó uno para mí. Disponiéndome a salir, llegó otro en el que se anulaba el primero y se me indicaba que estuviese preparado. No lo agradecí. Me hubiera gustado asistir al final, sin que a ese deseo se mezclase el menor estímulo heroico, ya que la salida la reputaba segura. Esta seguridad estaba muy lejos de ser compartida por bastantes militares, que se negaron a acatar las órdenes que les fueron comunicadas. Cordón obedeció la suya. Igual hicieron, que yo recuerde, Ossorio Tafall, Modesto, Lister, Trifón Gómez... Los generales Rojo y Jurado se negaron en redondo. Me asombró una frase

del primero, al que como le recordase, acogiéndome a mis recuerdos de lector de Alfredo de Vigny, la grandeza y servidumbre militares, me contestó:

Del deber de la obediencia militar

—No queda para aceptar la orden que me comunican ustedes más que un deber: el de obediencia; pero ya se harán cargo de que no porque el superior nos mande arrojarnos por la ventana hemos de hacerlo.

Debí reflejar bien el grado de asombro que tamaña reflexión me producía y el general dió otro giro a su resistencia. Aludió a varias cartas que había escrito el Presidente y nos leyó un párrafo de una de ellas. No me decido a reconstruirlo por temor a no ser lo bastante fiel. Lo más grave, para mi concepto, ya estaba dicho. El subalterno tiene derecho de crítica y cuando, a su juicio, el superior le ordena algo que equivale a arrojarse por una ventana, y ninguna tan alta como la que da a la calle de la muerte, el deber de obediencia se rompe. ¡Cómo hubieran agradecido los soldados republicanos la difusión de esa doctrina, con la firma del general Rojo, en las vísperas de los ataques de Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro! La negativa de Jurado era menos complicada. No tenía nada que hacer en el Centro. No iba. Quería seguir preocupándose de los soldados que le habían obedecido. Alusiones a los comunistas. Noticias del caso personal. La decepción que me produjo la negativa de Rojo no me dejaba sensibilidad para juzgar del caso de Jurado. ¿Tenía Rojo noticias de la rebelión que Casado preparaba contra la autoridad del Gobierno y aspiraba, permaneciendo en Francia, a mantenerse al margen? La hipótesis del miedo físico no contaba en mis reflexiones. Y no siendo miedo, ¿qué podía ser? ¿Repugnancia a contraer nuevas responsabilidades? ¿Súbita incompatibilidad con Negrín? Confío en que algún día se pueda esclarecer, mediante el estudio de una correspondencia que acabará siendo pública, el motivo último que lleva al general Rojo a quebrar la ley de la obediencia y a desertar de su puesto. Acaso acierten los que afirman que cuando un general hace, en un instante y con una negativa, almoneda de toda su historia profesional, ese movimiento con el que dilapida su honor sólo puede estar dictado por el instinto vital. Cuando el orgullo vence de la tarascada de lo animal, ante el disparate del jefe, el subalterno tiene como modelo la frase breve del almirante español: "Protesto, y me hago a la mar", es decir, a la muerte. Es eso, justamente, lo que con la frase de Vigny llamamos grandeza y servidumbre milita-

res. Rojo, decididamente, no quería nada con la una ni con la otra. Recusaba, en nombre de ideas propias, participar en el desenlace de la contienda (1). Se consideraba, por sus previsiones y notificaciones, libre de todo compromiso. Toda polémica era ociosa. A la posteridad la ardua sentencia...

(1) De la entrevista con los generales Rojo y Jurado se redactó, a requerimiento del Presidente, un informe suscripto por Rafael Méndez, cónsul de España en Perpignan, en cuyo despacho se hizo la notificación, y por mí. Copio de ese documento oficial: "El Secretario general del ministerio de Defensa hizo diferentes apelaciones a la obligación en que se encontraba (el general Jurado), como militar, de subordinarse a las órdenes del ministro. Intentó conseguir, acudiendo a invocaciones de distinta naturaleza, una modificación del criterio del general Jurado, quien declaró que lo había pensado muy despacio y muy bien y que su resolución era, a ese respecto, inquebrantable.

El general Rojo, por su parte, respondiendo a una pregunta del señor Zugazagoitia manifestó que "en efecto" —las palabras son literales— el oficio de las armas tiene su grandeza y su servidumbre y que justamente la grandeza consistía en, llegado el momento, hacer lo que la conciencia dicta, desoyendo mandatos ajenos." Aun agregó —y siguen siendo literales las palabras—: "que sólo existía la obligación de la obediencia para aceptar una orden como la que se le daba", añadiendo "ya no estamos en tiempos en que haya de tirarse uno por la ventana cuando el jefe le ordena que se tire".

Al final de esa conferencia el general Rojo manifestó "que él no se encontraba dispuesto a presidir un nuevo desastre de mayores proporciones todavía que el de Cataluña; que él había previsto con mucho tiempo de adelanto la imposibilidad material de toda resistencia; que su criterio no había sido oído y que, por consiguiente, se podía considerar desligado de nuevos compromisos. Indicó también, leyéndonos párrafos de una carta remitida a V. E., que personalmente le había comunicado este criterio suyo, al cual seguía ateniéndose".

Reproduzco el comentario del mariscal Lyautey a la frase de Vigny: "Grandeza y servidumbre militares no es una divisa vana. El primer concepto vale por el sacrificio constante que implica el segundo. Servir, servir siempre, los ojos cerrados, la boca callada, cada uno en su puesto, es la virtud fundamental de nuestro catecismo de soldados."

CAPITULO LIV

Azaña en la Embajada de España en París. — Traslado a Collonges-Sous-Saleve. — Renuncia Azaña. — Texto de la renuncia y recuerdo de una fotografía. — La Diputación Permanente de las Cortes se da por enterada de la dimisión. — Las condiciones de Martínez Barrio para sustituir a Azaña. — Una consulta sin respuesta.

EL Gobierno se trasladó, siguiendo el ejemplo de Negrín, a la zona centro-sur, donde iba a conocer días apretados. El presidente de la República continuaba residiendo en el edificio de la Embajada de España en París, acompañado del ministro sin cartera, Giral; del general Hernández Saravia y de su cuñado Rivas Cherif, introductor de embajadores. La estancia del señor Azaña en París fué motivo de duras polémicas periodísticas, utilizadas por los diarios derechistas para arremeter contra el gobierno francés, por el consentimiento otorgado al jefe del Estado español para instalarse, "sine die", en la capital de Francia, abusando con largueza de la extraterritorialidad del domicilio de la Embajada. Este punto de vista, reciamente argumentado, tomaba su fuerza de la situación de la Península y de la propia actitud de Azaña, perfectamente conocida de políticos y periodistas. Don Manuel se resistía tercamente a asumir de nuevo sus funciones en territorio español, como no fuese en el muy precario de la Embajada de España en París. Tampoco dimitía. Esta situación extraña era fuente de los más variados incidentes y dificultades. Negrín envió a París al ministro de Estado con el encargo de vencer la resistencia de don Manuel. Telegrafiaba frecuentemente. Se notaba, a través de sus apelaciones cifradas, la angustia y el apuro de su situación. Don Manuel se consideraba, definitivamente, fuera de la "peripecia" de la guerra, aun cuando legalmente, por el cargo que retenía, debiera estar en el centro de ella para, en última instancia, imponer las soluciones políticas que juzgase necesarias, entregando su confianza en las personas que reputase merecedoras de ella. ¿Riesgos personales? Ninguno. Pero aun cuando los hubiese, ¿no valía la pena de afrontarlos cuando tantos millares de españoles los habían admitido, con diferente suerte, y los seguían tolerando? Azaña reunió en el salón de la embajada a las personalidades re-

publicanas domiciliadas en París. Buscaba, sin duda, aquiescencias para su conducta y acaso, me abstengo de afirmarlo, las encontró; pero no lo bastante sinceras, ya que algunos de los consultados no se mordían la lengua para asestar duros golpes a don Manuel. Este, aprovechando un viaje a París de los generales Rojo e Hidalgo de Cisneros, les rogó, si en ello no veían inconveniente, que le redactasen un informe de la situación militar. Se lo prometieron. Hidalgo de Cisneros consultó con el embajador, don Marcelino Pascua, sobre la corrección de entregar personalmente a Azaña el informe que le había prometido. Pascua encontró perfecta la entrega del documento a condición de que se hiciese por el conducto reglamentario, es decir, a través del ministro de Defensa. Hidalgo de Cisneros que estaba arrepentido de su promesa, aceptó la opinión del Embajador y visitó nuevamente a Azaña para indicarle que él entregaría su informe al ministro de Defensa, quedando de cuenta de Negrín hacérselo seguir a su excelencia. La negativa irritó a Don Manuel. Rojo, con menos escrúpulos formalistas cumplió su promesa por escrito o de palabra, y de ese informe tomó pie el presidente de la República para redactar su renuncia, originando con ello un telegrama de Rojo en el que le pedía a Azaña una rectificación, demanda a la que el requerido replicó con otro telegrama conteniendo una negativa seca y desdeñosa.

Los ordenanzas de la Embajada no quieren servir a Azaña

Estas idas y venidas, de ninguna utilidad, hicieron antipática la persona de Azaña al personal subalterno de la Embajada que, en un momento, se negó a servirle, teniendo necesidad el Embajador de intervenir con toda energía. "Que vaya a España, donde está su deber, o a la calle", opinaban los ordenanzas, algunos de los cuales tenían sus hijos en unidades combatientes de la zona centro-sur. Pascua consiguió imponerse, pero no redujo la irritación de los empleados. El mismo no dejaba de sentirse incómodo por la situación que se le había creado, sin aviso ni consulta previa, en la casa. En algún momento, con una corrección seca y áspera, se levantó de la mesa para no perturbar, con un incidente, su forzada convivencia con el equipo presidencial y para no asentir, con un silencio tácito, a las opiniones vejatorias que Rivas Cherif emitía contra Don Pablo Azcárate. A partir de ese día, Pascúa se disculpaba frecuentemente por no acompañar a la mesa al Jefe del Estado. La pretensión de los temas, en contraste con la conducta, hizo que Pascua, de formación matemática, no pudiese sufrir la frivolidad filosófica de sus huéspedes, a quienes entregó la casa, pero no su paciencia. Para curarse de su aburrimiento, Don Manuel hacía algunas visitas literarias. Se metía con gusto, en las emociones, para él entrañables, de la contempla-

ción estética. Estaba en lo suyo, en aquello para lo que volvía a vivir; lejos de la política, fuera de la guerra... En la literatura. Era forzoso acordarse de palabras suyas dichas duramente en uno de los últimos Consejos que presidió: "¿Cuándo se va a expulsar de la comunidad de los españoles a los señores que están fuera de España, ajenos a su tragedia? ¿Necesitamos todavía esperar más tiempo para retirarles una condición que han perdido?" Afortunadamente no se adoptó castigo tan infamante para nadie. El español, prudente o cobarde, con la conciencia en carne viva o en plena euforia, que se hizo un seguro vital en el extranjero, siguió siendo español. Y español, como ellos, continuaba siendo Azaña que, al fin, después de un chocante arreglo de contabilidad, abandonó la Embajada de España en París yéndose a refugiar a una finca de Collonges-Sous Saléve, de donde remitió a Don Diego Martínez Barrio, Presidente de la Cortes de la República, la renuncia de su cargo el 27 de febrero de 1939.

La renuncia de Azaña

El documento conteniendo la renuncia de Azaña dice así:

"Excelentísimo señor: Desde que el general en jefe del Estado Mayor Central, director responsable de las operaciones militares, me hizo saber, delante del presidente del Consejo de Ministros, que la guerra estaba perdida para la República, sin remedio alguno, y antes de que, a consecuencia de la derrota, el gobierno aconsejara y organizara mi salida de España, he cumplido el deber de recomendar y de proponer al gobierno, en la persona de su jefe, el inmediato ajuste de una paz en condiciones humanitarias, para ahorrar a los defensores del régimen y al país entero nuevos y estériles sacrificios. Personalmente, he trabajado en ese sentido cuanto mis limitados medios de acción permiten. Nada de positivo he logrado. El reconocimiento de un gobierno legal en Burgos por parte de las potencias, singularmente Francia e Inglaterra, me priva la representación jurídica internacional necesaria para hacer oír de los gobiernos extranjeros, con la autoridad oficial de mi cargo, lo que es no solamente un dictado de mi conciencia de español, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Desaparecido el aparato político del Estado, Parlamento, representaciones superiores de los partidos, etc., carezco, dentro y fuera de España, de los órganos de Consejo y de acción indispensable para la función presidencial de encauzar la actividad de gobierno en la forma que las circunstancias exigen con imperio. En condiciones tales, me es imposible conservar, ni siquiera nominalmente, un cargo al que no renuncié el mismo día que salí de España porque esperaba ver aprovechado ese lapso de tiempo en bien de la paz.

"Pongo, pues, en manos de V. E. como presidente de las Cortes, mi dimisión de Presidente de la República, a fin de que V. E. se digne darle la tramitación que sea procedente.

"Collonges-sous-Saléve, para París, 27 de febrero de 1939. Manuel Azaña. (Rubricado)."

Este escrito de Azaña tiene una coda fotográfica, que algunas personas conservan, difundida, en sus copiosas ediciones, por algunos diarios ingleses. El ex presidente posa para los reporteros gráficos en el balcón de su nuevo domicilio. Pese al invierno, hay una cierta exuberancia vegetal que concuerda plenamente con la sonrisa optimista, plena, del señor Azaña, liberado, con un párrafo conciso, de toda responsabilidad futura y desligado, y esto es lo mejor, de los afanes dramáticos de los republicanos españoles. Fuera, pues, definitivamente de la peripecia de la guerra, el escritor, reencontrado, se sonreía a sí mismo. Trance particularmente feliz al que, como a los de su misma naturaleza, le hubiera ido bien el recato de una intimidad apretada y rigurosa. Difundido, figurará forzosamente en la historia como apéndice complementario de la carta de dimisión. Son actos correlativos y tan ligados entre sí, que se explican mutuamente. Es la sonrisa, y no la renuncia, la que clausura la vida política del señor Azaña. El escritor extraviado está de nuevo ante sus cuartillas y sus libros. ¿Sin ninguna desazón? ¿Curado de remordimientos? En todo caso, un no sé qué indefinible velará, con barniz de melancolía, para todos los lectores, la producción del escritor. El castellano seguirá siendo terso y límpido, la metáfora bella, el pensamiento riguroso... Todo igual que ayer y, sin embargo, todo ¡tan distinto! Cruelmente distinto. Inapelablemente distinto. Un primer encuentro con el escritor, la lectura de "La velada de Benicarló", saca de lo hipotético mis palabras para situarlas en el terreno de los hechos comprobados.

El presidente de las Cortes se apresuró a poner en conocimiento de los miembros de la Diputación Permanente de Cortes la comunicación del señor Azaña. La reunión se celebró en el restaurant Lapérouse, Quai des Grandes-Augustins, con un orden del día gastronómico bastante más sabroso que el político. A la reunión asistimos, además de Martínez Barrio que nos convocó, Palomo, Baeza Medina, Fernández Clérigo, Vargas, Santaló, Valentín, Ferres, Araquistain, Prat, De Gracia, Lamoneda, Albornoz, Pascual Leone, Jáuregui, Sapiña, y yo. No se pudo convocar, por desconocer su paradero, a los miembros de la minoría comunista, y excusó su ausencia, por enfermedad, el señor Portela Valladares. Martínez Barrio, después de leer el escrito de renuncia de Azaña, se refirió a los inconvenientes constitucionales que se presentaban para darle una tramitación correcta. Según nuestra Constitución,

artículo 74, "en caso de impedimento temporal o ausencia del Presidente de la República, le sustituirá en sus funciones el de las Cortes, quien será sustituído en las suyas por el vicepresidente del Congreso. Del mismo modo, el presidente del Parlamento asumirá las funciones de la Presidencia de la República, si ésta quedara vacante; en tal caso será convocada la elección de nuevo Presidente en el plazo improrrogable de ocho días, conforme a lo establecido en el artículo 68, y se celebrará dentro de los treinta días siguientes a la convocatoria. A los exclusivos efectos de la elección de Presidente de la República, las Cortes, aun estando disueltas, conservan su poderes." El 68 dice así: "El Presidente de la República será elegido conjuntamente por las Cortes y un número de compromisarios igual al de Diputados. Los compromisarios serán elegidos por sufragio universal, igual, directo y secreto, conforme al procedimiento que determina la ley. Al Tribunal de Garantías Constitucionales corresponde el examen y la aprobación de los poderes de los compromisarios". El mecanismo para sustituir al Presidente dimisionario sólo podía ser puesto en marcha en su primera parte: haciendo que el de las Cortes asumiese las funciones que abandonaba Azaña; no había forma de pensar, atendida la situación de la península, en la elección del nuevo jefe de Estado. Era urgente, en cambio, que lo hubiese, trasladándose, inmediatamente, a la zona centro-sur para reforzar las gestiones diplomáticas del gobierno. Personalmente me mostré partidario de dar a Martínez Barrio cuantas facilidades solicitase y en una entrevista con él me ofrecí a acompañarle en su viaje a España si reputaba ventajoso llegar rodeado de algunos miembros de la Diputación Permanente de Cortes. Esta fué, justamente, una de las exigencias a que condicionó su aceptación Martínez Barrio: el ir acompañado de un representante de cada minoría parlamentaria. El acuerdo de la reunión fué el siguiente:

"La Diputación Permanente de Cortes ha conocido la dimisión presentada con fecha 27 de febrero último por S. E. el señor Presidente de la República, acordando, vista la imposibilidad de reunir de momento el Parlamento pleno, darse por enterada.

Declara asimismo, ante la eventualidad de que el señor Presidente de las Cortes acepte la Presidencia interina de la República, previa la prestación de la promesa constitucional, que llegado tal caso se dispone a colaborar en la obra política que por medio de su gobierno marque, si tiende exclusivamente a liquidar con el menor daño y sacrificio posibles y en función de un servicio humanitario, la situación de los españoles."

La opinión de Martínez Barrio

La posición del señor Martínez Barrio consistía en negar que la sucesión del Presidente dimisionario fuese un acto automático. En este punto concreto, las opiniones eran divergentes, mayoritaria, por supuesto, la que afirmaba el automatismo de la sustitución. Argumentos: el artículo 74 y el precedente —protagonista el propio Martínez Barrio— establecido con motivo de la destitución por el Parlamento de don Niceto Alcalá Zamora. Forzar con votos el criterio del Presidente de las Cortes equivalía a cosechar su renuncia, aumentando, con una más, las dificultades. Lamoneda, en nombre de la minoría socialista, dijo: "La Diputación debe dar por recibida y aceptada, en nombre del Parlamento, la dimisión del Presidente de la República, y con el fin de facilitar, dadas las circunstancias extraordinarias en que se produce, la sucesión de la primera magistratura del Estado, aceptamos los términos en que está redactada la propuesta del señor Jáuregui." Don Diego comunicó que se iba a dirigir telegráficamente al señor Negrín notificándole el acuerdo, adelantándole su pensamiento y pidiéndole el suyo para, con la respuesta del jefe del Gobierno, fijar definitivamente su decisión. "Sólo aceptaré la nueva responsabilidad —aclaró— si dispongo de plena autoridad para realizar la única obra que cumple a la situación creada: terminar la guerra con el menor número de estragos posibles. Para eso me es indispensable conocer cuál es el pensamiento de Negrín. Me negaré a ir a España para ser una nueva bandera de discordia o para ver, por unas u otras razones, limitada o coaccionada mi autoridad. Iré, inmediatamente, si la libertad de mis actos está asegurada, y, para que ellos respondan al pensamiento que nos es común, insisto en pedirles que me acompañe, no la Diputación Permanente en su totalidad, sino un representante de cada minoría, a los que consultaré, si el caso se presenta, mis decisiones. Su consejo puede suplir, si en ello estamos de acuerdo, el de los partidos. Podemos convenir en vernos mañana a la tarde, para que, si tengo la respuesta de Negrín, conozcan mi decisión y en caso de ser afirmativa, formalicemos el acto de la promesa." Perdíamos veinticuatro horas en una ocasión en que cada minuto tenía un precio sagrado. Pero seguíamos sin poder forzar la máquina. Intentarlo era darse en bruces con la dimisión de Martínez Barrio que se comportaba, a su vez, la del vicepresidente del Parlamento, señor Fernández Clérigo, que así nos lo había anunciado con las expresiones más solemnes y aparatosas, recordándonos que antes de que se pensase en él debía ser llamado a ejercer su responsabilidad el primer vicepresidente, señor Jiménez Asúa. Siendo razonable el recordatorio de Fernández Clérigo, nadie lo tomó en consideración. ¿Por qué? Detrás de estos tres nombres: Martínez Barrio, Jiménez Asúa, Fernández Clérigo,

quedaba un cuarto: Dolores Ibarruri. ¿Iría a parar la sucesión de Azaña a la diputado comunista, a la sazón en Madrid? La sola enunciación de esa posibilidad motivó los más vivos comentarios. No quedaba más recurso que esperar la respuesta de Negrín al telegrama de Martínez Barrio. Este, en juicio de los más avisados, no tenía la menor gana de pechar con el cargo, poco apetecible, de Presidente de la República y ganaba tiempo en espera de un desenlace que le economizace el viaje a España, acumulando sabias dilaciones. Los que eso pensaban preveían una larga correspondencia telegráfica, al final de la cual el cauto político sevillano pondría en nuestro conocimiento, con la ayuda de un documento conceptuoso, lo que estábamos tratando de evitar: su dimisión. Mi criterio no se sumaba al de los mal pensados. ¿Por qué no encontrar justificadas las garantías que solicitaba Martínez Barrio? Mi buena fe se apoyaba en el hecho, bien digno de valoración, de que el Presidente de las Cortes hubiese permanecido en España, sin moverse de ella, durante todo el período de la guerra. Llamado, por defección ajena, a liquidar una situación trágica, ¿cómo negarle derecho a matizar su sacrificio? Para no aceptarlo tenía las mismas razones del dimisionario, susceptibles de ser manejadas por él. No las hizo suyas y dijo a la Diputación Permanente, con la necesaria nitidez, cómo aceptaría y cómo no aceptaría el nuevo cargo. La condición más enojosa —su solo anuncio produjo incomodidad— consistió en reclamar la compañía, para el viaje a España, de un diputado de cada grupo. No se llegó a la prueba. No hubo, pues, ocasión de conocer la reacción última de los diputados y eso salimos ganando todos, quedando con libertad de juicio, por esa circunstancia, para ser jueces de las demoras y vacilaciones de Martínez Barrio.

Dos días esperamos la respuesta de Negrín, que no llegó. (Negrín recibió el despacho del Presidente de las Cortes y redactó una respuesta congruente que no se transmitió a París). El seis de marzo volvió a reunirse la Diputación Permanente, y Martínez Barrio declaró: "Tengo que manifestar que, en relación con los acuerdos de la sesión anterior, envié un radiograma al señor Presidente del Consejo de Ministros, don Juan Negrín, participándole los acuerdos de la Diputación y mis propios puntos de vista respecto a las condiciones de asunción de la Presidencia interina de la República, pidiéndole la exposición de los suyos y la resolución que, en vista de ello, aquél tomase. Dicho radiograma fué remitido por mediación del antiguo embajador en París, señor Pascua, la misma noche del día en que se celebró la sesión de la Diputación Permanente, sin que hasta el momento en que se celebra la actual se haya recibido contestación alguna, y en vista de la falta de contestación, que tiene diversas causas posibles que la justifiquen, me he visto en la imposibilidad de decidir sobre la aceptación o no del cargo de Presidente interino de

la República." Resultados de esa declaración fué la propuesta del señor Valentín, que se aprobó, concebida en los siguientes términos: "La Diputación Permanente se da por enterada de las manifestaciones del señor Presidente y hace constar que la falta de contestación al radiograma dirigido por el señor Martínez Barrio al señor Presidente del Consejo de Ministros, utilizando el conducto del Agente Diplomático de España, antiguo embajador en París, señor Pascua, ha impedido resolver definitivamente sobre la sustitución interina del Presidente de la República." Negocio concluído. No ha llegado la respuesta esperada —hecho que tiene "diversas causas posibles que lo justifiquen"— y, en su consecuencia, Martínez Barrio no puede decidir...... Queda en París, en funciones de Presidente de las Cortes. Cinco días después pide a don Marcelino Pascuá una certificación de conducta (1). En posesión de ella se considera a cubierto de todo reproche ulterior. Tranquilidad de conciencia, suprema satisfacción de los que han cumplido con su deber. La Patria —con mayúscula, y en el viejo estilo tribunicio que hace al caso— no olvidará nuestros nombres. Los pondrá, de oro y azul, donde se vean bien.

---

(1) El texto de las cartas es el siguiente: "París, 8 de marzo de 1939. — Excmo. Sr. Don Marcelino Pascua. — Hotel Majestic. — París. Mi distinguido amigo: Agradeceré a Ud. me comunique oficialmente que no he recibido ningún radiograma, contestando a la consulta que en nombre de la Diputación Permanente de las Cortes y en el mío propio hice el viernes, tres del actual, por conducto de Ud. al entonces Presidente del Consejo de Ministros de España, Excmo. Sr. Don Juan Negrín. — Gracias anticipadas de su affmo. ss. q. e. s. m. — Diego Martínez Barrio".

"París, 8 de marzo de 1939. — Excmo. Sr. Don Diego Martínez Barrio. — Presidente de las Cortes. — París. — Mi respetado Presidente y querido amigo: En respuesta a su carta de fecha de hoy, tengo el honor de comunicarle que el radiograma en que se trasladaba al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros el acuerdo tomado por la Diputación Permanente de las Cortes, en su reunión del tres del corriente. fué expedido a Madrid el mismo día tres, en despacho que comenzaba con el, grupo numérico 75.160. Posteriormente no he recibido telegrama alguno de España para transmitirle a Ud., ni ningún otro que pudiera suponerse era contestación al de referencia. Se reitera suyo affmo. ss. q. e. s. m. — Marcelino Pascua."

CAPITULO LV

La convicción íntima de Negrín. — Sus trabajos diplomáticos para terminar la guerra. — Resistir, ¿para qué? — Descomposición de la zona centro-sur. — Un manifiesto de los comunistas. — El "Memorial de Santa Elena". — Código de conducta de Azaña. — "¿Qué es lo que defendemos si todo está perdido?" — Los ministros en Madrid. — La consulta de Giral. — Virulencias anticomunistas. — Una reunión a bordo del "Cervantes". — Conferencia de Negrín con los Mandos Militares. — Miguel Buiza, discrepante. — Casado y Matallana aplauden a Negrín en público y felicitan a Buiza, en secreto. — Cartagena. — Pequeña nómina de mandos traidores. — El escándalo de los pasaportes. — Negrín, emplazado.

NEGRIN entra en Francia el día nueve de febrero y ese mismo día, a la noche, sale de Toulouse, en avión, para la zona centro sur de España. ¿Cuál es su pensamiento íntimo? ¿Qué secreto propósito le anima a comenzar el viaje? Es el gobernante de la consigna de granito: resistir. Sus reacciones públicas consienten afirmar que no ha rectificado. Y sin embargo, nadie conoce mejor que él lo inane de su divisa. Sabe que la derrota es irremediable. No establezco una suposición, proclamo una verdad, susceptible de prueba. Cuando finaliza el repliegue de nuestras fuerzas sobre Francia, pocas horas antes de nuestra propia retirada a las últimas casas españolas del Perthus, Negrín nos descubre, saliendo de un mutismo sombrío, su pensamiento: "Esperemos que la segunda parte podamos llevarla a buen término con el mismo éxito". Esa segunda parte es la evacuación de la zona centro-sur. Inequívocamente, la guerra está perdida. Un contingente considerable de españoles vamos a rodar por el extranjero en las peores condiciones. Negrín me dicta, todavía en España, una orden que mecanógrafio y distribuyó a los interesados. Dice: "Los señores Alvarez del Vayo, Méndez Aspe, Zugazagoitia y Méndez (don Rafael), con los colaboradores que consideren necesarios, y eventualmente con la cooperación del señor Prieto, procederán inmediatamente a la ordenación y situación de los emigrados de España en los distintos países del mundo, creando para ello, rápidamente, un

organismo eficaz que se ocupe de realizar el trabajo de referencia". Este encargo pone de manifiesto la convicción de Negrín y nos lo presenta ajeno a toda esperanza de victoria. Si se aferra a su postulado y recomienda la resistencia es al solo efecto de negociar una capitulación que permita la retirada de los combatientes, civiles y militares, que hayan contraído responsabilidades graves, y prohiba a la fracción victoriosa el ejercicio de las represalías. A cambio de esas dos concesiones humanas, Franco entrará en posesión de su victoria sin disparar un tiro y recibirá, sin daños que lo empobrezcan más, nuestro aparato militar, los valores económicos existentes todavía, y a título de vencido, en el que ejecutar un castigo simbólico, la persona del jefe del gobierno derrotado, don Juan Negrín. Con ese pensamiento, y la esperanza de verlo cumplido, Negrín vuela de Francia a España. La excesiva reserva en que, quizá por pudor, guarda su actividad, le perjudica. Sus propios colaboradores ministeriales no tienen sino una muy vaga noticia del juego diplomático, que viene desarrollando el presidente. Y aun para alcanzar esa poca información fué necesario que un ministro sin cartera, don Tomás Bilbao, ofendido por tanto mutismo desconsiderado, encarándose con Negrín le gritase: "Yo no sé estar en ninguna parte sin decoro". A continuación del incidente, delante de los ministros reunidos, el presidente hizo un relato de sus actividades, callándose la oferta de su vida, por una razón de elegancia espiritual o un defecto de su orgullo aristocrático. En uno u otro caso, impolíticamente, que la política, mucho más cuando se hace en períodos dramáticos, reclama, por manera imperiosa, el concurso de los gestos románticos, de efectos infalibles, pese a su descrédito minoritario, sobre la masa, insuficientemente educada para discernir lo honesto en materia de estilos. Esta ignorancia deliberada de Negrín será, con otras, causa eficiente del golpe militar que encabeza el coronel Casado.

En la zona centro-sur

El único designio visible con que Negrín comparece en la zona centro-sur es el de la resistencia. Resistir ¿para qué? Es la pregunta unánime. No hay un combatiente que crea en la victoria. La caída de Barcelona, la pérdida de Cataluña, con el efecto internacional del reconocimiento de Franco por Francia e Inglaterra, han destruído las esperanzas hasta de los más alucinados: los comunistas. Las propias tropas en línea sienten relajárseles la disciplina y las deserciones aumentan en forma alarmante. Las que no se pasan al enemigo, se retiran de las trincheras buscando el camino de sus casas. En las ciudades, todos ven el bulto de la derrota y son muchos los que, para no quedar expuestos a sus consecuencias, buscan contacto con el enemigo, al que sirven

con el celo de quien espera hacerse perdonar una culpa grave. El aire comienza a podrirse. ¿Percibe Negrín la nueva realidad? ¿Se ocupa alguien de hacerle conocer la virulencia de los gérmenes de descomposición? Las personas que rodean al presidente están, como él, aferradas a la política de resistencia. Son comunistas. El órgano de autoridad de su partido ha hecho público un manifiesto en el que se ratifica la conveniencia de seguir combatiendo con la pasión del primer día, único modo de alcanzar la victoria. El documento de referencia especula con la esperanza, abandonada hace meses, de una conflagración europea. Ningún eco cordial responde a esas palabras. Son un grito en el vacío, salvo para los militantes comunistas de responsabilidad, esto es, para aquel grupo de personas que rodea a Negrín y prolonga, desde puestos diferentes, su autoridad. Otros que no sean los comunistas, si exceptuamos los ministros, que ya están en Madrid, no se han decidido a acompañarle, eludiendo el cumplimiento de sus órdenes con diferentes pretextos. Sus llamadas angustiosas han sido desestimadas por el presidente de la República que, agotada la posibilidad de demorar una resolución, dimite su magistratura, de la que el presidente de las Cortes se niega a hacerse cargo sin tener, previamente, una respuesta concreta a la consulta que ha formulado. Negrín envió a París al ministro de Estado para que persuadiese a Azaña, pero éste había descubierto en el "Memorial de Santa Helena" un código de conducta, según confesó a algunos de sus amigos, que no dejaron de recordar, con tristeza, la anotación de Las Cases correspondiente al día 29 de junio de 1815: "El emperador, dispuesto a partir, se ofrece, por conducto del general Becker, al gobierno provisional para ir como simple ciudadano a la cabeza de las tropas. Promete rechazar a Blücher y continuar inmediatamente su camino. Rehusado el ofrecimiento abandonamos la Malmaison". Atrincherado en la lectura del Memorial, Azaña recusó la apremiante invitación que le transmitió Alvarez del Vayo. Su renuncia a la jefatura del Estado es un nuevo elemento desmoralizador que acelera el proceso de descomposición de la zona republicana. "¿Quién es el presidente de la República al dimitir Azaña e inhibirse Martínez Barrio? ¿Hasta qué punto es constitucional el gobierno Negrín? ¿Qué es lo que defendemos si todo está perdido?", son inquietudes generales que descorazonan a los republicanos y les predisponen, ignorantes de lo que sucede, al abandono de las armas y a peligrosos repliegues morales. En el centro de esta anormalidad se instalan, proliferando como en cultivo apropiado, los agentes del adversario. Su principal ocupación se limita a hacer circular toda clase de rumores y noticias desmora-

lizadoras. Lo absurdo deviene más verosímil que lo lógico, la mentira obtiene más crédito que la verdad.

La decadencia de la autoridad

La existencia del Gobierno es precaria. Le falta el aparato administrativo; no tiene en qué apoyarse. Las principales palancas de mando están en otras manos que las de los ministros, quienes domiciliados en Madrid, cablegrafían al extranjero, ordenando la incorporación a sus servicios respectivos, a funcionarios que encuentran más ventajoso para ellos continuar en Francia. Los miembros del Gobierno no pueden saltar sobre su sombra y necesitan atemperar su conducta al margen de las posibilidades que les concede la situación. El temple no es igual en todos; varia con el temperamento de cada uno. Mi sucesor, por ejemplo, es hombre enseñado a mirar a la muerte de cara. Suponerle la menor arruga en el ánimo es ignorarle en absoluto. Paulino Gómez, que vive para darse una moral heroica, pensaba en todo menos en su propia y personal seguridad. Estima en más su conducta que su vida, como siempre. Otro a quien, por su historia, por su educación doctrinal, y hasta por su tipo, le atribuyo serenidad fanática, es Blanco, ministro de Instrucción Pública. Mi estimación está inserta en lo racional, aun cuando en materia de reacciones ante el peligro he padecido las más sorprendentes decepciones, al punto de que reputo imprudente someter la mitología popular a prueba de ninguna especie. Antídoto contra esas cobardías, el júbilo de reciedumbres inesperadas. Tal el caso del ministro sin cartera, don Tomás Bilbao, caso tanto más valioso cuanto que el interesado no atribuye mérito alguno a la temperatura de su ánimo. La agudeza de su sentido crítico no le permite equivocarse sobre el valor dramático de las horas que está viviendo en Madrid. Por si lo hubiese anestesiado deliberadamente, un colega se lo despierta. Pasea este último sus pensamientos sombríos por el salón de la Presidencia, buscando un cansancio que le enerve, y encarándose con Bilbao le reprocha su vaticinio de Toulouse: "¡Y decía usted que saldríamos por la puerta grande!" El aludido al escuchar su augurio transformado, por diferencia de acento, en presunción fatal, sonrió a través de una confirmación más tajante que sincera, que el afligido consejero acogió con un "¡sí! ¡sí!" escéptico y aplanado. En todo caso, había que inquirir dónde conducía la metafórica puerta grande ¿a la vida? ¿a la muerte? Tomás Bilbao no se interesaba por saberlo. Se conformaba con la seguridad de que la puerta fuese adecuada a la altura de su propia estimación. Epílogo o capítulo, estaba resuelto a meter en él la dignidad y el orgullo de su vida en plenitud. Los ministros se mantienen, con mayor o menor pasión,

siempre con decoro, en sus puestos. Falta en la formación don José Giral, quien, al cesar en su cometido oficial cerca de don Manuel Azaña, pregunta telegráficamente desde París lo que debe hacer e interesa, si ello es posible, una comisión en el extranjero. (Esta consulta la hace Giral desde la cama, enfermo. Cuando Rafael Méndez y yo le visitamos, interesados en conseguir su colaboración para dar cumplimiento a la orden de la Presidencia, creadora de la oficina de ayuda a los refugiados, don José Giral, además de leernos el telegrama que había dirigido a Negrín, nos hizo conocer su estado de ánimo: toda su familia se oponía a que se trasladase a España, en cambio, él deseaba realizar el viaje, más que por solidaridad ministerial, por unirse al hijo que le quedaba en la zona centro-sur. Concluyó: —"No sé lo que haré. Tengo varios días, los que tarde en reponerme, para decidir. De momento espero la respuesta de Negrín".)

Si la autoridad de los ministros ha disminuído, la merma no les es imputable. La suya, y la de todas las jerarquías, está en baja. Si el ministro es menos ministro, el general no es general. La decadencia de la autoridad está concienzudamente fomentada, a favor de los acontecimientos, por los colaboradores de Franco. Dientes de roedores se encarnizan contra todos los prestigios. Todo son facilidades para el enemigo. La República no tiene Presidente. La mecánica constitucional está rota. El pueblo ignora dónde se le conduce, sin que haya nadie que se tome el trabajo de decírselo. Los que hablan, sólo persiguen un objetivo: confundirle, para provocar su desesperación y su violencia. ¿Para qué resistir cuando todo está inexorablemente perdido? Falta quien le grite, desnuda, brutal, rigurosamente exacta, la única y última verdad republicana. Resistir para evitar, sino la derrota, las hipotecas sangrientas de la derrota. En vez de esa verdad, ruda, pero clara, los comunistas difunden un manifiesto en el que ratifican, con la ecuación conocida, su política del primer día: por la resistencia a la victoria. Punto de apoyo de esa esperanza: la inminencia de una guerra europea. Esas palabras se reciben como un desafío. Exacerban todas las larvadas virulencias anticomunistas. La fábrica de rumores del enemigo puede dejar de funcionar. Todo el trabajo se lo van a dar hecho. En lo sucesivo, los agentes de Franco se limitarán a soplar en la pasión antisoviética que ha encendido el imprudente manifiesto. Resistir, se dice, en interés de Rusia. Su consigna tajante es la de prolongar indefinidamente la guerra en España para desgastar en ella el potencial militar de Alemania e Italia, naciones con las que acabará por tener que enfrentarse. ¿Absurdo? ¿Increíble? la credulidad maligna de los desesperados supera lo imaginable. Dado el ambiente, lo más disparatadamente ilógico tiene una demostración matemática. El anticomunista deja de ser un sen-

timiento culto, para convertirse en una bandera de combate. Algunos diarios acabarán dando un rudo contenido al apasionado movimiento. Feos adjetivos seguirán a los nombres de Stalin, Molotov, Vorochilov, etc. El estallido retumbará en el pedazo de España republicana, con violencia de cólera apocalíptica. El rayo irá buscando la cabeza de Negrín, gobernante en quien se concretarán todas las responsabilidades.

El día mismo de llegar aquél a España, el jefe de la flota convocó a bordo del "Cervantes" una reunión del Estado Mayor Naval, ampliado por la presencia de los jefes de las flotillas de destructores. Cuando los convocados se constituyeron en Consejo, don Miguel Buiza les notificó que desistían de celebrar la reunión porque, en aquel momento, conocía la entrada en España del jefe del Gobierno. Añadió, sin embargo, que a "pesar de la llegada de Negrín", teniendo en cuenta que éste no había cumplido ninguna de las promesas que había hecho y sí realizaba una política de engaño y mistificación de la verdad, el mando de la flota (almirante y comisario político), iba a entrevistarse con él para pedirle que concretara lo que pensaba hacer, a fin de sacar el mejor partido posible de la crítica situación creada y exigirle pruebas de sus promesas, ya que de discursos vanos estaban hartos el pueblo y los combatientes". Negrín es, en concepto de sus propios subordinados, un impostor peligroso al que resulta necesario interpelar con rudeza. No inspira confianza. Rodeado de comunistas —únicas personas que han accedido a acompañarle—, todo cuanto intente para remediar el estado de descomposición, sirviéndose de sus colaboradores inmediatos, se estimará como un reto. Una obediencia vergonzante le simula, entre los jefes militares, acatamientos. Sólo el jefe de la flota se le enfrenta sin máscara y le dice lo que siente. Sacrifica la subordinación a la lealtad. El enojo extravía el juicio de Negrín. Buiza publica, honradamente, lo que, cínicamente, condenan y desaprueban Casado y Matallana, preparados moralmente para derrotar a Negrín...

No se puede resistir por sistema

El once de febrero, Negrín se reunió con los mandos militares. En la estimación de algunos, el Presidente hizo un informe frívolo, caprichoso, poco conforme con la situación real. Corolario de su discurso: Necesidad de apurar la resistencia hasta el último momento. Sólo una de las autoridades reunidas marcó, en términos categóricos, su disconformidad: don Miguel Buiza, jefe de la escuadra. Tesis del opositor: "No se puede resistir por sistema, prolongando innecesariamente un sacrificio estéril. Es preferible encararse con la verdad creada después de la pérdida de

Cataluña y sacar de ella el mejor partido posible. La desmoralización ya hacía marea alta y sólo la apertura de unas negociaciones de paz es aconsejable". La crudeza de esta discrepancia metió una barra de hielo en la reunión. Casado y Matallana, dando forma al pensamiento de sus colegas, rechazaron como censurables las palabras de Buiza, aprobando y encomiando el informe de Negrín. Este interrogó al jefe de la flota:

—¿Ese criterio es personalmente suyo, o colectivo de la flota?

Respuesta. — De la escuadra en pleno.

El presidente volvió a hablar a los reunidos. Sus palabras fueron un elogio del ejército. Insistió con fuerza en la necesidad de resistir. Al terminar de hablar, vibrando todavía la última admiración ortográfica, los jefes militares, de pie, le hicieron una ovación. Continuó sentado —ojos de asombro, manos cruzadas— el jefe de la flota, que, al retirarse Negrín, se vió increpado por el jefe del ejército de Andalucía. Aun había de sufrir otra prueba el inalterable temperamento de Buiza. Disuelta la conferencia, Casado y Matallana se le acercaron para felicitarle y asegurarle que compartían su criterio, estimando que Negrín estaba ofuscado, no habiéndolo manifestado así en la reunión porque ésta, convocada inesperadamente, no les había dado tiempo para consultar con los jefes de cuerpo de ejército. Le prometieron evacuar esas consultas y volverse a reunir con él. ¿Está aquí la almendra del golpe de Estado? ¿Tiene orígenes más remotos? A partir de ese día el jefe de la flota se desplaza, con frecuencia inusitada en él, del puerto de mando, y celebra diferentes entrevistas con los militares que ovacionaron al presidente del Consejo. ¿Estimula el general Rojo desde Perpignán esas actividades de sus colegas? Corre el rumor —probablemente falso— de que se han interceptado cartas de Rojo en las que se anatematiza la política demencial del presidente y del ministro de la Guerra. Los comunistas le disciernen el título de traidor. Estas fulminaciones han perdido su fuerza. Ser denostado por los comunistas se ha convertido en un honor. Polarizan todos los odios, representan todas las derrotas, son, en definitiva, el enemigo.

La "quinta columna' en la flota

Los agentes de Franco han logrado la diversión estratégica a que aspiraban. Pueden avanzar en su osadía. Cartagena, con la escuadra, tienta su codicia. El ambiente de la ciudad les es propicio. Está, desde hace tiempo, corrompido. Los grupos de falangistas, parapetados en toda suerte de carnets políticos, no han dejado de trabajar, protegidos por una relajación de la moral, que, denunciada constantemente, no han sabido corregir las autoridades. En los buques, sin que lo barrunten los comisarios, hay man-

dos que sirven los designios de los cuadros fascistas. Eugenio Calderón, comandante del C-4, se jactará en Bizerta de no haber torpedeado, pudiendo hacerlo, el "Canarias", porque en él "iban sus compañeros". El más autorizado colaborador de Franco en la flota era el jefe del E. M. Luis Abarzuza, al que ayudaban en su cometido desmoralizador Meroño, Armada, Núñez de Castro y Ahumada, afiliados secretos de Falange. Uno de los méritos que se atribuyó este grupo fué el de haber impedido que el "José Luis Diez" forzase el paso del estrecho de Gibraltar. Constantemente ausentes de los buques, bombardeados a diario por la aviación, rebelde, conspiraban en tierra y contribuían con sus informes desmoralizadores a crear las condiciones favorables para un golpe de mano. Esas condiciones aumentaron súbitamente con un feo asunto de pasaportes. El jefe del Estado Mixto de la Base, Vicente Ramírez, y el de Servicios Civiles de la misma, José Samitiel, comenzaron secretamente a proveer de aquéllos, visados por el cónsul francés, a las personas que según su juicio estaban más comprometidas. Roto el secreto de sus actividades, instalaron una oficina en el Ayuntamiento, donde siguieron despachando pasaportes. Se enteró la marinería; corrió la noticia entre la población. El secreto lo publicaron algunos de los beneficiados con el documento, del que se servían para escandalizar a los marinos. La irritación de éstos era menor que el aplanamiento de la población civil. Una tarde, como las chimeneas del "Miguel de Cervantes" arrojasen humo, el muelle se llenó de una masa humana cargada de sacos y maletas. El miedo colectivo agarrotaba todas las voluntades y las destruía. Sólo se consideraban seguros los que disponían de un pasaporte visado. El inútil documento se había abaratado de tal manera que eran centenares las personas que lo poseían. Para cortar el escándalo, que adquiría proporciones considerables, Bruno Alonso habló en el cinema Sport, el 28 de febrero. El comisario general de flota dijo, a un auditorio compacto, que conocía el asunto porque tenía la prueba en los bolsillos o la había visto y tocado, que "la distribución de pasaportes era falsa; pero que si por casualidad fuese verdad tal documento no servía para nada, pues, con pasaportes o sin ellos, nos salvaremos todos o pereceremos todos". Un testigo del acto afirma que sólo aplaudieron con entusiasmo los poseedores de salvoconducto. El escándalo arrastraba su cola por el barro de las calles. El discurso de Bruno Alonso no había tenido ninguna eficacia... Decididos a obrar, los fascistas intentaron apoderarse de los buques "Lepanto" y "Almirante Antequera", que habían salido a ejercicios. El "Lepanto" corrió un cierto riesgo, pues en la conspiración participó el propio comandante, Federico Vidal, a quien por toda sanción se le desembarcó, dándole destino en la Base. Nadie pen-

só en exigir responsabilidades a los comprometidos. Tan verticalmente había caído la disciplina.

El día 2 de marzo, a las 3 de la tarde, el jefe de flota llamó al "Cervantes" a todos los mandos de los buques de combate. Buiza dijo a sus compañeros lo que sabían y lo que ignoraban: Que, dimitido Azaña, Martínez Barrio se negaba a sustituirle; capitulación de Mahón, y reconocimiento de Franco por Francia e Inglaterra. En estas condiciones, declaró, cualquier persona honrada tiene que reconocer que la guerra está perdida. La parte inédita del informe publicaba que, de acuerdo los jefes del ejército y el de la escuadra, habían dado un plazo a Negrín para que terminase la guerra.

—Yo les pido a ustedes, en lugar de exigirles, como puedo, lealtad y confianza en el mando de la flota.

Después de Buiza habló Bruno Alonso. Se mostró conforme con lo expuesto por el mando militar. Su discurso, extenso, quedó concretado en las afirmaciones siguientes: "El plazo dado a Negrín termina esta semana. Negrín ha prometido solucionar el problema de una manera humana. Es necesario preparar a las dotaciones para que estén dispuestas a todo, dándoseles cuenta, a la vez, de la próxima terminación de la guerra". Varios comisarios políticos preguntaron detalles de lo que se pensaba hacer. Bruno Alonso les contestó que se habían tomado todas las medidas, que el movimiento era general, y que todo el mundo estaba de acuerdo. Los comandantes de los buques no propusieron ninguna cuestión. La reunión terminó silenciosamente. De ella se dió cuenta a las tripulaciones. El comisario general pasó una circular a los comisarios de buques con instrucciones sobre la manera de proceder... El desenlace no va a hacerse esperar. Simultáneamente a las consignas del mando de la flota, los jefes de los grupos fascistas distribuyen las suyas. Se ve que tienen información puntual y exacta de la reunión celebrada en la nave capitana. Acechan el momento de apoderarse de la base naval. Cuentan, impacientes, las horas. Están seguros de su victoria. Tienen fe. Y, lo que nosotros hemos perdido, disciplina.

CAPITULO LVI

El cometido de la escuadra en el golpe de Estado. — Los trabajos clandestinos de Casado. — Negrín, gobernante providencial. — Comedia de la obediencia militar. — Un secreto a voces. — Ultima reunión de Negrín con los mandos militares.— Casado, ascendido a general. — Buiza, reprendido. — Convocatoria del presidente a los ministros y orden a Casado. — Una mirada huidiza y un actor perfecto. — Un juego de señales que los ministros no ven. — La escuadra enciende las calderas. — Destitución del jefe de la base naval de Cartagena. — Nombramiento de Galán. — Contraorden de Matallana a Buiza. — Consejo de Ministros en la posición Yuste. — Noticia del golpe de Estado. — Conferencias telefónicas con Madrid. — Matallana en escena. — El gobierno dispone de ochenta hombres. — Consejo de Negrín a los partidos. — Salida para Francia.

DESPUES de la reunión de marinos que presidió en la navío insignia, Buiza hizo un viaje para conferenciar con el general Matallana, con quien precisó los detalles de conducta a que debía ajustarse la flota. Esta, según lo estipulado, se haría a la mar y, seguidamente, conminaría al gobierno Negrín a rendir sus poderes a una Junta Nacional, encargada de pactar una "paz digna". Casado, en Madrid, evacuaba consultas y postulaba adhesiones para constituir el órgano de autoridad que suplantase al Gobierno. El jefe del Ejército del Centro, que da su apellido al golpe de Estado, ponía en ese trabajo clandestino el sigilo riguroso de quien no quiere comprometerse. "Cuando yo visité por primera vez al coronel Casado —ha escrito Wenceslao Carrillo—, ya se encontraba en relaciones con los representantes de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales, a los cuales había expuesto su iniciativa de destituir al gobierno Negrín y constituir un Consejo Nacional de Defensa, en el que elemento militar no tuviese más que una representación, a fin de que el pueblo no lo confundiera con una militarada." Esas relaciones del coronel Casado con los representantes de los partidos y sindicatos, coinciden, curiosamente, con sus más solemnes muestras de adhesión

a Negrín. El jefe del Gobierno y ministro de la Guerra es, en concepto de su aparente subordinado, un gobernante providencial, "el salvador de España". La obra cumplida por él es extraordinaria. Llegará un día en que toda la nación lo proclamará unánimemente, pero, entre tanto, hay que vivir en guardia contra los despechados y los descontentos. Casado asegura haber hecho abortar un complot y se muestra decidido a ser inclemente con los perturbadores; pero como esto podía no ser bastante, se creyó en el caso de ofrecer a Negrín una casa del Paseo de Ronda, magnífica por sus condiciones de seguridad, que aumentarían a favor del equipo de hombres que había personalmente elegido para montar la guardia. Este exceso de celo, contrariamente a lo que se prometía Casado, suscitó las sospechas de Negrín, quien se puso a observar al coronel. Las observaciones confirmaron la legitimidad del recelo y a partir de esos momento, Negrín pierde definitivamente su confianza en el coronel. Le interesa, por la importancia de las fuerzas del Centro que Casado maneja, apartarle de la jefatura de ellas. ¿Qué puede hacer para que la determinación no transparente su pensamiento? Una sola cosa: ascenderle y confiarle el mando del Estado Mayor Central, vacante por ausencia voluntaria de Rojo. Esto que Negrín proyecta hacer y acaba haciendo, no surte, por llegar tarde, el menor efecto. Si Negrín rehusa los ofrecimientos del coronel testimoniándole una gratitud casi efusiva, el militar le envía, por conducto de los ministros, al conocer su ascenso, las mejores palabras de subordinación. Esta escena es magnífica y confiere a Casado el título de excepcional comediante. Es el último acto, y hace culminar en él toda su destreza de actor. Casado se ha propuesto estar limpio de reproche hasta el final, en que pueda, por tener el golpe asegurado, arrojar la máscara y presentarse como sucesor del propio Negrín. Es casi milagrosa la manera de que se vale para sostener hasta el mismo día cuatro de marzo la comedia de su obediencia militar.

Las vísperas de la insurrección de Casado

El coronel ha celebrado numerosas entrevistas políticas y su secreto es conocido de muchas personas. Algunos de los hombres invitados a participar en la responsabilidad de constituir la Junta Nacional han necesitado consultar a sus correligionarios antes de comprometer una respuesta. Esta extensión inusitada del secreto, destruye el misterio para una multitud de madrileños. Es perfectamente riguroso, sin embargo, para la mayoría de los ministros. Uno de ellos está a punto de salir de su ignorancia al tropezar, en una camisería, con un amigo de la infancia, empleado en el consulado inglés. Una razón superior a la de la amistad

frustra la confidencia. Más tarde, ese mismo ministro recibe la visita de un funcionario de la Delegación Vasca, quien le informa de los rumores que corren por Madrid, según los cuales está en vísperas de formarse un nuevo gobierno con la participación de Casado, Besteiro y Girauta... El ministro acoge el rumor como absolutamente falso y tranquiliza a su confidente. Casado conserva entre los ministros todo su prestigio de militar leal. Nunca se ha mostrado tan subordinado para con ellos. Si algo pueden decir, no es contra él, sino contra algún colega que ha ido, en sus conversaciones con Casado, bastante más lejos de lo que la prudencia aconseja. El ministerio tiene sus contradicciones. La primera, y quizá la más fuerte, consiste en la estancia de los ministros en Madrid, en tanto que el presidente continúa en Alicante. Esta separación física es origen de muy serias perturbaciones. Casado no deja de anotar esa circunstancia y de servirse de ella. La explota en sus conferencias políticas, presentando como indispensable la destitución del Gobierno, y la utiliza en sus diálogos con los ministros, reputándose insustituíble en Madrid como militar a la devoción de la legalidad. Hace lo posible para, sirviéndose de los ministros, atraer a Negrín a la capital. No aceptemos ninguna afirmación siniestra; pero no recusemos, tampoco, ninguna hipótesis verosímil.

El último contacto de estos dos antagonistas tiene lugar en vísperas de la insurrección. Se ven en el cuartel general del presidente. Este habla a los jefes militares, generales Miaja y Matallana, almirante Buiza y coronel Casado. Les informa de su propósito de dirigirse al país y desarrolla ante ellos las líneas fundamentales de su discurso. Hablará el lunes, día seis, e insistirá en la necesidad de resistir para obtener del adversario una paz tolerable. El programa enunciado en Figueras aparece restringido al mínimo: consentimiento para hacer la evacuación de las personas incursas en responsabilidad. "La sublevación se precipitó —había de declarar Negrín— para no quedarse sin bandera." Refiriéndose a las observaciones que le habían formulado los mandos, resolvió que no debían ser tenidas en cuenta, añadiendo que estaban previstas diferentes medidas que irían apareciendo en la "Gaceta". Notificó a Casado que, con el ascenso, le concedía la jefatura del Estado Mayor Central, debiendo incorporarse a su nuevo destino en el plazo más breve posible. Se encaró con Buiza y con palabra displicente le prohibió que se ausentase del mando de la flota sin su consentimiento. ¿Intuyó Negrín que tenía enfrente cuatro sublevados? ¿Calculó bien los efectos de sus palabras? La desconfianza del jefe del Gobierno se proyectaba exclusivamente sobre Casado y Buiza; los dos generales, Miaja y Matallana, colaboradores de Casado, no suscitaban, por diferentes razones, la menor sospecha. El problema que se proponía resolver

Negrín, anular la influencia de Casado en el Ejército del Centro y la de Buiza en la Escuadra, lo estimaba sencillo. Para las dos necesidades creía poseer remedio. A Cartagena enviaría, a hacerse cargo de la base, en sustitución del general Bernal, de quien se conocía la desmoralización, a Galán; a Madrid... ¿quién enviar a Madrid? En torno al presidente sólo había militares comunistas: Modesto Lister, Cordón... ¿Fué designado el primero de los tres citados para reemplazar a Casado? Dos versiones se oponen: la negativa y la afirmativa. La primera asegura que el nombramiento llegó al Gobierno civil de Madrid, siendo anulado posteriormente con una orden telegráfica; la segunda versión, oficial, del propio Negrín, niega terminantemente que el nombramiento se hiciera. Este punto, difícil de esclarecer por el momento, continuará siendo motivo de vivas polémicas, ya que con él se intenta justificar la legitimidad del golpe de Estado casadista, presentándolo como una súbita reacción contra el deliberado entronizamiento de la dictadura comunista. En la conferencia con los mandos, a Negrín le falla, con la información, que debía haber sido mejor, la intuición. No se da cuenta de que tiene ante sí cuatro militares moralmente en rebeldía, que sólo por ventaja afectan subordinación y obediencia. Después de oir al presidente, saben lo que tienen que hacer: precipitar el movimiento antes de que sea tarde. Buiza regresa a Cartagena, embarca y, desde su puesto de mando del "Cervantes", ordena a los buques prepararse para salir a la mar... Casado, de regreso en Madrid, mima la escena final con los ministros.

La última farsa

En el último Consejo se convino que el siguiente se celebrase en Madrid. Buscaba el acuerdo hacer más efectiva la personalidad del Gobierno, al que le mermaban autoridad las reuniones que sin rigor periódico celebraba y de las que se daban referencias incompletas, conservando en secreto el lugar donde se habían celebrado. El día cuatro de marzo, el presidente convocó urgentemente a los consejeros, encargándoles que procurasen, por todos los medios, que en el viaje, para el que disponían de un avión, les acompañase Casado, cuya presencia era absolutamente indispensable. Se reunieron los ministros en el Palacio del Gobierno civil y mandaron a buscar al general, para comunicarle la orden de Negrín. Al hablar con éste, tratan de persuadirle de la conveniencia de que el Consejo, conforme a lo acordado, se celebre en Madrid. Razonan, insisten, ruegan, sin ningún resultado. El presidente les ratifica la convocatoria y les acucia a emprender el viaje, recordándoles que el general Casado debe ir con ellos. Algunos ministros rezongan, por seguir estimando que la reunión

debe celebrarse en Madrid y no en un pueblo perdido de Alicante, donde al presidente le ha dado la vena de instalar su cuartel general. Con tanto mayor motivo —se añade—, cuanto que interesa la asistencia de Casado. Este hace su aparición, acompañado de sus ayudantes. En su uniforme, detalle que llama la atención de los ministros, conserva las estrellas de coronel. Después de las felicitaciones y parabienes por el ascenso, muestras de estimación que el interesado acoge con una sonrisa japonesa, uno de los ministros le pregunta cómo no exhibe sus nuevas insignias.

—Por una contrariedad; porque falta oro para bordarlas.

Cuando se llega al tema que ha motivado la llamada, el general formula toda una serie de reservas para no cumplir la orden del presidente, siendo la principal, a la que los consejeros se rinden, la de considerar que no puede, sin imprudencia notoria, ausentarse de Madrid en el preciso momento que se alejan todos los ministros. La falacia del adversario, unida a la desmoralización de los pusilánimes, pueden crear una situación comprometida con sólo divulgar la noticia de ese viaje colectivo. Estima preferible continuar en Madrid, garantizando, con la misma fe de siempre, la fortaleza de la capital.

—Naturalmente —añadió—, que si a pesar de las razones que les expongo, el señor presidente entendiese, después de haberlas escuchado de ustedes, que mi presencia sigue siendo necesaria en la posición Jaca, una simple indicación telefónica será suficiente para que me ponga inmediatamente en camino. Estoy por entero a lo que él ordene y disponga. Si algo me atrevo a pedirles a ustedes, rogándoles que me disculpen, es que transmitan al señor presidente la seguridad de que, en tanto yo esté en Madrid, ejército y población civil responderán con fidelidad absoluta a los designios del Gobierno.

Salvo la mirada, huidiza, el general Casado, que posiblemente a esas horas tenía el borrador, cuando menos el borrador, de la proclama que a las nueve de la noche, de ese mismo día, proyectaba leer por la "radio" declarando destituído el Gobierno Negrín, se produce ante los ministros con el aplomo de una conciencia leal. Llena la escena y domina el difícil papel. Los consejeros están lejos de toda sospecha y no pueden, tan robusta es su confianza en la lealtad de Casado, inquietarse por alguno de los varios signos que las personas que les rodean les hacen. El gobernador civil, Gómez Ossorio, que tiene más de un motivo para conocer la sublevación que teje Casado, pugnando, entre dos deberes, el que le impone su cargo y el que le dicta su vieja adhesión moral a Besteiro, se ha separado de toda la actividad de estos últimos días, solicitando un permiso, que el ministro de la Gobernación le ha concedido. Gómez Ossorio no está en su despacho. No conoce la escena de Casado, de quien, en ese momento,

no hubiera podido ser cómplice. ¿Siente esa misma repugnancia Sánchez Guerra, ayudante de Casado, presente en la entrevista? Con pretexto de pedir un cigarro, atrae hacia el antedespacho a uno de los ministros y le interroga: "¿Qué hacen ustedes que no se van? ¿A qué esperan?" Y como temiendo haber sido demasiado explícito, Sánchez Guerra alude, sin ninguna convicción, a la inminencia de la ofensiva franquista. Este juego de señales, que se repite a diario, no impresiona ninguna sensibilidad ministerial. La propia orden de Negrín para Casado y la terca negativa del primero a trasladarse a Madrid, son avisos perdidos. La capacidad del coronel para la farsa se ejerce sobre un auditorio excepcionalmente preparado, por su candor, para recibirla. El jefe del Ejécito del Centro se les antoja a los ministros un modelo de militar subordinado y leal, epigono legítimo de los viejos capitanes para los que se acuñó el alto elogio: Rey servido y patria honrada. Junto a esa categoría, los avisos cautelosos de la amistad resultaban jeroglíficos indescifrables. Los ministros transmitirían al presidente el mensaje de Casado. Se sentían complacidos siendo portadores de tan admirable seguridad y habían de sorprenderse, quedando intrigados, del gesto agrio de Negrín cuando supo que Casado se había quedado en Madrid. Desde el avión en que hicieron el viaje, los consejeros pudieron apreciar un inusitado movimiento de fuerzas republicanas en las proximidades de la capital. ¿Preparativos en relación con la ofensiva de Franco de que tan reiteradamente se les había hablado? ¿Relevos normales? Ultima señal perdida.

Ese día, sábado, cuatro de marzo, los militares debían apoderarse de la autoridad, destituyendo al Gobierno. El movimiento correspondía iniciarlo a la Escuadra. Esta estaba lista para hacerse a la mar, cuando en Cartagena se conoció la noticia del nombramiento del teniente coronel Galán para jefe de la base naval. El conocimiento de la destitución del general Bernal, determina un consejo de todos los jefes de Servicios, en el que se acuerda negarse a aceptar el nuevo mando, por considerar su nombramiento anticonstitucional y representar, a juicio de los reunidos, el primer paso para un golpe de Estado comunista. El almirante de la flota se solidariza, sin contar con los comandantes de los buques, con la base y queda decidido que el general Bernal no entregará el mando. Antes de consentirle una debilidad, a la que es propicio, se le detendrá. La gestión del general en la base no pudo ser más desdichada. Vivía para inhibirse de los problemas, dejando que los resolvieran, si podían, sus subordinados. Había declarado públicamente su propósito de quedarse en España y coleccionaba méritos para hacerse perdonar su lealtad geográfica a la República. Reservaba a los fascistas los mejores puestos de la base y emancipaba del CRIM, restituyéndolos a sus casas,

a los hijos de los propietarios de Murcia. Con los testimonios de sus protegidos esperaba librar con bien del proceso que le instruyeran los vencedores. Este es el hombre en quien se estima que debe prolongarse el mando de la base, justamente en el momento en que la escuadra va a hacerse a la mar para conminar a Negrín a rendir sus poderes. Los buques están listos, en espera de la orden precisa de la capitana. Esa orden no acaba de darse. Se ha producido un nuevo accidente que la hace innecesaria. Buiza ha recibido una comunicación en que Matallana, en nombre de los jefes militares comprometidos, le dice: "Encontrándonos desasistidos por una parte del ejército y habiendo surgido algunas dificultades, queda sin efecto el acuerdo de oponerse a Negrín, siendo en consecuencia relevada la flota del compromiso contraído, pero disponiendo de libertad para proceder con arreglo a su criterio." Uno de los miembros de la Junta explica el tropiezo, que determinó un retraso de varias horas en la proclamación del golpe de Estado, "por falta de tiempo para cumplir órdenes de carácter militar." La escuadra vuelve al régimen normal. Cuando los comandantes de los buques se trasladan al "Miguel Cervantes" para conocer lo ocurrido, se les informa que todo ha quedado arreglado y que no hay novedad. "Creemos —afirma el comandante del "Antequera"— que se ha desistido de que venga Galán y que la Junta Militar se ha hecho cargo de la situación." La ignorancia de los comandantes es perfecta.

El levantamiento

Galán está camino de Murcia, resuelto a cumplir la orden recibida, y los jefes militares, por falta de tiempo para que se ejecuten sus órdenes o por la defección de una parte del ejército, en una situación aflictiva, de la que ignoran cómo saldrán. Casado debe confiar en que le sea útil la comedia representada ante los ministros que, cuando Cartagena está en plena agitación, deliberan en Consejo sobre el contenido del discurso que el presidente del gobierno debe pronunciar el lunes. El debate es prolijo y apasionado. Uribe, defendiendo la posición de su partido, entiende, conforme a lo declarado en el último manifiesto de los comunistas (el mismo que Casado ha prohibido que se publique en Madrid, prohibición que aquellos desacatan), que no conviene en manera alguna descontar nada de la posición mantenida en el discurso de Figueras. En el Consejo predomina el criterio de reducir, de acuerdo con las imposiciones de la necesidad, aquel programa, dejándolo limitado a una garantía cierta que permita la evacuación de los combatientes y de los civiles comprometidos. Los ministros, concordes con el pensamiento de Negrín, estiman que el discurso debe tender a publicar la verdad sin debilitar los tren-

tes, de suerte que quede claro, para los españoles y para el mundo, que la prolongación de la guerra no tiene otro responsable que Franco, incapaz de renunciar al placer morboso de las represalias. (La defensa de ese sadismo siniestro tenía que corresponderle a Gregorio Marañón: "El peligro más grande para el porvenir de un pueblo consiste en edificar su Historia sobre mistificaciones. La paz prematura que hubiese ahorrado tanta sangre generosa hubiera sido, antes que nada, una mistificación, fuente de desorden irremediable"). Después del Consejo, largo, como todos, el Presidente retuvo a los ministros a cenar. El general Matallana, rico en sonrisas corteses, estaba entre los invitados. En los diálogos de la sobremesa, un funcionario del Cuartel General penetró en el comedor y comunicó al Gobierno la noticia que difundía, en aquel mismo momento, "Radio Madrid".

—El coronel Casado acaba de leer un manifiesto con el que notifica al país que el Gobierno ha sido destituído, habiéndose formado una Junta Nacional de Defensa encargada de poner término a la guerra.

Eran las 0.15 horas del domingo, cinco de marzo. Wenceslao Carrillo, testigo de la escena, declara que "fué un momento de serena emoción". Funcionó el teléfono del Cuartel General del Presidente llamando a Madrid. Acabó contestando Casado y hubo varios diálogos nerviosos, incoherentes, con acentos patéticos en algunos instantes. Cordón, promovido a secretario general del Ministerio de Defensa, apremió a Casado para que depusiera su actitud. Como se dirigiese a él con la invocación de "mi general", éste le advirtió que no era más que coronel, por reputar ilegítimos los últimos ascensos que el Presidente del Gobierno destituído había discernido arbitrariamente. Casado, a favor de la distancia y con la complicidad pasiva del teléfono, se mostraba, por primera vez, sincero. Sus respuestas, secas, agrias, consentían calcular la fuerza convulsiva con que se había asido al precario poder de la consejería de Defensa. Todavía quedaba un ministro, el de la Gobernación, que estimaba vivas y eficaces, dirigidas al sublevado, las palabras cordiales. Asió el teléfono convencido de que la situación tenía remedio. "¿Quién habla?", preguntó Casado. "Aquí el ministro de la Gobernación..." El coronel dictaminó rápido: "Ya no hay ministros, el gobierno acaba de ser destituído". "¿Quién habla?" "Habla Paulino Gómez, que se dirige a usted como español y le pide..." Fracaso absoluto.

Negrín vuelve a Francia

El golpe de Estado, después de leído el manifiesto, era suceso irrevocable, a menos de domeñarlo por la fuerza. ¿Cuál podía ser la actitud del ejército? Cerca del gobierno, compartiendo la in-

quietante emoción de aquella hora, se encontraba el general Matallana. De su cuenta era la respuesta. No dejó de darla. Fué uno más a utilizar el teléfono y a dialogar con Casado. Sus reconvenciones al sublevado no podían ser más convencionales y formularias. Blanca la voz, agitado el pulso, balbuceaba reproches y encajaba respuestas. Casado, fuera ya de la comedia de la subordinación, debía complacerse en forzar a su colega a desempeñar su papel con maestría. Pero Matallana, mejor militar, era peor comediante. Su nerviosismo le denunciaba a los observadores. Buscaba conseguir del Presidente autorización necesaria para abandonar la posición Yuste. Argumentaba, ante unos y otros ministros, con los servicios que podía prestar entre las tropas. De madrugada, Negrín le concedió el anhelado permiso y risueño, con la satisfacción de quien escapa a un peligro cierto y mortal, entró a despedirse de los ministros. Algunos le abrazaron y, con una fórmula apta para militares y toreros, le desearon buena suerte. La obscuridad de esa noche, pesada y trágica, borra la traza débilmente histórica de este general, cuyo apellido había figurado, con reiteración, en los expedientes más confidenciales del S. I. M. Casado le ha puesto al margen de la Junta Nacional de Defensa y cuando ésta lo elige como negociador de paz, el Generalísimo lo rechaza con un ademán displicente... Ya Matallana en la carretera, corriendo hacia su destino mediocre, el gobierno piensa en el suyo. ¿Qué puede hacer? ¿Qué puede intentar? Trata, sirviéndose del teléfono, de conocer si le queda alguna posibilidad de reaccionar con éxito contra el golpe de Estado. El circuito telefónico se va cerrando para Negrín, hasta completar un aislamiento casi absoluto. "No tenía más comunicación —había de referir Negrín— que con el ejército de Levante, que dijo que si se hacía algo contra el ejército del Centro, desguarnecía los frentes y los entregaba a los facciosos. Se dieron instrucciones a la aviación para bombardear el puesto de mando de Casado. Pero al día siguiente nos encontramos con que en las provincias de Alicante, Albacete, Murcia y Valencia, todas las fuerzas con que el gobierno contaba eran ochenta guerrilleros que constituían la guardia de los ministros y del Presidente". Sin red telefónica para comunicarse con las unidades leales, detenidos los emisarios que el gobierno despachaba, tomados los controles de las carreteras, mediaba la mañana del domingo, Negrín y los ministros abandonaron la posición Yuste y a las tres de la tarde, despegando de un aeródromo de fortuna, conducidos por un piloto de la "Lape", volaban hacia Francia... Las últimas palabras de Negrín a los representantes de las organizaciones políticas, tal y como él las reprodujo en París, fueron las siguientes: "Es preciso que ustedes hagan saber a todo el mundo que hay que seguir como si el gobierno continuase aquí".

CAPITULO LVII

Ossorio Tafall, embajador de Galán. — Toma de posesión del nuevo jefe de la base naval. — Detención de Galán. — El coronel Armentia saca la tropa a la calle. — Cambio de consigna. — Conminación de la flota. — La emisora de Los Dolores adelanta una victoria dudosa. — Agresión aérea. — En tierra no queda nada que hacer. — Salida de la escuadra. — Muerte del coronel Armentia. — Derrota de los nacionalistas. — Hundimiento de "El Castillo de Olite". — De Argel a Bizerta.

LOS sucesos de este día, cuatro de marzo, se interfieren y atropellan, respondiendo a un ritmo vertiginoso. A las nueve de la noche, Bruno Alonso recibe en la Flota la visita de Ossorio Tafall, que desea saber cómo será acogido el nuevo jefe de la Base, quien atiende en Murcia un golpe de teléfono para seguir viaje o renunciar a entrar en Cartagena. La conversación de Bruno Alonso y Ossorio Tafall se desarrolla en presencia de Buiza. Es un cambio de palabras que no registra ninguna cordialidad. Bruno Alonso dice al emisario de Galán que cumplirá con su deber, afirmación, para los momentos en que se pronuncia, bastante enigmática. Galán resuelve salir para Cartagena y se lo previene telefónicamente al Comisario general de la Flota, a quien desea, le dice, abrazar en la Base. Este breve coloquio es más útil que la visita de Tafall. Restablece una emoción republicana que parecía definitivamente rota. El sustituto de Bernal dispone de cuatro mil hombres, no de cuarenta mil, como se afirma en Cartagena, que van a ser, inmediatamente, necesarios. La noticia de que Galán avanza con una Brigada a sus órdenes, destruye la conjuración de los jefes de Servicios, que se muestran dispuestos a acatar la decisión del gobierno. Esta rectificación, por tardía, no servirá para nada. Al anticomunismo de los que veían en el nombramiento de Galán un primer paso para eliminar implacablemente a los mandos republicanos, se ha unido el nacionalismo de los partidarios de Franco, resuelto a llevar adelante el proyecto de resistencia al Gobierno. Galán tomó posesión de su mando sin inconveniente; pero cenando con Vicente Ramírez fué detenido

por Fernando Oliva, jefe del Estado Mayor de Marina, al que respaldaba en su acto el coronel Armentia, que sacó la tropa a la calle, dándola como divisa la siguiente: "Por la Patria y por la Paz", consigna que no había de tardar en ser sustituída por la de "Arriba España y Viva Franco", con la que se pasó, de una situación de alarma, al combate en las calles. Un marinero llevó a Bruno Alonso la noticia de que en la Base había anormalidad. Se llamó a ella desde la capitana y la respuesta fué tranquilizadora. Momentos más tarde, es la Base la que llama al "Miguel Cervantes" indicando que se avise al almirante que la Flota debe ser prevenida. Buiza acude al teléfono y conoce la noticia de las detenciones de Galán y Ramírez. Exige que le pongan al habla con los detenidos, pero su interlocutor de la Base le entretiene con detalles. Le sucede, al aparato, Bruno Alonso, quien conmina: —"Si inmediatamente no se ponen al habla Galán y Ramírez y nos dicen que no les ocurre nada, rompemos fuego contra la Capitanía". La amenaza obra su efetco. Galán y Ramírez comparecen al teléfono y afirman que no les sucede nada y que se están encarrilando las cosas. En estos diálogos de la Flota y la Base, los fascistas que se han apoderado de una parte de la ciudad, ponen en libertad a los presos. Sus avances son notorios: intrigan impunemente en los cuarteles y establecen su puesto de mando en el Parque de Artillería, donde se hace obedecer el coronel Armentia, jefe indudable de los falangistas. A las doce de la mañana, temiendo que Galán pueda ser víctima de una agresión, Buiza y Alonso se trasladan a la Base. El mal ambiente de Cartagena les impresiona. Bruno Alonso se da cuenta cabal de cómo, a la sombra del anticomunismo, los secuaces de Franco han dispuesto de libertad y manejado las pasiones y los disgustos en su provecho. Peor que la audacia del adversario, la confusión. Galán mismo está en conferencias con los jefes de las fuerzas sublevadas. Nadie se entiende, como no sean los nacionalistas que, alucinados por la idea de triunfar, eliminan a cuantos enemigos identifican. La estación emisora de la Escuadra, establecida en Los Dolores, es asaltada y emite, un poco más tarde de que Casado leyese desde Madrid el manifiesto de la Junta Nacional de Defensa, en idioma de Franco, la noticia de que Cartagena es del Caudillo. Los titulados vencedores le piden refuerzos para conservar su victoria.

La lucha en Cartagena

La ciudad resuena por todas partes de descargas y la Flota notifica a la Base que va a abrir fuego contra las zonas dominadas por los falangistas. La Base le recomienda que no lo haga. En la cámara de la capitana, algunos mandos aconsejan hacerse a la mar. A las ocho de la mañana del domingo, Buiza ordena a todos

los barcos zafarrancho de combate y listos para hacer fuego de cañón... Media hora después, la emisora de Los Dolores notifica a la Escuadra que dispone de quince minutos para izar bandera blanca y rendirse a Franco. Si no obedece, al finalizar el plazo, las baterías de costa dispararán contra ella. Se agotan los quince minutos, ansiosamente contados a bordo de los buques, sin que la amenaza se cumpla. Las baterías permanecen calladas. "Todo ese tiempo —ha escrito el comandante del destructor "Almirante Antequera"— lo pasamos en un esfuerzo supremo para aparentar frialdad, pues el bombardeo de la Flota por las baterías, dentro del puerto, era su inmediata destrucción. Los telémetros enfilados a las baterías más próximas, dispuestos a responder con fuego al fuego, necesitábamos, sin embargo, observar a los traidores que debían estar entre nosotros". No todos los mandos de los buques son fieles a la bandera republicana. No todas las tripulaciones están incontaminadas. Es dudoso que la última alocución de Bruno Alonso, impresa en "La Armada", se cumpla: "Es preciso que las dotaciones se mantengan firmes para no manchar el final glorioso de la Flota". Ese final está amenazado por el peor de los peligros: la confusión. Faltan noticias ciertas para conocer el valor de la inhibición de las baterías de costa. Su silencio ¿es lealtad o cautela? Tiene que llegar la aviación facciosa para que la duda se esclarezca. A las 11.15, la sirena de la Base Naval suena la alarma. La ultracorta de la Deca anuncia a los buques la presencia en Cabo Palos, rumbo a Cartagena, de cinco trimotores italianos. Primera deducción de los Comandantes: la Deca se conserva leal. A la vista de los aparatos en el cielo de Cargatena, las baterías abren fuego contra ellos. Segunda y más valiosa noticia: no toda la artillería de costa está en poder de los fascistas. La comprobación determina un movimiento de entusiasmo republicano. Entre estampidos terribles, se oye a los marinos vitorear a la República. Fun cionan los antiaéreos de los barcos, empedrando el cielo de redondas nubecillas blancas. Los cinco Savoias, volando en la vertical del puerto, causan destrozos irremediables. Sus bombas han hundido los destructores "Sánchez Barcaiztegui" y "Alcalá Galiano". La cubierta del "Lázaga" ha sido barrida por la metralla, quedando gravemente herido el segundo comandante, Vicente Palacios. Las víctimas son muchas. En la Base, la agresión aérea ha destruído los depósitos de petróleo y el taller de torpedos del Arsenal. Durante el ataque, Bruno Alonso observa que la moral de las tripulaciones es buena y pésima la de los mandos. A título de coda al bombardeo, la emisora repite su primer amenaza: los buques tienen quince minutos para rendirse a Franco. Como respuesta, el jefe de la Flota ordena a todos los comandantes preparar hombres para formar una columna de desembarco. La decisión del mando se recibe con entusiasmo. Formándose la columna, Vicente Ramí-

rez montó a bordo del "Cervantes", declarando que en tierra todo estaba perdido y que en Capitanía general se había dado la voz de "sálvese el que pueda". Anunció que, sin gran tardanza, llegarían los mandos de la Base, Galán, Morell, Ruiz, Adonis, Samitiel y otros, quienes en efecto, se presentaron en el buque insignia acompañados de sus secretarios y auxiliares. Se les recibe con un movimiento de estupor. Insisten en la declaración de Ramírez: Cartagena es integramente de Franco y las baterías, en manos de los victoriosos, se preparan a destruir la Flota si no se rinde y persiste en continuar en el puerto. ¿Quién con más razón que las autoridades de la Base para saber lo que sucede en Cartagena? Buiza procede en consecuencia. Ordena que no salte ningún hombre a tierra y que los buques se preparen para zarpar, babor y estribor de guardia. Se recogen seiscientas personas y, todo a punto, comienza el desfile de la Escuadra. Salió primero el "Valdés", a continuación el "Lepanto", a quien seguía las aguas el "Antequera"...

La flota hacia Argel

La salida de la Flota era fea y precipitada. Una vez fuera, se ordenó formación de crucero y rumbo de 110 grados. Durante toda la tarde del día cinco, la navegación se hizo cambiando a varios rumbos. De noche, los buques comunicaron entre sí por ultracorta. Petición de noticias sobre parientes y amigos, para saber si se encuentran a salvo. Esto irritó a algunos comandantes que, convencidos de que la salida no era definitiva, habían dejado mujeres e hijos en Cartagena. Son las cóleras póstumas de los que soñaban para la Flota el final glorioso a que aludía Bruno Alonso en su alocución de "La Armada". El final es, en el mejor de los casos, anodino. Por un instante parece que los estímulos heroicos van a vencer del general aplanamiento egoísta. Son las cuatro de la mañana del día seis. Del buque insignia ordenan poner rumbo a Cartagena. Obedecida la orden, una comunicación de tierra avisa que la Escuadra no debe acercarse a las costas de su base, añadiendo que en ella no encontrarán petróleo para repostar. Contraorden del "Cervantes" y nuevo rumbo: a Argel.

Se va a consumar lo irreparable: el internamiento de la Escuadra. En curso de navegación van llegando a la capitana diferentes mensajes. Uno de la posición Yuste, que Bruno Alonso atribuye a Negrín, en que se notifica que Cartagena ha vuelto a la normalidad, debiendo la flota regresar a puerto. Casado, por el contrario, dice que la artillería de costa sigue en poder del enemigo, aconsejando a Buiza que se mantenga en el mar. En estas noticias contradictorias se pierden los últimos arranques. La confusión derrota el temple de los más animosos. Cuando el Comisario General defiende la conveniencia de regresar a Cartagena, se le con-

testa que la falta de petróleo lo hace imposible. El mando el "Antequera", que considera obligado el regreso, dialoga, fuera de disciplina, por ultracorta, con el almirante. "Habiéndose formado en Madrid —le dice— un Gobierno republicano, mando de este buque considera un deber no desasistir a los que aún luchan en España". "Diga —pregunta Buiza— cómo ha tenido noticia de eso". "Lo acaba de dar Valencia por prensa en lenguaje vulgar". Como la navegación continúa rumbo a Argel, el comandante del "Antequera" apremia: "Mando de este buque insiste en que no se debe desasistir a los republicanos que quedan en España". Respuesta de Buiza: "Mando Flota está en comunicación con España y al dirigirnos a Argel no desasistimos al Gobierno Republicano. Esperamos que el mando de ese buque obedecerá y cumplirá su deber con lealtal y disciplina como hasta este momento". Decepcionado por la contestación, horas más tarde el mismo comandante intenta salir de la formación y escapar. Una orden seca le retiene: "Ocupe inmediatamente su puesto en la formación". Sin la orden de Buiza, el movimiento de rebeldía del comandante del "Antequera", Pedro Marcos, hubiera igualmente fracasado. Ni uno solo de sus subordinados tenía interés en secundarle. Todos ellos preferían Argel a Cartagena. ¿No se les había dicho que la guerra estaba perdida? ¿A qué, pues, regresar a Cartagena? ¿A hacerse matar por las baterías de la costa o los trimotores italianos? Ni siquiera las células comunistas, propicias a todas las exageraciones heroicas y literarias, formulaban su deseo de regresar. Ante el temor de que lo manifiesten, se les detiene. Los mandos que trabajan solapadamente en beneficio de Franco, se previenen prudentemente contra toda reacción de la marinería. Temen que una circunstancia cualquiera avive en ella el sentimiento del deber, y para evitarlo encierran a comunistas y socialistas, a republicanos y anarquistas. Tiene que ser Bruno Alonso quien se encargue de libertar a los detenidos, interpelando a Buiza, que nada sabe de cuanto, por propia iniciativa, está realizando el jefe de E. M. de la Flota, José Núñez.

La Escuadra en el mar, rumbo a Argel, Cartagena fué escenario de una lucha durísima. La brigada que el Gobierno envió para respaldar la toma de posesión de Galán, apoyada por la séptima batería, atacó los edificios en que se habían hecho fuertes los sublevados. No estaba todo perdido en tierra, contra lo que había afirmado Ramírez en la nave capitana. Si alguien dió la voz de "sálvese el que pueda", la dió, sin duda, por acabar de desmoralizar a los burócratas y vaciar de toda apariencia de autoridad los despachos de Capitanía, tan pronto desiertos, tan pronto ocupados por los rebeldes. La brigada no pensó en salvarse, sino en combatir. El día 6 consiguió rendir el Parque de Artillería y el Arse-

nal. En estos combates perdió la vida el coronel Armentia, figura de militar que reivindican para sí republicanos y nacionalistas.

Derrotas nacionalistas

Estos le encomiendan solemnemente a Dios, reputando su muerte como heroica, y los republicanos, a lo que he podido leer en varios informes, le disciernen una estimación sincera. Es él, inequívocamente, quien complica y dramatiza la situación de Cartagena al sacar sus soldados a la calle. Se mueve, a lo que parece, respondiendo a su pasión anticomunista y se encuentra, a las pocas horas, arrollado por los acontecimientos, más fuertes que su autoridad. Cuando se persuade de que nada puede contra ellos, se vincula a los grupos nacionalistas y muere dirigiéndolos. Rendidos el Parque de Artillería y el Arsenal y muerto el coronel Armentia, la lucha evoluciona favorablemente para los combatientes republicanos. La resistencia de los rebeldes se extingue súbitamente cuando pierden la Capitanía General. Los cuarteles en que tenían alguna influencia deponen las armas. Quedan pequeños focos virulentos contra los que se hace un fuego durísimo. Los rebeldes confiesan más de cuatrocientos muertos. Su petición de refuerzos no ha sido atendida a tiempo. Cuando llegan, es tarde. La insurrección está dominada y no queda esperanza alguna de hacerla resucitar. "El Castillo de Olite" no sabe eso y avanza confiadamente, con su cuerpo de desembarco, fuerte de 2.300 hombres, de ser cierto lo que entonces se afirmó, hacia la ensenada de la Escombrera. Las piezas de la Pajarola le espiaban y cuando el blanco pareció perfecto a los artilleros, la batería abrió fuego. El buque no tardó en hundirse, ahogándose los soldados que el generalísimo enviaba a Cartagena... La victoria de la Brigada que recibió la orden de respaldar a Galán, la cosechaba, cumplido el golpe de Estado, el Consejo Nacional de Defensa, obligado a proveer de nuevos mandos, por defección de todos los anteriores ,a la Base Naval. Fué designado jefe de ella, Pérez Casas, y general del Arsenal, el coronel de ingenieros Félix de Echevarría. Todo el trabajo que les quedaba por hacer, y en el que se emplearon con celo apasionado, era facilitar la evacuación de cuantas personas formulaban el deseo de expatriarse. Habiéndose alejado la Flota, el desenlace de tanto acontecimiento infausto se presentaba claro para la población civil de Cartagena, que no podía creer en una paz sin represalias.

Al amanecer el día, los buques —"Miguel de Cervantes", "Libertad", "Méndez Núñez", "Ulloa", "Jorge Juan", "Escaño", "Miranda", "Antequera", "Valdés" y "Gravina"— avistaban la costa de Argel. Un anuncio de las autoridades francesas les prohibió la entrada, indicándoles como más practicable el puerto de Bizerta.

En obediencia a la orden recibida, se varió el rumbo. Un día más de navegación, venticuatro horas vivas para la esperanza. La Flota sabe que Cartagena ha sido recuperada. La formación de crucero en que navega, consiente a cada marino apreciar todo el valor que la Escuadra representa. En su Memorial, Bruno Alonso anota su última insistencia para inducir a los mandos militares a regresar a puerto. Obtiene la misma respuesta mostrenca: Falta petróleo. ¿Sólo petróleo? El día siete amanece con un sol brillante. En la rada de Bizerta, un crucero y dos cañoneros franceses orientan la entrada de los buques españoles que fondean en Sidi Abdalla. Se hacen los últimos honores a la bandera republicana. Suben dos jefes de la marina francesa a la capitana. Presentan al Almirante las condiciones que debe firmar para el internamiento de la Flota. Buiza, después de leerlas, firma. No se sabe bien con qué pulso ni con qué corazón. Firma. A la caída de la tarde, con una luz melancólica, los barcos, desarmados, entraban en el canal, camino del lago, donde debían esperar, internados, a que Salvador Moreno, en nombre de la marina de Franco, se hiciese cargo de ellos. Las tripulaciones fueron conducidas al campo de Meheri Zebbens, pasando, de la lujuria del Mediterráneo, al ascetismo de las arenas del Sahara. En el primer plebiscito, 2.400 hombres, de cuatro mil manifestaron su preferencia por las cárceles españolas. Algunos de ellos fueron entregados, con un mínimo de formalidades jurídicas, a los piquetes de ejecución. Entre los que manifestaron su deseo de volver a España estaban todos los comandantes, a excepción de cinco: David Gasca, del "Miranda"; Juan Oyarzabal, del "Valdés"; Pedro Marcos Bilbao, del "Antequera"; José Esteve, del "Méndez Núñez", y Diego Narón, del "Cervantes". Miguel Buiza se confundió voluntariamente, en el campo de concentración, con los marineros, para acabar enganchándose, falto de otra esperanza para su vida, en la Legión Francesa. De mi relación con él, me queda el recuerdo de su última noche en Rosas, cerrado en un duelo íntimo por el suicidio de su esposa, rodeado de amigos cordiales, que veían llegar la tragedia. Sin orden alguna del Presidente Játiva que había conversado con él, me indicó al oído los designios de Buiza. Los acontecimientos frustraron el gesto romántico con que el nuevo almirante estaba decidido, en caso de necesidad, a enaltecer el historial de la Flota. ¿Cuándo y cómo se le murió la decisión? ¡Quien firma en Bizerta las condiciones del internado no es el mismo marino que, al comenzar la lucha, en diálogo áspero y seco con el almirante de la Escuadra inglesa del Mediterráneo, le rechaza un ultimátum impertinente. Y si es el mismo ¡cuánto debió sufrir su orgullo presidiendo un final sin grandeza!

CAPITULO LVIII

El doble juego del coronel Casado. — Preparativos y argumentos para el golpe de Estado. — Reunión de los futuros consejeros. — Julián Besteiro. — La presidencia del Consejo pasa de Casado a Miaja. — Declaración del golpe de Estado. — Levantamiento de los comunistas. — Fusilamientos. — La lucha en las calles de Madrid. — Propuesta para terminar la insurrección. — Victoria del Consejo. — Más fusilamientos. — El deseo de Madrid.

LA jornada del 4 de Marzo es para el coronel Casado agitadísima. Necesita estar en muchas partes a la vez y en cada una de ellas con un semblante distinto. El jefe de Gobierno le viene apremiando, desde la víspera, para que se traslade urgentemente a su Cuartel General. A fin de diferir el cumplimiento de esa orden, Casado alega su deficiente estado de salud. Asegura a su jefe que un viaje de cuatro horas le postraría mucho. Negrín, metiendo en el diálogo una cortesía, le anuncia el envío de un avión, que, en efecto, en la mañana del día cuatro está en el aeródromo de Madrid a la orden de Casado, quién, sin una vacilación indica al piloto que sus servicios no le son necesarios, pudiendo regresar a Alicante. Este acto de indisciplina, que irritará al Presidente, responde al temor de Casado, que sospecha mal de los propósitos de su jefe. Al hablar con los generales Miaja y Matallana, confirma sus sospechas. Los dos generales han recibido la misma orden de presentarse en la posición Yuste. Miaja, que teme ser arrestado, ha decidido no obedecer. Matallana, que no tiene una posición tan firme, después de vacilar mucho, obedece y se presenta en Yuste, donde le sorprende, en las condiciones conocidas, el golpe de Estado. A la devolución del Douglas sigue un nuevo diálogo telefónico Negrín-Casado. El primero ratifica la orden con más dureza: "Necesito verle antes de las seis de la tarde. Le envío de nuevo el avión". Esta vez el coronel argumenta con otra evasiva, eludiendo todo compromiso: "La situación de Madrid hace imprudente mi desplazamiento, pero, en fin, yo me pondré de acuerdo con los ministros". Antes de hablar con ellos, conociendo que debe ganar tiempo, celebra diferentes conferencias con el general gobernador de la plaza de

Madrid, Martínez Cabrera, con el Director General de Seguridad, Girauta, y con el Jefe del S. I. M., Pedrera. A cada uno de ellos les instruye sobre su cometido. El momento de actuar se acerca. Un retraso puede serle fatal. Le ratifica en este convencimiento la entrada en escena de uno de sus colaboradores inmediatos, portador de un pliego de órdenes. Ese pliego, cuya autenticidad niega Negrín, al punto de asegurar que jamás pensó en tales designaciones, afirma que el coronel Modesto, jefe de las fuerzas que operaron en el Ebro, asciende a general y que los tenientes coroneles Galán, Vega y Tagüeña reciben las jefaturas militares de Cartagena, Murcia y Alicante. La alarma de Casado proviene de la filiación política de esos jefes, comunistas los cuatro. La designación de Galán para el mando de la Base de Cartagena es exacta. La duda se establece en cuanto al ascenso de Modesto y a los nombramientos de Vega y Tagueña. Casado afirma y Negrín niega. El valor de esas posiciones no pasa de ser relativo. Acepto que Negrín adoptase esas medidas, anulándolas, en parte al menos, horas después. No tenía opción. Sus colaboradores de mayor lealtad eran los comunistas. Identificados con su política, resultaron ser los únicos que le obedecían. ¿A quién sino a ellos podía confiarse? Pero confiarse a ellos, concediéndoles los principales puestos de mando, suponía desafiar violentamente al movimiento anticomunista que el desgraciado curso de la guerra había hecho nacer, movimiento que, por convenir a sus necesidades, fomentaba el enemigo.

La noticia de los nombramientos, exacta o falsa, es para Casado un estímulo, en modo alguno, como no falta quien pretende, causa determinante de su rebeldía. Esta no necesitaba de la noticia, aún cuando la utilice con la mayor complacencia, atribuyendo a Negrín, ante la masa, el propósito de ceder la dirección total de lo que queda del Estado Republicano, que ya sabemos cuanto es, a los comunistas. Concedo que, sin los antecedentes que del golpe de Estado se conocen, sin las reuniones y cabildeos de los principales jefes militares, la atribución hubiese conservado más fuerza. El anticomunismo tiene en Casado, como en cuantos le secundan, raíces —y heridas— más lejanas y profundas. En su conversación del Gobierno civil con los ministros, no se refiere para nada al ascenso del coronel Modesto, ni a los mandos conferidos a Galán, Vega y Tagüeña, a menos que lo hiciese en el aparte que tuvo con el Sr. Velao. Frente a sus superiores representan el último acto —el mejor— de la comedia de la obediencia. Las autoridades de Madrid están cumpliendo instrucciones suyas y preparando las fuerzas para declarar la inexistencia legal del Gobierno y el nacimiento de la Junta Nacional de Defensa. Este propósito, si se ha transparentado, no es conocido de Negrín, quien, resentido por la nueva desobediencia, telefonea a Casado, reclamándole para la mañana del domingo en

la posición de Yuste. El coronel se refiere con las mismas evasivas, eludiendo toda respuesta concreta. Se hace la consideración de que, fracasado su proyecto, tendrá que ir a Yuste, si bien en calidad de detenido. A las ocho de la noche, Casado reune en su despacho a las personas elegidas para constituir la Junta. Se trata de la atribución de puestos. El coronel se reserva, con la aquiescencia de todos, la Consejería de Defensa y propone como jefe del Consejo a don Julián Besteiro. El ex presidente de las Cortes Constituyentes es, por su personalidad política, el único hombre que puede darle proceridad ante el exterior y, por el prestigio de que goza en Madrid, acrecido durante la guerra en razón de no haber desertado de la capital, el que lo hará popular, y seguro a los madrileños.

La actitud de Besteiro

La de Besteiro es la gran adquisición de Casado. ¿Cómo ha podido conseguirla? De una manera bastante fácil. Mucho tiempo antes de que se perdiese Cataluña, con anterioridad también a que Negrín substituyese a Largo Caballero en la Presidencia del Consejo de Ministros, Besteiro reputaba locura insigne persistir en alargar una contienda que consideraba perdida para la República. A su juicio, la guerra era la cuota fatal que las izquierdas españolas pagaban por una larga acumulación de errores. Al medir la responsabilidad de los socialistas, sus correligionarios, era particularmente severo, acusándoles de haber puesto el carro delante de las mulas, a redropelo de la tradición del Partido, que ordena no acompañar a la masa en sus desvaríos demagógicos y prohibe, con mayor rigor, estimularlos. El abandono que de su personalidad hacían los socialistas iba en beneficio de los comunistas, según él, y de tal circunstancia debía esperarse los peores daños. El ascenso al Poder de Largo Caballero lo reputó como una desgracia y en su caída vió el cumplimiento de una orden dada en Moscú, en la que colaboró —tal es el pensamiento de Besteiro, coincidente con la afirmación de Largo Caballero— Prieto. Esa atribución, que yo personalmente reputo gratuita, ya que nada puede estar más lejos del temperamento de Prieto que secundar propósitos extranjeros, adquiere una cierta verosimilitud atendida la conducta que sigue el diputado por Bilbao al abandonar los consejeros comunistas, después de un vivo altercado con Largo Caballero, la sala del Consejo de Ministros. Esa conducta no prueba otra cosa que la pasión formal de Prieto y la facilidad, un tanto pueril, con que alardea de su conocimiento de la mecánica constitucional. Persiguiendo la errata en que incurría el jefe del Gobierno al pretender continuar el Consejo en ausencia de los ministros comunistas, Prieto aparece como cómplice de

una crisis que, sin su intervención, no hubiera dejado de producirse. Besteiro, repito, le hacía responsable de la caída de Largo Caballero y veía en el sucesor de éste, Negrín, un comunista solapado, fiel servidor de las instrucciones de Rusia. Este pensamiento lo exteriorizó en las declaraciones confiadas al senador australiano Elliot. La creencia de Besteiro se fué extendiendo. Pensaban como él, en ese solo punto, Largo Caballero y sus amigos. Después de la crisis de abril, Prieto se suma a los debeladores de Negrín. Difícilmente se encuentra una persona que no se represente al jefe del Gobierno como instrumento dócil del Partido Comunista. Negrín no puede nada contra ese ambiente que se amplifica y se extiende, ganando en virulencia en la medida que los infortunios de la guerra aumentan. Al perderse Cataluña y dimitir el Presidente de la República, el Gobierno ha perdido, en concepto de Besteiro, su razón de existir. No representa a nadie constitucionalmente y su rápida substitución está aconsejada por los intereses españoles, el primero de los cuales ordena acelerar las negociaciones de paz. Tributario de esta pasión, Besteiro no ve inconveniente en secundar a Casado. En la reunión de las ocho de la noche, el coronel le ofrece la presidencia del Consejo Nacional. Don Julián la rechaza, entendiendo que debe ser el propio Casado, a título militar, quien la asuma, ya que la situación de autoridad que se va a crear es específicamente militar. Casado, para evitar complicaciones y demoras en sus planes, acepta. Tiene prisa. Horas más tarde encuentra preferible que la Presidencia del Consejo la desempeñe el general Miaja quien, por razones confusas, aconseja a Casado, que lo rechaza, hacer en Valencia la proclamación del nuevo poder. Conformes los consejeros con la designación de Miaja, se aprueba el manifiesto, cuya lectura al país, prevista para las diez, sufre un aplazamiento. Las tropas de confianza que deben custodiar los edificios ministeriales no están en sus puestos y es preciso esperar. Tan pronto como esas precauciones están listas, 12.15 de la noche, hora aproximada en que la "radio" acostumbra a divulgar el parte oficial del Ministerio de la Defensa, se da lectura al manifiesto del Consejo Nacional. Este queda constituído así: Presidente, general Miaja; Consejero de Defensa, coronel Casado; de Estado, Besteiro, socialista; de Gobernación, Carrillo, socialista; de Hacienda, González Marín, sindicalista; de Justicia, San Andrés, izquierda republicana; de Educación, del Río, Unión Republicana; de Comunicaciones, Val, sindicalista, y de Trabajo, Pérez, de la U. G. T. Después de la lectura del manifiesto, don Julián Besteiro pronunció un breve discurso afirmando la legalidad y ventaja del acto realizado, como secuela de la inexistencia constitucional del Gobierno de Negrín y de la trágica importancia de los problemas de la guerra. Casado, a su vez, hizo ante el micrófono una apela-

ción patriótica a los mandos nacionalistas, dándoles a elegir entre una paz que reconcilie a los españoles para el trabajo en común o la prolongación indefinida de la guerra, en la seguridad que, de optar por lo segundo, chocarían con la moral heroica, tan aguda como el acero de las bayonetas, de los combatientes republicanos. La parte retórica, sin ofensa para el estilo castrense, no representaba ninguna ventaja sobre la de los propios comunistas. En cuanto a sus efectos entre los jefes enemigos, la prudencia aconsejaba desconfiar. La alternativa ante la que les colocaba el coronel Casado no podía afligirles. Los corresponsales del coronel Ungria en la zona republicana les aseguraban un rapidísimo hundimiento físico del Consejo, que les pondría en posesión de la península sin gastar un hombre ni disparar un tiro. Se trataba de un pequeño problema de paciencia. Las emisoras clandestinas reportan a Burgos los perfiles de la nueva situación y le tienen al corriente de los cambios que se van produciendo. Las comunicaciones de Ungria al generalísimo no han sido nunca tan halagüeñas y optimistas. Madrid, la capital inexpugnable y hostil, está en vísperas de abrir sus puertas al ejército de Franco. Antes será escenario de una violenta lucha intestina. Unidades que le han hecho el tributo de su sangre en la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria, el Jarama y Guadalajara, se van a enfrentar entre sí coléricamente.

Casado logra imponerse

Las conferencias telefónicas entre la posición Yuste y el despacho de Casado se calusuran sin ningún resultado. El consejero de Defensa "no accede a enviar a Negrín ningún emisario a quien el Presidente pueda hacer entrega de los poderes del Gobierno, violentamente destituído". Casado "no considera que tal traspaso de autoridad aumente en nada la que posee y se cierra en una negativa terminante". (1). Sus opiniones son tanto más tajantes cuanto que se acuerda de sus anteriores titubeos. La victoria de su golpe de Estado le faculta para quemar la careta con que ha estado viviendo los últimos días. Ahora es él, él mismo, y emplea al dialogar con Negrín un idioma directo y recortado. Le ha vencido. Falta averiguar el uso que podrá hacer de su victoria. Se sabe que desea una paz digna y honrosa; pero se desconocen los medios que empleará para conseguirla. Su gestión tiene un mal comienzo. Se le adhieren los gobernadores civiles y le impugnan las unidades militares cuyos mandos son comunistas. Estos reac-

---

(1) La verdad, rigurosa y exacta, es que Negrín no ofreció al coronel traspasarle poder alguno. Casado fantasea. Testimonios imparciales consienten afirmarlo. El curso de los acontecimientos, lo remacha.

cionan inmediatamente de conocer la notificación del golpe de Estado.

A las dos de la mañana, el comandante Ascanio, jefe de una división del 2º cuerpo del ejército, se pone en marcha, a la cabeza de la 18a. Brigada Mixta, de reserva en El Pardo, contra la Ciudad Lineal, donde se apodera del puesto de mando del segundo cuerpo de ejército. Fuerzas de la 5a. Brigada de Carabineros, partiendo de la Ciudad Lineal, se apoderan en Canillejas, de la posición Jaca, haciendo prisieneros en ella a la mayoría de los componentes del Estado Mayor del Ejército del Centro, y entre ellos a los tenientes coroneles Otero, Arnoldo y Gazolo. Los prisioneros fueron trasladados al Palacio del Pardo, donde, para entonces, se encontraban detenidos el gobernador civil de Madrid, Gómez Ossorio; el intendente general, Trifón Gómez; Molina, comisario-inspector del Centro; Casado, Morales, Mejorana, Sola, Peinado Leal, Arias y otros muchos militantes de izquierda. Los detenidos estaban bajo la autoridad de tres miembros del Partido Comunista, Angel Diéguez, García Llopis y Manzano, que aparecen acusados de haber dado la orden de fusilar a los tenientes coroneles Gazolo, Otero y Arnoldo y al comisario Peinado Leal. Estos fusilamientos, ejecutados entre los días 8 y 9, los llevaron a cabo tropas a las órdenes del comandante Bares y del comisario Poveda, en el camino llamado de Los Cuatro Gatos, donde en previsión de nuevas sentencias se cavaron cuatro fosas más. Coincidiendo en el tiempo con los movimientos de tropas del Pardo y de la Ciudad Lineal, penetraron en Madrid, procedentes de las trincheras de la Casa de Campo, fuerzas mandadas por el comandante Fernández Cortina y el comisario Conesa. Asaltaron el domicilio de la Agrupación Socialista, dejando, al partir, el mobiliario destrozado y entre las mesas y sillas rotas, tres muertos. Se llevaron varios detenidos. Estas mismas fuerzas son las que se apoderaron, en el Paseo de la Castellana, del puesto de mando de la 7ª División y de la Brigada Z del S. I. M., deteniendo a varias personas a las que fusilaron, enterrando los cadáveres en el jardín del puesto de mando de la 7ª División. Exhumados después de la victoria del Consejo Nacional, se dijo que una de las víctimas no presentaba lesión alguna, circunstancia que indujo a creer que fué enterrada viva.

La lucha no tardó en generalizarse. El comandante Liberino, destacado en Guadalajara, recibió orden de trasladarse con su Brigada a Madrid. Batió a los comunistas en la Ciudad Lineal, consiguiendo recuperar el puesto de mando del 2º Cuerpo de Ejército, pero no antes de que fuese bombardeado por la aviación. Contra los focos urbanos operó la 112 Brigada Mixta, mandada por Gutiérrez de Miguel, redactor de "El Socialista" que acabó, a semejanza de Federico Angulo, prefiriendo, provisionalmente, la espada

a la pluma. Le secundó la 70ª Brigada Mixta a las órdenes de un militante ácrata y un fuerte contingente de carabineros que obedecían al comandante socialista Francisco Castro. Estos carabineros consiguieron adueñarse del edificio ocupado por el comité provincial del Partido Comunista. La lucha fué enconada y el Consejo Nacional se vió en la necesidad de recurrir a la artillería, a la aviación y a los tanques. Los comunistas manejaban las fuerzas del 1º y 2º Cuerpo del Ejército, pero de manera más intensa las del 2º. La dirección militar la llevaban los jefes Ascanio y Barceló. El teniente coronel Bueno, jefe del 2º Cuerpo de Ejército, aparece con una actuación dudosa. La parte política la orientaba el comité provincial comunista. Los combates se desarrollan, fuera de Madrid, en la Ciudad Lineal, en San Fernando y en Fuencarral, siendo este último el pueblo que más tercamente resistió en poder de los comunistas. En la capital, la lucha se emplazó en el viejo Hipódromo y en los Ministerios, en las calles de Ríos Rosas, Serrano, parte alta del barrio de Salamanca, plaza de Manuel Becerra, Paseo de la Castellana y Puerta de Alcalá. La lucha tuvo diferentes alternativas, con un balance de bajas considerable: de cuatro a cinco mil.

Franco a la espectativa

Mientras se desarrolla esta contienda, que se prolonga hasta el día 14, Franco no ordena el menor movimiento para que sus tropas irrumpan en Madrid. Espera, de acuerdo con cuantos informes le suministran sus servicios, que la capital le sea librada sin la menor contribución de sangre. Intuye que son pocos los días que faltan para que la fruta llegue a sazón. En la contienda del Consejo y los comunistas, se reserva el papel de espectador. Cuando Casado está a punto de dominar la situación de Madrid, los comunistas, considerándose perdidos, pretenden dar un sesgo político a la lucha. Le envían como emisario al coronel Ortega, con poderes suficientes para negociar. Piden al Consejo, para deponer las armas, una representación en él y la seguridad de que no se ejercerán represalías. Casado se niega terminantemente a conceder ningún puesto al Partido Comunista, limitándose a prometer que si cesaba en la resistencia, no habría represalías, si bien los culpables de la insurrección comparecerían ante los Tribunales competentes. Simultánea a esta gestión del coronel Ortega, a varios detenidos en El Pardo, pero de modo preferente a Gómez Ossorio y Trifón Gómez, se les puso a la firma una carta redactada por García Pradas, director de "C. N. T.", en la que se solicitaba del Consejo un puesto para los comunistas, medida que pacificaría la capital. Las dos personas aludidas se negaron a firmar.

Rendidos los comunistas, "aplastado el movimiento insurrec-

cional", según la versión del Consejo, los militares Ortega y Gutiérrez de Miguel, rescataron a los prisioneros de El Pardo a los que Madrid les hizo, a su paso por las calles, variadas demostraciones de afecto. Los jefes comunistas Barceló y Conesa, fueron condenados a muerte y ejecutados. Barceló asumió para sí la responsabilidad de lo ocurrido, gallardía que le costó la vida. A Conesa el Tribunal el condenó por las ejecuciones de El Pardo. El Consejo indultó de la última pena al teniente coronel Bueno. Hizo a los fusilados en El Pardo un entierro que congregó a todos los anticomunistas y a buen número de los que, habiéndose afiliado a la Tercera Internacional, con sinceridad dudosa, pero con obediencia de cadáver, les interesaba escapar a reproches peligrosos.

El poder del Consejo Nacional de Defensa es, después de la victoria sobre los comunistas, indiscutido. En París, la Diputación Permanente de Cortes, declara la inexistencia del Gobierno Negrín. Como los gobernadores civiles, algunos embajadores se subordinan a Casado. Madrid no tiene, después de todo lo que lleva vivido en tres años, más que un deseo: acabar.

CAPITULO LIX

Burgos conoce las debilidades del Consejo. — El Jefe del Parque Artillería Nº 4. — Representante de Franco en Madrid. — Su extraña presentación a Casado. — El generalísimo será piadoso... — Burgos rechaza tratar con Casado y Matallana. — Los embajadores del Consejo. — Fracaso de la primera entrevista. — Franco exige la entrega simbólica de la aviación republicana. — Fracaso de la segunda entrevista. — Cablegrama del Consejo. — Besteiro decide quedarse en Madrid. — Disolución del Consejo. — Las tropas de Franco entran en la Capital.

"UNA vez que el Consejo aplastó el movimiento insurreccional comunista, inició con el enemigo negociaciones de paz. Era éste el compromiso fundamental que voluntariamente había adquirido con el pueblo y, fiel a sus propósitos, se dispuso a cumplirlo". Ha pasado el momento de serena emoción. Van a dar comienzo las vicisitudes, las angustias y las torturas morales del Consejo. Franco, que no ha hecho nada por intentar apoderarse de Madrid cuando en su interior combatían comunistas y anticomunistas, nada hará, tampoco, por firmar paz alguna con el Consejo. ¿Para qué va a menoscabar con una estipulación cualquiera su victoria absoluta? Tiene demasiados triunfos en la mano para acceder a las pretensiones de los vencidos. Francia e Inglaterra le han reconocido. La escuadra republicana está internada en Bizerta. Sin frontera con Europa y sin posibilidad de comunicación marítima, ¿qué resistencia puede oponerle el Consejo Nacional? Las metáforas del discurso de Casado, amenazando con una resistencia numantina de no otorgárseles una paz digna, son más brillantes que eficaces. Si Franco no cede a las solicitaciones españolas, con menos razón se ablandará por las débiles sugestiones extranjeras. ¿Cuál puede ser la esperanza del Consejo? ¿A qué mística se acogerá Casado que, inmediatamente, no le defraude? Su victoria sobre Negrín, su triunfo sobre la oposición armada de los comunistas, títulos que pretende cotizar en Burgos, le son rechazados con desabrimiento y aspereza. El nombre de España, tantas veces esgrimido por unos y por otros, no consigue desper-

tar en los colaboradores del generalísimo la menor resonancia cordial. Son seis letras mudas, o cuando menos, con sonido distinto, según la persona que las pronuncia. Los talentos militares y escénicos de Casado no tienen ocasión de entrar en juego. Burgos que se niega a negociar con Madrid, ni siquiera le admite a diálogo. "Para llegar a una paz digna y honrosa era preciso ponerse al habla con el enemigo", y aun concreta más el consejero de Gobernación, "urgía, pues, entrar en negociaciones con él". La urgencia estaba determinada por las consecuencias fatales del propio golpe de Estado, que se manifestaban con idéntica intensidad en los frentes y en la retaguardia.

Casado sufre la agonía de su victoria

Si los soldados buscaban el camino más rápido para regresar a sus casas, desertando de las trincheras, en pueblos y ciudades, a favor del repliegue moral de los republicanos, grupos armados asumían, en nombre de la Falange, el ejercicio de la autoridad. Por Cuenca y Valencia rebrota, como una sarampión mal curado, el carlismo indómito. Por las trincheras que han defendido a Madrid, en tierra de nadie, debeladores y defensores de la capital, fraternizan un poco rudamente. El Consejo no puede nada contra un tal estado de cosas que Burgos conoce bien. Los correos burgoleses tienen, además de impunidad, comodidad. Encuentran, a cualquier puerta que llamen, las máximas facilidades. La paz se reputa inminente, y nadie se engaña al estimar el signo con que será proclamada. ¿A qué, pues, oponerse a lo inevitable? ¿Por qué no ganar, a última hora, un título, por pequeño que sea, al reconocimiento de los vencedores? ¿Quién reprochará al vecino de Madrid que se ocupe en prolongar por su propia cuenta, cuando toda esperanza está perdida, la política del Consejo Nacional? El madrileño quiere, con plena legitimidad, ya que no existe ninguna, hacer su paz y pacta, mediante servicios clandestinos, con los agentes de Franco y con los militantes de la Falange que, llegado el caso, podrán testimoniar en su favor; contra su pasado siempre tendrá, como disculpa eficaz, la "brutalidad criminal" de los rojos. Esos servicios, que no en todos los casos fueron computados a quienes los hicieron, ponían a los enlaces de Burgos en posesión de los mejores secretos, y a Ungría en conocimiento de las congojas y las prisas del Consejo Nacional de Defensa. ¡En qué pesada carga se convirtió para Casado su victoria! Esa agonía, que se ha negado a contar, abroquelándose en un historicismo defensivo, es la que tendría interés en ser conocida. En vez de un documento humano, que hubiese aportado claridades extraordinarias para conocer el proceso último del acabamiento de la guerra,

nos entretiene con un esquema frío, cuyo alcance, definido en la dedicatoria, no deja lugar a la duda: "Salí de mi patria porque cometí el grave delito de terminar una lucha fratricida, ahorrando a mi pueblo mucha sangre, que hubiera sido estérilmente derramada" (1.). Lo que nos interesa es anotar cómo el coronel Casado pone fin a la guerra. Para el volumen de sangre ahorrada por su conducta, o derramada con exceso, según sus fiscales, falta la medida justa con qué tasarla y es dato que no se podrá establecer. Humanamente resulta fácil imaginarse a Casado debatiéndose contra lo penoso de su responsabilidad y el ningún medio de que dispone para remontarla y vencer de ella. Se ha comprometido solemnemente a procurar a los españoles una paz "digna y honrosa". Las horas le van mermando implacablemente las posibilidades de hacerla. Le quitan fuerza en los frentes y le liman autoridad en la retaguardia; le empobrecen política y militarmente. Urge, pues, establecer el primer contacto con el enemigo. Casado recuerda el nombre de un Valdés, refugiado en una embajada, que, según sus informes, es un "líder" de la Falange Española. Piensa que le puede ser útil y hace el propósito de atraerle a una entrevista. No va a ser Valdés el intermediario.

Los representantes de Franco

El día 12 de marzo se presenta en el despacho del consejero de Defensa el teniente coronel Centaños, jefe del Parque de Artillería Nº 4. Acude acompañado de otra persona: un hombre joven, civil, que permanece en silencio en tanto que Casado y Centaños conversan, en esa hora grave, del material que el Parque de Artillería necesita para poder dar cumplimiento a una orden que le obliga a construir telémetros para las baterías de costa. Casado, para no defraudar a su visitante, que en momento tan aflictivo manifiesta semejante aplicación a su deber, finge tomar detalle de las necesidades que le son notificadas. ¡Qué conmovedor ejemplo de subordinación y lealtad! En la imaginación de Casado revive, con luces nostálgicas, su juventud, cuando en la Academia Militar, discípulo del teniente coronel Centaños, admiraba en el profesor su ciencia militar y su integridad moral. Se esponja con la felicitación del antiguo maestro, que le alaba su propósito de poner término a la guerra. Es la adhesión que más puede agradecer y todavía la seguiría acariciando si, inopinadamente, no hubiese cambiado la escena. El subordinado, perdiendo

---

(1) "The Last days of Madrid. The end of the second Spanish Republic", London Peter Davies 1939.

su anterior aplomo, a punto de terminar la entrevista, saca ánimos para declarar la razón verdadera de su presencia en el despacho del consejero de Defensa.

—Este señor y yo —dice con voz sofocada— somos los representantes en Madrid del general Franco, y venimos a ponernos a su disposición por si nos necesita en los preparativos de la negociación de paz. Acepto plenamente —añade en otro tono de voz— la responsabilidad por el paso que acabo de dar, que sé bien a lo que me expone.

Casado, sorprendido por el sesgo que toma la entrevista, en la que el material para la fabricación de los telémetros fué un pretexto, se alarma. No lo dice; pero resulta forzoso creer que pensó, automáticamente, en el desaforado crecimiento de la audacia de los agentes de Burgos. Es, por otra parte, una valentía sin mérito; la audacia del vencedor que descuenta segura la impunidad de su atrevimiento. El consejero de Defensa tiene ante sí a las autoridades del nacionalismo madrileño. ¿Qué hacer? El jefe del Parque de Artillería Nº 4 es un reo de Estado, confeso del delito de alta traición. Su destino, si Casado resuelve prenderlo, no ofrece duda: un juicio sumarísimo, una noche de capilla y la descarga colectiva del piquete. Parecido final, si la clemencia no interviene a última hora, aguardaría al joven que acompaña, por compartir su poder, al teniente coronel Centaños. Casado rechaza por infame y peligrosa una tal reacción que imposibilitaría la apertura de las negociaciones de paz con Burgos. Encuentra más útil aprovechar la oferta que le hacen sus visitantes. Quiere, antes de sellar un compromiso que le obligue demasiado, conocer la opinión del Consejo. Reunido la noche de ese mismo día 12, por decisión unánime autoriza a Casado a seguir en relación con los dos representantes del generalísimo. Para ese trabajo, el Consejo delega su autoridad en el consejero de Defensa y en el jefe de la Agrupación de Ejércitos, general Matallana. Casado se reune al día siguiente con el teniente coronel Centaños y su joven compañero, y comienza, de hecho, las negociaciones para obtener la paz "digna y honrosa" que el Consejo Nacional ha ofrecido a los republicanos. El consejero de Defensa pide que en las negociaciones que van a entablarse no figuren para nada súbditos extranjeros. A cambio de esta exigencia, Casado ofrece estudiar las ofertas del generalísimo y dar rápidamente una respuesta.

Quien rompe su espada no puede ya servirse de ella

Esta primera toma de contacto del Consejo con el enemigo, consiente sospechar cuál va a ser el final de la negociación. El teniente coronel Centaños no vacila en afirmar que Franco reci-

birá a los emisarios del Consejo, pero anticipa que los recibirá al solo efecto de concertar con ellos la rendición incondicional de toda la zona republicana, pues de otro modo ordenará el comienzo de la ofensiva dispuesta contra Madrid, ofensiva que coincidirá con las preparadas en los demás frentes. A cambio de la entrega sin condiciones, el Consejo puede confiar en la magnanimidad del generalísimo, que perdonará mucho y alargará, a límites no alcanzados por ningún vencedor, su benevolencia para con los vencidos que no aparezcan acusados como autores, cómplices o instigadores, de actos de bandidaje o criminalidad. Y, suprema concesión, tales delincuentes serán entregados, con toda suerte de garantías, a los Tribunales competentes. Perdón, generosidad, benevolencia, eso es lo que ofrece el teniente coronel Centaños al Consejero de Defensa, en nombre de Franco. Casado cree poder asegurarle que el Consejo Nacional estará de acuerdo en cuanto a la entrega de la zona republicana, pero sin aceptar intransigencias que disminuyan la dignidad de la negociación y comprometan las estipulaciones del protocolo de paz, ya que, en este caso, con el Ejército preparado a luchar hasta el fin, el Consejo preferirá la guerra a la indignidad, llegando en su preferencia hasta presentar al mundo una visión dantesca de Madrid, obligado, por la responsabilidad de Franco, a prolongar su resistencia por un motivo de decoro más valioso que la vida. Los delegados de Franco no acusan el menor sobresalto. Por lo mismo que saben a qué atenerse en cuanto a la moral de las fuerzas republicanas y a la capacidad de resistencia de la capital, eluden con facilidad la parte patética del diálogo. Insisten: la entrega debe ser incondicional y el generalísimo hará honor a las concesiones —todas ellas caritativas— que se anotan en un documento que Centaños entrega a Casado. Este, sin más que un vistazo al papel que recibe, comprende que necesita muchas rectificaciones. El toque está en saber si Franco las aceptará. Es dudoso, muy dudoso. A Burgos siguen llegando informes completos sobre la impotencia militar del Consejo. El énfasis heroico a que, como último recurso acude Casado, no intimida a nadie. El golpe de Estado discurrido para corregir la política de resistencia de Negrín, calculado para terminar la guerra, es incompatible con los trémolos belicosos. Quien rompe su espada, no puede después servirse de ella. Casado es un prisionero de su obra. Burgos se encarga de hacérselo notar de una manera implacable. Comienza por rechazarle como negociador. Ni él ni el general Matallana consiguen el "placet" de Franco para trasladarse a Burgos. Wenceslao Carrillo, refiriéndose a este desaire, escribe que al generalísimo "le pareció la comisión de excesiva categoría y entonces fueron designados el teniente coronel Antonio Garijo y el mayor Leopoldo Ortega, ambos pertenecientes al Estado Mayor del Grupo de

Ejércitos". Estos negociadores se trasladaron a Burgos, en representación del Consejo, el día 23 de marzo, entrevistándose con los coronel Ungría y Victoria (1). Eran portadores de un pliego con las aspiraciones de Madrid para concluir la paz. Esas aspiraciones, redactadas con estudiada modestia, no parece que deban tropezar con grandes escollos; han sido calcadas del documento que el teniente coronel Centaños puso en manos de Casado. Las reproduzco: "1ª Afirmación categórica y terminante de la soberanía e integridad nacional. 2ª Seguridad de que a los elementos civiles y militares que tomaron parte en la lucha se les tratará con el máximo respeto a sus personas e intereses. 3ª Garantías de que no se ejercerán represalias ni se impondrán sanciones más que a virtud de sentencias de los Tribunales competentes, ante los que se admitirán toda clase de pruebas incluso la testifical. Para evitar equívocos convendría definir y delimitar de una manera clara y terminante los delitos políticos y los delitos comunes. 4a. Respeto a la vida y libertad de los militares profesionales que no hayan cometido delito común. 5a. Respeto a la vida y libertad de los militares de milicias y comisarios que no hayan delinquido criminalmente. 6a. Respeto a la vida, libertad e intereses de los funcionarios públicos en iguales condiciones que los anteriores. 7a. Concesión de un plazo mínimo de veinticinco días para la expatriación de cuantas personas quieran abandonar el territorio nacional. 8a. Que en la zona en litigio no hagan acto de presencia tropas italianas y moras".

Cristianos sentimientos del Caudillo

Las condiciones a que aspira el Consejo Nacional no tienen nada de imposibles. El capitán más celoso del prestigio de su victoria no se hubiese negado a firmarlas, imponiéndose a sí mismo la obligación de respetarlas y hacerlas respetar escrupulosamente. Lejos de menguar, la victoria de Franco hubiese crecido de haber aceptado que sus delegados, Ungría y Victoria, pusiesen sus firmas y sus sellos al pie del documento del Consejo Nacional de Defensa. Este a su vez, hubiese legitimado, al hacerlo eficaz, el golpe de Estado. Pero Franco no quiere contratos que le obliguen. Quienes le representan, glosan a los señores Garijo y Ortega los buenísimos y cristianos sentimientos del Caudillo. Pueden estar seguros de que no perseguirá a los trabajadores, ni pondrá el menor interés en dar una interpretación abusiva a la palabra "crimen", estando dispuesto, por otra parte a atenerse, para castigar a los criminales, al Código de justicia en vigor hasta el 18 de julio

(1) Carrillo da el nombre de Victoria, Casado el de Gonzalo

de 1936. Si se alude en la conversación al peligro de las confiscaciones que el nuevo Estado pueda decretar, los señores Ungría y Victoria tranquilizan a los emisarios del Consejo; toda confiscación se ajustará, como un guante a la mano, a los preceptos de la ley de Responsabilidades, pero concediendo a los afectados por ese castigo la disponibilidad necesaria para que puedan subsistir. Una última concesión hará el caudillo: otorgará la condición de francos a los puertos marítimos que el Consejo indique como más aptos para hacer la evacuación de cuantas personas resuelvan expatriarse. Exigencia previa para que el generalísimo proteja con su piedad a los vencidos: entrega, en un plazo apremiante, con carácter simbólico, de toda la aviación republicana. Entre las 15 y las 18 horas del día 25 de marzo, los aparatos que habían defendido el cielo de la República, debían aterrizar en los aeródromos nacionalistas que les estaban señalados. Y ello sin protocolos ni estipulaciones de paz. Burgos se negó a firmar acuerdo alguno.

Cuando Garijo y Ortega informan al Consejo del resultado de su entrevista con los representantes de Franco la desilusión de los consejeros no puede ser más profunda. Comprenden, por primera vez, lo que Franco exige de ellos: la rendición incondicional. Una capitulación humillante. Dudan que los aviadores, si Casado les da la orden, se pongan en vuelo hacia Burgos. Se les pide demasiado y no se les puede conceder nada. El Consejo no tiene garantía que darles como viático para vuelo tan amargo. Trata, en un último esfuerzo sin esperanza, de conseguirla. El día 25 envía nuevamente a Burgos a sus embajadores, que son recibidos con menor frialdad que en el viaje anterior. La entrevista comienza bajo mejores auspicios. "Los nacionalistas, después de oír a los señores Garijo y Ortega, estimaron razonables las observaciones del Consejo, al extremo de encargar a nuestros comisionados la redacción del documento que había de firmarse por ambas partes. Redactándolo estaban cuando, a las seis de la tarde, se presentaron los nacionalistas diciendo que de orden del generalísimo quedaban rotas las negociaciones en vista de que no se había efectuado la entrega simbólica de la aviación. ¿No hay posibilidades de nuevas gestiones? No podemos darles ninguna respuesta. Lo mejor que pueden hacer es salir inmediatamente de Burgos". Este es el final de la negociación que coincide con la noticia de que las tropas nacionalistas han atacado y tomado Pozoblanco.

Besteiro: última trinchera de Madrid

Garijo y Ortega, pese a las malas condiciones atmosféricas, que desaconsejan el viaje, se trasladan a Madrid, y notifican al Consejo la ruptura de las conversaciones. La reacción de aquél

no tiene correspondencia con las épicas afirmaciones de su manifiesto. Conoce, por el jefe de los servicios del aire, que la entrega de la aviación puede hacerse, y para desagraviar a Franco cursa a su gobierno un radiograma: "Consejo de Defensa a Gobierno Nacionalista. Mañana, lunes, se entregará aviación. Rogamos fijen hora; imposible hoy por servidumbres técnicas. Madrid 26 de marzo de 1939". ¿Se aplacará el generalísimo? ¿Se podrán reanudar las negociaciones bajo un signo menos displicente ya que no más favorable? El Consejo intenta superar el inconveniente de las "servidumbres técnicas" y expide otro radiograma de buena voluntad: "Consejo Defensa a Gobierno Nacionalista. Ampliamos radio anterior para manifestar que tal vez sea posible entrega aviación tarde hoy. Como así sea se comunicará oportunamente".

El Gobierno Nacionalista se considera, a la vista de los anteriores despachos, en posesión de la victoria, y se lo hace saber al Consejo de Defensa de una forma seca y despectiva: "Urgentísimo. Ante inminencia del movimiento de avance en varios puntos de los frentes, en algunos de ellos imposible ya de aplazar, aconsejo que fuerzas enemigas en línea, ante preparaciones de artillería o aviación, saquen bandera blanca, aprovechando la breve pausa que se hará, para enviarnos rehenes con igual bandera blanca, objeto entregarse, utilizando en todo lo posible instrucciones dadas para entrega espontánea". La respuesta, soberbia e incongruente, la estima el Consejo, que, de ese golpe muere, como una contestación brutal. Acude a la Prensa con la explicación del fracaso de sus trabajos pacificadores y difunde por "radio" la nota siguiente:

"La difícil situación en que la forma de proceder del Gobierno nacionalista ha colocado al Consejo Nacional de Defensa, no logrará apartarle del cumplimiento de su deber, por penoso que éste sea. Queremos hacer constar que nuestra preocupación primordial en estos momentos está puesta en la evacuación de los ciudadanos de la zona republicana que deseen expatriarse y en evitar movimientos desordenados que nos serían grandemente desfavorables. Atentos a la consecución de esta finalidad, así como a hacer frente a las contingencias derivadas de la acción del adversario, rogamos a todos que no acojan iniciativas individuales ni atiendan otras órdenes y disposiciones que las que procedan del Consejo Nacional de Defensa".

La nota del Consejo hace crecer la angustia de Madrid. Se sabe a partir de ese momento, que todo ha terminado y se supone que, sin gran tardanza, por los frentes rotos, las tropas de Franco irrumpirán en las calles de la capital. Casado no tiene soldados con qué impedirlo. Se le han ido de las trincheras. El mismo, en esa hora, dolorosa para su conciencia y cruel para sus ilusiones, siente adormecidas sus virtudes militares y exacerbados sus defectos

políticos. No piensa en resistir. Olvida, deliberadamente, que prometió transformar Madrid en un campamento si la intransigencia del generalísimo le negaba una paz honrosa y digna. Después de haber recusado ser general, declina su condición de coronel y renuncia a seguir siendo jefe del Ejército del Centro. Todo cuanto le importa es buscar una persona a la que traspasar el papel de protagonista. La encuentra en don Julián Besteiro. El será quien reciba a los vencedores. Las luces de la filosofía se manifiestan más consistentes que los brillos de la espada. Cuantas apelaciones le son hechas a Besteiro para que abandone Madrid chocan contra su decisión irrevocable de quedarse. Se ha dictado ese deber y, no consiente en modificarlo. Las súplicas de sus amigos se pierden. Está resuelto a ser la última trinchera de Madrid. Trinchera en que irán a refugiarse, primero las zozobras, después las esperanzas de los vencidos. Ese honor no quiere que se lo dispute nadie. La voluntad de Besteiro es conocida del Consejo. Este se reune, por última vez en Madrid, la noche del 27 al 28. No puede hacer otra cosa que disolverse. Acuerda que se trasladen a Valencia los Consejeros de Hacienda, Instrucción Pública, Trabajo y Gobernación, encargándoles de estudiar la evacuación de las personas comprometidas. Buscando facilidades cursa radiogramas al Presidente de la República Francesa y a Mr. Chamberlain. El Consejo mide toda la extensión de su impotencia: no tiene autoridad y las horas de su vida están contadas. El adversario se prepara para tomar posesión de Madrid. A las cuatro de la mañana, el Consejero de Gobernación se pone en camino de Valencia. Casado no tarda en seguirle. Viaja con atuendo de Consejero de Defensa, prolongando, para que se la ofendan, su precaria personalidad oficial. Se arropa con el título para no derrumbarse. Nadie sabe mejor que él que no tiene victoria que exhibir. La que supuso haber conseguido derrotando al Gobierno Negrín, se le ha transmutado en áspero fracaso al negarle Franco un tratadillo de paz con qué cubrir las apariencias. El éxito sobre los comunistas de Madrid acaba en derrota porque le debilita militarmente y no le consiente, si es que lo ha llegado a desear, responder a los desabrimientos orgullosos de Burgos con la seca y tiesa desesperación de Madrid, capaz de aceptar una derrota siempre que el oprobio no la haga inadmisible. Sin victoria alguna a qué acogerse, el zurrón de Casado se irá llenando de amarguras y para defenderse de ellas instalado junto al Támesis, el afligido coronel necesitará abrir comercio de acusaciones.

El día 28 de marzo, a las once de la mañana, las tropas de Franco entraban en Madrid sin disparar un tiro. La capital "liberada" las recibió sin trompetas de plata ni ramos de laurel. Cerrado en un silencio hostil, la mayoría del vecindario estaba a la

espera de las consecuencias de la derrota. Multitud de cadalsos, oficiales, oficiosos y clandestinos, iban a declarar, con el testimonio de los muertos, la necesidad de la resistencia. El vencedor, incapaz de creer en su victoria, llamó en su auxilio a la muerte y ella es la que, a ojos vistos y a cencerros tapados, le hace, complaciente, un triunfo furioso y medieval. Y "las voces sempiternas de los fariseos" que piden "con vergonzosa indigencia delitos contra delitos y asesinatos por la espalda", impuesta su voluntad, cantan alabanzas a la demoníaca trinidad de la noche, mientras la capital de España —"Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena"— improvisa una nueva guerra, la de las burlas, y pone su vista en la vida amenazada de Julián Besteiro.

CAPITULO LX

Casado en Valencia. — Su acuerdo con los jefes nacionalistas valencianos. — Evasión a Gandía. — La derrota. — El Mediterráneo, vacío. — Alicante. — El Comité de Evacuación. — Trabajos y esperanzas. — Suicidios. — El general Gambara se muestra humano. — La bandera argentina ampara a los republicanos. — La risotada de la adversidad. — Una voluntad impotente. — Rendición. — A merced de los legionarios. — Catequesis italiana. — Un certificado de buena conducta para el general italiano.

CASADO conoce en Valencia la noticia de la entrada de las tropas nacionalistas en Madrid. Se reune con sus colegas de Consejo, para comprobar una vez más, que no puede hacer nada. Los mejores propósitos de estos hombres son destruídos por una realidad adversa e implacable. Piensan en organizar la evacuación y descubren, asombrados, que carecen de buques para hacerla. Sus cables a M. Lebrun y a Mr. Chamberlain no han merecido respuesta. Los repiten, ahora con mayor angustia, extendiendo la apelación al Presidente de México. Son palabras sin esperanza que confían al espacio. El problema les apremia. Millares de combatientes, que se saben perdidos si no abadonan España, se han puesto en camino hacia los puertos de Levante. Cuando lleguen a orillas del mar y lo encuentren vacío de vapores, se revolverán iracundos para caer enseguida en una postración de agonizantes. El Consejo de Defensa no tiene remedios para el drama. Se le imponen los acontecimientos, le atropellan las desgracias. En Valencia han hecho su aparición las primeras banderas monárquicas. Los grupos nacionalistas, organizados para la lucha, dan libertad a los presos y se apoderan de la vía pública. Ninguna autoridad piensa en contrariarles. El Consejo menos que nadie. Sabe que es demasiado tarde para reñir batalla. Se abandona al destino y espera su decisión. Por un instante parece serle favorable. Los jefes del nacionalismo valenciano, que no conocen bien la extensión de su poder quieren evitar todo riesgo de combate en la ciudad y envían al Consejo, como embajador, al señor Font de

Mora. Este expone a los Consejeros el deseo de sus poderdantes y al efecto de lograr un acuerdo pide que sean recibidos. El Consejo accede a la petición y trata, en plan de igualdad, con sus adversarios. Los nacionalistas interesan que el Consejo designe un comandante militar y un Comisario general de policía que puedan merecer su aprobación por no haberse significado excesivamente en el transcurso de la guerra, reservándose ellos el nombramiento de los secretarios particulares de ambos señores, para tener la seguridad de su gestión, encaminada únicamente a impedir los mo contrapartida, el Consejo obtuvo la seguridad de que las tropas de Franco no avanzarían sobre Valencia antes de que se hubiese hecho la evacuación. Los jefes falangistas dieron su aquiescencia a los nombres de José Sánchez Requena, secretario del Partido sindicalista que fundara Angel Pestaña, para Comisario general de policía, y de Carretero, mayor de Asalto, para comandante militar. Conseguido el acuerdo, los nacionalistas pidieron a Casado que se acercase a la Radio para aconsejar tranquilidad al vecindario valenciano. Se dejó convencer y acompañado del Consejero de Gobernación, fué a un edificio de la Plaza Castelar, donde estaba emplazada una emisora nacionalista. Le recibieron con los honores de la Marcha Real, a la que presentaban armas los guardias de Seguridad. En desquite, el coronel exigió ser presentado como Consejero de Defensa del Consejo Nacional. Sus palabras fueron breves. Su colega, Carrillo, se sentía sofocado y nervioso en aquel ambiente. Estuvo a punto de arrepentirse de su conducta al oir hablar al jefe nacionalista; pero esa fué una debilidad pasajera. Cuando recapacita serenamente sobre el sentido de sus actos, se tranquiliza y escribe "no tengo ahora mismo de qué arrepentirme".

Cómo terminó sus funciones el Consejo de Defensa

No curados de su pena, Casado y Carrillo se reunen nuevamente con sus compañeros de Consejo y llegan a la conclusión de que nada pueden hacer en Valencia, acordando trasladarse a Gandía. El viaje está lleno de riesgos. Los pueblos del trayecto han levantado la bandera de Franco. Jóvenes armados de carabinas y fusiles con la consigna de Falange, imponen su autoridad en la carretera. El coche del Consejero de Gobernación es detenido en uno de los Controles. Identificada la personalidad del viajero, que exhibe su carnet oficial, es autorizado a continuar la excursión. Se acabó. A bordo del "Galatea", primero, del "Maine", después, se borra la traza del Consejo Nacional de Defensa. Nacido para terminar la guerra, no la termina, la abandona. Y la derrota,

convertida en una catástrofe indescriptible, se precipita sobre pueblo y ejército, como una catarata de fuego.

En los puertos, donde van llegando combatientes de todas las armas y de todos los grados no quedan embarcaciones disponibles. Hace tiempo que se han hecho a la mar, sobrecargados de pasajeros, las últimas lanchas de pesca. Circulan entre los desesperanzados los rumores más calenturientos. Nadie piensa en descansar. De día y de noche los ojos permanecen clavados en la línea lejana del horizonte. Los más impacientes, como el enfermo que cambia de postura, buscan en otros puertos la satisfacción de su anhelo. Llegan siempre con retraso. De Alicante ha partido el último vapor disponible, el "Marítima", con tres mil pasajeros. No tiene silueta de embarcación. Faltos de sitio en bodegas y cubierta, los hombres se han encaramado a las jarcias y colgado de las bordas. Nadie ha podido impedirlo. Para lo sucesivo habrá una organización. Alicante se ha convertido en el último refugio de cuantas personas desean expatriarse, El día 29, la concentración de aspirantes a embarcar ennegrece los muelles. Las autoridades republicanas han evacuado la plaza y los nacionalistas han designado un gobernador provisional, que abandona el cargo temeroso de entrar en conflicto con los hombres reunidos en el puerto, bien armados en su mayoría. Para remediar la anormalidad, que podía ser causa de disturbios se hizo cargo del Gobierno civil el Presidente de la Audiencia de Alicante, Sempere, que había decidido quedarse en España. Del orden público se encargó el coronel Burillo, al que los Tribunales de Franco habían de condenar más tarde a tres penas de muerte. Un comité, constituído por personas de distinta significación política, se encaró con los problemas relativos a la evacuación. El trabajo de ese comité, bastante perfecto, no había de servir de nada por carencia de embarcaciones. Señaló, con arreglo a normas justas, las preferencias de embarque, formando listas nominales y proveyendo a los interesados de una contraseña especial. Albergó en edificios de la ciudad, reuniéndolos por afinidades políticas, a la masa de refugiados y como esta medida diese lugar a serias colisiones con los nacionalistas que trataban de apoderarse de la calle, ordenó a los refugiados agruparse en el puerto, señalándoles zonas distintas, de acuerdo con la clasificación establecida para el embarque. Cordones de carabineros y agentes del S. I. M., armados, garantizaban el cumplimiento de los mandatos del comité. Este era lo que existía en España de autoridad republicana. como el muelle de Alicante constituía todo lo que le quedaba a la República de territorio soberano.

Epílogo de la tragedia

El comité confiaba en el inmediato arribo de dos buques, capaces para evacuar diez mil personas. La noche del día 29 y la madrugada del 30, transcurrieron con esa esperanza, que no se confirmó. El mar, en un esplendor de azules ofensivos, se ofrecía desierto a todas las miradas. El punto seco de algunos disparos iba subrayando, con sangre y cadáveres, la violencia silenciosa de la dramática espera. De veinte a treinta hombres, agotada su energía, perdido el equilibrio moral, se suicidaron. Temiendo un contagio de angustia pánica, el comité hizo circular voces de optimismo: los buques que no han llegado, llegarán; pero el crédito concedido a esas palabras no podía ser duradero. La trágica verdad estaba delante de todos los ojos: ni un solo signo tranquilizador en la extensión visible del Mediterráneo. Cada minuto, largo, pesado, incierto, es una nueva decepción. Los altavoces gritan, para la masa, mentiras inútiles. Mentiras atroces, por lo mismo que deberían ser verdades comprobadas. Hombres que han braveado en los combates no cuidándose de los riesgos, se derrumban, abatidos por crisis nerviosas, como débiles mujeres. La única promesa que el Comité posee es tan mezquina, que no puede ser difundida con satisfacción. Es la de un buque de guerra francés que acepta recibir a bordo cuatrocientas personas, exigiendo que el embarque se haga con disciplina militar. Se le da esa garantía, pero su entrada en el puerto se retrasa. La demora va a resultar fatal. Las posibilidades concedidas por el tiempo están a punto de agotarse. El último plazo vencerá, por designio de los dioses adversos, cuando el navío francés se presente a cumplir su promesa. El azar dispone las cosas para que el epílogo sea digno de la tragedia.

El día 30, las tropas del general Gambara entran en Alicante, formadas, con mucho ruido de trompetas y tambores, pretendiendo calentar a clarinazos el aire frío de la vieja ciudad republicana. El estruendo musical sólo divierte a los aislados grupos de nacionalistas que reciben con demostraciones de afecto a los soldados italianos. Estos, que han debido recibir órdenes severas, desfilan delante del puerto, correctos, silenciosos. Los republicanos los miran pasar con inquietud profunda. No pueden hacerse la menor ilusión sobre su destino. Los combatientes italianos les empujarán, como a ganado indócil, hacia las prisiones y los cadalsos de Franco. Los altavoces, hacia los que se vuelve la ansiedad de los republicanos, permanecen mudos. El Comité no tiene tiempo para discursos, está trabajando. Con la intervención del Cuerpo Consular ha logrado ser recibido por el general Gambara. Este militar, contra todas las previsiones, se muestra liberal y humano. Rogado por los cónsules y señaladamente por el

decano, representante de la República Argentina, Gambara accede a suscribir un acuerdo con el Comité de evacuación, por el que se autoriza a los refugiados a continuar en el puerto. Reconstruído de memoria por uno de los que se beneficiaron de sus cláusulas, el convenio fué el siguiente:

"1º — Los republicanos españoles permanecerán en el puerto sin poder salir a la capital, excepto los que renuncien a marchar al extranjero. — 2º, Los republicanos españoles que deseen permanecer en España abandonarán el puerto y recibirán un salvoconducto con el que podrán trasladarse donde deseen, sin ser molestados. — 3º. Las fuerzas italianas de ocupación entregarán los víveres que resulten necesarios para el abastecimiento de los refugiados del puerto, encargándose el Comité de su distribución. — 4º Los republicanos se comprometen a hacer entrega de todas las armas que tienen en su poder. — 5º La custodia del puerto será ejercida por fuerzas italianas. — 6º El puerto queda declarado zona internacional bajo la protección del Cuerpo Consular, representado directamente por el cónsul de la República Argentina, enarbolando la bandera de dicho país. — 7º En la zona internacional no podrán penetrar fuerzas de ocupación. — 8º La permanencia de los republicanos en la zona internacional se prolongará hasta la llegada de los barcos necesarios para su total evacuación y 9º El Comité recomendará, a las personas no incursas en grave responsabilidad, que permanezcan en España, asegurándoseles que serán respetadas."

El éxito del Comité de evacuación no puede ser más claro. Su júbilo es legítimo. El acuerdo firmado por el general Gambara surte efectos inmediatos. Se iza en el puerto la bandera argentina; es libertado un republicano detenido la víspera y la intendencia militar facilita los víveres que se le piden. Ceden, por unas horas, todas las angustias. La mueca irónica con que la adversidad se burla de los afligidos republicanos no va a tardar en quedar descubierta.

En la mañana del 31 de marzo, el buque de guerra francés, cumpliendo su ofrecimiento, se presenta ante el puerto. Su vista hace latir con ritmo optimista los pulsos más débiles. La masa de los republicanos pasa del descorazonamiento extremo al entusiasmo agudo. Se cree que a ese primer barco seguirán otros, los suficientes para hacer la evacuación de todas las personas refugiadas en Alicante. Nadie duda. Europa no podía declararse indiferente al destino de los millares de criaturas humanas que, desde el muelle alicantino, le pedían clamorosamente protección contra la prisión y la muerte. La esperanza va ascendiendo hacia un mediodía radiante y luminoso. El mar recobra su prestigio, y lo aumenta cuando la mirada de los más zahoríes descubre indicios de nuevas embarcaciones. No se trata de un engañoso espe-

jismo. Tres columnas de humo, tres proas vivas, permiten identificar el nuevo socorro que llega. En el muelle, la certeza del salvamento opera un cambio radical en la masa: los cuerpos se yerguen, los ojos brillan, las palabras tienen acento... La vida, que parecía a punto de huir, vuelve, y con ella, los humores cordiales. Se piensa en el camarada que falta y se abraza, en sustitución, al hombre más próximo. En la primer estrofa de este himno cálido y emocionante, resuena sarcástica y despiadada la risa de la adversidad. El buque francés vira en redondo y se aleja del puerto. Nadie tiene una explicación lógica para este hecho, pero un estremecimiento de terror sacude a todos. Dos horas más tarde, cuando el navío se ha metido mar adentro, se conoce lo sucedido. Conminado por los buques nacionalistas "Canarias", "Júpiter" y "Vulcano", el barco francés ha tenido que abandonar las aguas jurisdiccionales españolas. El Comité de evacuación apela al Cuerpo Consular contra el incumplimiento del convenio, y cónsules y republicanos acuden al despacho del general Gambara.

—Lo ocurrido —declara el militar italiano— supone una intromisión de las fuerzas españolas en las funciones que me están encomendadas. De mi cuenta queda remediarla. Mantengo y reitero mi palabra de que se hará la evacuación de todos los refugiados, aun cuando para ello haya que utilizar los propios barcos españoles.

Sólo arriba la barca de Caronte

Gambara es todo lo rotundo que el comité de evacuación, del que forman parte Carlos Rubiera, Rodríguez Vega y el coronel Burillo, puede apetecer; pero la confianza de la primera entrevista no se recupera. Hay en el ambiente, a despecho de las promesas más firmes, una incredulidad corrosiva. El general la nota y cediendo a un impulso, probablemente caritativo, trata de atenuarla. Cuanto más robustece sus afirmaciones, más débiles se le antojan al Comité. La del general, lo saben seguro, es una buena voluntad impotente. Este es el corolario, penoso, de la entrevista. La derrota ha reservado para estos hombres esforzados su peor amargura. Pensando en las personas que confían en ellos no tiene ocasión de darse cuenta de las muecas que les hace la muerte. Se olvidan de sí mismos. Hacen lo posible por dominarse y llegar, sin debilidades, al final de su ingrato cometido. Faltos de esperanza en qué apoyarse, las simulan todas, sin atreverse a pronunciarlas. El día avanza y las impresiones, a cada hora más pesimistas, van desmoralizando a los más tiesos. El Comité se decide a recomendar a las personas que no tengan una responsabilidad grave o muy concreta que abandonen el puerto y se procuren el salvocon-

ducto que les está prometido, antes de que la situación empeore. La recomendación es atendida por algunos centenares de refugiados; pero la inmensa mayoría, prefirió esperar, fija la mirada en el Mediterráneo, el desenlace del drama. Para rendirse a la crueldad siempre dispondrían de tiempo; pegados a la costa, conservaban el derecho a lo inverosímil: la evacuación. A esas horas del día 31 de marzo, sólo un piloto gobernaba su barco con rumbo a Alicante: Caronte. Admirable de precisión y seguridad, llegó a las siete de la tarde. Con su entrada en puerto —donde tiene carga— terminan las apelaciones al Cuerpo Consular y las visitas al general Gambara. La enseña argentina que flamea sobre las cabezas, consagrándolas protegidas, es una fantasía internacional que no cuenta como amparo ni expresa garantía. Las concesiones del general italiano, vergonzosas para el orgullo insolente de los vencedores, han caducado. Conminación perentoria que lo declara: si los refugiados en el muelle no lo desalojan antes de las seis de la mañana del día siguiente, a esa hora serán bombardeados por la aviación. Las previsiones complementarias para hacer efectiva la amenaza están cuidadosamente estudiadas. La custodia de la zona portuaria ha sido transferida a fuerzas del Tercio, ametralladoras y fusiles a punto. "Sin armas, sin comida, y por consiguiente, sin ninguna posibilidad de resistencia, tuvimos que entregarnos". No hay plaza posible para el heroísmo. "Secas las cortezas de las vanas esperanzas", esa tarde, el siniestro piloto necesitó hacer varios viajes. Para huir de los rigores de la derrota, muchos republicanos se concertaron con la muerte. Con valor para ir a ella, se sentían sin fuerzas para recibirla del adversario... Son veinte mil los hombres que, prisioneros, de la angustia, fatigados de hacer inútiles señales a la conciencia universal, se rinden a la conminación del vencedor. Nadie ha oído su congoja. Europa entera se ha mostrado inexorable para con ellos. Sólo el general italiano les ha regalado con una piedad impotente, por la que les pedirá gratitud política y simpatía personal. Veinte mil hombres en los que espigarán fiscales y verdugos, carceleros y rencorosos para continuar, infatigables, su horrendo trabajo. Reos para tres penas de muerte y acusados para ejercicios de perdón y caridad. ¡Magnífica cosecha de condenas! Criaturas volteadas por el destino a las que, para compensarlas de los despojos que van a sufrir, les inventarán biografías truculentas y tenebrosas. Veinte mil hombres que, al abandonar el muelle, entran, traspasados de desesperación, en la zona tenebrosa de un cautiverio aflictivo. El mismo en que irán sumergiéndose millares y millares de españoles que pusieron su vida a la bandera de la República. El viejo aforismo —"después del fin de las guerras civiles, muchos vengan sus enemistades con color y cubierta de la soldadesca"— se va a cumplir en estos veinte mil hombres que Europa ha des-

deñado y el vencedor aherroja. Los soldados del Tercio les reclaman imperativamente los últimos bienes, mostrando particular afición y codicia por los relojes y las plumas estilográficas. "Yo, ingenuamente —ha escrito uno de esos veinte mil hombres—, intenté hacer resistencia a que me arrebatasen el reloj de pulsera, alegando que se trataba de un recuerdo familiar; pero mis razones no sirvieron más que para que un soldado me sacase de la fila e intentase fusilarme. Cuando para aplacarle le ofrecí el reloj en litigio, se acercó un sargento que lo tomó para sí, dejando chasqueado al subalterno". Las primeras violencias marcan la carne de los vencidos. Los golpes les llegan reforzados de ofensas. Los soldados del Tercio se ufanan de su brutalidad.

Los italianos quieren ocupar París

Temiendo que se desborde, cuando los prisioneros están reunidos en el campo que les ha sido destinado, la custodia se entrega a las tropas de ocupación. Estas se muestran correctas y deferentes en el trato con los prisioneros. Consienten que ellos mismos se organicen y se den una disciplina, limitándose por su parte a empedir las evasiones. "Esa conducta tenía su explicación y no tardamos en conocerla. Una vez normalizado el campo, lo frecuentaron con asiduidad varios oficiales que hablaban correctamente nuestra lengua. Tenían el encargo de conversar con nosotros, desarrollando una labor de catequesis a base de tranquilizarnos, afirmando que Mussolini presionaría a Franco para que fuésemos tratados con benevolencia. Aseguraban que las tropas italianas no tardarían en regresar a su país, no teniendo, con respecto a España, ningún interés bastardo. Su única ambición militar, reiteradamente expuesta, consistía en luchar contra Francia y entrar victoriosos en París. Esto último les encandilaba, al extremo de notárseles la pasión. ¡Entrar victoriosos en París! Según estos oficiales, la culpa de nuestro cautiverio recaía sobre Francia, que no había secundado los buenos propósitos del general Gambara". Este, para reforzar la labor de sus agentes, quiso tener una nueva entrevista con el disuelto Comité de evacuación. Hizo reunir a sus componentes, diseminados en el campo de concentración, ordenando que se les trasladara a su despacho. Es demasiado tarde para que los hombres que acuden a la convocatoria de Gambara se consienta una ilusión reconfortante. Saben a qué atenerse con respecto a su mañana. En ese conocimiento descansa su fuerza moral, su presencia física. Firmes y derechos, como manda el verso castellano, escuchan las disculpas del general italiano.

—He ordenado su comparecencia en mi despacho para jus-

tificarme ante ustedes. Quiero que sepan por qué no he podido cumplirles la palabra que les di. Al asumir el mando de la ciudad, las autoridades nacionalistas se negaron a reconocer nuestro acuerdo, desestimando mis vehementes protestas. He continuado recurriendo, sin el menor resultado. Lamento esta conducta, que no debo calificar, y deploro la situación que les ha creado... No veo posibilidad de modificarla, pero en mi deseo de agotar los recursos, me propongo informar de lo sucedido a mi jefe, Mussolini, y les pido a ustedes su colaboración para redactar y firmar un acta en que establezcan, con fidelidad, los hechos.

Se escribió el acta. La firmó el general, la firmaron los hombres del Comité de evacuación y, por el camino más corto, los prisioneros fueron devueltos al campo de concentración. Tranquilo de conciencia, el militar italiano archivó el certificado de buena conducta que unos presuntos condenados a muerte le rubricaron con pulso firme y sereno. Gambara no supo llenar el último requisito que el acta reclamaba. Le faltó poner bajo la protección de su espada y de su División las vidas de quienes certificaban la impotencia y cortedad de su aliento humano. Peor que la crueldad, la indiferencia. Gambara refugiado en ella, oficiando protestas en frío como un burócrata, cree dejar a salvo lo que ha perdido, el honor.

EPILOGO

El generalísimo firma el último parte de las operaciones militares, comunicando oficialmente la victoria, el 1º de abril de 1939. Es la señal esperada para hacer engordar, con ditirambos espesos y adjetivos mostrencos, la ya grasa biografía de Franco. Con recursos de místicas extranjeras, difícilmente asimilables para el genio español, se le construye una peana nacional. Aupada en ella, la figura del caudillo se empequeñece; su voz, feble, se pierde. Castilla, extraordinaria en dimensiones eternas, le devora implacable. No es el Cid. Es, a lo sumo, un soldado de fortuna, con la fácil carrera de cuantos, simpáticos a Don Alfonso —más señorito que rey a sus horas— disponían de su valimento y sostén. La espada del general se forjó y templó, rutilante que no recia, en una saleta de Palacio. Franco no la esgrimió contra los electores del 14 de abril. A la cabeza del escalafón militar, su prudencia señaló límites infranqueables a la gratitud. ¿Podía exigirle el monarca un sacrificio estéril, Respuesta apaciguadora que se dió el general: "Lo ineluctable —la caída de la Monarquía lo es— responde siempre a una causalidad fatal, ergo, sólo el tiempo con fuerza bastante para modificar el daño y reparar la ofensa". La lealtad se refugió en el santuario del hogar, siguiendo el consejo de los poetas del "Blanco y Negro", revista que lubrica esperanzas restauradoras y canta la gloria inmarcesible de la bandera depuesta, alta de orgullo y grávida de victorias, presente en Cuba, en Cavite, en Filipinas, en el Barranco del Lobo, en Monte Arruit, en Annual... ¿Depuesta? En los entrepaños de la guerrera del general camandulero, coincidiendo con la tetilla izquierda, su esposa le ha bordado, en seda pura, los colores proscriptos y abrazándolos una divisa que ella encuentra caballeresca: "Jurada y no olvidada". Esas palabras, discurridas por el numen cristiano y monárquico de la esposa, dan fuerza al caballero para remontar, con estoica firmeza, las pruebas más rudas y enconadas. El paño tricolor de la República, ofrecido a España como renuncia cobarde a toda robusta ambición imperial, se presenta a los militares con una grosera vinculación a la nómina. ¡Qué indelicada y ofensiva coacción! No será la última. Preparado para mayores sacrificios, el caudillo da ejemplo de abnegación. Astillado el corazón, seco

de disciplina protocolaria, apartando de la ceremonia a Dios, para escapar al perjurio, Franco hace promesa de lealtad a la nueva enseña. A la hora de besarla —ocasión de escalofríos heroicos en los días de juramento—, la muerde con los dientes de la mala intención.

Provisionalmente, ese es su desquite. Lo importante es que ha dado comienzo la lucha. Quienes le piden, antes de tiempo, que desenfunde su acero para restablecer la dinastía, ignoran que previamente deben ser cubiertas las etapas del dolor y de la expiación. El término de la penitencia se conocerá, según el dictamen de su propia esposa, digna de figurar entre las mujeres fuertes de la Escritura, de manera inequívoca y precisa. La mano del general, por movimiento ajeno a su voluntad, asirá convulsivamente la empuñadura del arma y ese impulso irrefrenable equivaldrá a una orden colectiva. Mozos y adultos, casados y solteros, impelidos por la misma fuerza misteriosa y sagrada, arbolarán, con sus armas, sus corazones transidos de fe y marcharán cantando hacia la victoria. Sueño místico de vitrina de catedral gótica, Franco accedía a contemplarse en él, protagonista indiscutido, por el placer de destruir con una estocada certera la vida del Monstruo. Este dejó de ser a sus ojos el adversario demoníaco de una leyenda cándida para adquirir ingrata corporeidad tangible, cédula de poder político y domicilio en el Palacio de Buenavista, sede conocida del Ministerio de la Guerra. Este era su cueva. El perverso enemigo, dragón, serpiente o grifo, el monstruo, en suma, encarnaba en la persona de don Manuel Azaña. Limpia de todo anacronismo, la vieja pugna dramática de la luz y la sombra, del bien y del mal se insertaba una vez más en la entraña de la vida española. Cuando más aparente las victorias del mal, más cercano el triunfo decisivo del bien.

Azaña trabaja por dar una nueva fisonomía moral al ejército. Lo quiere proporcionado y eficiente. Suda sus afanes, medita sus proyectos y los refiere a su orgullo de español. Eso basta para que en los cuartos de Banderas la estupidez se encabrite bajo el duro espolique del odio y la impaciencia se revuelva contra la flema del elegido del Señor que continúa esperando el impulso misterioso y sagrado. Los caballeros del 10 de agosto fracasan. Sanjurjo es hecho prisionero, condenado a muerte e indultado. El corazón del monstruo no es tierno, es cobarde. Esta es la conclusión de los vencidos a quienes la generosidad del vencedor, más que la derrota, aviva y exacerba el rencor. Sanjurjo tapa con silencio a su cómplice y hace penitencia de lector frente al Cantábrico, en la colina verde del Dueso. Franco tiene para su colega, rudo soldado de pelo en pecho, pasado por muchas aguas y legías, una mirada compasiva y una palabra condescendiente. Le juzga extraviado,

histórica y religiosamente. Se ha lanzado a una empresa de virtud sin pureza y ha querido meter una insurrección del siglo XX en un padrón del XIX. Lerroux, que tanto le debe, indulta a Sanjurjo. Gil Robles, que piensa en rehacer lo que le dicen que demolió Azaña, confiere a Franco la subsecretaría del Ministerio de la Guerra. El monstruo, contra toda suposición, no está muerto. Su resuello enardece al país. Cuanto más implacablemente le cercan sus adversarios con invectivas y denuestos, mejor desarrolla su fuerza. Cautivo en Barcelona, gana, por la injusticia del cautiverio, la voluntad y el afecto popular. Son años en que Franco no oye voz interior alguna y se mantiene a la espera del mandato indeclinable, sostenido por el temple cristiano de su esposa. Confía en llegar a ser, a la historia de España, lo que la Doncella de Orleans a la de Francia. Recusa, como nocivos, a los apresurados. Ve crecer, con secreto desasosiego, la popularidad del enemigo que ha entrado en la época de los discursos a campo abierto: Mestalla, Lasesarre, Comillas. Franco duda. Pierde pie. Embajadores del monarca le reconfortan. Le dan números, detalles, concreciones y le muestran halagüeñas promesas internacionales. La máquina está a punto. Falta elegir el momento para ponerla en marcha. Dios dirá...

Dios dice, en poco tiempo, muchas cosas. Hace la victoria electoral de las izquierdas. Destituye a don Niceto Alcalá Zamora. Exalta a don Manuel Azaña a la presidencia de la República. Violenta las pasiones, lanzando al hombre a la caza del hombre. Activa las querellas fraternales. Pone a fermentar las peores iracundias. En ese punto de terrible y colérica estridencia la vida española, Franco registra que una fuerza omnipotente le conduce la mano al puño de la espada. Con el tiempo justo para exclamar: ¡Hágase tu voluntad!, se pone en campaña. (Dejo a los historiadores fríos el cuidado de explicarla). El Generalísimo publica la victoria. Sanjurjo, Goded y Mola — pares del caudillo en jerarquía— hace tiempo que ascendieron, con méritos distintos, al seno del Señor. Sobre la espada victoriosa desciende —¡mucho!— la bendición calurosa del Santo Padre. Se ha cumplido, con ayuda de luteranos y cancerberos del Papa, el sueño místico de la esposa del caudillo. El monstruo —grifo, dragón o serpiente—, amputado de España, agota su vida en el destierro. La gloriosa bandera, "jurada y no olvidada", gana líricos prestigios imperiales en el patio de honor del Castillo de la Mota, escenario desmesurado para una ambición alucinada. La espada del elegido es, después de la victoria, un trofeo religioso, una pieza de la leyenda. Un solo requisito falta para que la volunad del Señor se cumpla íntegramente: reimplantar al monarca en su trono. Sólo el rey con majestad suficiente para dorar con fuegos vivos la escena de altar mayor que

han soñado, bordando banderas para la causa, las damas monárquicas. Franco las escucha, cuando le hablan del monarca, con un mohín reticente y una sonrisa irónica.

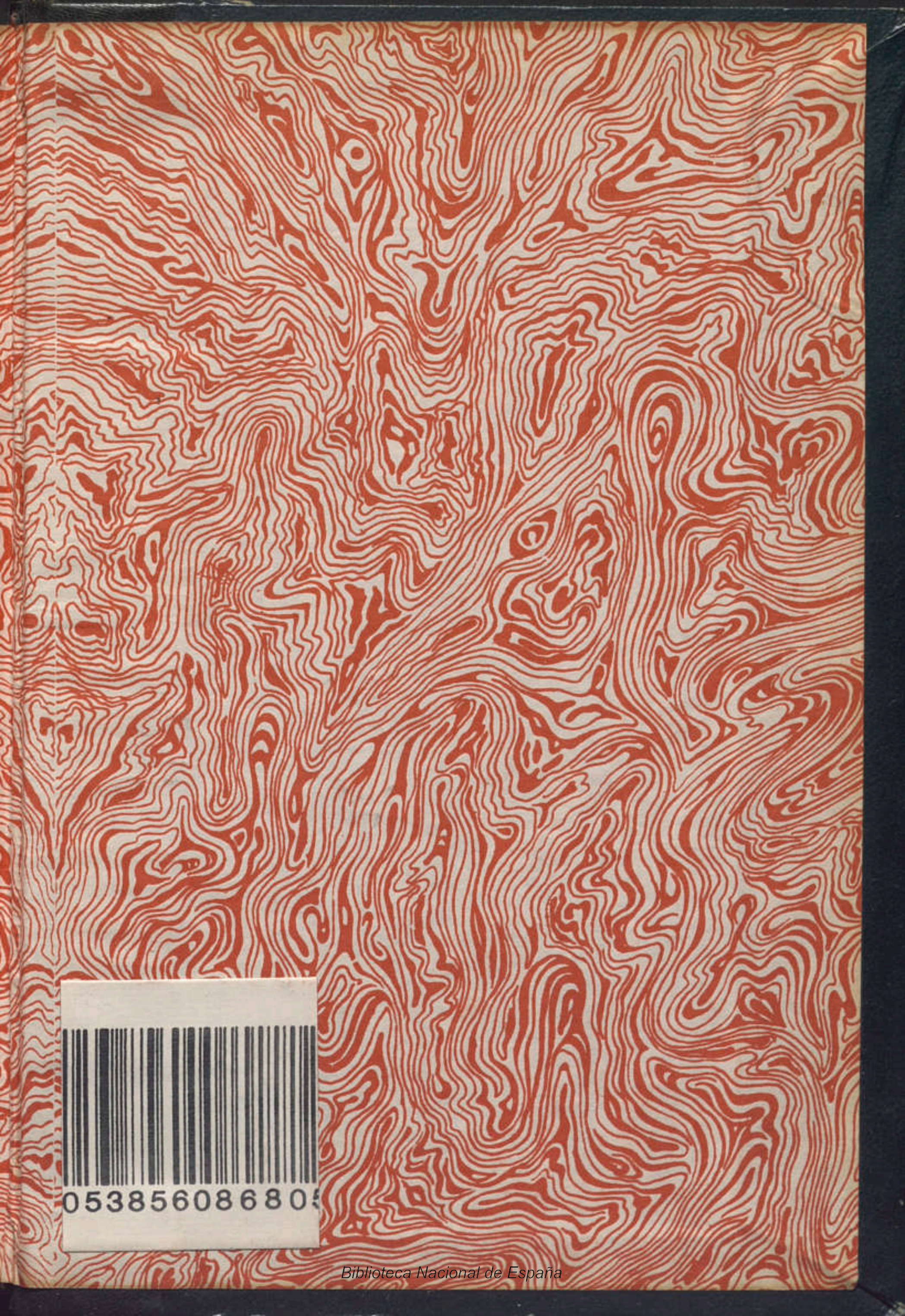
La leyenda en este punto se hace drama. Las brujas burgalesas que acampan en los contrafuertes de la Catedral, han soplado recio en la ambición del caudillo. Franco quiere para su cabeza algo mejor que los baratos laureles militares distribuídos a brazadas. Está saciado de títulos menores y fatigado de adulaciones cortas. Desea el privilegio de acuñar moneda con su efigie y su nombre; aspira al Trono. Si no ensaya a sentarse en él, cambiando la espada por el cetro, es por una última indecisión morbosa. Tiene miedo a quedar convertido en estatua de sal. Teme que al dictado de usurpador que le clavará don Alfonso siga un castigo trágico que le discierna la divinidad. Su osadía se detiene, conturbada, ante lo misterioso y arcano. Con el rey hace cuentas de mesa de figón. Para desenojarle le devuelve los bienes de que le desposeyó la República, sustrayéndole el principal: la corona. Ante Dios, en espera de una muestra de su clemencia que le decida, se humilla. Transcurren los meses y ninguna prueba de especial predilección retribuye sus ahincadas oraciones. Izado en su peana de caudillo, Castilla que le hizo, le deshace, mientras ruedan por la llanura ilimitada, con las descargas de los piquetes siniestros, los vítores de esperanza y resurrección de las víctimas.

F I N.



ESTE
LIBRO
SE
TERMINO
DE
IMPRIMIR
EL 8
DE
OCTUBRE
DE
1940
EN LOS
TALLERES
GRAFICOS
DE
"LA VANGUARDIA"
RIVADAVIA
2150
BUENOS
AIRES




053856086805